

EDAD
CIÓN

CLASSICAL

COLLECTION

SHAW-WALKER

LIBRARY

BT111

C5

v.2

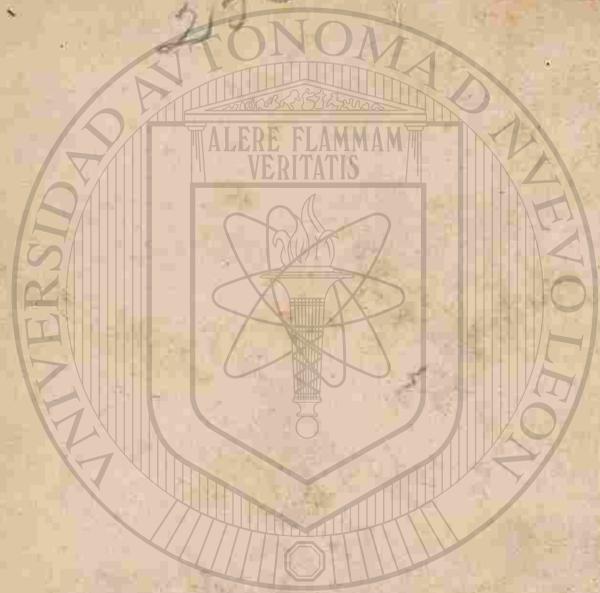
c.1

252



1080042108





Letter 6#4

COLECCION

DE

SELECTOS PANEGÍRICOS.

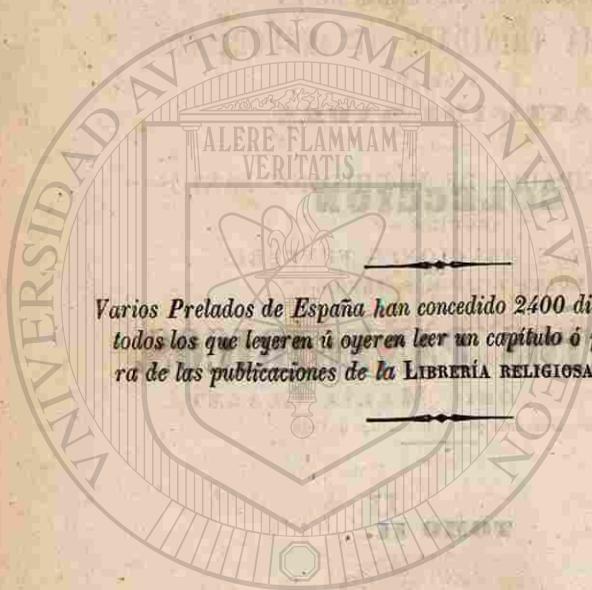
TOMO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



Varios Prelados de España han concedido 2400 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

COPIOSA Y VARIADA COLECCION

DE

SELECTOS PANEGÍRICOS

SOBRE LOS MISTERIOS DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD, DE JESUCRISTO

Y DE SU

SANTÍSIMA MADRE,

y sobre

LAS FESTIVIDADES DE MUCHÍSIMOS SANTOS:

SEGUIDA DE

ALGUNAS ORACIONES FÚNEBRES
Y OTROS UTILÍSIMOS SERMONES.

SALE Á LUZ

bajo la direccion del Excmo. é Ilmo.

Sr. D. ANTONIO MARÍA CLARET,

Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.

TOMO II.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,

CALLE DEN ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.

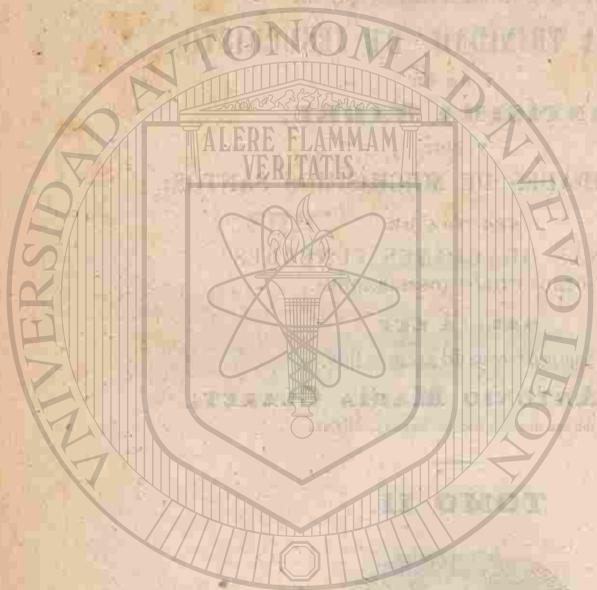
1860.

38076

B7111

C5

V. 2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

SELECTOS PANEGÍRICOS.

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA SANTA CRUZ.

Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto; ita exaltari oportet Filium hominis. (Joan. III, 14).

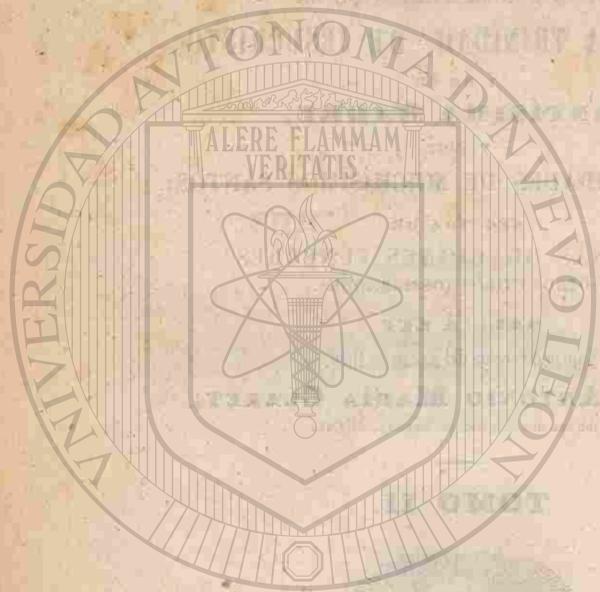
Como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre.

1. Encomio de la cruz por san Juan Damasceno... Todo mi discurso, sin perder de vista la solemnidad del día, se ceñirá á demostrar que por la virtud de la cruz participamos á la vez de la potencia y sabiduría de Dios.
2. San Pablo llama á Cristo crucificado *potencia y sabiduría de Dios: Christum Dei virtutem et Dei sapientiam*. Armados de una y otra los Apóstoles en virtud de la cruz, hicieron triunfar esta en todas partes... Convenia, en efecto, que ya que por medio de la cruz participaban de la ignominia, pobreza y padecimientos de Jesucristo, les hiciese igualmente partícipes de su virtud y sabiduría... Símil: los trescientos valientes de Gedeon... *Gladius Domini et Gedeonis*... La cruz en manos de los Apóstoles, fue lo que es el hierro en manos de los valerosos capitanes. Mirad á Andrés... La Escitia y la Tracia caen á sus pies: *Gladius Domini et Andreae*. Ved á Tomás en la India... *Gladius Domini et Thomæ*... Ved á Pablo en la Grecia... á Juan en el Asia, á Matías en la Etiopia..., á Pedro en Roma: *Gladius Domini et Petri*... y hace temblar al infernal inadianita... Estos prodigios no fueron reservados á solos los Apóstoles, ni á su tiem-

B7111

C5

V. 2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

SELECTOS PANEGÍRICOS.

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA SANTA CRUZ.

Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto; ita exaltari oportet Filium hominis. (Joan. III, 14).

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre.

1. Encomio de la cruz por san Juan Damasceno... Todo mi discurso, sin perder de vista la solemnidad del día, se ceñirá á demostrar que por la virtud de la cruz participamos á la vez de la potencia y sabiduría de Dios.
2. San Pablo llama á Cristo crucificado *potencia y sabiduría de Dios: Christum Dei virtutem et Dei sapientiam*. Armados de una y otra los Apóstoles en virtud de la cruz, hicieron triunfar esta en todas partes... Convenia, en efecto, que ya que por medio de la cruz participaban de la ignominia, pobreza y padecimientos de Jesucristo, les hiciese igualmente partícipes de su virtud y sabiduría... Símil: los trescientos valientes de Gedeon... *Gladius Domini et Gedeonis*... La cruz en manos de los Apóstoles, fue lo que es el hierro en manos de los valerosos capitanes. Mirad á Andrés... La Escitia y la Tracia caen á sus pies: *Gladius Domini et Andreae*. Ved á Tomás en la India... *Gladius Domini et Thomæ*... Ved á Pablo en la Grecia... á Juan en el Asia, á Matías en la Etiopia..., á Pedro en Roma: *Gladius Domini et Petri*... y hace temblar al infernal inadianita... Estos prodigios no fueron reservados á solos los Apóstoles, ni á su tiem-

po... En todos tiempos se ha comunicado á los fieles el poder divino de la cruz... Victoria de Constantino... *Signum magnum apparuit in celo*... Nunca se cansó aquel adorable signo de obrar maravillas en beneficio de su pueblo fiel.

3. ¿Por qué no las obra igualmente entre los fieles de nuestros tiempos?... La cruz, segun el Crisóstomo, es *Martyrum gloriatio... Monachorum abstinentia... Virginum castitas*... ¿Qué mas? Es el broquel contra todo ataque, el... Y ¿por qué, repito, no aparece tal á los cristianos de nuestros tiempos?... En unos proviene de que la consideran locura, como el gentil; otros escándalo, como los judíos, ó hacen con ella lo que ellos... Los judíos la enterraron... Andando el tiempo pusieron en su lugar el simulacro de la impúdica Vénus... Pero ¿qué puede contra la sabiduría de Dios la de los hombres?... El Señor dió á santa Elena, como á Salomou, *cor sapiens et intelligens*. Llega á Jerusalem... triunfa de todos los obstáculos... encuentra la cruz... La somete á la prueba de un milagro, y un milagro permite exponerla á la pública veneracion... ¡Oh leño adorable!... Al verte queda atónito el cielo..., alégrase la tierra..., tiembla y se estremece el infierno... Y tú, real Señora, que descubriste tan amado tesoro..., el pueblo fiel te aclamará siempre por venturosa... ¡Cuántos cristianos, sin embargo, ruborizados de la cruz, la ocultan!... ¡Cuántos!... ¡Cuántos fabrican encima de ella ídolos de abominacion!... ¿Cómo podrá, pues, este árbol sagrado producir entre ellos los mismos frutos que en otras tierras?... Caigan estos ídolos, y la cruz renovará sus antiguos prodigios... Entonces participaremos todos de la virtud y sabiduría de Dios... Entonces...

SERMON I

SOBRE LA SANTA CRUZ.

Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto; ita exaltari oportet Filium hominis. (Joan. iii, 14).

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así tambien es necesario que sea levantado el Hijo del hombre.

1. Un glorioso encomio de la cruz, á la cual el divino Redentor aludia con las citadas palabras, pensó hacer san Juan Damasceno, diciendo que la habia investido con la virtud y la sabiduría de Dios. Oid con qué nobleza desarrolló su pensamiento: «Cada cual de nosotros, dice el santo Doctor, segun el anuncio del Apóstol, despues de bautizado en el nombre de Jesucristo, ha sido por el Sacramento «reengendrado á la gracia en virtud de su muerte: *Quicumque, inquit Apostolus, in Christum baptizati sumus, in mortem ipsius baptizati sumus*. Además, cuantos hemos sido bautizados, nos hemos vestido de Jesucristo en el bautismo: *Quicumque autem baptizati sumus, Christum induimus*. Pero ¿acaso Jesucristo no es la misma virtud y «sabiduría de Dios? *Porro Christus est virtus Dei et sapientia*. Luego, «concluye el Damasceno, de la misma manera que en virtud de la «muerte de Cristo, esto es, de su cruz, nos hemos vestido de Jesucristo, tambien nos hemos vestido de la potencia y sabiduría de «Dios: *Ex quo pacto, Christi mors, id est crux vera, ac vera Dei potentia ac sapientia nos convestivit*.» Hé aquí por qué, debiendo esta noche en honor de la Invencion de la santa cruz, hablaros de la cruz misma, me he propuesto no separarme un punto de la hermosa idea del citado santo Padre. Todo mi discurso se ceñirá, pues, á demostraros, sin empero perder de vista la solemnidad que celebramos, y particularmente vuestro provecho, que por la virtud de la cruz participamos á la vez de la potencia y de la sabiduría de Dios. Entre-mos en materia: *Ave María*.

2. Queriendo probar san Pablo á los corintios que Jesús cru-

cificado, considerado aun, como advirtió el Cartusiano, bajo este título, por lo demás poco honroso, de crucificado, es verdaderamente la virtud y sabiduría de Dios, alegó por motivo que lo que en Dios pareció locura y debilidad, ha resultado ser mas poderoso y sábio que el mayor poder y la mayor sabiduría de los hombres: *Quia quod stultum est Dei, sapientius est hominibus; et quod infirmum est Dei, fortius est hominibus.* (I Cor. I, 25). Con esto, segun la opinión del Padre san Atanasio, no solo se quiso aludir á la pasion de Jesucristo, á sus oprobios, dolores y muerte, sino tambien á aquellos hombres toscos, flacos y despreciables que fueron los primeros en llevar la cruz, haciéndola triunfar por todo el mundo, no con otra virtud y fuerza que la que copiosamente reportaban de la misma cruz. De esta verdad nos da claro testimonio el Apóstol en el mismo capítulo á los corintios, donde dice que no habia venido á anunciarles el Evangelio con el aparato de estudiadas y pomposas frases, *non in sapientia verbi* (I Cor. I, 17), dando esta razon: *ut non evacuetur crux Christi; ut non tollatur fides de virtute Christi*, segun comentario del Doctor angélico, ó como dicen otros, *ut inanis non reddatur*, á fin de que no anduviesen en falso, ó no se atribuyeran á otra causal que á la cruz los maravillosos efectos de su predicacion. La cruz, pues, de Jesucristo era la que daba virtud á las razones de san Pablo, y ya que se la daba á la palabra, ¿por qué no se la daria á sus demás ministerios apostólicos? Y si se la daba á él, ¿por qué no á todos los demás Apóstoles? Y convenia, á la verdad, que aquella cruz, por medio de la cual tan copiosamente participaron de la ignominia, pobreza y padecimientos de Jesucristo, les hiciese igualmente partícipes de la virtud y sabiduría del mismo. Esto supuesto, podeis figuraros á los Apóstoles en aquellos trescientos valientes de Gedeon, que, habiendo penetrado de noche en el campo enemigo, y circuídolo todo, teniendo en la mano izquierda lámparas encendidas y en la derecha sonoras trompas guerreras, clamando á voces: *Gladius Domini et Gedeonis* (Judic. VII, 20), desbarataron de una manera extraña y nunca vista el formidable ejército de los madianitas. Bajo la misma figura los representó san Gregorio en sus Moralidades, haciéndonos observar en el sonido de aquellas trompas el eco de la evangélica predicacion; en aquellas cántaras de barro, donde se encierra la llama, el débil y frágil cuerpo que tiene encarcelado el espíritu. Venga, empero, el hierro tiránico de los perseguidores á lacerar y traspasar estos cuerpos, y al punto veréis resplandecer su espíritu á modo de lámpara, con gloria y con

milagros, y vencer de tal manera al infernal adversario, que le ponga en vergonzosa fuga. Pero ¿qué significa la espada, aquella espada prodigiosa tatumaturga que lo consume todo, *gladius Domini et Gedeonis*? Á mi parecer, amados oyentes, no significa otra cosa sino la cruz, y afirmo esto con tanta mas confianza, cuanto el papa san Leon, diciendo que *domuit orbem non ferro, sed ligno*, viene á expresar que la cruz en manos de los Apóstoles fue lo que suele el hierro en manos de los valerosos capitanes. Por lo demás, si quereis verlo claramente demostrado, mirad á Andrés, apretando en su mano esta espada, y haciendo frente á los mas arduos contratiempos, avanza por la Escitia, penetra en la Tracia, y á la voz de *gladius Domini et Andreae* el indómito escita y el fiero tracio caen á sus piés vencidos y humillados. Ved á Tomás: tambien empuña la espada; tambien con ella se dirige á la India, y clamando *gladius Domini et Thomae*, no necesita otra cosa para reducir al indio desnudo, echar por tierra sus vanas divinidades, y hacerle abandonar el antiguo culto de ellas. Empuñando la propia arma, pasa Pablo á Corinto, recorre la Grecia, llega á Atenas, la presenta á aquellos pueblos, y clamando á su vez *gladius Domini et Pauli*, truécase todo al momento: el soberbio Areopago queda confundido; la pérfida Grecia se vuelve fiel, y la instable Corinto se convierte á la verdadera religion. Con tal espada atacan Juan el Asia y Matías la Etiopia: muéstranla entrambos gritando *gladius Domini et gladius Joannis, gladius Domini et gladius Matthiae*; y el negro etíope y el muelle asiático ya no pueden resistir; abrázanla reverentes, y conviértense á un mismo tiempo en fieles conservadores de la ley evangélica que se les anuncia. Va, por fin, Pedro, resuelto y magnánimo, á atacar á la reina del mundo, la altiva Roma: suena su voz: *gladius Domini et Petri*, y Roma, la gran Roma, abre de par en par sus puertas, recibe triunfalmente la cruz, la coloca en un trono, y desde allí hace temblar al infernal madianita en los reducidos confines de su imperio desmembrado. ¡Oh victorias hermosas de nuestra fe y de la cruz santísima, cuán glorioso y consolador es vuestro solo recuerdo! Y no creais, oyentes míos, que estos estupendos prodigios obrados por medio de la cruz estuviesen reservados á los solos Apóstoles y á la época en que ellos vivieron; porque en todos tiempos á favor de la misma se comunica á los fieles el poder divino. Para patentizaros esta verdad, permitidme que en obsequio del misterio que hoy celebramos alegue en prueba aquella siempre memorable victoria del emperador Constantino, tan bene-

mérito por el hallazgo de la santa cruz. Ya sabeis, oyentes míos, que con escasas tropas, y estas intimidadas y casi sediciosas, era preciso atacar un numeroso ejército de gente aguerrida, acaudillado por ferocísimos capitanes á los cuales presidia el mismo Majencio, prestigiador famoso, que tenia comercio con el diablo. Sucedió entonces para alentar á las acobardadas tropas de Constantino, que *Signum magnum apparuit in celo* (Apoc. XII, 1), resplandeció en medio del cielo la gran señal de salud, la cual bien reconocida y acogida con militares aplausos por todo el campamento, representada majestuosamente encima de cada pendon, infundió á los soldados tanto valor y fortaleza, que impacientes y seguros de la victoria presentaron batalla al soberbio enemigo. Avanzad enhorabuena, felices escuadrones, pues con solo ver ondear en vuestras banderas aquella augusta insignia, con la seguridad de un profeta os anuncio la victoria: *Clangor victoriae Regis in illo*. (Num. XXIII, 21). Y ¿quién será capaz de vencer á vuestro Rey que *egressus est in salutem populi sui, in salutem cum Christo suo?* (Habac. III, 23). Efectivamente, cual cae el rayo sobre las excelsas torres, cual se desata el aquilon sobre las selvas, ó la preñada nube sobre las mieses, así Constantino se precipita sobre las falanges enemigas, las abate, revuelve y dispersa en un momento, y cual Faraon en el Eritreo, queda Majencio sumergido en las aguas del Tíber. Nunca jamás aquel adorable signo se cansó de obrar maravillas en beneficio de su pueblo fiel.

3. Pero si así es, pregunto, ¿por qué no las obra igualmente entre los fieles de nuestros tiempos? La cruz, en efecto, segun expresion del Crisóstomo, es la esperanza de los cristianos, la consejera de los justos y el reposo de los atribulados. Armados solo con ella, los Mártires corrieron alegres á arrostrar los suplicios y la muerte: *Martyrum gloriatio*; por amor de ella sola, tantísimos santos religiosos aceptaron una vida severísima en los mas austeros monasterios: *Monachorum abstinentia*; en ella sola confiadas y seguras, tantísimas vírgenes pudieron ofrecer inmaculado al Señor el lirio de su pureza: *Virginum castitas*. ¿Qué mas? Ella es el broquel contra todo ataque, el freno de los impíos, el júbilo de los sacerdotes, el cimiento de la Iglesia. Pregunto, pues, otra vez: ¿por qué no aparece todavía tal á los cristianos de nuestros tiempos? Voy á decíroslo, oyentes carísimos, y temo mucho decir la verdad: en unos proviene de que la consideran locura, como el gentil; en otros de que la tienen por escándalo, como el judío; por lo menos

hacen con ella lo que estos hicieron. Y ¿qué es lo que hicieron? ¡Ah oyentes míos! á no mediar la admirable providencia de nuestro sapientísimo Dios, quizás no adoraríamos sobre los altares aquel leño sacrosanto: Sabed, pues, que, ya por ser costumbre, ya mas bien á impulsos de su ojeriza, los malignos judíos, siempre envidiosos, despues de muerto Jesucristo enterraron su cruz en una profunda hoya junto con las de los dos ladrones que con él fueron crucificados. Largo tiempo habia transcurrido desde esta envidiosa ocultacion y casi se habia borrado del todo su memoria; á mas de que si alguno hubiera sido capaz de recordarla, la pérfida obstinacion del hebreo jamás hubiese revelado tal secreto. De otra parte, para mas desorientar á los fieles y hacerles abominable aquel sitio, habian alzado en él un simulacro infame de la inmunda diosa Vénus: pero ¿qué puede contra la sabiduría eterna la vana sabiduría de los hombres? *Dedi tibi cor sapiens et intelligens* (III Reg. III, 12), dijo Dios á Salomon despues de haberle infundido en aquel misterioso sueño el don de la sabiduría; y esto mismo supongo que diria á santa Elena despues de aquella vision que le inspiró el cielo para el hallazgo de la santa cruz: *Dedi tibi cor sapiens et intelligens*. En efecto, apenas llega á Jerusalem, burla los sutiles pretextos con que algunos se lisonjean de poder ocultarle el recóndito secreto; por vias desconocidas y superiores á la comprension humana llega á descubrirlo, y haciendo derribar el ara sacrílega, desentierra la cruz. Iluminada por una luz superior, al objeto de conocer sus cualidades particulares, la somete á la prueba de un milagro, y efectivamente, por medio de un milagro queda al fin levantada y expuesta á la pública veneracion la cruz de Jesucristo. ¡Oh leño adorable, arca de salvacion en nuestro comun naufragio, yo me humillo delante de tí; y digan lo que quieran el gentil ó el hebreo, y quizás tambien algunos de vosotros, yo te ofrezco rendido mis mas humildes adoraciones! Al verte el cielo, queda atónito de estupor; al contemplarte la tierra, rebosa de alegría, y tambien al verte, ruge y tiembla y se estremece el infierno. Y tú, real Señora, que descubriste tan amado tesoro, no menos sabía que aquella famosa de las Escrituras que juzgaba al pueblo debajo de una palmera, tu nombre será inmortal en los fastos de la Iglesia, y mientras dure el testamento eterno de Jesucristo, el pueblo fiel os aclamará por venturosa sobre todas las demás y os tributará siempre los mas sinceros votos de gracias. Pero ¿cuántos cristianos hay que, ruborizándose de la cruz, la ocultan tambien cuidadosamente, no osando de-

clararse seguidores suyos! ¡Cuántos queriendo Hermanarla con otras, pretenden llevar á un mismo tiempo la cruz de Jesucristo y la cruz del mundo! ¡Cuántos en fin, despreciándola y hollándola enteramente, fabrican encima de ella ídolos de abominacion! el de la ambicion el soberbio, el de la carne el impúdico, el del interés el avaro, el de los honores el vengativo, y así de los demás. Ahora bien, ¿cómo podrá este árbol de vida tan mal cultivado y puesto en un terreno que no fertilizan los sudores y la sangre de un Dios, dar aquellos frutos que felizmente produce en otras tierras, si no tan buenas, mejor beneficiadas? Caigan, caigan estos ídolos, y entonces se verá á la santa cruz renovar sus antiguos prodigios y difundir por todas partes sus resplandores. Si, entonces participaremos todos de la virtud y sabiduría de Dios, con lo cual ya no podrán intimidarnos las asechanzas ni las fuerzas del horrible enemigo; entonces será santificado el Cristianismo, ilustrada la Iglesia, abatido el infierno, y cada vez mas poblado el cielo, que el Señor se digno conceder á todos nosotros. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA SANTA CRUZ.

Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi. (La santa madre Iglesia y el apóstol san Pablo á los galatas, vi).

Nosotros, empero, debemos gloriarnos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

1. Todas nuestras glorias hemos de procurar vincularlas en la cruz de Jesucristo, á tenor del tema sentado... La Iglesia nos recuerda, por medio de la cruz, los honores que Cristo le reportó, á fin de suscitar en nuestros corazones el propósito de abrazarla y reverenciarla... Con ánimo de secundar tan sábio consejo, manifestaré de qué manera la cruz fue honrada por Dios, por Cristo y por los fervorosos cristianos.

2. El uso de la cruz data de remotísimos siglos... En todas las naciones era mirada como un padron de ignominia, pero desde el pecado de Adan estaba ordenada en la mente de Dios como un misterio... La justicia y la misericordia en Dios harian lo que las dos madres del tiempo de Joram... Salvadme, diria la justicia... Salvadme, añadiría la misericordia... Grave era la causa que por una y otra parte se debatía... La una pedía la muerte del hombre; la otra pedía su vida... Mas ¿cómo concederle esta cuando todas las fuerzas humanas reunidas no bastaban para merecerla? Era necesario... que procediendo de un árbol el veneno y la muerte, procediese de otro árbol el remedio y la vida... Desde entonces quedó decidida la grande obra que devolvió á Dios su gloria, al hombre la vida... Tal fue el primer honor dispensado por Dios á la cruz... Mas no se reducen á esto solo sus glorias... ¿Cuántas bellísimas figuras, dice san Agustin, no tenemos de ella en las sagradas Escrituras?... Arca de Noé... Vara de Aaron... Vara de Moisés..., etc. ¡Oh madero! ¿quién en estos símbolos no te ve prefigurado?... Tras largos siglos y preclaros símbolos, no diré vino, sino voló el Hijo de Dios á abrazarse con la cruz... ¡Cuánto desearia llegase su hora!... *Quomodo coarctor usque...* Llegó, por fin, el suspirado dia... abrazó la cruz... la llevó sobre sus lacerados hombros... y permiti-

clararse seguidores suyos! ¡Cuántos queriendo Hermanarla con otras, pretenden llevar á un mismo tiempo la cruz de Jesucristo y la cruz del mundo! ¡Cuántos en fin, despreciándola y hollándola enteramente, fabrican encima de ella ídolos de abominacion! el de la ambicion el soberbio, el de la carne el impúdico, el del interés el avaro, el de los honores el vengativo, y así de los demás. Ahora bien, ¿cómo podrá este árbol de vida tan mal cultivado y puesto en un terreno que no fertilizan los sudores y la sangre de un Dios, dar aquellos frutos que felizmente produce en otras tierras, si no tan buenas, mejor beneficiadas? Caigan, caigan estos ídolos, y entonces se verá á la santa cruz renovar sus antiguos prodigios y difundir por todas partes sus resplandores. Si, entonces participaremos todos de la virtud y sabiduría de Dios, con lo cual ya no podrán intimidarnos las asechanzas ni las fuerzas del horrible enemigo; entonces será santificado el Cristianismo, ilustrada la Iglesia, abatido el infierno, y cada vez mas poblado el cielo, que el Señor se digno conceder á todos nosotros. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA SANTA CRUZ.

Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi. (La santa madre Iglesia y el apóstol san Pablo á los galatas, vi).

Nosotros, empero, debemos gloriarnos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

1. Todas nuestras glorias hemos de procurar vincularlas en la cruz de Jesucristo, á tenor del tema sentado... La Iglesia nos recuerda, por medio de la cruz, los honores que Cristo le reportó, á fin de suscitar en nuestros corazones el propósito de abrazarla y reverenciarla... Con ánimo de secundar tan sábio consejo, manifestaré de qué manera la cruz fue honrada por Dios, por Cristo y por los fervorosos cristianos.

2. El uso de la cruz data de remotísimos siglos... En todas las naciones era mirada como un padron de ignominia, pero desde el pecado de Adan estaba ordenada en la mente de Dios como un misterio... La justicia y la misericordia en Dios harian lo que las dos madres del tiempo de Joram... Salvadme, diria la justicia... Salvadme, añadiria la misericordia... Grave era la causa que por una y otra parte se debatia... La una pedia la muerte del hombre; la otra pedia su vida... Mas ¿cómo concederle esta cuando todas las fuerzas humanas reunidas no bastaban para merecerla? Era necesario... que procediendo de un árbol el veneno y la muerte, procediese de otro árbol el remedio y la vida... Desde entonces quedó decidida la grande obra que devolvió á Dios su gloria, al hombre la vida... Tal fue el primer honor dispensado por Dios á la cruz... Mas no se reducen á esto solo sus glorias... ¿Cuántas bellísimas figuras, dice san Agustin, no tenemos de ella en las sagradas Escrituras?... Arca de Noé... Vara de Aaron... Vara de Moisés..., etc. ¡Oh madero! ¿quién en estos símbolos no te ve prefigurado?... Tras largos siglos y preclaros símbolos, no diré vino, sino voló el Hijo de Dios á abrazarse con la cruz... ¡Cuánto desearia llegase su hora!... *Quomodo coarctor usque...* Llegó, por fin, el suspirado dia... abrazó la cruz... la llevó sobre sus lacerados hombros... y permiti-

tió le desnudasen para santificarla con su contacto inmediato... Hubiera bastado ser atado á ella como sus compañeros, mas él quiso ser clavado... Si la espada de Goliat con estar manchada con su impura sangre la consideró Abimelec digna de ser expuesta á la veneracion pública, por haber sido instrumento del triunfo de David, ¿quién podrá expresar la veneracion que se debe á la cruz, instrumento con que el Hijo de Dios triunfó del Goliat infernal?... Al impulso de esta arma tuvo el demonio que soltar su presa... Aun de su sombra huye... Por medio de ella el hombre tentado se defiende... Á mas del demonio todas las cosas creadas sienten la virtud de la cruz... Siéntenla los ciegos...

3. No contento Jesús con haber honrado tanto á su cruz, quiso conservar en su carne glorificada las llagas que le fueron abiertas en ella... De las otras no conservó cicatriz alguna; aquellas quiso que fuesen distintivos de su nueva vida... Sus demás misterios fueron revelados por medio de desusados anuncios... el mejor argumento para el de su Resurreccion fue la manifestacion de sus llagas... Siendo tanto el aprecio que Jesús hizo de su cruz, la señal de esta simbolizó ya desde muy antiguo entre los cristianos su profesion de fe... Otras santas costumbres entre ellos sobre el uso de la cruz... ¿Qué espectáculo!... Los paganos presintiendo su ruina á causa de la cruz, quisieron esconderla y borrar su memoria colocando en su lugar una estatua de la diosa del placer... Todas sus artes solo sirvieron para acrecentar el número de los adoradores del estandarte divino... En su obsequio hizo levantar Constantino soberbios y magníficos templos... Por su mandato la cruz dejó de ser el patíbulo de los malhechores... y pasó á ser, dice san Agustín, el adorno de la corona de los monarcas.

4. No obstante de haber cesado el suplicio de la cruz, no cesó en los cristianos el deseo de sufrirlo...

5. Callo las peregrinas invenciones de algunos para hallar la cruz... Pero no puedo pasar por alto el arte con que vosotras... habeis sabido apropiárosla... Sin querer recorrer con Teresa... sin salir con Maura... sin esconderos con Rosalía... Vuestra conducta prueba que teneis puesta en la cruz toda vuestra gloria: *Nos autem gloriari oportet...* Por tanto no puedo menos de proponeros por modelo á mis oyentes, persuadido que, mejor que mi lengua, vuestra vida ejemplarísima les inculcará el honor debido á la santa cruz.

SERMON II

SOBRE LA SANTA CRUZ.

Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi. (La santa madre Iglesia y el apóstol san Pablo á los galatas, vi).

Nosotros, empero, debemos gloriarnos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

1. Si los elogios justamente debidos á vuestra piedad pudiesen sin ofenderos y sin dejarme á mí desairado resonar en esta cátedra de verdad á la cual vuestra cortesía me ha invitado, ¿qué otro asunto, ilustres y religiosas doncellas, qué mejor argumento para romper el dique y dar vuelo á mi discurso en edificacion de cuantos me oyen, que vuestra laudable atencion y el generoso y magnánimo fervor que os anima? ¿Acaso no os pertenecen las protestas y voces que hoy eleva la Iglesia brindando á los fieles á regocijarse en este dia para vosotras tan jubiloso y solemne, y para todos tan fausto, como consagrado al triunfo y á la exaltacion de la cruz? ¿No es este por ventura el signo saludable, en virtud del cual milagrosamente merecisteis y con plausible memoria reconocéis haber sido salva la vida de vuestro santo Patriarca y fundador cuando se vió amenazada por sus primeros falsos, fingidos y licenciosos discípulos, hijos de Belial, mortales enemigos y perseguidores suyos? ¿No es este, por ventura, el leño de que formásteis la cerca que debía guardar vuestro celibato virginal contra los comunes enemigos, y conservar intactos y olorosos los lirios de vuestra pureza por entre las espinas de este desierto peligroso que llamamos vida? ¿No es esa, por ventura, la enseña que levantásteis para militar á su sombra en la que cifrais vuestras esperanzas de victoria, la que os inspira fuerzas para el combate y constituye toda la gloria de vuestro triunfo? Llano y dilatado es el campo que semejante espectáculo ofrece á mi vista, y bien conozco toda la ventaja que el recorrerle proporcionaria no solo á mi discurso, sino á esta noble y devota concurrencia, pues si por un lado ganaria el uno en elocuencia y copiosidad

con la exposicion de vuestras infinitas virtudes y alabanzas, por otro ganaria la segunda en admiracion é instrucciones. Como, empero, los elogios que con razon deberia tributaros pudieran hacerse sospechosos á algunos y parecer hijos de la lisonja, ú ofender la religiosa y singular modestia de vuestro ánimo que si está siempre dispuesto á merecer elogios, no empero á oírlos relatar; para librarme de uno y otro escollo, me esforzaré en contener los impulsos de mi corazon, y dirigiéndome á los concurrentes aquí reunidos para oírme, empezaré recordándoles que todas nuestras glorias hemos de procurar vincularlas en la cruz de Jesucristo, á tenor de la invitacion que hoy nos hace la Iglesia, tomada del Apóstol: *Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi.* En esta invitacion me parece oír la voz de una madre noble y previsora, que deseando despertar y encender en el pecho de sus amados hijos generosos impulsos y dirigir sus pensamientos hácia las empresas mas honrosas y laudables, empieza por recordarles las hazañas magnánimas y los timbres militares de sus gloriosos progenitores. Con análoga prevision hoy tambien nuestra Madre amantísima nos enseña y pone á la vista la sangrienta insignia de su divino Esposo, recordando por medio de ella á los fieles los honores que Cristo le reportó, á fin de suscitar en el corazon de todos el propósito de abrazarla y reverenciarla. Deseando secundar este sabio consejo, voy á tratar someramente de la santísima cruz y de algunos de sus mas insignes méritos, explicando de qué manera ella ha sido honrada por Dios, por Cristo y por los fervorosos cristianos; por Dios en ordenarla, por Cristo en sostenerla, y por los cristianos devotos en buscarla: *Ave Maria.*

2. Que el uso de la cruz sea muy antiguo en el mundo, no puede dudarse, pues se conserva memoria de ella, no solo entre los romanos, los griegos y los judíos, sino en los vetustísimos monumentos de los egipcios, sirios y persas. Pero aquel instrumento que pasó de nacion en nacion como padrón de ignominia y de castigo, muy de antemano fue en la mente de Dios ordenado para misterio. Bien podeis creer que desde aquel instante en que por la infinita sabiduría del Altísimo fue prevista la transgresion de Adán, el cual para no turbar sus delicias con su mal aconsejada compañera gustaria sin vacilar la fruta mortífera del árbol prohibido, fue acordado entre las tres divinas Personas, preparar y oponer al desorden la oportuna compensacion. Descubierta desde léjos el pecado del hombre, desde aquel punto debieron despertarse é intervenir la mise-

ricordia y la justicia, la una para purgar y la otra para castigar el gravísimo ultraje previsto, á semejanza de aquellas dos madres del tiempo de Joram, mencionadas en el libro IV de los Reyes. Vencidas las tristes de extrema necesidad y penuria, devoraron de comun acuerdo una de las criaturas que tenían, para conservar su vida durante el hambre cruelísima que por entonces afligió la ciudad de Samaria. Debiendo llegar, segun habian pactado, al segundo hijo para cometer con él la misma crueldad que habian cometido con el otro, la una madre, movida de tardío arrepentimiento, procuró esconderlo para salvarlo. Reconvenida ante el Rey de Israel por la otra madre, decia esta: Señor, salvadme, pues habiendo muerto uno de los hijos, no es justo que el otro le sobreviva. De igual ó semejante manera razonarian ante el trono de Dios la justicia y la misericordia con respecto al pecado del hombre. La justicia clamaria pidiendo castigo, y la misericordia, por el contrario, pediria é imploraria perdon. Salvadme, diria aquella, salvadme, Señor, pues si vuestra misericordia ha consentido en el castigo y la caída del ángel, no debe el hombre eximirse de la pena que merece. Salvadme, replicaria la segunda, salvadme, Señor, y pues vuestra justicia ha exigido el castigo del ángel, ya no me queda por salvar y tornar á la vida sino el hombre. Salvadme, repondria la justicia; si el hombre os ofende y ultraja, vuestra honra y la mia requieren que el ultraje sea purgado con la vida del ofensor. Salvadme, añadiria la misericordia, pues si el hombre ha sucumbido por flaqueza, vuestro amor y el mio demandan que el infeliz sea levantado y curado de su herida. Grave era la causa que por una y otra parte se debatía: la una queria dar su compensacion á la justicia divina con razon irritada contra el hombre rebelde y desobediente; y la otra queria satisfacer á la compasion, justamente excitada en favor del hombre engañado y seducido: la primera pedia la muerte del hombre; la segunda reclamaba su vida: aquella atendia á la deuda; esta al rescate. Pero ¿cómo proceder al rescate del hombre sin cancelar antes la deuda por él contraida; y cómo cancelar esta deuda, cuando al intento no bastaban todo el mérito de nuestras preces, todo el poder de nuestras lágrimas, todo el valor de nuestras obras, toda la rigidez de nuestras penitencias, ni siquiera todas las fuerzas humanas reunidas? Era, pues, necesario que en pena de la gravísima falta pereciese el humano linaje, ó que en desagravio de la gloria divina, alguna persona increada se encargase de repararla; era necesario que perdido el hombre por su desobediencia, fuese resca-

tado por otro con el mérito de la obediencia; finalmente era necesario que, procediendo de un árbol el veneno y la muerte, procediese también de otro árbol el remedio y la vida. Así, pues, para dar á la justicia y á la misericordia debida y oportuna compensacion, en aquel mismo momento quedó dispuesta por la Sabiduría divina la encarnacion del Verbo y su muerte de cruz, dejando á las dos sábias rivales satisfechas y aplacadas con la sangre que en ella debía derramarse; ordenando que desde la cruz tuviese cumplimiento la obra de la general redencion, aquella grande obra que á un tiempo devolvió á Dios su gloria, al hombre la vida, salvó al mundo, aplacó al cielo, venció y aherró al demonio, quebrantando todo su reino. Tal como acabais de oír fue el primer honor dispensado por Dios á la cruz, honor tal, que por sí solo bastaria para hacerla en todo el mundo digna de eterna veneracion; pero no se reducen á esto solo sus glorias. ¿Cuántos símbolos preclaros y nobilísimos no ofreció Dios al mundo para hacérsela venerable? ¿Cuántas bellísimas figuras, dice san Agustin, no tenemos de ella en la sagrada Escritura, ya en el arca de Noé, ya en la vara de Aarón, ya en la del caudillo Moisés, ya en aquel palo medicinal que Dios indicó para endulzar las aguas de Mará, y en otros cien pasajes tan asombrosos como raros? Ved el arca fabricada por el justo Noé: caían porfiadas y deshechas las aguas del cielo; habia el mar róto sus antiguas vallas, rebosando por todos lados; salian de sus cauces los torrentes y los ríos, y nuevos ríos y nuevos torrentes vomitaba el abismo sobre la tierra. Convertida esta en un solo y dilatado mar, crecían las aguas sobre medida para inundar campos, pueblos, tierras y ciudades, arrebatando reyes y pastores, instrumentos y artífices, chicos y grandes: bramaban los vientos, tronaban las nubes, y encrespábanse las olas asolando el universo. Pero en el seno de esta gran tormenta, en medio de todos estos peligros, el buen Noé, y con él el pequeño mundo que habia reunido dentro del arca, navegaba seguro á merced de esta, que le ponía á cubierto de todo contratiempo. Mirad la vara de Aarón convertirse, en Egipto, en una terrible y amenazadora serpiente que se arrastra silbando por los salones en presencia de todos los circunstantes, haciendo palidecer y temblar de miedo al inflexible Faraon, revolviéndose animosa contra los dos fieros dragones de los encantadores egipcios, y destrozarlos y devorarlos uno tras otro, sin que quedase vestigio de ellos, y dejando á un tiempo rotos y burlados los encantos. Contemplad el afligido pueblo de Israel en las playas del

Eritreo, teniendo por ambos lados montes y peñascos altísimos é inaccesibles, delante el mar, y á sus espaldas á Faraon con todo su ejército, que acosa impaciente á los israelitas y está próximo á caer sobre ellos. Diríase que la destruccion de estos es segura; y que van á encontrar allí su tumba fuera de Egipto; pero de repente aparece Moisés á la cabeza de todos, é hiriendo con su poderosa vara las aguas del mar cede este á la fuerza del leño, se retira, se divide, abre un camino y ofrece libre paso á los que huyen; y puestos ya en salvo, cargados de los ricos despojos que han recogido, al nuevo contacto de la vara vuelven á romperse aquellos diques prodigiosos, las aguas divididas se juntan otra vez, las rompientes elevadas y amenazadoras, suspensas, sobrepuestas é inmóviles á manera de cristales ó piedras, estréllanse de golpe sobre la cabeza de los egipcios, quebrantando los carros con sus ruedas, derribando en revuelta confusion caballos, soldados y jefes, y sumergiendo y abismando á un mismo tiempo todo el ejército de Faraon. Ved también á los israelitas en el dilatado desierto del Sur, que fatigados, polvorientos, cansados de andar largas jornadas, y sobre todo rendidos de calor, caen unos tras otros exánimes y muertos de sed por las orillas del amarguísimo lago de Mará. Vé, dijo empero el Señor á Moisés, toma aquel madero y ponlo en el agua, que con solo esto quedará templada y endulzada toda su amargura, y el pueblo de Israel podrá apagar su sed. ¡Oh madero! vital y augusto madero! ¿quién en este y otros muchísimos hechos y clarísimos símbolos no te ve prefigurado, reconociendo en ellos tus prendas muy singulares? ¡Ojalá tuviera yo tiempo suficiente para confrontarlos uno con otro é ir enumerando las dotes y virtudes maravillosas que el Señor depositó en tí para nuestro provecho y enseñanza! Mas pasémoslas por alto, pues otras particularidades raras, estupendas y dignas de todo encarecimiento reclaman mi atencion, viéndote promovido y elevado á nuevas honras. Tras larga serie de siglos de muchos y nobilísimos símbolos, y despues de tantas ilustres figuras, abrióse por fin en la plenitud de los tiempos la via del misterio tan repetidamente prefigurado. Habiendo al objeto descendido del cielo el Hijo eterno de Dios, y héchose hombre mortal para sostener la cruz que la divina sabiduría habia preparado y su caridad inmensa ordenado para reparacion de la culpa y remedio de nuestra salud, no diré vino sino voló á abrazarse con ella. No con mas anhelo se unge el atleta y se prepara y apresura á correr á la palestra; no con mayor ahínco el amante esposo se acerca al tálamo

por el que arduosamente y desde mucho tiempo suspiraba. ¡Oh, cuán ardientes é inflamados suspiros no acarrearía de su pecho el afán de conseguirla! ¡Cuántas veces no acusaría, por decirlo así, al tiempo de perezoso y lento en traerle aquel día y aquel madero que consideraba como el día y el trono de su triunfo! ¡Ay de mí! decía algunas veces á sus discípulos, desahogando en cierto modo la llama que interiormente le abrasaba, ¿cuándo veré preparado aquel baño suavísimo que debe confortarme; cuándo aquel día que debe restaurarme y regenerarme en el ansiado bautismo que me está prevenido? ¡Cruel demora, que aflige y derrite mi corazón! Venga, venga pronto la hora que ha de unirme con la cruz y sacarme de pena quitándome la vida: *Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usque dum perficiatur!* (Luc. XII, 50). Llegó, por fin, el día fatal, fijado en los eternos decretos, en que Jesús debía mostrarse al mundo pendiente de la cruz; pero así como cualquiera hombre, por animoso y fuerte que sea, se desalienta y abate á vista de su suplicio, Jesucristo, por el contrario, al ver la cruz, de débil y flaco que era, se volvió mas sereno y esforzado que valeroso Ezequías. Con sabia prevision tienen las leyes prevenido que los reos no toquen ni vean siquiera el instrumento de su suplicio; pero Cristo lo contempló con placer y alborozo, y habiendo llegado á alcanzarla, impelido de sus ardentísimas ansias, la abrazó y cargó sobre sus hombros lacerados, á manera de emblema de su principado, cual otro fénix, de quien se dijo que anhelando rejuvenecer su cansada vejez, va transportando con el pico las ramas olorosas con que prepara la hoguera que ha de abrasarle; él tambien, al revés de sus compañeros de suplicio y de la costumbre de todos los pueblos, llevó la cruz áuestas mientras tuvo fuerzas para soportar su peso. Llegado al lugar de la ejecucion, permitió que los verdugos le despojassen de sus vestiduras, sufriendo con intrépida resolucion la vergüenza intolerable de verse expuesto desnudo á la vista de una muchedumbre casi innumerable *confusione contempta* (Hebr. XII, 2), á fin de poder santificar la cruz con su contacto inmediato. Bastaba, en efecto, superabundantemente para reparacion de los hombres la simple muerte de cruz y el ser puesto ó atado á ella de cualquier manera; pero lo que era suficiente para nuestro remedio, observa el Crisóstomo, no bastaba á su amor y al afecto que por la cruz sentía. Por eso tambien, no contento con que le suspendieran al igual de los otros, quiso además ser fijado en ella con gruesos y ásperos clavos para poder bañarla y enriquecerla con su propia sangre, y

darle parte de su misma carne, cuyos pedazos debian entrar en los agujeros junto con el hierro cruelísimo que le taladraba las manos y los piés. ¿Quién será capaz de ponderar el precio y el lustre nuevamente adquirido por aquel leño tan amado de Cristo, tan santificado por él, destinado á ser el instrumento de su victoria contra el enemigo y de la fundacion de su nuevo reino en la Iglesia? Si la espada del gigante filisteo, con estar manchada con la sangre de un hombre espurio y despreciabilísimo, mereció tal estimacion y reverencia en todo Israel, que el sacerdote Abimelec la consideró digna de ser expuesta á la veneracion del pueblo en el templo de Nobé, solo por haber servido de instrumento á David para quitar del mundo un hombre solo, oprobio de Israel, ¿quién podrá, ó Dios eterno, expresar con palabras la honra y la gloria conferida á la cruz, arma fuertísima por medio de la cual el Hijo de Dios humanado eximió al género humano de su antiguo yugo y afrenta, quitando á nuestro comun enemigo la fuerza de pugar y ofender, habiendo quedado, no ya teñida, sino empapada toda en su sangre divinísima? ¿Quién dirá la virtud que ella por medio de esta preciosa sangre contrajo? Harto lo sintió el demonio desde aquel momento, pues estremeciéndose de ira y rabia, mordiéndose sus labios é hinchados labios, al impulso de esta arma tuvo que soltar la presa que tenia entre sus garras, sin esperanza de volverla á recobrar. Pero no solo de la cruz, sino de su imagen, cual las sierpes de la sombra del fresno, tiene que huir temblando y agazaparse y esconderse esta venenosa serpiente. La cruz, ved aquí el escudo contra sus ataques y el antídoto contra sus mordeduras. Por medio de este signo el hombre tentado se defiende del demonio y de sus asechanzas, el caido se levanta, y el perseguido queda libre. En ese escudo se embotan todos sus dardos, con esa llave se desatan sus cadenas, y con esa espada se rompen sus ligaduras. Esta es la saeta que lo traspasa, el rayo que lo hiere, el tósigo que lo envenena y exacerba. Además del demonio sienten la virtud de la cruz todas las cosas creadas: sientenla los ciegos, y recobran la vista; sientenla los mudos, y hablan; los sordos, y responden; los enfermos, y sanan. Al sentirla tambien aplácense los tiranos, amánsanse las fieras, despéjanse las tinieblas, desvanécense los nublados, retoñan los troncos muertos. Al sentirla, las lluvias no mojan, los venenos no dañan, las espinas no punzan, las espadas no cortan, las llamas no quemán. Siéntela el rio, y se detiene; siéntela el mar, y se calma; siéntela el cielo, siéntela el universo. ¿Qué

cosa no siente la virtud de la cruz y la de aquella sangre preciosa y poderosísima que la enriqueció, rindiéndole por este medio los convenientes y merecidos honores?

3. Poco, sin embargo, hubiera dicho de los timbres de este madero augustísimo, si redujese todas sus glorias á la veneracion y á la virtud que por la pasion de Cristo le fueron conferidas. No contento el Hijo de Dios de salir al encuentro de la cruz y ponerla sobre sus hombros; no contento de enriquecerla con su sangre preciosa y decorarla con la virtud de hacer milagros y prodigios, mostró él mismo por ella tal veneracion y aprecio, que, cual nuevo Job, herido en el costado despues de la lucha, casi iba á decir que no pudo menos de conservar hasta en su carne glorificada las llagas que le fueron abiertas en la cruz, conservándolas con preferencia á todas las demás que recibió, como otras tantas señales de sus insignes victorias y conquistas. ¿Cuántos golpes, cardenales, heridas y atroces torturas no debió sufrir antes de poder llegar á la cruz? Díganlo las cuerdas que lo ceñeron, los azotes que le destrozaron las espaldas, las espinas que le taladraron la cabeza y se tiñeron con su sangre. Pero de tantas llagas ninguna le fue tan cara, ninguna tan estimada, y de ninguna conservó huella y cicatriz como de las cinco recibidas en la cruz: solo estas pueden gloriarse de haber permanecido y conservádose, y de ser las compañeras y distintivas de la nueva vida adquirida por el Salvador: solo estas merecieron el privilegio de decorar su carne, de dar patente testimonio de su humanidad, de pregonar á la faz de los creyentes su inmortal resurrección. En los demás misterios fueron precisos para revelar los extraños y desusados anuncios y milagros: cuando la Natividad, descendieron angélicas legiones para anunciarla y cantar su gloria: en el Jordan, durante el bautismo, dejóse oír la voz del Padre: en el acto de la muerte, hablaron con lenguaje elocuente los peñascos, los elementos y los planetas; mas para anunciar y hacer creer á sus adeptos esta señalada victoria, no hubo necesidad de mas bocas ni de otras lenguas que las llagas abiertas en la cruz. Con estas cinco señales resucitó, con ellas se dejó ver y se hizo tocar por sus discípulos, con ellas, por fin, subió á ocupar la diestra del Padre y obtuvo la enaltacion debida á su humanidad por el mérito de haber sostenido la cruz. Ahora pues, ¿quién extrañará que los Apóstoles y seguidores de Cristo, viendo cuán apreciable era á su divino Maestro la gloria y el sufrimiento de su cruz, se consagrasen con todo ahinco á honrarla y promover su honra entre to-

dos los demás? De ahí tomó origen en opinion de muchos santos Padres, la santa y venerable costumbre de simbolizar la profesion de fe cristiana por medio de la señal de la cruz. Tan frecuente y recibida era esta costumbre en mejores tiempos, que segun nos atestigua Tertuliano, jamás se emprendia acto ni tarea de ninguna especie sin darle principio y fin con esta señal. Todavía mas: consideróse tan conveniente y necesario su uso, que, segun dicen san Cipriano y san Agustin, no habia bendicion ó consagracion, y hasta administracion de Sacramentos que se tuviese por buena, eficaz y útil, si no la acompañaba este signo saludable. De ahí tambien la introduccion de cruces de toda clase de maderas y metales, ya en las comunes congregaciones, ya en las habitaciones particulares, sin las que, ó léjos de ellas, parecia no acertaban á vivir ni morir. De ahí finalmente nació en muchos el deseo de buscar y hallar la cruz en épocas de persecucion para acabar y dar su vida á semejanza de Jesucristo. Hubiérais visto, hermanos míos, como aquellos primitivos y fervorosos fieles corrían á menudo tras los verdugos para dar testimonio de su fe, gritando por los caminos y proclamándose seguidores de Jesús crucificado, cuando la persecucion estaba mas encendida, llegando algunos á estamparse la cruz en la frente por medio de hierros candentes á fin de ser reconocidos por los sayones y crucificados: otros fijaban á la puerta de sus casas palos y travesaños para que les suspendiesen y clavasen en ellos. ¿Qué espectáculo tan agradable y risueño para Cristo y su Iglesia, á la par que glorioso para su cruz! los tiernos mancebos, los débiles niños, los trémulos y enervados ancianos increpando animosamente y provocando á los tiranos hasta el punto de haberse visto muchas veces antes faltar verdugos para los tormentos, que confesores para el martirio. El imperio pagano, contemplando atónito y aterrado semejante espectáculo, y como si ya presintiera su ruina, y como si temiera tener que ceder algun dia á pesar suyo á la virtud de este leño prodigiosísimo, cuanto habia conquistado y reunido por medio del hierro en una larga sucesion de siglos, determinó quitar y esconder, como lo hizo, aquella cruz de la vista de sus adoradores, sustituyendo en su lugar un simulacro de la fingida y falsa diosa del placer. Mas ¿para qué sirvieron todas sus artes sino para acrecentar mas y mas la gloria de aquella cruz y el número de sus partidarios? En efecto, si un emperador romano la hizo esconder, otro mas prudente y sábio mandó buscarla; si Adriano para lo primero se valió de hombres toscos y plebeyos, Constantino para lo

segundo se valió de la cooperacion y presencia de una elevada señora y reina, santa Elena, su ilustre y virtuosísima madre; si aquel para ocultarla la hizo soterrar, este al encontrarla hizo levantar en su obsequio soberbios y magníficos templos para que en todas partes la adorasen los fieles; si el uno sepultándola procuró borrar su memoria de la tierra, el otro honrándola hizo que fuese reconocida y venerada en todo su dilatadísimo imperio, y cuanto el primero porfió en envilecerla, tanto mas ennoblecida y ensalzada se vió por los esfuerzos del segundo. Entonces fue cuando en virtud de una solemne y formal disposicion la cruz dejó de ser el patíbulo de los malhechores; aquel instrumento, inventado para ignominia y mayor vergüenza de los reos, pasó á ser, como dice san Agustin, el adorno y el distintivo puesto encima de la corona de los emperadores y monarcas.

4. No obstante, aunque la pena de cruz cesó en los tribunales del Cristianismo, no cesó en los pechos cristianos el deseo de buscarla, procurando con empeño encontrarla ó fabricársela.

5. Callo, porque urge el tiempo, las raras y peregrinas invenciones que muchos inventaron para hallar la cruz; pero no puedo pasar por alto el arte y manera con que vosotros, ó sábias y ejemplarísimas vírgenes, habeis sabido apropiárosla. Sin querer recorrer con Teresa bárbaras regiones, sin salir con Maura al encuentro de los verdugos, sin esconderos con Rosalía dentro de las cavernas, sin traspasar los confines de esta bellísima y feliz patria; con solo esmeraros en seguir las reglas y las pisadas de aquel gran Padre que restableciendo la disciplina monástica en todo el Occidente, fue el primero en trasplantar el Calvario á los claustros; vosotras, repito, habeis sabido apropiaros y uniros á la cruz, cruz tal, que cuanto menos estimada es del mundo, tanto mas aceptable es á los ojos de Dios. Y aunque yo callase, haríanse lenguas vuestro instituto, vuestro ejemplo, vuestra vida, la fama en suma de vuestra virtud; hablarían tambien este suntuoso y bellísimo templo consagrado por vosotros á la santa cruz; los ricos y espléndidos adornos que tanto lo realzan; los devotísimos cultos que con una magnificencia igual á vuestra piedad estais celebrando, y por fin estas paredes y las inscripciones que se leen en los pedestales de la capilla mayor; pues todo proclama vuestra señalada y fervorosa devocion, y los singulares obsequios y tributos que rendís á la cruz, mostrando con esto claramente que teneis puesta en la misma toda vuestra gloria: *Nos autem gloriari oportet in cruce Domini*

nostrí Jesu Christi. Por tanto, no me queda que hacer mas, ó almas venturosas, sino recomendarme á vuestra laudable comprension, y proponeros, como lo hago, por modelo á las que aquí me están escuchando, persuadido de que mucho mejor que mi tosca lengua, vuestra vida ejemplarísima será fecunda y poderosa para convencer á todos del honor debido á la santa cruz, conforme os lo acabo de manifestar.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA SANTA CRUZ.

Fulget Crucis mysterium. (La santa Iglesia).
Brilla el misterio de la Cruz.

1. Conveniencia de algunas solemnidades para elevarnos á la contemplacion de las cosas sublimes... ¿Á qué otro fin se dirige la solemnidad del presente dia?... ¿Cuál es su objeto? El sublime objeto de nuestra fe, el alimento mas dulce de la esperanza, el perfecto complemento de la caridad, el... adorable misterio de la cruz, cuya veneranda reliquia miramos hoy mas que nunca resplandecer y brillar: *Fulget crucis mysterium*... ¿Cómo podré yo relatar los triunfos y hazañas de la cruz?... La cruz no se recomienda por sí, sino por ser el signo de la virtud y bondad que le fueron comunicadas... Es el signo mas glorioso y estupendo... En lo pasado lo es de nuestra redencion; en lo presente de nuestra santificacion; en lo futuro de nuestra glorificacion... Hé aquí los tres puntos que voy á tratar en mi discurso.

2. Quanto sucede es para mayor gloria de Dios y mayor bien de sus criaturas... Luego cuando una cosa pareciere empañar su gloria, ó redundar en nuestro daño, deberémos desengañarnos... Las humillaciones del Unigénito del Padre, sus padecimientos y muerte de cruz fueron para él el medio de entrar en su gloria, y para nosotros el de nuestra redencion... Yo me persuado que la cruz, en los consejos divinos, sería considerada como el instrumento mas adecuado para la satisfaccion debida á Dios... Ni dudo que vosotros penseis lo mismo. Figuraos sino... Creacion, rebelion y caida del orgulloso Lucifer... Creacion, tentacion y caida de nuestros primeros padres á impulsos del ángel protervo... Apenas delinque el hombre, se levanta en la mente divina la enseña de la cruz que restablecerá la gloria divina, y domará la soberbia del ángel y del hombre... Por medio de la cruz vence Dios al rebelde enemigo de la manera mas vergonzosa para él y mas honrosa para sí... Rebatir la fuerza con otra igual, merece aplauso; hacerlo con otra inferior, es admirable; ¿qué será cuando se emplea una fuerza in-

conducente?... Tan grande fue esta victoria, que no podemos explicarla ni concebirla... ¡Un patíbulo de infamia repuso en su glorioso asiento á la justicia ultrajada!... Quizás por esto, al subir al Gólgota, dijo Jesús á las mujeres... El demonio vió que en la cruz tendrian los hombres... un arma muy poderosa que esgrimir... Hé aquí, como decia, por el solo medio de la cruz satisfecho Dios y reparado el hombre... La misericordia y la verdad saliéronse al encuentro... *Regnavit à ligno Deus*... Por medio del mismo leño fuimos redimidos, y por eso es, en cuanto al tiempo pasado, signo de nuestra redencion... Tambien lo es en la vida presente de nuestra santificacion, como vais á verlo.

3. La redencion y la santificacion brotaron ambas de la sangre de Cristo en la cruz, sin embargo la una es muy distinta de la otra... ya se atiende al modo, ya al tiempo en que se obra esta en nosotros por la cruz... No se contentó Jesús con redimirnos, quiso además proveernos de medios para recobrar el fruto de la redencion cuando lo hubiéremos perdido... Peca el ángel, y cae precipitado al infierno; peca el hombre, y puede por la gracia de Jesucristo repararse si quiere... Las armas que le granjean su salvacion, son precisamente las que necesita para santificarse... ¿Qué es, pues, el hombre ¡oh gran Dios! para qué os mostreis tan solícito por su seguridad y?... ¡Oh cruz santa!... Ved aquí por qué en la cruz y por la cruz fueron estipulados con letras de sangre... En el solo misterio de la cruz encerró Dios todos los misterios para las gentes de nueva conquista... Todo, todo en el solo objeto de Jesucristo crucificado presenta la cruz á la creencia de su futura heredad... y así como los de la antigua ley fueron santificados en la fe del misterio que debía consumarse en la cruz, así tambien ahora nos santificamos en la del mismo ya cumplido... Todos vemos la luz que despide la cruz, y á manera de estrella polar sirve de guia á nuestro bajel sin cesar combatido... Á pesar de la estrella amiga no todos los navegantes se salvan... á pesar de la cruz no todos los cristianos llegan al puerto de salvacion... Con la madera y clavos de su cruz nos construyó el Salvador una sólida y ligera navecilla, coloreada con su preciosa sangre, para hacernos navegar en las dulces aguas de la inocencia... mas si venimos á perder esta, y aquellas se vuelven amargas por el pecado; si este hace naufragar nuestro esquife, en la penitencia nos ha preparado una tabla de salud... La cruz es para nosotros lo que la columna protectora para los hebreos en el desierto... Esto sin contar los muchísimos otros medios

de santificación procedentes todos de la cruz... En la cruz emblanquecen mas sus lirios las vírgenes, coloran mas sus rosas los mártires, de ella sacan los justos... ¿No es la cruz, como os dije antes, signo inefable de nuestra santificación?... Considerémosla ahora como signo de nuestra glorificación.

4. Como el fruto de la semilla, de la santificación nace la gloria... Debemos ser santificados para ser glorificados... La gloria de la cruz no siempre brilla á nuestra ofuscada vista con su plena luz; esto lo reserva Dios para la otra vida... ¡Ay de nosotros si esperásemos solamente en esta!... ¿De qué nos serviría el cargarnos con la cruz?... ¿En qué se diferenciarían sus amigos y enemigos?... Á estos la infamia, á aquellos la gloria... Esto será así, porque las promesas de Dios no pueden salir fallidas: *Si sustinebimus, et conregnabimus...* Ved la manifestación de esta gloria en el día del Señor... Descripción del juicio final... La cruz sacrosanta y triunfante será señal para unos de gloria, para otros de ruina... Reconvencción á Satanás por el supremo Juez... Mira, rebelde, este leño teñido todavía con la sangre que mis venas bebieron en el immaculado seno de esta Mujer... *Ecce lignum...* Los justos, empero, flotando en un mar de luz que irradia el bendito trofeo de gloria, van acudiendo á la voz que los llama... Todas las generaciones conocerán entonces cuánta gloria emanaba de la cruz á sus adoradores, y cuánta infamia y ruina á sus perseguidores... Por ella los judíos...; por ella los gentiles...; por ella los ateos é incrédulos...; por ella vendrán también á reconocer los herejes...; por ella comprenderá, por fin, esa infame raza, ebria de la sangre inocente de reyes y sacerdotes... Todo esto debe servirnos, ya desde ahora, de dulce estímulo para que nunca cesemos de amar ese nobilísimo signo de nuestra futura glorificación... ¿No bastará, en efecto?... Ved lo que será para nosotros en lo por venir... recordad lo que fue en lo pasado, lo que es en lo presente... Mas, ¿á quién y de qué estoy hablando? ¿No sois vosotros?... Conservad entre vosotros tan preciosa prenda; honradla... En ella encontraréis... el ligero esquisfe que os trasladará al puerto de vida eterna... donde con inefable regocijo vuestro cantaréis: *Fulget, fulget crucis mysterium!*

SERMON III

SOBRE LA SANTA CRUZ.

*Fulget Crucis mysterium. (La santa Iglesia).
Brilla el misterio de la Cruz.*

1. Pródigo consejo fue de la divina Sabiduría, el que los hombres celebrasen entre sí algunas grandes solemnidades, por medio de las cuales se elevasen á la contemplación de las cosas sublimes y dirigiesen sus afectos hácia la virtud, la que vista así en cierto modo con los ojos del cuerpo, no podría menos de encender en los hombres prodigiosos afectos de amor para con ella misma. Flaca por demás, é inclinada á la tierra es nuestra naturaleza, y á no ser por el estímulo de los sentidos, nunca ó raras veces se levantaría á admirar y amar aquello que está fuera de ella; pero cuando contempla la magnificencia y esplendor de algunas pompas terrenas, cual rayo de luz al través del cristal, por medio de ellas pasa á considerar la nobleza y excelencia de las cosas superiores y eternas. Partiendo de esta consideración, en la solemnidad presente, amados oyentes, vemos renovado el consejo divino: ¿á qué otro fin sino se dirigen el fausto, el esplendor y la magnificencia de estos días, sobre los demás festivos y placenteros? ¿á qué otro fin el suntuoso aparato de este templo, los perfumes del incienso, las armonías musicales, y los brillantes discursos de los oradores, sino á llamar vuestra atención hácia las sublimes maravillas de los misterios divinos? Y ¿cuál, entre los muchos que el Señor nos presenta al objeto de cautivar vuestro entendimiento y arrebatar vuestro corazón, es el que en los pomposos obsequios del presente día se nos invita á contemplar? ¿Cuál? El sublime, el admirable, el mas noble objeto de nuestra fe, el alimento mas dulce de la esperanza, el último y perfecto complemento de la caridad, el centro de los misterios todos, el misterio adorable de la cruz, cuya representación, en la veneranda reliquia que forma el ornamento mas insigne de esta

iglesia, miramos hoy mas que nunca resplandecer y brillar con nueva y prodigiosa luz: *Fulget crucis mysterium*. No á otro objeto estamos nosotros aquí reunidos; y si bien esta idea con relacion á vuestra piedad me alienta y complace, con relacion á mi ministerio me turba y preocupa no poco. ¿Cómo podré relatar los triunfos y hazañas de la cruz, cuando en sí no es mas que un desnudo y estéril leño? No solamente deberé tratar de la sublimidad y excelencia del que, pendiente de la cruz, aumentó el precio de ella, sino tambien de la excelencia y grandeza de las obras maravillosas que en ella y por ella otros obraron. Háganse cargo de la dificultad de tal empresa los que en un punto y con sagaz mirada sepan ver á cuáles y cuán lejanas fuentes debe remontarse mi peroracion. Desde luego creo os persuadiréis como yo que la cruz no se recomienda por sí, sino por ser el signo de la virtud y bondad que le fueron comunicadas, motivo por el cual debemos todos honrarla, venerarla, amarla y ensalzarla. Pero ¿qué signo es este? Es el mas glorioso y estupendo: vuestra penetracion podrá inferirlo de mi breve indicacion, como planta que se encierra y envuelve dentro de su semilla. La cruz, pues, no es mas que un signo; y en vano recorro lo pasado, lo presente y lo venidero para ver en ella otra cosa; sin embargo, segun la diferencia de los tiempos observo en la misma diferentes significaciones: en lo pasado es el signo de nuestra redencion, en lo presente es el signo de nuestra santificacion, en lo futuro es el signo de nuestra glorificacion. De ahí podeis inferir cuán altas y sublimes cosas se encierran en este signo. Á ellas deberé atender con frecuencia en mi discurso, si ha de ser provechoso, bien así como debería atender al manantial de la luz el que pretendiese encarecer la tersura de un espejo ó la nitidez de una fuente que reflejasen á sus ojos los rayos de la misma luz. Semejante razon me alienta á esperar que no os seré molesto cuando, requiriéndolo el asunto, me esfuerce en encareceros la contemplacion de los misterios que fueron causa y efecto de la cruz. Á medida que os haga ver las muchas, buenas, admirables y venerandas cosas que en ella se comprenden, crecerá y se avivará mas y mas vuestro afecto para con ella. Á este fin, es decir, á la mayor honra y alabanza de la cruz encaminase mi débil discurso. ¡Ojalá pudiese con la abundancia de doctrina y el poder de la elocuencia encender en vosotros los afectos que requiere la magnitud del asunto! Supla empero mi defecto vuestra singular devocion hácia tan grande misterio que brilla y resplandece, no tanto á los ojos de vuestro

cuerpo, como á los de vuestro entendimiento: *Fulget crucis mysterium: Ave María*.

2. Cuanto sucede y procede de Dios, como causa primera y única que es de todas las cosas, ó en él mismo ó fuera de él, en virtud de su propia esencia, ya de infinita bondad en sí mismo, ya de infinita providencia para con los demás; todo sucede, repito, para mayor gloria suya y mayor bien de sus criaturas. Y como quiere que la eternidad no es en él, cual en nosotros este tiempo deleznable, una sucesion de movimientos y una revolucion de estaciones, sino una posesion á la par colmada y continua; por eso, dije, sucede, y vosotros tambien conforme demuestran las cosas de aquí bajo, seguramente decís que sucedió en lo pasado, y que sucederá sin duda en lo venidero. Luego, si esto no puede fallir, porque fallir no puede la esencia de Dios, que es fuente y origen de todo, cuando alguna cosa pareciere empañar su gloria, ó redundar en nuestro daño, deberémos desengañarnos, porque no será tal, aunque nos lo parezca á nosotros miserables cargados con el pecado de Adán. Y á la verdad, ocultarse la esplendidez del Padre divino y la imágen de su sustancia bajo el tenebroso velo de los frágiles despojos humanos; someterse el deseado de los Ángeles y la alegría de los collados eternos á las necesidades y á la tenebrosidad de esta vil cárcel terrena; rebajarse el que está sentado en la cumbre de los cielos á la diestra de la Majestad divina, y tenderse sobre un tronco para recibir la muerte mas ignominiosa, esto es lo que un Dios hecho hombre puso sobre el escabel de su gloria: *Hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam*; y esto tambien fue lo que de una manera nueva nos abrió la fuente de sus magnificencias, comunicándonos por este medio el misterio de la cruz, ideado por la sabiduría del Padre, el cual para rescatarnos á nosotros, no quiso perdonársela á su propio Hijo unigénito: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*. Así es que aquel leño que proporcionó al Hijo de Dios el medio de entrar en su gloria, vino tambien á ser el medio de la redencion; toda vez que el Hijo divino no nos hubiera redimido de la maldicion de la ley y atraído á sí, si cargándose con los pecados del mundo, no se hubiera hecho maldicion por nosotros y dejándose elevar clavado en aquel leño. Es indudable que nuestra redencion solo podia realizarse aplacándose la divina Majestad ofendida, y la Majestad no podia aplacarse sino reintegrándose en su gloria violada, y esta no podia reintegrarse sino mediante una pena proporcionada al infini-

to ultraje. Para sufrir esta pena infinita, entre los muchos medios que Dios podia escoger eligió la cruz; y yo me persuado que la justicia y la providencia, reunidas, por decirlo así, en consejo con los demás atributos de la Divinidad, debieron considerar este instrumento como el mas adecuado y conducente para la causa y los efectos de aquel misterio, y darse con él por enteramente satisfechas y contentas. No dudo, amados oyentes, que vosotros pensais lo mismo sobre el particular, y seguramente por vosotros mismos pudiérais darme la razon de ello. Figuraos á la admirable potestad divina dando desde un principio vida y movimiento á la universalidad de las cosas: quedan ya hechos el cielo y la tierra, y el espíritu de Dios con planta fecundante recorre y mide á pasos gigantes los vastos espacios de las aguas. Á un solo acento de su voz omnipotente, sale de las tinieblas y brilla la luz. ¿No veis, empero, allí á su lado la hermosa criatura, espíritu sustancial, luz incorpórea, caudillo de todos sus ejércitos, no veis, ya casi le he nombrado, no veis á Lucifer? ¡Oh cuán bello é interesante es! pero ¡ay de él! pues tanto mérito por culpa suya ha de convertirse en su daño y mengua. En efecto, salido apenas de las manos de su Criador, empieza á contemplarse y admirarse, y prendado de su belleza, olvidándose de que pertenece á la condicion de las criaturas, esos propios méritos de que tanto se envanece ya no los atribuye á su Criador, sino á sí mismo. No contento con esto, ambiciona los honores de la Divinidad, y proponiéndose escalar á la primera ocasion el solio divino, intenta hacerse semejante á Dios y llegar á ser otro Dios. En justo castigo de su soberbia, cae al punto precipitado de su lugar; pero rebelde, obstinado y enemigo de su Autor, volviéndole odio por amor y guardando contra él la mayor animadversion, espera tiempo y ocasion oportunos para desahogar sus iras y llevar á cabo sus tenebrosos planes. Y ¿qué hace Dios entre tanto? Ocupase en la nobilísima formacion del hombre para crearse con él una raza escogida, un real sacerdocio, un pueblo de nueva conquista y colocarle en los asientos vacíos de los ángeles desterrados por haber hecho causa comun con su orgulloso caudillo. Este, apenas vió en el ameno jardin de Eden el objeto purísimo de los divinos amores, saliendo de entre el ramaje se dirige á nuestra primera madre y le dice: Eva, ¿qué haces? ¿por qué reprimes tu deseo y no pruebas la sabrosa fruta? ¿Crees, tontuela, que la amenaza fulminada contra tí caerá sobre tu cabeza? al contrario, come, y verás cuán feliz y contenta quedas. Sabe que si se te prohibió fue por celos, y

por temor de que llegaras á ser lo que la envidia no puede consentir. Ea pues, come, y da á comer á tu compañero; yo te aseguro que no os resultará sino mucho bien: seréis inmortales, ningun velo ofuscará vuestra vista, y adquiriréis la ciencia del bien y del mal, siendo otros dioses iguales á Dios. Así corrompe el protervo á la inocente mujer, sin pensar en medio de su soberbia que cuanto mas audaz y maligno es su atentado, mayor infamia y tormento le ha de redundar. Y tú, cruz santa, tú eres la bendita enseña que ya en tal trance columbraba la divina justicia y preparaba su magnificencia. En efecto, apenas el hombre delinque, para mengua y daño de su infame tentador, al instante mismo de la caída álzase aquella mole mediante la cual á un mismo tiempo se restablecerá la gloria divina y se impedirá el desarrollo de la mala semilla de la soberbia, plantada en el corazon del hombre. Sin duda vuestra piadosa consideracion adivina ya mi pensamiento, y acaso juzgaréis prolijo que me remonte á tan lejanos principios. Efectivamente, vosotros sabeis que por el instrumento de la cruz, tan vil é infame hasta el punto de ser escándalo para los judíos y locura para los gentiles, la justicia divina obtuvo una reparacion superior al menoscabo inferido á su gloria, habiéndose propuesto lograrla, viniendo al rebelde enemigo de la manera mas vergonzosa para él y mas honrosa para sí. El vencimiento, en efecto, siempre es glorioso y loable, pero mas loable y glorioso es todavía cuando en la manera de conseguirlo recobran los fueros de la justicia la honra perdida por las causas de la pelea; y esa honra queda mas y mas reintegrada, cuanto el medio y el modo de vencer es mas débil y flaco, y parece, ó es, por decirlo así, inconducente é incompatible á semejante logro. Así, el rebatir la fuerza con otra fuerza igual merece alabanza y aplauso; hacerlo con otra fuerza inferior es admirable y digno de encomio; pero ¿qué será cuando se emplea una fuerza inconducente é incompatible? ¿qué palabras bastarán para expresar con propiedad la augusta, nobilísima y sorprendentísima idea que tal vencimiento sugiere? Verdaderamente, en el misterio de la cruz vimos combatir la fuerza contra la debilidad, el arrebato contra la humillacion, la osadía contra el abatimiento, el fausto contra la ignominia, la arrogancia contra el oprobio, y la abyeccion, la debilidad, el abatimiento triunfaron de la audacia, de la jactancia y de la violencia. Hé aquí un grado de victoria sobre otro alguno glorioso y sublime, de manera que no ya puede expresarse con palabras, mas ni siquiera puede concebirse con la men-

te. Las tinieblas de la mas oscura noche hicieron brotar la luz del mas esplendoroso día; el patíbulo de infamia repuso en su glorioso asiento á la justicia ultrajada, y todo esto de un modo conducente y adecuado á la causa del delito. Quizá por esto el divino Verbo humanado subiendo al Gólgota con la cruz á cuestas se volvió á mirar á las piadosas mujeres que le seguian llorando y lamentándose, y con el lenguaje de sus dulces ojos las alentó y consoló diciéndoles: No os duela, no, piadosas mujeres, esa carga que llevo encima, ni os perturbe y contriste tan grande infamia, pues ese escándalo y esa locura que oprimen mis hombros son mi gloria y mi reino. Así la justicia halló en la cruz qué oponer á las causas de la loca soberbia ajena, reintegrándose de este modo en su gloria violada; pero tambien la misericordia encuentra en ella qué ofrecer á la flaqueza del hombre, para que los efectos de la soberbia sembrada en su corazon se atajen y emboten, á cuyo fin es aquel instrumento mas propio que otro alguno, como totalmente opuesto, por la virtud de Jesucristo, al orgullo que debia quebrantar y vencer. Tambien por esto es de creer que el sarcasmo, ó lo que fuere, lanzado contra Jesús pendiente de la cruz, por las viles lenguas de los judíos: si eres Hijo de Dios, baja de la cruz, y te creeremos, recibió su primer impulso del demonio furioso, que incitaria á hablar así á aquellos ministros de sus iras, previendo que por el gran misterio que iba á consumarse, iban á quedar despuntadas todas sus armas y fallidas sus esperanzas, pues en la cruz los hombres por ella redimidos verian en todo tiempo un espejo donde mirarse, un ejemplo que seguir, un argumento sólido que alegar, y una arma muy fuerte y poderosa que esgrimir contra la criminal turba de los vicios cuando salieran provocando al combate acaudillados por la soberbia, que es su raíz. Hé aquí, como decia, por el solo medio de la cruz restablecida la gloria de Dios, y el hombre dignamente reparado, y al mismo tiempo el misterio de la redencion recibiendo en cierta manera su cumplimiento. La justicia y la providencia quedaron con ella satisfechas y contentas; la misericordia y la verdad, dirigidas por la sabiduría divina, saliéronse al encuentro, y á manera de tiernas y cariñosas hermanas, la equidad y la paz, diéronse, yo creo, sobre el mismo altar un recíproco beso de amor. Surgió la verdad de la tierra, ya fecundada por la virtud de aquel leño, y allí del todo satisfecha la justicia, con una mirada que serenó el universo, aprobó desde el cielo el acto maravilloso y estupendo de la humana redencion: tan magnífica fue la pompa y

tan noble el cortejo que entonces por vez primera se vió en este mísero suelo acompañar la gloria del nuevo reino fundado y abierto en el triunfante y glorioso leño de la cruz: *Regnavit à ligno*: leño mediante el cual fuimos redimidos, y por eso es signo de nuestra redencion en cuanto al tiempo pasado: leño por el cual nos viene en la vida presente toda santidad, y por esto es signo de nuestra santificacion, segundo objeto del presente discurso. La sublimidad del asunto me promete nuevamente vuestra indulgencia, y su utilidad me la asegura; todo para mayor obsequio y alabanza del gran misterio que brilla y resplandece con insólita maravillosa luz: *Fulget crucis mysterium*.

3. Ante todo es menester deslindar bien el cómo y el por qué la santificacion es muy otra y diversa de la redencion, ya como cimiento de lo que voy á exponer, ya para quitar la duda que tal vez se abrigase sobre si debia yo tratar de ambas, supuesto que ambas brotaron á un tiempo de la sangre de Cristo, encima de la cruz. Mi propósito. Por esto os suplico que aguceis conmigo los ojos del entendimiento para penetrar aquel gran misterio de cuya sublimidad deriva nuestro asunto, y todo su honor y excelencia. Bien diferente es, en efecto, la santificacion de la redencion, ya se atienda al modo, ya al tiempo en que se obra en nosotros por la cruz: tal es la division de mi asunto en la cual, para decirlo de una vez, lo comprendo todo. No bastó á la intensa caridad de Cristo el pagar en la cruz la deuda del linaje de Adán, sino que quiso además dejarle provisto para lo futuro, como quiera que, en uso del libre albedrío, podia pecar ó no, dejando así ineficaz el fin último de la redencion, último en tiempo, pero primero en amor. Mas ¿por qué, gran Dios, por qué, satisfecho el error en la superabundancia de vuestra gracia, no le asegurásteis de modo que ya no pudiese mas errar ante el ejemplo de vuestra cruz? Así quisiéramos nosotros que se hubiese hecho, si escuchásemos la voz de nuestra flaqueza, juzgando de las cosas de arriba con el corto alcance de nuestra vista; pero muy diversamente opinaba el que conoce bien lo que conviene á su gloria y á la nobleza del género humano, por el cual dió su vida, no habiéndola dado por los Ángeles: ¡de tal manera se complació en él! En efecto, los Ángeles pecan, y caen precipitados al infierno; pero peca el hombre, y aunque pierde la justificacion original, por la gracia de Jesucristo puede, si quiere, nuevamente repararse; y á fin de que sea mas cumplida la gloria que de aquí ha de resultar, esa imagen de Dios creada y redimida sin propia

cooperacion, no logrará salvarse si no pone de sí cuanto le sea posible. Entre tanto es proveida de las convenientes armas para que en la lucha que deberá sostener entre la carne y el espíritu halle un oportuno apoyo y no acabe de perderse miserablemente; cuyo auxilio no le está de mas en su condicion de criatura, puesto que es el centro y el eslabon á donde convergen y se enlazan todas las sustancias creadas, tanto las puramente espirituales como las puramente materiales. Y esas armas que le granjean su eterna salvacion, son precisamente las que necesita para santificarse, pues sin la actual santidad, perdida ya la original, nadie puede aspirar á la salvacion definitiva, y semejantes medios de santificacion son á su vez fruto de la redencion; santificacion y redencion que nacen á un mismo tiempo del leño fructifero de la cruz, si bien tan distintas entre sí, como distinto es el no cooperar á la propia redencion, y cooperar á la propia salud; el satisfacer la deuda ya contraida, y el suministrar con que satisfacer la que nuevamente pueda contraerse; el quitar á otro de la mano la espada de la venganza, y el prestar para nueva lucha armas á la ajena flaqueza; el poner á lo pasado un remedio y un correctivo á cada instante de lo por venir; en suma tan diversas como lo son entre sí todos los chorros ó todas las gotas de agua que manan de una misma fuente. ¿Qué es, pues, el hombre ¡oh gran Dios! para que os mostreis tan solícito por su seguridad y engrandecimiento? ¿Qué es? ¡Ah! yo lo estoy viendo en la mala semilla de Adán, con su ofuscado entendimiento, con su enferma voluntad, ya inseguro y trocando lo falso por lo cierto, ya gastado y corrompido posponiendo lo bueno á lo malo! Así entre yerros y engaños, pasando de uno á otro objeto vive el hombre miserablemente. ¡Oh cruz santa, socórrenos en tan grande necesidad, para que no perezca el objeto amado de aquel que por su amor quiso morir pendiente de tí. Ved aquí por qué en la cruz y por la cruz fueron estipulados con letras de sangre nuevos pactos y argumentos de fe para el entendimiento, de esperanza y amor para la voluntad, y nuevos medios y auxilios para que el humano linaje se santificara y salvara. Ya no se trata del cordero pascual, ni de los umbrales marcados y teñidos con la sangre del mismo, ni de la serpiente de bronce, ni del *tau* ceñido á la frente, ni de la vara prodigiosa, del arca, del maná, ni de otras diversas sombras y figuras, pues el nuevo sol de justicia las borró y ofuscó todas al irradiar de la cruz sagrada, como nueva señal de santificacion, y en lugar suyo, en el solo misterio de la cruz encerró todos los misterios para

las gentes de nueva conquista. Unidad de naturaleza, trinidad de personas, atributos, propiedad, relaciones, operaciones internas y externas, la creacion de las cosas, la caída de los ángeles, el pecado de los primeros padres transmitido á toda su posteridad, la corrupcion de la humana naturaleza, el consejo de repararla, el Verbo consustancial, que desde el seno del Padre pasa al útero de una Virgen, su prodigioso nacimiento en carne humana pasible y mortal, dos naturalezas, dos voluntades, dos operaciones en una sola hipóstasis, virtud, muerte y gloriosa resurreccion, su triunfal ascension al cielo, la mision del Espíritu Santo, y con todo eso el magnífico aparato del nuevo reino de la gracia y de la vida venidera; todo, todo en el solo y nuevo objeto de Jesucristo, y Jesucristo crucificado presenta la cruz á la creencia de su futura heredad, promulgando al mismo tiempo la ley de amarle y de revestirse el hombre de sus nuevos miembros, despojado ya de sus antiguas vestiduras; y en medio de los prodigios de la naturaleza, que se levanta y conmueve toda á un acto tan grande y magnánimo, la nueva alianza de amor, mediante la cruz, de tal modo queda estrechada y confirmada por aquel pacto, que, así como los que vivian fueron santificados en las ceremonias legales en la fe del misterio que debía consumarse sobre la cruz; asimismo, creyendo en la fe del ya cumplido misterio, y obrando á tenor de la ley renovada, cuantos viniesen despues en la sucesion de las generaciones hallasen santificacion y salud. Esa luz hermosa, por revelacion de las gentes, ¿no la veis vosotras con los ojos del entendimiento resplandecer y brillar en la insigne reliquia que teneis delante? Sí, la veis, como yo la veo, y llenas de profunda admiracion y piedad la adorais, mirando en la misma aquella estrella polar hácia la cual se endereza la proa de nuestro combatido bajel para no ser sumergido al embate de los alborotados vientos de las falsas doctrinas que soplan desatadamente. Y aquí sucede como con muchos navegantes, los cuales, aunque ven resplandecer la luz maravillosa de la estrella amiga, se ahogan miserablemente, ya por la excesiva carga de la nave, ya por el furor de las olas y el rigor de la tormenta; pues los miserables que navegan á su capricho por el revuelto mar de la vida, aunque ven resplandecer, porque á todos es visible la sacrosanta enseña de la cruz, que cual nuevo astro destella desde el Gólgota, una luz clara de fe sobre las inteligencias; arrastrados por el peso de la carne humana y por la gravedad del pecado original, y no sabiendo ni pudiendo regirse por este mar, aca-

ban por hundirse en sus abismos. ¡Oh amable Jesús, ya que por tu criatura estás pendiente del leño, líbrala en algun modo del próximo naufragio! Mas ¿acaso no se anticipa, cual suele, á la demanda, preparando como medio de salvacion una sólida y ligera navicilla por sus manos formada del leño de su santísima cruz, con los agudos clavos de su pasion, y coloreada y adornada con su preciosa sangre? Ya adivináis que esa navicilla que tan ligeramente cruza el mar de la vida es la inocencia que se adquiere en el nombre y por los méritos de Jesucristo, los cuales se nos transfieren desde la cruz en las aguas de su bautismo, puerta para llegar á la fe que profesamos. Mas si esta navicilla se rompe con el vaiven de las tentaciones y de las tribulaciones temporales y corporales, dejándonos nosotros arrastrar al mal, que por inclinacion preferimos al bien, ¿no habrá ya medio de salvacion para nosotros débiles y miserables? En tan gran peligro, en el mismo leño de la cruz se nos ofrece la tabla de la penitencia, para que, abrazados fuertemente á ella, podamos con su auxilio llegar felizmente al puerto de la vida eterna. Todos estos maravillosos y estupeados recursos los tenemos prevenidos, durante la vida, en la cruz adorable, para ocurrir á nuestras necesidades, bien así como los hebreos en la prodigiosa columna que les guiaba por el desierto tenian durante la noche luz que les alumbraba, y durante el dia sombra que les protegía contra los ardores del sol; esto sin contar los otros muchos medios de santificacion que nos restan, como son los Sacramentos instituidos en fuerza de la santidad de aquel leño, los prodigios realizados, las gracias preparadas y los méritos acumulados, en número y en virtud infinitos. Yo creo que por esto, cuando la Sabiduría increada por boca de Jesucristo nos encargó que fuésemos santos como su Padre celestial, que es cuanto cabe decir, ó sea como la santidad misma de su esencia, principio, medio y término de toda santidad, aludió al rico tesoro de santificacion preparado para nosotros en la cruz, siendo imposible que por nosotros solos logremos tan alto objeto, á no mediar el apoyo y los ejemplos asombrosos de aquel santo y preciosísimo madero. En el mismo se contiene toda la admirable é interesante variedad de que, como novia en sus bodas, quiso rodearse y ceñirse la Iglesia, fundada en el valor y en los méritos del gran misterio, y simbolizada para nuestra enseñanza bajo diferentes imágenes y figuras. Así en la cruz hallaron los vírgenes el medio de emblanquecer mas sus lirios, y los mártires el de colorar mas sus rosas; de ella sacaron los justos sus nupciales vesti-

duras, y los doctores el néctar de sus doctrinas; en la misma lavaron los pecadores sus túnicas, y los justificados sacaron el agua y cogieron los frutos de vida eterna; por ella cayeron á pedazos los simulacros profanos de los falsos dioses, y enmudecieron los insensatos oráculos de los mentirosos sacerdotes, cesando tambien los sacrificios de la supersticion y de la idolatría. Por medio de la cruz, la lengua de los niños desacreditó la falsa prudencia de los ancianos, la sencillez de los idiotas confundió la aviesa sagacidad de los filósofos, y la flaqueza y ruindad de las pobres gentes abatió el orgullo y eclipsó el esplendor de los grandes y poderosos del siglo. Por la cruz, finalmente, la Italia, la hermosa Italia, por tanto tiempo profanada y corrompida en fuerza de las violencias que contra ella ejerció su perverso y orgulloso violador, renace y despierta á nueva virtud y esplendidez, desde que en la santísima y potentísima señal de la cruz, el invicto César, Francisco II, llegó, vió y venció. Venció por virtud de aquel leño tantos enemigos cuantos se habian juntado á batalla en los ejércitos que derrotó; venció á tantos insidiosos cuantos se habian encerrado en las fortalezas que ganó; venció á tantos rebeldes, seductores y tiranos cuantos se habian conjurado y armado para derribar su trono y destruir su gloriosísimo imperio. Nosotros, cabalmente, mas que nadie tenemos las hermosas pruebas de tan insignes victorias, pues que por tres distintas veces vimos al pié de nuestros muros los restos del enemigo acosados y destrozados, con la vergüenza en la frente, la vileza en el corazon y el miedo á las espaldas, huir del hierro vencedor que por doquiera los perseguía, acometía y arrollaba. Sí, venció el religiosísimo soberano del orbe católico, y vencerá siempre, toda vez que su propósito, realizado ya en parte, es que allí donde se alzare el árbol de la prostitucion sea trasplantado el aborrecido de los impíos y el venerado de los buenos, pendon de la nueva alianza, fuente de consuelos é insignia de toda santidad, el bendito árbol de la cruz, y que las plazas y los templos, las villas y las ciudades, las regiones y las provincias reconquistadas á la religion de Cristo por sus santas armas y sus santos capitanes, sean por el santo lábaro nuevamente santificadas. Este, pues, que tantas gracias y tantos prodigios opera, que constituye la sola navicilla para cruzar los mares del siglo, la cruz venerable, planta nueva que purgó la antigua de la ciencia del bien y del mal, é hizo germinar nuevamente la otra de la vida, ¿no es verdaderamente, conforme os dije antes, signo inefable de nuestra santificacion? Pero la viva luz que en

torno esparce aquella adorada porcion suya me dice ser ya hora de que la contemplemos como señal de nuestra futura glorificacion, parte la mas bella de su triunfo, en cuyo concepto me apresuro á ocuparme de ella para admirar aun de mas cerca la gloriosa luz en que el misterio de la cruz sobre todos brilla y resplandece: *Fulget crucis mysterium.*

4. Así como de las semillas proceden los frutos, del sol la luz, y del valor el triunfo, así tambien de la santificacion nace y procede la gloria. Conveniale al Hijo de Dios morir en una cruz para entrar despues en su gloria; y nosotros, mientras vamos peregrinando por esta tierra, debemos tambien ser santificados en la fe de Jesucristo por la virtud de sus Sacramentos, á fin de alcanzar en la vida futura el fruto, la luz y el triunfo de nuestra glorificacion. Si, pues, la cruz, ese instrumento por el que el Reparador de las antiguas prevaricaciones cauterizó y ungió la llaga que una falta ajena abriera en la naturaleza humana, es reconocida por nosotros como señal de aquellas dos pruebas de amor, la reconoceremos igualmente en todo tiempo como fuente y raíz de nuestra triunfal gloria. Y aunque ella está siempre dispuesta á toda empresa honrosa y laudable, y tan pronto como esta se presenta, á donde quiera que se encamine le anda en pos, como la sombra al cuerpo; sin embargo, la gloria de la cruz, en razon á las falsas ideas que aquí bajo ofuscan nuestra vista, no siempre brilla con su plena ni con su verdadera maravillosa luz; pues esto lo reserva el Autor de todo bien para cuando el frágil linaje de Adan adquiera otras cualidades y semejanzas; y como dice el Doctor de las gentes, ¡ay de nosotros si nuestra esperanza en Cristo no mirase mas allá de los confines de esta breve y fatigosa carrera mortal que llamamos vida! nadie seria mas engañado é infeliz que nosotros. Verdad es que el primogénito de los predestinados cogió los primeros lauros de su triunfo cuando, vencida la muerte por la cruz, resucitó lleno de gloria, y rodeado de gloria ascendió á los cielos; pero ¿de qué nos servirian tantos consejos para que carguemos con la cruz, si al acabar la vida nuestras esperanzas debiesen fenecer tristemente sin reportarnos beneficio alguno? Si así fuera, ¿en qué se diferenciarían los amantes de la cruz, de sus enemigos? Sin embargo, á estos les está prometida infamia y ruina, al paso que á los primeros engrandecimiento y gloria; y esto es y sucederá así porque las promesas de Dios jamás salieron ni pueden salir fallidas. El que cargado con la cruz hubiere acompañado á Cristo en sus dolores, le acompañará tam-

bien en su gloria el dia que la manifieste al universo, y nadará en un mar de exultacion. Quien llevare la cruz con Jesucristo, tendrá parte en el reino de Jesucristo: *Communicantes Christi passionibus, ut et in revelatione gloriae ejus gaudeatis exultantes. Si sustinebimus, et conregnabimus.* Apresurémonos, pues, á ver la manifestacion de esta gloria y la revelacion de este reino, cuya señal en la presente vida es la cruz. Ya el claro sol de justicia ha descornado y hecho brillar el dia del Señor, dulce y sereno para sus seguidores, amargo y turbio para los que le despreciaron. Las innumerables legiones de Ángeles que guardaron fidelidad y justicia para con su Hacedor están ya reunidas al frente de aquellas otras que perdieron el bien de la inteligencia, promoviendo el tumulto y la rebelion en la mansion de la armonia y de la paz. En torno de los primeros sopla una brisa suave del paraíso, entre los segundos reina la rabia infernal, la angustia y la desesperacion. Vense á un lado las almas benditas, que dejando sus despojos en la paz del Señor, volvieron á tomarlos ligeras y diáfanas, alegres y placenteras en el novísimo (ó) último bando; y á otro las gentes miserables, que por las tinieblas del entendimiento y la perversidad del corazon, pasaron del juicio privado á este público y universal, llevando impresas la maldicion y la condenacion eternas. Brilla en el rostro de aquellas una luz serena de gracia, al paso que las segundas ocultan su frente lívida bajo la presion del horror y de la muerte. ¿De dónde proceden tan diversos y contrarios afectos? Mirad: hé aquí en lo alto de su real solio el supremo Juez de los vivos y de los muertos, juntamente con la unidad de la esencia y la trinidad de las personas, vistiendo aun para no dejarla jamás su glorificada humanidad con la impresion de sus llagas, teniendo al lado á su Madre, ascendida en cuerpo y alma para reinar con él, y al rededor los trofeos todos de su pasion dichosos, estoy por decir, por la honra que les cabe mostrándose en faz del paraíso, del infierno y del universo entero, y alzando la señal para unos de gloria, para otros de ruina, su triunfal bandera, la cruz sacrosanta y adorable, oídle disparar, como otros tantos rayos, del arco de su furor las siguientes palabras que dirige á la turba de los precitos: ¿Veis esta señal? ¿vesla tú principalmente, voluntad proterva, padre de la mentira, seductor de los ángeles y de los hombres? Yo, que lo puedo todo por un acto de mi sola voluntad, pues sin movimiento alguno saqué de la nada el cielo y la tierra, los que con todas sus bellezas y accidentes, en número, peso y medida conservo y gobierno, ó los destruyo y reduzco á

su primitiva nulidad; yo, que por tantos medios de mi poder infinito podía abatir tu orgullo, y atajar los efectos de tu perfidia por tantas vias cuantos son los consejos de mi inagotable sabiduría; yo, provocado por tí á impulsos de tu sola malicia, no consideraré conveniente ponerme en lucha contigo y rebatirte con fuerza de armas. Recuerda, fementido, que mis dones fueron los que te hicieron bello y arrogante hasta el punto de proponerte en tu corazón hacerte igual á mí y usurpar todos mis derechos. Acuérdate, rebelde, de como, precipitado ya en el infierno con los tuyos, cifré todo mi afecto y delicia en el ser hecho á mi imagen, y tú, malvado, debajo de un árbol le corrompiste y pervertiste, inoculando en su corazón el maldito germen de tu soberbia. Pues bien, mira, en este leño teñido aun con la sangre que mis venas bebieron en el seno inmaculado de esta Mujer, mira y reconoce cuál sea la excelencia y sagacidad de tu entendimiento; mira como yo supe, para mi mayor gloria y mayor provecho del linaje humano, oponer á tu soberbia la humildad, y como mi justicia y mi providencia, en esta sola cruz, antes tan aborrecida de los gentiles, y despues por tí y tus satélites tan odiada y perseguida, hallaron el medio de compensar la culpa antigua, fuadar un nuevo reino sobre las ruinas de la Sinagoga y de los ídolos, y enriquecer y asegurar á mis hijos, suministrándoles nuevos objetos de fe y de amor, y nuevos medios para conducirse. Ea, pues, recoge el fruto de tus consejos, tú el grande, el inmenso, el omnipotente, el infinito, el otro yo, el Dios! Contra mí pusiste tu trono sobre un leño, dirá despechado Satanás: venciste, y contigo vencieron allá todos los tuyos: Ved aquí el leño, *Ecce lignum*. Pero sabed, oyentes carísimos, que este leño, cuánta es la ignominia, el enojo y el horror que suscita en el corazón de los enemigos de la cruz, otra tanta honra, grandeza, gloria y exultancia concilia á sus amadores; y mientras aquellos, congojosos y envilecidos, caen en el abismo de dolores que se cierra para siempre sobre su cabeza, éstos, honrados y gloriosos, flotando en un mar de luz que despide é irradia el bendito trofeo de gloria, van acudiendo á la voz que les llama para reinar con Dios eternamente, ya que durante la vida fueron siguiendo con la cruz á cuerdas al Cordero inmaculado hasta el monte de la mirra, cuyos ásperos senderos treparon en pos de él: *Communicantes Christi passionibus, ut et in revelatione gloriae ejus gaudeatis exultantes. Si sustinebimus, et conregnabimus*. Si esta no es una cosa sobremanera excelente, honrosa, gloriosa y magnífica, decídmeme, por vida vuestra, ¿cuál

puede serlo mas? Y siendo así, como lo es, verán, aunque tarde, su desengaño todos los que tuvieron ó puedan tener en poco, ó por vil y odiosa la cruz del Salvador, cuando en ella y por ella, en el gran día del Señor y de la revelacion universal todas las generaciones conocerán cuánta gloria y utilidad emanaba de ella á sus adoradores, y cuánta infamia y ruina á sus perseguidores. Por ella los judíos confesarán cuán neciamente aguardaron al Reparador del antiguo daño, ya que soberbiamente ignorantes clavaron en la misma al Señor de la gloria; por ella los gentiles verán cuán torpemente quemaron incienso á sus ídolos, que en sustancia no eran sino simulacros de oro y plata hechos de mano de los hombres para engañar su ciega credulidad; por ella los ateos y los incrédulos aprenderán, sin que pueda ya serles de provecho, cuán miserablemente corrompieron su corazón borrando de su mente la idea innata de Dios, é invirtiendo el orden de su providencia con sofisticos argumentos que todo lo confundieron y conculcaron, y se convencerán al fin de que el misterio de la cruz, sin los prodigios de una provida inteligencia divina, jamás hubiera podido convertir á su amor tan gran parte del mundo y mantenerla en este mismo amor. Por ella vendrán también á reconocer los herejes, siquiera una vez, que solo en la unidad de la Iglesia católica, apostólica y romana, fundada desde la cruz en la sangre de Jesucristo, se conserva el tesoro de las doctrinas, de los méritos, de las gracias, de las mercedes, de los Sacramentos, premios y merecimientos todos que nos han sido comunicados por la cruz, por la cual y no por otra via alguna consigue el linaje humano su salvacion. Comprenderá, por fin, esa infame raza ebria de la sangre inocente de reyes y sacerdotes, sedienta de ella, y pobre siempre en argumentos y en consejo, que el misterio de la cruz, nobilísimo objeto de la mente divina, harto superior á la prevision humana, así como ofuscó la doctrina de Israel, y echó por tierra la filosofía de los prudentes del siglo, logró también destruir las jactancias de su orgullo y disipar las moles que se habian propuesto, y en parte habian ya empezado á levantar entre sí sobre las ruinas de la Iglesia, á la que, sin embargo, jamás pudieron agitar ni conmover los vientos de la persecucion por furiosos que soplasen. Comprenderá, sí, la infiel como por virtud de la cruz encendió Jesucristo y conservó siempre viva y ardiente en su Vicario en la tierra, primado infalible de la jerarquía eclesiástica, el fuertísimo é inocentísimo Pio VI, la lámpara del Espíritu Santo para disipar las tinieblas de toda perversa doctrina, dán-

dole espiritual sustento, á fin de que, bajo la honrosa sujecion de las llaves, pudiese gobernarse en su ancianidad en medio del quebrantó de los viajes y de las amarguras del destierro entre los apóstatas de su fe y léjos de la hija primogénita de la cruz, su querida Roma, centro de la Religion, gloria, honra y esplendor del universo. Tantos y tan poderosos argumentos de envilecimiento é infamia para los enemigos de la cruz, que se convertirán en otros tantos objetos de triunfo y gloria para sus amadores, son ya desde ahora los mas dulces y suaves estímulos para que nunca cesemos de amar y desear ese nobilísimo signo de nuestra futura glorificación. La sola perspectiva del delicioso porvenir que nos ofrece ¿no bastará para que siempre, siempre amemos y estimemos tan preciosa é incomparable señal, adorándola, venerándola y ardiendo por ella en los mas tiernos afectos? ¿No bastará tambien para impulsarnos á honrarla, obsequiarla, venerarla y adorarla en cuanto nos sea dable con toda especie de pompas devotas y solemnes cultos? Con tanta mas razon deberia bastar, cuanto que ella, no solamente ha de mover y confortar el objeto de lo por venir, sino tambien el objeto de lo pasado y de lo presente, pues, así como para lo primero es signo de redencion, para lo segundo lo es de nuestra santificación. Mas ¿á quién y de qué estoy hablando? ¿Acaso no sois vosotros, venerables sacerdotes, y entre los demás el que es vuestro espejo y guia, el irrepreensible pastor de la presente grey? ¿no sois vosotros, cuantos aquí habeis acudido de la comarca, de la ciudad y sus arrabales, de las aldeas vecinas y de los próximos amenos collados, los que con tanta munificencia y piedad para con aquella insigne y adorada reliquia de la santísima cruz, estais estableciendo en honor de ella despues de tantos años la presente magnífica solemnidad? ¡Felices vosotros que en tal amor ardeis para con el leño de la viña! Por mi parte os diré que entre todos los objetos materiales y sensibles no podríais encontrar otro mas conducente que este para consolidaros en la fe, de la cual es fundamento, segun oísteis al principio, para nutrirnos en la esperanza, de la cual es el sosten, y para inflamarnos mas y mas en la caridad, de la que algun dia vendrá á ser el complemento. Conservad, pues, entre vosotros una prenda tan preciosa, y honradla con todos los actos de vuestra religiosa piedad, pues en ella encontraréis medicina para gozar de salud, escudo para defenderos, armas para combatir y virtud para vencer y subyugar á los enemigos espirituales y corporales del nombre divino y de vosotros mismos; en ella hallaréis for-

taleza y vigor en las adversidades del mundo y de la carne, y en ella, finalmente, el ligero esquife que desde esta playa mortal os trasladará al puerto de vida eterna, donde mirando esta sagrada partícula unida á su cuerpo principal, renaceréis en su completo triunfo, cantando con los Ángeles escogidos y las almas bienaventuradas, en honor eterno de la cruz y con inefable regocijo vuestro: *Fulget, fulget crucis mysterium. Amen.*

NOTA. Para aclaracion de las citas históricas contenidas en la precedente oracion, debemos advertir que esta se pronunció en Verona el año de 1800.

ASUNTOS

PARA LA SANTA CRUZ.

1. Sirva de tema para el exordio el arco iris que apareció despues del diluvio universal, comparando con él la santa cruz, que fue el iris y la señal de paz cuando en ella murió el divino Reparador, y lo es aun al presente, toda vez que contemplándola puede hallarse en ella 1.º un firme apoyo para la fe, 2.º un poderoso sosten para la esperanza, 3.º una ferviente excitacion á la caridad. — La cruz es un firme apoyo para nuestra fe, porque nos recuerda las victorias que Jesucristo alcanzó contra el mundo, el infierno, la muerte y el pecado: *Domuit orbem, non ferro, sed ligno.* — Para demostrar que la cruz es poderoso sosten de la cristiana esperanza, recuérdese su virtud contra todos los enemigos, espirituales y corporales, y para mayor confirmacion puede aducirse el ejemplo de la serpiente de bronce erigida por Moisés en el desierto, concluyendo con san Ambrosio (*serm. LII de Cruc.*): *Si figura tantum profuit, quantum prodesse credimus veritatem?* — La cruz, recordándonos, como nos recuerda, cuanto padeció por nosotros nuestro Redentor, no puede menos de movernos á amarle: *Diligamus ergo Deum, qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.* (I Joan. III). Á este fin quiso Jesucristo ser crucificado: *Manus extendit in cruce, ut omnia traheret ad seipsum, et ut caelestibus ea que prius erant terrena, sociaret.* (S. Ambr. in Luc. XXIII).

2. *Siluit terra in conspectu ejus.* (I Mach. 1). Para probar los triunfos de la cruz, puede empezarse aduciendo en el exordio las victorias de Alejandro, ante el cual enmudeció la tierra, y aquel

dole espiritual sustento, á fin de que, bajo la honrosa sujecion de las llaves, pudiese gobernarse en su ancianidad en medio del quebrantó de los viajes y de las amarguras del destierro entre los apóstatas de su fe y léjos de la hija primogénita de la cruz, su querida Roma, centro de la Religion, gloria, honra y esplendor del universo. Tantos y tan poderosos argumentos de envilecimiento é infamia para los enemigos de la cruz, que se convertirán en otros tantos objetos de triunfo y gloria para sus amadores, son ya desde ahora los mas dulces y suaves estímulos para que nunca cesemos de amar y desear ese nobilísimo signo de nuestra futura glorificación. La sola perspectiva del delicioso porvenir que nos ofrece ¿no bastará para que siempre, siempre amemos y estimemos tan preciosa é incomparable señal, adorándola, venerándola y ardiendo por ella en los mas tiernos afectos? ¿No bastará tambien para impulsarnos á honrarla, obsequiarla, venerarla y adorarla en cuanto nos sea dable con toda especie de pompas devotas y solemnes cultos? Con tanta mas razon deberia bastar, cuanto que ella, no solamente ha de mover y confortar el objeto de lo por venir, sino tambien el objeto de lo pasado y de lo presente, pues, así como para lo primero es signo de redencion, para lo segundo lo es de nuestra santificación. Mas ¿á quién y de qué estoy hablando? ¿Acaso no sois vosotros, venerables sacerdotes, y entre los demás el que es vuestro espejo y guia, el irrepreensible pastor de la presente grey? ¿no sois vosotros, cuantos aquí habeis acudido de la comarca, de la ciudad y sus arrabales, de las aldeas vecinas y de los próximos amenos collados, los que con tanta munificencia y piedad para con aquella insigne y adorada reliquia de la santísima cruz, estais estableciendo en honor de ella despues de tantos años la presente magnífica solemnidad? ¡Felices vosotros que en tal amor ardeis para con el leño de la viña! Por mi parte os diré que entre todos los objetos materiales y sensibles no podríais encontrar otro mas conducente que este para consolidaros en la fe, de la cual es fundamento, segun oísteis al principio, para nutrirnos en la esperanza, de la cual es el sosten, y para inflamarnos mas y mas en la caridad, de la que algun dia vendrá á ser el complemento. Conservad, pues, entre vosotros una prenda tan preciosa, y honradla con todos los actos de vuestra religiosa piedad, pues en ella encontraréis medicina para gozar de salud, escudo para defenderos, armas para combatir y virtud para vencer y subyugar á los enemigos espirituales y corporales del nombre divino y de vosotros mismos; en ella hallaréis for-

taleza y vigor en las adversidades del mundo y de la carne, y en ella, finalmente, el ligero esquife que desde esta playa mortal os trasladará al puerto de vida eterna, donde mirando esta sagrada partícula unida á su cuerpo principal, renaceréis en su completo triunfo, cantando con los Ángeles escogidos y las almas bienaventuradas, en honor eterno de la cruz y con inefable regocijo vuestro: *Fulget, fulget crucis mysterium. Amen.*

NOTA. Para aclaracion de las citas históricas contenidas en la precedente oracion, debemos advertir que esta se pronunció en Verona el año de 1800.

ASUNTOS

PARA LA SANTA CRUZ.

1. Sirva de tema para el exordio el arco iris que apareció despues del diluvio universal, comparando con él la santa cruz, que fue el iris y la señal de paz cuando en ella murió el divino Reparador, y lo es aun al presente, toda vez que contemplándola puede hallarse en ella 1.º un firme apoyo para la fe, 2.º un poderoso sosten para la esperanza, 3.º una ferviente excitacion á la caridad. — La cruz es un firme apoyo para nuestra fe, porque nos recuerda las victorias que Jesucristo alcanzó contra el mundo, el infierno, la muerte y el pecado: *Domuit orbem, non ferro, sed ligno.* — Para demostrar que la cruz es poderoso sosten de la cristiana esperanza, recuérdese su virtud contra todos los enemigos, espirituales y corporales, y para mayor confirmacion puede aducirse el ejemplo de la serpiente de bronce erigida por Moisés en el desierto, concluyendo con san Ambrosio (*serm. LII de Cruc.*): *Si figura tantum profuit, quantum prodesse credimus veritatem?* — La cruz, recordándonos, como nos recuerda, cuanto padeció por nosotros nuestro Redentor, no puede menos de movernos á amarle: *Diligamus ergo Deum, qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.* (I Joan. III). Á este fin quiso Jesucristo ser crucificado: *Manus extendit in cruce, ut omnia traheret ad seipsum, et ut caelestibus ea que prius erant terrena, sociaret.* (S. Ambr. in Luc. XXIII).

2. *Siluit terra in conspectu ejus.* (I Mach. 1). Para probar los triunfos de la cruz, puede empezarse aduciendo en el exordio las victorias de Alejandro, ante el cual enmudeció la tierra, y aquel

texto de san Agustín: *Eodem crucis tropheo et suos texit, et inimicos curvavit* (de bened. Jacob.), en el que se nos demuestra que la cruz es 1.º un objeto de sumo poder con respecto á los enemigos que subyugó: *curavit inimicos*; 2.º un objeto de sumo consuelo con respecto á los amigos á quienes protegió: *texit nos*. — Como objeto de sumo poder, propagó en el mundo, sobre las ruinas del gentilismo, su combatida adoración. — Como objeto de sumo consuelo, reanimó para siempre las agitadas esperanzas de sus fieles adoradores, y los hizo dichosos.

3. *Prædicamus Christum crucifixum*, etc. (I Cor. 1). El Padre eterno halla en la cruz el colmo de su gloria, y en ella encuentra también su gloria Jesucristo, pues que desde lo alto de aquel leño, ignominioso á los ojos de la carne, triunfa de sus enemigos, y atrae á sí todas las cosas. Nosotros encontramos en la cruz la sabiduría, la fortaleza y la delectación. 1.º La verdadera sabiduría consiste en apegarse á la cruz; 2.º la cruz nos comunica una fortaleza invencible, y 3.º nos hace gustar una sólida delectación. — No habiendo los hombres querido conocer á Dios en las obras de su sabiduría que brilla por todas partes en la estructura del mundo, valiése de la cruz que les parecía una locura, para sacarles de su error. En efecto, por medio de la predicación de la cruz destruyó la idolatría, y habiendo llamado á los hombres á su admirable luz, enseñóles las máximas del Evangelio. Los que siguen las del siglo, conocerán algún día, pero demasiado tarde, el exceso de su locura. — La virtud de la fortaleza era ignorada hasta de los mismos filósofos que creían poseerla. La cruz fue la que nos dió á conocer nuestros verdaderos enemigos y el modo de vencerlos: basta que nos armemos con ella, para derribarlos á todos. — Para dar una idea de las dulzuras que Jesucristo hace gustar á las almas crucificadas, es menester haberlas experimentado: en las cruces se halla la reconciliación y la expiación de los pecados, cuyo peso agobia al alma: la cruz es aquel suave y ligero yugo de Jesucristo que nos proporciona descanso y alivio en todas nuestras penas.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Ego Dominus qui exaltavi lignum humile. (*Ezech. xvii*).

Ostendit mihi Dominus Jesum Sacerdotem magnum, et Sathan stabat à dextris Jesu, et Jesus erat indutus vestibus sordidis. (*Zach. iii*).

Delens quod adversus nos erat chirographum decreti... affligens illud cruci. (*Coloss. ii*).

Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo. (*Cant. ii*).

Pacificans per sanguinem crucis sive quæ in cœlis, sive quæ in terris. (*Coloss. i*).

Benedictum est enim lignum, per quod fit justitia. (*Sap. xiv*).

Nos autem prædicamus Christum crucifixum: Judæis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam: ipsis autem vocatis Judæis, atque Græcis Christum Dei virtutem, et Dei sapientiam. (I Cor. 1).

Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. (*Galat. vi*).

Exeamus igitur ad eum extra castra, improprium ejus portantes. (*Hebr. xiii*).

Verbum crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis autem, qui salvi fiunt, id est nobis, Dei virtus est. (I Cor. 1).

Imitatores mei estote, fratres... Multi enim ambulat, quos sæpe dicebam vobis, nunc autem et flens dico, inimicos crucis Christi: quorum finis interitus, quorum Deus venter est, et gloria in confusione ipsorum, qui terrena sapiunt. (*Philip. iii*).

Nunc judicium est mundi; nunc princeps hujus mundi ejicietur foras; et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad meipsum. (*Juan. xii*).

Hoc signum crucis erit in cœlo, cum Dominus ad judicandum venerit. (*Matth. xxiv*).

Levabit Dominus signum in nationes, et profugos Judæ colliget. (*Isai. iii*).

Elevabit signum in nationibus. (*Ibid. v*).

Parebit signum Filii hominis in cœlo; et videbunt Filium hominis venientem in potestate magna, et majestate. (*Matth. xxiv*).

Vos, qui aliquando eratis longe, facti estis prope in sanguine Christi; ipse enim est pax nostra, qui fecit utraque unum, ut reconciliet ambos in uno corpore Deo per crucem. (*Ephes. ii*).

Aspiciamus in auctorem fidei, et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, confusione contempta. (*Hebr. xii*).

Expolians principatus et potestates: traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso. (*Coloss. ii*).

Qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus. (*Matth. x*).

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. (*Ibid.* XVI).

Figuras de la sagrada Escritura.

El árbol de la vida puesto en medio del paraíso terrenal fue la mas antigua figura de la cruz, acerca de la cual san Agustin escribió: *Est enim crux vera arbor vitæ, quæ fructum vitæ tulit Christum.* (Lib. II contra Faust. c. 7).

Otro símbolo de la cruz ofrecióse en el arca de Noé, cuando Dios quiso inundar toda la tierra, segun está escrito en el cap. x de la Sabiduría: *Sanavit iterum Sapientia per contemptibile lignum justum gubernans.*

La escala de Jacob, prefigurando la cruz, nos muestra que para subir al cielo no tenemos otro camino que el de la tribulacion.

Tambien fue una figura de la cruz aquella vara taumaturga por cuyo medio Moisés obró tantos prodigios y sacó al pueblo hebreo de la servidumbre de Faraon: *Virga illa crucis mysterium præferbat; sicut enim per virgam Ægyptus decem plagis percütitur, ita et per crucem totus mundus humiliatur, et vincitur.* (S. Aug. de Moysse, serm. XVIII).

Pero la que generalmente se considera como figura mas expresiva de la cruz y de la virtud del Crucificado es la serpiente de bronce erigida por Moisés: *Fecit ergo Moyses serpentem æneum, et posuit eum pro signo, quem cum percussi aspicerent sanabantur* (Num. XXI); lo cual vemos confirmado por boca del mismo Jesucristo: *Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita oportet exaltari Filium hominis, ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam.* (Joan. III).

Otra luminosa figura de la cruz es la misteriosa señal del *Thau*, sobre la cual léese en el c. IX de Ezequiel: *Transi per mediam civitatem in medio Jerusalem: et signa Thau super frontes virorum gementium et dolentium super cunctis abominationibus, quæ sunt in medio ejus.*

El leño que dulcificó las aguas amargas del desierto significó la cruz, á cuyo propósito dice san Agustin: *Dominus per lignum aquas dulces fecit, præfigurans gloriam et gratiam crucis.* (In Exod. q. 571).

Para ensalzar la virtud de la cruz y ponderar sus victorias, puede traerse á la memoria la derrota que sufrieron los amalecitas, mientras Moisés estaba en el monte con las manos desplegadas en

forma de cruz (*Exod. I, 16*); sobre lo cual escribió el citado san Agustin: *Sed et qui resistere tentaverunt, sicut tunc Amalech extensis manibus Moysi, ita nunc in signo crucis dominicæ superantur.* (Serm. CCCXXXIII).

Jesucristo, que superando la amarguísima pasion con el solo leño de la cruz, vuelve triunfante cargado de despojos y laureado con la conquista del pueblo hebreo y de los gentiles, fue prefigurado por Jacob, cuando pasando el Jordan con dos cuadrillas, la una de gente escogida y la otra de ricos ganados, dijo: *In baculo meo transivi Jordanem istum, et nunc regredior cum duabus turmis.* (Genes. XXXII).

Sentencias de los santos Padres.

Quid timent dæmones? quid tremunt? Sine dubio crucem Christi, in qua triumphati, in qua exuti sunt principatus eorum et potestates. (*Orig. hom. VI in Exod.*).

Impulsu quodam primos parentes ad arborem, tanquam ad asylum, se contulisse putandum est, ut significaretur jam tunc unicum refugium peccatorum, quod subinde constitutum est in arbore Crucis. (*Id. hom. IV in Gen.*).

Immortale vexillum portemus in frontibus nostris, quod cum dæmones viderint, contremiscunt. (*Id. hom. in divers. Evang. loc.*).

Si insurgit bellum adversus nos, armemus digitis frontem signo crucis. (*S. Ambr. in Psalm. XVII.*).

O bona crux, fugantur per te dæmones, liberantur ægroti, mortui revocantur ad vitam: fides augetur, pusillanimitas propulsatur, roboratur virtus, spes utcumque collapsa erigitur. (*S. Laur. Just. serm. de exalt. S. Cruc.*).

Nihil absque cruce peragas, sed sive opere insistas, sive comedas, sive bibas, omnia salutari hoc crucis signo semper communi. (*S. Ephr. Syr. serm. de Cruce.*).

Hoc signo conspecto, adversariæ potestates conterritæ, trementesque recedunt. (*Id. lib. de pæn.*).

Tu Domine munisti nos valde, et circumdedisti cruce tua, quæ est scutum bonæ voluntatis. (*Euthym. in Psalm. V.*).

Christus quidem crucifixus erat in carne, sed vere crucifigebat ibi dæmones, ubi Christo crux, non crux fuit, sed triumphus, diabolo vero patibulum. (*S. Hier. in Psalm. XLIII.*).

Crux tua, Domine, omnium fons est benedictionum, omnium est causa gratiarum, per quam credebantur datur virtus de infirmi-

late, gloria de opprobrio, vita de morte. (*S. Leo, serm. VIII de Pass.*.)

Cum ergo Dominus lignum portaret crucis, quod in sceptrum sibi converteret potestatis, manifestabatur fidelibus grande mysterium, quia pulchra specie triumphi sui portabat trophæum. (*Id. ibid.*.)

In quacumque tentatione invenitur in cruce præsidium: ibi enim est obedientia ad Deum, ibi charitas ad proximum, ibi patientia in adversis; denique in cruce invenitur doctrina et exemplum omnium virtutis. (*S. Thom. in Hebr. XII.*)

Cruces spes Christianorum, crux desperatorum vita, crux consolatio pauperum. (*S. Joan. Chrys. serm. de Cruce.*)

Si crucem infixis vultui tuo, nullus dæmonum prope stare poterit, videns ense, in quo plagam accepit, videns arma, in quibus Christus caput suum abscidit. (*Id. ibid.*.)

O vere cælestis planta pretiosior cunctis, sanctior universis! O vere lignum vitæ quod solum fuit dignum portare salutis fructum! (*S. Bern. serm. XXVIII in Cant.*.)

Non cessemus tollere crucem nostram perseverantes in ea, sicut Christus perseveravit: neminem audiamus descensum à cruce suadentem: persistamus in cruce, moriamur in cruce. (*Id. serm. I in Pasch.*.)

In hac cruce per totam istam vitam pendere debet Christianus; non enim est in hac vita tempus evellendi clavos. (*Id. serm. LXXXVI de divers.*.)

Væ portantibus crucem, non sicut Salvator suam, sed sicut ille Cyreneus alienam. (*Id. in apolog. ad Gull. Ab.*.)

Cruce Domini armatura vestra contra Sathanam, galea custodiens caput, lorica protegens pectus, clypeus tela maligni repellens, gladius iniquitatem et inimici insidias sibi propinquare nullo modo sinens. (*S. Marcial. in ep. ad Burdeg. c. 8.*)

Pendebat Christus in cruce deformis; sed deformitas illius pulchritudo nostra est. Hujus deformitatis signum fronte portemus; de ista deformitate Christi non erubescamus. (*S. Aug. serm. XXVII.*)

Quia omnis superbia habet impudentiam frontis, in ipsam frontem, lapide superveniente, dejectus est Goliath; evacuata est frons, quæ habebat impudentiam superbiæ suæ, et vicit frons, quæ habebat humilitatem crucis Christi. (*Id. serm. XXXII.*)

Si portas in fronte signum humilitatis Christi, porta in corde humilitatis Christi imitationem. (*Id. ibid.*.)

Ament vobiscum Christum, qui ab ipso, quo videbatur victus, vicit orbem terrarum; vicit enim orbem terrarum, sicut videmus fratres, subiecit potestates, subjugavit reges non superbo milite, sed irrisa cruce; non sæviens ferro, sed pendens ligno; patiendo corporaliter. Illius corpus erigebatur in cruce, illi mentes cruci subdebant. (*Id. serm. V.*)

Quæ gemma pretiosior in diademate, cruce Christi regnantium in fronte? (*Id. ibid.*.)

Numquid adhuc contemnendus est in cælo sedens, si contemptus est quum penderet in ligno? Agitaverunt caput, qui eum crucifixerunt, et ante crucem ejus stantes dicebant: si Filius Dei es, descende de cruce, sed ut agnoscatur Dei Filius, non descendit de cruce. Ait enim Centurio: Vere Filius Dei erat homo ille. (*Id. serm. LXXXVII.*)

Sed quia ipse honoraturus erat fideles suos, prius honoravit crucem in hoc sæculo, ut terrarum principes credentes in eum prohiberent aliquem nocentium crucifigi, et quod cum magna insultatione persecutores Judæi Domino procurarunt, magna fiducia servi ejus, etiam reges in fronte portant. (*Id. serm. LXXXVIII.*)

Magnum est scire Christum crucifixum, sed ante oculos parvulorum; tamquam involutum posuit thesaurum: quanta habet intus iste thesaurus. (*Id. serm. CLXI.*)

Noli ergo erubescere ignominiam crucis, quam pro te Deus non dubitavit excipere; et dic cum Apostolo: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. (*Id. serm. CCXV.*)

Cruce Christi nobis totius causa beatitudinis est: hæc nos à cecitate liberavit erroris; hæc à tenebris reddidit luci, hæc alienos Deo conjunxit, hæc pacis firmamentum, hæc bonorum omnium abundans largitio. (*Id. serm. de Parasc.*.)

Hodie crux fixa est, et sæculum sanctificatum est; hodie crux fixa est, et dæmones dispersi sunt; hodie crux vicit, et mors victa est; hodie diabolus victus est, et homo solutus est, et Deus glorificatus est. (*Id. ibid.*.)

Crucem, ut in ea gloriemur, Dominus suo gestans humero pro virga regni nobis commendavit, quod est grande ludibrium impiis, grande mysterium piis; et unde philosophus erubuit, ibi apostolus thesaurum reperit; quod illi visum est stultitia, apostolo factum est sapientia, et gloria. (*Id. in ep. ad Galat.*.)

Signum crucis à nobis expellet exterminatorem, si tamen nostrum Christum habeat inhabitatorem. (*Id. in Joan.*.)

Dei Filius sustinuit ignominiam crucis, et tu beatos putas qui felicitate istius sæculi, et deliciis perfruuntur? (*S. Hier.*).

Invenimus nos in cruce gloriam: nobis, qui salvamur, Dei virtus est, et omnium plenitudo virtutum. (*S. Bern. serm. I de Resurr.*).

Crux est humilium tuitio invicta, superborum dejectio, victoria Christi, infernorum destructio, cœlestium confirmatio, mors infidelium, via justorum. (*Casiodor. in Psalm. XI.*)

Crux est Christianorum spes, mortuorum resurrectio, cæcorum dux, conversorum via, pauperum consolatio, arbor resurrectionis, lignum vitæ æternæ. (*S. Joan. Chrys.*).

Crux Christi clavis est paradisi. (*S. Joan. Damasc.*).

Signo crucis omnia auspicanda. (*S. Ambr. serm. XLVII.*)

In cruce omnes inveniunt virtutem. (*S. Joan. Chrys. de cruce. et latr.*).

Crux omni cultu dignior est. (*Id. adv. gent.*).

Crux vitæ fons est. (*Id. ad pop. Antioch.*).

Tanta vis crucis Christi, ut si ante oculos ponatur, et in mente fideliter retineatur, nulla concupiscentia, nulla libido, nulla superare possit invidia; sed continuo ad ejus præsentiam totus ille peccati, et carnis fugatur exercitus. (*Orig. in c. VI Rom.*).

In cruce constitui divitias salutis, eam tutum præbere iter, et per eam conciliari mundi judicem certissime scio. (*S. Bern. in Cant.*).

Crux facta est statera corporis Christi, quod est Ecclesia: cum enim ipse crucifigeretur, cum ipsa appensa sunt peccata quæ commisimus. (*Id. hom. de II vig. Pasch.*).

Crucis ignominia facta est credentium gloria. (*Id. serm. IV de Ass. V.*).

Attende gloriam crucis ipsius: jam in fronte regum crux illa fixa est, cui inimici insultaverunt. Effectus probavit virtutem; Dominus domuit orbem non ferro, sed ligno. (*S. Aug. serm. LIV.*).

Crux desperatorum spes, navigantium gubernatio, fluctuantium portus, oppugnationum refugium, afflictorum consolatio. (*S. Ephr. serm. de S. Cruce.*).

Crux Ecclesiæ firmamentum, atque orbis terrarum securitas. (*Id. ibid.*).

Salve crux, salve; te non Nabutæ sanguis, sed cruor Domini consecravit. (*S. Ambr. in Luc. XX.*).

Oh divinam veramque sapientiam, cœlestique crucis inventum!

Crux terræ defixa fuit, et ecce idolorum cultus statim dilapsus. (*S. Athan. serm. in Parasc.*).

Crux te prostravit, Diabole; vitæ Auctor tibi necem attulit. (*S. Greg. Nazianz. paneg. de Cruc.*).

UNIVERSIDAD
NOMINA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA RESURRECCION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Surrexit. (Marc. xvi).
Resucitó.

1. El tan disputado camino del cielo desde hoy queda libre... Jesús, que murió hace tres días, hoy ha resucitado inmortal... Ved cuál viene del sepulcro... En vano Ambrosio y Agustín... En vano Zenón y Basilio... Todas estas cosas son antiguas...; el nuevo espectáculo es un cuerpo que deja de ser cadáver, volviendo sin ajeña cooperación á una vida imperecedera: *Jam non moritur*. Fijad en él toda vuestra atención..., y contemplando la vuestra en la resurrección de Jesús, gozad juntamente la alegría del bien presente y la esperanza del venidero.

2. La adorable humanidad de Jesús fue tan feliz y gloriosa, ya desde su concepción, como podía serlo después de su resurrección..., pero el hacerse responsable de nuestros pecados le prohibió en algún modo toda manifestación de beatitud... Símil del luto de los nobles personajes... Hoy el que padeció como hombre, aparece triunfante como Dios... Ya no falta sino que se dé á conocer para que *omnis lingua confiteatur*... etc. Por eso resucita... Por eso se levanta con el alba... Por eso baja en persona á las subterráneas... Id ahora á visitar su sepulcro... Entrad en Jerusalén... Buscad á Jesús Nazareno... Símbolos bajo los cuales está figurada en la Escritura la gloria de su resurrección... Figuraos la agradable sorpresa de los discípulos y Madre de Jesús al ver... Figuraos también... Símil de Tobías... Diferentes apariciones de Jesús resucitado... ¡Con qué dulce amabilidad solía!... ¡Qué maneras tan corteses!... ¡Qué dádivas tan preciosas no hizo á sus Apóstoles!... Á Pedro le da la primacía... Otorga á todos sus Apóstoles... ¡Qué hacen entre tanto sus enemigos?... En sobornar á los guardas del sepulcro... ¡Oh desventurada Sinagoga! Solo tú escapaste, dice san Agustín... Mas no importa... ¡Qué mayor gloria para Jesucristo resucitado?... ¡Qué partido podía adoptar el Sinedrio? Vista su obstinación no le

quedaba otro recurso que llamar á los soldados, y... ¡Oh estúpida perfidia! exclama san Agustín... *Dormientes testes adhibes?*... ¿Es posible que los tímidos discípulos?... ¿Quién ha inspirado á esos pescadores tamaña osadía?... ¡Miserables enemigos del Hijo de Dios! ¿No os había él predicho por boca del profeta Miqueas?... Caeré cual esforzado Sansón, pero... Caeré, sí..., pero... Entonces sabrán Caifás y Herodes... Veráme el Presidente romano... Así confunde Jesucristo... Los que le fueron rebeldes, hoy conocen, como advierte san Isidoro, ... Cuando menos lo pensaban, dice san Agustín, ... *Si Deus, ut quid venit? Si homo, ...* Dejemos que desahoguen los profervos sus iras... Cuando vean que aquella cruz... Cuando todo cristiano... Hasta en las más bárbaras y remotas playas se levantará... ¡Oh gloria, oh nombre de Cristo! ¡Qué día para él y para nosotros!... ¡Cuánta paz, ... cuánto terror!... ¡Cuánto debemos amar sus penas para alcanzar sus glorias!... ¡Qué fe, qué esperanza debemos tener en su resurrección, pues ella nos abre el camino de una nueva vida!...

3. La resurrección del Salvador es una fiesta tan nuestra como suya, dice san Gregorio, y san Leon lo confirma diciendo: *Quo processit gloria capitis*... Ella nos da la esperanza de estar unidos un día con Jesús por la gloria, como lo estamos aquí por la gracia... Consolaos, pues... Dos cosas os anuncio... ¡Ay! ¡cuán torpe es la herejía que niega la resurrección de nuestros cuerpos!... ¡Qué sería del hombre si...

4. Job... Su esperanza de resucitar, ... y de ver á su Redentor... *Quem visurus sum, ... reposita est hac spes mea in sinu meo*. Corróame ahora las úlceras, devórenme las llagas... Depositad, oyentes, en vuestro pecho esta esperanza... Decid con san Francisco de Asís: Es tan grande... Procurad, ó penitentes... La resurrección de los cuerpos tan dulce para el justo, es lo más espantoso para el pecador... ¡Habrás quizás aquí alguna alma?... Los malos, lejos de amar su cuerpo, lo aborrecen de muerte... ¡Por Dios, avergonzaos de... Tened ideas más dignas de... Dirigid, gobernad santamente vuestros cuerpos, ... á fin de que en vez de atemorizarse de, ... se consuelen con la esperanza de la vida futura: *Glorificate et portate Deum in corpore vestro*.

SERMON I

SOBRE LA RESURRECCION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Surrexit. (Marc. xvi).

Resucitó.

1. Despues de treinta y tres años de obstinados combates, ha-se, por fin, alcanzado en justa guerra y en premio de la mas completa victoria que el infierno deje libre el tan disputado camino del cielo. Este es aquel victorioso dia en que, forzadas las subterráneas puertas y abiertas las cárceles del abismo, muéstranse á sus escuálidos moradores las suspiradas insignias de su perdida libertad. Oigo ya el fragor de los hierros que caen y de las cadenas que se rompen en mil pedazos. ¿Quién es aquel grande que, discurrendo á su placer por las regiones del alto y del bajo mundo, imprime en sus nuevos caminos tan hermosas huellas? Es Jesús, hijo de María, que murió hace tres dias en el Gólgota, y que hoy ha resucitado inmortal. Miradle. ¡Gran Dios! qué relámpagos de majestad y de gloria! Ved cuál viene del sepulcro, donde ha dejado atónita la naturaleza y aterrada la muerte. En vano me mostrarían hoy Ambrosio y Agustin, cual objetos dignos de contemplacion, el sol riente, las estrellas alegres, los elementos gozosos: *Videtur mihi hæc dies cæteris esse lucidior, sol mundo clarior illuxisse, astra quoque, vel elementa lætari.* (In Festo). En vano Zenon y Basilio me harían observar desde los primeros albores de este dia cuán grande homenaje le prestan los siglos, cuán gran tributo le pagan las estaciones: *Magnificus sæculorum pater adest dies, omni genere fructuum pollens.* Tales objetos helos visto ya en la cueva de Belen. Todas aquellas regiones honran el dia en que nació Jesús Nazareno, y recuérdanlo tambien al florecer aquel triste Engaddi. Todas estas son cosas antiguas: el nuevo, el inaudito espectáculo de este dia, lo que jamás hasta ahora había visto el mundo, es un cuerpo que, siendo poco antes cadáver, levántase, sin ajena coo-

peracion, del lugar donde yacia, y recobra por sí solo una vida inmortal. *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur.* (Rom. vi). Este espectáculo, ó cristianos, es el que ahora absorbe todos mis pensamientos y afectos, arroba mi espíritu, embarga mi entendimiento é inflama mi corazon. Por tanto, deseo y os ruego, amados míos, que fijeis en él toda vuestra atencion. Venid á ver hoy conmigo la gloria de vuestro Padre resucitado, y contemplando en la suya vuestra propia resurreccion, gozad á un tiempo mismo la alegría del bien presente y la esperanza del venidero: *Ave María.*

2. Es indudable, oyentes míos, que la adorable humanidad del Redentor, desde el momento que en el seno de María se unió con el Verbo divino, fue tan feliz en el alma y tan gloriosa en el cuerpo, que no podia serlo mas despues de su resurreccion; de manera que, en virtud de la union hipostática, pudiera, si tal hubiese sido su voluntad, haberse mostrado durante su vida tan luminoso y bello cual hoy se muestra á todo el mundo. Pero no fue así, pues de propósito ocultó enteramente á nuestros ojos, y hasta vedóse á sí mismo en el colmo de sus dolores, aquella inefable gloria que del alma se le comunicaba al cuerpo; porque al hacerse responsable ante la ofendida justicia divina de los pecados de los hombres, había tomado una apariencia de culpabilidad que le prohibía en algun modo toda manifestacion de beatitud. Para mayor claridad diré que Jesucristo durante toda su vida obró á semejanza de aquellos nobles personajes que, aunque tienen en sus guardaropas numerosos y ricos adornos y preseas, sin embargo abstiéndense de ataviar con ellos sus personas y sus casas, en razon del luto que guardan por la muerte de algun ilustre miembro de su familia. Pero llega por fin un dia, cual hoy lo es para el Señor, en que despliegan á la vista del mundo todas las pompas de la grandeza. En la cruz ha terminado para el Redentor la innoble representacion de siervo, reo y condenado: finido el luto que guardaba por la muerte del mundo; la divina justicia, ya satisfecha y aplacada, quiere que, como es razon, el que padeció como hombre, aparezca hoy triunfante como Dios. Tal es el origen y la causa del júbilo que hoy experimenta nuestro Salvador: este es aquel colmo de gloria á que se hizo acreedor por los méritos de sus padecimientos: *Oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam.* (Luc. xxiv). El alma triunfante del Nazareno contéplase hoy en sí misma, y ve con admirable placer que para honra de su Padre y para la salvacion de los hombres, solo falta ya que se haga conocer y reverenciar de

todas las gentes como Hombre-Dios: *Et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.* (Philip. II). Por eso resucita tan alegremente y en medio del estrépito de la tierra que se conmueve, de la tumba que se abre y de los guardas que caen aterrados; por esto se levanta con el alba, y quiere derramar en el Oriente, antes que el sol, la luz de un nuevo día: *Ego feci in caelis, ut oriretur lumen indeficiens.* (Eccli. XXIV). Por esto baja en persona á las subterráneas cárceles, y prescindiendo de todo angélico ministerio, libertó con sus propias manos las santas almas que allí moraban, llevólas consigo y cogió en beneficio de ellas los primeros frutos de sus largos trabajos. Id ahora á visitar su sepulcro, y veréis unos Ángeles que levantan la losa y se sientan encima para escarnio y vergüenza de los incrédulos: *Surrexit, non est hic.* Entrad en Jerusalem, y hallaréis á cada paso hombres muertos muchos siglos hace, en cuyo semblante veréis pintada la alegría de un corazón necesitado: *Multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt.* (Matth. XXVII). Buscad á Jesús Nazareno, y no encontraréis mas que la sábana que lo envolvía, marcada con las señales de él, pero ya sin él: *Quid queritis viventem cum mortuis? Non est hic.* (Luc. XXIV). Páreceme que veo por todas partes saltar de júbilo las criaturas todas, festejando el triunfo de su Señor. Este, cuantas veces en las Escrituras quiso figurar la gloria de su resurrección, tomó por símbolos los objetos mas hermosos y risueños de la naturaleza. Ora decía que despues del hórrido invierno de su pasión apareceria cual en los días mas alegres del año aparece risueña la primavera: *Jam hyems transiit, imber abiit et recessit, surge.* (Cant. II). Ora prometía que resucitaria cual una flor, que, mística ya y desecada, irguiese de repente el tallo y volviese á florecer, formando con su nueva vida el mejor adorno del jardín: *Refloruit caro mea: et ex voluntate mea confitebor ei.* (Psalm. XXVII). Ora indicaba que imitaría el ejemplo del águila, que, cuando entrada ya en años siente que se le caen las viejas plumas, revístese de otras nuevas, y rejuvenecida al par de ellas, tórname mas robusta y ágil que nunca, y desafia en la rapidez del vuelo al viento y al rayo: *Renovabitur ut aquila juvenis tua.* (Psalm. CII). Con estas figuras los antiguos oráculos significaban la gloria de aquella resurrección que ellos no debían ver. Mas los que tuvieron la gran felicidad de verla, enajenados de gozo, no pudieron ni supieron decir sino que la habían visto: *Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre.* (Joan. I). Y en efecto, figuraos cuán agradable sorpresa debía

causar tanto á los discípulos como á la Madre del Crucificado el ver tan repentinamente lleno de luz y de divina belleza á aquel á quien poco antes vieran bajo tan distinto aspecto, es decir, tan afligido y humillado en la cumbre del Calvario. Figuraos tambien qué inmenso placer debía experimentar el mismo Jesucristo al manifestarse á sus amados siervos con tan nuevo atavío de majestad y gloria. Pongamos por ejemplo al jóven Tobías, el cual, ausente del país natal desde sus primeros años, regresa de lejanas tierras á su patria donde se le tiene por muerto; ¿qué diréis que piensa durante el camino? Piensa en la alegría que va á manifestarse en su casa tan pronto como pise sus umbrales: piensa en la voz con que se dará á conocer á sus padres, en el alborozo con que su madre y la familia toda saldrán á su encuentro, y en los gritos, los abrazos y los besos con que será recibido. Estos son los pensamientos que embarcan su mente y le hacen redoblar el paso, impaciente por llegar á las puertas del hogar doméstico y exclamar: ¡aquí estoy! Pues de una manera semejante preparábase el Redentor á presentarse á sus queridos amigos; pero con tanto mayor placer, cuanto mayores eran el amor y los dones que les llevaba. Efectivamente, cualquiera que lea en los Evangelios las muchas y diversas apariciones del Salvador, y los diferentes aspectos bajo los cuales se apareció, reconocerá la suma bondad é inteligencia con que procedió en todas ellas. Cuando se aparece á la Magdalena, toma el aspecto de un hortelano; al manifestarse á los dos discípulos que se encaminan al castillo de Emaús, vésele bajo la apariencia de un extranjero; cuando se presenta á los Apóstoles en la ribera del mar de Tiberíades, muéstrase en traje y figura de pescador. De esta manera gozábase Jesucristo en permanecer por algun tiempo con sus discípulos cual si fuera otro de ellos; y luego descubriase de improviso para aumentar el placer con la sorpresa. ¡Y con qué dulce amabilidad solía hacerles las primeras saluciones! Ora les daba la paz: *Pax vobis;* ora desvanecía sus temores: *Ego sum: nolite timere* (Luc. XXIV); ora les llamaba por sus propios nombres, como á María Magdalena; ora les daba familiarmente el nombre de hermanos: *Nuntiate fratribus meis.* (Marc. XXVIII). ¡Qué actos, qué maneras tan corteses y delicadas! Al reunirse con los dos caminantes, aparenta ir mas léjos, movido del secreto deseo de que le detengan: *Se finxit longius ire... Mane nobiscum.* Al presentarse á los discípulos, pídeles cariñosamente de comer, y se lo da él en seguida con esplendidez: *Puerinumquid pulmentarium habetis... Venite, prandete.* (Joan. XXI).

Despues de haberse despedido y separado de los Apóstoles, preséntase otra vez á ellos en el cenáculo, estando cerradas las puertas: *Venit Jesus, januis clausis.* (Ibid. xx). ¡Y qué dádivas tan preciosas no les hizo en sus frecuentes visitas y entrevistas! Una vez confirió á Pedro la primacía de su Iglesia: *Pasce agnos... Pasce oves meas.* (Ibid. XXI). Otra vez otorgó á los doce Apóstoles el poder de perdonar los pecados: *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* (Ibid. xx). Otra vez, en fin, los constituyó en predicadores de su fe y operadores de sus prodigios por todas las comarcas y confines del universono mundo: *Euntes in mundum universum, predicato Evangelium omni creaturae... Signa eos qui crediderint, hæc sequentur* (Marc. xvi); y en tanto que Jesucristo resucitado colma de alegría á sus amigos, ¿qué hacen, qué piensan sus enemigos? Esos grandes y nobles varones están actualmente sobornando con gruesas sumas de dinero á los guardas del sepulcro para que todos de comun acuerdo dén á entender que mientras estaban durmiendo vinieron los discípulos en medio de la noche, y hurtaron el cadáver de su Maestro. ¡Oh cien veces desventurada Sinagoga! tú eres la única que has faltado á la grata prediccion que hizo Jesucristo cuando dijo que al ser elevado de la tierra arrastraría consigo al mundo entero: *Et ego, si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad meipsum.* (Joan. xii). Solo tú, dice san Agustin, le escapaste al tiempo de recoger sus amorosas redes; y donde fueron cautivados con otra multitud de gente extraña el árabe, el indio y el moro, no pudo serlo el judío. *Credit calum, credit terra, et sagena, que totum mundum piscata est, Judæos tenere non potuit.* (Serm. I in die Pasch.). Mas no por esto resultan vanos los infalibles oráculos del Señor de las gentes, que ha resuelto sujetarlas á su voluntad, ó para triunfo de su misericordia, ó para trofeo de su justicia: *Ut in nomine Jesu omne genu flectatur, celestium, terrestrium, et infernorum.* (Philip. ii). De manera que no solo los amigos de Jesucristo, sino hasta sus mismos enemigos concurren hoy á pesar suyo á celebrar su triunfo. ¿Qué mayor gloria para Jesucristo resucitado, que la de ver hoy á los Escribas y Fariseos, antes tan orgullosos, obligados á temerle despues de muerto mas que durante su vida? ¿Qué palidez produjo en el semblante de aquellos hombres la impensada noticia de la resurreccion de Jesús Nazareno! Sabido el hecho y examinadas sus pruebas, levántase entre ellos un confuso rumor; despiden las guardas, convocan el Sinedrio, proponen y discuten varios partidos. Mas ¿qué partido podia adoptarse en se-

mejante caso? ¿Callar, disimular, cerrar secretamente el sepulcro y hacer creer que el Nazareno permanecia en él sepultado? Pero ¿quién tendrá valor para volver á colocar aquella lápida? ¿Quién será capaz de desafiar el poder de aquellos Ángeles dispuestos á matar al primero que se les acerque? ¿Se publicará, pues, que algunos se han introducido por ocultos y subterráneos senderos en el sepulcro, y lo han abierto? Mas ¿cómo era posible esto, estando el sepulcro vaciado en la dura peña del monte? ¿Se confesará por último la verdad de la odiosa resurreccion, atribuyéndola empero á milagro de algun santo profeta enterrado en algun lugar? Esto nadie lo creará, por cuanto el sepulcro habia sido fabricado por orden de José para servir de sepultura á los de su familia. Por tanto no quedaba á la desconcertada malicia de los judfos otro recurso que llamar á aquellos soñolientos soldados y obligarles á fuerza de dinero á divulgar la gran nueva de su famosa vela: *Pecuniam copiosam dederunt militibus, dicentes: dicite quia Discipuli ejus nocte venerunt, et furati sunt eum, vobis dormientibus.* (Matth. xxviii). ¡Oh ciega y estúpida perfidia, exclama indignado san Agustin, que te atreves á poner por testigos de un falso hecho á unos hombres que por propia confesion estaban dormidos cuando aquel se verificó! *Dormientes testes adhibes?* Pues qué, ¿ni el ruido que debió hacerse para abrir el sepulcro, ni el estrépito que debió causar al caer la gran piedra que lo cerraba bastaron á interrumpir el sueño de los guardas? ¿Es posible que los tímidos discípulos se atrevieran á tanto, fiados únicamente en el sueño de los soldados armados? Y ahora cabalmente que se han llevado el cuerpo de su Maestro, ¿se atreven á proclamar su resurreccion? Ellos que no tuvieron valor para seguirle durante su vida, cuando le tenían por un gran profeta, ahora que, si no viviese, deberian tenerle por un vil impostor, ¿le siguen, le aplauden y aclaman por su Maestro y Señor? ¿Cómo es esto? ¿Quién ha inspirado á esos pescadores tamaña osadía? ¿Quién les paga á ellos, quién les da aliento para proclamar en presencia de la Sinagoga, con la resurreccion gloriosa de un condenado, la palmaria injusticia de su condenacion? ¿Miserables enemigos del Hijo de Dios! ¿no os habia él predicho desde remotos tiempos por boca de su Profeta, que os duraria poco la satisfaccion de haberle oprimido? *Ne lateris inimica mea super me, quia cecidi: consurgam cum sederò in tenebris.* (Mich. vii). Caeré, cual esforzado Sanson, sobre mis enemigos, mas no para morir juntamente con ellos: *Ego consurgam.* Me levantaré de en medio de las ruinas pa-

ra vergüenza y confusion de los que conmigo cayeron, mas no se levantaron conmigo: *Consurgam cum sedero*. Caeré, sí, pero como aquel que preve su caída, y por esto caeré, no cual el que cae para morir, sino como el que se sienta para descansar. Caeré, mas para levantarme sobre las cabezas de mis competidores y convertirlas en escabel y peana para el pié triunfante que las huella: *Ponam inimicos meos scabellum pedum meorum*. (Psalm. cix). Entonces sabrán Caifás y Herodes quién fue aquel que compareció ante su tribunal. Pondré sobre los mismos umbrales de sus palacios los fundamentos de mi nueva Iglesia, y á vista de ellos me haré llevar al templo por mis nuevos sacerdotes, y les haré quitar de las manos aquel incienso que los impíos nunca quemaron en sus altares: *Aspiciet inimica mea, et operietur confusione*. (Mich. vii). Cuando haya destruido la Sinagoga, sentirá la idolatría el peso de mi mano. Veráme el Presidente romano caminar hácia Roma y hacer adorar allí la ignominia de aquella cruz á que antes me condenara otro de sus predecesores, y establecer allí mismo sobre el mas alto trono del mundo, en lugar del temible César, á un humilde pescador. *Aspiciet, aspiciet inimica mea*. Así avergüenza y confunde Jesucristo á sus enemigos. Pero ¡cuánto mayor es la vergüenza y confusion de los que le han sido rebeldes! Escucha, ó muerte, ó yeme, ó infierno, temed, ó abismos: *Ero mors tua, ó mors, morsus tuus ero, inferne*. (Osee, xiii). Cristo, antes de su resurreccion, era considerado por aquellos como un hombre admirable, pero no divino; y por esto le habian combatido mas bien como á enemigo que como á rival de su imperio; pero hoy, como advierte muy oportunamente san Isidoro, conocen su necia ceguedad, por efecto de la cual, no acertando á distinguir en el Hombre-Dios las dos naturalezas, mientras cual peces hambrientos se abalanzan sobre la naturaleza humana, enrédanse en la divina, y quedan presos en aquel anzuelo que alegres iban á devorar como una presa. Cuando menos lo pensaban, dice san Agustín, viéronle aparecer en su profundo reino á manera de un rey, visitar las cárceles y dar libertad á los presos sin prevenir ni avisar siquiera á los guardas. ¿Quién es, dicen, este que con tal imperio manda en ajena morada? *Unde est iste tam fortis, tamque terribilis?* (Homil. II de Descensu ad inferos). Si es Dios, ¿por qué viene á nuestra mansion? y si es hombre, ¿cómo viene? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Si es hombre, ¿qué poder tiene sobre el infierno? *Si Deus, ut quid venit? Si homo, quid præsumit? Si Deus, quid in sepulchro facit? Si homo, quare peccatores solvit?* Es un Señor mas

fuerte que nosotros. Su ademan no es suplicante, sino imperioso; sus actos no son propios del que va á pagar tributo, sino del que viene á exigirlo. Temamos á un huésped que se presenta como invasor, á un reo que procede como juez, á un hombre que truena como un Dios: *Invasor iste, non debitor, exactor est, non precator; venit jubere, non succumbere, eripere, non manere*. Dejemos que desahoguen los protervos sus iras, que mayor, mucho mayor será por cierto su despecho y su rabia cuando vean que aquella cruz, en que tanto desearon verle clavado, se convierte en manos de Cristo en arma la mas poderosa para combatirles y derrotarles; cuando todo cristiano tendrá la facultad de arrojarles, con una simple señal de la cruz, de los cuerpos que opriman con su presencia, é imponer silencio á sus mentirosos oráculos; cuando la nueva ley de gracia les pondrá un freno que morderán siempre rabiosamente sin poder romperlo jamás: *Morsus tuus ero, inferne* (Osee xiii); cuando, en fin, recorriendo con temerosos pasos toda la tierra, tropezarán á cada instante con aquella cruz, que persiguiéndoles siempre por nuevos caminos en la tierra y en el mar frustrará todos sus proyectos homicidas con el admirable trofeo de su victoria. Hasta allá, en las mas bárbaras y remotas playas de ambos mundos, se levantará enfrente de las infieles naves, que se verán obligadas á apartar al pié de la cruz, para adorarla, antes de tomar tierra para combatirla: *Ut qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur*. (Eclesia). *Ero mors tua, ó mors*. (Osee, xiii). *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras*. (Joan. xii). ¡Oh gloria, oh nombre de Cristo! ¡Oh alegría, oh esperanza de nosotros los cristianos! ¡Qué día es este para él y para nosotros! ¡Cuántos amigos se alegran, cuántos enemigos rabian con ocasion de él! ¡Cuánta paz infunde á los unos, cuánto terror inspira á los otros! ¡Cuánto le aman los que le siguen, cuánto le temen los que huyen de él! ¡Qué placer el de aquella grande alma, qué esplendor el de aquel cuerpo glorioso! ¡Qué mutacion de estado, qué exaltacion, qué imperio, qué potestad tan grandes! Adios, falda del monte Olivete, cumbre del Gólgota, adios! *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur. Mors illi ultra non dominabitur*. (Ad Rom. vi). ¡Cuánto debemos hoy enamorarnos de aquella humanidad sacrosanta, cuánto debemos amar sus penas para alcanzar sus glorias! *Si sustinebimus, et conregnabimus*. (Tit. ii). ¡Qué fe, qué esperanza debemos tener en esta tan feliz resurreccion, toda vez que al resucitar hoy Jesucristo, nos ha abierto los caminos de una nueva vida! *Notas mihi fecisti vias vitæ*. (Psalm.

xv). Caminos por los cuales, siguiendo las primeras huellas que en ellos imprimió nuestro Salvador y Dios, podemos llegar á vivir con él y por él eternamente dichosos en aquel reino de gloria, que siendo primero gracia suya, será despues nuestro mérito y nuestro eterno patrimonio.

3. La gloriosa resurreccion del Redentor es una fiesta tan nuestra como suya, dice el papa san Gregorio; y san Leon nos da la razon de esto diciendo con mucha oportunidad que es imposible que los miembros todos dejen de experimentar la gloria de la Cabeza: *Quo processit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis*. La fiesta que hoy celebra el Cristianismo consiste toda en aquella dulce y firme esperanza que tiene el cristiano de que algun dia él tambien resucitará con Jesucristo, y se le unirá por la gloria tan estrechamente como aquí le estuvo unido por la gracia. Consolaos, pues, y enjugad las lágrimas, ó almas afligidas: terminará vuestro llanto y se convertirá en una alegría que no tendrá fin. Dos cosas os anuncio; no las olvidéis: la primera, que vuestro llanto terminará, lo cual constituye un miserable consuelo, aun para los incrédulos; la segunda, que vuestras lágrimas se convertirán en una alegría sin fin, en lo que consiste todo el consuelo de los corazones cristianos. ¡Ay de mí! ¡qué compasion fue la mia al leer en san Agustin la torpe herejía de los que niegan la posibilidad de la resurreccion de nuestros cuerpos! ¡Miserables soñadores! ¿Qué sería del hombre si todo acabase para él aquí bajo? ¿Qué vida, qué muerte serian peores que las suyas? Todas las criaturas, sensibles é insensibles, tienen un centro en que descansan, un bien que las satisface; mas nosotros, espíritus siempre inquietos y descontentos de nuestro estado, si no nos quedara la esperanza de otro estado mejor, ¿á qué se reduciría nuestra existencia sino á vivir siempre hambrientos y nunca saciados de un bien que no poseeríamos durante la vida, ni esperaríamos poseerlo despues de la muerte?...

4. Estaba el triste y atribulado Job exponiendo á sus afligidos amigos la miseria de su estado, cuando de repente, iluminado por un rayo de luz celestial, previendo la remota venida del Redentor que tantos bienes debia traernos, abre los ojos, serena el semblante, y transportado de alegría, exclama: ¡Amigos, dadme al instante con que escribir! *Quis mihi tribuat ut scribantur sermones mei!* (Job, xix). ¡Ah! cosas entiendo ahora, que quisiera fuesen escritas en mármoles y en bronces para perpétua memoria de la posteridad! *Quis mihi det, ut exarentur in libro stylo ferreo, et plumbi la-*

mina, vel cello sculpantur in silice! (Ibid.). ¿Qué anuncios son estos, ó Job, y quién te inspira tanto vigor y tanto aliento? ¡Ah! bien lo sé yo: *Scio quod Redemptor meus vivit*. Apresurad, ó siglos, vuestro curso, y llegue el dia destinado á tan grande regocijo. Vive mi Redentor, y veo ya empezar mi vida despues de su muerte, y venir mi resurreccion despues de la suya: *In novissimo die de terra surrecturus sum, et rursus circumdabo pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum*. (Ibid.). Ahora corróanme las úlceras, devórenme las llagas, caigan á pedazos todas mis miserables carnes, que se harán de este modo mucho mas hermosas: *In carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius: reposita est hæc spes mea in sinu meo*. (Ibid.). Notad, ó cristianos, estas últimas palabras: *Reposita est hæc spes mea in sinu meo*. Depositad en vuestro pecho esta esperanza; dulcificad con ella toda la amargura de vuestros males; decid á menudo con san Francisco de Asis: Es tan grande el bien que espero, que toda pena se me convierte en placer. Procurad no perder nunca esta esperanza, sobre todo vosotros, ó penitentes, que acabais de renacer á la gracia, y trayendo á la memoria los pasados años, que tan miserablemente habeis perdido, considerad el estado de envilecimiento y abyeccion á que reduce el pecado á nuestras almas. La futura resurreccion de los cuerpos, que tan dulce creencia constituye para el hombre justo, es el artículo de fe mas espantoso para el pecador. Hay tanta diferencia, hermanos míos, entre unos y otros cristianos, que los buenos nada desean mas, y los malos nada temen tanto como la resurreccion. ¡Dios de bondad! ¿habrá quizás aquí alguna alma que mas de una vez se haya envilecido hasta el extremo de abrigar el deseo de ser mortal, para no tener que resucitar algun dia con su culpable cuerpo? Algunos dicen que los malos aman demasiado su cuerpo; mas yo digo que lo aborrecen de muerte, supuesto que en vez de conservarlo puro, para volver á gozarlo resucitado, quisieran que no resucitase nunca, para mantenerlo siempre en estado de impureza. Por Dios, avergonzaos de tan torpes sentimientos! tened ideas mas dignas de la nobleza y sublimidad de vuestra naturaleza: *Glorificate, et portate Deum in corpore vestro*. (I Cor. c. vi). Consideraos como almas destinadas á vivir en un reino eterno, y sed dignos de vuestro elevado destino. Dirigid y gobernad santamente vuestros cuerpos, de manera que en vez de atemorizarse con la idea de la muerte presente, se consuelen con la esperanza de la vida futura: *Glorificate, et portate Deum in corpore vestro*. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA RESURRECCION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Quomodo Christus surrexit à mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vite ambulemus. (Rom. vi, 4).

Como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así tambien nosotros andemos en novedad de vida.

1. Afectos que la Iglesia católica procura excitar en nuestros corazones en las diferentes festividades del año.
2. Durante la semana última todo ha sido en ella llanto y luto... Hoy todo en ella es alegría... Pregunta enajenada de gozo á María Magdalena: *Quid vidisti in via?* Y esta le responde: *Sepulchrum Christi viventis...*
3. Las mismas palabras podemos nosotros dirigir á la Madre del Redentor: *Dic nobis, Maria, quid...*, y ella nos responderá: Hallé al que ama mi alma..., no con un cuerpo desgarrado..., sino resucitado y glorioso... Mi corazón, ó amado Hijo mio... Ya desde este feliz momento el infierno...
4. Alegraos, justos... Y vos, Madre dulcísima... Tomemos la resurreccion de Jesucristo por norma de la nuestra. Los pecadores deben resucitar á la vida de la gracia; los justos á la de mayor santidad: *in novitate vite...*
5. *Invocacion*: Mi amable Jesús...
6. Job..., aquel hombre afligido por el furor del demonio..., reanima su espíritu con la fe y esperanza de su resurreccion... Oigamos sus palabras: *Yo sé que vive mi Redentor...*
7. Pasemos de la ley antigua á la ley de gracia... Palabras de san Pablo á los romanos: *Quomodo Christus surrexit...* *Tolle spem resurrectionis*, decia san Crisóstomo, *et soluta est...* Si no hay resurreccion de los muertos, decia el Apóstol, en vano predicamos nosotros, inútil es vuestra fe... Santo Tomás... Tertuliano... No balanceis en este artículo de nuestra fe, *omnes quidem resurgemus...* Seis señales que forman el carácter de la resurreccion de Jesús: fue pron-

ta, verdadera, universal, manifiesta, constante y gloriosa. Tratemos todos de imitarlas, pues aquella es nuestro ejemplar.

8. Fue pronta. No convenia, en efecto, que aquella carne... estuviese sujeta á la corrupcion... Por eso María Magdalena no encuentra en el sepulcro...

9. La prontitud es la primera señal de la conversion de un pecador... Toda dilacion es contraria al precepto del Señor... Pretextos de los pecadores... son unos temerarios..., unos necios..., unos imprudentes... Deje el impío su camino, y... irá caminando de virtud en virtud hasta...

10. Fue verdadera. No fue como la aparicion de Samuel á Saul... Hablaba, andaba, bebía, comia con sus discípulos... Tocad, palpad mi cuerpo, les decia... Á Tomás: *Infer digitum tuum huc, et...*

11. ¡Qué confusion para tantos pecadores cuyas resurrecciones son aparentes, fantásticas... ¡Cuántos no hacen mas que interrumpir!... ¡Cuántos enemistados!... ¡Cuántos impuros!... ¡Ay!... ¡Cuán diferente es la conducta de los justos!... Esta es la resurreccion que Dios quiere...

12. Fue universal. No hubo pedazo de carne..., ni gota de sangre..., ni cabello que no se le restituyese en su resurreccion... Resucitó con toda su integridad... Esto fue para enseñarnos á todos una resurreccion total de los vicios á la virtud, y de la virtud á toda santidad.

13. Pecadores... Vuestra pasion dominante queda siempre viva... Palabras de san Agustin... Muy al contrario obran los justos.

14. Fue manifiesta. Durante cuarenta dias se manifestó el Señor con la mayor frecuencia..., unas veces en el cenáculo, otras en... Tan convencidos se hallaban los Apóstoles de la resurreccion de su divino Maestro, que... nada pudo hacerles negar una verdad tan manifiesta: *Virtute magna reddebant...*

15. Debemos resucitar del pecado, y manifestarlo con obras... Debemos asistir á los templos..., concurrir á la palabra de Dios..., frecuentar los Sacramentos... Parecer resucitado, sin estarlo, es hipocresía; estarlo, y no parecerlo, es cobardía... ¡Cuántos por temor... No así los verdaderos justos...

16. Fue constante. *Mors illi ultra non dominabitur.* La hija del príncipe de la Sinagoga..., el hijo de la viuda de Naim..., Lázaro..., fueron resucitados, pero volvieron á pagar el tributo á la muerte... Solo resucitarán de una manera permanente cuando la resurreccion general. Esta será de eterna felicidad para unos, de eterna infeli-

cidad para otros... ¡Qué dolor el ver tantas resurrecciones inconsistentes en nuestros días!... Hoy confesando, y mañana maldiciendo... ¡Dios inmortal! ¿Cómo podrémos llamar resucitados... Si nuestra resurreccion no es ahora permanente, no podrá despues ser gloriosa.

17. Fue gloriosa. El purísimo cuerpo del Hijo de la purísima Virgen, aquel cuerpo que desde que nació hasta que espiró en la cruz padeció un continuado martirio..., se levantó del sepulcro lleno de gloria, hermosura y majestad. Belleza..., ligereza..., sutileza..., impasibilidad del cuerpo de Jesús... Los magníficos triunfos de los emperadores... eran un tosco borron... Este es el día que... Justos de la tierra... Pobres pecadores, tratad sériamente de que se vean en este día las dotes de vuestra espiritual resurreccion : claridad, agilidad, impasibilidad, sutileza.

18. ¡Felices vosotros si así lo haceis! Así vuestra resurreccion será pronta, verdadera, etc., como la de Jesús... Tal es la que conviene á justos y pecadores... Despues de esta resurreccion espiritual, vendrá la universal de los cuerpos... Esta es la que nos hace honrar las cenizas de... Yo honro, decia san Ambrosio... En esta fe nos confirman los cuerpos incorruptos de tantos santos... Ubaldo, Eugubino, Narciso, Teresa... en esta verdad nos corroboran... Pero ¿para qué hacernos interminables?... Creámosla... y digamos con el santo Job : *Scio quod... in novissimo die de terra surrecturus sum.* Esta fe nos sostendrá...

19. Por tanto *que sursum sunt querite*... Entended que la soberbia, la envidia, la venganza, etc., no entran en aquella patria feliz... solas las virtudes pueden conducirnos á ella... Practicadlas constantemente, y...

SERMON II

SOBRE LA RESURRECCION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Quomodo Christus surrexit à mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vite ambulemus. (Rom. vi, 4).

Como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así tambien nosotros andemos en novedad de vida.

1. La santa Iglesia católica, apostólica, romana, esta tierna madre de todos los fieles, cuya fe nos salva, y cuyos saludables preceptos nos justifican; esta piadosa y sábia maestra procura excitar en nosotros diferentes afectos análogos y conformes á los sacrosantos misterios que en el discurso del año celebra, y nos propone como objetos de nuestros religiosos cultos. Unas veces excita en nuestras almas afectos de admiracion, representándonos ya el adorable é incomprendible misterio de la santísima Trinidad en la unidad de la divina esencia : ya la encarnacion del divino Verbo en las purísimas entrañas de una Virgen : ya la venida del Espíritu Santo al mundo en forma de paloma, como en el Jordan, ó en figura de lenguas de fuego, como en el cenáculo, en que estaban congregados los Apóstoles, con María santísima y otros fieles : ya el venerable sacramento de la Eucaristía, en el que consideramos y creemos aquella maravillosa transustanciacion del pan y el vino en cuerpo y sangre de Jesucristo : otras veces mueve nuestro corazon para los saludables efectos de una tristeza santa, proponiéndonos los dolorosos misterios de la pasion y muerte del Señor, para que este dolor, esta pena y este fructuoso sentimiento nos conduzca al aborrecimiento de nuestros pecados, al agradecimiento de las divinas misericordias, y á la mayor perfeccion y santidad de nuestra vida.

2. Así lo hemos visto en esta semana inmediatamente pasada, en que todo ha sido luto, lamentaciones y tinieblas, para que conozcamos las que cubrian la tierra antes de la redencion, y la ne-

cesidad extrema que padecíamos de un redentor. Hoy con estos mismos santos designios se desnuda de luto y se viste de alegría: suspende el llanto que la ocasionó la muerte de su Esposo, y se llena de un espiritual regocijo por su gloriosa y triunfante resurreccion. Hoy omitiendo las tristes lamentaciones, y conmutándolas por alegres aleluyas, pregunta á todos, como el Ángel á las Marías: *Quid queritis viventem cum mortuis? Surrexit, non est hic*¹. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No busqueis, les dice, entre las oscuridades del sepulcro al que ha resucitado de entre los muertos. Miradlo bien con vuestros mismos ojos, y veréis vacío el sitio en que le sepultaron. Hoy como arrebatada de este gozo nuestra santa madre la Iglesia pregunta á María Magdalena: *Dic nobis Maria, quid vidisti in via?* Fervorosa María Magdalena, que con tanta diligencia madrugaste antes del día para visitar á tu amable y amado Jesús, á quien creías difunto, dínos lo que has visto en el sepulcro. He visto, responderia aquella fiel discípula del Señor, he visto el sepulcro abierto, he visto la sábana y el sudario en que habian envuelto el difunto cuerpo del Señor: he visto los Ángeles que me decian que habia resucitado glorioso para nunca mas morir: he visto que no estaba en el sepulcro el venerable cuerpo del Señor: *Sepulchrum Christi viventis, et gloriam vidi resurgentis: Angelicos testes, sudarium, et vestes*².

3. Estas palabras podemos oportunamente dirigir á esa elementísima Madre de nuestro Redentor, que tan temprano hemos visto salir por esas calles. Aflijidísima Señora, que toda la semana pasada habeis estado sumergida en un mar inmenso de dolor, ¿cómo ahora os vemos toda renovada, llena de gozo, y como absorta por el sumo contento de vuestra purísima alma? *Dic nobis Maria, quid vidisti in via?* ¿Qué habeis hallado que tanta alegría ha causado en vuestro corazon? ¿Qué habeis visto, Señora? ¿Qué os ha acontecido? Busqué, diria, como esposa amante, como madre cuidadosa, como hija diligente, al que ama mi alma. Y qué, dulcísima Madre mia, ¿le habeis hallado? Sí, le hallé, responderia. Hallé al que ama mi alma: al Hijo de mis entrañas, al Hijo del eterno Padre, al Redentor del mundo, al Mesías prometido, al vencedor de la muerte, del infierno y del pecado³. Le he visto, no con un cuerpo

¹ Luc. xxiv, 5 et 6.

² In Sequentia sacrosancti sacrificii Missæ in Pascha.

³ Per vicus, et plateas quævis quem diligit anima mea. Paululum cum pertransissem, inveni quem diligit anima mea. (Cant. iii, 2, 4).

desgarrado á azotes y vertiendo sangre, como en casa de Pilatos: no coronado de espinas, y abrumado con el enorme peso de la cruz, como en la calle de la Amargura: no crucificado y espirando entre dos ladrones, hecho el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo, como en el monte Calvario, sino libre de todos los tormentos, exento de todas las ignominias de su pasion y muerte, y con un cuerpo vivo, resucitado y glorioso, mas brillante que el sol, mas ligero que el pensamiento, mas invulnerable que los bronce, mas sutil y hermoso que la luz: *Et gloriam vidi resurgentis*¹. Mi alma llena de gozo ha visto que mi Hijo con su resurreccion gloriosa repara el escándalo de la cruz: congrega sus discípulos tímidos y fugitivos, desconcierta los artificios de sus enemigos, confunde el poder del mundo y del infierno, y hace resplandecer maravillosamente por un prodigio nunca visto ni oido en todos los siglos su poder y su divinidad. La alegría ha sucedido á la tristeza, la gloria al vilipendio y ultraje, y la vida á la muerte. Despues de un sangriento combate, aquí teneis la victoria mas ilustre: despues de una derrota, al parecer la mas vergonzosa, aquí teneis el mas dulce, el mayor y mas glorioso de todos los triunfos: *Et gloriam vidi resurgentis*. Mi corazon, ó amado Hijo mio, no ha experimentado quien le moleste desde el momento que dormiste en el sepulcro; antes ha visto con placer tan ilustres victorias en los senos mas oscuros de la tierra: el infierno se ha turbado y llenado de pavor al acercarse tu alma al limbo de los padres antiguos que esperaban tu venida: tú, Hijo mio, rompiste sus puertas de bronce, despedazaste sus candados de hierro, y humillaste á los soberbios espíritus de las tinieblas eternas, que por tantos siglos habian dominado sobre la tierra². Ya desde este feliz momento el infierno queda cerrado, el diablo vencido, las almas de los justos puestas en libertad para entrar en el cielo con su Redentor, y el mundo publicará en todos los siglos tu gloriosa resurreccion, para remedio de los pecado-

¹ San Ambrosio y san Vicente Ferrer dicen con terminantes palabras, que la primera aparicion de Jesús resucitado fue á su purísima madre Maria santísima. En muchos pueblós para sostener esta opinion, que parece muy piadosa y muy justa, acostumbran hacer una procesion muy temprano el domingo de Pascua con la imágen de la Virgen, que va por una calle, y llevan por otra la imágen de Jesús resucitado, y se encuentran ambas procesiones para significar este misterio. Á esto dicen referencia las palabras de arriba.

² Ex quo dormisti, non ascendet qui succidat nos. Infernus subter turbatus est in occursum adventus tui... Gloriosos terræ humiliabo: portas areas conteram, et vectes ferreos confringam. (Isai. xlv, 8, 9; xlv, 2).

res, y eterna alegría de los virtuosos: *Et gloriam vidi resurgentis.*

4. Alegraos, justos, y regocijaos todos los hombres de corazón recto y puro: recibid la enhorabuena de vuestra felicidad; y Vos, Madre dulcísima, recibidla también por el incomparable gozo que recibió vuestro espíritu cuando visteis á vuestro unigénito hijo Jesús resucitado. Acompañadnos, Señora, á dar gloria, honor, culto y bendición al eterno Padre, porque nos dió á su Hijo y vuestro para nuestra salud y remedio: para bendecir y alabar al eterno Hijo por su triunfante resurrección, y al eterno Espíritu Santo por los dones y gracias que ha comunicado y comunicará á las almas eternamente. Mas para que estos afectos santos de alegría produzcan en nosotros los frutos saludables de las virtudes que desea y solicita nuestra madre la santa Iglesia, tomemos la resurrección de Jesucristo por norma de nuestra resurrección. Ella lo es verdaderamente, decía el angélico doctor santo Tomás¹. Debemos, pues, los pecadores resucitar de la muerte del pecado á la vida de la gracia: deben los justos pasar desde la común vida de la gracia á la mayor santidad: unos y otros debemos resucitar á una nueva vida á imitación de Jesucristo, como lo enseña san Pablo cuando dice las palabras que me oísteis en el principio: *Quomodo Christus surrexit à mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vite ambulemus.* No es fácil hallar un pensamiento mas sencillo, es verdad; pero tampoco acaso le hallaréis mas oportuno, mas propio de la solemnidad presente: mas útil, ni mas importante para vuestras almas. Toda otra idea, por mas brillante y pomposa que pudiera ser, no llegará jamás á la necesidad extrema que tenemos de la presente. Sin esta, ni seguiremos el espíritu de la santa Iglesia, ni nos aprovecharán sus adorables misterios, ni conseguiremos nuestra eterna felicidad: con esta se justificarán los pecadores, se santificarán los justos, y nos salvarémos todos.

5. Mi Jesús, mi amable Jesús, que morísteis por mis pecados, y resucitásteis por mi justificación, concededme vuestra gracia eficaz, para que se impriman en el corazón de mis oyentes unas verdades tan dignas de la cátedra del Espíritu Santo en que me hallo. Hacédselas entender y practicar por los méritos de vuestra pasión y muerte, y por la intercesión de vuestra purísima madre María santísima, á quien consideramos llena de espiritual alegría por vues-

¹ Resurrectio Christi est exemplar nostræ resurrectionis. (S. Thom. part. 3, quest. in Supplem.).

tra resurrección, y siempre llena de gracia, saludémosla con el Ángel, diciendo: *Ave María.*

6. El santo Job, aquel hombre singular y extraordinario que en medio de las tinieblas del gentilismo resplandeció como un sol por sus heroicas virtudes, y no se le halló semejante en su tiempo sobre la tierra: aquel hombre que afligido por el furor del demonio con la muerte de sus hijos, con el robo de sus ganados, con la pérdida de sus haciendas, lleno de dolores, plagado de llagas, hiriendo en gusanos, tendido en un muladar, y sin mas alivio que un pedazo de teja con que raía la podre; aquel hombre á quien apenas le habian quedado los labios sobre sus dientes por tener consumida toda su carne, como él mismo nos lo asegura, reanima su espíritu con la fe y esperanza de su resurrección, á imitación de su Redentor, y triunfa con esta confesión admirable de toda la rabia de Satanás, de la intension veheméntísima de sus dolores, de la hediondez de sus llagas, de la multitud de sus gusanos, de la importunación de sus amigos, de las molestias de su propia mujer, y conforme en todo con la voluntad divina, se hace admirable objeto al cielo, á la tierra y á los abismos. Oigamos sus palabras, que á la verdad son dignas de memoria eterna: *Quis mihi tribuat ut scribantur sermones mei?* ¿Quién me concederá, decía, que con punteros de hierro se escriban mis palabras en láminas de plomo, ó que con cinceles de acero se entallen en pedernales, mármoles ó jaspes mis discursos? Yo sé que vive mi Redentor: sé que ha resucitado, y que á su imitación he de resucitar el último día de los tiempos: entonces volverá otra vez á cubrir mis huesos esta misma piel que ahora rodea mi cuerpo: entonces en mi propia carne veré á mi Dios; yo mismo, le verán mis propios ojos; estos ojos con que estoy mirando, y no otros extraños, son los que le han de ver. Esta esperanza, que tengo firmemente depositada en el seno de mi corazón, me sostiene para que sufra los trabajos que me acontecen, para que no cometa los pecados á que me incitan, y practique las virtudes que Dios me manda: *Reposita est hæc spes mea in sinu meo*¹.

7. Aquí teneis, amados oyentes, la confesión mas ilustre de este importantísimo artículo de nuestra fe desde los tiempos mas remotos de la ley antigua. Pasemos á la ley de gracia, y verémos la conformidad de doctrina con este divino oráculo sobre la verdad de nuestra resurrección á la imitación de la resurrección de Jesucris-

¹ Job, xix, 27.

to. Poned por ahora vuestra atencion en las palabras de san Pablo que me oísteis poco há : Sabed, romanos, les decia el santo Apóstol en la carta que les escribe, que como Jesucristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así nosotros debemos resucitar á una nueva vida, pasando desde el pecado á la gracia, para lograr despues con ella y nuestras buenas obras la eterna gloria: *Quomodo Christus surrexit à mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vite ambulemus.* ; Qué felicidad! Confesar la fe que en todos los siglos han tenido los hombres justos sobre un artículo que es el fundamento de todas las demás verdades eternas que creemos! *Tolle spem resurrectionis, et soluta est tota observantia pietatis*¹. Quita la esperanza de la resurreccion, decia san Juan Crisóstomo, y arruinaste la piedad, y destruiste toda la religion, porque si no hay resurreccion se acabó nuestra fe, continúa diciendo el mismo Santo, explicando estas palabras de san Pablo : Si no hay resurreccion, en vano predicamos, inútilmente trabajamos en la salud de vuestras almas. Si no hemos de resucitar, tampoco resucitó Jesucristo, y si no resucitó, tampoco nació, padeció, murió, ni subió á los cielos². Si no hay resurreccion, tampoco hay premio para el bueno, ni castigo para el malo. En este mundo vemos con frecuencia oprimido de miserias, dolores, pobreza y persecuciones al virtuoso : nadando en delicias, placeres, regalos y riquezas al malvado ; luego si no hay resurreccion, tampoco hay cielo para premio de la virtud, ni infierno para castigo del vicio : ni puede concebirse la existencia de un Dios santo, omnipotente y eterno ; porque si existiera, fuera justo, y siendo justo, premiaria al bueno y castigaria al malo : luego si no hay resurreccion, se acabó la fe, y se destruyó la religion. *Tolle spem resurrectionis, et soluta est tota observantia pietatis.* Pero no, decia el angélico doctor santo Tomás, no es posible que una alma inmortal permanezca eternamente sin su cuerpo : es menester que vuelvan á reunirse : es menester que el cuerpo resucite ; y si uno necesariamente ha de resucitar por la virtud del Todopoderoso, á todos debe suceder lo mismo³. Pero no, decia el grande

¹ Div. Chrysost. hom. XLII sup. Matth.

² Si resurrectio non est, fides omnis evanuit; si resurrectio non est, inanis predicatio; si resurrectio non est, neque resurrexit Christus; quod si non resurrexit, neque natus, neque in cœlum ascendit. (Div. Chrysost. hom. V sup. II Tim. sub fine.)

³ Cum nulla anima perpetuo possit à suo corpore separari, necesse est sicut unum, ita et omnes resurgere. (Div. Thom. part. 3 Supplem. quaest. 78).

y profundo Tertuliano, no temais, la confianza de los cristianos está sostenida de la fe de su resurreccion¹. Solamente los carnales, los que viven segun las pasiones brutales de su cuerpo, los que no esperan ser eternamente felices son los que niegan la resurreccion, decia el mismo : ellos la ven, la tocan, la experimentan en todos los dias y las noches, en todas las plantas, en todos los objetos, en todas las estaciones del año, en todas las cosas : la perpétua revolubilidad de todos los seres les demuestra la resurreccion de los muertos ; pero sus vicios, sus desórdenes, despues de corromperles el corazon, les ciega el espíritu, los extravía de la verdad, les apaga la fe y les hace negar una verdad tan patente². Pero no, hermanos míos muy amados, no balanceeis un punto en este grande artículo de nuestra fe : *Omnes quidem resurgemus* : todos resucitarémos, esta es la fe de la Iglesia : esta es la fe de cuantos nos gloriamos de ser hijos de tan santa é infalible madre. *Omnes quidem resurgemus*, clamamos con san Pablo, *sed non omnes immutabimur.* No será la resurreccion en todos una misma. Unos resucitarán para vivir eternamente en el cielo, y otros para padecer eternamente en el infierno. ¿ Qué remedio, pues, hermanos míos, para que todos resucitemos para la gloria? Imitar la resurreccion de Jesucristo. Ella es nuestro ejemplar, como ya hemos dicho con santo Tomás. Yo advierto que en la resurreccion del Señor se hallan estas seis señales que forman su carácter : consideradlas bien, y tratemos los pecadores y los justos de imitarlas. Ella fue una resurreccion pronta, verdadera, universal, manifiesta, constante y gloriosa. Veamos esto, aunque sea con la mayor brevedad.

8. I. La primera señal de la resurreccion de Jesucristo fue el ser pronta. Ciertamente, carísimos, no convenia ni á la gloria del eterno Padre, ni á la dignidad de su unigénito Hijo, ni á nuestra propia utilidad que aquella carne benditísima, pura é inmaculada, concebida en el purísimo vientre de María santísima por virtud del Espíritu Santo ; aquella carne á que estaba unida la divinidad, estuviese sujeta á la corrupcion y á los gusanos, como lo habia profetizado su padre David, cuando hablando, no de sí mismo, sino

¹ Fiducia christianorum, resurrectio mortuorum, (De Resurrect. c. 1).

² Nemo tam carnaliter vivit, quam qui negat carnis resurrectionem. Omnia in statum redeunt, cum abscesserint : omnia incipiunt, eum desierint ; ideo, finiuntur, ut fiant : nihil deperit, nisi in salutem : totus igitur hic ordo revolubilis rerum, testatio est resurrectionis mortuorum. (Id Tert. ibidem, c. 12).

del Salvador del mundo, dijo: *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem*. Solamente convenia que estuviere en el sepulcro aquel tiempo que era menester para convencer á los mas rebeldes de que verdaderamente habia muerto: aquel solo tiempo que estaba profetizado por el mismo Jesucristo cuando dijo con la mayor claridad y distincion: Así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena por tres dias, otro tanto estará el Hijo del Hombre en el sepulcro¹. Deshaced este templo de mi cuerpo, dijo tambien su Majestad en otra ocasion, y en tres dias le reedificaré². Esta verificacion de las profecias es una prueba ilustre de las verdades de nuestra santa religion. Por eso al llegar este tercero dia, la fervorosa María Magdalena madruga antes de la salida del sol, y no encuentra en el sepulcro el sacrosanto cuerpo de nuestro amable Redentor, sino la sábana y otros lienzos en que le habian envuelto.

9. La primera señal de la conversion de un pecador, es que sea pronta; pues el dilatarla, es proceder contra este mandato del Señor: No tardes en convertirte, ni dilates de un dia para otro abandonar el pecado³; porque no estando en tu disposicion el tiempo de convertirte, ni la gracia de tu conversion, ni el querer como te conviene en orden á tu salvacion, es una formidable temeridad retardar la enmienda de tu mala vida. Sí, amado pueblo mio, los que obran de esta suerte son unos temerarios que aventuran una eternidad por no aprovechar un momento. Otros hablan de esta suerte: Para llegar en mala disposicion á los Sacramentos, mas vale abstenerse y no llegar á ellos. Estos son unos necios; porque, ¿quién, decidme, les ha constituido en esos extremos? ¿Quién los precisa á llegar mal? ¿Quién les aconseja la huida y apartamiento de su remedio? Ninguno, ciertamente. Busquen, pues, un médico espiritual, experto, sábio y virtuoso, y con su direccion no llegarán á los Sacramentos en pecado, ni vivirán habitualmente en el pecado. Hagan un esfuerzo, resuélvanse con eficacia, y se disiparán todas las dificultades que retardan su conversion. Yo bien quisiera, dicen otros; pero pasar desde la cama del vicio á las gradas del altar, desde la adoracion del idolo de mi pasion, al culto del cordero in-

¹ Sicut fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit Filius hominis in corde terræ. (*Matth. xii, 40*).

² Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud... Ille autem dicebat de templo corporis sui. (*Joan. ii, 19, 21*).

³ Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem. (*Eccli. v, 8*).

maculado Cristo Jesús, se me resiste: me parece contra el espíritu de la santa Iglesia, que pide grandes gemidos y lágrimas para lavar las manchas de las culpas. Estos son unos imprudentes: empiezan á razonar bien, y sacan unas ilaciones y consecuencias erróneas. Deje el impío su camino, abandone el hombre malo sus inicuas costumbres, ejercitese en la fe, en la esperanza, en el temor santo, en la penitencia: empiece á amar á Dios como á fuente de toda bondad, y esta vida nueva le agenciará en breve su justificacion, y seguirá presto la conducta de los justos que no dilatan para mañana el bien que pueden hacer hoy, y practicando con prontitud las inspiraciones del Señor, irán caminando de virtud en virtud hasta ver al Dios de los Dioses en Sion.

10. II. La segunda señal de la resurreccion de Jesucristo, es que fue verdadera: *Surrexit Dominus vere*. No fue una resurreccion aparente, fantástica, aérea, como la de Samuel á Saul por la invocacion de la pitonisa, sino una resurreccion real, visible y palpable. Jesucristo resucitado hablaba con sus discípulos, andaba con sus discípulos, bebía y comía con ellos. Sus palabras llenas de dulzura y mansedumbre demostraban esta verdad hasta la misma evidencia. Preséntase su divina Majestad resucitado en medio de sus discípulos, y ellos llenos de pavor se estremecieron, pensando que veían algun fantasma ó espíritu que se les aparecía: háblales el Señor como un padre amante de sus hijos, y les dice: La paz sea con vosotros: yo soy, no queráis temer. Yo soy aquel mismo Maestro de quien tantas palabras de vida eterna habeis escuchado: aquel mismo á quien seguíais cuando sanaba los enfermos, arrojaba los demonios, y resucitaba los muertos: aquel mismo á quien desamparásteis cuando le prendieron: aquel mismo que padeció, que murió en la cruz, y fue sepultado, ese mismo soy: *Ego sum: nolite timere*: ese mismo soy el que ahora resucitado y glorioso me presento á vuestra vista. Ni aun con este razonamiento tan dulce del amable Jesús abandonaban su incredulidad, y desterraban su temor los Apóstoles. Entonces el Señor les dijo: Acercaos: mirad las llagas de mis manos y de mis piés: tocad, palpad mi cuerpo, y reflexionad, que los espíritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo los tengo. ¡Qué bondad! ¡qué dulzura! ¡qué amabilidad! Creyeron los Apóstoles á tanto golpe de luz, pero no Tomás que se hallaba ausente, hasta que por sus propios ojos vió las llagas, y con sus mismos dedos tocó las de las manos, piés y costado del Redentor, sirviéndonos mas con su incredulidad que todos los otros con

su fe; porque desterró de nosotros toda especie de duda que pudiera ocurrirnos sobre la verdadera resurreccion del Señor: *Infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in latus meum: et noli esse incredulus, sed fidelis*¹.

11. ¡Oh qué confusion tan grande para nosotros, al ver por este tiempo pascual tantas resurrecciones aparentes, imaginarias y fantásticas en innumerables pecadores! ¡Cuántos interrumpen la carrera de sus desórdenes, y se visten por unos breves momentos el traje de penitentes para hacer como cumple los preceptos de su santa madre la Iglesia; pero sin que su corazon esté mudado, ni sus costumbres se mejoren! ¡Cuántos, abusando aun de los medios mas eficaces para la justificacion del pecador, aparentan retirarse á unos ejercicios espirituales; y á pocos días de haberlos finalizado, ya se les ve tan dominados de sus pasiones, como antes de principiarlos! ¡Cuántos enemistados disimulan y ocultan su interior dañado contra los que los agraviaron, hasta hallar ocasion oportuna de darles un golpe sordo que no descubra el impulso que le dirige, ni la mano que le ejecuta! ¡Cuántos impuros se apartan, al parecer, de la ocasion, para hallar paso en el tribunal de la penitencia, al que simuladamente se acercan, y luego vuelven á sus reincidencias sin la menor enmienda! ¡Ay! las resurrecciones de estos son aparentes: ellos tienen nombre de vivos, pero están muertos: *Nomen habes quod vivas, et mortuus es*². Están muertos los murmuradores, que desacreditan la conducta de sus prójimos por un espíritu de envidia y resentimiento: están muertos los ambiciosos, que conducidos de un espíritu de dominacion, orgullo y soberbia, arrollan los mas beneméritos para los empleos, y se los arrebatan con sus manejos y pretensiones atrevidas, haciéndose responsables delante de Dios de las injusticias con que proceden, y de los daños incalculables que ocasionan: *Nomen habes quod vivas, et mortuus es*. ¡Oh cuánto aborrecen esta criminal conducta los hombres virtuosos! Ellos desde el momento feliz en que por divina gracia resucitaron de la muerte de la culpa á la vida de los justos, hacen bien á los que aborrecen, oran por sus perseguidores, y se portan sóbriamente consigo mismos, justamente con sus prójimos, y religiosamente para con Dios. Esta es la resurreccion que Dios quiere de vosotros, amados oyentes míos. Pero tambien quiere que sea no solo verdadera, sino entera, completa y universal.

12. III. Tal fue la tercera señal que forma el carácter de la re-

¹ Joan. xx, 27. — ² Apoc. iii, 1.

surreccion de Jesucristo. No hubo gota de sangre que sacasen de su santísimo cuerpo los azotes, los clavos, las espinas, la lanza y los demás tormentos que padeció en su dolorosísima y atropelladísima pasion y muerte, que no se le restituyese en su resurreccion. No hubo cabello que le arrancasen de su sacratísima cabeza y venerable barba, que no se le devolviese. No hubo pedazo de carne que con la multitud y crueldad de los azotes le derribasen, que no le reintegrase. Su divina Majestad vió restituir á su cuerpo todo cuanto la crueldad de los verdugos y el odio de sus enemigos le habian robado. El sacrosanto cuerpo de nuestro amable Salvador Jesús resucitó con toda su integridad. Entero, completo y universalmente perfecto, sin faltarle un solo cabello, como he dicho; y así salió del sepulcro refulgentísimo y glorioso: *Oportet Filium hominis multa pati... et occidi, et tertia die resurgere*, dice el evangelista san Lucas¹. Así como convenia que Jesucristo padeciese en sus oidos con las blasfemias que le decian, las calumnias que le levantaban, y los improprios que oia: en su boca con la hiel y vinagre que por bebida le suministraban: en sus ojos con los desprecios y burlas que le hacian: en sus piés, en sus manos, en su cabeza y en todo su cuerpo con los azotes, las espinas, las bofetadas, los clavos y la cruz: así como convenia que padeciese en su entendimiento con la vista de nuestras ingraticudes, en su voluntad y corazon amando á unos rebeldes y obstinados: *Sic oportebat Christum pati*: así como convenia, para que nuestra redencion fuese superabundantísima, que padeciese Jesucristo en todo su sacratísimo cuerpo y en toda su santísima alma; tambien era conveniente, dice el sagrado Evangelista, que su resurreccion fuese universal, perfecta y completa, para enseñarnos á todos una resurreccion total de los vicios á la virtud, y de la virtud á toda santidad: *Sic oportebat Christum pati, et resurgere à mortuis*.

13. Pecadores, admirable leccion nos da en esta señal la resurreccion de Jesucristo! Muchas veces os habeis acercado al tribunal de vuestra reconciliacion para con Dios, pero pocas habeis muerto á todos vuestros desórdenes. Siempre os quedaba viva esa pasion dominante: esa pasion que os tiranizaba siempre el corazon. Veníais con el retiro la impureza, pero vuestro corazon se rendia á los ataques de la avaricia. Triunfábais de la aversion á vuestros enemigos, pero os dominaba el alma una inclinacion criminal á cierta amiga. Érais officiosos en sostener á vuestros recomendados,

¹ Luc. ix, 22.

pero no habíais satisfecho las injusticias de los ofendidos: amábais la paz, pero engañados de vuestra poltronería y pereza, omitíais hacer frente á la iniquidad perteneciéndoos por oficio: Dios os mandaba llevar á sangre y fuego todos vuestros desórdenes, como Saul á los amalecitas; pero reservábais como él, contra el precepto del Señor, al rey y sus ganados: quiero decir, á vuestra pasión dominante, y los defectos que la acompañan, anteceden y subsiguen. Reflexionad, diré con el Padre san Agustín, que Jesucristo resucitó á la hija del Archisinagogo que acababa de morir: resucitó al jóven hijo de la viuda que llevaban ya á enterrar; y resucitó á Lázaro de cuatro dias sepultado, para darnos á entender que nuestra resurreccion de los pecados ha de ser total, universal y entera: resurreccion de los pecados de delectación, resurreccion de los pecados de obra, y resurreccion de los pecados de costumbre¹. Esta verdad importantísima la conocen muy bien los justos; y con el retiro de los peligros, con la huida de las malas ocasiones, con la oracion y la penitencia procuran cumplir toda justicia, obedecen en todos los preceptos, y practican toda virtud. Ellos saben que el transgresor de un mandamiento grave es transgresor de la ley de Dios que prohíbe, y llenos de un saludable pavor por la terribilidad de esta divina sentencia, se esfuerzan y animan á sí mismos para arribar á la santidad correspondiente á su estado, conociendo ser esta la voluntad del Señor: *Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra*².

14. IV. La cuarta señal de la resurreccion de Jesucristo fue ser manifiesta. Por el dilatado espacio de cuarenta dias estuvo su divina Majestad en la tierra despues de resucitado, manifestándose en ellos con la mayor frecuencia, ya á su beatísima madre María santísima, ya á María Magdalena y sus compañeras, ya á san Pedro solamente, ya al mismo Santo en compañía de los otros Apóstoles, ya á los discípulos, y ya á los quinientos fieles de que habla san Pablo. En aquellos dias se dejaba ver el Señor unas veces en el cenáculo, otras en el mar de Galilea, otras en el mar de Tiberíades, otras en el camino de Emaús: toda esta nube luminosa de testigos,

¹ Resuscitavit Christus filiam Archisynagogi, adhuc in domo jacentem: resuscitavit juvenem filium viduæ, extra portam civitatis elatum: resuscitavit Lazarum sepultum quatruiduanum: sunt tria genera peccatorum quæ hodie suscitavit Christus: delectationis, operis, consuetudinis. (S. Aug. tract. XLIX sup. Evang. Joan. XI).

² I Thes. iv, 3.

toda esta multitud de apariciones, toda esta diversidad de lugares, toda esta prodigiosa institucion de doctrinas divinas que en aquel tiempo dió el Señor á los Apóstoles y demás fieles, todo se dirigia á manifestar á los presentes, y mandar que se publicase á todos los siglos, á todas las naciones y en todos los lugares este grande artículo de nuestra santa religion, sin cuya verdad seríamos, como dice san Pablo, los mas miserables de todos los hombres. De hecho, hermanos carísimos, tan convencidos se hallan los santos Apóstoles de la resurreccion de Jesucristo, que con toda firmeza, con la mas grande intrepidez y la mayor publicidad, la creian, la confesaban, la predicaban en las sinagogas, en las calles, en las plazas y en todas partes, sin que los destierros, las cárceles, los tormentos, ni la muerte misma les pudieran intimidar; y hacer negar una verdad tan manifiesta: *Virtute magna reddebant Apostoli testimonium resurrectionis Jesu Christi Domini nostri*¹.

15. Modelo ilustre que debemos copiar no solo resucitando del pecado, sino manifestándolo con obras, y apareciendo y presentándonos en las concurrencias y asambleas religiosas de los fieles: debemos asistir á los templos en la celebracion de los adorables misterios de nuestra santa religion con toda aquella devocion, gravedad, modestia y compostura que exige un lugar tan santo y unos misterios tan venerables y augustos como los que en él se celebran: debemos concurrir á la palabra de Dios que nos proponen los ministros del Altísimo, con ánimo de aprovecharnos de ella y practicarla: debemos frecuentar los Sacramentos, asistir á los hospitales y á las piadosas cofradías ó congregaciones, para amparar á los enfermos, acompañar á los moribundos y enterrar los muertos. Parecer resucitado, sin estarlo verdaderamente, es hipocresía que engaña á los hombres: estar verdaderamente resucitado, y no parecerlo y disimularlo, es cobardía de espíritu, es efecto del respeto humano que ofende á Dios. ¡Ay, hermanos míos! ¡Cuántos por temor de las lenguas de los impíos detractores de la piedad no se atreven, como Nicodemus, á ser públicos discípulos de Jesucristo, y andan á lo oculto, ó por la noche, como él! No así los verdaderos justos. Ellos no se avergüenzan de Jesucristo y su Evangelio: ellos hacen pública profesion de su religion, ellos pisan todos los respetos humanos, porque bien saben que á los que se avergonzasan de Jesucristo y su doctrina, no los tendrá el Señor por suyos, y solamente colocará en su gloria á los que le confesasen delante

¹ Act. iv, 33.

de los hombres, y observasen su santa é inmaculada ley: *Qui me erubuerit, et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet*¹.

16. V. La quinta señal de la resurreccion de Jesucristo fue ser constante, permanente y perpétua: fue una resurreccion para nunca volver á morir. Así lo afirma con terminantes palabras el grande apóstol san Pablo: *Scientes quod Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur; mors illi ultra non dominabitur*². Es menester que sepais, decia el Santo á los romanos, que Jesucristo resucitando de entre los muertos, ya no morirá otra vez: la muerte no tendrá ya poder contra su cuerpo. Esta es la singular prerogativa de la resurreccion de Jesucristo sobre las resurrecciones de aquellos muertos que el Señor volvió á la vida. Resucitó á la hija de aquel hombre distinguido de la Sinagoga; pero volvió á pagar el tributo á la muerte en el término de sus dias. Resucitó al hijo de la viuda de Naim; pero volvió á morir. Resucitó á Lázaro; pero este varon insigne, despues de haber llenado dignamente los grandes designios de Dios en su vida, durmió en el Señor otra vez, y permanecerá su cuerpo sepultado hasta el último de los tiempos, en que con todo el género humano volverá su alma á unírsele inseparablemente. Esta general resurreccion será para todos permanente, invariable y perpétua: de eterna felicidad para los justos, y de infelicidad eterna para los pecadores: la de aquellos por la conformidad á la resurreccion de Jesucristo; y la de estos por la oposicion y contrariedad: la de aquellos por haber vivido inocentes ó penitentes, mientras caminaron por el valle de lágrimas y miserias de este mundo; y la de estos por no haber tratado de justificarse con la gracia de Jesucristo, ó de permanecer en su justificacion con la fuga del mal y la práctica del bien: la de aquellos, porque agradecidos á las divinas misericordias obedecieron á los preceptos del Señor, vencieron sus pasiones, y dieron buen ejemplo á sus prójimos; y la de estos, porque ingratos á los beneficios divinos, pérfidos á las palabras que tantas veces habian dado á su Majestad de serle fieles, y sacrilegos á los empeños sagrados que habian contraido con el Señor, mancharon la ropa nupcial de la divina gracia que se les habia vestido en el sacrosanto Bautismo, rescindieron los pactos que acababan de establecer con Dios, reincidiendo en nuevos vicios, y dominados de sus desordenados apetitos escandalizaron á sus prójimos. ¡Qué dolor, amados hermanos míos, el ver tantas resurrecciones inconstantes en nuestros dias! Hoy confesan-

¹ Luc. ix, 26. — ² Rom. vi, 9.

do, y mañana maldiciendo, jurando y blasfemando! Hoy á los pies del confesor en traje de penitentes, y mañana cargados excesivamente de vino, dando mal ejemplo á los hijos, dolor y sentimiento á sus mujeres, y causando inquietudes á sus vecinos! Hoy comiendo las carnes virginales del Hijo de la Virgen, y mañana profiriendo palabras indecentes con aquella misma boca que aun está humedecida con la sangre de Jesucristo! Hoy protestando que aborrecen los pecados, y mañana injuriando enormemente á sus prójimos, en su hacienda con los hurtos, en su estimacion con las calumnias y detracciones, y en su vida con las pesadumbres, con los malos tratamientos, y acaso con las heridas y las muertes! Hoy en el altar, y mañana en la casa de la prostitucion! ¡Dios inmortal! ¿Cómo podremos llamar resucitados á los que tan momentáneamente permanecen en el estado de arrepentidos? ¿Cómo podremos apellidar resurrecciones á las que no son otra cosa que unas perpétuas reincidencias? No, hermanos míos, no sea así. Vosotros mismos conoceis que esta debilidad, esta inconstancia, esta falta de permanencia en el bien, no dice conformidad alguna con la resurreccion firme, permanente y constante del Señor: *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur*. Yo bien sé que os puede acontecer un encuentro fatal, una tentacion terrible, una seduccion peligrosísima y una ocasion funesta de aquellas que mas de una vez han derribado á las columnas mas firmes de la Iglesia; pero vosotros no ignorais que yo no hablo de estos extraordinarios acontecimientos; hablo, sí, de aquellas ocasiones comunes y ordinarias á que miserablemente se rinden los pecadores reincidentes, por mal habituados, por no hacer violencia á sus pasiones, por no apartarse de los peligros y no resolverse eficazmente á servir á Dios. Pues cristianos, ello es preciso: si no tratamos de que nuestra resurreccion á la gracia sea permanente, no podremos conseguir que ella sea gloriosa. Pero esta es puntualmente la última señal de la resurreccion de Jesucristo.

17. VI. Aquel cuerpo formado por el Espíritu Santo en las entrañas de la purísima Virgen María, su madre: aquel cuerpo que desde que nació hasta que espiró en la cruz padeció un continuado martirio, ya con los rigores de los elementos, ya con el dolor de la circuncision, ya con las fatigas de los viajes mas dilatados é incómodos, ya con la pobreza y el trabajo, ya con las persecuciones mas crueles y las calumnias mas atroces de sus enemigos, ya con las debilidades y faltas de sus discípulos, y finalmente, con los tor-

mentos mas dolorosos de su pasion y muerte : aquel cuerpo fatigado , oprimido , abofeteado , escupido , encarcelado , azotado , coronado de espinas , clavado en una cruz , muerto y sepultado : aquel mismo cuerpo , que siendo el mas hermoso de cuantos formó la omnipotencia , se transformó por nuestra salud y remedio en un cuerpo lleno de llagas , denegrido , ensangrentado y como de un leproso , luego que su alma benditísima volvió á vivificarle , se levantó del sepulcro lleno de gloria , de hermosura y majestad : inmediatamente desaparecieron de él para siempre todas las angustias pasadas , y quedó adornado de todos los dotes de gloria en un grado superior á quanto el entendimiento humano y angélico pueden comprender. La imaginacion mas fecunda es muy tarda y pesada por representarse un espectáculo mas agradable , mas bello y mas gracioso en el cielo y en la tierra. La belleza del sol con toda la brillante claridad de sus resplandores parecia una noche oscura y tenebrosa en su comparacion : la ligereza de las aves y de los vientos , la del pensamiento mismo , era muy tarda y pesada á la presencia de sus velocísimos movimientos : la sutileza del aire y de la luz era como una enorme mole , comparada con la espiritualidad de aquel glorioso cuerpo , al que así como á un espíritu no podian impedir el paso las puertas cerradas del cenáculo , la pesada piedra del sepulcro , ni la natural impenetrabilidad de los peñascos y los demás irresistibles cuerpos : la impassibilidad excedia á los diamantes , á los bronces y á todos los demás cuerpos incapaces de padecer dolores , molestias é incomodidades. ¡Qué majestad en su semblante ! ¡qué hermosura en sus ojos ! ¡qué gracia en su cuerpo ! ¡qué santidad en su alma ! ¡Qué espectáculo tan adorable es en el cielo y en la tierra , y qué terrible y formidable para el infierno ! Los magníficos triunfos de los emperadores en el dia de su mayor esplendor , quando entraban en su corte con sus enemigos encadenados entre la multitud de su pueblo , que con alegres vivas y festivas músicas los celebraba y aplaudia , eran un tousco borron , una idea débil , un espectáculo feo y despreciable á la vista del glorioso dia de la resurreccion de Jesucristo , en que el Señor encadena eternamente al carro de su triunfo el infierno y sus demonios , la muerte y sus cautivos , el pecado y sus prisioneros : *Hæc dies quam fecit Dominus, exultemus et lætemur in ea*. Este es el dia que hizo el Señor para alegrarnos religiosamente en él. Justos de la tierra , acompañad á los Angeles del cielo en publicar las glorias de vuestro resucitado Salvador. Pobres pecadores , tratad sériamente en este dia de que

se vea la claridad de vuestra espiritual resurreccion en vuestras buenas obras : la agilidad en la prontitud para toda obra virtuosa : la impassibilidad en resistir á todos vuestros enemigos , el mundo , el demonio y las pasiones ; y la sutileza en conocer vuestros defectos , aun los mas ligeros , y vuestras imperfecciones las mas leves.

18. ¡Felices vosotros , si haceis un uso tan santo del adorable misterio de este dia ! Felices , pues será vuestra resurreccion como la del Salvador : quiero decir , una resurreccion pronta y no tarda , lenta y temerariamente diferida : una resurreccion verdadera , y no figurada , aparente ó fantástica : una resurreccion entera , y no dimidiada : conocida y pública , y no oculta , ni cobarde y tímida : constante , y no reincidente : gloriosa , y no sujeta á las debilidades y miserias que en esta vida nos rodean y alligen. Esta es la resurreccion que á los justos y á los pecadores nos interesa. Aquella resurreccion que san Pablo cree , confiesa y explica quando dice : *Seminatur in corruptione, surget in incorruptione : seminatur in ignobilitate, surget in gloria : seminatur in infirmitate, surget in virtute : seminatur corpus animale, surget corpus spirituale*¹. Aquella resurreccion que san Ambrosio nos propone por estas palabras : Jesucristo es virtud de Dios , vida , luz y resurreccion de los muertos : como virtud levanta al que ha caido , como vida da movimiento , como luz disipa las tinieblas , y como resurreccion concede la gracia de la vida venidera². Aquella resurreccion espiritual en esta vida , general , cierta y universal para la otra. Resurreccion demostrada en las santas Escrituras con tantos testimonios , confirmada por tantos y tan grandes milagros , predicada por Jesucristo , creida por los Apóstoles , enseñada por todos los santos Padres y abrazada por todos los fieles. Ella nos enseña á honrar las cenizas , los huesos y la carne de los santos Mártires y de los demás siervos del Señor , sin recelo de engañarnos en esta veneracion. Esta fe de que llegará un dia en que nuestros dedos se unirán á nuestras manos , las manos á los brazos , los brazos al cuerpo , el cuerpo á la cabeza , y que en la cabeza se colocarán en sus respectivos lugares la lengua , los ojos y los oidos , y que nuestros huesos con nuestra carne serán nuevamente reanimados por esta misma alma que ahora nos vivifica , alienta y da la vida , hacia decir á san Ambrosio en las hon-

¹ I Cor. xv. 42, 43, 44.

² Jesus Christus Dei virtus, vita, lux, et resurrectio mortuorum: virtus erigit jacentem, vita gressum affert, lux fugat tenebras, reparat obtutum, resurrectio vivendi gratiam reformat. (S. Ambr. De fide resurrectionis).

ras de san Nazario y Celso : Yo honro en la carne del mártir las cicatrices recibidas por la confesion del nombre de Jesucristo : honro la memoria del que vive en la perpetuidad de su virtud : honro el cuerpo que Jesucristo me manda amar, y entregar á la muerte por su amor. ¿Por qué, pues, no deberán honrar los fieles aquel cuerpo que los mismos demonios reverencian? Aquel cuerpo, que si fue afligido en el suplicio, es glorificado en el sepulcro? Yo honro, sin duda, aquel cuerpo que Cristo honró en el martirio, y premiará con la bienaventuranza en el cielo¹. En esta fe nos confirman los cuerpos incorruptos de muchos Santos despues de sepultados por centenares de años. De un san Ubaldo, obispo eugubino; de un san Claudio, arzobispo visuntino; de un san Sigiberto, rey de los francos; de un san Narciso, obispo de Gerona; de un san Diego de Alcalá, de una santa Teresa de Jesús, del seráfico Padre san Francisco, y de otros innumerables, que unos pasan de doscientos años, otros de quinientos, y algunos de mas de mil años, permaneciendo íntegros, incorruptos, y de un olor suavísimo y delicioso. En esta verdad nos corroboran san Dionisio Areopagita llevando su cabeza en las manos despues de degollado : san Urso y san Víctor degollados con otros setenta compañeros, y arrojados al rio, del cual salieron por sí mismos, llevando cada uno su cabeza cortada en las manos, y así caminaron hasta el sitio en que se les edificó su iglesia, en donde se pusieron todos de rodillas, y estuvieron el espacio de una hora en oración, viéndolo y admirándolo los circunstantes antes de enterrarlos : san Lamberto, que anduvo asimismo cuatro mil pasos con su cabeza en las manos hasta el lugar en que descansaban los cuerpos de otros mártires, y entonces dijo: *Exultabunt Sancti in gloria*; y respondieron los muertos: *Et latibuntur in cubilibus suis*. San Estanislao, obispo de Cracovia, sacando vivo del sepulcro á aquel Pedro que habia tres años que estaba muerto, para que declarase delante del rey Boleslao la legitimidad del contrato que con él habia hecho, comprándole en el precio jus-

¹ Honoro ergo in carne Martyris exceptas pro Christi nomine cicatrices: honoro viventis memoriam in perennitate virtutis: honoro per confessionem Domini sacratos cineres: honoro in cineribus semina eternitatis: honoro corpus quod mihi Dominum meum ostendit diligere, quod me propter Dominum meum docuit mortem non timere. Cur autem non honorent corpus illud fideles, quod reverentur et demones? Quod, et affixerunt in supplicio, sed glorificant in sepulcro. Honoro itaque corpus, quod Christus honoravit in gladio, quod cum Christo regnabit in celo. (S. Ambr. in fimerib. SS. Nazari et Cels.).

to el campo para su iglesia. Santa Inés y santa Eugenia apareciendo á sus madres rodeadas de resplandores de gloria, y encargándolas que no las llorasen como muertas, porque vivian y reinaban con Cristo en el cielo. Santa Leocadia levantándose viva del sepulcro en presencia del rey Recesvinto y su corte, para dar las gracias á san Ildefonso en nombre de María santísima, cuya perpétua virginidad habia constantemente defendido y predicado. Santa Rosa de Viterbo... Pero ¿para qué será hacernos interminables con la enumeracion de tantos y tan grandes prodigios que confirman y corroboran nuestra fe de la resurreccion¹? Creámosla, confesémosla con toda firmeza, y defendámosla gloriosamente para consuelo de nuestra esperanza. Digamos otra vez, y millares de veces repitamos con el santo Job: *Scio quod Redemptor meus vivit*. Yo sé que vive eternamente mi amable Redentor: sé que ha resucitado verdaderamente, y que yo á su imitacion resucitaré en el último día de los tiempos. Esta fe nos sostendrá con paciencia en los trabajos, con humildad en las elevaciones, con justicia en los empleos, con verdad en las palabras, con pureza en los sentimientos y con santidad en las obras. Esta fe mantuvo la pureza de las Vírgenes, dotó de sabiduría á los Confesores, de fortaleza á los Mártires, de celo á los Apóstoles, y de todas las virtudes á los predestinados.

19. Por tanto, carísimos, *Quæ sursum sunt querite*²: si habeis resucitado con Cristo, separad vuestro corazon del amor desordenado de las cosas de la tierra, y buscad eficazmente las del cielo. Entended, carísimos, que en aquella patria feliz de los vivientes no entra la soberbia, la envidia, la venganza, la impureza, la avaricia, la calumnia, la mentira, la injusticia, ni otro algun pecado: es menester detestarlos todos, aborrecerlos todos, confesarlos todos, y hacer frutos dignos de penitencia por todos. La santa humildad, la castidad limpia y pura, la mortificacion de las pasiones y apetitos, la verdad, la justicia, la paciencia, la mansedumbre, la caridad, y en suma todas las virtudes, son las que hallan abiertas las puertas del cielo, las que nos conducen á la vista clara de Dios, al amor eterno de Dios y á la posesion de Dios. Practicadlas constantemente hasta la muerte, y será vuestra la corona de la vida, que á todos deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

¹ Vide Cornel. Alap. in Comment. sup. Ezechiel. proph. fol. 937, c. 32.

² Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sunt querite, (Colos. III, 1).

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA RESURRECCION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.
(Rom. IV).

Fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.

1. Jesucristo, dice san Bernardo, es un Dios, pero un Dios salvador, que quiere pertenecernos enteramente, y cuya gloria y beatitud debieran por lo mismo aplicárenos, lo mismo que sus humillaciones y sufrimientos: *Totus in usus nostros expensus*. Si Jesucristo resucita, prosigue el mismo, es para... La resurrección del Salvador es el fundamento de nuestra fe, es la regla de nuestras costumbres.

2. Necesitábamos un ejemplar, dice san Juan Crisóstomo, por el cual pudiéramos formarnos, etc. A esto ha provisto Jesús con su gloriosa resurrección.

3. El pecado del primer hombre consistió en querer parecerse á Dios: *Eritis sicut Dii*... Dios le obligó á santificarse por aquello mismo que le habia hecho criminal... ¿Cuál es el estado en que quiere el Hijo de Dios que nos parezcamos á él? El de su resurrección.

4. *Quomodo Christus surrexit á mortuis*, dice el Apóstol, *ita et nos*, etc. Estas palabras, dice san Juan Crisóstomo, no son una simple instrucción, sino que nos dan á entender los designios y voluntad de Dios... Tertuliano llamaba á los pecadores convertidos *Appendices resurrectionis*... Jesucristo resucitó realmente á fin de que realmente nos convirtamos también nosotros: *surrexit Dominus vere*. Se apareció despues de resucitado, para que, convertidos ya, nos aparezcamos á él para gloria suya, libre y espontáneamente: *et apparuit Simoni*... Es preciso convertirse y presentarse como así: *Surrexit et apparuit*.

Primera parte: Jesucristo resucitó realmente á fin de que realmente nos convirtamos también nosotros.

5. *Consepulti sumus cum Christo per baptismum in mortem; ut quomodo surrexit*, etc... No os admireis de que Jesucristo se interesase tanto en probar su resurrección..., porque sabia bien, dice san Juan Crisóstomo, la obligación que nos imponia de resucitar á la vida de la gracia...

6. Estas palabras: *Surrexit vere*, condenan tantas y tantas conversiones imaginarias, que... Todos hemos celebrado la resurrección del Salvador, pero yo no sé si...

7. La Penitencia es, según los santos Padres, el Sacramento de la resurrección de los pecadores... Hasta en él mentimos... aborreciendo de palabra lo que amamos de corazón... Mentimos á Dios... Mentimos al mundo... Mentimos á nosotros mismos... ¡Ah! cuántas fantasmas de conversión... ¡Cuántas!... ¿Es esto parecerse al Hombre-Dios resucitado?... La conversión verdadera es de corazón y sin disfraz, una conversión sobrenatural cuyo principio, fin y objeto sea Dios.

8. Conversión sincera y sin disfraz. ¿Á qué fingir?... No debemos celebrar esta fiesta con la levadura de disimulación y malicia... *Non in fermento veteri*... Y ¿por qué? Porque el Señor mismo habia dicho que...

9. Por lo comun una levadura de pecado nos impide resucitar en espíritu... Nos reconciamos..., pero nos queda...; rompemos una amistad criminal, pero... *Expurgate vetus fermentum*...

10. Conversión sobrenatural. ¿Qué valor pueden tener?... Nos alejamos del mundo por un despecho secreto... Es preciso que nos anime un principio sobrenatural... Léjos de mí, decia el Apóstol, esa falsa justicia... *Ut inveniar in illo non habens meam justitiam*... Todos los verdaderos penitentes han obrado del mismo modo... *Ut meliorem invenirent resurrectionem*. Hay ahora la misma diversidad de conversiones, que al fin del mundo habrá de resurrecciones... *Beatus qui habet partem in resurrectione prima*. Y yo digo: ¡Dichoso quien tenga parte en la primera conversión!... Esta es la que Dios os pide...

11. Es ley de nuestra conversión el llevar despues de ella una vida nueva: *in novitate vite*... ¿En qué consiste esta nueva vida?... En que, á imitación de Cristo, no se os conozca ni os conozcais á

vosotros mismos segun la carne... *Et si cognovimus secundum carnem Christum, sed nunc jam non novimus.*

12. Por eso vuestros cuerpos participan, ya en esta vida, segun el Apóstol, de la gloria de Jesucristo resucitado... Acordémonos, empero, que debemos cooperar..., y redoblar nuestro temor y nuestra vigilancia... ¿Cómo debemos vivir ya? Como Jesucristo despues de su resurreccion... Por lo tanto *quæ sursum sunt quærite...* Vivid fuera del mundo, sin saliros de él...

Segunda parte: Jesucristo se apareció despues de resucitado para que, convertidos ya, nos aparezcamos á él para gloria suya, libre y espontáneamente.

13. ¿Por qué Jesucristo difirió cuarenta dias su ascension triunfal?... Porque, como sus humillaciones y padecimientos, quiso emplear su gloria en nuestra justificacion: *Traditus est*, etc. No se contentó Jesucristo, dice san Juan Crisóstomo, con haber resucitado, sino que quiso aparecer como tal... Excelente leccion para nosotros...

14. Convertirse y aparecer convertido, son dos obligaciones diferentes, como el ser impío y el parecerlo son dos pecados... El parecer convertido, dice santo Tomás, es una parte de la conversion misma... Uno de los deberes del cristiano convertido es el de parecer lo que es... Se lo debe á Dios..., al prójimo..., y á sí mismo...

15. Lo debe á Dios, á quien ha ofendido... De lo contrario, ¿qué reparacion... Vuestros pecados han sido públicos, ¿y vuestra penitencia será oscura y oculta?... Aun cuando jamás hubiésemos pecado, Dios quiere que nos declaremos... Si el justo, dice san Juan Crisóstomo, está sujeto á esta condicion, ¿cuánto mas... La vida del pecador penitente debe ser una satisfaccion honrosa que da á su Dios... *Nequando dicant gentes...*

16. La conducta de Pedro, despues de su pecado, es digna de imitarse... ¿No es justo que... Vosotros debeis ser en el mundo lo que fueron los Apóstoles... Dios espera de vosotros un testimonio particular... *Eritis mihi testes.* Vosotros, hombres mundanos... Es cierto que hasta ahora habeis vivido en el pecado, pero... Así os hace Dios encontrar en vuestro mismo pecado un medio de honrarle.

17. Lo debe al prójimo, á quien ha escandalizado. Yo me debo á mí mismo mi conversion; á los demás les debo las muestras de ella

en reparacion de los escándalos... Sí, es preciso que el prójimo vea que no cultivais ya tal relacion..., que no frecuentais ya tal casa... Sin salirnos de nuestro misterio, hallarémos una prueba palpable de lo que os digo.

18. ¿Por qué Jesucristo se apareció resucitado? Se apareció á unos, dice san Agustin, para...; á otros... Os lo repito, cristianos, este es el divino modelo que debemos imitar para consuelo de los justos, para convertir á los pecadores, y convencer á los libertinos.

19. *Para consuelo de los justos:* ¡Cuántas almas santas no gimen delante de Dios pidiéndole gracia para vosotros!... Dios, por fin, las escucha, y así como vuestro pecado las entristeció, así tambien quieren con vuestra conversion consolarse... *Para convertir á los pecadores:* Hay en el mundo algunos... á quienes es preciso salvarlos, atrayéndolos..., y vosotros sois los mas á propósito para ello. Dios no dió esta comision ni á san Juan ni á María, que le fueron fieles, sino á san Pedro, que le habia negado: *Et tu aliquando conversus*, etc.

20. *Para convencer á los libertinos:* Si el apóstol santo Tomás, dice el papa san Gregorio, no hubiese sido jamás incrédulo, su predicacion hubiera sido menos edificante... Su incredulidad sola, dice san Juan Crisóstomo, nos habria perdido; su fe sola... Lo mismo os digo yo: Si vosotros...

21. Se lo debe á sí mismo. Afuera pretextos... Léjos de ser un mal el aparecer convertidos, será una ventaja para nosotros... El mundo, dice san Agustin, hablará segun sus máximas, y nosotros viviremos segun las nuestras...

22. El ser y parecer lo que debemos ser, es la gran moral que nos predica Jesucristo resucitado... Dichoso yo si os dejo no solo instruidos, sino convencidos de esas dos importantes verdades...

23. Nada hay mas glorioso, dice san Agustin, que el dejarse vencer por la verdad... Mostrad, Señor, que sois el Dios de la salvacion..., y derramad...

SERMON III

SOBRE LA RESURRECCION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram. (Rom. IV).

Fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.

1. En este testimonio de san Pablo se fundó san Bernardo cuando dijo que la resurrección del Hijo de Dios, que es propiamente el misterio de su gloria, había sido al mismo tiempo la consumación de su caridad para con los hombres. Y no se necesitan más pruebas de esta verdad que las palabras mismas de mi texto, puesto que ellas nos dan á conocer que fue por nuestro interés, por nuestra salvación y por nuestra justificación, por lo que aquel adorable Salvador resucitó y entró en posesión de su gloriosa vida: *Et resurrexit propter justificationem nostram*. Á juzgar por nosotros mismos, creeríamos desde luego que las cosas debían al menos dividirse, y que habiendo Jesucristo acabado en la cruz la obra de nuestra redención, no debía ya pensar sino en su propia grandeza, esto es, que, habiendo muerto por nosotros, no debía resucitar sino por sí mismo. Pero no, cristianos, el amor que nos profesa no podía consentir esta división. Jesucristo, dice san Bernardo, es un Dios, pero un Dios salvador, que quiere pertenecernos enteramente, y cuya gloria y beatitud debieron por consiguiente aplicarse á nosotros, lo mismo que sus humillaciones y sufrimientos: *Totus in usus nostros expensus*. (Bern.). Mientras sus humillaciones nos fueron útiles y necesarias, Jesucristo se humilló y anonadó; mientras fue preciso, para rescatarnos, que sufriese, se entregó á los tormentos y á la muerte. Pero, desde el momento que los decretos de Dios exigen que su humanidad sea glorificada, quiere que nos aprovechemos de su gloria misma; porque si resucita, prosigue el mismo san Bernardo, es para robustecer nuestra fe, fortificar nuestra esperanza, y reanimar nuestra caridad: es para resucitar él mismo en nosotros,

y para hacernos capaces de resucitar espiritualmente con él: en una palabra, habiendo muerto por nuestros pecados, resucita para nuestra santificación: *Et resurrexit propter justificationem nostram*. Ved aquí el misterio que celebramos, y que es hoy para la Iglesia universal objeto de alegría: misterio augusto y venerable, en el cual estriba no solo toda la religión cristiana, porque él es el fundamento de nuestra fe, sino también toda la piedad cristiana, porque debe ser la regla de nuestras costumbres. Hé aquí lo que me propongo demostraros, después que hayamos implorado los auxilios de la Madre de Dios, y la hayamos felicitado por la resurrección de su Hijo: *Ave María*.

2. Para entrar en mi objeto, permitidme, cristianos, que dé por supuesto lo que la fe nos enseña, y lo que debemos mirar como un punto esencial de nuestra Religión; á saber, que Jesucristo, al morir, nos justificó completamente, y que para volvernos á la gracia de Dios no faltó ningún mérito á su muerte. Pero, además de esto, dice san Juan Crisóstomo, necesitábamos un ejemplar y un modelo por el cual pudiéramos formarnos, y que tuviésemos siempre á la vista para trabajar en el cumplimiento de la gran obra de nuestra justificación, ó, por mejor decir, de nuestra conversión, á la cual, según los mandatos de Dios, debemos cooperar; y esto es á lo que el divino Salvador del mundo ha provisto con su gloriosa resurrección.

3. Bien sabéis, cristianos, y no debéis ignorarlo, puesto que es uno de los artículos de la misma fe que profesáis, que el pecado del primer hombre fue una presunción temeraria que le condujo hasta elevarse sobre sí mismo, hasta querer igualarse con Dios, estar iluminado como Dios, y parecerse á Dios: *Eritis sicut dii*. (Genes. III). Pero también sabéis la prudente conducta que Dios observó con el hombre, cuando, por un secreto sorprendente de su providencia, le dió por remedio lo que parecía haber sido la causa de su mal, y le obligó á santificarse por aquello mismo que le había hecho criminal: quiero decir, cuando ese Dios de gloria, encarnándose y humanándose, adoptó estados en que no solo le es permitido al hombre el querer asemejarse á Dios, sino que su mayor pecado es el no quererlo, y el no parecerse á él efectivamente. Ahora bien, ¿cuál es el estado que la Escritura nos designa con preferencia á todos los demás, en el que ha querido el Hijo de Dios que nos pareciésemos á él, y que no sería un crimen, sino un mérito y un deber el que le adoptásemos? El estado de su resurrección.

4. Por eso dice expresamente el gran Apóstol: Resucitó Jesucristo de entre los muertos á fin de que, santificados nosotros con su ejemplo, adoptásemos una nueva vida: *Et quomodo Christus surrexit à mortuis, ita et nos in novitate vite ambulemus.* (Rom. vi). Por lo demás, hermanos míos, añade san Juan Crisóstomo, estas palabras no son una simple instruccion del Apóstol, sino un oráculo del Espíritu Santo, que nos revela y nos da á entender los designios de Dios: de donde se deduce que no solo tuvo la resurreccion del Salvador en sí misma todas las cualidades necesarias para servirnos de modelo en nuestra conversion, sino que Dios quiso proponerla como tal, y este fue el objeto principal que se propuso al querer que Jesucristo resucitase: *Ut quomodo Christus surrexit, ita et nos ambulemus.* Por eso decia Tertuliano que los pecadores reconciliados y convertidos por la gracia son en cierto modo imágenes de la resurreccion de Jesucristo: *Appendices resurrectionis* (Tert.), que así es como los llamaba: y ¿por qué? porque todo pecador que se convierte y muda de vida debe expresar en sí mismo, por medio de una perfecta imitacion, los caractéres y rasgos que convienen á la humildad de Jesucristo en el estado de su resurreccion. Ved aquí ahora cuáles fueron estos caractéres; y ojalá que, por la comparacion que vamos á hacer, reconozcamos hoy lo que debemos ser delante de Dios: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni* (Luc. xxiv): el Señor ha resucitado real y verdaderamente, decian dos discípulos del Salvador hablando de su Maestro, y se ha aparecido á Pedro. Hé aquí las dos reglas que debemos seguir, pues en ellas consiste la conformidad que debe haber entre Jesucristo y nosotros. Jesucristo resucitó real y verdaderamente, para darnos idea de una conversion verdadera; y se apareció despues de resucitado, para darnos idea de una conversion ejemplar. Jesucristo resucitó realmente á fin de que realmente nos convirtamos tambien nosotros; esta será mi primera parte: y se apareció despues de haber resucitado, á fin de que, cuando nosotros nos convirtamos, nos aparezcamos á él para gloria de nuestro Dios, libre y espontáneamente; esta será mi segunda parte. Lo uno sin lo otro, dice san Agustin, es defectuoso: porque el aparecer convertido y no estarlo efectivamente, es impostura é hipocresía; y el no aparecer, ó mas bien el temer aparecer como tal, es debilidad y respeto humano. Es preciso convertirse y presentarse como así: *Surrexit et apparuit.* Convertirse sinceramente, por una mudanza de costumbres que pueda sostenerse ante Dios: *Surrexit vere.* Aparecer convertido con una santa libertad, de modo que esta

conversion sea, segun el Evangelio, como una luz que brille delante de los hombres: *Et apparuit Simoni.* ¿Seré tan dichoso, cristianos, que pueda persuadiros de estas dos importantes obligaciones? ellas constituyen la division de mi discurso.

Primera parte: Jesucristo resucitó realmente á fin de que realmente nos convirtamos tambien nosotros.

5. San Pablo lo ha dicho, y yo, al sentar mi primera proposicion, no me he propuesto mas que establecer un principio de religion de que no podamos dudar, á saber: que Jesucristo resucitó verdaderamente, y que sirviéndonos esta resurreccion de modelo, quiere Dios que nos convirtamos tambien nosotros real y verdaderamente. Pero aun debo añadir, como una consecuencia natural de este principio, que Jesucristo despues de haber salido del sepulcro no vivió ya como hombre mortal, sino como hombre celeste y resucitado, y que es una ley para nosotros el no vivir tampoco despues de nuestra conversion como hombres carnales y mundanos, sino con una vida enteramente espiritual, y conforme al dichoso estado á que son elevados por la gracia los hombres que sincera y sólidamente se han convertido. Y aquí teneis dos ideas á las cuales reduzco estas admirables palabras de la epístola á los romanos, que han de servirme por sí solas para probar las verdades que os predico: *Consepulti sumus cum Christo per baptismum in mortem; ut quomodo surrexit à mortuis, ita et nos in novitate vite ambulemus.* (Rom. vi). Hermanos míos, nosotros fuimos sepultados con Jesucristo por medio del Bautismo, para morir al pecado, á fin de que así como ese Dios salvador resucitó por su virtud omnipotente, así tambien seamos animados del mismo espíritu, é interiormente resucitados, para llevar esa vida nueva que es efecto de una verdadera conversion. Prestad atencion, cristianos, y no echeis en olvido una leccion tan necesaria: *Surrexit Dominus vere* (Luc xxiv), el Señor resucitó real y verdaderamente; principio, al cual, lo repito, vosotros y yo debemos atenernos desde luego para formarnos una justa idea de la conversion del pecador. No os admireis, amados oyentes míos, de que Jesucristo, segun nos cuentan los Evangelistas, se interesase tanto en probar, y en probar por sí mismo, su resurreccion. Los Apóstoles se sobrecogieron de terror cuando le vieron, porque creyeron ver un espíritu: *Conturbati et conterriti existimabant se spiritum videre* (Id.); y Jesucristo no podia permitir que permaneciesen en aque-

lla turbacion é incertidumbre. No, les dijo para convencerlos, no es un espíritu lo que tenéis delante, sino á mí mismo. Mirad mis piés y mis manos, tocad mis llagas, y entonces conoceréis que no soy un fantasma, sino un cuerpo sólido y real. Y ¿por qué, pregunta san Juan Crisóstomo, tuvo Jesucristo aquel cuidado tan exacto de hacer conocer á los Apóstoles la verdad de su resurreccion? ¡Ah! hermanos míos, responde el santo Doctor ya citado, porque además de las razones que tenía para obrar así, sabia bien la ley que se nos imponía desde entonces, y la obligacion que debíamos tener, en calidad de pecadores, de resucitar á la vida de la gracia, así como él habia resucitado á la vida de la gloria: *Ut quomodo surrexit, ita et nos in novitate vitæ ambulemus*. Ahora bien, era de temer que esta resurreccion espiritual de nuestras almas, en vez de ser una verdad, no fuese mas que una pura ficcion, y que, pasando por hombres convertidos, fuésemos interiormente todo lo contrario de lo que apareciésemos ser por fuera. Por eso Jesucristo no omitió nada para convencer á sus discípulos de que no habia resucitado en apariencia, sino efectivamente; queriendo que esta resurreccion verdadera nos sirviese de ejemplo y de modelo.

6. Cristianos, ¿comprendeis vosotros, habeis entendido alguna vez la fuerza de estas palabras: *Surrexit vere*? Pues voy á deciros lo que significan. Estas palabras se reducen á condenar tantas y tantas conversiones imaginarias, que no tienen de positivo mas que la máscara exterior, sin tener el fondo ni el mérito de tales. Porque, permitidme que os haga aquí una reflexion parecida en todo á la que hacia san Pablo, cuando instruía á los corintios sobre la resurreccion de los cuerpos: *Ecce mysterium vobis dico; omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur*. (II Cor. xiii). Hé aquí, hermanos míos, les decia, un importante secreto que voy á revelaros. Todos resucitarémos al fin de los siglos; pero no todos habrémos mudado. Con lo cual queria darles á entender que, aunque los réprobos, lo mismo que los elegidos, debian tener parte en la resurreccion futura, sus cuerpos no serian transformados como los de los elegidos, ni convertidos en semejantes al cuerpo glorioso de Jesucristo; diferencia terrible en la qual insistia el Apóstol, para inspirar á los fieles un terror saludable del juicio de Dios. Pero, por terrible que sea esta diferencia entre los réprobos y los elegidos, en el juicio de Dios, todavía voy yo á exponeros otra que, aunque inferior, no es sin embargo menos fatal al pecador, y que, sin esperar al fin de los siglos, la observamos ya hoy en el Cristianismo segun las diferen-

tes disposiciones de los cristianos para esta fiesta. Todos nosotros hemos celebrado la resurreccion de Jesucristo; pero yo no sé si todos habrémos sentido esa feliz mutacion que esta santa solemnidad, por una gracia que le es propia, debe verificar en nuestras almas. Al recibir el adorable sacramento del Salvador, todos hemos aparecido espiritualmente resucitados; pero tal vez ha faltado el renovarnos tambien todos, para poder en este dia, lo mismo unos que otros, dar ante Dios testimonio de que no somos ya los mismos hombres. Ved aquí el misterio; pero el terrible misterio que os anuncio, y sobre el cual cada uno de nosotros debe consultarse á sí mismo: *Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur*. (I Cor. xv).

7. Porque, confesémoslo de buena fe, y puesto que una experiencia desgraciada nos obliga á reconocerlo, no procuremos evitar la vergüenza que esto nos causa. El desórden capital que nunca se lamentará ni se reprenderá lo bastante, es el que en esta solemnidad de las Pascuas, abusando de la penitencia, que, segun los santos Padres, es el Sacramento de la resurreccion de los pecadores, mintamos tan á menudo al Espíritu Santo, engañemos al mundo, y nos engañemos á nosotros mismos. Sí, hermanos míos, hasta en el tribunal de la penitencia mentimos al Espíritu Santo, aborreciendo de palabra lo que amamos de corazón; diciendo que renunciamos al mundo, y no renunciando jamás á lo que conserva en nosotros el amor del mundo; haciendo á Dios promesas que no pensamos cumplir, y que en efecto no estamos resueltos á guardar; teniendo con Dios menos buena fe que tenemos hasta con el último de los hombres. Engañamos al mundo con esa exactitud que en este santo tiempo empleamos en cumplir los deberes públicos de la Religion; le engañamos con algunas buenas obras pasajeras, con una ostentacion de celo en los puntos en que debemos tenerle, sin que seamos mejores por eso, y en fin con algunas reformas que adoptamos, siempre limitadas por cierto, al paso que no hacemos ya nada por vencer nuestros hábitos criminales ni mortificar las pasiones que nos dominan. Nos engañamos tambien á nosotros mismos, confundiendo las inspiraciones y las gracias de conversion con la conversion misma; figurándonos que hemos cambiado, porque tenemos el deseo de ello, y alabándonos de haber alcanzado grandes victorias, sin que nos haya costado el menor combate; pero, como en materia de penitencia esto no es mas que ilusion y mentira, el Evangelio de hoy opone á todo esta sola regla: *Surrexit vere*, Jesucristo ha resucitado verdaderamente; y, por medio de ella, nos da á entender cuán apar-

tados estamos de las vias de Dios, puesto que entre nuestra nueva vida y la vida gloriosa de Jesucristo hay una oposicion tan monstruosa como la que se encuentra entre la ficcion y la realidad, entre el vacío y lo sólido, entre lo falso y lo verdadero. ¡Ah! amados oyentes míos, cuántas fantasmas de conversion, ó para valerme de las mismas palabras de san Bernardo, cuántas conversiones quiméricas podría manifestaros aquí, si me fuese permitido penetrar en lo interior de los corazones y descubriros su fondo! ¡Cuántas conversiones puramente humanas, cuántas interesadas, cuántas forzadas, cuántas inspiradas por un espíritu diferente del que debe guiarnos cuando se trata de volver al seno de Dios! conversiones fecundas, si se quiere, en bellos sentimientos, pero estériles en efectos; magníficas en palabras, pero desgraciadas en la práctica; capaces de deslumbrar, pero incapaces de santificar. ¡Cuántas conciencias se han presentado ante los altares á la manera de sepulcros blanqueados, ocultando todavía bajo su engañosa cubierta la podredumbre y la corrupcion! ¿Son estas las imágenes vivas de aquel Hombre-Dios que renació del seno de la muerte para ser, como dice san Pablo, el primogénito entre varios hermanos: *Ut sit ipse primogenitus in multis fratribus?* (Rom. viii). No, cristianos, no es así como podrémos merecer la dicha ni la gloria de parecernos á Jesucristo; aun nos falta algo mas, y es una conversion verdadera. Ahora bien, ¿qué es lo que se llama una verdadera conversion? Enteraos bien de esto: una conversion verdadera es una conversion de corazon y sin disfraz; una conversion sobrenatural cuyo principio, fin y objeto sea Dios. Permitaseme desenvolver estos dos importantes artículos en toda su extension.

8. Conversion sincera y sin disfraz, porque, como dice san Bernardo, ¿á qué fingir delante de Dios, que, habiéndonos hecho lo que somos, vé mejor que nosotros mismos lo que pasa y lo que no pasa en nuestro corazón? y ¿para qué fingir delante de los hombres, cuya estimacion no nos justificará jamás, y cuyo error en este punto ha de ser un día la causa de nuestra confusion? Ved aquí por qué san Pablo, representando á los cristianos, como otras tantas obligaciones, las consecuencias que debian sacar de este misterio, insistia en la ley de que Jesucristo, nuestro cordero pascual, había sido inmolado por nosotros, y que debíamos celebrar esta fiesta, no con la vieja levadura, con esa levadura de disimulacion y de malicia que tal vez haya infectado hasta ahora nuestros corazones, *non in fermento veteri, neque in fermento malitiæ et nequitie*, sino con es-

piritu de sinceridad y de verdad: *Sed in azymis sinceritatis et veritatis* (I Cor. v) : y ¿por qué? Porque el Señor mismo habia dicho que la sinceridad de la conversion era la condicion esencial que debía darnos una semejanza santa con Jesucristo resucitado.

9. Y efectivamente, lo que nos pierde ante Dios, y lo que nos impide resucitar en espíritu, como Jesucristo resucitó segun la carne, es por lo comun una levadura de pecado que fomentamos en nosotros, y de la cual no procuramos deshacernos. Me explicaré con mas claridad. Nos reconciliamos con nuestros hermanos y perdonamos á nuestros enemigos, pero nos queda siempre una levadura de amargura y de disgusto que difiere poco de la ira y del aborrecimiento; rompemos una amistad criminal, pero no la rompemos de tal modo que no nos reservemos, por decirlo así, ciertos derechos, á los cuales creemos que no nos obliga á renunciar la ley divina, ciertos tratos que la honestidad y la honradez parecen autorizar, ciertas libertades que nos tomamos, lisonjeándonos de que no pasaremos mas adelante; y esto es lo que san Pablo llama la levadura del pecado: *Neque in fermento malitiæ et nequitie*. Ahora bien; es preciso, hermanos míos, añade el Apóstol, que os purifiqueis de esta levadura, si quereis celebrar la nueva Pascua. Es necesario que os acordeis que, así como un poco de levadura, cuando está corrompida, basta para echar á perder toda la masa, así tambien lo que queda de una pasion mal extinguida, aunque amortiguada al parecer, puede destruir y anonadar todo el mérito de vuestra conversion: *Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio*. (I Cor. v).

10. Conversion sobrenatural y segun las miras de Dios; porque ¿qué valor pueden tener todos los respetos humanos ni todas las consideraciones del mundo, cuando se trata de resucitarnos á Dios y de reproducir de nuevo en nosotros el espíritu de la gracia, despues de haberle perdido? Se nos dice que el desórden en que vivimos puede ser un obstáculo á nuestra fortuna, que tal amistad nos hace despreciables, que tal ó cual escándalo nos vuelve odiosos, y en esto precisamente nos corregimos; se nos da á entender que la piedad podría servirnos para establecernos, y nos reformamos tambien en esto; pero ¿qué es una conversion semejante, aunque tenga desde luego todo el brillo de la mas exacta y sincera regularidad? Nos alejamos del mundo por un despecho secreto, por imposibilidad de alcanzar, por desesperacion de elevarnos á ciertos rangos que busca nuestra ambicion; dejamos la amistad con tal ó cual persona, porque estamos cansados de ella, porque hemos descubierto

que es p[er]fida y que nos es infiel; cesamos de pecar, porque nos falta la ocasion de hacerlo; no porque nosotros la evitemos: pero todo esto no es mas que una sombra de conversion. Es preciso que nos anime un principio sobrenatural, del mismo modo que á Jesucristo, el cual resucitó por virtud divina; es preciso que imitemos al modelo de Jesucristo, el cual en su resurreccion, segun las bellas palabras de san Agustin, apareció enteramente como Dios, *In resurreccione totus Deus* (Aug.), puesto que en virtud de este misterio fue absorbida enteramente su humanidad por su divinidad, y que en nuestra conversion no haya tampoco nada que se resienta del hombre, nada que tenga la imperfeccion del hombre, nada que participe de su corrupcion; que el interés no entre para nada en esta conversion, que no se mezcle en ella la prudencia de la carne, y que, si la criatura es la ocasion, el Criador sea la causa. De este modo obraba el Apóstol, cuando decia: Léjos de mí esa falsa justicia que podría encontrar en mí, y que provendria de mí, porque Dios no seria, ciertamente, su principio ni su objeto. No me basta tampoco tener esa justicia imperfecta que proviene de la ley; sino que necesito la que viene de Dios por la fe, la que me hace reconocer á Jesucristo y la virtud de su resurreccion, á fin de que llegue, si es posible, á esa dichosa resurreccion que distingue los vivos de los muertos, esto es, los pecadores justificados de los que no lo están: *Ut inveniar in illo non habens meam justitiam que ex lege est, sed illam que ex fide est. Christi Jesu, ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus: si quomodo occurram, ad resurrectionem que est ex mortuis.* Pues bien, asimismo es como han obrado, siguiendo en esto al Apóstol, todos los verdaderos penitentes al convertirse á Dios. Han cerrado los ojos á todo lo demás, no han consultado ni á la carne ni á la sangre, han hollado el mundo con sus piés, se han elevado sobre sí mismos; y ¿por qué? porque buscaban, dice san Pablo, una resurreccion mas sólida y mas ventajosa que la que se nos representa en la falsa conversion de los mundanos: *Ut meliorem invenirent resurrectionem.* (Hebr. xi). Lo repito, hay ahora la misma diversidad de conversiones, que al fin de los siglos habrá de resurrecciones; y como, segun el Evangelio, los unos saldrán de sus tumbas para resucitar á la vida, y los otros para resucitar á su condenacion y á la muerte: *Et procedent qui bona fecerunt, in resurrectionem vitæ; qui vero mala egerunt, in resurrectionem judicii* (Joan. v), del mismo modo vemos ahora á los pecadores salir del tribunal de la penitencia, unos vivificados por la gracia y

reconciliados con Dios, y otros todavía mas endurecidos en el pecado y mas enemigos de Dios, á causa del abuso que han hecho de aquel Sacramento. ¡Dichoso, concluye el Espíritu Santo en el Apocalipsis, dichoso y santo el que tenga parte en la primera resurreccion! El Espíritu Santo habla de la resurreccion de los justos: *Beatus et sanctus qui habet partem in resurrectione prima.* (Apoc. xx). Y yo digo, siguiendo la misma regla: ¡Dichoso y santo el que tenga parte en la primera conversion! ¡dichoso y santo el que, resucitando con Jesucristo, segun la máxima del Apóstol, no vea en su conversion sino las cosas del cielo, aparte su vista de todos los objetos de la tierra, no busque las prosperidades, se haga superior á las adversidades, esté contento con poseer á Dios y se una á Dios por Dios mismo! Ahora bien, esta conversion, cristianos, es la que Dios os pide hoy, proponiéndonos el modelo de ella en la persona de su Hijo.

11. Pero prosigamos en nuestro asunto. He dicho que el Salvador del mundo despues de haber salido del sepulcro no habia vivido ya como hombre mortal, sino como hombre celeste y resucitado; y que es una ley para nosotros el llevar despues de nuestra conversion una vida nueva, y conforme al dichoso estado á que son elevados por la gracia los hombres verdaderamente convertidos: *Ut quomodo surrexit à mortuis, ita et nos in novitate vite ambulemus.* (Rom. vi). Pero ¿en qué consiste esta nueva vida? volvamos á nuestro modelo. Vedlo aquí. Jesucristo, en calidad de hombre, estaba dotado de un cuerpo y un alma; pero su cuerpo, desde el momento que resucitó, de material y terrestre que era en su sustancia, se convirtió maravillosamente en un cuerpo enteramente espiritual en sus cualidades, y su alma, en virtud de la misma resurreccion, se encontró, por otro prodigio semejante, perfectamente separada del mundo, aunque estuviese todavía en medio de él: dos rasgos de semejanza que Jesucristo resucitado debe comunicarnos para hacer en nosotros esta renovacion, que es la prueba necesaria y mas infalible de nuestra conversion. Jesucristo tenia un cuerpo, y aquel cuerpo, revestido de gloria, parecia ser de la naturaleza y condicion de los espíritus: verdad tan constante que san Pablo, considerando el misterio que nosotros celebramos, no temia decir á los corintios: *Itaque, et si cognovimus secundum Christum; sed nunc jam non novimus.* (II Cor. v). Por eso, hermanos mios, aunque en otro tiempo hayamos conocido á Jesucristo segun la carne, ahora que ha resucitado de entre los muertos, no le conoce-

mos ya del mismo modo ni segun la misma carne. Pero ¿qué es lo que dices, gran Apóstol? prosigue mas adelante san Juan Crisóstomo: qué, ¿no reconoces ya á tu Dios segun esa carne adorable, con la cual ha verificado tu salvacion? segun esa carne formada por el Espíritu Santo, concebida por una Virgen, unida y asociada al Verbo divino? segun esa carne que se ha inmolado por tí en el Calvario, que te ha dejado por alimento en su Sacramento, y que debe ser uno de los objetos de tu beatitud en el cielo? No, responde sin vacilar el Apóstol; desde que el Hombre-Dios, desatado de los lazos de la muerte, ha tomado posesion de su vida gloriosa, yo no le conozco segun la carne: *Et si cognovimus secundum carnem Christum, sed nunc jam non novimus.* Así habla el maestro de los gentiles; ¿no haceis vosotros desde luego la aplicacion de sus palabras? Pues con ellas quiso significar que, si estais verdaderamente convertidos, es preciso que no se os conozca ya, ó mas bien que no os conozcais á vosotros mismos segun la carne; que no procureis satisfacer los deseos desordenados de la carne; que no seais esclavos de esa carne que os ha dominado hasta ahora: que la carne, purificada por la penitencia, no esté ya sujeta á la corrupcion del pecado, y que nosotros, los ministros del Señor, que llorábamos en otro tiempo el no poderos considerar sino como hombres carnales y sensuales, tengamos ahora el consuelo, no solo de conoceros como érais antes, sino de conoceros en el cielo divinamente cambiados y transformados; de modo que podamos decir de vosotros en la misma proporcion: *Et si cognovimus vos secundum carnem, sed nunc jam non novimus.*

12. Por eso, amados oyentes míos, segun la doctrina de san Pablo, participan vuestros cuerpos, ya en esta vida, de la gloria de Jesucristo resucitado; por eso se hacen espirituales, incorruptibles, llenos de fuerza, de virtud y de honor; pero acordémonos de que no serán nada de todo esto si nosotros no cooperamos á ello y trabajamos con entera correspondencia, segun la regla del Espíritu Santo, en hacer sacrificios puros y agradables á los ojos de Dios. Los cuerpos gloriosos poseen todas estas cualidades por una especie de necesidad, pero esas cualidades no convienen á nuestros cuerpos, sino dependientemente de nuestra libertad. Hé aquí lo que constituye en la tierra nuestro mérito, y lo que al mismo tiempo debe redoblar nuestro temor y nuestra vigilancia. Porque, por muy firmes que estemos en el bien, no somos inexpugnables: las gracias que nos han fortificado en nuestra conversion, no son gracias para

fomentar nuestra pereza, ni mucho menos para autorizar nuestra presuncion. Por mucha confianza que debamos tener en la misericordia y los auxilios de Dios, es muy cierto que podemos faltar á nuestras mas firmes resoluciones, y que nuestras infidelidades pueden apartarnos del estado de pureza en que nos ha restablecido la penitencia. ¿Qué es, pues, lo que debemos hacer, y cómo hemos de vivir ahora en el mundo? Como Jesucristo despues de su resurreccion. Jesucristo se hallaba en el mundo, pero sin estar en él; está es, sin tomar parte en sus negocios, ni en sus intereses, ni en sus sociedades, ni en sus conversaciones; no tratando mas que con sus discípulos, ni hablándoles á estos mas que del reino de Dios. Por lo tanto, hermanos míos, concluia san Pablo, y concluyo yo tambien con él, si habeis resucitado con Jesucristo, *Si consurrexistis cum Christo*, no tengais ya gusto mas que para las cosas del cielo, *Quæ sursum sunt sapite*; no busqueis ya sino las cosas del cielo, *Quæ sursum sunt querite.* (Colos. III). Separaos del mundo, vivid fuera del mundo sin saliros de él, puesto que vuestra condicion os lo impide, pero sin estar tampoco en él, ni de espíritu ni de corazon; y sobre todo, si os mostrais al mundo, que sea para edificarle con vuestra mudanza. He concluido mi propósito: el estar convertido es el primer deber, y ha sido el objeto de mi primera parte. El aparecer convertido es el segundo deber, del cual voy á hablaros en la segunda parte de mi discurso.

Segunda parte: Jesucristo se apareció despues de resucitado para que, convertidos ya, nos aparezcamos á él para gloria suya, libre y espontáneamente.

13. Es un misterio, cristianos, pero no es un misterio oscuro ni difícil de penetrar, el saber por qué Jesucristo, despues de su resurreccion, quiso permanecer aun entre los hombres por espacio de cuarenta dias. Segun el orden natural de las cosas, desde el momento que resucitó debió ser el cielo su morada, y no ser la tierra para él sino una mansion extraña. ¿Por qué, pues, difirió Jesucristo aquella ascension triunfal que debía ponerle en posesion de un reino debido á sus méritos; por qué suspendió en cierto modo aquella felicidad consumada, que habia adquirido tan legítimamente y por tantos títulos? ¿Por qué? una razon superior le hizo consentir en aquel retardo: y esta razon, amados oyentes míos, vedla aquí sacada del mismo Evangelio. El Verbo divino quiso sos-

tener siempre su carácter de Salvador, y emplear en nuestra justificación lo mismo los misterios de su gloria que los de sus humillaciones y sufrimientos, á fin de que pudiera decirse con verdad en todos tiempos: *Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.* (Rom. IV). Ahora bien, por esto, dice san Juan Crisóstomo, fue por lo que no se contentó Jesucristo con haber resucitado, sino que quiso aparecer como tal; quiso dejarse ver del mundo en el estado de la nueva vida en que había entrado; quiso, con su aparición, esparcir por todas partes los rayos de aquella divina luz de que acababa de ser revestido. Ved aquí, repito, por qué empleó cuarenta días en mostrarse, ora á todos sus discípulos reunidos, ora á algunos de ellos en particular; ya en una pesca milagrosa, ó ya en una misteriosa comida; tan pronto bajo la forma de un jardinero, como bajo la de un viajero; moviéndose, hablando, comunicándose, y dando por todas partes pruebas palpables del milagro que se había verificado en su persona, y de su regreso de entre los muertos. Excelente lección para nosotros, cristianos, si sabemos aprovecharnos de ella. Todo esto se refiere á nosotros, y nos enseña á que, así como no basta aparecer convertidos si no lo estamos efectivamente, así tampoco es suficiente que lo estemos, si no aparecemos como tales.

14. Porque, para explicaros, amados oyentes míos, esta importante moral, son dos obligaciones diferentes el convertirse y el parecer convertidos, y nuestro error consiste en no distinguirlas lo bastante. Y así como son dos especies de pecado el ser impío y el parecerlo (porque, como decía Tertuliano, el ser impío es un crimen, y el parecerlo es un escándalo), así también debemos estar persuadidos de que hay dos preceptos en la ley divina, de los cuales el uno nos obliga á convertirnos, y el otro á dar pruebas exteriores de nuestra conversión; de suerte que el obedecer uno de estos dos preceptos, sin cumplir el otro, no pasa de ser una justicia imperfecta. Con efecto, si Jesucristo, después de haber salido del sepulcro, hubiera estado oculto en el mundo, y no hubiera aparecido como resucitado, no habría ejecutado sino á medias, si me es permitido hablar así, el objeto de su adorable misión; habría dejado nuestra fe en la incertidumbre, y la religión que quería establecer no hubiera tenido un fundamento sólido para nosotros. Pues lo mismo sucede con nuestra conversión; si la descuidamos, ó si tememos aparecer convertidos, no cumplimos sino imperfectamente la obra de Dios, y lejos de agradarle, nos atraemos la maldición

pronunciada por el apóstol Santiago, cuando dijo que aquel que quebranta un mandamiento, aunque observe otro, es tan culpable como si hubiese violado toda la ley: *Qui peccat in uno, factus est omnium reus.* (Jacob. II). Digo mas; el convertirse y el parecer convertidos son dos obligaciones tan diferentes, y sin embargo tan inseparables, que en rigor es imposible cumplir la primera sin cumplir también la segunda, porque es evidente, como muy oportunamente ha hecho notar el ángel de las escuelas santo Tomás, que el parecer convertido es una parte de la conversión misma. Me explicaré con mas claridad. Supongamos que habeis tomado, por fin, la resolución de mudar de vida y de renunciar á vuestros pecados; pero decid que teneis que guardar ciertas consideraciones, y que no quereis que se note vuestra mudanza. Pues yo sostengo que hay una contradicción en lo que proponéis; porque una de las circunstancias mas esenciales de esa mudanza de vida, que constituye vuestra conversión, es el que se note y aparezca como tal para todo el mundo. Y repito que mientras no se note y aparezca como tal, sea cual fuere la idea que os hayais formado de ella, es una mudanza equívoca y sospechosa, quimérica ó imaginaria: ¿por qué? porque una conversión, para ser completa, debe comprender, sin excepción alguna, todos los deberes del hombre cristiano. Ahora bien, uno de los deberes del hombre cristiano es el de parecer lo que es, y si ha sido pecador y rebelde á Dios, una de sus obligaciones mas indispensables es la de aparecer obediente y sumiso á ese mismo Dios. Este deber está fundado en los intereses de Dios, á quien habeis ofendido; en los del prójimo, á quien habeis escandalizado, y en vuestro propio interés, entendiéndolo por tal el interés de vuestra alma y de vuestra salvación, que habeis resueltamente abandonado; tres pruebas irrecusables de la virtud que os predico, y que me prometo que han de convenceros.

15. Obligación de aparecer convertido, fundada en el interés de Dios, á quien habeis ofendido; porque, de lo contrario, cristianos, ¿qué reparación haríais á Dios de tantos crímenes, y cómo le devolveríais la gloria que le habeis quitado cometiéndolos? Y qué, pecadores que me escuchais, habréis ultrajado mil veces á ese Dios de majestad, ¿y os avergonzais ahora de aparecer humillados en su presencia? Habréis despreciado en público su ley, ¿y quereis satisfacerle con un arrepentimiento secreto? Vuestro libertinaje, que le irritaba, ha sido público, ¿y vuestra penitencia, que debe aplacarle, será oscura y oculta? ¿Es esto tratar á Dios como Dios? No,

hermanos míos, dice san Juan Crisóstomo, el obrar así no es, propiamente hablando, convertirse. Aun cuando no hubiésemos pecado jamás, aunque hubiéramos conservado siempre la inocencia de nuestro bautismo, Dios quiere que nos declaramos; y en vano le protestaríamos en lo íntimo del corazón que él es nuestro Dios, si no estamos prontos á explicarnos delante de los hombres, y hasta delante de los tiranos, por medio de una confesion libre y generosa: *Quicumque confessus fuerit me coram hominibus.* (Luc. XII). Tal es la condicion que Dios nos propone, y sin la cual nos reprueba como indignos de él. Ahora bien; si hasta el justo, aunque justo, prosigue san Juan Crisóstomo, está sujeto á esta condicion, ¡cuánto mas no debe estarlo el pecador que se convierte, puesto que se trata para él, no solo de confesar al Dios á quien sirve y adora, sino de hacer justicia al Dios á quien ha deshonrado! Y ¿cómo le hará esta justicia, sino por medio de una conversion que edifique, de una conversion cuyos frutos sean visibles, de una conversion tan ejemplar como sincera y de buena fe? Es, por lo tanto, preciso, concluye san Juan Crisóstomo, que la vida del pecador, en el estado de la penitencia, sea una especie de satisfaccion honrosa que da á su Dios. Es preciso que su respeto á los santos lugares, su atencion al adorable sacrificio, su asiduidad á los altares, su fidelidad á los preceptos de la Iglesia, sus conversaciones modestas y religiosas, su arreglada conducta, todo, todo hable por él y responda á Dios de la contricion de su alma: y ¿por qué? para indemnizar así á Dios, y para que aquellos que, al ver en otro tiempo á ese hombre en los desórdenes de una vida impura y libertina, preguntaban dónde estaba su Dios, y dudaban casi de que lo hubiese, no solo no duden ya mas, sino que le glorifiquen por una conversion tan visible y milagrosa: *Nequando dicant gentes, ubi est Deus eorum?* (Psalm. cxiii). Porque ved aquí lo que yo llamo el interés de Dios.

16. En efecto, cuando san Pedro, despues de la resurreccion del Salvador, aparecia en las sinagogas y plazas públicas, predicando con una santa libertad el nombre de Jesucristo, ¿de dónde le venia principalmente aquel celo? del pensamiento y del recuerdo de su pecado. He hecho traicion á mi Maestro, decia en lo interior de su corazón, y mi infidelidad le ha sido mas sensible que la crueldad de los verdugos que le han crucificado: es, pues, preciso que á cualquier cosa le haga ver ahora lo que soy, y que me sacrifique á mí mismo para borrar con mi sangre una falta tan vergonzosa. Ved aquí lo que le excitaba, lo que le determinaba á em-

prenderlo todo y á sufrirlo todo por aquel Hombre-Dios, al cual habia negado. Ahora bien; de este sentimiento es del que debeis penetraros hoy, amados oyentes míos. No podeis menos de confesar, como el Príncipe de los Apóstoles, que en mil ocasiones á que el torrente del mundo os arrastra, habeis renunciado á vuestro Dios; confesais que vuestra vida, si me es licito hablar así, ha sido un objeto de perpétua confusion para Jesucristo: ¿no es, pues, justo que os pongais en estado de darle honor, y que por una vida cristiana borreis al menos las impresiones que vuestra impiedad ha podido causar contra su ley? ¿No es justo que honreis la gracia misma de vuestra conversion? Porque, ¿sabeis vosotros, cristianos, qué sentimiento os debe inspirar la gracia de la penitencia? ¿sabeis lo que debeis ser en el mundo á consecuencia de esta gracia, y si habeis correspondido á ella? Vosotros debeis ser en el mundo lo que fueron los Apóstoles y los primeros discípulos despues de la resurreccion del Hijo de Dios. La Escritura nos enseña que su principal, ó mas bien su único empleo, fue servirle de testigos en la Judea, en la Samaria y hasta en las extremidades de la tierra: *Eritis mihi testes in Jerusalem et in omni Judea et Samaria.* (Act. I). Por eso, hermanos míos, debeis estar persuadidos de que, en calidad de pecadores convertidos y reconciliados con Dios por la gracia de su Sacramento, Dios espera de vosotros un testimonio particular, un testimonio que podeis darle, un testimonio que debe serle glorioso. Es como si os dijese hoy: Si, vosotros sois los que yo he escogido para ser mis testigos irrevocables, no ya en la Samaria y en la Judea, sino en un lugar en que me importa aun mas el tener discípulos que sostengan mi gloria, esto es, en la corte, donde el testimonio que os pido me es mucho mas ventajoso: *Eritis mihi testes.* Vosotros, hombres mundanos, vosotros que estais entregados á las pasiones carnales, pero en los que yo he creado un corazón nuevo, vosotros á quienes he hecho sentir las impresiones de mi gracia, vosotros á quienes he sacado del abismo del pecado, vosotros sois los que me serviréis de testigos; y ¿dónde? en medio del mundo, y del mundo mas extenso: porque allí es donde principalmente me hacen falta testigos fieles: *Eritis mihi testes.* Es cierto que hasta ahora habeis vivido en el pecado; pero léjos de debilitar vuestro testimonio los desórdenes de vuestra vida, ellos son los que le fortificarán y harán mas convincente: porque, comparándose con vosotros mismos, y viendo seguirse á tan públicos desórdenes una conversion tan edificante, el mundo, á pesar de

su impiedad, no podrá sacar otra consecuencia sino que esa mudanza es obra de la gracia, y un milagro de la mano omnipotente del Todopoderoso: *Eritis mihi testes*. Y en efecto, cristianos, si habeis vivido siempre en el orden, por mucha gloria que Dios saque de otro, no sacará el testimonio de que hablo. Seriais menos culpables á su vista; pero tambien seriais menos propios para hacer conocer la eficacia de su gracia. Para servirle en la corte de testigos, hacen falta pecadores como vosotros, y de este modo es como Dios os hace hallar en vuestro mismo pecado un medio de honrarle.

17. Obligacion de aparecer convertido, fundada en el interés del prójimo, á quien habeis escandalizado; porque, como dice san Jerónimo, yo me debo á mí mismo la pureza de mis costumbres, pero debo tambien á los demás la pureza de mi reputacion: *Mihi debeo meam vitam, aliis debeo meam famam*. (Hierón.). Ahora bien, este sentimiento conviene todavía mas á un pecador que se convierte. Yo me debo á mí mismo mi conversion, pero tambien debo á los demás las apariencias y las muestras de mi conversion: y ¿por qué les debo las apariencias? para reparar por un remedio proporcionado los escándalos de mi vida; porque lo que ha escandalizado á mi hermano, no ha sido precisamente mi pecado, sino lo que se ha visto de mi pecado. Nada haré, pues, si no opongo á esas apariencias criminales otras apariencias santas; y mucho me engaño, si me contento con detestar interiormente mi pecado, y no cumplo con las apariencias exteriores. Sí, amados oyentes míos, es preciso que ese prójimo, para quien habeis sido un objeto de pecado, se aproveche de vuestra conversion, y que se desengañe absolutamente de las ideas que tenia de vosotros; es preciso que conozca que ya no sois aquellos hombres, cuyos ejemplos le eran tan perniciosos; que no cultivais ya tal relacion, que no frecuentais tal casa, que no veis á esta persona, que no asistís á esos espectáculos profanos, que no pronunciais aquellos discursos lascivos, en una palabra, que no sois ya lo que érais: porque el esperar, mientras os vea en las mismas reuniones, en los mismos tratos y con las mismas costumbres, que ha de creeros, solo por vuestra palabra, que os habeis mudado y convertido, seria una simpleza pensarle, y una presuncion en vosotros el pretenderlo. Pero no salgamos de nuestro misterio: la resurreccion del Hijo de Dios, que tenemos á la vista, será para vosotros y para mí una prueba palpable de lo que os digo.

18. ¿Por qué Jesucristo se apareció resucitado, ó mas bien por qué resucitó? esto requiere vuestra atencion. Se apareció resucitado, dice san Agustin, á los unos, para consolarlos en su tristeza; á los otros, para apartarlos de sus extravíos; á estos, para convencerlos de su incredulidad; á aquellos, para reprenderles la dureza de su corazon. Á Magdalena y á las demás mujeres que le habian seguido llorando hasta cerca del sepulcro, penetradas del vivo dolor que les causó la imágen todavía reciente de su muerte, se les apareció, dice el Evangelio, para llenarlas de una santa alegría, y para enjugar sus lágrimas. Á los discípulos débiles y cobardes que le habian abandonado, viéndole entre las manos de sus enemigos, se les apareció para reunirlos como corderos extraviados, y hacerles entrar en el redil. Santo Tomás persiste en su incredulidad y no quiere hacer caso del testimonio de los que le han visto; y Jesucristo se le aparece para convencerle y reanimar su fe casi extinguida. Los demás, aunque persuadidos de la verdad, están todavía frios é indiferentes; y se les aparece, para reprenderles su indiferencia, y reanimar su celo. Os lo repito, cristianos, este es el divino modelo que debemos imitar; porque así es como apareceremos convertidos para consuelo de los justos, para la conversion de los pecadores, y para convencer á los libertinos.

19. Para consuelo de los justos. Sí, cristianos, porque en el estado de vuestro pecado estais muertos; y ¡cuántas almas santas no llorarán entonces por vosotros! ¡qué dolor no les hace sentir su caridad á la vista de vuestros desórdenes! ¡con qué corazon tan oprimido, ó por mejor decir, con qué corazon tan tierno no gimen delante de Dios! ¡por cuántas penitencias secretas no procuran expiar vuestros pecados! y además, ¡cuánto tiempo no han sufrido, pidiendo gracia á Dios para vosotros y suspirando por vuestra conversion! Dios, por fin, las ha escuchado, y segun sus votos, estais ya espiritualmente resucitados; pero ellas os dicen que por esta misma razon tienen derecho á exigir de vosotros que aparezcáis como tales, á fin de que se regocijen en la tierra, como los Ángeles bienaventurados triunfan en el cielo; que eso es una justicia que les debeis; y que, así como vuestro pecado las entristeció, así tambien quieren con vuestra conversion consolarse; y decidme, ¿no es esto bastante para animaros á darles pruebas, y pruebas seguras, que por una parte les colmen de alegría, y por otra pongan como si dijéramos el sello á la obra de vuestra salvacion? Hay en el mundo, amados oyentes míos, algunos de vuestros hermanos que se

pierden, y que, apartándose de las vías de Dios, viven á merced de sus pasiones, y no siguen otro camino que el de la iniquidad. Es, pues, preciso salvarlos, atrayéndolos de una manera suave, pero eficaz, al verdadero pastor de sus almas que es Jesucristo; y vosotros, pecadores convertidos, vosotros sois los que debéis servir para este designio. Y ¿por qué vosotros? Lo repito, porque á pesar de vuestros extravíos, tenéis para conseguirlo un don particular que no tienen los justos que siempre lo han sido. Por eso, prosigue Orígenes, san Pedro fue el elegido para volver al Hijo de Dios los discípulos que la tentación había dispersado: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.* (Luc. XXII). Y tú, Pedro, le dijo el Salvador del mundo, ten cuidado de fortalecer á tus hermanos, despues de que estés tú mismo convertido. No dió esta comision á san Juan, que había sido siempre compañero inseparable de su persona, ni á María, que le acompañó hasta la cruz, sino á san Pedro, que le había negado. Y ¿por qué hizo esto? ¡adorable conducta de la Providencia! porque era preciso, dice Orígenes, un discípulo pecador para atraer á otros pecadores, y porque el mayor pecador de todos era el mas á propósito para atraerlos á todos. ¡Ah! cristianos, cuántas conversiones no produciría vuestro solo ejemplo, si estuviéseis, como san Pedro, encargados de la honrosa mision de ganar á vuestros hermanos para Dios! *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.* Este ejemplo, libre de toda ostentacion, y sostenido con un celo tan humilde como prudente, ¡qué maravillosos efectos no produciría! y ¡qué podrán hacer en su comparacion todos los predicadores del Evangelio! ¡qué atractivo sobre todo no tendría para ciertos pecadores, desanimados y llenos de desesperacion, cuando se dijese á si mismos: Ved á ese hombre á quien hemos visto en los mismos desarreglos que nosotros; vedle convertido y sumiso á Dios! ¿podría haber un encanto mas poderoso para que se convirtiesen ellos mismos? y cuando no se trata para esto sino de aparecer lo que sois, ¿no teméis, faltando á ello, incurrir en la maldicion de Dios, con que su Profeta os ha amenazado? *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* (Ezech. III).

20. El apóstol santo Tomás, cuando se volvió fiel, tuvo una gracia especial para esparcir el don de la fe; y si no hubiese sido jamás incrédulo, segun la reflexion del papa san Gregorio, su predicacion hubiera sido menos edificante. Pero la maravilla consistia en ver á un hombre, no solo creer lo que había tenazmente combatido, sino ir públicamente hasta delante de los tribunales, y ar-

rostrar la muerte por confirmar la verdad. Aquí tenéis lo que persuadía al mundo. Su incredulidad sola, dice san Juan Crisóstomo, nos habria perdido; su fe sola no nos habria bastado; pero su infidelidad seguida de su fe, ó por mejor decir su fe precedida de su infidelidad, es lo que nos ha hecho lo que somos. Pues lo mismo digo yo, cristianos, aplicándoos este pensamiento: Si vosotros no hubiéseis estado nunca extraviados, tal vez el mundo os hubiera tenido consideraciones; pero de este modo, en el libertinaje de creencia en que está hoy sumido, ¿no sacaria de vosotros cierta conviccion de que tiene particular necesidad? Lo que edifica á los impíos, es el oír á un impío como ellos, sobre todo cuando este impío es un sábio segun el mundo, y no tiene otro interés que el de la verdad que ha conocido, decir: Estoy convencido, no puedo resistir á la gracia que me oprime, quiero y prometo vivir como cristiano. Porque esta declaracion es un argumento irrecusable que cierra la boca á la impiedad, y del que no pueden defenderse las almas mas libertinas.

21. Finalmente, obligacion de aparecer convertido, fundada en nuestro propio interés. Sí, cristianos, porque esa prudencia carnal, que nos sugiere tantos pretextos para no declararnos, no es mas que un artificio grosero, del cual se vale el enemigo de nuestra salvacion para tenernos siempre sujetos en sus lazos, precisamente cuando nos lisonjeamos de haber entrado en la libertad de los hijos de Dios. Con efecto, no queremos que se note exteriormente que hemos cambiado de conducta: ¿y por qué? porque conocemos demasiado que, si este cambio llega una vez á traslucirse, nos verémos obligados á sostenerle, que entonces no podrémos ya desdecernos, y que nuestro propio honor, además del deber y la religion, nos obligará á aceptar la virtud mas difícil, que es la perseverancia, no como una simple obligacion, sino como una necesidad absoluta. Ahora bien; por buenas que sean nuestras disposiciones, queremos, sin embargo, reservarnos el derecho de hacer en adelante lo que queramos. Aunque renunciemos actualmente á nuestro pecado, no queremos atarnos, ni perder para siempre la esperanza de volver á él. La necesidad de perseverar nos parece horrorosa, y tememos sus consecuencias; esto es, no queremos ser inconstantes; pero queremos poderlo ser, si llega el caso de necesitarlo, y porque dando muestras de nuestra conversion, no podríamos ya hacerlo, ó si lo podíamos hacer, seria á costa de cierta reputacion de la que somos celosos; queremos mejor disimular y

correr de este modo los peligros de nuestra inconstancia, que asegurarnos de nosotros mismos quitándonos una libertad perniciosa. Y ved aquí, amados oyentes míos, las ilusiones del corazón del hombre. Pero yo discurro de otro modo, y digo que debemos mirar como una ventaja el aparecer convertidos, puesto que, según nosotros mismos confesamos, el parecerlo y haberlo parecido es una razón que nos obliga indispensablemente á serlo, y á serlo para siempre. Digo que debemos contar como una gracia el haber encontrado por este medio el modo de fijar nuestra ligereza, haciendo que hasta las leyes del mundo sirvan para que sea sólida é invariable nuestra conversión. Pero cuidado, que si reincidimos, por una maldita fragilidad, en nuestros primeros desórdenes, nuestra conversión, en vez de edificar, sería el objeto de un nuevo escándalo. Por eso la gracia de Jesucristo no nos permite pensar en semejante abuso, sino en tanto que este pensamiento nos pueda ser saludable para darnos fuerzas y animarnos. Debemos temer nuestras debilidades y prever el peligro, pero sin exagerar esta previsión ni este temor: el peligro nos debe hacer vigilantes, pero no debe volvernos pusilánimes; debe alejarnos de las ocasiones por una santa desconfianza de nosotros mismos, pero no debe quitarnos la confianza en Dios hasta el punto de impedirnos hacer para nuestra salvación méritos, sin los cuales la resolución que hemos tomado de trabajar por ella será siempre vacilante. Si nos declaramos, nos juzgarán, y hablarán de nosotros; pero ¿qué puede importarnos? mas bien será un obstáculo para detenernos en la inclinación natural que tendremos á desmentirnos, el considerar que hemos de sostener los juicios y la censura del mundo. Se nos acusará de simpleza, de vanidad, de hipocresía, de interés, pero nosotros procuraremos desvanecer todas esas sospechas; la de simpleza, con nuestra prudencia; la de orgullo, con nuestra humildad; la de hipocresía, con la sinceridad de nuestra penitencia; la de interés, con un desprendimiento absoluto de todas las cosas. Por lo demás, dice san Agustín, el mundo hablará según sus máximas, y nosotros viviremos según las nuestras; si el mundo es justo, si es cristiano, aprobará nuestra mudanza, y se aprovechará de ella; si no lo es, debemos tenerle horror y despreciarle.

22. De todos modos, el ser y parecer convertidos, el ser y parecer fiel, el ser y parecer lo que debemos ser, ved aquí, amados oyentes míos, la gran moral que nos predica Jesucristo resucitado. Dichoso yo, si os dejo, al concluir este discurso, no solo instrui-

dos, sino persuadidos y convencidos de estas dos importantes obligaciones. Después de esto, por indigno que sea de mi ministerio, tal vez podré decir, como dijo san Pablo cuando dejó á los cristianos de Éfeso y se separó de ellos, que soy puro delante de Dios é inocente de la perdición de las almas, si entre las que me han escuchado hubiese algunas condenadas á perecer: *Quapropter contestor vos, quia mundus sum à sanguine omnium.* (Act. xx). ¿Y por qué? porque bien sabéis, ó Dios mío, que no les he ocultado vuestras verdades, sino que, por el contrario, he tenido cuidado de inculcárselas con la libertad completa, aunque respetuosa, que debe emplear un ministro de vuestra palabra. Cuando vos enviábais en otro tiempo á vuestros Profetas á predicar en las cortes de los reyes, queríais que apareciesen como columnas de hierro y como muros de granito, esto es, como ministros desinteresados, generosos é intrépidos: *Ego quippe dedi te hodie in columnam ferream, et in murum aeneum, regibus Juda.* (Jerem. 1). Pero yo me atrevo á decir, Señor, que no necesito ese carácter de intrepidez para anunciar aquí vuestro Evangelio, porque tengo la ventaja de dirigirme á un rey cristiano, á un rey que honra su religión, que la honra con el corazón, y que exteriormente hace profesión manifiesta de honrarla; en una palabra, á un rey que ama la verdad. Vos prohibíais á Jeremías que temblase en presencia de los reyes de Judá, *Ne formides à facie eorum* (Id.); y yo tengo mas bien que consolarme de que la presencia del mas poderoso de los reyes, lejos de inspirarme temor, haya aumentado mi confianza; lejos de debilitar mi ministerio, le haya fortificado y autorizado. Porque la verdad que he predicado en la corte, no ha encontrado jamás en el corazón de este monarca sino una sumisión edificante y una poderosa protección.

23. Ved aquí, señor, lo que me ha sostenido; pero ved también lo que ensalza á V. M., y lo que debe ser para vos un mérito que nada destruirá jamás: el amor y el celo que V. M. tiene á la verdad. La Escritura nos enseña que lo que salva á los reyes, no es la fuerza, ni el poder, ni el número de sus conquistas, ni la dirección de los negocios, ni el arte de mandar ni de reinar, ni tantas otras virtudes reales que constituyen á los héroes y que canonizan los hombres: *Non salvatur rex per multam virtutem.* (Psalm. xxxi). Pero la sabiduría y grandeza de V. M. no le han permitido permanecer así, sino que le han movido á proponerse algo mas sólido. Lo que salva á los reyes es la verdad; y V. M. la busca, y se complace en escucharla, y estima á los que se la hacen conocer,

y no tendria mas que desprecio para aquel que se la disfrazase, porque lejos de resistirla, se gloria de ser vencido por ella; y en efecto, nada hay mas glorioso, dice san Agustin, que el dejarse vencer por la verdad. Hé aquí, señor, lo que yo llamo la grandeza de vuestra alma, y lo que ha de conduciros á vuestra salvacion. Estimamos á esos príncipes dichosos, añadia el mismo san Agustin, que pudiéndolo todo no quieren mas que lo que deben; que elevados por su dignidad sobre todos, se hacen por su bondad acreedores á todos; que no se consideran mas que como los ministros de Dios en la tierra; que, en los honores que se les hacen, no olvidan que son hombres; que cifran su grandeza en hacer bien, y su poder en corregir el vicio; que son dueños de sus pasiones lo mismo que de sus obras; que cuando les es fácil vengarse, se inclinan siempre á perdonar; que fundan en su religion su política, y que, despojándose de su majestad, ofrecen todos los dias á Dios en sus oraciones el sacrificio de su humildad. Retrato admirable de un rey verdaderamente cristiano, y que no temo exponer á los ojos de V. M., puesto que no le representa sino sus propios sentimientos y lo que debe ser el objeto de su consuelo. Vos sois, ó Dios mio, el que dais á vuestro pueblo hombres de este carácter para gobernarle, Vos que teneis en vuestras manos los corazones de los reyes, Vos que presidís á su salvacion, y que os gloriais en la Escritura de ser su especial autor: *Qui das salutem regibus*. (Psalm. cxliii). Mostrad, Señor, mostrad que sois efectivamente el Dios de la salvacion de los reyes, y derramad sobre nuestra invencible monarquía la abundancia de vuestras bendiciones y de vuestras gracias, pero particularmente la gracia de las gracias, que es la de nuestra salvacion eterna. Cuando nosotros os rogamus por la conservacion de su sagrada persona, por la prosperidad de sus armas, por la gloria y el buen éxito de sus empresas, aunque estas oraciones sean justas y de un deber indispensable, no dejan de ser en cierto modo interesadas; porque nuestras fortunas, nuestras vidas están unidas á la persona de ese gran rey, y siendo nuestra gloria la suya, y sus prosperidades las nuestras, no podemos interesarnos por él sin hacer otro tanto para nosotros. Pero cuando os suplicamos que derrameis sobre nuestro monarca esas gracias particulares que constituyen la salvacion de los reyes, es por él solo por quien os rogamus, puesto que no hay nada para él ni para todos los reyes del mundo mas esencial ni mas personal que la salvacion. Tales son, señor, los sentimientos que Dios inspira al último de vues-

tros vasallos hácia vuestra augusta persona; tales son los votos que yo hago todos los dias, y los votos mas sinceros y ardientes. Dios los escuchará, y despues de haberos hecho reinar con tanto esplendor en la tierra, os hará reinar con mas dicha y mas gloria todavía en el cielo, que á todos os deseo, etc.

ASUNTOS

SOBRE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Tres especies de vida manifestó vivir Jesucristo mientras habitó con nosotros: vida natural, formada de la union del alma con el cuerpo; vida civil y moral, basada en la estimacion y en la gloria humana; vida sobrenatural, que gozaba en el corazon de sus Apóstoles y discípulos. Estas tres especies de vida perdiólas en la cruz por otras tres especies de muerte: perdió la vida natural, por el rigor de los suplicios; la vida civil, por las ignominias y oprobios de que fue colmado, la vida sobrenatural, por el pecado en que incurrieron sus Apóstoles, dudando de su divinidad. — Hoy repara con tres especies de resurreccion las pérdidas que le ocasionara la muerte al tiempo de espirar sobre la cruz: 1.º resucita en sí mismo, recobrando la vida espiritual: 2.º resucita en la estimacion de los hombres, y repara su gloria, acrecentándola; 3.º resucita en el corazon de los Apóstoles y de los Santos, devolviéndoles con creces las gracias que habian perdido.

II. El cristiano no ha de poner hoy límites á sus afectos al concentrar todas sus adoraciones en Jesucristo que, vencedor de la muerte, resucita á una nueva vida; sino que, como enseña el Apóstol, debe imitarle con una vida nueva, y resucitar á la gracia de la misma manera que el Salvador resucita á una vida gloriosa, incorruptible, inmutable é inmortal. Tal ha de ser la vida del cristiano que resucita en Jesucristo, 1.º gloriosa, por el total desapego de los bienes terrenos; 2.º incorruptible é inmutable, esto es, sostenida por un firme propósito de no morir mas á la gracia.

III. La resurreccion de Jesucristo confirmó aun mas que sus milagros la certeza de su divinidad, y al propio tiempo fue el medio por el cual el Salvador reconquistó todos aquellos bienes que, con los tormentos que padeciera, habia perdido su humanidad. Recobró su alma aquel júbilo inefable que con la tristeza habia per-

y no tendria mas que desprecio para aquel que se la disfrazase, porque lejos de resistirla, se gloria de ser vencido por ella; y en efecto, nada hay mas glorioso, dice san Agustin, que el dejarse vencer por la verdad. Hé aquí, señor, lo que yo llamo la grandeza de vuestra alma, y lo que ha de conduciros á vuestra salvacion. Estimamos á esos príncipes dichosos, añadia el mismo san Agustin, que pudiéndolo todo no quieren mas que lo que deben; que elevados por su dignidad sobre todos, se hacen por su bondad acreedores á todos; que no se consideran mas que como los ministros de Dios en la tierra; que, en los honores que se les hacen, no olvidan que son hombres; que cifran su grandeza en hacer bien, y su poder en corregir el vicio; que son dueños de sus pasiones lo mismo que de sus obras; que cuando les es fácil vengarse, se inclinan siempre á perdonar; que fundan en su religion su política, y que, despojándose de su majestad, ofrecen todos los dias á Dios en sus oraciones el sacrificio de su humildad. Retrato admirable de un rey verdaderamente cristiano, y que no temo exponer á los ojos de V. M., puesto que no le representa sino sus propios sentimientos y lo que debe ser el objeto de su consuelo. Vos sois, ó Dios mio, el que dais á vuestro pueblo hombres de este carácter para gobernarle, Vos que teneis en vuestras manos los corazones de los reyes, Vos que presidís á su salvacion, y que os gloriais en la Escritura de ser su especial autor: *Qui das salutem regibus.* (Psalm. cxliii). Mostrad, Señor, mostrad que sois efectivamente el Dios de la salvacion de los reyes, y derramad sobre nuestra invencible monarquía la abundancia de vuestras bendiciones y de vuestras gracias, pero particularmente la gracia de las gracias, que es la de nuestra salvacion eterna. Cuando nosotros os rogamus por la conservacion de su sagrada persona, por la prosperidad de sus armas, por la gloria y el buen éxito de sus empresas, aunque estas oraciones sean justas y de un deber indispensable, no dejan de ser en cierto modo interesadas; porque nuestras fortunas, nuestras vidas están unidas á la persona de ese gran rey, y siendo nuestra gloria la suya, y sus prosperidades las nuestras, no podemos interesarnos por él sin hacer otro tanto para nosotros. Pero cuando os suplicamos que derrameis sobre nuestro monarca esas gracias particulares que constituyen la salvacion de los reyes, es por él solo por quien os rogamus, puesto que no hay nada para él ni para todos los reyes del mundo mas esencial ni mas personal que la salvacion. Tales son, señor, los sentimientos que Dios inspira al último de vues-

tros vasallos hácia vuestra augusta persona; tales son los votos que yo hago todos los dias, y los votos mas sinceros y ardientes. Dios los escuchará, y despues de haberos hecho reinar con tanto esplendor en la tierra, os hará reinar con mas dicha y mas gloria todavía en el cielo, que á todos os deseo, etc.

ASUNTOS

SOBRE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Tres especies de vida manifestó vivir Jesucristo mientras habitó con nosotros: vida natural, formada de la union del alma con el cuerpo; vida civil y moral, basada en la estimacion y en la gloria humana; vida sobrenatural, que gozaba en el corazon de sus Apóstoles y discípulos. Estas tres especies de vida perdiólas en la cruz por otras tres especies de muerte: perdió la vida natural, por el rigor de los suplicios; la vida civil, por las ignominias y oprobios de que fue colmado, la vida sobrenatural, por el pecado en que incurrieron sus Apóstoles, dudando de su divinidad. — Hoy repara con tres especies de resurreccion las pérdidas que le ocasionara la muerte al tiempo de espirar sobre la cruz: 1.º resucita en sí mismo, recobrando la vida espiritual: 2.º resucita en la estimacion de los hombres, y repara su gloria, acrecentándola; 3.º resucita en el corazon de los Apóstoles y de los Santos, devolviéndoles con creces las gracias que habian perdido.

II. El cristiano no ha de poner hoy límites á sus afectos al concentrar todas sus adoraciones en Jesucristo que, vencedor de la muerte, resucita á una nueva vida; sino que, como enseña el Apóstol, debe imitarle con una vida nueva, y resucitar á la gracia de la misma manera que el Salvador resucita á una vida gloriosa, incorruptible, inmutable é inmortal. Tal ha de ser la vida del cristiano que resucita en Jesucristo, 1.º gloriosa, por el total desapego de los bienes terrenos; 2.º incorruptible é inmutable, esto es, sostenida por un firme propósito de no morir mas á la gracia.

III. La resurreccion de Jesucristo confirmó aun mas que sus milagros la certeza de su divinidad, y al propio tiempo fue el medio por el cual el Salvador reconquistó todos aquellos bienes que, con los tormentos que padeciera, habia perdido su humanidad. Recobró su alma aquel júbilo inefable que con la tristeza habia per-

dido en el huerto de Getsemaní : recobró aquel glorioso esplendor que las humillaciones habian oscurecido : recobró aquella belleza, igual á la del sol, que los golpes y las heridas le habian quitado : recobró, por fin, aquella vida que triunfó eternamente de la muerte. De estos bienes, reconquistados por medio de su resurreccion, Jesucristo hace participantes á aquellas almas que resucitan hoy con él del pecado á la gracia, 1.º las colma de un júbilo espiritual indecible é infinitamente superior al que se goza en el fango de los placeres mundanos ; 2.º las eleva á un grado de gloria tan alto, que el mundo no podria jamás proporcionar otro igual ; 3.º les comunica un decoro y una belleza tales, que la mente humana no puede concebirlos mayores ; y finalmente les restituye aquella vida que puede siempre triunfar de la muerte, y sobre la cual la muerte no puede extender su dominio.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Non dabis sanctum tuum videre corruptionem. (*Psal. xv.*)
 Scio, quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum. (*Job, xiv.*)
 Et rursus circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum. (*Ibid.*)
 Quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius; reposita est hæc spes mea in sinu meo. (*Ibid.*)
 Erit sepulchrum ejus gloriosum. (*Isai. ii.*)
 O mors, ero mors tua. (*Osee, xiii.*)
 Ossa arida audite verbum Domini: Ecce ego intromittam spiritum in vos, et vivetis. (*Ezech. xxxii.*)
 Multi ex his, qui dormiunt in terræ pulvere, evigilabunt in vitam æternam, et alii in opprobrium. (*Dan. xii.*)
 Tu quidem, scelestissime, in præsentí vita nos perdis; sed Rex mundi defunctos nos in æternæ vitæ resurrectione suscitabit. (*II Mach. vii.*)
 Nisi eos, qui ceciderant, resurrecturos speraret, superfluum videretur, et vanum orare pro mortuis. (*Ibid. xii.*)
 Monumenta aperta sunt, et multa corpora sanctorum, qui dormierant, resurrexerunt. (*Math. xxvii.*)
 Cœpit Jesus ostendere discipulis, quia oporteret eum ire Jerosolymam, et multa pati à senioribus, et Scribis, et occidi, et tertia die resurgere. (*Math. xv; Luc. ix.*)
 Filius hominis tradendus est in manus hominum, et occident eum, et tertia die resurget. (*Math. xvii.*)

Tradent eum gentibus ad illudendum, et flagellandum, et crucifigendum, et tertia die resurget. (*Math. xx.*)
 Recordati sumus, quia seductor ille dixit adhuc vivens, post tres dies resurgam. (*Ibid. xxvii.*)
 Cum Filius hominis à mortuis resurrexerit. (*Marc. ix.*)
 Filius hominis occisus tertia die resurget. (*Ibid.*)
 Postquam resurrexero, præcedam vos in Galilæam. (*Ibid. xiv.*)
 Procedent, qui bona fecerunt, in resurrectionem vitæ, qui vero mala, in resurrectionem judicii. (*Joan. v.*)
 Virtute magna reddebant Apostoli testimonium resurrectionis Jesu Christi. (*Act. iv.*)
 Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur. (*Rom. vi.*)
 Ut quomodo Christus surrexit à mortuis, ita et nos in novitate vitæ ambulemus. (*Ibid.*)
 Qui prædestinatus est Filius Dei in virtute, secundum Spiritum sanctificationis ex resurrectione mortuorum Jesu Christi. (*Rom. i.*)
 Qui suscitavit Jesum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora nostra. (*Rom. viii.*)
 Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem. (*I Cor. xv.*)
 Christus resurrexit à mortuis, primitiæ dormientium. (*Ibid.*)
 Per hominem mors, et per hominem resurrectio mortuorum. (*Ibid.*)
 Sicut in Adam omnes moriuntur, ita et in Christo omnes vivificabuntur. (*Ibid.*)
 Absorpta est mors in victoria. (*Ibid.*)
 Si Christus prædicatur, quod resurrexit à mortuis, quomodo quidam dicunt in vobis, quoniam resurrectio mortuorum non est? (*Ibid.*)
 Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus. (*Ibid.*)
 Seminatur corpus animale, surget corpus spirituale. (*Ibid.*)
 Si mortui non resurgunt, neque Christus resurrexit. (*Ibid.*)
 Jesus Christus, qui mortuus est, et resurrexit, quinimo qui, et resurrexit, et qui est ad dexteram Dei, qui etiam interpellat pro nobis. (*Rom. ix.*)
 In hoc Christus mortuus est, et resurrexit, ut et mortuorum, et vivorum dominetur. (*Rom. xiv.*)
 Si Christus crucifixus est ex infirmitate, sed vivit ex virtute Dei. (*II Cor. xiii.*)
 Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sunt quærite, ubi

Christus est in dextera Dei sedens: quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram. (*Colos. III*).

Si Christus non resurrexit, adhuc estis in peccatis vestris. (*I Corinth. XV*).

Cum Christus apparuerit vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria. (*Colos. III*).

Expectamus Salvatorem Dominum nostrum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ. (*Philipp. III*).

Christus, qui est in dextera Dei deglutens mortem. (*I Petr. III*).
Benedictus Deus, qui secundum misericordiam suam regeneravit nos in spem per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis. (*I Petr. I*).

Ego sum vivus, et fui mortuus, et habeo claves mortis, et inferni. (*Apoc. II*).

Figuras de la sagrada Escritura.

La solemnidad de la Pascua, la primera de cuantas celebraban los hebreos, y el cordero que sacrificaban en su celebracion y comian despues cual si se preparasen á emprender un peligroso viaje, son figuras del sublime misterio que hoy la Iglesia recuerda con júbilo á sus hijos, esto es, de la resurreccion de aquel Hombre-Dios á quien san Juan llama Cordero que quita los pecados del mundo. Hablando el Apóstol de las gentes de estas dos figuras, nos propone el ejemplo de Moisés, el cual, por no perder el premio que esperaba alcanzar despues de haber resucitado á una nueva vida, despreció los honores y las riquezas que le ofrecian Faraon y el Egipto, porque, como dice san Pablo, estaba convencido de que todas las cosas de la tierra juntas no llegaban á igualar á las mercedes que esperaba obtener despues de su resurreccion: *Aspiciebat enim in remunerationem*.

Otra imágen de la resurreccion de Jesucristo tenemos, dicen los Padres, en José, cuando sale de la cárcel para subir al trono de Egipto y hacer partícipes de su felicidad á aquellos mismos hermanos que le habian vendido. Cristo sale del sepulcro, prosiguen los santos Padres, á la manera que Moisés fue sacado de las aguas del Nilo para convertirse en Dios de Faraon y sumergirle poco despues con todo su ejército en el Eritreo; sale, como Daniel, de la cueva de los leones, para vergüenza de los que se habian conjurado con objeto de quitarle la vida; sale, como Jonás, del vientre de la ba-

llena, para reducir á penitencia á los ninivitas; sale, por fin, como salió Sanson de la ciudad de Gaza, llevando casi en triunfo hasta la cima del monte vecino las puertas de la ciudad.

Resucitarémos: esta era la palabra que tenían siempre en los labios los Patriarcas y los santos de la ley antigua. Esta esperanza pasaba de padres á hijos, y de generacion en generacion, y de este modo se conservó en el corazon de los descendientes de Abrahan hasta los últimos tiempos, como lo experimentó el rey Antíoco, en cuya presencia los siete hermanos Macabeos desafiaron los tormentos y la muerte con el solo auxilio de aquella esperanza: *Tu nos, clamaban aquellos, in presenti quidem vita destruis; sed universorum Dominus suscitabit nos in vitam æternam*. Solo al corazon de los sabios del siglo dejó de transmitirse esa esperanza. De aquí es, que cuando el apóstol san Pablo habló en el Areopago de la resurreccion de los muertos, todos los atenienses se pusieron á reir como si les hubiese expuesto, no una verdad, sino una fábula, lo cual, como dice san Juan Crisóstomo, debe atribuirse únicamente á la sabiduría mundana de aquellos hombres y á su oscurecido entendimiento, el cual, careciendo de la luz de la fe, era pronto en defender el error y tardo en conocer la verdad.

Sentencias de los santos Padres.

Qui natus est in signum, cui contradicetur, ipse carnem suam resuscitavit, ut obviam iret contradictioni. (*S. Aug. in Psalm. LXXXVIII, serm. II*).

Majus est resurrexisse mortuum, quam non fuisse mortuum; magnitudo potentie Domini secundum quod homo factus est, in virtute Resurrectionis apparuit. (*Idem, in Psalm. LXV*).

In nulla re tam vehementer, tam pertinaciter, tam omnixe, et contentiose contradicetur fidei christianæ sicut de carnis resurrectione. (*Idem, in Psalm. LXXXVIII*).

Amplius erat de sepulchro resurgere, quam de cruce descendere. (*Idem, serm. XVIII*).

Tota hujus mundi administratio, testimonium est resurrectionis futuræ. (*Idem, serm. XXXIV*).

Propria fides Christianorum est resurrectio mortuorum. (*Idem, serm. XIV*).

Resurrectio Jesu Christi ejus potentiam declaravit. (*Idem, in Psalm. LXI*).

Ille bene resurget in corpore, qui primo resurrexit in spiritu. (*Idem, serm. CXXI*).

Resurrectio Christi homines elevat ab imis, suscitavit de terrenis, collocat in excelsis, justos consummat, firmat dubios, damnat incredulos. (*Idem, serm. VII*).

Christus passus, et mortuus est, et resurrexit; passione ostendens, quid pro veritate tolerare; resurrectione, quid in aeternitate sperare debeamus. (*Idem, lib. VIII de Civit. c. 49*).

Qui de cruce descendere noluit, de sepulchro resurrexit: plus igitur fuit de sepulchro surgere, quam de cruce descendere; plus fuit mortem resurgendo destruere, quam vitam descendendo conservare. (*Gregorius, hom. XXI*).

Caro nostra post resurrectionem eadem erit per naturam, et diversa per gloriam. (*Idem, lib. XIV Moral.*).

In resurrectione universa fidei nostrae spes sita est. (*Idem, hom. V in epist. ad Cor.*).

Resurrectioni non credens, nullius virtutis curam habet. (*Idem, serm. I de Resur.*).

Resurrectio corporum exemplis deprehendi potest, ratione non potest. (*Idem, lib. VI Moral.*).

Redemptor noster suscepit mortem, ut mori timeremus; ostendit resurrectionem, ut nos resurrecturos speraremus. (*Idem, lib. XIV Moral.*).

Exemplo Job credamus resurrectionem Christi, qui cognovit faciendam. (*Idem, ibid.*).

Resurrectio credenda est, non investiganda. (*Idem, lib. II super Ezech.*).

In resurrectione Christi ablata sunt omnia tegumenta perfidiae. (*Idem, hom. XXI super Evangelium*).

Resurrectio non sinit nos lugere. (*Idem, hom. II*).

Non magnum est credere, quia Christus mortuus est: hoc et Pagani, et Judaei credunt; sed pro magno habemus quia credimus, eum resurrexisse à mortuis. (*S. Aug. serm. IV de Resur.*).

Resurrectio vera fuit, non in phantasma. (*Hieron. ad Pammach.*).

Totus hic ordo revolubilis rerum testatio est resurrectionis mortuorum; operibus illam praescripsit Deus antequam vocibus. (*Tertul. lib. de Resurrectione carnis*).

Hujus festi sacramentum debet in nobis esse perpetuum. (*Idem*).

Hæc est (resurrectio), quæ tot ob causas pertinet ad Deum? (*Idem, de Resur.*).

Resurget Christus, ut judicet, peccator, ut judicetur, impius, ut in judicio damnetur. (*Cassiodor. in Psalmos*).

Nemo tam carnaliter vivit, quam qui carnis negat resurrectionem. (*Tertul. de carnis Resur.*).

Post supplicia carnis, et vulnera, post ipsam mortem, surrexit de suo funere Christus. (*Hieron. ad Heliodorum*).

Resurrectio ex miraculis indubitata redditur. (*Chrysost. hom. I in Act. Apost.*).

Resurgentis gloria sepelivit morientis infamiam. (*Chrysologus*).

Qualitas hic corporis transiit, non natura deficit. (*S. Leo, serm. I de Resur.*).

Resurrectio quædam est, esse desinere quod eras, et assumere quod ante non fueras. (*S. Maxim.*).

Si mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivimus in illo? Si negligentias planximus, quid causæ est, ut recidamus nunc in easdem? (*S. Bern. serm. I de Resur.*).

Christiani toto tempore ad instantes inhiant dies resurrectionis, ut liberius indulgeant voluptati. (*Idem, ibid.*).

Proh dolor! Peccandi tempus, terminus recidendi facta est resurrectio Salvatoris. (*Idem*).

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA ASCENSION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Ascendit Deus in jubilo. (Psalm. XLVI, 6).
Subió Dios con voces de alegría.

1. Paralelo entre los triunfos de los grandes conquistadores y el de Jesucristo... ¿Qué vemos en aquellos?... ¡Cuán diferente es lo que vemos en este!... En él vemos al Verbo del Padre..., no ya..., ni..., sino manifestándose lleno de bondad... *Relinquo mundum*, dice; *Vado ad Patrem*... *Vado parare vobis locum*... Dice, elevase, desaparece... Al recordarnos esto la Iglesia, parece nos dice: Semejante al triunfo de mi Esposo será el de mis hijos si... Adoptando y secundando las intenciones de la Iglesia, digo: Así como se regocijó Jesucristo en su ascension..., así se regocijará el alma... al ascender á la gloria... ¿Cuál será este regocijo?... Procuremos formarnos de él siquiera una remota idea.

2. Alegría de Moisés al subir al monte Nebo en el cual la muerte debía poner término á todos sus trabajos... Mas ¿á qué buscar ejemplos de semejante alegría fuera de nuestro Maestro?... Desde la dichosa cima del monte Olivete... *Pater*, exclama, *opus consummavi quod dedisti mihi*... *Calix meus inebrians quam praeclarus est!*... De semejante manera se regocijará el alma llamada por la voz de Dios... Echará una mirada al mundo... *Consummatum est*, exclamará con el Redentor, he llegado al término de... Ya nunca mas la tristeza... Bendito sea el Señor... *Benedictus Deus*...: *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus*.

3. No ha prometido el Señor para mansion de sus escogidos aquel bajo cielo donde... Ni tampoco aquella helada region donde el trueno... Serémos elevados sobre todos los mundos... En aquel cielo que se llama paraíso... donde está sentado á la diestra del Padre el Expiador del pecado... Para daros una idea exacta del júbilo que..., sería preciso... Figuraos la soberbia Babilonia, la antigua Tebas, la primitiva Roma... Figuraos las bodas de Asuero, las suntuosidades de Salomon, la magnificencia del templo de Jerusalem...

Figuraos todo esto, y no tendréis siquiera una sombra de... Es una morada donde no tiene entrada la muerte, ni... Una region en que, como dice Isaías..., en que, como dice san Pablo, verémos á Dios cara á cara: *facie ad faciem*... ¡Oh paraíso! exclama entonces el alma... ¡oh paraíso! dulce mansion de paz... ¡oh paraíso! hermosa region de los vivos...

4. ¡Ah! ¿cuál será la alegría del alma cuando un Dios inmenso..., se dará á ella? *Ego ero merces tua... magna... nimis*... Incomprendible será sin duda tal alegría... Este barro mortal de que estamos formados será tambien elevado á la participacion... Entonces diráse el justo á sí mismo: ¿Quién ha comunicado tanta luz á un cuerpo antes tan?... ¿Quién le ha dado tanta impasibilidad..., tanta agilidad..., tanta sutileza?... ¡Oh amables penitencias que así sois recompensadas! ¡oh!... Si es lícito inferir... ¿De qué provino que... san Francisco de Asis, santa Teresa de Jesús, san Luis Gonzaga... san Estéban... santa Inés..., Eleázaro..., la madre de los siete hijos Macabeos..., martirizados todos con ella en tiempo de Antíoco... ¿De qué provino que... ¿Quién no concluirá, pues, con san Ambrosio..., con san Bernardo..., con san Agustin...

5. Aspirando á esto debéis decir con Job: *Quando veniam et apparebo*, etc.; con David: *Quis dabit mihi pennas*, etc.; con san Pablo: *Cupio dissolvi*, etc. Si preguntais qué haréis para conseguirlo, os responderé: Nada mas que lo que el Evangelio prescribe. El que estuviere en el siglo..., en el clero..., en el claustro..., sea cada cual fiel á su estado y á su ministerio. Despues de esto: *Facite fructus dignos penitentiae*. Aquel que..., use, mas no abuse de... Ved aquí el precio del paraíso. Para llegar á poseerlo es menester hacerse violencia, y á tal precio Jesucristo obtiene hoy su posesion: *Opportuit pati Christum*, etc. *Per proprium sanguinem introivit*, etc. Concluiré con san Gregorio: *Haereditatem justorum, quam non tenuimus per innocentiam, rapiamus per penitentiam. Fiat, fiat*.

SERMON I

SOBRE LA ASCENSION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Ascendit Deus in jubilo. (Psal. XLVI, 6).
Subió Dios con voces de alegría.

1. Así como vuelven los conquistadores de los pueblos á su patria, despues de haber ganado numerosas batallas; así vuelve el Salvador de los hombres al cielo, despues de haber superado los combates de su pasión. Tanto aquellos como este vuelven triunfantes; pero el triunfo de los primeros es un espectáculo de orgullo, desolacion y horror, y el triunfo del segundo ofrece, por el contrario, un aspecto de libertad, paz y felicidad. Recuerda la gentilidad los tan ponderados triunfos de los Césares; mas ¿qué es lo que se veía en aquellas pomposas ceremonias? Veíanse, como objetos de horror, delante del carro de los vencedores, ora los tigres cogidos en los bosques de Ircania, ora los leones traídos de las desiertas arenas de la Libia, ora los elefantes transportados de las soledades del Oriente. Veíanse, como objetos de vanidad, al rededor del carro de los triunfadores, ya los estandartes de los ejércitos vencidos, ya los cetros de los monarcas destronados, ya los despojos de las provincias conquistadas. Veíanse, junto al carro triunfal, como objetos de crueldad, para mayor celebridad del triunfo, los prisioneros destinados á los horrores de las gemonias y á los juegos inhumanos del sangriento anfiteatro. Recuerda tambien la Iglesia el triunfo de Jesucristo, ¿y qué vemos, oyentes míos, hermanos queridos, qué vemos en ese triunfo? Vemos al Verbo del Padre, al Padre de los vivos, al Vencedor de la muerte, del infierno y del pecado; pero no ya manifestándose entre la oscuridad de las nubes, como á Moisés en la cumbre del Sínai, ó con aparato de majestad, como á Isafas en las comarcas de Judea, ó entre el fragor de la tempestad, como á Ezequiel, á orillas del Cobar; no ya mostrando la sublime severidad de su semblante divino, ó la fuerza in-

vencible de su brazo, ó el augusto carácter de Rey de los reyes y Señor de los señores; no ya amenazando á la muerte y al infierno por boca de Oseas: *O mors, ero mors tua: morsus tuus ero, inferne*; ó á Jerusalem y á la Sinagoga por boca de Miqueas: *Ne lateris inimica mea super me, quia cecidi*; ó por boca de David á los presidentes y tetrarcas conjurados contra él: *Ponam inimicos meos scabellum pedum meorum*; sino manifestándose lleno de bondad y de la mas tierna condescendencia; dejando á los Apóstoles la paz, prometiéndoles el Espíritu Santo, y asegurándoles en la mision del Espíritu Santo la luz de la fe, el don de la verdad y la plenitud de la salud. Dejo, dice, respirando alegría y suavidad, dejo el mundo: *Relinquo mundum*; vuelvo al Padre: *Vado ad Patrem*; voy, como precursor, á preparar para vosotros y para todos los que sean fieles á mi Evangelio, así como á mí me está preparado, un lugar de paz, gloria y felicidad: *Vado parare vobis locum*. Dice, parte del monte Olivete, elévase entre las nubes, y en éxtasis de incomprendible gozo, desaparece de la vista de los que atónitos le contemplan: *Ascendit Deus in jubilo*. Todo esto nos recuerda la Iglesia en la presente festividad, y al recordárnoslo, esta piadosa Madre propónese por objeto fortalecernos para que podamos sostener con gloria los combates de esta vida, animarnos á la conquista de los bienes eternos, y decirnos en algun modo: Semejante al triunfo de mi Esposo será el de mis hijos, si á ejemplo de mi Esposo permanecieren fieles á los decretos eternos, y terminaren justa y santamente su carrera mortal. Adoptando, pues, y secundando, amados hermanos míos, las intenciones de la Iglesia, y conformando con ellas la presente instruccion, digo, que así como Jesucristo se regocijó cuando, partiendo de este mundo, volvió á la gloria para reinar eternamente con el Padre; así se regocijará tambien el alma justa cuando piense en el mundo que abandona, en la gloria á que es elevada, y en la felicidad con que al abandonar el mundo y al ascender á la gloria será recompensada eternamente. Pero ¿cuáles serán este regocijo y esta felicidad? Aunque no es dado al hombre comprenderlo, procuremos formarnos de ello siquiera una remota idea: *Ave María*.

2. Para vislumbrar en algun modo el gozo que experimenta un alma cuando, pasando de este lugar de destierro á la patria celestial, se ve libre de las penosas vicisitudes de esta vida precedera; figúrome la alegría que experimentaria Moisés al subir por mandato de Dios al monte Nebo para ser librado de los trabajos que su-

friera durante su carrera mortal. Allí, el ilustre Legislador, volviendo los ojos desde las escabrosas pendientes del monte santo á la vasta extension de las regiones, de los pueblos y de los reinos pasados, y contemplando ya los desastres de Madian, ya las guerras de Egipto, ya los peligros del Eritreo, ya las calumnias de los hermanos; así se complace y alegra, como el que pasa de la fatiga al reposo, de la esclavitud á la libertad, de la lucha á la victoria. Dulce se vuelve entonces para su corazon la memoria de los trabajos que padeció en las soledades y de la sed que suportó en una region inhabitable; dulce el recuerdo de la abstinencia que practicó en el monte Sinaí, y del celo que mostró en el exterminio de los adoradores sacrilegos del nefando becerro; dulce la memoria de los combates que sustentó, ora contra Amalec, ora contra Moab, y de las victorias que ganó al amorreo y á las naciones enemigas de Israel. Mas ¿qué distraccion es esta? ¿por qué me separo del misterio que es hoy especial objeto de nuestras adoraciones? ¿Á qué buscar ejemplos de semejante alegría fuera de nuestro Maestro, nuestro Guia y nuestro Precursor? Desde la dichosa cima del santo monte Olivete, nuestro Redentor, al tiempo de separarse de nosotros, dirige alegre sus ojos al cielo, bendice con amor á sus discípulos, y trayendo á la memoria las estrecheces de Belen, las penalidades de Nazaret, los desdenes de Samaria y las persecuciones de la Judea, Padre, dice lleno de inefable gozo, mi obra está terminada, el daño está reparado; cumplidos están tus decretos: *Pater, ego te clarificavi super terram: opus consummavi, quod dedisti mihi*. El cáliz de dolor y amargura que hube de apurar hasta las heces, se me ha convertido en un cáliz de placer y delicias: *Calix meus inebrians, quam præclarus est*; tan grandes como fueron las angustias que padecí á causa de la perfidia del Sinedrío, de la injusticia de los tribunales y de los que contra mí se ensañaron en el Gólgota, son ahora los consuelos que se me originan de las penas que he sufrido, de las victorias que he alcanzado, y del mundo que abandono: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tue lætificam animam meam. Pater, opus consummavi, quod dedisti mihi*. De semejante manera, amados hermanos míos, se regocijará el alma llamada por la voz de Dios á la posesion de la gloria eterna. Echará una mirada al mundo, y al ver que la vida del hombre es una no interrumpida série de combates; que el goce de las riquezas es origen de constantes amarguras; que la esplendidez de los honores entraña y produce horribles tempestades;

que la paz de la tierra, en fin, no es mas que una ilusion acompañada de la desconfianza, de la felonía y del llanto; exclamará con el Redentor: *Consummatum est*. Ya todo se acabó: he llegado al fin de mi carrera, que tanto sudor y tanta sangre me ha costado: desde ahora ya no tendré que temer las inundaciones que devastan los campos, ni los contagios que despueblan las ciudades, ni las guerras que desolan y arruinan las naciones. Ya nunca mas la tristeza oprimirá mi espíritu, ni los temores agitarán mi mente, ni los dolores quebrantarán mi corazon: se acabaron las cruces, las penas y los martirios: *Consummatum est*: se acabaron para mí todos los males. Por fin, conozco que esta tierra, sobre la cual ha sido fulminada la maldicion, es una tierra de maldad; conozco que solo produce malezas y espinas; conozco que es una tierra falaz y cruel que devora á sus mismos moradores. ¡Bendito sea el Señor que ha puesto fin á este destierro, durante el cual era yo presa infeliz de los dolores que atormentan la carne y de las angustias que oprimen el corazon! ¡Bendito sea el Señor, con cuyo auxilio levantó mi tienda de este peligroso Egipto, fértil tan solo en seducciones y pecados, y siguiendo el camino que me ha trazado mi Redentor, dirjome á la patria celestial: *Benedictus Deus, qui non dedit nos in captionem dentibus eorum: laqueus contritus est, et nos liberati sumus*.

3. Mas ¿de qué caminos pensais que hablo, amados hermanos míos? Yo no digo que, muriendo nosotros en la paz del Señor, serémos elevados á aquella region donde el iris, extendido por la mano de Dios, ostenta sus magníficos colores, recreando la vista y alegrando el corazon de los hombres. No ha prometido, no, el Señor para mansion de sus amados aquel bajo cielo donde forma las nubes, y ora las conmueve y acumula, ora las abre y las desata, ora las dispersa y disipa, ora las convierte en nieve que volando primero en forma de blanquísimos y suavísimos copos de lana por el espacio, cubre despues y platea la superficie de la tierra. No ha prometido el Señor aquella helada region desde donde el trueno, cual eco de su potente voz, sacude los aires, conmueve las montañas y hace temblar á los hombres: no ha prometido aquella esfera inconstante desde la cual suelta los vientos, que son el instrumento de su poder, lanza el rayo, que cruza en un momento los espacios, y forma y disipa instantáneamente las tempestades y borrascas. No, no son estas las vias del Señor que serémos elevados á ver; no son estos los atrios en que serémos introducidos; no son estos los tabernáculos eternos en que serémos admitidos. *Accedat*

homo ad cor altum: juzguemos mejor de la magnificencia de Dios. Serémos elevados sobre todos los mundos; sobre los elementos y las esferas; sobre el gran faro de la noche y el gran luminar del día; sobre la multitud de las influencias del primero, y el admirable diluvio de luminosos rayos del segundo; sobre los cometas y las estrellas que adornan el firmamento: pondrémos nuestras dichosas plantas en aquel cielo, en comparacion del cual son bajos, oscuros y despreciables todos los otros cielos; en aquel cielo que se llama paraíso; en aquel cielo que es la casa de Dios, la mansion de los vivos y el patrimonio de los santos; finalmente en aquel cielo donde está hoy sentado á la diestra del Padre el expiador del pecado, el sojuzgador del infierno, el vencedor de la muerte, Jesucristo Señor nuestro. Para daros, empero, una idea del júbilo que experimentarémos al entrar en aquella dichosa patria, fuera preciso no solo deciros dónde está, sino haceros tambien una descripcion de ella. Mas ¿quién se atreveria á tanto? Aun cuando los Profetas, los Apóstoles y los mismos Ángeles os describieran el paraíso, os seria imposible formaros de él un concepto, no digo exacto, pero ni siquiera aproximado, pues aunque ellos serian capaces de explicarse, vosotros no podríais comprenderles. Ellos hablarian con arreglo á las luces recibidas de lo alto; mas como vosotros no participaríais de esas luces, hablarian en vano. Figuraos, hásta donde os lo permita el vuelo de vuestra imaginacion, la soberbia Babilonia, la antigua Tebas, la primitiva Roma con sus arcos, sus obeliscos, sus fuentes, sus palacios, sus solemnidades y espectáculos; figuraos la extension de los mas famosos imperios, la grandeza de las mas opulentas ciudades, las pompas de las mas ricas y cultas naciones; figuraos las tan espléndidas y ponderadas bodas de Asuero, las tan célebres é inauditas suntuosidades de Salomon, la inenarrable y casi divina estructura del templo de Jerusalem, la magnitud de su mole, la riqueza de sus ornamentos, el rito de los sacrificios, la preciosidad de los sagrados vasos, los querubines de oro, la armonía de los sonidos, el órden de los levitas, la magnificencia de las fiestas y todo cuanto mas grande, magnífico y sublime han visto los hombres; figuraos todo esto, digo, y todavía no tendríais siquiera una sombra de la casa de Dios, de la inefable magnificencia del cielo, de los bienes, honores y prodigios preparados por la grandeza y liberalidad del Criador para los herederos de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. De ahí podeis inferir, amados hermanos míos, que así como es inefable la magnificencia del rei-

no eterno, así es tambien inexplicable el gozo que embarga á un alma cuando es admitida en él. Al abrirse áquellas divinas y eternas puertas, ofrécese á sus ojos una morada en la cual no tiene entrada la muerte, ni el dolor, ni la inquietud; una ciudad rica, noble y hermosa sobre toda ponderacion; una region en que, como dice Isaias, se manifiesta la magnificencia de Dios: *Solummodo ibi magnificus est Dominus*; en que los montes, segun la expresion de Joel, destilan la mas exquisita dulzura: *Stillabunt montes dulcedinem*; en que, segun dice Boecio, se reunen los bienes todos, todos en grado perfecto, y para siempre: *Omne bonum totum simul et perenne*; en que, como nos lo asegura san Pablo, verémos á Dios, no por espejo y en oscuridad como ahora, sino distintamente y cara á cara: *Videmus nunc per speculum in ænigmate; tunc autem facie ad faciem*. Y al ver todo esto, es tal el júbilo que la arrebatá, que en vano procuraríais daros una idea de él, comparándolo con el júbilo que experimentaron los afortunados israelitas cuando por disposicion de Ciro volvieron de Babilonia á su amada patria; ó con los cánticos de alegría que entonaba el santo David cuando contemplaba inmóvil los atrios de su Jerusalem; ó con la extática admiracion de los Apóstoles al contemplar la ascension de su amado Maestro. ¡Oh paraíso! exclama entonces el alma dichosa, apenas recobrada de su asombro, ¡oh paraíso! hermosa casa de Dios, amada patria, morada gloriosa, cuán amables son tus tabernáculos! ¡Oh paraíso! ¡dulce mansion de paz, sustancia de exultacion, desde la cual veo los caminos de la vida mortal y contemplo la grandeza de la vida eterna! ¡Oh paraíso! ¡hermosa region de los vivos, en la cual veo á Dios, y viendo á Dios, lo conozco todo en Dios, y conociéndolo todo en Dios, participo en Dios de aquella gloria que ningun hombre vió, ni oyó, ni pudo idear jamás; y participando de esta gloria, gozo de aquella felicidad que con el ímpetu de un rio alegrará eternamente la sociedad de los bienaventurados!...

4. Ya conoceréis, oyentes míos, que quiero hablar aquí de aquella alegría que gozará el justo por reflexion, y no sé si diga del don que Dios hará de sí mismo al alma, y de la transformacion que hará Dios del alma en sí mismo. ¡Ah! queridos hermanos, cuál será la alegría del alma cuando un Dios inmenso, omnipotente, infinito, que contiene en sí mismo, llena de sí y sustenta sobre sí todas las obras que ha formado; que lo ve todo sin diversidad de tiempo; que lo puede todo sin obstáculo, y lo gobierna todo sin opo-

sición de malicia; cuando un Dios que tiene una sustancia eterna, una voluntad independiente y un nombre inefable, se dará á ella: *Ego ero merces tua!* ¡Ah! hermanos queridos, cuál será la alegría del alma, cuando un Dios que es verdadera y perfecta vida, en quien viven todos los vivientes; que es verdadera y perfecta belleza, en quien son dichosos todos los escogidos; que es verdadera é incomprendible bondad, en quien descansan todos los comprensos; cuando un Dios semejante se constituirá en galardón de esta misma alma: *Ego ero merces tua magna!* ¡Ah! queridos hermanos, cuál será la alegría del alma cuando un Dios que es fuente inagotable de todos los bienes, centro copioso de toda felicidad, objeto, término y cumplimiento de todo deseo, se dará á ella en premio de unos pocos años vividos en la justicia, ó de unos pocos días consagrados á la santidad, y quizás de unos breves momentos santificados por la fe, la esperanza y la caridad: *Ego ero merces tua magna nimis!* ¡Ah! hermanos queridos, cuál será la alegría de nuestra alma al verse elevada á Dios, unida con Dios, transformada en Dios: *In eandem imaginem transformamur*; y esto con tal correspondencia de afectos cual debe haberla entre padre é hijo: *Ego dixi, Dii estis, et filii Excelsi omnes*; y con tan estrecha é íntima adhesión, que Dios y el alma parecerán un solo espíritu: *Qui adheret Domino, unus spiritus est!* Incomprendible será sin duda tal alegría y la manera con que se acrecentará. Así como al volver Jesucristo glorioso al cielo, colocada su humanidad santísima á la derecha del Padre, vióse exaltada el alma por las muchas humillaciones que había sufrido, y la carne por los muchos dolores que había padecido; así también cuando el justo ascenderá triunfante á la gloria, su cuerpo y su alma se regocijarán á la par en Dios vivo. Sí, este barro mortal de que estamos formados, y que ahora nos aprisiona y molesta quizás, este barro será también elevado á la participación del premio, de la gloria y de la alegría, para que, así como los cuerpos compartieron aquí bajo con las almas las miserias y las penas, compartan igualmente con ellas allá arriba la honra y la gloria. Entonces, cuando el justo verá borradas las arrugas de su frente y enjugadas las lágrimas de sus ojos; cuando se verá convertido á la feliz edad de la plenitud de Jesucristo; buscaráse él mismo en sí mismo, no dará crédito á sus propios ojos, y extático de admiración, dirá: ¿Quién ha comunicado tanta luz á un cuerpo antes tan oscuro y tenebroso? ¿quién ha infundido tal impasibilidad á unos miembros antes tan sensibles al menor golpe ó sacudimien-

to? ¿quién ha dado á esta masa, antes tan grave y pesada, esa agilidad y esa sutileza, merced á la cual ando, corro, me vuelvo y penetro en todas partes sin el menor obstáculo? ¡Oh dichosas penas, que de tal modo sois correspondidas! ¡oh suaves amarguras, que de tal manera sois dulcificadas! ¡oh amables penitencias, que así sois recompensadas! Al considerar, hermanos míos, tales maravillas, ¿qué voz, qué elocuencia no desfallece? *Arcana*, debiera yo concluir aquí con el Apóstol, *arcana verba sunt, quæ non licet homini loqui*. Si es lícito inferir de las cosas pequeñas las más grandes, ¿de qué provino, preguntaré yo ahora, que tantas almas apartadas de las comodidades del siglo vivieran entre las asperezas y austeridades del claustro, alegres hasta el punto de desfallecer en fuerza de su misma alegría, cual sucedió á san Francisco de Asís, á santa Teresa de Jesús, á san Luis Gonzaga y á tantos otros? ¿De qué provino que los discípulos de la naciente Iglesia se alegraran ante los tribunales, en presencia de los tiranos y entre las manos de los sayones, hasta el extremo de regocijarse Estéban entre el diluvio de las piedras, Lorenzo sobre las ascuas, é Inés, niña de trece años, en medio de la saña de sus verdugos? ¿De qué provino que aun en los tiempos de la Sinagoga los fieles permaneciesen adictos á la ley hasta el punto de menospreciar Eleázaro, anciano decrepito, las iras de Antíoco; hasta el punto de presenciarse intrépida una madre la sangrienta muerte de sus siete hijos, y manifestar su complacencia, para nosotros increíble, ora volviendo los ojos al cielo y despidiendo alegres voces, ora mirando de hito en hito al tirano y desafiando su crueldad, ora recogiendo los dispersos miembros de sus hijos, abrazándolos con efusión, bañándolos de dulces lágrimas, cubriéndolos de amorosos besos, y exclamando: ¡felices vosotros, pedazos de mis entrañas, felices vosotros que habeis alcanzado la palma de la victoria! y terminando, por fin, en medio de esos transportes de alegría y amor que la hacían al parecer insensible á los más bárbaros tormentos, terminando, digo, con su propia muerte aquella gloriosa cuanto memorable jornada? ¿De qué provenia, repito, amados hermanos, tan grande suavidad, sino, como opinan los Padres, de una sombra de aquel Dios que corona á los que pelean con fidelidad; sino de una gota de dulzura-caída del cielo en medio de las amarguras de esta vida mortal; sino de un destello de aquella bondad que cambia en alegría el llanto mismo? En vista de esto, ¿quién no concluirá con san Ambrosio: *Si tantum confert, Domine, umbræ tuæ, quid faciet veritas?* Si tanto pla-

cer inspira al alma la sola sombra de Dios, ¿cuál le inspirará su manifiesta presencia? ¿Quién no concluirá con san Bernardo: *Si stilla dulcedinis, quam exhibet in via, totam mentis latitudinem nobis deliciis coangustat, quæ dabuntur in patria?* Si una sola gota de dulzura que caiga aquí bajo causa tales delicias, que el corazón humano no basta á contenerlas, ¿qué será en la gloria, cuando no ya entrará la alegría en el corazón del bienaventurado, sino que el bienaventurado entrará en el corazón de la alegría? ¿Quién no concluirá, por último, con san Agustín: *Si adeo dulce est flere pro te, quam dulce erit gaudere de te?* Si tan dulce es, ó Dios mío, el llorar por tí en la tierra, ¿qué será el alegrarse en tí en el cielo? en tí, por quien seremos desatados de los lazos de un mundo maligno, elevados á la posesion de una gloria inmortal, y refrigerados en las fuentes de la eterna suavidad?

5. Todo esto, amados hermanos míos, debeis inferir; á todo esto debeis aspirar; y aspirando á esto decid, unos con el santo Job: *Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?* otros con el santo David: *Quis dabit mihi pennas ut columbae, et volabo, et requiescam?* otros con san Pablo: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo;* y todos con los oyentes del Precursor: *Quid faciemus?* ¿Qué harémos nosotros para triunfar del mundo, granjearnos la gloria y gozar de las dulzuras eternas? Amados hermanos, almas queridas, grey mia carísima, esperanza, alegría y corona mia, ¿qué haréis vosotros? Nada mas que lo que el Evangelio prescribe. El que estuviere en el siglo, viva como cristiano en el siglo: el que estuviere en el clero, viva como eclesiástico en el clero: el que estuviere en el claustro, viva como regular en el claustro; y todos sean fieles al Evangelio, á su estado y á su ministerio: *Nihil amplius, quam quod constitutum est, facietis.* Despues de esto, haced frutos dignos de penitencia: *Facite fructus dignos penitentiae;* y el paraíso será vuestro: *Appropinquavit regnum caelorum.* Aquel de vosotros que sea grande, use, mas no abuse de la grandeza; el que sea poderoso, use, mas no abuse del poder; el que sea rico, use, mas no abuse de las riquezas; y todos refrenad la soberbia, desterrad la vanidad, y con lo supérfluo, que no es vuestro, que realmente no os hace falta, cubrid la desnudez de tantos desamparados huérfanos, protegéd la honestidad de tantas insidiadas doncellas, socorred la indigencia de tantas familias hambrientas: *Neminem concutiatis: qui habet duas tunicas, det non habenti, et qui habet escas, similiter faciat.* Despues de esto haced frutos dignos de penitencia: *Facite fructus dignos peni-*

tentiae; y el paraíso será vuestro: *Appropinquavit regnum caelorum.* El que estrechado por la pobreza se vea obligado á servir, sirva con fidelidad; el que acosado por la miseria se vea precisado á mendigar, mendigue con paciencia; el que aquejado por los dolores se vea obligado á llorar, llore con resignacion; y todos adorad los designios de la Providencia, humillaos bajo la mano de Dios, y contentaos con vuestra suerte: *Contenti estote stipendiis vestris.* Despues de esto haced frutos dignos de penitencia: *Facite fructus dignos penitentiae;* y el paraíso será vuestro: *Appropinquavit regnum caelorum.* Ved aquí, amados hermanos, almas queridas, grey mia carísima, esperanza, alegría y corona mia, ved aquí el precio del paraíso. Para llegar á poseer el paraíso es menester hacerse violencia, y á tal precio el Unigénito del Padre, el Señor de la gloria, el mismo Jesucristo obtiene hoy su posesion. Sube Jesucristo á los cielos, pero despues de haber padecido en la tierra: *Oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam.* Sube á los cielos, pero despues de haber derramado su sangre: *Per proprium sanguinem introivit semel in Sancta.* Sube triunfante á los cielos, pero con las manos traspasadas aun por los clavos, con el pecho rasgado aun por la lanza, y con las señales de sus padecimientos marcadas en todo su cuerpo: *Venit formosus in stola, tinctis vestibus de Bosra.* Así alcanza Jesucristo la gloria, y así debemos alcanzarla nosotros. Ya que no podemos lisonjearnos de obtenerla, concluiré con san Gregorio, por medio de la inocencia, que desgraciadamente perdimos, hagamos todos los esfuerzos posibles para obtenerla por medio de la penitencia: *Hereditatem justorum, quam non tenuimus per innocentiam, rapiamus per penitentiam. Fiat, fiat.*

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA ASCENSION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Dominus quidem Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in caelum, et sedet à dextris Dei. (Marc. xvi).

Y el Señor Jesús, después que les habló, se subió al cielo, y está sentado á la diestra de Dios.

1. Los hombres en el día del triunfo son llevados desde el sumo riesgo y peligro de las batallas á la suma felicidad y gloria... Por esto tienen este día por faustísimo y felicísimo entre todos.

2. Hoy celebramos el día triunfal de Cristo... Triunfó de la muerte, triunfó del infierno: *Ero mors tua... morsus tuus ero...* Triunfó del pecado... Triunfó del reino celestial..., cuyas puertas...

3. Estos triunfos los describe san Juan en el Apocalipsis... De ellos celebramos hoy el nobilísimo y el postrero, al cual se destinaban todos los otros... De ahí cogimos que también celebramos hoy nuestro triunfo... Esta solemnidad pide, pues, que os explique qué afecto debamos tener al autor de tamaño beneficio, y qué debamos hacer para merecer y gozar su compañía.

4. Historia de la Ascension del Señor, según san Lucas... El afecto piadoso de los discípulos para con Jesús que se ausentaba, lo describe san Bernardo por estas palabras: ¿Qué pensais, hermanos,...

5. Milagro insigne descrito por el escoliador de san Jerónimo, sucedido en el monte Olivete el día de la Ascension del Señor.

6. Dejando algun tanto la tierra, subamos con el Señor... Las virtudes celestiales que le acompañan, exclaman, dice san Dionisio: Abrid vuestras puertas, príncipes...

7. ¿Quién es este que viene de Edom..., preguntan los de dentro... ¿Quién es este que viene de la tierra de los enemigos... ¿Quién es este tan hermoso en su estola... Y el mismo Señor responde: Yo que hablo justicia, yo que...

8. El profeta Zacarías dice que vió á Jesús, sacerdote grande,

vestido con..., y á Satanás que... Es recibido por el Padre amantísimo el Hijo queridísimo...

9. Cuenta el Evangelista que los discípulos volvieron á Jerusalem con gozo grande... ¿Por qué? Porque se confirmaron plénisimamente en la fe de su divinidad... Aunque la ausencia del Maestro los entristeciese, su alegría, ó les quitaba está tristeza, ó en parte se la aliviaba.

Primera parte: Afecto que debemos tener á Jesús por los beneficios que nos dispensó en su Ascension.

10. Las fiestas de la Iglesia sirven para aficionarnos á la piedad y movernos á la práctica de la justicia.

11. Como los Apóstoles debemos alegrarnos y entristecernos... Debemos alegrarnos, pues la gloria á la cabeza, es gloria de todos los miembros vivos. Por esto san Leon, papa, ... Murió por nuestros pecados, resucitó por nuestra justificacion, subió al cielo para... tomar por nosotros posesion de la herencia celestial... Mardoqueo exaltado por Asuero en lugar de Aman... Aplicacion de este símil.

12. Jesucristo desde el cielo hace que de tal modo instituyamos nuestra vida, que al fin podamos llegar á él... Por eso nos prometió y envió el Espíritu Santo, segurísima guia, compañero y ayudador... Grande lluvia que por los ruegos de Elías cayó sobre la tierra, símil de la copiosa lluvia de dones celestiales que Jesús... *Dedit dona hominibus... Ex plenitudine ejus nos omnes accepimus...*

13. También nos prepara lugar... Aboga cerca de su Padre, no por sí, sino por nosotros... Símil de un soldado que en presencia del emperador... Su sangre clama mejor que la de Abel... ¿Qué sangre mas eficaz que la suya para...

14. Símil de la sangre del cordero pascual con que mandó Dios rociar las puertas de los israelitas en Egipto...

15. Debemos entristecernos... Pero ¿qué causa tenemos hoy de tristeza? La separación y ausencia del Maestro amantísimo y Padre carísimo... Lágrimas de David y Jonatás cuando se separaron... Las de Jacob cuando se separó de Benjamín... ¿No es justo que los que quedamos en las tinieblas de este mundo, sintamos el ocaso y ausencia del Sol de justicia?

16. Penetrados, pues, del sentimiento de orfandad y soledad, digamos con san Agustin: Te fuiste, Consolador mio,...

Segunda parte: Lo que debemos hacer en este día.

17. Debemos esforzarnos con todo anhelo á llegar donde está Jesús. ¿Por qué camino? Él mismo es el camino, la verdad y la vida. Digamos, pues, con san Bernardo: Sigamos, Señor, á tí, por tí y para tí... Al que venciere, dice Jesús, le daré...

18. Entre las muchas causas de haber querido el Unigénito de Dios llegar al trono de la gloria paternal, no es la última la de demostrarnos la perfeccion de la vida cristiana, ya con palabras, ya con su ejemplo... Aquella consiste en la perfeccion de la caridad... El amor propio debe vencerse para que aquella reine en nosotros. Este es el primer grado... que obliga á todos en comun.

19. Otro hay que pertenece á los mas perfectos... Consiste en que la mente esté siempre unida con Dios por el amor continuo... Esta caridad, aunque muy deleitable, el camino para ella es dificultoso... Sin embargo nadie decaiga de ánimo... Esto no obliga á todos..., y sí solo á los que aspiran á la perfeccion de la vida cristiana.

20. Pues que el Salvador quiso establecer en el mundo no solo la caridad necesaria, sino la perfecta, y estando su camino cercado de trabajos, debió venir, vivir y morir entre trabajos y combates. Avergoncémonos, pues, de andar por otro camino que el que anduvo nuestro Rey... *Pudeat sub spinoso capite membrum esse delicatum...* ¿Por ventura se nos ha de abrir otro nuevo camino para ir al cielo?... Repasa y cuenta, dice san Jerónimo, todos los... Solo Salomon estuvo en delicias, y por eso acaso peligró. Repudiamos, pues, los deleites carnales... Abracemos la cruz de Cristo... para ser coronados en cuerpo y alma en la eterna bienaventuranza.

SERMON II

SOBRE LA ASCENSION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Dominus quidem Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in caelum, et sedet à dextris Dei. (Marc. xvi).

Y el Señor Jesús, despues que les habló, se subió al cielo, y está sentado á la diestra de Dios.

1. Entre los dias faustos y alegres que acostumbró á celebrar la ambicion humana, es muy insigne aquel en que, despues de una sangrienta batalla, alcanzó victoria y rindió á sus enemigos; mayormente si es una tal victoria, á que se deba aclamar triunfo. Porque en este dia los hombres desde el sumo riesgo y peligro son llevados á la suma felicidad y gloria. Pues en las batallas no solo se pelea por la vida, sino muchas veces tambien por las riquezas, por la gloria, por el mando y por la libertad: porque todo esto pierden muchas veces los vencidos, y esto mismo ganan los vencedores. Y así por dos títulos se alegran: uno, porque salieron de unos grandes peligros; y otro, porque con mucha gloria consiguieron unos grandes despojos. Y por esto tienen este dia, entre todos, por faustísimo y felicísimo. Esto denotó claramente Isaias, quien la alegría por la redencion humana, y el gozo de los redimidos, comparó con esta alegría, cuando dijo¹: Se alegrarán á tu presencia, como los que se alegran en la mies, como se regocijan los vencedores cogida la presa, cuando reparten los despojos.

2. Por aquí, hermanos, se podrá juzgar de algun modo la alegría y gloria de este dia. Pues hoy celebramos el dia triunfal de Cristo, y lo que es mas, celebramos el último y nobilísimo entre todos sus triunfos. Porque lo primero, triunfó de la muerte, cuando habiéndola vencido, resucitó vivo á esta luz y vida. Y lo segundo, triunfó del reino de los infiernos, cuyas puertas de hierro y bronce rompió, sacando consigo á todos los justos, esto es, la no-

¹ Isai. ix.

billísima presa de los Santos. Y estos dos triunfos denotó el Señor por estas palabras de Oseas¹: Seré tu muerte, ó muerte, seré tu mordedura, ó infierno. Lo tercero, triunfó del enemigo eterno del género humano, á quien ató con cadenas duras como los diamantes, para que no engañase en adelante á las gentes. Cuyo triunfo él mismo habia profetizado poco antes por estas palabras²: Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo será lanzado afuera. Últimamente triunfó, lo cuarto, del pecado que dominaba latísimamente en el mundo, el cual en la realidad crucificó en la cruz, de cuya tiranía no solamente estuvo exento él, sino que tambien libró poderosamente á muchos mortales que vivieron inocentemente. Y restaba aun, que despues de todos estos triunfos ilustres triunfara del reino celestial, cuyas puertas estaban cerradas para todo el linaje humano desde el principio y creacion del mundo. En figura de esto el Señor, despues de aquella caída de los primeros hombres, puso un Querubin á la entrada del paraíso, y una espada de llamas y versátil para guardar el camino del árbol de la vida³. Pues esta tan vigilante y firme custodia, que á hierro y fuego prohibia la entrada á los hombres, la quitó el Salvador. Porque el fuego lo apagó con el agua preciosísima de su costado, y la punta de la espada se embotó con las llagas que recibió en su cuerpo: y así finalmente se quitó aquella guarda, y se abrió camino á los mortales para la inmortalidad: por el cual entró en este día no solo él, sino tambien en su acompañamiento entró toda la turba de cautivos, asociada de los coros de los espíritus bienaventurados.

3. Estos nobles triunfos describe san Juan en el Apocalipsis por estas palabras⁴: Ví, y hé aquí un caballo blanco, y el que se sentaba sobre él tenia arco, y se le dió corona, y salió venciendo para vencer. Á la verdad que el caballo blanco se entiende la purísima é inmaculada humanidad de Cristo, en la cual como en caballo estaba sentado el Verbo divino, y la corona es la insignia de su potestad real y de su divinidad, porque en su vestido y su muslo llevaba escrito, Rey de reyes y Señor de señores; y el arco es la virtud del divino espíritu, cuyas saetas son agudas, y se disparan á los corazones de los adversarios del rey, no solo para herir los enemigos, sino tambien para llagar á los mismos con la herida de la caridad. Con esta fuerza y poder Cristo Señor nuestro sujetó á sí todas las cosas supremas é ínfimas, y triunfando magníficamente alcanzó y cogió de sus enemigos ilustres trofeos. Pues de estos triun-

¹ Osee, xiii. — ² Joan. xii. — ³ Genes. iii. — ⁴ Apoc. vi.

fos hoy celebramos el nobilísimo y el postrero, al cual se destinaban todos los otros. Pues el motivo por que triunfó del pecado, de la muerte, del diablo, del reino de los infiernos fue, para que no hubiese impedimento alguno que nos embarazara el camino para el cielo. Y de esto colegimos claramente que en este día se celebra no solamente el triunfo de Cristo, sino tambien el nuestro: respecto que por él se nos abrió camino para aquellas bienaventuradas moradas, y se venció la tiranía de la muerte, que nos tenia á todos oprimidos con una dominacion importuna. Por tanto, la solemnidad de este día pide que os explique qué afecto debamos tener al autor de este tan grande beneficio, y qué debamos hacer nosotros para que merezcamos llegar á su compañía. Y para que esto lo pueda yo hacer dignamente, imploremos con humildad el auxilio celestial por la intercesion de la sacratísima Virgen: *Ave María*.

4. Entre todos los Evangelistas san Lucas puso especial cuidado en explicar con mas latitud la historia de la Ascension del Señor. Porque ya al fin de su Evangelio, y luego al principio de los hechos apostólicos hace particular mencion de ella. Al fin del Evangelio cuenta que el Señor y Salvador trató muchas cosas con sus discípulos sobre el misterio de su pasion y resurreccion, á quienes con autoridad de las Escrituras mostró que convenia que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercero día, y que se predicara en su nombre la penitencia y el perdon de los pecados para todas las gentes, comenzando desde Jerusalem. Y vosotros, dice, sois los testigos de estas cosas, y yo enviaré el prometido de mi Padre á vosotros: y vosotros sentaos en la ciudad, hasta que os vistais de virtud desde lo alto. Y despues de esto, dice el santo Evangelista que el Señor sacó fuera de la ciudad al monte Olivete á sus discípulos, desde donde habia de subirse á los cielos, y allí les hizo la última despedida en el ejercicio de la oracion. Porque extendiendo en lo alto aquellas sus manos santísimas los bendecía, es decir, les rogaba bienes y felicidades, y por ellos hacia oracion al Padre. Y sucedió, dice el Evangelista, que bendiciéndoles se apartó de ellos, y era llevado al cielo. Y los coloquios del Maestro amantísimo que intervinieron allí antes de la partida, los saludos, los abrazos, las lágrimas de piedad y devocion, la larga despedida, ¿quién es capaz de explicarlo con palabras? Sin embargo los amadores de Cristo pueden conjeturar esto, parte por el amor recíproco de los discípulos y el Maestro, y parte por la ausencia de este amantísimo dueño. Ciertamente, el afecto piadoso de los discipu-

los para con su Maestro que se ausentaba, lo describe san Bernardo por estas palabras: ¿Qué pensais, hermanos, cuánto dolor y temor asaltaría á los pechos de los Apóstoles, cuando vieron que se iba el Señor de con ellos, y que se levantaba á los aires no ayudado de escaleras, no levantado con maromas, y aunque acompañado con la comitiva angélica y obsequiado de ella, mas no sostenido en su ayuda, sino andando por la muchedumbre de su fortaleza? El dolor, pues, era nimio, porque veían que aquel por quien todo lo habían dejado, se les quitaba de su vista y presencia, de modo que no podían menos de llorar los hijos al esposo, quitándose este amado; y el temor, porque quedaban huérfanos en medio de los judíos sin haber sido aun confirmados con la virtud de lo alto.

5. Y no se debe pasar en silencio un milagro insigne que el escoliador de san Jerónimo describe en el epitafio de santa Paula, que sucedió en este monte. Así es como dice: Al monte Olivete rodea el arroyo Cedron y lo divide de Jerusalem, en donde se veían impresas en la tierra las huellas últimas del Señor aun en el tiempo de san Jerónimo, como él lo escribió, no sin un admirable milagro. Pues aunque la misma tierra se sacaba y cavaba de allí todos los dias por la devocion de los fieles, esto no obstante las santas huellas inmediatamente recobraban su antiguo estado. Añade tambien otro milagro san Jerónimo, y es, que construyéndose en aquel sitio una iglesia, nunca pudo cubrirse con tejado, ni embovedarse, sino que desde la tierra hasta el cielo quedó siempre patente el camino por donde el cuerpo del Señor había subido á los cielos. Pues con este tan largo y estupendo milagro debió ilustrarse esta tan grande solemnidad.

6. Pues ahora, hermanos, dejando algun tanto la tierra, subamos al cielo en pos de nuestro Salvador; el cual acompañado del numeroso ejército de almas santas y de Ángeles, luego que llegó á las puertas del cielo, cerradas hasta aquel dia al linaje humano desde el principio del mundo, las Virtudes celestiales que iban en su compañía, segun dice san Dionisio, comenzaron á decir aquellas palabras del Profeta¹: Abrid vuestras puertas, príncipes, y levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. Ellas, por el contrario, no ignorantes de la gloria del Rey, sino admirando su virtud, preguntan mutuamente, ¿quién es este rey de la gloria á quien así se han de abrir unas puertas que desde el principio del

¹ Psalm. xxiii.

mundo han estado cerradas al género humano, ni hasta ahora se han abierto á mortal alguno? Ellos responden á coros: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla. El Señor que inerme y desnudo con el báculo de la cruz rompió la cabeza de la serpiente antigua, quebró las cerraduras de hierro de los infiernos: de allí sacó los despojos de los santos, y derrotó el reino del diablo.

7. Y ya viendo al Señor rojeear con las llagas sanguíneas, y admirando en una tan humilde y débil naturaleza tanto poder y gloria, pasmadas preguntan otra vez¹: ¿Quién es este que viene de Edom, teñidos sus vestidos de Bosra? Esto es, rojeando con el vestido sanguíneo, y resplandeciendo con las llagas purpúreas. Y hace mencion de Edom, es decir de la tierra de los idumeos, que habitaban los hijos de Esaú; y de Bosra, que era la ciudad capital de los moabitas. Pues como estos dos pueblos eran enemiguísimos de los hijos de Israel, y tenían con ellos unas implacables enemistades, puso los nombres propios de ellos por los apelativos, cosa frecuente en las santas Escrituras, de modo que haga este sentido: ¿Quién es este que viene de la tierra de los enemigos rociado y lustroso con el color sanguíneo? ¿Quién es este tan hermoso en su estola ó ropa, que camina en la muchedumbre de su fortaleza? Y preguntando los Ángeles, responde el Señor: Yo que hablo justicia, yo que doy una sentencia justísima á favor del género humano contra el diablo su acusador. Yo, digo, que hablo justicia: esto es, cuyo anhelo sumo fue renovar la justicia y la santidad, que estaba apagada en el mundo: cuyo singular oficio es pelear por la salud de los hombres contra los enemigos del género humano, es decir, contra el pecado y el autor del pecado que es el diablo. Cuyos enemigos á la verdad hollé en mi furor y pisé en mi ira. Porque mi indignacion me auxilió á mí. Esto es, ardió en mi pecho tanta indignacion y tanta ira contra el pecado y el diablo, que apartaban los hombres de Dios, que porque no podia desterrar estos enemigos del linaje humano sin la efusion de mi sangre, la derramé gustoso, y expendí mi vida para derrotarlos y reconciliar los hombres con Dios. Y por esto se roció la sangre de ellos sobre mis vestidos, y manché todas mis vestiduras: esto es, porque tomé á mi cargo purificar y lavar todas las culpas y maldades del linaje humano.

8. Y conseguida ya la victoria de los enemigos, y quitada enteramente toda aquella deformidad que se veía en el cuerpo de nues-

¹ Isai. lxiii.

tro Salvador cuando peleaba en la cruz contra el comun enemigo, se mudó despues en una suma hermosura. Ambas cosas describe el profeta Zacarías, diciendo ¹: que vió á Jesús sacerdote grande, vestido con unas vestiduras súcias, y á Satanás que se le oponia y maquinaba la muerte, y deseaba derrotar su reino. Pero el Señor lo ahuyentó, reprendiéndolo, y lo rebatió, y vuelto á los Ángeles les dijo: quitadle los vestidos manchados. Y á Jesús dijo: mira que te he quitado tu iniquidad, es decir, la iniquidad que hiciste tuya por el afecto de caridad, y recibiste en tí para lavarla, y te vestí con los adornos de muda, esto es, con adornos muy resplandecientes de gloria y la inmortalidad. Y dijo: poned la tiara limpia sobre su cabeza. Y ¿qué es la tiara, sino aquella gloria singular que cupo hoy á aquella humanidad sagrada, cuando con tanta alegría de la corte celestial y gozo universal de todos los habitantes del cielo se colocó á la diestra del Padre? Á la verdad que si en aquella incommutable sustancia del eterno Padre hubiera podido caer alguna nueva alegría, ciertamente hubiera sido en este dia. Esto no obstante allí no faltó, mas no fue nueva, porque desde ab eterno la tuvo siempre presente y siempre nueva. Es, pues, recibido por el Padre amantísimo el Hijo queridísimo, despues que consumó su obra de obediencia, y es colocado por él á su diestra, segun lo habia él merecido. Porque en quanto es Dios, está en igual y el mismo asiento que el Padre; pero en quanto es hombre, se sienta en el segundo lugar próximo al Padre.

9. Y luego que perdieron de vista los discípulos la presencia del Señor, cuenta el Evangelista que allí mismo adoraron humildemente al Señor, y que con mucho gozo se volvieron á Jerusalem. ¿Por qué, pregunto, con gozo grande, cuando debieran mas entristecerse por la ausencia del Señor que alegrarse? Porque si anteriormente profetizándoles el mismo Señor que iba al Padre, se entristecieron tanto, que les dijo él mismo: Porque os he hablado estas cosas, se llenó de tristeza vuestro corazon, ¿cómo ahora, yéndose y apartándose él, se llenan de gozo, cuando profetizándoles su ausencia se llenaron de tristeza? Porque mas suele atormentar el ánimo la pena y sufrimiento del dolor, que su prediccion ó prevision. La respuesta está pronta: y es, que aunque no se apartasen de la compañía de su amantísimo Maestro sin muchas lágrimas de devocion y de amor; sin embargo á estas lágrimas se juntó un grande gozo, cuando con este tan estupendo milagro de su ascension se confirmaron plenisi-

¹ Zach. iii.

mamente en la fe de su divinidad; cuando vieron claramente que él no solo habia resucitado de entre los muertos, sino que en su cuerpo y alma subia á los cielos, cosa que hasta entonces no hizo nunca mortal alguno. Y por esto se refiere que adoraron en este lugar al que subia, con una especie de veneracion que se da á solo Dios. Y siendo esto así, ¿cuánta era, pregunto, la causa de alegrarse sabiendo ciertísimamente que era Dios omnipotente aquel que les habia prometido bienes inefables, aquel que con ellos habia usado de tanta benevolencia y caridad, y á quien habian tenido como un padre benignísimo, un maestro suavísimo y un amigo fidelísimo? Porque si los bienes todos de los amigos son comunes; luego quanto tenia ó en el cielo ó en la tierra aquel amigo sumo y omnipotente pertenecia á ellos tambien, y en él eran participantes de todas las cosas. Pues ¿acaso no tenian una causa suma de alegrarse? Aunque la ausencia del Maestro los entristeciese; sin embargo era tanta la alegría en esta fe y comunicacion de bienes, que, ó totalmente les quitaba esta tristeza, ó en parte se la aliviaba.

Primera parte: Afecto que debemos tener á Jesús por los beneficios que nos dispensó en su Ascension.

10. Habeis oido, hermanos, la historia de la Ascension del Señor; ahora parece consiguiente que os explique qué debemos sentir nosotros en esta sagrada solemnidad, ó qué sea razon hagamos en ella. Porque las fiestas de la Iglesia no se han instituido solo para la gloria de Cristo y de los Santos, sino tambien para nuestra utilidad; para que con los misterios de ellas nos podamos aficionar á la piedad y mover á la práctica de la justicia.

11. Pues lo primero la condicion de este beneficio nos pide que, como los Apóstoles, debemos tambien alegrarnos y entristecernos por él. Porque nada impide que de una misma cosa por razones y respectos diversos podamos alegrarnos y entristecernos á un mismo tiempo. Y hablando lo primero del gozo y alegría, la razon que impelió los pechos apostólicos á que se alegraran, la misma debe estimularnos á nosotros, esto es, á todos los miembros de Cristo, al mismo gozo y alegría. Porque ¿quién pensará que de la gloria de la cabeza se deben excluir los miembros vivos? Pues su gloria es gloria nuestra. Por este título san Leon, papa, nos exhorta á este gozo espiritual por estas palabras: Porque la Ascension de Cristo es nuestra promocion, y donde procedió la gloria de la cabeza, allí se llama

tambien la esperanza del cuerpo; regocijémonos, dilectísimos, con unos gozos dignos, y alegrémonos con una piadosa accion de gracias. Porque hoy no solo hemos sido confirmados poseores del paraíso, sino que tambien en Cristo hemos penetrado las alturas de los cielos, habiendo conseguido mas por la gracia inefable de Cristo, que era lo que teníamos perdido por la envidia del diablo. Porque aquellos á quienes el venenoso enemigo expelió de la felicidad de su habitacion primera, á estos mismos, incorporándolos consigo el Hijo de Dios, los colocó á la diestra del Padre, é hizo que se sentaran con él en los cielos. Hasta aquí san Leon. De aquí se puede colegir que todas las obras de nuestro Señor y Salvador, que hizo antes de la pasion ó despues de ella, nos fueron saludables. Porque así como por nosotros encarnó y padeció, así tambien por nosotros resucitó y subió á los cielos. Murió, á la verdad, por nuestros pecados, resucitó por nuestra justificacion, y subió al cielo para presentarse á la presencia del Padre por nosotros, y por nosotros tomar la posesion de la herencia celestial, de la que estaba desheredado todo el linaje humano por causa del primer pecado. En lo antiguo todos los judíos, que vivían en el reino de Asuero, estaban sentenciados y condenados á muerte, siendo autor de esta desgracia Aman, enemigo cruelísimo de ellos. Sin embargo el suceso, disponiéndolo así Dios, sucedió tan al contrario, que Aman fuese ahorcado, y Mardoqueo, judío, se sustituyese en su lugar príncipe del palacio, y de consiguiente quedase libre de la muerte que amenazaba á todo el linaje de los judíos¹. En cuyo tiempo les asaltó una tan grande alegría, que les pareció que salía un nuevo sol y una nueva luz, viendo que su enemigo cruelísimo era ahorcado, segun lo tenia bien merecido, y que Mardoqueo, que era descendiente de su raza, era exaltado por el rey al lugar que dejaba el difunto. Por este ejemplo, hermanos, podréis entender de algun modo cuán grande causa de alegría tengamos en este dia, en el cual vemos al diablo, enemigo cruelísimo del género humano, destruido y derrotado por la muerte de Cristo, y á Cristo Señor nuestro, príncipe de nuestro linaje, exaltado en el palacio celestial sobre todos los coros de los Ángeles, y colocado á la diestra del Padre. Pues ¿con qué alegría debemos hoy regocijarnos y triunfar nosotros, que confesamos al consorte de nuestra naturaleza, á nuestro hermano, al que es hueso nuestro y carne nuestra elevado á la diestra del Padre, para con su patrocinio abogar por nuestra causa? Á la verdad que de esta manera consoló el Se-

¹ Esther, III.

ñor á sus discípulos tristes por su ausencia, habiéndoles dicho que esto pertenecía para su gloria y su utilidad. Si así no fuera, les dice, yo os lo hubiera dicho¹: pues voy á aparejaros lugar. Y si me fuere, y os aparejare lugar, otra vez vendré y os tomaré para mí mismo, para que donde estoy yo, esteis vosotros tambien.

12. Pero diréis acaso: ¿Cómo residiendo Cristo en el cielo, nos prepara este asiento felicísimo? La respuesta está pronta. Á saber, porque hace en el cielo que nosotros, que vivimos en la tierra, nos fabriquemos casa en el cielo con los méritos de virtudes y buenas obras: es decir, que de tal modo instituyamos nuestra vida, de tal manera dirijamos al cielo nuestros pasos, que al fin podamos llegar á él. Y esto hace cuando desde el cielo nos envia el Espíritu Santo, el cual es una segurísima guia, compañero y ayudador de la vida, segun atestigua el real Profeta cuando dice²: Tu Espíritu bueno me conducirá á la tierra recta. Pues este Espíritu, yéndose al cielo, no una sola vez nos prometió que lo enviaria á nosotros; y este don en la realidad nos mereció por el sacrificio de su muerte. Sin embargo, esta dádiva no nos la dió inmediatamente que murió, sino despues cuando subió á los cielos y se presentó á la presencia del Padre, para que fácilmente constara que por obra de él se nos daba este tan grande don. Esto, á la verdad, atestigua el Apóstol san Pedro por estas palabras³: Exaltado por la diestra de Dios, y recibiendo del Padre la promesa del Espíritu Santo, derramó este don que veis vosotros; quiere decir, envió desde el cielo el Espíritu Santo, que llene el orbe de la tierra, y convierta la esterilidad é impiedad del mundo en una abundancia suma de justicia y de piedad. Esto figuró claramente aquella grande lluvia que por los ruegos de Elías cayó sobre la tierra. Pues por este tiempo habia una esterilidad suma en la region de los judíos, porque no llovió en tres años y medio. Al cabo de esta temporada subió Elías al monte, para con su oración traer á la tierra aquella lluvia que él mismo habia secado. Y orando postrado en la tierra mandó á su criado que volviendo los ojos al mar anunciara qué era lo que veía. Entonces el criado le dijo⁴: Veo una nube pequeña como la planta del pié de un hombre. Pues esta nubecilla, orando Elías, creció y tomó tan grande cuerpo, que cubrió toda la faz del cielo, y liquidada por último empapó la tierra seca y estéril por la sequedad larga, y la fecundó con una máxima abundancia de mieses y frutos de todos géneros. Pues á este modo nuestro Salvador, que viviendo entre los

¹ Joan. XIV. — ² Psalm. CXLII. — ³ Act. II. — ⁴ III Reg. XVIII.

hombres se reputó pequeño y el novísimo de los hombres, sin embargo elevado al cielo, al modo de esta nube llovió sobre la tierra una copiosa lluvia de dones celestiales, la cual produjese en el mundo estéril y vacío de virtudes abundantísimos frutos de piedad y de justicia. Esto claramente significó el real Profeta cuando dijo: subiendo á lo alto llevó cautiva la cautividad, dió dones á los hombres. Porque así es como vierte este lugar del hebreo el Apóstol ¹; sin embargo de que allí está con alguna diferencia: porque así se lee ²: Recibiste dones en los hombres. Y el Apóstol interpretó el sentido oscuro de la letra, cuando en vez del verbo recibir usó del verbo dar. Cristo, á la verdad, recibió dones para los hombres, á saber, dados por el Padre, y que se habian de conferir á los hombres. Porque de su plenitud recibimos todos ³, pues no se le dió con tasa ó medida el espíritu, sino con una tal plenitud, que como en un inagotable tesoro tuviera siempre qué repartir á los otros.

13. Dícese tambien que nos apareja el lugar, respecto que perpétuamente intercede al Padre por nosotros, como dice san Juan ⁴: Hijuelos, esto os escribo, que no pequeis. Y si alguno pecare, tenemos abogado para con el Padre á Jesucristo justo, que es la propiciacion por nuestros pecados: y no por nuestros pecados solamente, sino tambien por los de todo el mundo. Y si preguntas de qué modo abogue este por nosotros, aboga al modo que cierto soldado abogó por sí con el emperador. Este, tratándosele de reo de muerte en su tribunal, descubriéndose el pecho, mostró las cicatrices de sus heridas, de las cuales muchas habia recibido militando por él, y con ellas sin mas razon defendió su causa, de modo que le absolvió el emperador de todo el reato de sus delitos. Pues de esta manera Cristo Señor nuestro aboga con el Padre, no por sí, sino por nosotros, representando á los ojos paternos aquellas llagas que recibió por la gloria del Padre, cuya representacion á la verdad es mas eficaz que cualquiera oracion larga. Porque ¿qué podrá negarse á aquellas llagas, á aquellos méritos, á aquellas virtudes, y finalmente á aquella sangre preciosa? Á la verdad que rectamente atestiguó el Apóstol, que esta sangre clama mejor que la sangre de Abel. Porque esta es sangre de siervo, aquella de hijo; aquella clama desde la tierra, esta desde el cielo; aquella clamando pedia la venganza, esta el perdón y la misericordia. Y está mucho mas inclinado aquel Padre sumo de misericordia á conceder el perdón que á tomar la venganza. Luego ¿qué cosa mas eficaz para alcanzar la misericordia del

¹ Ephes. iv. — ² Psalm. lvi. — ³ Joan. i. — ⁴ Joan. ii.

Padre que la oblacion de esta sangre, la cual no está menos reciente á la vista del Padre que en el día en que se derramó en la cruz? Los soldados en la batalla de elefantes, para irritar y aguzar su ira, les muestran sangre; mas la sangre de Cristo mostrada al Padre quita toda la ira de su ánimo, y alcanza de él toda la misericordia.

14. Esto á la verdad mostró este en la ley con un símil claro, cuando mandó á los hijos de Israel que con la sangre del cordero pascual tiñesen y untasen el dintel alto de las puertas, y las dos jambas de cada casa, para que cuando él, pasando á la media noche por Egipto, matase á todos los hijos primogénitos de los egipcios, perdonase á los hijos de Israel viendo la sangre en los dinteles de las casas. ¿Para qué, Señor, pregunto, necesitas de esta señal para distinguir los hijos de Israel de los egipcios, tú que conociste claramente á un solo Noé en medio de tanta turba de malos como habia en el universo, y lo librate de la mortandad general del linaje humano? Sin embargo, con este símbolo quisiste dar á entender que la sangre preciosa de tu Unigénito es aquel verdadero propiciatorio que mitiga el furor tuyo debido á nuestras maldades, con cuya vista te aplacas, y la espada vengadora del pacto violado de tu alianza que anda con furia en la comun calamidad y muerte de todos: la apartas de aquellos que se dieron al obsequio y amor de tu Hijo, y se marcaron y señalaron con la fe de la sangre preciosa. Pues ved, hermanos, cuánta causa tengamos hoy como los Apóstoles de alegrarnos.

15. Pero tampoco nos falta este día causa para una piadosa tristeza. Porque en esta sagrada solemnidad hay motivo por que debamos alegrarnos, y por que tambien entristecernos. Y esto casi acontece en todos los misterios de la vida del Señor y Salvador. Por esta causa aquel cordero místico, que era imagen de él, se mandaba comer con lechugas silvestres, es decir, amargas, para que entendiésemos que en la meditacion de todas las obras de Cristo, aunque estén llenas de alegría, se deben rociar con alguna amargura por la memoria de nuestros pecados que le dieron materia de todos los trabajos. Pero dices: ¿qué causa tenemos hoy de tristeza? Á saber, la separacion y ausencia del Maestro amantísimo y Padre carísimo, en el cual solo teníamos, cuando andaba entre nosotros, todo cuanto podíamos desear; y la separacion de la cosa muy amada lastimra y hiere el ánimo, respecto que el amor mismo no es otra cosa que la conjuncion y union de dos ánimos, á la cual es consiguiente el deseo de hacer bien, y la comunicacion de todas las otras cosas.

Á la verdad que por esta causa principalmente la muerte atormenta á los hombres, porque separa al cuerpo y alma unidos con una union natural de amistad. Por esto tambien en la muerte de los amigos, en aquel tiempo que se acaba el dolor de uno de ellos, comienza el de el otro porque se separa el amigo. ¿Para qué he de traer aquí á colacion las lágrimas de David y Jonatás cuando el uno se separó del otro? ¿Para qué las del santísimo patriarca Jacob cuando consintió que su hijo pequeño Benjamin se separara de él con los otros hermanos y fuera á Egipto? Pues como ninguna amistad sea comparable con la amistad de Cristo Señor nuestro, ¿cómo el alma fiel que se abraza con su amor no deberá entristecerse cuando ve que se aparta y separa de él? ¿Cuál, pregunto, seria la figura y la faz del mundo destituida de la presencia del sol? ¿Cuál quedaria entonces la tierra, cuál el cielo, cuáles los semblantes de todas las cosas sino estériles, macilentos y negros? Y ¿qué otra cosa es para nosotros Cristo Señor nuestro que un sol de justicia? Porque él mismo dice ¹: mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo. Pues apagada esta luz y poniéndose el sol de justicia, ¿no es justo que los que quedamos en medio de las tinieblas de este mundo sintamos el ocaso y ausencia de este sol?

16. Ved, hermanos, cuál sea la causa de tristeza que tenemos por la ausencia del Señor en la presente solemnidad. Y así no se dejará ver mas en este siglo aquel rostro lleno de todas las gracias, no mas se oirá aquella celestial trompeta que resuena los misterios sagrados, no se verán aquellas obras estupendas, argumentos clarísimos de su divinidad: por esto es digno á la verdad que, penetrados del sentimiento de la orfandad y soledad, digamos con san Agustín ²: Te fuiste, Consolador mio, y no te despediste: pues ¿qué diré? ¿qué haré? ¿á dónde iré? ¿dónde te buscaré? ¿á quién rogaré? ¿quién anunciará al amado que enfermo de amor? Faltó el gozo de mi corazón, convirtióse en llanto mi risa. Mira, Señor, te ruego, las lágrimas de viudedad y orfandad que te ofrezco hasta que vuelvas. Ea, Señor, aparécete á mí, muéstrame tu presencia y me consolaré. Muestra tu presencia y habré conseguido mi deseo. Con estas palabras lamenta san Agustín la ausencia del Señor, el cual claramente con su ejemplo nos declara con qué dulce pesar deban entristecerse las almas devotas en este sagrado dia, cuando contemplan que se les quita la presencia de su Padre amantísimo y benigno Maestro.

¹ Joan. ix. — ² S. Aug. Medit.

Segunda parte: Lo que debemos hacer en este dia.

17. Os he dicho, hermanos, qué sentimientos deban ser los nuestros en este dia: síguese ahora que os explique brevemente qué sea lo que en él debemos hacer. Esto á la verdad muestra fácilmente los afectos mismos ó de tristeza ó de alegría que se han expuesto. Porque si nuestra suma felicidad consiste en la presencia de Cristo Señor nuestro, y esta se nos ha quitado en este destierro, luego, ¿qué es consiguiente sino que con todo anhelo nos esforcemos á llegar donde él está? Y por qué camino debamos caminar á él, él mismo nos lo hace patente ya con palabras y ya con ejemplos. Porque preguntándole los discípulos por este camino, les respondió ¹: Yo soy camino, verdad y vida: ninguno viene al Padre sino por mí. Pues si Cristo nos es todo esto, digamos con san Bernardo: Sigamos, Señor, á tí, por tí y para tí. Sigamos á tí porque eres camino, por tí porque eres vida; á tí porque eres la verdad á que caminamos, y con cuya vision seremos bienaventurados. Pues porque Cristo es camino, y este llegó por los trabajos al descanso, por la paciencia á la gloria, por los combates á la corona, sigámonse por este camino si quremos alcanzarlo. Á esto él mismo nos convida en el Apocalipsis, proponiéndonos á un mismo tiempo el premio y su ejemplo por estas palabras ²: Al que venciere le daré que se siente conmigo en el trono; así como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono: premio por cierto grande y digno de apetecerse con todos los deseos, y de que se siga aun por medio de las llamas si fuera necesario.

18. Y si alguno pregunta, por qué el Hijo unigénito de Dios quiso llegar por este camino de luchas y trabajos al trono de la gloria paternal; siendo muchas las causas de este divino consejo, sin embargo una que no me parece la última entre ellas, os la explicaré con alguna mayor extension. Para su inteligencia es necesario saber que el intento del Autor de nuestra salud fue demostrarnos la perfeccion de la vida cristiana, no solo con palabras, sino mucho mas con su ejemplo. Y porque la vida cristiana principalmente consiste en la caridad, es consiguiente que la perfeccion de la misma vida consista en la perfeccion de la caridad. Y aunque la caridad por sí sea suave y gustosa, sin embargo el camino para ella es difícil y arduo: porque es necesario antes vencer todos los impedimentos

¹ Joan. xiv. — ² Apoc. iii.

que se oponen á la caridad, y principalmente el desmesurado amor propio, para que la caridad pueda retener en nosotros sus fueros. Y los grados principales de la caridad son dos: de los cuales el uno pertenece y se extiende á todos los fieles, el otro á los deseosos de vida mas perfecta. Al primero toca que amemos á Dios sobre todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra. Este pedia á Dios el Profeta diciendo ¹: Seas, ó Dios, exaltado sobre los cielos; y sobre toda la tierra tu gloria. ¿Qué dices, Profeta? ¿Acaso la gloria divina, sin que tú lo pidas, no está exaltada sobre el cielo y la tierra? Así es á la verdad, no lo niego: sin embargo lo que pido es, que en mi corazón la gloria de Dios se anteponga á todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, de manera que mi misma vida y todas las cosas mas amadas de la vida os ofrezca con un ánimo pronto y gustoso en obsequio suyo. Y esto, que este varon santo pedia, muestra haberlo cumplido colmadamente, cuando al rey Saul que perseguía su vida con un odio cruellísimo, le respondió desde un lugar alto: ¿Por qué causa persigue mi señor á este su siervo? ¿Qué he hecho? ó ¿qué mal se encuentra en mis manos? Pues oye ahora, te ruego, señor, rey mio, las palabras de tu siervo ²: Si el Señor te irrita contra mí, haz el sacrificio. Esto es, si el mismo Señor quiere que yo padezca la pena de muerte, me ofreceré con ánimo gustoso á la muerte por su gloria y obediencia, y él perciba el olor por el sacrificio de mi muerte. Porque ¿dónde mas justamente podré colocar la vida y todas mis cosas, que en el obsequio de aquel que me dió la vida y todos los bienes? Pues á este amor de Dios sobre todas las cosas se opone el amor propio: porque aquel antepone á Dios sobre todas las otras cosas, y este todas las cosas á Dios. Por tanto este se debe vencer para que aquel reine en nosotros. Y es cosa constante cuán difícil y arduo sea vencer este amor propio. Pues este es el grado primero de la caridad, que pertenece á todos los fieles en comun.

19. Hay otro que principalmente pertenece á los varones mas perfectos. Porque la caridad, así como es un hábito y forma celestial, así se esfuerza á elevar nuestra mente al cielo, de donde ella bajó, y esto tanto mas, quanto es mas ardiente y fervorosa. Por este título oportunísimamente se compara al fuego, bajo cuya figura se derramó sobre los Apóstoles. Porque así como el fuego por su virtud camina con tanto ímpetu á los lugares altos y elevados, que vence todos los obstáculos y trastorna aun las mas grandes monta-

¹ Psalm. cvii. — ² I Reg. xxvi.

ñas para caminar arriba; así la mente inflamada y ardiente con el fuego de la caridad se eleva con igual ímpetu hácia aquel á quien ama sobre todas las cosas. Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón ¹. Esto es, allí está puesto tu pensamiento, allí el gozo, allí la intencion, allí el afecto, allí todas las esperanzas y riquezas. De aquí es que los Santos habitando con solo el cuerpo en esta peregrinacion, con el pensamiento y con el anhelo conversaban en el cielo. Por tanto de sí mismo dice san Pablo: Nuestra conversacion es en el cielo. Pues de este deseo ¿cuánto nos aparta y rebate la concupiscencia carnal y el desmesurado amor propio? Porque así como el amor celestial eleva la mente del hombre al cielo, así el amor carnal con su peso ó ímpetu nos abate, y como que nos sumerge de modo en la tierra que ninguna otra cosa piensa, nada busca, nada desea, nada vuelve y revuelve en su ánimo de dia y de noche, sino lo que mira al adorno y deleite del cuerpo, en esto está siempre toda la atencion y el pensamiento. Y así como el topo se alimenta de sola la tierra, y nada mas busca que tierra, así estos mas ciegos que los topes pusieron en la tierra todos sus bienes, todas sus riquezas y felicidad. Pues constando que es tan grande la lucha y desavenencia entre este grado del amor divino y el desordenado amor propio, y siendo necesario vencer al uno para que el otro pueda conservar sus fueros; y para vencer este amor se ha de hacer guerra á la naturaleza corrompida, y derrotar la fuerza y poder con que domina en el mundo, esto es, en los corazones de casi todos los mortales, ¿quién no ve cuán ardua y difícil empresa han emprendido aquellos que desean llegar á este altísimo grado de caridad? Porque el mundo se ha de superar, la carne se ha de hollar y pisar, las riquezas se han de despreciar, la concupiscencia se ha de reprimir, los honores mundanos se han de repudiar, los deleites de la carne se han de desterrar, los recreos de los sentidos se han de repeler, la salud, la vida, la patria, los parientes, amigos y domésticos, que nos apartan de este ejercicio, se han de dejar para que nuestra mente siempre esté unida con Dios por el amor continuo. Pues ¿veis, hermanos, que no tanto la misma caridad, quanto el camino para ella es difícil? No era cosa dificultosa traer á David el agua sacada de la cisterna de Belen, si no lo hubieran impedido los ejércitos de los filisteos. Pero romper por medio de los escuadrones de los enemigos, y domar y apartar á punta de espada todos los obstáculos, esto á la verdad, así como era cosa dificultosa,

¹ Math. vi.

así era hazaña esclarecida. Pues á este modo aunque la caridad por sí sea muy deleitable, con todo el camino para ella es dificultoso. La caridad á la verdad es como el puerto á que caminamos, y una estancia firme de la costa: y el camino para ella es como una cierta navegacion. Y en la navegacion hay trabajo, y en el puerto quietud y tranquilidad. Sin embargo, hermanos, ninguno decaiga de ánimo creyendo que á todos se pide esta tan grande perfeccion de caridad, y tanto desprecio de trabajos por el que se llega á ella. Porque esto no lo he dicho para obligar á ella á todos los fieles, sino para mostrar el camino á aquellos que aspiran á la perfeccion de la vida cristiana.

20. Pues volviendo á nuestro instituto y propósito, siendo el intento de nuestro Salvador establecer en el mundo no solo la caridad necesaria para todos los pios, sino tambien una caridad perfecta, y el camino para ella, como ahora os dije, esté cercado de muchos trabajos, siendo preciso sujetar y refrenar el amor propio y todas las pasiones que se originan de él; el caudillo y maestro de esta perfeccion debió ciertamente escoger una vida no regalada y deleitosa, sino una vida de muchos trabajos. Esto á la verdad era tanto mas conveniente que se hiciera, cuanto el mundo era mas opuesto y mas enemigo á este instituto de vida. Porque si este venia á restaurar el mundo corrompido con unas costumbres depravadas, perdido con los deleites y estragado con los apetitos; ¿de qué otro modo debió venir y morir, sino entre varios trabajos y combates? Pues entrando y andando por este camino el Santo de los santos, llegó por los trabajos al descanso, por la humildad al reino, por la paciencia á la gloria, y finalmente por la ignominia y acerbidad de la muerte á la vida. Pues avergoncémonos, hermanos, avergoncémonos de andar por otro camino que el que anduvo nuestro Rey. Avergoncémonos de hacernos miembros delicados, teniendo nuestra cabeza coronada de espinas. Averguéncese de andar en caballo muy enjaezado el soldado, á vista de que su general y su emperador camina á pié. ¿Acaso no se le trata bien á aquel criado á quien se le trata como á su señor? Pues si el Rey de los Ángeles y hombres, si el Hijo de Dios, si el Heredero de todas las cosas se dignó padecer así en vida como en la muerte tantos trabajos, y no por necesidad de alguna cosa, sino inducido de sola su caridad y amor nuestro, ¿de qué modo los siervos rebeldes y desterrados del reino, cobriendo, jugando, divirtiéndose todos los dias y sirviendo á sus cuerpos como animales mudos, y por último pasando su vida en un ocio

perpétuo, llegarán á aquel reino, al cual el unigénito Hijo de Dios no quiso entrar sino por la muerte y derramando su sangre? ¿Por ventura á nosotros se nos ha de promulgar otra ley, ó predicar otro Evangelio, ó abrir otro nuevo camino para que caminemos al cielo, diferente de aquel por el cual anduvieron el Santo de los santos y todos los demás escogidos? Repasa y cuenta, dice san Jerónimo á santa Eustoquio, todos los escogidos desde el justo Abel, hasta el último que ha de nacer en el fin del mundo, y hallarás que todos han padecido adversidades. Solo Salomon estuvo en delicias, y por eso acaso peligró. Pues repudiamos, hermanos, los deleites carnales y demás alicientes de este mundo, que son, como dice Lactancio¹, no solamente falaces como dudosos, sino tambien traidores como dulces. Abracemos la cruz de Cristo, para que por medio de ella alcanzando los trofeos del mundo vencido y de la carne sujeta, ofrezcamos esta misma al Señor pura é inmaculada, para ser coronada con su alma en la eterna bienaventuranza. Amen.

¹ Lact. de Opific.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA ASCENSION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Præcursor pro nobis introiit Jesus, secundum ordinem Melchisedech Pontifex factus in æternum. (Hebr. vi, 20).

Jesús, nuestro precursor, ha entrado por nosotros en lo interior del velo, es decir en el cielo, como eterno pontífice de la orden de Melquisedec.

1. Si los pueblos celebraban antiguamente con arcos triunfales y aclamaciones las victorias de sus cónsules y dictadores, ¿cuál sería nuestra ingratitud si no acompañásemos con cánticos y acciones de gracias el triunfo de Jesús!... Esta solemnidad parece tocar mas de cerca á los Ángeles, pero de seguro la mayor parte de ella nos pertenece... Jesucristo triunfa de nuestros enemigos... No es la divinidad la que está hoy victoriosa y elevada..., es nuestra naturaleza...

2. Arca de la alianza... ¿Qué significaba mas que el Salvador?... Despues de haber descendido de una manera infinita, Jesús sube hoy á la derecha del Padre... Cantemos, pues, con el Salmista... Jesucristo bajó para vencer á su irreconciliable enemigo; lo venció, y ya solo le resta, como rey que es, volver triunfante al cielo...

3. Mas Jesús no es solamente rey, es tambien sacrificador del pueblo fiel, y pontífice de la nueva alianza...

4. Esta última cualidad, que es..., le obliga mas que su soberanía á volverse al lado de su Padre para tratar de nuestros negocios... Para proceder con mas orden reduzcamos todo nuestro discurso á tres puntos:

5. «El pontífice, dice el Apóstol, está establecido cerca de Dios para los hombres.» Para esto es necesario 1.º que se acerque á él; 2.º que interceda; 3.º que bendiga... Acercándose Jesús á Dios, nos prepara sus gracias; intercediendo con él, nos las alcanza; ben-

diciéndonos, las derrama sobre nosotros. Para desempeñar su cargo de gran pontífice era, pues, necesario que Jesús...

Primera parte: Jesucristo se acerca á su Padre.

6. Tabernáculo... Templo de Jerusalem... *Sancta Sanctorum*... Tal era la forma de aquel templo único, que representaba en su unidad al mundo único hecho por el Dios único.

7. La parte donde se reunia el pueblo, representaba la tierra, dice el Apóstol, y el *Sancta Sanctorum* la alta morada de los cielos... Este estaba cubierto de un velo misterioso para indicarnos que Dios habita en una luz inaccesible... Estaba prohibido entrar en el santuario... por una especie de excomunion general. Esto indicaba la absoluta excomunion de los hombres del reino celestial, verdadero santuario del Dios vivo...

8. La sangre del Salvador ha levantado esta excomunion... Jesús ha penetrado en lo interior del velo...

9. Aquel lugar... se abría una sola vez al año, y á una sola persona, al sacrificador... Esta ceremonia es, como si dijéramos, una historia del Salvador Jesús...

10. Decidnos, ó judíos ciegos..., esa sangre, ese Pontífice, ese Santo de los Santos ¿no os dicen á voces...

11. Admirad, oyentes, cómo tantas cosas... cuadran y se acomodan precisamente á Jesús... El pontífice, etc. Jesús... Ábrete, pues, ó velo misterioso...

12. Si el pontífice segun el orden de Aaron puede penetrar en el lugar mas santo, ¿qué podrá haber de sagrado en los cielos donde no deba entrar el Pontífice segun el orden de Melquisedec?... Admiramos en su eminente dignidad la excelencia de la religion cristiana... «Jesús, nuestro precursor, dice el Apóstol, ha entrado para nosotros.» Procuremos comprender el sentido de estas palabras... Jesús tiene dos derechos á entrar en el cielo, el natural y el adquirido... aquel lo reserva para sí, este lo transfiere á nosotros...

13. Los Evangelistas observan que al tiempo de morir Jesús, el velo del templo se rasgó de arriba abajo... Ya no hay velo alguno... Cierito que tenemos el de la fe, pero nuestra esperanza no hay velo, obstáculo ni oscuridad que la detenga...

14. Para que se cumplan en todo las antiguas figuras..., nadie mas que Jesucristo entrará en la gloria... Si nosotros entramos, será en él y por él... Escuchad de qué manera ocuparemos aquel alto lugar...



Segunda parte: Jesucristo, cerca de su Padre, intercede por nosotros.

15. *Semper vivens ad intepellandum pro nobis...* Es nuestro embajador..., nuestro mediador...

16. Jesucristo ruega por nosotros, y nosotros, á causa de la caridad fraternal, rogamos unos por otros..., pero nuestras oraciones y las de los Santos por nosotros, aun las de la misma Virgen María, solo tienen valor *per Dominum nostrum Jesum Christum*, nuestro mediador.

17. La Iglesia ruega..., y si es escuchada, lo es únicamente por Jesucristo... Ella quiere hacernos conocer que cuando imploramos la asistencia de los Santos..., es para hacer con ellos un solo coro..., como juntos formamos una sola y misma Iglesia...

18. Esto lo confirman los capítulos cuarto y quinto del Apocalipsis...

19. ¿Qué podrán reprender nuestros adversarios en esta doctrina?... Dado que á los Santos los llamemos alguna vez mediadores nuestros, por excelencia y antonomasia lo damos únicamente á nuestro Salvador... Dicho nombre no es mas incomunicable que el de rey, de sacrificador, de Dios... Estos los vemos atribuidos en la Escritura...

20. Sirve la precedente digresión para contestar á una intolerable calumnia de los protestantes... Por lo demás: *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum*. El abogado insta, solicita y convence... Lo propio hace Jesús á favor nuestro. Ellos os debían, dice á su Padre, pero yo he pagado... En seguida le enseña sus llagas, y... Solo la presencia del muy amado nos pone á Dios propicio.

21. *Adeamus cum fiducia ad thronum gratie*, dice el Apóstol... Acerquémonos y no temamos... *Quis accusabit adversus electos Dei?*... ¿Qué nos resta sino hacernos dignos de tan grandes misterios, de los cuales ya somos partícipes?

Tercera parte: Jesucristo, cerca de su Padre, derrama sus gracias sobre nosotros.

22. Jesucristo tiene siempre las manos llenas de las ofrendas que la tierra envia al cielo, y de los dones que el cielo prodiga á la tierra... Ascendió bendiciéndonos, y sigue colmándonos de ben-

diciones... La tierra es un manantial de males, el cielo lo es de bienes... No respiremos mas que por el cielo... Allí subió Jesucristo en presencia de sus discípulos, para enseñarles á seguirle: *Sicut aquila provocans ad volandum...*

23. Jesucristo no se contenta con volar..., nos ase, nos eleva, nos sostiene... *Expandit alas suas atque portavit in humeris suis*. Valor, pues, ... ¿Por qué nos detenemos en la tierra?... ¡Cuán detestable no seria nuestra ingratitude si... Ya que el Salvador nos ha hecho partícipes de su sacerdocio, seamos santos como él es santo... ¡Cuán grande no seria nuestro suplicio si...

24. Pensemos que Jesucristo es nuestro abogado, pero no olvidemos que es nuestro juez... Unamos estos dos pensamientos... No despreciemos la bondad de Dios... Nuestro abogado, nuestro mediador, nuestro..., está en el cielo. Allí está tambien nuestra corona y el lugar destinado á nuestro reposo...

SERMON III

SOBRE LA ASCENSION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Præcursor pro nobis introivit Jesus, secundum ordinem Melchisedech Pontifex factus in æternam. (Hebr. vi, 20).

Jesús, nuestro precursor, ha entrado por nosotros en lo interior del velo, es decir en el cielo, como eterno pontífice de la orden de Melchisedec.

1. Si con tan gran magnificencia celebraban los pueblos en otro tiempo las victorias obtenidas por los cónsules y dictadores sobre las naciones extranjeras; si los arcos triunfales elevaban hasta las nubes el nombre y la gloria del vencedor; si este subía entonces al Capitolio, en medio del tumulto de los ciudadanos, que hacían resonar sus aclamaciones hasta delante de los altares de sus dioses: hoy, que nuestro invencible Libertador hace su entrada en el mas alto de los cielos, enriquecido con los despojos de nuestros enemigos; ¡cuál sería nuestra ingratitude, si no acompañásemos su triunfo con piadosos cánticos y sinceras acciones de gracias! Ciertamente, muy justo es, ó Señor Jesús, que asistamos con santa alegría á la solemnidad de vuestro triunfo: porque, aunque saliendo de este mundo, arrastreis con Vos toda nuestra alegría; aunque en apariencia toque mas de cerca esta solemnidad á los santos Ángeles, que en adelante serán regocijados con el honor de vuestra dichosa presencia, es, sin embargo, seguro que la mayor parte de esta jornada nos pertenece. Vuestros intereses están de tal manera enlazados con los de nuestra naturaleza, que nada se cumple en vuestra persona que no sea para bien del género humano; y no subís al cielo mas que para dejarnos franco el paso: «Voy, decís, á preparar los asientos que debeis ocupar.» (Joan. XLV, 2). Por lo cual vuestro apóstol san Pablo no duda en llamaros nuestro precursor, y en decir que entráis hoy en el cielo por nosotros con tan saludable fin, que si supiésemos comprender vuestras intenciones, no

huiríais de nuestra presencia mas que para aumentar nuestras esperanzas. Y en efecto, consideremos, amados hermanos míos, cuál es el objeto de ese magnífico triunfo que se verifica hoy en el cielo: ¿no es verdad que reciben allí á Jesucristo como á un conquistador? pues nosotros somos su conquista; y aquellos de quienes triunfa, nuestros enemigos. Cuando la corte celestial corre delante de Jesús publicando sus alabanzas y victorias, cantando que él ha roto las cadenas de los cautivos, y que su sangre ha libertado á la raza de Adán, eternamente condenada, ¿no debemos regocijarnos, ó mortales miserables, honrando á Dios con nuestra humillacion y nuestras alabanzas? La divinidad de Jesús, siempre inmutable en su grandeza, no ha sido ni podia ser jamás burlada; por consecuencia, no es la divinidad la que está hoy victoriosa y elevada, porque jamás ha perdido su dignidad natural; si Jesús es coronado en este ilustre día, nuestra naturaleza es la coronada; ella la colocada en ese trono augusto, ante el cual se inclinan cielo y tierra; «el mismo que descendió, dice san Pablo (Ephes. IV, 10), ha subido;» el que era tan pequeño en la tierra, está infinitamente elevado en el cielo; y por el poder de Dios, su grandeza es igual á su pequeñez pasada.

2. Leemos en el libro de los Números (Num. x, 35, 36) que cuando elevaban el arca de la alianza, decía Moisés: «Elevaos, Señor, y que vuestros enemigos desaparezcan, y que cuantos os aborrecen sean disipados delante de vuestra faz;» y cuando los levitas la bajaban: «Venid, decia, ó Señor, venid al ejército de Israel.» ¿Qué significaba aquella arca, mas que el Salvador? Por medio de ella manifestaba Dios sus oráculos; por medio de ella se dejaba ver de su pueblo: adornábanla dos querubines, y sobre ellos descansaba en toda su majestad. ¿Y no es Jesús el intérprete y el oráculo del Padre, puesto que es su palabra y su hijo? ¿No es en la persona del Mediador «donde la Divinidad habita corporalmente,» como dice el apóstol san Pablo (Coloss. II, 9), y donde Dios, invisible en sí mismo, vestido de humana carne, se ha hecho verdaderamente visible á los mortales? De esta manera el arca representaba al antiguo pueblo al Hijo de Dios hecho hombre, que es el príncipe del pueblo nuevo. Él es, en efecto, el que ha descendido, y él el que se ha elevado. El Dios-Hombre ha descendido para combatir: hé aquí por qué decia Moisés: Venid, Señor, al ejército; ahora sube para triunfar; hé aquí por qué decia tambien

Moisés: Elevaos, Señor, y que vuestros enemigos huyan delante de vuestra faz. Moisés ruega al Dios de Israel que baje á unirse al ejército de su pueblo, lo cual da una idea de lo arriesgado del combate; pero cuando asegura que elevándose disipará todos sus enemigos con su presencia, ¿quién no advierte aquí la seguridad del triunfo? Hé aquí lo que en la persona del Salvador vemos hoy cumplirse. Jesucristo, en medio de la debilidad de su carne, ha presentado la batalla á Satanás y á sus ángeles rebeldes, conjurados contra él, en el día de su pasión dolorosa. Sin duda ha bajado para combatir, puesto que ha combatido hasta la muerte; y para un Dios morir cruelmente en un leño infame, es descender de una manera infinita; pero hoy ese mismo Jesús, acabado ya el combate, sube á la derecha del Padre, postra á sus piés á todos sus enemigos; y á la vista de un poder tan grande «todas las rodillas se doblan ante él, como dice el Apóstol, en el cielo, en la tierra y en los infiernos.» (*Philip. II, 10*). Cantemos, pues, con el Salmista, y digamos á Nuestro Señor: «Elevaos, Señor, al lugar de vuestro reposo, Vos y el arca en que sois santificado» (*Psalm. CXXXI, 8*), es decir, Vos y la humanidad, que á Vos va unida; digamos con Moisés: «Elevaos, Señor, y que vuestros enemigos desaparezcan, y que cuantos os aborrecen sean disipados delante de vuestra faz;» y ciertamente, la magnificencia de su triunfo vence la fiereza de sus adversarios, y desbarata sus empresas atrevidas. Los demonios no hubieran advertido su derrota, si no hubiesen reconocido por experiencia que la autoridad soberana habia sido puesta en manos de aquel cuya debilidad habian despreciado: hé aquí por qué era conveniente que despues de haber descendido para combatir, se fuese al cielo á recoger la gloria que sus victorias le habian adquirido. Así como un príncipe, que está empeñado en una inmensa guerra contra una nación lejana, deja por cierto tiempo su reino para ir á combatir á sus enemigos en su propia tierra; y acabada la expedición, entra con aparato en la ciudad capital de su reino, sembrando tras sí los despojos de los pueblos vencidos: de la misma manera el Hijo de Dios, nuestro Rey, queriendo destruir el reino del diablo, que con insolente usurpación se habia declarado príncipe del mundo, ha descendido á la tierra para vencer á su irreconciliable enemigo, despojándole de su trono con armas que seguramente hubieran sido demasiado débiles, si las hubiesen manejado otras manos; ya solo le resta volver triunfante al cielo, que

es el lugar de su origen y el asiento principal de su soberanía. Ved, pues, como Jesucristo, como rey que es, debia necesariamente subir al cielo.

3. Pero Jesús no es solamente un Rey poderoso y glorioso; es el gran sacrificador del pueblo fiel, y el pontífice de la nueva alianza; por lo cual, nos ha sido representado en las Escrituras, en la persona de Melquisedec, que era juntamente rey y pontífice.

4. Ahora bien, esta cualidad de pontífice, que es el principal ornamento de nuestro Salvador en cuanto hombre, le obligaba, mas que su soberanía, á volverse al lado de su Padre, para tratar de los negocios de los hombres, cuyo mediador era. Ahora, pues, que el texto del santo Apóstol, que me he propuesto explicaros, reúne la ascension de Jesucristo á los cielos, á la dignidad de su sacrificio; sigamos diligentemente su pensamiento, y presentemos la doctrina celestial que desarrolla con tan divina elocuencia en la incomparable epístola á los hebreos; pero para proceder con mas órden, reduzcamos todo nuestro discurso á tres puntos:

5. El pontífice, tal como lo veremos en adelante, es el diputado del pueblo para con Dios, y segun esta cualidad, tiene tres funciones á su cargo. Primeramente ha de acercarse á Dios en nombre del pueblo que le está confiado; despues, ya cerca de Dios, tiene que mediar por su pueblo: y finalmente, en tercer lugar, puesto que por estar tan próximo de Dios se convierte en una persona sagrada, tiene que consagrar á los otros bendiciéndolos. Espero que con el favor divino la continuación de mi discurso os haga comprender mejor estas tres funciones: para esto no os pido otra cosa, sino que retengais en vuestra memoria estas tres palabras: «El pontífice, dice el apóstol san Pablo (*Hebr. V, 1*) está establecido cerca de Dios para los hombres.» Para esto es necesario que se acerque á él, que interceda, que bendiga: porque si no se acercase, no estaria en estado de tratar; si no intercediese, de nada le serviria acercarse; y si no bendijese, de nada serviria al pueblo haberle empleado. De esta manera, acercándose á Dios, nos prepara sus gracias; intercediendo con él, nos las alcanza; bendiciéndonos, las derrama sobre nosotros. Luego estas funciones son tan excelentes, que ninguna criatura viva es capaz de ejercerlas con perfección. Jesús, Jesús es el único y verdadero pontífice: él solo el que se acerca á Dios con dignidad, él solo el que intercede con fruto, el que bendice con eficacia: ved aquí, en pocas palabras, cosas bien grandes: atended á la explicación del Apóstol,

cuyas reflexiones voy á seguir únicamente. Manifestemos con esta doctrina tan cristiana que era necesario que nuestro Salvador para desempeñar su cargo de gran pontífice fuese á tomar puesto al lado de su Padre, á la derecha de su Majestad: hagamos ver por incidencia á sus adversarios que quieren sacar de tan hermosas máximas ventajas para su doctrina, que las han comprendido mal, y que la Iglesia únicamente conoce su verdadero sentido. Sed, ó Señor, con nosotros: *Ave María.*

Primera parte: Jesucristo se acerca á su Padre.

6. La doctrina del Apóstol me obliga á describiros la estructura del tabernáculo, que era el templo portátil de los israelitas; y juntamente la del augusto templo de Jerusalem, que Salomon había hecho edificar segun la forma del tabernáculo que Dios había designado á Moisés. El templo, pues, y el tabernáculo tenían dos partes: la parte interior del templo, en medio de la cual estaba el altar, y cuya entrada estaba abierta á todos los hijos de Israel; allí se hacían las oblaciones y todas las demás ceremonias que respectan al servicio divino; aquel era el lugar santo en que estaban las tablas, los panes de proposición, los perfumes, el candelabro de oro, y el lugar por donde entraban los hijos de Aaron y los levitas. Pero había otra parte mas secreta y retirada en la cual estaban el arca y el propiciatorio, que era la cubierta del arca, y los querubines de oro que extendían sus alas sobre el arca como para cubrir la majestad del Dios de los ejércitos, que había elegido para morada suya el arca. Aquel lugar sagrado, tan religioso y venerable, consagrado por una devoción mas particular, se llamaba oráculo ó santuario, ó de otro modo, el lugar santísimo, ó el Santo de los Santos, segun el modo particular de expresar los pensamientos que tienen los hebreos. Por aquel lugar se dijeron estas palabras: Quienquiera que entre aquí, morirá. Este era el lugar secreto, inaccesible, al que nadie osaba dirigir sus miradas; tan venerable y terrible era: hé aquí por qué entre el lugar santo y el santuario habían extendido un gran velo sembrado de querubines, que cubría los misterios á los ojos del pueblo, y les enseñaba á respetarlos con profunda humildad. Tal era la forma del templo en que el antiguo pueblo servía al Señor su Dios. ¡Cuánta majestad no tenía aquel lugar, cristianos! ¡Y con cuánta razon no le han honrado con sus sacrificios los mas grandes monarcas del Oriente,

concediendo tantos ilustres privilegios á aquel templo y á sus ministros! Pero aun os parecerá mucho mas augusto, si advertís que aquella santa casa era la única que en todo el universo había elegido Dios para domicilio suyo; y que no había otro lugar sobre la tierra en que se adorase al verdadero Dios vivo, y en el cual le fuesen consagradas víctimas. Hé aquí lo que ha hecho decir á los antiguos hebreos, y despues á algunos autores eclesiásticos (*Phil. lib. de Joan. II de Monarch.; S. Hier. epist. ad Faviol. t. II, col. 578; homil. inter oper. S. J. Chris. II, p. 793*), que aquel templo único del Hijo de Dios será la figura del mundo. Porque así como no hay mas que un Dios creador, y un mundo que es obra de su sabiduría, y como si dijéramos, el templo de su Majestad en que es alabado y servido, por la obediencia de sus criaturas, de la misma manera no había mas que un solo templo, que representaba en su unidad al mundo único hecho por el Dios único.

7. Acerca de esto, dice el Apóstol: que aquella parte del templo de Salomon en la cual se reunía el pueblo, representaba la tierra, que es la morada de los hombres; y que aquel lugar tan secreto é impenetrable, en que estaba el arca de la alianza, el cual, Dios, como dice el Salmista (*Psalm. xcvm, 1*) estaba sentado sobre los querubines, «representaba aquella alta morada que la Escritura «llama cielo de los cielos» (*Psalm. cxiii, 16*), en que el Eterno se deja ver en su gloria. Y hé aquí por qué el arca y el santuario, que en aquel tiempo, como he dicho, eran honrados con la presencia de Dios particularmente, estaban cubiertos de un velo misterioso, para hacernos comprender lo que dice el Apóstol: que «Dios habita en una luz inaccesible» (*I Tim. vii, 16*), y que la esencia divina está oculta bajo el velo de un impenetrable secreto; tanto mas, cuanto que los hombres con sus pecados se habían privado eternamente de la vista de Dios, lo cual hacia decir con frecuencia al antiguo pueblo: «Si llegamos á ver á Dios, morirémos» (*Judic. xiii, 22*), por lo cual estaba prohibido entrar en el santuario, so pena de muerte, á todos los hijos de Israel, por una especie de excomunion general, que hacia ver claramente á los mas ilustrados con respecto á los misterios divinos, que sin la gracia de nuestro Salvador, á pesar de los servicios, las víctimas y ceremonias de la ley, todos los hombres estaban excomunicados del verdadero santuario del Dios vivo, es decir, de su reino celeste. Y esta interpretacion no es una invencion del espíritu humano: el Apóstol nos lo enseña en términos expresos, cuando dice á los hebreos, que por

aquella rigorosa prohibicion de entrar y de mirar el santuario, «les quería mostrar el Espíritu Santo, que el camino de los lugares santos no estaria libre y abierto mientras el tabernáculo estuviese «en aquel estado.» (*Hebr. ix, 8*). El Apóstol quiere enseñarnos, que mientras el tabernáculo estuviese en aquel estado, esto es, mientras no tuviese mejores hostias que los animales degollados, el camino de los lugares santos, es decir, la puerta del cielo estaria cerrada para nosotros.

8. Pero regocijémonos, hermanos míos: la sangre de Nuestro Señor Jesucristo ha levantado esta excomunion de la ley; oid al apóstol san Pablo, que os dice que ha penetrado en lo interior del velo. (*Hebr. vi, 19*). Oid ahora lo que significa el interior del velo: Jesucristo ha subido al cielo, y entrado en aquel divino santuario; y esa secreta, inaccesible morada de Dios, de la cual estaban excluidos los hombres para siempre, ha sido abierta á Jesucristo hombre, que ha llevado allá las primicias de nuestra naturaleza. Ved esta verdad figurada por una admirable ceremonia de la ley, que el Apóstol nos explica palabra por palabra en el mismo capítulo. Os ruego que esteis atentos, y escuchéis la mas hermosa, la mas exacta, la mas literal figura que jamás nos ha sido presentada.

9. Aquel lugar tan oculto, tan impenetrable, se abria una vez al año; pero solo un momento y á una sola persona, que era el gran sacrificador. Porque, siendo obligacion del pontífice acercarse á Dios para interceder por el pueblo, muy razonable parece, hermanos míos, que el soberano sacerdote de la antigua ley entrase alguna vez en el santuario, en el que Dios se dignaba habitar entonces: tambien está mandado en el Levítico (*Levit. xvi, 34*) que entre en el Santo de los Santos una vez al año. Pero como el pontífice de los judíos era hombre y pecador, antes de acercarse á aquel lugar, lleno de la gloria de Dios, debia purificarse con sacrificios. Figuraos toda esta ceremonia, que es como si dijéramos una historia del Salvador Jesús: figuraos llegado el momento en que el pontífice debe entrar en el Santo de los Santos, que ya no volverá á ver en todo el año por temor á la muerte: porque tal es el rigor de la ley. Vedle en el primer tabernáculo sacrificar dos víctimas por sus pecados y por los pecados del pueblo que le rodea; contempladle haciendo oraciones y preparándose á entrar en aquel lugar terrible. (*Ibid. xxi, 1 et seq.*). Una vez ofrecidos estos sacrificios, todavía le resta algo mas que hacer; ¿y no puede en adelante acercarse al arca? no, fieles: si se acercase, seria muerto; la majestad

de Dios le haria perecer. ¿Cómo? notad esto, os lo ruego: que tome la sangre de la víctima inmolada, que la lleve consigo al santuario, que empape en ella sus dedos, Dios le mirará bondadosamente; que ruegue en seguida delante del arca por sus pecados y por los de los israelitas, y su oracion será agradable á Dios. ¿Quién no ve aquí, cristianos, que si entra en el santuario, no es á su propio mérito á lo que lo debe? La sangre de la víctima inmolada es la que en él le introduce. Oid el misterio que aquí se encierra: la hostia ha sido ofrecida fuera del santuario, pero su sangre es presentada á Dios en el Santo de los Santos; el pontífice penetra por ella en lo interior del velo, por ella se acerca á Dios, por ella son oidas sus oraciones. Decidme, fieles, ¿qué sangre es esta? la sangre de las bestias brutas ¿es capaz de reconciliar al hombre? ¿Tanto se complace nuestro Dios en la sangre de los animales degollados, que no puede sufrir la presencia de su pontífice, si este, por decirlo así, no se presenta teñido en esa sangre? al través de estas sombras, ¿no descubris á Jesús, que por su sangre abre el santuario eterno? Pero necesario es hacérselo ver mas palpablemente todavía. Os preguntaré: ¿quién es ese pontífice cuya dignidad es tan alta, á quien solo está permitido entrar en el santuario; cuya imperfeccion es tan grande que no puede penetrar en él mas que una vez al año, que no puede introducir en él á su pueblo, y que él mismo no se introduce mas que por la sangre de un buey ó de una cabra? ¿Qué majestad es la del santuario que para entrar en él son necesarias tantas ceremonias? pero ¿qué imperfeccion es la de ese santuario, cuya entrada tan severamente prohibida se franquea únicamente por la sangre de una bestia sacrificada? ¿Cuál es, en fin, la virtud particular, y cuál tambien la imbecilidad de esa sangre que da libertad para acercarse al arca, pero que no la da mas que al pontífice, y solo por un momento, prohibiendo despues la entrada en el santuario con ley eterna é inviolable?

10. Decidnos, ó judíos ciegos, que no quereis creer en el Salvador Jesús, ¿de dónde proviene esa extraña mezcla de tan augusta dignidad y tan visible imperfeccion? todo lo que he dicho ¿no os está gritando que todas esas son figuras? Vuestras ceremonias son imperfectas porque son sombras, y tienen la dignidad necesaria porque representan los misterios de Jesús. Esa sangre, ese pontífice, ese Santo de los Santos ¿no os dicen á voces: Pueblo, no es tu pontífice el que ha de introducirte en el verdadero santuario; no es esa la sangre verdadera que ha de purgar tus iniquidades; no es

ese gran santuario aquel en que descansa la majestad del Dios de Israel? Dios te enviará un dia un pontífice mas excelente, que con mejor sangre te abrirá un santuario mas augusto.

11. Admirad, amados oyentes míos, cómo tantas cosas tan embozadas en apariencia, tan contrarias al parecer unas á otras, cuadran y se acomodan precisamente al Salvador Jesús. El pontífice ofrece su sacrificio fuera del santuario, en medio de su pueblo; el sacrificio de la muerte de Jesús tiene lugar en la tierra en medio de los hombres: el pontífice penetra en lo interior del velo, es decir, en el Santo de los Santos; Jesús, despues de su sangriento sacrificio, penetra tambien en el verdadero Santo de los Santos, es decir, en el cielo: el pontífice no ofrece mas que una vez al año ese sacrificio que le abre las puertas del santuario; Jesucristo no ha ofrecido mas que una vez ese sacrificio de infinita virtud, que nos abre las puertas de los cielos: porque ¿quién no sabe, ó fieles, que el año en su cumplida perfeccion representa en compendio la extension de los siglos, puesto que es evidente que los siglos no son mas que años révueltos y amontonados? El pontífice, despues de haber inmolado su víctima en el altar del tabernáculo, presenta su sangre á Dios en su santuario, á fin de apaciguarle con su pueblo; Jesús, despues de haber inmolado su cuerpo sobre la tierra, ¿no cumple ese mismo misterio subiendo hoy á los cielos? mirad cómo se acerca al trono del Padre, mostrándole sus heridas recientes, teñidas y rojas con su divina sangre, con la sangre de la nueva alianza, derramada para obtener la remision de nuestros pecados: ¿no es esto, hermanos míos, real y verdaderamente presentar á Dios la sangre de la víctima inocente inmolada por nuestra salvacion eterna? ¿Ábrete, pues, ó velo misterioso; ábrete, ó eterno santuario de la santísima Trinidad; deja entrar á Jesucristo mi pontífice en lo mas secreto del santuario del Padre!

12. Porque si la sangre de las cabras y los bueyes hace posible la entrada en el Santo de los Santos, aunque tan rigurosa sea la ley que tiene cerradas sus puertas; la sangre del Hombre-Dios, de Jesucristo, ¿no podrá abrir el verdadero santuario? Y si el pontífice del Antiguo Testamento gozaba de tan hermoso privilegio, aun cuando no penetrase en aquel santo lugar, mas que por la influencia de una «sangre extraña,» como dice el Apóstol (*Hebr. ix, 25*), es decir, por la sangre de las víctimas; ¿cuánta no será la gloria de nuestro Pontífice, «que se presenta á Dios por su propia sangre» (*Ibid. 12*), *Per proprium sanguinem*, como dice el mismo Apóstol?

y si el pontífice segun el órden de Aaron, que era un hombre pecador, puede penetrar en el lugar mas santo; ¿qué podrá haber de sagrado en los cielos donde Jesús no deba entrar? Jesús, digo, ese pontífice tan puro, tan inocente, que siendo el único agradable al Padre, ha sido solamente nombrado sacrificador, segun el órden de Melquisedec? (*Ibid. vii, 17, 26*). Admiramos, pues, amados hermanos míos, en la eminente dignidad de su sacerdocio, la excelencia de la religion cristiana. El pontífice del Antiguo Testamento, antes de entrar en el Santo de los Santos, ofrecia sacrificios por sus pecados y por los pecados de su pueblo; despues, habiendo ya penetrado en el interior del velo, continuaba la misma oracion por sus pecados y los de los israelitas. Jesucristo nuestro Salvador, verdadero pontífice nuestro, como quien es la justicia y la santidad misma, no tiene que sacrificar por sus pecados; pero, siendo inocente y sin mancha, bástase él mismo para hostia dignísima ofrecida por la expiacion de los pecados del mundo. Si hoy le vemos entrar en el Santo de los Santos, es decir, al lado, á la derecha del Padre, ni entra por sí mismo, ni va á rogar por sí mismo. Hé aquí por qué el Apóstol dice en mi texto: «Jesús, nuestro precursor, ha entrado por nosotros;» que quiere decir: El pontífice de la antigua ley tenia necesidad de ofrecer por sí mismo, y penetrar para sí mismo en el santuario; pero Jesús, nuestro verdadero pontífice, ha penetrado en él únicamente por nosotros. Pero qué, Jesucristo nuestro Señor ¿no ha subido al cielo para recibir en él su corona? ¿cómo, pues, decís que no ha entrado para sí mismo? y sin embargo el Apóstol nos dice: «Jesucristo, nuestro precursor, «ha entrado por nosotros.» Procuremos comprender el sentido de sus palabras, cristianos; Jesús no tenia que verter sangre para entrar en el cielo; el cielo era su patria y su reino; y, sin embargo, ha entrado en él por su sangre, no ha subido al cielo sino despues de su muerte: luego no es por sí mismo por quien ha penetrado en él; nosotros, nosotros éramos los que necesitábamos derramar sangre para entrar en el cielo; porque, como pecadores, éramos reos de muerte: nuestra sangre era debida al rigor de la venganza divina, si Jesús no hubiera trocado su sangre por la nuestra, su vida por la vida de los hombres. De aquí tanta sangre derramada en los sacrificios de los israelitas, para significarnos lo que dice el Apóstol: «Que sin efusion de sangre no hay remision» (*Hebr. ix, 22*): y así, cuando él entra en el cielo por su sangre, no es para él, es para nosotros para quienes entra; por nosotros y para nos-

otros se acerca al Padre eterno: en donde vemos otra notable diferencia entre el sacrificador del antiguo pueblo y el pontífice del nuevo, Jesús. El pontífice podía en realidad entrar en el santuario, pero no abrir sus puertas á ninguno del pueblo: él mismo, como pecador, solo por una gracia especial tenia entrada en el Santo de los Santos; no siendo admitido allí mas que por esta gracia, no podía adquirir ningun derecho para el pueblo. Pero Jesús, que tiene un derecho natural á entrar en el cielo, quiere entrar en él por su sangre: reuniendo así dos derechos, el natural y el adquirido. El primero lo reserva para sí; entra en el cielo, y vive en él eternamente. El segundo, nos le transfiere á nosotros. Con él y por él podemos entrar allí; por su sangre nos está permitido penetrar en lo interior del velo: por lo cual le llama el Apóstol nuestro precursor: «Jesús, nuestro precursor, dice, ha entrado por nosotros.»

13. Los Evangelistas observan que en el momento en que Jesucristo espiró, «El velo de que os he hablado tantas veces, que estaba entre el lugar Santo y el Santísimo, se rasgó enteramente de arriba abajo.» (*Matth. xxvii, 51; Marc. xv, 38; Luc. xxiii, 45*). ¡Oh maravillosa continuacion de nuestros misterios! Muerto Jesucristo, ya no hay velo alguno: el pontífice le levantaba para entrar; la sangre de Jesucristo le desgarró, y el velo no existe ya: el Santo de los Santos queda descubierto; el velo está roto de arriba abajo. Ved aquí cómo habla el Apóstol en su segunda epístola á los corintios: «Ante los ojos del pueblo carnal, dice, habia un velo extendido: nosotros, que somos el pueblo espiritual, contemplamos frente á frente la gloria de Dios.» (*II Cor. iii, 15, 18*). Acaso me diréis que tambien tenemos el velo de la fe que nos cubre: pero fácil me es responderos. Ciertamente es que nuestros ojos no penetran todavía lo interior del velo; pero si nuestra esperanza, y no hay obstáculo ni oscuridad que la detenga; ella penetra los mas íntimos secretos de Dios. Y ¿por qué? porque va al lado de Jesucristo, porque le sigue, sin perderle jamás de vista. El Apóstol nos lo explica en nuestro texto: «Mantengámonos, dice (*Hebr. v, 1, 19, 20*), amados hermanos míos, en la esperanza que abrigamos, que penetra hasta lo interior del velo, donde Jesús nuestro precursor ha entrado por nosotros.» ¡Ah! nosotros no tenemos un pontífice que no pueda introducirnos en el santuario: tal como Jesús ha entrado en él, entraremos tambien nosotros.

14. Y sin embargo, para que se cumplan en todo las antiguas figuras, no entraremos todos, entrará solamente el pontífice. ¡Dios

eterno! ¿quién es capaz de comprender este misterio? Sí, fieles, os lo repito; nadie mas que Jesucristo entrará en la gloria. Oid al Salvador: «Nadie sube al cielo, nos dice (*Joan. iii, 13*), excepto el que ha bajado del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo.» Nadie sube al cielo, mas que aquel que ha bajado del cielo: ó fieles, ¿hemos acaso bajado del cielo nosotros? ¿cómo, pues, hemos de subir á él? ¿estamos excomunicados todavía? no, en verdad, el gran Pontífice nos ha absuelto; ha querido ser arrojado de él, á fin de que nosotros seamos recibidos. Subiremos al cielo en Jesucristo y por Jesucristo; él es nuestro jefe, nosotros somos sus miembros, «su plenitud,» como dice san Pablo. (*Ephes. i, 23*). Cuando entremos en el cielo Jesucristo entrará en nosotros, porque sus miembros son los que entran. «Al que venza, dice el mismo Jesucristo (*Apoc. iii, 21*), yo le haré sentar en mi trono.» Escuchad de qué manera ocuparemos aquel alto lugar: estaremos en el cielo confundidos con Jesucristo: y por un maravilloso efecto de la gracia, nuestra hambre será la causa de nuestra abundancia: porque sin comparacion es mucho mas ventajoso para nosotros ser considerados únicamente en Jesucristo, que si lo fuésemos en nosotros mismos; por consecuencia, hermanos míos, hoy que Jesucristo se acerca al Padre, debemos creer que nos acercamos á él y por él; para nosotros ha abierto el santuario; por nosotros ha penetrado en lo interior del velo, por nosotros se presenta delante de Dios. Los pontífices de la antigua ley eran hombres mortales: la carga augusta del sacerdocio se conservaba en la familia de Aarón por sucesion, y de unos en otros. «Jesús, que goza de una vida eterna, dice el Apóstol (*Hebr. vii, 24*), tiene un sacerdocio eterno:» por lo cual, añade el mismo, puede salvar á aquellos que se acercan á Dios por él; él vive eternamente para interceder: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis* (*ibid. 25*); esta es nuestra segunda parte.

Segunda parte: Jesucristo, cerca de su Padre, intercede por nosotros.

15. Leo en el apóstol san Pablo (*ibid. v, 1*) que «todo pontífice debe salir de entre los hombres, y que está establecido para los hombres, en todo aquello que debe ser tratado con Dios.» De donde resulta que el pontífice es el embajador del pueblo cerca de Dios. Luego si nuestro Señor Jesús es nuestro pontífice, claro está que él es tambien nuestro embajador. Admiramos aquí la felicidad de los hombres en tener á su mismo Príncipe por embajador. Ahora bien:

es indudable que siendo él nuestro embajador cerca de su Padre, era necesario que residiese á su lado, que negociase nuestros asuntos, que le diese cuenta de nosotros, que nos conciliase la benevolencia de Dios, y que mantuviese la feliz alianza que le plugo hacer con nosotros: tales son las funciones de un embajador. Ved aquí por qué causa nuestro Príncipe no cesa de rogar á su Padre por nosotros; él está siempre vivo para interceder: de donde resulta que la Escritura le conceda la excelente cualidad de mediador, cuya fuerza voy á haceros comprender ahora.

16. Primeramente, es manifiesto que Jesucristo ruega y que nosotros rogamos; que Jesucristo ruega por nosotros, y que nosotros rogamos unos por otros á causa de la caridad fraternal; por lo cual los Santos son nuestros hermanos; esa caridad sincera é indivisible que los coaliga con nosotros, los obliga á rogar é interceder por los fieles de la tierra. Esta verdad no tiene contestacion: nuestros adversarios mismos no niegan que los bienaventurados rueguen á Dios por nosotros. Siendo esta doctrina tan constante, ¿qué tiene de particular nuestro Señor Jesús para que le demos singularmente y por excelencia la bella cualidad de mediador? ¿le colocaremos con el resto del pueblo en el número de los suplicantes? Cristianos, haced por comprender este misterio. Una cosa es rogar por caridad, y otra ser el mediador establecido para hacer valer las oraciones, y dar importancia á las de los otros. Voy á presentaros un ejemplo familiar de esta verdad. Una cosa es hallarse al lado de un monarca, y hacer por las personas á quienes amamos los oficios de un buen amigo, y otra ser nombrados por el príncipe mismo para darle cuenta de todas las peticiones, distribuir todas las gracias, presentar á todos aquellos que vienen á pedir audiencia. Jesús es mediador general; ninguno es agradable si no es presentado por él; si la oracion no va dirigida en su nombre, ni siquiera será oída; no hay gracia que no sea concedida por él. Y ¿qué podré yo decir de ese santo Pontífice por quien todas las oraciones son escuchadas, por quien todas las gracias son concedidas, por quien todas las ofrendas son bien recibidas, por quien todos aquellos que quieren acercarse á Dios están seguros de ser admitidos? ¡Cuán grande dignidad, cristianos! De todas las partes de la tierra llegan á Dios los votos de los hombres transmitidos por Jesús: todos cuantos invocan á Dios como es debido, le invocan en nombre de ese gran Pontífice, á quien Tertuliano llama con sobrada razon: *Catholicum patris sacerdotem.* (*Adversus Marcion. lib. IV,*

num. 9). « Pontífice universal, establecido por Dios para ofrecer los « votos de todas las criaturas. » No: ni los Patriarcas, ni los Profetas, ni los Apóstoles, ni los Mártires, ni los Serafines mismos, aunque tan vivos de inteligencia y tan abrasados de amor, ni la Reina de todas las almas bienaventuradas, la incomparable María, pueden acercarse al trono de Dios, si Jesús no los introduce: ellos ruegan, no debemos dudarlos, y ruegan por nosotros; pero, como nosotros, lo hacen en nombre de Jesús. Y solo en su nombre son escuchados.

17. Por lo cual no vacilaré en aseguráros que mientras la Iglesia de Dios sobre la tierra, y las almas bienaventuradas en el cielo, no cesan de rogarle jamás, solo Jesucristo es escuchado; porque todos los demás lo son únicamente por él. Por esta razon, hermanos míos, en las oraciones eclesiásticas rogamos á Dios, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que le sean agradables las oraciones que los santos le ofrecen por nosotros. Si ellas fuesen valederas por sí mismas, ¿cuál no seria nuestro atrevimiento al pedir que fuesen recibidas! ¿Ó esperamos acaso que nuestra intercesion las haga valer? ¿á qué, pues, esta manera de orar? pedimos la intercesion de nuestros hermanos que reinan con Jesucristo, y al mismo tiempo rogamos á nuestro Dios que se digne escuchar nuestras oraciones: ¿pretendemos por ventura que nuestras oraciones den valor á las de los santos? quien lo crea así, comprende mal la intencion de la Iglesia. Ella quiere hacernos conocer que cuando imploramos la asistencia de los santos que nos esperan en el paraíso, es para hacer á la par con ellos una misma oracion, para formar un solo coro de música, un mismo concierto, así como juntos formamos una misma Iglesia. Y aun sabiendo que esta union es agradable á nuestro gran Dios, aunque confesemos, obrando de esta manera, que ella le es agradable únicamente por su querido Hijo, el nombre de Jesús es el que ruega, el que nos facilita la entrada, el que temple y persuade al Padre.

18. Esto nos ha sido exactamente figurado en el cuarto y quinto capítulo del Apocalipsis. (*Apoc. IV, 2 et seq.; v, 8*). Allí se nos representa el trono de Dios donde está sentado el que vive por los siglos de los siglos; y al rededor los veinte y cuatro ancianos que, por diversas razones que seria largo aducir aquí, significan las almas de los bienaventurados: « Cada uno de estos ancianos tiene en « las manos una redoma de oro llena de perfumes, que son las oraciones de los santos, » dice san Juan; es decir, de los fieles, segun

la frase de la Escritura. Ved, pues, amados hermanos míos, cómo ese venerable senado, que rodea el trono del Dios vivo, tiene cuidado de presentarle nuestras oraciones: no soy yo quien lo dice, es san Juan. Pero ¿no es esto amenguar la dignidad de nuestro Salvador? ¡no lo permita Dios! los ancianos rodean el trono, pero, delante de él, en medio de los ancianos, el Apóstol nos representa «un cordero muerto al parecer, ante el cual se prosternan los ancianos.» (*Ibid.* 6). ¿Quién no ve en este cordero á nuestro Salvador? parece hallarse muerto, á causa de las cicatrices de sus heridas, y porque su muerte está siempre presente á los ojos de Dios. Este cordero se halla en medio de todos aquellos que oran, como aquel por quien ruegan y á quien se dirigen las miradas de todos: está delante del trono, á fin de que nadie se acerque mas que por él; y se manifiesta entre Dios y sus fieles adoradores, como el mediador de Dios y de los hombres, como quien debe recibir las oraciones, como quien debe elevarlas á Dios. De esta manera presentan los santos nuestras oraciones; unen á ellas las suyas como hermanos, como miembros del mismo cuerpo, pero todo está ofrecido en nombre de Jesús.

19. ¿Qué podrán reprender nuestros adversarios en esta doctrina? ¿no es tan piadosa como indubitable? bien sé que nos dirán que llamamos á los santos mediadores nuestros: y aunque podría responderles que no es así como habla el santo concilio de Trento, y que solo la Iglesia se expresa de esta manera en sus oraciones públicas, quiero concederles que efectivamente los llamemos así alguna vez. Pero yo les preguntaría si la misericordia divina hubiese traído á este lugar á alguno de ellos, si es el nombre ó la cosa lo que les desagrada. Por lo que hace á la doctrina, no cabe duda de que siendo, como es, tal como yo la he presentado, no admite censura alguna. El honor pertenece enteramente á nuestro Salvador: él es el único que tiene entrada allí por sí mismo; todos los demás, por mas santos que sean, no pueden esperar nada mas que por él: y hé aquí por qué el título de mediador le conviene con tan eminente prerogativa, que el que quisiera atribuirlo en este sentido á otros que á él, no podría hacerlo sin pecar de blasfemo. Ved lo que hace decir al Apóstol: «Un Dios, un mediador entre los hombres...» (*I Tim.* II, 5). Si nuestros adversarios se irritan al ver que atribuimos alguna vez á los servidores de Nuestro Señor Jesucristo un título, que por propia confesion nuestra conviene por excelencia á nuestro Salvador; ¡cuán criminales no serán si despues de haber

aprobado la doctrina, que en efecto no puede ser combatida, unas palabras los separan de sus hermanos, convirtiendo la Iglesia de nuestro Salvador en teatro de tantas guerras! Que nos digan si el nombre de mediador es mas incomunicable que el nombre de rey, el de sacrificador, el de Dios; y no saben que la Escritura nos predica que «somos reyes y pontífices.» (*I Petr.* II, 9). ¿Quieren romper con toda la antigüedad cristiana, porque ha dado el nombre de pontífices y sacrificadores á los Obispos y ministros de las cosas sagradas? ¿quieren reprender á Dios mismo que llama á los hombres dioses? No os irriteis, pues, contra nosotros, orgullosos con vuestra Reforma, como si hubiésemos olvidado la mediacion de Jesús, que es toda nuestra esperanza. Los santos, decimos, y no lo podeis negar, son mediadores nuestros por caridad fraternal; pero como ellos no lo son mas que en nombre de Nuestro Señor, seria ridiculo creer que esta mediacion le roba su derecho. En este sentido, y no en otro, los llamamos mediadores, de la misma manera que los jueces han sido llamados dioses. (*Psal.* XLVI, 10). Gritad, declamad cuanto os plazca, engañad al pueblo con falsos pretextos; nuestra doctrina se mantendrá siempre firme, y nuestra Iglesia, fundada sobre piedra, jamás será disipada.

20. Perdonadme esta digresion, amados hermanos míos. Al tocar esta materia, no he podido menos de responder á una calumnia tan intolerable, por medio de la cual se pretende hacer creer que renunciamos al único consuelo del fiel. Sí, nuestro único consuelo consiste en saber que el Hijo de Dios está encargado de vuestros intereses cerca de su Padre. No temamos ser condenados, teniendo tan poderoso defensor y tan divino abogado. ¡Con cuánta alegría no leemos en el apóstol san Juan estas piadosas palabras! «Tenemos cerca del Padre un abogado, que es Jesucristo, el justo.» (*I Joan.* II, 1). Por la gracia de Dios, comprendemos la fuerza y la energía de estas palabras; sabemos que si el embajador negocia, si el sacrificador intercede; el abogado insta, solicita y convence. Con lo cual el Discípulo muy amado quiere hacernos comprender que Jesús no pide solamente misericordia, sino que prueba que es necesario concedérnosla; y ¿qué razones emplea para esto ese grande, ese caritativo abogado? Ellos os debian, Padre mio, pero yo he pagado; he satisfecho toda su deuda, y os he pagado mucho mas que podáis exigir: ellos merecian la muerte, pero yo la he sufrido en su lugar. En seguida enseña sus llagas, y el Padre, acordándose de la obediencia de aquel querido Hijo, se enternece y mira al

género humano con piadosos ojos. De esta manera nos defiende nuestro abogado. Pero no os imagineis, cristianos, que es necesario que tome la palabra para hacerse entender: bástale presentarse ante su Padre con estos gloriosos caracteres; apenas aparece en su presencia, la cólera de aquel queda desarmada; por lo cual el apóstol san Pablo habla de esta manera á los hebreos: «Jesucristo ha «entrado en el Santo de los Santos, á fin, dice, de presentarse á «Dios para nosotros.» (Hebr. ix, 24). Lo que quiere decir: no temais, miserables mortales, Jesucristo está en el cielo, y no debeis dudar de que todo se arreglará en vuestro favor. Solo la presencia del muy amado os pone á Dios propicio.

21. Hé aquí lo que significa el cordero del Apocalipsis, del cual acabo de hablaros, y que está delante del trono como muerto. De este trono está escrito en el mismo lugar, que de él salen rayos y relámpagos, y un espantoso trueno. Dios eterno, ¿osaríamos aproximarnos? «Acerquémonos, vamos hácia el trono de gracia con entera confianza» (Hebr. iv, 16), como dice el Apóstol. Ese trono, cuya majestad nos espanta, ha sido llamado por el Apóstol, como habeis visto, trono de gracia: acerquémonos y no temamos, porque el cordero está delante del trono; los rayos no llegarán hasta nosotros; su presencia detiene el curso de la venganza divina, y trueca su furor implacable en eterna misericordia. ¡Cuán necesario no era que Jesús volviese al lado de su Padre! ¡Oh confianza, oh consuelo de los fieles! ¿quién me dará una fe bastante viva para decir generosamente con el Apóstol: «Quién acusará á los elegidos «de Dios?» (Rom. viii, 33). Jesucristo es su abogado y defensor: «Un Dios los justifica, ¿quién osará condenarlos? Para que nos «creamos á cubierto, ¿no basta que Jesucristo haya muerto, resu- «citado, y que á mas interceda hoy por nosotros? ¿quién, pues, «podrá alejarnos de la caridad de nuestro Salvador?» (Ibid. 34, 35). Después de esto, ¿qué nos resta, cristianos, mas que hacernos dignos de tan grandes misterios, de los cuales ya somos partícipes? Puesto que tenemos en el cielo un tesoro tan grande, elevemos á él nuestras almas y nuestra esperanza: esta es mi última parte, que reduciré á pocas palabras, porque no es mas que la continuacion de las dos precedentes.

Tercera parte: Jesucristo, cerca de su Padre, derrama sus gracias sobre nosotros.

22. De allí, hermanos, míos, descienden sobre nosotros las bendiciones eternas. ¡Qué transporte tan grande de alegría el mio, cuando considero á Jesucristo, nuestro gran sacrificador, oficiando delante de aquel altar eterno en que nuestro Dios se hace adorar! Ora se vuelve hácia su Padre para hablarle de nuestras miserias y necesidades; ora se vuelve hácia nosotros, y nos colma de favores con una sola de sus miradas. Nuestro pontífice no está solamente cerca de Dios para transmitirle nuestros ofrecimientos y nuestras oraciones, sino tambien para derramar sobre nosotros los tesoros celestiales; siempre tiene las manos llenas de las ofrendas que la tierra envia al cielo, y de los dones que el cielo prodiga á la tierra. Por esto es por lo que el evangelista san Lucas nos enseña que subió bendiciéndonos. «Los bendecía, dice, elevando sus manos; y «mientras los bendecía, se iba elevando al cielo:» no creamos, pues, cristianos, que la ausencia de Nuestro Señor Jesús nos priva de sus bendiciones y gracias: no, se aleja bendiciéndonos: es decir, que si le perdemos corporalmente, su espíritu queda con nosotros, no cesa de velar por nosotros, y de enriquecernos con su abundancia. Por lo cual dice á sus santos Apóstoles: «Si yo no vuelvo al lado «de mi Padre, el Espíritu paráclito no bajará á la tierra;» (Joan. xvi, 7) me reservo el repartiros ese gran don, para cuando esté en el lugar de mi gloria. Y así lo enseña el Evangelista, cuando dice: «El Espíritu no habia sido todavía dado, porque Jesús no ha- «bia sido glorificado.» (Ibid. vii, 39). Tratemos de comprender ahora, hermanos míos, qué lugar es ese de donde nos vienen las gracias. Si el manantial de todos nuestros bienes se halla en la tierra, admirámonos enhorabuena á la tierra: mas si, por el contrario, este mundo visible no nos produce continuamente mas que males; si el origen de nuestro bien, si el fundamento de nuestra esperanza, si la única causa de nuestra salvacion está en el cielo, abrásemonos en celestiales deseos: no respiremos mas que por el cielo, «en el «cual Jesús, nuestro precursor, ha entrado por nosotros.» (Hebr. vi, 20). Ciertamente, bien hubiera podido él volar al lado de su Padre, sin hacer á sus Apóstoles testigos de su ascension triunfante; pero quiere llamarlos, á fin de enseñarlos á seguirle; no, hermanos míos, los santos discípulos de nuestro Salvador no están hoy

reunidos para ser únicamente espectadores de su ascension: «Jesús «sube á sus ojos, para enseñarles á seguirle como el águila;» dice Moisés, que provoca á sus hijos á volar, y vuela á sus ojos: así Nuestro Señor Jesucristo, ese águila misteriosa, cuyo vuelo es tan firme y tan alto, junta á sus discípulos como á sus aguiluchos, y rompiendo los aires á sus ojos, los convida con su ejemplo á rasgar las nubes: *Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos, et super eos volitans.* (Deut. xxxii, 11).

23. Valor, pues, hermanos, sigamos el vuelo de esa águila divina que nos precede. Jesucristo no se contenta con volar únicamente delante de nosotros; nos ase, nos eleva y sostiene: «extiende de sus alas sobre nosotros, y nos lleva sobre sus hombros:» *Expandit alas suas atque portavit eos in humeris suis.* (Ibid.). Y partiendo, que la tierra no nos sostenga ya; rompamos las cadenas que nos sujetan, y gocemos, en medio de un generoso vuelo, de la feliz libertad por que nuestras almas suspiran. ¿Por qué nos detenemos en la tierra? nuestra cabeza está en el cielo; ¿queremos acaso arrancarle sus miembros? nuestro altar está en el cielo, nuestro pontífice á la derecha de Dios; á él, pues, deben dirigirse nuestros sacrificios; allí es donde debemos encontrar el verdadero ejercicio de la religion cristiana. Los filósofos del mundo han reconocido que no es aquí abajo donde debe buscarse el reposo. Ahora que nos vemos elevados en medio de tan altos misterios, ¿cuál no será nuestra locura, si cedemos á los deseos terrestres «después de haber «sido incorporados á ese santo Pontífice, que ha penetrado por nosotros en lo interior del velo, hasta la mas secreta parte del Santo «de los Santos?» (Hebr. ix, 12). Confieso que Jesús excusa nuestras faltas, porque es nuestro pontífice y nuestro abogado. Pero, ¿cuán detestable no seria nuestra ingratitud si correspondiésemos á tan inestimable bondad con pecados indignos! léjos de nosotros tan vergonzosa idea; antes renunciando á los deseos carnales, hagámonos dignos del honor que Jesús nos ha hecho yendo á tratar nuestros negocios con su Padre, y vivamos como deben vivir aquellos por quienes intercede el Hijo de Dios. Consideremos que mediante la sangre de nuestro Pontífice, somos, como dice san Pedro, «los sacrificadores del Altísimo, ofreciendo víctimas espirituales, «agradables por Jesucristo.» (I Petr. ii, 5). Y puesto que nuestro Salvador ha querido hacernos partícipes de su sacerdocio, seamos santos como es santo nuestro pontífice; porque si en el Antiguo Testamento el que violaba la dignidad del pontífice con alguna es-

pecie de irreverencia era tan rigurosamente castigado; ¡cuán grande no será el suplicio de aquellos que desprecian la autoridad de aquel gran Pontífice, al cual ha dicho Dios: «Tú eres mi Hijo, yo «te he engendrado hoy!» (Psalm. ii, 7).

24. Por consecuencia, hermanos míos, obedezcamos fielmente á nuestro Pontífice, y después de tantas gracias como de él hemos recibido, comprendamos lo que dice san Pablo, que será horrible caer en manos de Dios vivo (Hebr. x, 31), cuando su bondad despreciada se haya trocado en furor. Pensemos que Jesucristo es nuestro mediador y abogado; pero no olvidemos que es nuestro juez. Y así nos lo advierten los Ángeles, cuando dicen á los Apóstoles: «Hombres de Galilea, ¿qué mirais? Ese mismo Jesús que habeis «visto subir al cielo, ha de volver un día de la misma manera.» (Act. i, 11). Unamos estos dos pensamientos: el que ha subido para interceder, debe bajar al fin á juzgarnos; y su juicio será tanto mas severo cuanto mayor haya sido su misericordia. No despreciemos la bondad de Dios, que nos espera arrepentidos ha largo tiempo: despojémonos de los apetitos carnales, y alimentemos nuestra alma de pensamientos divinos. ¡Oh Dios! ¿qué es lo que puede haber para nosotros en la tierra, cuando nuestro Pontífice nos abre el cielo? nuestro abogado, nuestro mediador, nuestro jefe, nuestro intercesor, está en el cielo; nuestra alegría, nuestro amor y nuestra esperanza, nuestra herencia, nuestro país, nuestro domicilio, están en el cielo: nuestra corona y el lugar destinado á nuestro reposo están en el cielo, donde Jesucristo nuestro precursor, que por nosotros ha entrado en el Santo de los Santos, con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

ASUNTOS

SOBRE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Cada misterio de la vida del Redentor tiene una relacion estrecha con alguna virtud cristiana. Jesucristo con su resurreccion probó y confirmó nuestra fe; con la venida del Espíritu Santo vivificador consumará en breve nuestra caridad; hoy con su ascension al cielo aviva nuestra esperanza: 1.º poniéndonos á la vista un bien infinitamente precioso; 2.º infundiéndonos el poder y el valor nece-

reunidos para ser únicamente espectadores de su ascension: «Jesús «sube á sus ojos, para enseñarles á seguirle como el águila;» dice Moisés, que provoca á sus hijos á volar, y vuela á sus ojos: así Nuestro Señor Jesucristo, ese águila misteriosa, cuyo vuelo es tan firme y tan alto, junta á sus discípulos como á sus aguiluchos, y rompiendo los aires á sus ojos, los convida con su ejemplo á rasgar las nubes: *Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos, et super eos volitans.* (Deut. xxxii, 11).

23. Valor, pues, hermanos, sigamos el vuelo de esa águila divina que nos precede. Jesucristo no se contenta con volar únicamente delante de nosotros; nos ase, nos eleva y sostiene: «extiende de sus alas sobre nosotros, y nos lleva sobre sus hombros:» *Expandit alas suas atque portavit eos in humeris suis.* (Ibid.). Y partiendo, que la tierra no nos sostenga ya; rompamos las cadenas que nos sujetan, y gocemos, en medio de un generoso vuelo, de la feliz libertad por que nuestras almas suspiran. ¿Por qué nos detenemos en la tierra? nuestra cabeza está en el cielo; ¿queremos acaso arrancarle sus miembros? nuestro altar está en el cielo, nuestro pontífice á la derecha de Dios; á él, pues, deben dirigirse nuestros sacrificios; allí es donde debemos encontrar el verdadero ejercicio de la religion cristiana. Los filósofos del mundo han reconocido que no es aquí abajo donde debe buscarse el reposo. Ahora que nos vemos elevados en medio de tan altos misterios, ¿cuál no será nuestra locura, si cedemos á los deseos terrestres «después de haber «sido incorporados á ese santo Pontífice, que ha penetrado por nosotros en lo interior del velo, hasta la mas secreta parte del Santo «de los Santos?» (Hebr. ix, 12). Confieso que Jesús excusa nuestras faltas, porque es nuestro pontífice y nuestro abogado. Pero, ¿cuán detestable no seria nuestra ingratitud si correspondiésemos á tan inestimable bondad con pecados indignos! léjos de nosotros tan vergonzosa idea; antes renunciando á los deseos carnales, hagámonos dignos del honor que Jesús nos ha hecho yendo á tratar nuestros negocios con su Padre, y vivamos como deben vivir aquellos por quienes intercede el Hijo de Dios. Consideremos que mediante la sangre de nuestro Pontífice, somos, como dice san Pedro, «los sacrificadores del Altísimo, ofreciendo víctimas espirituales, «agradables por Jesucristo.» (I Petr. ii, 5). Y puesto que nuestro Salvador ha querido hacernos partícipes de su sacerdocio, seamos santos como es santo nuestro pontífice; porque si en el Antiguo Testamento el que violaba la dignidad del pontífice con alguna es-

pecie de irreverencia era tan rigurosamente castigado; ¡cuán grande no será el suplicio de aquellos que desprecian la autoridad de aquel gran Pontífice, al cual ha dicho Dios: «Tú eres mi Hijo, yo «te he engendrado hoy!» (Psalm. ii, 7).

24. Por consecuencia, hermanos míos, obedezcamos fielmente á nuestro Pontífice, y después de tantas gracias como de él hemos recibido, comprendamos lo que dice san Pablo, que será horrible caer en manos de Dios vivo (Hebr. x, 31), cuando su bondad despreciada se haya trocado en furor. Pensemos que Jesucristo es nuestro mediador y abogado; pero no olvidemos que es nuestro juez. Y así nos lo advierten los Ángeles, cuando dicen á los Apóstoles: «Hombres de Galilea, ¿qué mirais? Ese mismo Jesús que habeis «visto subir al cielo, ha de volver un día de la misma manera.» (Act. i, 11). Unamos estos dos pensamientos: el que ha subido para interceder, debe bajar al fin á juzgarnos; y su juicio será tanto mas severo cuanto mayor haya sido su misericordia. No despreciemos la bondad de Dios, que nos espera arrepentidos ha largo tiempo: despojémonos de los apetitos carnales, y alimentemos nuestra alma de pensamientos divinos. ¡Oh Dios! ¿qué es lo que puede haber para nosotros en la tierra, cuando nuestro Pontífice nos abre el cielo? nuestro abogado, nuestro mediador, nuestro jefe, nuestro intercesor, está en el cielo; nuestra alegría, nuestro amor y nuestra esperanza, nuestra herencia, nuestro país, nuestro domicilio, están en el cielo: nuestra corona y el lugar destinado á nuestro reposo están en el cielo, donde Jesucristo nuestro precursor, que por nosotros ha entrado en el Santo de los Santos, con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

ASUNTOS

SOBRE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Cada misterio de la vida del Redentor tiene una relacion estrecha con alguna virtud cristiana. Jesucristo con su resurreccion probó y confirmó nuestra fe; con la venida del Espíritu Santo vivificador consumará en breve nuestra caridad; hoy con su ascension al cielo aviva nuestra esperanza: 1.º poniéndonos á la vista un bien infinitamente precioso; 2.º infundiéndonos el poder y el valor nece-

sarios para alcanzarlo. — Efectivamente con su ascension á los cielos, hoy el Salvador del mundo conduce á los fieles al conocimiento de aquella majestad y de aquel esplendor con que resplandece en su eterna y gloriosa morada. Y ¿puede la mente humana concebir un bien mayor? ¿Puede el corazon del hombre amar algun otro bien fuera de este? — Por otra parte el Salvador nos infunde el poder de alcanzar este bien prometiéndonos el auxilio de su poderoso brazo. Mas en vano abrigarémos en nuestro corazon la esperanza de ser algun dia semejantes á él, si no le imitamos, siguiendo sus pasos; y en vano esperarémos imitarle, si no invocamos humildemente sus gracias, sus luces y sus auxilios.

II. El Hijo de Dios empezó con su Encarnacion la grande obra de nuestra salvacion, que consumó por medio de su ascension á los cielos. La Encarnacion fue un misterio de abyeccion y humildad; la Ascension fue un misterio de elevacion y grandeza: en el primero, el Verbo encarnado quitó al nacer todo esplendor á su divinidad, ocultó bajo la forma de un siervo su grandeza, y bajo un cuerpo pasible y mortal su inmortalidad; en el segundo, el Verbo mismo rehabilita su humillada divinidad, su oculta grandeza y su ofendida inmortalidad: 1.º, porque el que era pasible, se vuelve impasible, y así como cuando resucitó mostró ser un Dios poderoso, ahora subiendo á los cielos muestra ser un Dios de grandeza y majestad; 2.º, porque el que era siervo, asciende ahora á la diestra del Padre que gobierna con él todos los seres creados; 3.º, el que apareciera entre nosotros como hombre y mortal, hoy, como dicen los Padres, *se convierte en perfecto Dios*.

III. Jesucristo con su triunfal ascension entra en posesion de aquella celeste gloria, por la cual merece hoy el nombre de glorificador nuestro, pues reune cuantos títulos son menester para merecer este nombre: 1.º, abre el cielo, hasta ahora cerrado á todas las humanas generaciones; 2.º, infunde en el corazon de los hombres la esperanza de poder ascender á aquella gloriosa mansion; 3.º, inflama en ellos la caridad, para que á este solo norte se dirijan todos sus deseos y afectos.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Inclinavit cœlos, et descendit, et ascendit super Cherubim, et volavit super pennas ventorum. (*Psalm. xvii*).

Quis ascendet in montem Domini, aut quis stabit in loco sancto

ejus? innocens manibus, et mundo corde, etc. (*Psalm. xxiii*).

Quis est iste Rex gloriæ? Dominus fortis et potens, Dominus virtutum ipse est Rex gloriæ. (*Ibid.*).

Notas mihi fecisti vias vitæ. (*Psalm. xv*).

Exaltare super cœlos Deus, et super omnem terram gloria tua. (*Psalm. lvi*).

Qui ascendit super occasum, Dominus nomen illi. (*Psalm. lxxvii*).

Date gloriam Deo super Israel, magnificentia ejus in nubibus. (*Ibid.*).

Qui ascendit super cœlum cœli ad orientem. (*Ibid.*).

Ascendens in altum, captivam duxit captivitatem. (*Ephes. ii*).

Ascendit Deus in jubilo. (*Psalm. xlvii*).

Qui ascendit super cœlum. (*Ibid.*).

Deus sedet super sedem sanctam suam. (*Ibid.*).

Qui ponis nubem ascensum tuum. (*Psalm. ciii*).

Ascendit pandens iter ante eos Rex eorum. (*Mich. xiv*).

Et Dominus quidem Jesus postquam locutus est eis, assumptus est in cœlum, et sedet à dextris Dei. (*Marc. xvi*).

Factum est, dum benediceret illis, recessit ab eis, et ferebatur in cœlum. (*Luc. xxi*).

Si diligeretis me, gauderetis utique, quia ad Patrem vado. (*Joan. xiv*).

Vado parare vobis locum. (*Ibid.*).

Expedit vobis, ut ego vadam; si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos; si autem abiero, mittam eum ad vos. (*Joan. xvi*).

Si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum. (*Joan. xii*).

Exivi à Patre, et veni in mundum; iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem. (*Ibid.*).

Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum, Deum meum, et Deum vestrum. (*Joan. xx*).

Nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo. (*Joan. vii*).

Spiritus nondum erat datus, quia Jesus nondum erat glorificatus. (*Joan. iv*).

Hoc vos scandalizat? Si ergo videritis Filium hominis ascendentem, ubi erat prius? (*Joan. vi*).

Clarifica me, tu Pater, apud temetipsum claritate, quam habui prius quam mundus esset, apud te. (*Joan. xvii*).

Oportuit Christum pati, et ita intrare in gloriam suam. (*Luc. xxiv*).

Hæc scribo vobis, ut non peccetis; sed si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum. (*1 Joan. ii*).

Ubi est thesaurus tuus, ibi et cor tuum. (*Matth. vi*).

Cum hæc dixisset, videntibus illis, elevatus est, et nubes suscepit eum ab oculis eorum. (*Act. i*).

Hic Jesus, qui assumptus est à vobis in cœlum, sic veniet quem admodum vidistis eum euntem in cœlum. (*Ibid.*).

Deus exaltavit illum, et dedit illi nomen, quod est super omne nomen. (*Philip. ii*).

Data est mihi omnis potestas in cœlo, et in terra. (*Matth. xxi*).

Quæ sursum sunt quærite, ubi Christus est in dextera Patris sedens; quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram. (*Colos. iii*).

Ascendit super omnes cœlos, ut impleret omnia. (*Ephes. iv*).

Convivificavit nos, et consedere fecit in cœlestibus. (*Ephes. ii*).

Expolians principatus, et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso. (*Colos. ii*).

Quod autem ascendit, quid est, nisi quia et descendit primum in inferiores partes terræ? (*Ephes. iv*).

Viri Galilæi, quid hic statis aspicientes in cœlum? (*Act. i*).

Præcursor pro nobis introivit Jesus. (*Hebr. vi*).

Excelsior cœlis factus. (*Hebr. vii*).

Vidimus Jesum per passionem gloria, et honore coronatum. (*Hebr. ii*).

Sedenti in throno, et regno gloria, et potestas. (*Apoc. v*).

Accipiam vos ad me ipsum, ut ubi sum ego, et vos sitis. (*Joan. xiv*).

Figuras de la sagrada Escritura.

Enoc, dice Gregorio, arrebatado por una fuerza sobrehumana, y trasladado á un lugar desconocido, para que la iniquidad no rompiese su recto é inocente corazón, es una pálida imágen del Redentor, que por mucho mas sublimes razones, y de una manera aun mas portentosa asciende á la diestra de su Padre celestial.

Elías, arrebatado de la tierra sobre un carro de fuego, es, segun san Bernardo, otra figura del Salvador en su ascension al cielo. Así como aquel justo de la antigua ley, al separarse de su amado discípulo Eliseo, se lleva consigo todos sus deseos: *Universa ejus desideria secum abstulit*, así el Salvador, al separarse de la tierra, se lleva tambien consigo los deseos de los Apóstoles, que llenos de tristeza y admiracion lo ven elevarse al cielo y ocultarse para siempre á sus ojos: pero en vez de recoger, como Eliseo, cual preciosa herencia, el manto de su perdido Maestro, avivan la esperanza en su cora-

zón, pensando que sube á prepararles los asientos en la patria celestial.

Mientras miraba yo estas cosas en la vision de la noche, dice Daniel lleno de inspiracion profética, ví venir como el Hijo del Hombre con las nubes del cielo, y llegarse hasta el anciano de días¹: el cual le dió la potestad y la honra y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán. Su potestad es potestad eterna, que no le será quitada, y su reino no será destruido. Ved aquí pintada, dice san Juan Crisóstomo comentando este pasaje, ved aquí pintada la ascension de Jesucristo al cielo.

¿Quiénes serán esos justos, pregunta el Apóstol de las gentes, que servirán de corona al Redentor, en tanto que, vencedor del infierno, de la muerte y del mundo, asciende á reinar entre los bienaventurados? Aquellos hombres santos que sufrieron escarnios, y azotes, y cadenas, y cárceles. *Sancti viri ludibria, et verbera experti, vincula et carceres; aquellos que fueron apedreados y muertos con espada; lapidati sunt, in occisione gladii mortui sunt*; aquellos que ya entre nosotros anduvieron cubiertos de cilicios, de pieles de cabra, desamparados, angustiados, afligidos, errantes por los desiertos, en los montes y en las cuevas; aquellos, en fin, de los cuales el mundo no era digno: *Quibus dignus non erat mundus*. Estos unidos á una multitud de espíritus celestiales, continúa el profeta Zacarías, vencido el infierno por Jesucristo, cubrirán alegres al vencedor con riquísimas vestiduras; otros pondrán sobre su cabeza la corona de gloria; y entre tanto Satanás, humillado, cargado de cadenas, despojado de su imperio, gemirá á los pies de aquel Cristo que al subir á los cielos llevóse cautiva la cautividad.

Sentencias de los santos Padres.

Si fideliter, devote Ascensionem Domini celebramus, ascendamus cum illo, ascendamus corde, ut cum dies promissus advenerit, sequamur et corpore. (*Aug. serm. I de Ascens.*).

Scire debemus, Fratres, quia cum Christo non ascendit superbia, non avaritia, non luxuria, nullum vitium nostrum ascendit cum medico nostro. (*Ibid.*).

Resurrectio Domini spes nostra est, Ascensio glorificatio nostra. (*Ibid.*).

Ubi portio mei regnat, ibi me regnare credo; ubi caro mea glo-

¹ Por anciano de días entienden los Padres el Padre eterno.

rificatur, ibi gloriosum me agnosco; ubi sanguis meus dominatur, ibi dominari me sentio. (*Id. ibid.*).

Eadem persona Christi descendit, et ascendit; descendit quidem sine corpore, ascendit vero corpore induta. (*Ibid.*).

In die nativitatis Dominus vere hominem se esse confessus; in Ascensione vero se esse Deum testatus. (*Id. serm. VI.*).

Ascendit Dominus post sepulchrum, cœlum; post crucem, thronum. (*Ibid. serm. XXVII.*).

In gremium immortalitatis, mortalis natura transfertur. (*Idem, serm. CLXXVIII.*).

Stupenda novitate super cœlestes thronos terrenum corpus imponitur. (*Id. ibid.*).

Quis sic non diligit Christum, ut et suam naturam jam immortalem grateletur in Christo? (*Id. serm. LVIII.*).

Pretium nostrum dedit cum penderet in ligno; collegit, quos emit, cum sederet in cœlo. (*Id. serm. CLXXV.*).

Salvator noster ascendit in cœlum, non ergo turbemur in terra, ibi sit mens, et hic erit requies. (*Ibid.*).

Oportet, ut illuc sequamur in corde, ubi Christum credimus corpore ascendisse. (*Greg. hom. super Evang.*).

Illa natura, cui dictum est: terra es, et in terram ibis, hodie in cœlum ivit. (*Chrys. hom. de Ascens.*).

Cœlos transivit, super Seraphim elevatur, nec ante stetit, quam sedem dominicam meruisset. (*Id. serm. III de Ascens.*).

Hodie angeli naturam nostram in sede Dominica immortalis gloria fulgentem viderunt. (*Ibid.*).

Christi Ascensio nostra propectio est, et quo precessit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis. (*S. Leo, serm. II de Ascens.*).

Christus cœpit esse divinitate præsentior, qui factus est humanitate longinquior. (*Ibid.*).

Ut illius gloriæ sociaretur in throno, cujus naturæ copulabatur in Filio. (*Ibid.*).

Non solum hodie paradisi possessores firmati sumus, sed superna cœlorum in Christo penetravimus. (*Id. ibid.*).

Super omnium creaturarum cœlestium dignitatem humani generis natura conscendit. (*Id. serm. I.*).

Ascensio est felix clausula itinerarii Filii Dei. (*S. Bern. serm. II de Ascens.*).

Per hoc quod se nostris oculis visibiliter subtraxit Christus, nostris se mentibus invisibiliter radicavit. (*S. Greg. hom. VII.*).

Excellentius, sacratiusque innotuit, cum in paternæ majestatis gloriam se Christus recepit. (*S. Leo, serm. XIII.*).

Humilitas Christi claritatis est meritum; claritas humilitatis est præmium. (*S. Aug. Tract. X in Joan.*).

Hoc sperate membra, quod videtis in capite. (*Id. in Joan. XII.*).

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Cum venerit ille (Spiritus) arguet mundum de peccato. (Joan. xvi, 8).

Quando él (el Espíritu) viniere, arguirá al mundo de pecado.

1. Arguye Dios al hombre de pecado desde el principio de los tiempos, y sin embargo el hombre no se muda... Arguye el Hijo de Dios al hombre de pecado en la plenitud de los tiempos, y sin embargo el hombre no se muda... Arguye, por fin, de pecado al hombre en este día el Espíritu Santo, y consíguese el intento, múdase el hombre. Múdase el hombre, porque... Los Apóstoles y los fieles antes tan inconstantes... ¿Serenuevan en nosotros estos cambios?... ¡Ah! yo bien lo deseo, pero lo ignoro, é ignorándolo, pregunto concretándome á un solo punto: Cuando se trata de defender la causa de Cristo, ¿sustituimos, como los primitivos cristianos, á nuestra timidez aquel valor que habla con valentía, que obra con intrepidez, que padece con constancia? Preparaos á responder á mis preguntas...

Primera parte: ¿Tenemos el valor que habla con valentía?

2. Yo derramaré mi espíritu..., decía el Señor por Isaiás. Yo haré descender mi Espíritu..., decía por boca de Joel. Yo enviaré mi Espíritu..., decía el mismo Jesucristo. Estas dulces promesas se cumplieron. Pedro..., Santiago y Juan..., los discípulos todos del Nazareno, que cual tímidas ovejas..., revestidos ahora del Espíritu Santo, convencen..., confunden... En vano se les impone silencio... En vano se les amenaza... En vano se les castiga... Esto supuesto, pregunto: ¿Cómo procedemos nosotros en la defensa de la causa de Jesucristo? ¿Sustituimos?... ¿Hablamos?... Si el impío..., si el ateo..., si el deista..., si el naturalista... alzan la voz, ¿hay alguno del pueblo..., de la nobleza..., ó del clero que se levante para rebatirlos?... ¿hay alguno que imite á Pedro contra Simon Mago,

á Juan contra Cerinto, á Pablo contra Imeneo?... Si la moral se ve ultrajada ora por..., ¿hay alguno de nosotros que?... ¡Ah! ¿podrá, pues, la impiedad... ¿podrá la licencia..., y á todo esto tendremos cerrada nuestra boca?... ¿Cómo pues? ¿La impiedad, la molicie, la licencia medrarán entre nosotros sin obstáculo hallándonos dormidos como los pastores de Asur, condescendientes como los profetas de Acab, y mudos como los perros de Isaiás?... ¡Oh vileza!...

Segunda parte: ¿Tenemos el valor que obra con intrepidez?

3. Las palabras han de acreditarse con las obras... El valor y la inactividad se rechazan mutuamente... La actividad de los Apóstoles está simbolizada en el fuego, al cual se compara el Espíritu Santo que reciben... Penetrados, movidos, impulsados por este, pasan de una á otra ciudad, de uno á otro mar, de... Gauros, drúidas, etc. Las nubes pacíficas corren... Los Ángeles acuden... Las naciones todas... No es ya tan solo en Jerusalem y en Garizim... El mundo entero advierte su repentino cambio... Veamos ya cuál es en esta parte nuestro valor. ¿Damos nosotros pruebas de intrepidez apostólica?... Si la seducción facilita la licencia, si..., ¿llorais vosotros los agravios inferidos á la Majestad divina?... ¿procurais atajar?... Hoy día que unos..., otros..., ¿hay alguno entre vosotros que como Moisés..., como Samuel..., como los Apóstoles... Discurrid..., y responded. También en nuestros días las hijas de Moab... ¿Hay alguno que muestre el celo de Finees... ¿Hay alguno que se oponga á la licencia?... Reflexionad, y responded... Mas observo que callais ruborizados al ver lo que sois y lo que debierais ser...

Tercera parte: ¿Tenemos el valor que padece con constancia?

4. El valor debe acreditar las obras con los padecimientos... Volvamos por un momento á los Apóstoles. ¿Qué constancia no fue la suya en... Ni las afrentas..., ni el peso de las cadenas..., ni los azotes, ni el destierro, ni la muerte bastaban á perturbar su... Bien lo sabeis vosotros, ó hebreos..., mas á pesar de esto... ¡Oh ignominia!... Pasemos adelante. ¿Qué constancia no manifestaron los Apóstoles en... Resistían impávidos á las amenazas de los gobernadores gentiles..., y aun en medio de los tormentos... Débiles cristianos, poned la vista en estos ejemplos. ¿Á qué se reduce vuestro

valor?... ¿Á qué vuestra constancia?... ¿Qué viene á ser vuestro sufrimiento?... Pasemos aun mas adelante. ¿Con qué constancia no procuraron imitar la mortificacion de Jesucristo? Considerándose cual víctimas... Yo no dudo que estais persuadidos de estas verdades, pero ¿cuál es el fruto?... Si en vez de convertirnos..., ¿lloramos nuestra miseria?... Si la conciencia nos recuerda..., ¿detestamos esos extravíos?... Si la justicia divina nos arguye..., ¿nos mostramos temerosos?... Nada, nada de esto hacemos... Hemos perdido la inocencia..., aborrecemos la penitencia... Os hablo cual pastor solcito..., y os digo con san Agustin que la mortificacion para el cristiano no es conveniencia, sino necesidad... Os digo con san Eutimio, que debemos subyugar las pasiones... Os digo con el Crisóstomo, que nuestro cuerpo... Os digo con Salviano, que debemos sujetar... Os digo, por último, que el valor de los Apóstoles, de..., condena nuestra repugnancia á los padecimientos.

5. *Deprecacion*: Gran Dios, Vos que..., infundid ese mismo Espíritu... Haced, Señor..., *Emitte Spiritum tuum, et...*

SERMON I

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Cum venerit ille (Spiritus) arguet mundum de peccato. (Joan. xvi, 8).

Quando él (el Espíritu) viniere, arguirá al mundo de pecado.

1. Arguye Dios al hombre de pecado desde el principio de los siglos, y sin embargo el hombre no se muda. Á la transgresion de Adan, castigada con el destierro, sucede el atentado de Cain; al atentado de Cain, patentizado por el terror, sucede la corrupcion de toda carne; y á la corrupcion de toda carne, sumergida con el diluvio, sucede ora la idolatría al pié del monte Horeb, ora la fornicacion en los campos de Moab, ora el menosprecio de la ley en los contornos de Samaria y en el recinto de Sion. Arguye el Hijo de Dios al hombre de pecado en la plenitud de los tiempos, y sin embargo el hombre no se muda. Los oráculos de una doctrina celestial no bastan á disipar las tinieblas de la ignorancia; los ejemplos de una vida santísima no bastan á reprimir la licencia, ni son bastantes á suavizar la barbarie los prodigios de una autoridad tan superior á la de Moisés, cuanto lo es la dignidad de hijo á la condicion de siervo. Arguye finalmente de pecado al hombre el Espíritu Santo en este dia, que puede llamarse el dia postremo de la ley, el dia primero de la Iglesia, el dia conciliador de las dos alianzas, y en este dia, cuanto un Dios criador habia pretendido, quanto un Dios redentor habia enseñado y prescrito, queda realizado, cumplido y perfeccionado por un Dios santificador: conséguese el intento. Múdase el hombre: *Cum venerit ille, arguet mundum de peccato.* Múdase el hombre, porque, segun la prediccion de Isafas, los tímidos cobran ánimo, y cambian la humana fortaleza en una fortaleza divina. Los Apóstoles, antes tan pusilánimes, que no osaban defender á su Maestro, defiéndenle ahora valerosamente de los judíos y gentiles, arrostrando intrépidos la perfidia de los unos y la crueldad de los otros. Múdase el hombre, porque, segun la expresion

de Ezequiel, los insensibles se revisten de piedad, y truecan sus corazones de piedra en corazones de carne. Los fieles, tal vez indiferentes antes para con sus hermanos, acuden ahora presurosos en su auxilio, desafiando animosamente los peligros, sujetándose gustosos á las humillaciones, y aceptando alegres toda suerte de trabajos y amarguras. Múdase el hombre, porque, segun las amorosas intenciones de nuestro divino Redentor, los tibios se revisten de fervor, y los humanos corazones, despojados de su antigua frialdad, despiden celestes llamas. Los Apóstoles y los fieles, antes tan inconstantés en el amor de Dios, muéstranse ahora fuertes, amando á Dios con un amor ferviente y sumiso, sábios, amándole con un amor de predileccion, solícitos, amándole con un amor siempre anhelante. Estos son los cambios obrados en el hombre por el Espíritu Santo. Mas estos cambios, amados hermanos míos, ¿se renuevan en nosotros? ¿Nos despojamos nosotros del hombre viejo para vestirnos del hombre nuevo? ¿Mudamos de pensamientos, reformamos nuestro corazón, nos convertimos en otras nuevas criaturas? ¡Ah! hermanos míos, yo bien lo deseo, pero ignoro si es así, é ignorándolo, procuro saberlo, y para saberlo os lo pregunto ahora á vosotros mismos. Pregunto, pues, si para defender la causa de Jesucristo sustituimos nosotros todos á la timidez el espíritu de fortaleza; si para socorrer las necesidades de nuestros hermanos sustituimos á la dureza el espíritu de piedad; si para fomentar en nosotros el amor de Dios sustituimos á la tibieza el espíritu de fervor. Veo que la latitud del asunto excede á los límites de un discurso, y por esto, concretándome al primer punto, pregunto solamente por ahora, si á la timidez sustituimos nosotros, como los héroes de la primitiva Iglesia, el valor, aquel valor que cuando se trata de defender la causa de Cristo habla con valentía, primera parte; obra con intrepidez, segunda parte; padece con constancia, tercera y última parte. Preparaos, amados hermanos, á responder mientras yo me dispongo á interrogaros: *Ave María.*

Primera parte: ¿Tenemos el valor que habla con valentía?

2. Cuando el Espíritu Santo se comunica al alma, la despoja de todo vil temor y le infunde el mas noble aliento, haciéndola de este modo elocuente para descubrir la mentira, para anunciar la verdad, y para cimentar en la confusion de aquella el triunfo de esta. Yo derramaré, decia el Señor por boca de Isaías, yo derrama-

ré mi Espíritu sobre la posteridad de Jacob, y, animado por él, Israel desterrará todo temor y olvidará toda tristeza. Yo haré descender mi Espíritu, añadía por boca de Joel, sobre toda carne, y poseidos de él, se fortalecerán los viejos y los jóvenes para gozar de las visiones, y los hijos pusilánimes y las tímidas doncellas cobrarán ánimo para presagiar lo futuro. Yo enviaré, decia el mismo Jesucristo, mi Espíritu sobre vosotros, é instruidos por este, penetraréis los misterios, entenderéis toda verdad, y recibiréis la sabiduría para vencer en todo trance la contradiccion de los enemigos. Estas dulces promesas, hermano míos, se han cumplido: Pedro, el hijo de la paloma, que poco antes habia abandonado cobardemente á su Maestro, y como vil y perjuro le habia negado, este mismo Pedro, regenerado por el Espíritu Santo, aparece cual otro hombre, sale del cenáculo, lleno de valor y con voz animosa habla á las turbas de los judíos, atestiguándoles que el Justo, el Santo, el Autor de la vida, por ellos pospuesto al ladron, clavado en cruz y muerto cual un infame malhechor, ha resucitado á nueva vida, ha subido al reino inmortal y está sentado á la diestra del Padre; convierte tres mil de ellos en un día, cinco mil en otro, é innumerables otros despues, reduciéndolos á la detestacion de su crimen, á la expiacion de su pecado y á la aceptacion del Evangelio. Santiago y Juan, los hijos del trueno, que se habian mostrado tan débiles como Pedro dejándose vencer del sueño en el huerto, y atemorizándose y abandonando á su Maestro en el acto de su captura; llenos ahora del Espíritu Santo, no conocen temor alguno, acompañan á Pedro en su empresa, y echando en rostro al pueblo su ceguedad, al sacerdocio su perfidia y á los grandes su barbarie, llenan de asombro, confusion y despecho, las plazas, los templos y el consejo de los doctores. Los secuaces todos del Nazareno, los hijos, por decirlo así, de la ignorancia, de la desconfianza y de la prevencion, que cual tímidas ovejas, al caer el Pastor, se habian dispersado por la Judea ó habian huido á Samaria, y mostrábanse aquí y allá recelosos, desalentados y trémulos; inspirados por el Espíritu Santo, se revisten súbitamente de valor, hablan con voz firme á las naciones, y predicando á los judíos, á los gentiles y á los bárbaros la doctrina de Cristo, convencen á la temeraria Sinagoga, confunden la supersticiosa idolatría, y extienden por doquiera el conocimiento de la nueva ley. En vano se procura imponerles silencio, pues ellos, respondiendo con impavidez: *Non possumus quæ vidimus, et audivimus, non loqui*, desmienten la rigidez del asi-

deo, condenan la licencia del saduceo, y descubren la hipocresía del fariseo. En vano á la intimacion del silencio se añaden las amenazas; pues ellos, replicando con entereza: *Obedire oportet magis Deo, quam hominibus*, hablan al elamita, y destierran su ignorancia, al parto, y amansan su ferocidad, al medo, al griego, al romano, y corrigen su molicie, su soberbia y su altivez. En vano, por último, se confirma el terror de las amenazas con la ostentacion de los suplicios, pues ellos, oponiendo á todo medio de intimidacion: *Testimonium resurrectionis Jesu Christi*, hácese respetar lo mismo en las asambleas del pueblo, que en los consejos de los escribas y en las escuelas de los extranjeros; á tal punto llegaba la constancia, el esfuerzo y la elocuencia de aquellos generosos defensores de la fe! Esto supuesto, entro de lleno en el asunto, y os pregunto, amados hermanos míos: ¿Cómo procedemos nosotros en la defensa de la causa de Jesucristo? ¿Sustituimos el valor á la timidez? ¿hablamos con oportunidad y firmeza? Si la impiedad levanta entre nosotros su voz en ofensa del dogma; si en alguna reunion de personas oimos blasfemar al ateísta, diciendo que no hay Dios, ó al deísta, afirmando que si bien hay Dios, no hay providencia, ó al naturalista, sosteniendo que si bien hay Dios y providencia, no debe el hombre creer mas que lo que alcanza y comprende con la sola luz natural; ¿se levanta de en medio del pueblo alguna voz que contradiga y rebata la blasfemia? y si el pueblo, por falta de instruccion, no es capaz de hacer tanto; ¿hay alguno de la nobleza que salga en defensa de la Religión ultrajada? y si tambien la nobleza calla por vana consideracion á los respetos humanos; ¿hay á lo menos entre los individuos del clero alguno que trayendo á la memoria el valor con que Pedro defendió contra Simon el Mago el misterio de la Trinidad, la valentía con que Juan sostuvo contra el protervo Cerinto la encarnacion del Verbo, y el esfuerzo con que Pablo sustentó contra el impío Imeneo la verdad de la resurreccion, descubra la falsía, destruya los sofismas y rechace las blasfemias de los seductores? Si, como sucede con frecuencia, la relajacion levanta la voz contra la moral, y propala ora por boca del hombre muelle, que el Evangelio manda cosas imposibles de cumplir; ora por boca del licenciado, que si no manda cosas imposibles, prescribe á lo menos un rigor indiscreto; ora por boca del falso sábio, que si no prescribe un rigor indiscreto, establece indudablemente una religion propia mas bien para formar hombres pusilánimes que para servir de guia á las personas sensa-

tas: ¿hay entre vosotros alguno que diga y demuestre que el Evangelio es la ley de gracia, que si es un yugo, es un yugo suave, y que con su observancia nos elevamos de la vil condicion de esclavos del pecado á la noble dignidad de hijos de Dios? Si con ofensa de las buenas costumbres impera entre nosotros la licencia, oyéndose ponderar á cada paso las vejaciones del poderoso, la usura del avaro y el escándalo del disoluto; ¿hay alguno de nosotros, hermanos míos, que condenando las vejaciones del poderoso, aconseje la mansedumbre? ¿que reprobando las usuras del avaro, recomiende la caridad? ¿que vituperando los escándalos del disoluto, aconseje la moderacion? ¡Ah! queridos hermanos míos, ¿podrá, pues, la impiedad so pretexto de instruir, de extirpar las preocupaciones y de infundir en el hombre aquella luz que en vano buscamos aquí bajo, podrá, digo, propalar fábulas, sembrar delirios y difundir por todos lados las tinieblas que tanto aparenta aborrecer? ¿Podrá la licencia, so color de favorecer y auxiliar al hombre, proporcionándole aquellas comodidades que tanto ambiciona, reprobando la virtud, ensalzar la voluptuosidad y abrir la puerta á los vicios de que aparenta ser tan enemiga? ¿Y á todo esto nosotros ahogaremos nuestra justa indignacion y mantendremos cerrada nuestra boca? ¿Cómo pues? la impiedad, castigada en Atenas con la muerte de Sócrates, la molicie, reprimida en Esparta con el destierro, y la licencia, abominada en todas las naciones, ¿medrarán aquí ahora sin obstáculo, y en vez de hallarnos prontos á resistirlas y aniquilarlas, nos hallarán dormidos como los pastores de Asur, condescendientes como los profetas de Acab, y mudos como los perros de Isafás? ¡Oh debilidad! ¡oh abominacion! ¡oh vileza!

Segunda parte: ¿Tenemos el valor que obra con intrepidez?

3. Mas si por fortuna, hermanos carísimos, pudiéreis preciaros de un valor que habla con valentía en defensa de la causa de Cristo, todavía os habré de preguntar si este valor obra con intrepidez en tal defensa. Las palabras han de acreditarse con las obras. El valor y la inactividad son dos cosas que se rechazan mutuamente. Por esto el Espíritu del Señor se compara con el fuego que sin dejar nunca de estar en accion, arde, resplandece, calienta, se agita, se eleva, se dilata; libre, se propaga con rapidez; comprimido, revienta con estrépito; sepultado, reaparece y chispea con ma-

yor fuerza, y cobrando mas intensidad á medida que encuentra nuevo pábulo, comunicase de la maleza á los mas robustos árboles; desde la selva se adelanta hasta invadir las ciudades mejor resguardadas; propágase de la humilde vivienda á los mas soberbios edificios; derriba torres, destruye palacios y lo convierte todo en un monton de cenizas y escombros. Estas grandes propiedades del voraz elemento son, segun dice el Areopagita, la representacion mas viva de aquel fuego divino que en este solemne dia descende sobre los discípulos del Nazareno, quienes penetrados, movidos é impulsados por aquel, salen del cenáculo, y considerando estrechos los limites de la Judea, pasan de una á otra ciudad, de uno á otro mar, de una á otra nacion; soportan intrépidos los mayores trabajos, superan animosos los mas grandes obstáculos, y triunfan valerosos de la ignorancia mas inveterada, de la obstinacion mas contumaz y de la mas feroz crueldad; de manera que en breve tiempo logran sustituir la santidad de su doctrina á las extravagancias de los gauros, á la obscenidad de los egipcios y á los sangrientos ritos de los drúidas, de los eubasios y de los batros. Aquellas soberbias moles consagradas á falsas deidades, que poco antes se elevaban á cada paso sobre la superficie de la tierra, vense en su mayor parte destruidas y arrasadas; las aras sacrílegas que la idolatría erigiera en sus infames templos, caen derribadas al suelo, y el fuego que en ellas encendiera la necia supersticion de los idólatras apágase casi en todas partes para no volver á encenderse jamás. Las nubes pacíficas corren presurosas á cumplir las santas predicciones, y descende sobre la tierra el rocío misericordioso para salud de los pueblos. Los Angeles acuden solícitos á sanar las inveteradas llagas de las gentes, y los países y las regiones todas cambian de aspecto. Donde antes crecía el espino y la ortiga, nacen ahora las flores del decoro y se cogen los frutos de la honestidad. Las naciones todas, cual piedras vivas, se desbastan y modelan, y se adaptan á la estructura del nuevo é inmortal edificio del cual Jesucristo es el fundamento, la base y la piedra angular. No es ya tan solo en Jerusalem y en Garizim donde se ofrece y adora el sacrificio; mas desde el Oriente hasta el Ocaso, y desde el Austro hasta el Septentrion se invoca el nombre de Dios y se respeta su majestad. Advierte el mundo su repentino cambio, y se queda pasmado de admiracion no llegando á comprender cómo con tanta brevedad ha podido arrojarse de sí las falsas ideas, desechar las antiguas preocupaciones, y corregirse, conformarse y santificarse á ejemplo de Jesucristo. An-

te esta consideracion detengámonos un poco, amados hermanos míos, y veamos cuál es en esta parte nuestro valor. ¿Damos nosotros pruebas de intrepidez apostólica? Para defender el amor de Jesucristo, ¿procuramos en cuanto de nosotros depende atajar los desórdenes, combatir el escándalo, y promover sobre las ruinas del desorden y del escándalo la práctica de la virtud? No os pese, queridos hermanos, dedicar conmigo algunos instantes á este provechoso exámen. Si la seduccion facilita entre nosotros la licencia, si la licencia corrompe las costumbres, si la corrupcion de las costumbres ha llegado hoy hasta el punto de hacernos pensar que la fe está muerta, ó á lo menos vacía de buenas obras; que la inocencia se halla proscrita, ó cuando menos, corrompida por las malas usanzas; y que la modestia, la justicia y la equidad están deprimidas, ó combatidas á lo menos por la disolucion, la perfidia y la iniquidad; ¿llorais vosotros los agravios inferidos á la Majestad divina? ¿deplorais el ascendiente de las malas costumbres? ¿procurais atajar, disminuir y apagar las llamas devoradoras de los vicios? Hoy dia que, con ofensa de la Religion, oimos á cada paso que unos condenan las prácticas de la virtud, otros ridiculizan la frecuencia de los Sacramentos, y otros en fin menosprecian la observancia de las leyes divinas y humanas, ¿hay entre vosotros alguno que, como Moisés, aconseje el bien, que, como Samuel, inculque la piedad, que, como los Apóstoles, se muestre celoso defensor de la honra del Altísimo? Discurrid sobre estas preguntas, y responded, si lo teneis á bien. Paréceme que oigo contestar á alguno, que tambien entre nosotros, con menoscabo de la inocencia, las hijas de Moab ponen asechanzas al pueblo de Dios; mas claro, que tambien hoy dia la impúdica mujer de Babilonia circula osadamente por nuestras calles procurando seducir á los incautos, y que en mas de un rincon de nuestra ciudad los agentes y satélites del vicio arrastran ó procuran arrastrar la juventud al desorden. Esto supuesto, quisiera que me dijerais si hay entre nosotros quien muestre el celo de Finees en castigar la impudencia, ó recuerde en alta voz las amenazas del Apocalipsis para reprimir la osadía, ó manifieste la intrepidez de los Apóstoles en condenar é impedir la iniquidad. Reflexionadlo, y responded, si gustais. Paréceme que oigo decir que, con perjuicio de la modestia, de la justicia y de la equidad, prospera la disolucion, prevalece la perfidia y triunfa la maldad. Por tanto, quisiera saber si hay alguno de nosotros que se oponga á la licencia, combata la maldad y salga á la defensa de la virtud.

Reflexionad, y respondedme, si lo teneis á bien. Mas observo que callais y os ruborizais, avergonzados tal vez al considerar lo que sois y lo que debiérais ser. Sin embargo, todavía me falta añadir que el valor cristiano no solo habla con libertad y obra con intrepidez, si que tambien padece con constancia.

Tercera parte: ¿Tenemos el valor que padece con constancia?

A. En efecto, el atributo esencial del valor consiste en acreditar las obras con los padecimientos. La intrepidez, cuando no va acompañada de la constancia, mas bien merece el nombre de transporte. La empresa que no causa fatiga, ni halla oposicion ni acarrea disgustos, no es empresa digna de un corazon animoso. El valor del verdadero fiel es de tal naturaleza, que ni le arredran los obstáculos, ni le espantan las persecuciones, ni se deja sujetar por los lazos de la naturaleza. Volvamos por un momento á los Apóstoles. ¿Qué constancia no fue la suya en procurar el establecimiento del Evangelio de Cristo entre los hebreos? Ni las afrentas que se les prodigaban en las asambleas, ni el peso de las cadenas con que se les aprisionaba, ni los azotes, ni el destierro, ni la muerte bastaban á perturbar su serenidad, ni á borrar de su semblante las señales de una alegría celestial, capaz por sí sola de alejar la desconfianza y persuadir la verdad. Bien lo sabeis vosotros, ó hebreos, ó hijos endurecidos de Abrahan; mas á pesar de esto no quereis despertar de vuestro sueño, no quereis abrir los ojos á la luz, y aunque no teneis templo ni altar, aunque os veis privados de aquel fuego, que del santuario de la antigua y abolida ley ha sido trasladado al templo de otro nuevo y mas digno tabernáculo, todavía continuais resistiendo al Espíritu Santo, todavía permanecéis con el corazon incircunciso, y todavía persistís en vuestra proterva contumacia. ¡Oh ignominia! ¡oh perversidad! Pero pasemos adelante. ¿Qué constancia no manifestaron los Apóstoles al anunciar á las gentes el nombre de Cristo? resistian impávidos á las amenazas de los gobernadores como á los furiosos arranques de los tiranos, y aun en medio de los tormentos conservaban aquel lenguaje á la vez dulce y enérgico, tan propio para humillar el orgullo de la supersticion como para ensalzar y acreditar la humildad de la cruz. Débiles cristianos, muelles sectarios del Crucificado, poned la vista en estos ejemplos. ¿Á qué se reduce vuestro valor, comparado con el de aquel Pescador que impone respeto á las potestades de la tierra?

¿Á qué se reduce vuestra constancia comparada con la de aquel rústico que confunde á los mas sábios filósofos? ¿Qué viene á ser vuestro sufrimiento en comparacion del de aquel hombre inerme cuya paciencia triunfa de la barbarie? Pero pasemos aun mas adelante. ¿Con qué constancia no procuraron los Apóstoles imitar la mortificacion de Jesucristo? Considerándose cual víctimas destinadas á la muerte, crucificaban de continuo su carne con toda suerte de abstinencias, y en medio de las calumnias de los falsos hermanos, de las vejaciones de los enemigos declarados, y de los estímulos de la rebelde naturaleza, alimentaban en su corazon, revelaban en su semblante y expresaban con los labios aquella alegría íntima que nos dispone á padecer, y mitiga y suaviza nuestros padecimientos. Amados hermanos míos, herederos de la sangre [del divino Redentor, yo no dudo que estais persuadidos de estas verdades; pero decidme, ¿cuál es el fruto de esta persuasion? Si la naturaleza se opone en nosotros á la gracia, y los sentidos resisten á la razon; si la carne se sobrepone al espíritu y las pasiones avasallan el corazon; si el amor del mundo ahoga y aniquila en nosotros el amor de Dios; en una palabra, si en vez de convertirnos en una Jerusalen nos transformamos en una Babilonia, ¿lloramos nuestra miseria, resistimos á nuestros enemigos, á nuestras debilidades, á nuestras flaquezas y á nuestras caidas? ¿Oponemos á tamaños males las lágrimas, los gemidos y las violencias? Si la conciencia nos recuerda nuestros extravíos, nos echa en cara nuestra rebeldía y condena incesantemente los excesos de un cuerpo que se ha hecho esclavo de la iniquidad, ¿detestamos esos extravíos, contenemos esa rebelion, procuramos convertir nuestros miembros en instrumento de nuestra santificacion? Si la justicia divina nos arguye de transgresion, nos acusa de pecado y nos amenaza con el castigo, ¿nos mostramos temerosos de los divinos juicios? ¿procuramos expiar nuestras culpas? ¿nos condenamos á aquella muerte temporal que puede librarnos de la muerte eterna? Nada, nada de esto hacemos. Con desprecio de la ley grabada por Dios en nuestro corazon, hemos perdido la inocencia; con desprecio de los consejos de Jesucristo, aborrecemos la penitencia, y con desprecio del ejemplo de los Apóstoles, no queremos morir al mundo, á la carne y al pecado. Veo, hermanos carísimos, la turbacion que mis palabras os causan, pero yo no puedo callar, no debo disimular, no quiero sacrificar los intereses de la eterna salvacion á los impulsos de la debilidad. Os hablo cual pastor solícito del bien de su rebaño, os ha-

blo cual padre amante del bien de sus hijos, os hablo cual prelado ansioso del bien de las almas, y os digo con san Agustín que la mortificación para el cristiano no es conveniencia, sino necesidad; que los padecimientos para el pecador no son de consejo, sino de precepto; que la penitencia para nosotros no es libertad, sino deber: *Hoc est corpus nostrum actiones carnis mortificare.* (Serm. XIII de verbis Dom.). Digo con san Eutimio, que debemos subyugar las pasiones, para que estas no nos subyuguen á nosotros; abandonar al mundo, para que el mundo no nos abandone; morir á la carne, para que esta no nos domine y nos haga perder la vida eterna: *Oportet eum, qui Christum sequitur, mortuum esse ad mundanas voluptates.* (Eutim.). Digo con el Crisóstomo, que nuestro cuerpo es nuestro mayor enemigo: *Hunc hostem habemus perpetuum et fœderis nescium.* (Hom. LX in Gen.). Digo con Salviano, que debemos sujetar á este enemigo de manera que no se oponga á la práctica del bien: *Corpus infirmandum est, ut optata faciamus.* (Epist. ad Sor.). Digo, por último, que el valor de los Apóstoles, de los discípulos y de los primeros fieles condena nuestra debilidad, y nuestra repugnancia y aversión á los padecimientos.

5. Gran Dios, Vos que en este día difundísteis sobre los primeros cristianos el espíritu de fortaleza, de aquella fortaleza que hablaba con valentía, obraba con intrepidez y padecía con constancia en defensa de vuestro honor, infundid ese mismo espíritu en el corazón de estos mis amados hermanos, para que en defensa de la fe desmientan la impiedad, en defensa de la moral reprueben la relajación, y en defensa de las buenas costumbres condenen la licencia; para que juntando la valentía en el hablar, la intrepidez en el obrar, procuren combatir los desórdenes, extirpar el escándalo y promover la virtud; y para que acreditando la intrepidez en el obrar con la constancia en padecer, se hagan superiores á la aspereza de los trabajos, á las persecuciones de los enemigos, y á la repugnancia de la naturaleza. Haced, Señor, que así como mientras estaba hablando en Cesarea el primero de los Apóstoles, descendió el Espíritu Santo á confirmar á los nuevos fieles: *Adhuc loquente, cecidit Spiritus Sanctus super eos;* así ahora, mientras habla el último de vuestros ministros, descienda el Espíritu divino y vigorice todas estas almas. Este es el prodigio que el padre implora, este el favor que los hijos desean, esta la saludable mudanza que el padre y los hijos anhelan, solicitan y esperan: *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terræ.* Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Factus est repente de caelo sonus, tamquam advenientis spiritus vehementis. (Act. II).

Vino repentinamente un sonido del cielo como de viento, que soplabá con ímpetu.

1. Aunque esta solemnidad parezca propia de los discípulos del Señor, de ningún modo estamos nosotros excluidos de ella... El fuego que descendió hoy de los cielos, permanecerá entero en el mundo hasta su fin... Figura de este fuego fue aquel que bajó sobre el sacrificio de Moisés... Manera prodigiosa con que se conservó antes y despues de la cautividad de Babilonia...

2. Los judíos celebraban la fiesta de Pentecostes, esto es, el día quincuagésimo de su salida de Egipto, día en que el Señor les hizo el beneficio de darles la ley... Esta ley no era todavía perfecta. Mostraba el camino del cielo, pero no daba fuerza al hombre para andar... Mas el Espíritu celestial iluminó las almas, las encendió en amor, y les dió fuerzas para cumplir perfectamente todos los preceptos de la ley. Ya lo habia prometido Dios por Isaías...

3. De ahí se podrán colegir varias diferencias entre una y otra ley. La antigua se escribió en tablas de piedra, la nueva en los corazones de los fieles, en los cuales habita el Espíritu Santo... Aquella fue de terror, esta es de amor; aquella..., esta... *Non enim accepistis,* dice el Apóstol, *spiritum servitutis iterum in timore, sed...* También hay desigualdad entre los legisladores: la ley se dió por Moisés, la gracia y la verdad se hizo por Jesucristo... Cuanto mas digno es el legislador, tanto mas sublime es la ley dada por él... Cuanto mayor es el beneficio, tanto mas digna debe ser la solemnidad, mas ardiente la caridad, y mas devota la acción de gracias...

Primera parte: Historia de la venida del Espíritu Santo.

4. Ya antes de su pasión dijo Jesús á sus discípulos para consolarlos: *Ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis.* Despues de ella, por tres veces les hizo la misma promesa: *Mittam promiss-*

blo cual padre amante del bien de sus hijos, os hablo cual prelado ansioso del bien de las almas, y os digo con san Agustín que la mortificación para el cristiano no es conveniencia, sino necesidad; que los padecimientos para el pecador no son de consejo, sino de precepto; que la penitencia para nosotros no es libertad, sino deber: *Hoc est corpus nostrum actiones carnis mortificare.* (Serm. XIII de verbis Dom.). Digo con san Eutimio, que debemos subyugar las pasiones, para que estas no nos subyuguen á nosotros; abandonar al mundo, para que el mundo no nos abandone; morir á la carne, para que esta no nos domine y nos haga perder la vida eterna: *Oportet eum, qui Christum sequitur, mortuum esse ad mundanas voluptates.* (Eutim.). Digo con el Crisóstomo, que nuestro cuerpo es nuestro mayor enemigo: *Hunc hostem habemus perpetuum et fœderis nescium.* (Hom. LX in Gen.). Digo con Salviano, que debemos sujetar á este enemigo de manera que no se oponga á la práctica del bien: *Corpus infirmandum est, ut optata faciamus.* (Epist. ad Sor.). Digo, por último, que el valor de los Apóstoles, de los discípulos y de los primeros fieles condena nuestra debilidad, y nuestra repugnancia y aversión á los padecimientos.

5. Gran Dios, Vos que en este día difundísteis sobre los primeros cristianos el espíritu de fortaleza, de aquella fortaleza que hablaba con valentía, obraba con intrepidez y padecía con constancia en defensa de vuestro honor, infundid ese mismo espíritu en el corazón de estos mis amados hermanos, para que en defensa de la fe desmientan la impiedad, en defensa de la moral reprueben la relajación, y en defensa de las buenas costumbres condenen la licencia; para que juntando la valentía en el hablar, la intrepidez en el obrar, procuren combatir los desórdenes, extirpar el escándalo y promover la virtud; y para que acreditando la intrepidez en el obrar con la constancia en padecer, se hagan superiores á la aspereza de los trabajos, á las persecuciones de los enemigos, y á la repugnancia de la naturaleza. Haced, Señor, que así como mientras estaba hablando en Cesarea el primero de los Apóstoles, descendió el Espíritu Santo á confirmar á los nuevos fieles: *Adhuc loquente, cecidit Spiritus Sanctus super eos;* así ahora, mientras habla el último de vuestros ministros, descienda el Espíritu divino y vigorice todas estas almas. Este es el prodigio que el padre implora, este el favor que los hijos desean, esta la saludable mudanza que el padre y los hijos anhelan, solicitan y esperan: *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terræ.* Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Factus est repente de caelo sonus, tamquam advenientis spiritus vehementis. (Act. II).

Vino repentinamente un sonido del cielo como de viento, que soplabá con ímpetu.

1. Aunque esta solemnidad parezca propia de los discípulos del Señor, de ningún modo estamos nosotros excluidos de ella... El fuego que descendió hoy de los cielos, permanecerá entero en el mundo hasta su fin... Figura de este fuego fue aquel que bajó sobre el sacrificio de Moisés... Manera prodigiosa con que se conservó antes y despues de la cautividad de Babilonia...

2. Los judíos celebraban la fiesta de Pentecostes, esto es, el día quincuagésimo de su salida de Egipto, día en que el Señor les hizo el beneficio de darles la ley... Esta ley no era todavía perfecta. Mostraba el camino del cielo, pero no daba fuerza al hombre para andar... Mas el Espíritu celestial iluminó las almas, las encendió en amor, y les dió fuerzas para cumplir perfectamente todos los preceptos de la ley. Ya lo habia prometido Dios por Isaías...

3. De ahí se podrán colegir varias diferencias entre una y otra ley. La antigua se escribió en tablas de piedra, la nueva en los corazones de los fieles, en los cuales habita el Espíritu Santo... Aquella fue de terror, esta es de amor; aquella..., esta... *Non enim accepistis,* dice el Apóstol, *spiritum servitutis iterum in timore, sed...* También hay desigualdad entre los legisladores: la ley se dió por Moisés, la gracia y la verdad se hizo por Jesucristo... Cuanto mas digno es el legislador, tanto mas sublime es la ley dada por él... Cuanto mayor es el beneficio, tanto mas digna debe ser la solemnidad, mas ardiente la caridad, y mas devota la acción de gracias...

Primera parte: Historia de la venida del Espíritu Santo.

4. Ya antes de su pasión dijo Jesús á sus discípulos para consolarlos: *Ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis.* Despues de ella, por tres veces les hizo la misma promesa: *Mittam promiss-*

sum Patris in vos, etc. Vos autem baptizabimini Spiritu Sancto, etc. Accipietis virtutem Spiritus Sancti, etc.

5. No obstante dicha promesa, los Apóstoles perseveraban en el cenáculo orando día y noche con María y las demás santas mujeres, pidiendo al Señor les enviase el Espíritu Santo. Esta conducta condena el error de muchos que dicen: Lo que Dios tiene decretado, nada ni nadie es capaz de mudar ni frustrarlo; quiero, pues, entregarme... Dios no decreta solo el fin, sino también los medios, y en nuestro caso uno de ellos es la oración... De otra suerte Dios con sus beneficios nos daría ocasión grande de pereza y negligencia... Mientras estaban orando, *factus est repente de caelo sonus, etc.*, y predicaron en todas lenguas la grandeza de la bondad divina...

6. Estos están llenos de vino, decían algunos... pero san Pedro probó con el testimonio de Joel que Dios acababa de abrir los tesoros de todas las gracias, y derramaba...

Segunda parte: Objeto de la venida del Espíritu Santo, y deberes que nos impone.

7. ¿A qué especialmente bajó el Espíritu Santo? A reformar la decaída naturaleza humana, é incitar poderosamente á la justicia... Dos cosas nos eran necesarias: el conocimiento de lo que debemos hacer, y la propensión de la voluntad para hacerlo... Ambas nos las dió el Señor, cuya providencia...

8. Con este objeto nos dió su Hijo, y despues el Espíritu Santo... Ved el afán de los Aníbalas, de los Césares, de los Alejandros, de... Ved, por el contrario, el de un san Pablo, el de los Lorenzos, de los Vicentes, de... ¿De dónde les vino tanto valor, sino de este Espíritu vehemente, que en este día llenó los pechos apostólicos? Símil con que explicó el Señor... El que renace del Espíritu ama lo que antes aborrecía, y aborrece lo que antes amaba...

9. Este que le parecia que no podía vivir sin el comercio impuro de la carne... Aquel que antiguamente estaba todo dado al... Todos se ven precisados á clamar con el Profeta: *Hæc mutatio dextera Excelsi...* Con estas mudanzas del hombre interior, el Espíritu Santo da también testimonio de que...

10. Esta mudanza de ánimo, dice san Bernardo, es un don mas alto y divino que el de obrar milagros... Conversión de una mujer que dicho Santo refiere en apoyo de esto... Otro ejemplar de lo mismo es la conversión de san Pedro... Valor que desplegó despues de

ella... Lo que digo de Pedro, puede decirse de todos los discípulos... Atendida así la anterior flaqueza de los Apóstoles, se ve mas claramente lo que recibieron del Espíritu Santo.

11. Demos que el don del Espíritu Santo se concedió tan solamente á los Apóstoles, pero ¿á quién excluye Dios de la participación de este Espíritu?... El Señor nos compró esta participación con el precio de su sangre...

12. ¿Qué hemos de colegir de todo esto? Que debemos, lo 1.º, dar gracias inmortales á este Espíritu..., que por nuestra salud se derramó sobre los Apóstoles tan á manos llenas... Providencia divina en el orden de la naturaleza y en el de la gracia...

13. Lo 2.º, debemos con igual amor y afecto dar gracias al Salvador, por cuyos méritos... Lo 3.º, se colige de lo dicho, que están totalmente engañados los que tienen el camino de la virtud como inaccesible y áspero... Ciertamente que sin el auxilio del Espíritu Santo es aun mucho mas difícil de lo que piensan, pero aspirando el Espíritu Santo... Pide y recibirás...

14. Hay muchos, parte herejes y parte también fieles, que perseverando en sus maldades se lisonjean salvarse con sola la fe... La institución sola de esta fiesta puede rebatir este error... El Espíritu Santo, que es caridad ó amor, vino á establecer en nosotros la caridad ó amor, que es el fin de toda la religion cristiana... Donde hay caridad no reinan los vicios, sino las virtudes... Por ahí puedes conjeturar si está en tí presente el Espíritu Santo... Practiquemos siempre la caridad..., que es el vínculo de la perfección... La fe es el fundamento de la obra, la caridad su consumación... Faltando la fe y la esperanza, sola la caridad persevera en la patria celestial. Díguese concedernos esta.

SERMON II

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Factus est repente de caelo sonus, tamquam adveniens spiritus vehemens. (Act. II).

Vino repentinamente un sonido del cielo como de viento, que soplabá con impetu.

1. Aunque la solemnidad sacratísima de este día parezca, hermanos carísimos, propia de los discípulos del Señor, que hoy recibieron las primicias del Espíritu; sin embargo, de ningún modo somos excluidos nosotros de su participación. Porque el Espíritu Santo que en este día bajó á ellos, descendió tan plenamente, que mientras durare el mundo, él también permanecerá entre nosotros. Esto es á la verdad lo que profesamos todos los días en el Credo, cuando decimos que creemos la santa Iglesia y la comunión de los santos. Porque confesamos que hay en el mundo una congregación de hombres santos y pios, en los cuales escogió el Espíritu Santo su domicilio y morada, con cuya dirección y conducción, despreciadas y repudiadas todas las cosas terrenas como vanas y que han de fene- cer con celeridad, tienen puesta y constituida en Dios solo toda su esperanza, su amor y su felicidad: por cuya gloria y obediencia están dispuestos no solo á despreciar estas cosas terrenas, sino á ex- pender también su vida y derramar su sangre. Pues este fuego que se envió hoy desde los cielos permanecerá á la verdad entero en el mundo hasta su fin, y sin apagarse en las almas de muchos fieles. Figura de esto fue aquel fuego que bajó del cielo sobre el sacrificio que Moisés ofreció en el desierto, el cual despues, echando todos los días leña por manos de los sacerdotes, se conservó en el lugar sagrado hasta la cautividad de Babilonia, y despues de ella se restituyó de una manera milagrosa. Sobre lo cual así leemos escrito en el libro II de los Macabeos: Siendo llevados nuestros padres á Persia, los sacerdotes que entonces veneraban á Dios, tomando el fuego de sobre el altar lo escondieron ocultamente en el valle, donde habia un pozo hondo y seco; y en él lo guardaron de modo que á todos era desconocido el lugar. Y despues que pasaron mu-

chos años, y agradó á Dios que enviara el rey de Persia á Nehe- mías; este envió los nietos de aquellos sacerdotes á buscar el fuego, que lo habian escondido: y segun nos contaron, no encontraron fuego sino agua crasa. Y les mandó que la sacaran y se la llevaran á él, y el sacerdote Nehemías mandó también que con aquella mis- ma agua se rociaran los sacrificios que habia puestos, y los leños que habia encima. Y luego que se hizo esto, y llegó el tiempo en que resplandeció el sol que antes estaba nublado, se encendió un grande fuego de modo que todos se admiraron. Pues este fuego enviado del cielo y restaurado con este nuevo milagro y con el que se quemaban todos los sacrificios de la ley vieja, es figura de este fuego ce- lestial que hoy encendió los pechos de los Apóstoles. Porque así como en lo antiguo ningún sacrificio era agradable á Dios, si no se quemaba con este fuego: así ningún sacrificio de justicia, ó piedad, ó de alabanza, es acepto á Dios si no trae la virtud de este fuego del Espíritu divino. Porque todo cuanto hiciere honesto, si no se sazo- nare con este fuego del amor divino, no es agradable á Dios. Y así como aquel fuego que bajó una vez del cielo se guardó mientras flo- reció aquella ley; así también este fuego celestial mientras durare la ley nueva, y durará hasta el fin del mundo, ha de permanecer con nosotros, y ha de habitar en las almas de los pios. Por lo que no temerariamente he dicho, que la gracia de la solemnidad pre- sente pertenece no solamente á los Apóstoles, sino también á nos- otros. Pues habiendo hoy de predicar de esta tan grande solemnidad, imploremos humildemente el auxilio celestial por la intercesión de la sacratísima Virgen: *Ave María*.

2. Me agrada, hermanos carísimos, antes de comenzar á tratar del misterio de este día, indagar por su nombre especialmente la dig- nidad de esta solemnidad sacratísima. Tiene nombre griego, *Pente- costes*, que significa día quincuagésimo ó cincuenta, en cuyo día los judíos celebraban la memoria de un grande beneficio que les hizo Dios á los cincuenta días que salieron de Egipto. Porque bajando al monte Sínai les mostró el camino para la felicidad y vida inmortal; dándoles leyes con que pudiesen adorar segun religión á Dios, y ha- cerse participantes de su felicidad. Este beneficio á la verdad el mis- mo legislador Moisés lo ponderó con palabras magníficas cuando dijo: ¿Qué gente hay tan ilustre, que tenga las ceremonias y justos juicios, y toda la ley que hoy propondré yo á vuestros ojos? Pues los judíos celebraban en este día cincuenta la memoria de este tan grande bene- ficio, ofreciendo al Señor sacrificio de alabanza y acción de gracias:

porque ellos solos entre todas las naciones habian sido los escogidos para que á ellos se les confiasen las palabras divinas, y solos ellos habian alcanzado sin error alguno la noticia del verdadero Dios, y el rito de venerarlo. Sin embargo, esta ley, aunque con razon se deba numerar entre los grandes beneficios de Dios; con todo no era totalmente perfecta, ni tenia todos los números; porque faltaban en ella muchas cosas. Y lo primero era, que ella á la verdad mostraba el camino para el cielo; pero para andarlo no daba fuerza al hombre, que por la enfermedad comun del pecado estaba cojo y flaco. Mandaba en la realidad la huida del pecado, mas no daba el odio del mismo. Además prohibiendo á los hombres muchas cosas que antes les eran concedidas, con la prohibición misma estimulaba el apetito de pecar, que casi siempre se esfuerza contra lo vedado, y desea las cosas negadas; y con la multitud de leyes y prohibiciones, ponía á los hombres en ocasion, no dada sino tomada por ellos, de muchos tropiezos. Porque donde no hay ley, no hay prevaricacion; y puesta la ley, se pone igualmente la ocasion de la prevaricacion. Pues esto que á los hombres flacos podia ser tropiezo, en este dia lo quitó el Espíritu celestial con su venida, cuando entrando en las almas de los fieles no solamente las iluminó con el resplandor lucidísimo de su luz, sino que tambien con el fuego de caridad los encendió en amor de las cosas divinas, y con su inspiracion dió fuerzas para cumplir perfectamente todos los preceptos de la ley. Y que así habia de ser esto, mucho antes lo habia prometido el Señor por Jeremías, en este memorable vaticinio ¹: Hé aquí, dice, vendrán dias, dice el Señor, y haré con la casa de Israel y casa de Judá una alianza nueva: no segun el pacto que hice con vuestros padres cuando los tomé de mi mano para sacarlos de la tierra de Egipto; sino este será el pacto que haré con la casa de Israel en aquellos dias. Daré mi ley en sus entrañas, y en sus corazones la escribiré: y seré para ellos Dios, y ellos serán para mí pueblo mio. Y cuando oís nueva alianza y pacto ó nueva ley, debeis entender en vuestro interior no solo el Evangelio escrito con pluma y tinta, sino principalmente el Espíritu Santo. Porque esta nueva ley, como enseña san Agustin y los demás Padres, es la misma gracia del Espíritu Santo y su divina presencia. Pues, como dice santo Tomás, cualquiera cosa se dice ser aquello que en ella es lo principal y máximo. Y lo principal y máximo en la nueva ley, y en lo que consiste toda su virtud, es la gracia del Espíritu Santo; la cual ilustra nues-

¹ Jerem. xxxi.

tra alma para la piedad y justicia, y con su mocion é inspiracion la incita é impele á practicarla cuidadosamente. De aquí es que dice san Agustin, ¿qué son las leyes nuevas, sino las virtudes en los corazones de los fieles? Porque estas nos mueven á practicar sus oficios con alegría y suavidad. Con alegría, digo, porque, como dice Aristóteles, no es muy difícil hacer las cosas que hace el varon justo; pero sin embargo, es cosa dificultosa hacerlas como él las hace: esto es, con ánimo pronto y alegre.

3. De esto se podrán colegir las diferencias de una y otra ley, dignísimas á la verdad de consideracion. Porque aquella, es decir, la antigua, se escribió en tablas de piedra, y esta en los corazones de los fieles, en los cuales habita el Espíritu Santo. Aquella solo instrua é iluminaba el entendimiento, y esta ilumina con mucha mayor claridad el entendimiento, é inflama con vehemencia en el amor de Dios la voluntad y el afecto. Aquella solo mostraba el camino para el cielo; esta muestra el camino y da fuerzas para andarlo. Aquella con terrores y penas contenía á los hombres en su deber, esta convida á la piedad y cumplimiento de ella por amor. Por tanto aquella se llama ley de temor, y esta ley de amor: aquella ley de siervos que por miedo del castigo se retraen y contienen de lo malo, y esta ley de hijos que mas por el amor se mueven é incitan á obedecer. Por esto cuando el Señor promulgó aquella ley arredró tanto á los hijos de Israel, que espantados y llenos de pavor dijeron á Moisés ¹: Háblanos tú á nosotros y oiremos: no nos hable el Señor, no sea que muramos. Á quienes él les dijo, no querais temer; porque para probaros vino Dios, y para que leuviéseis temor y terror, y no pequeis. Mas en este dia los fieles, habiéndose enviado el fuego de amor desde el cielo, se informaron y animaron á nueva vida con espíritu no de temor, sino de amor. Por lo cual dice el Apóstol ²: No recibisteis espíritu de servidumbre otra vez en temor, sino recibisteis espíritu de adopcion de hijos de Dios, en el cual clamamos: *Abba*, Padre. Esto es, que engendrando en nuestro pecho el amor de hijos, hace que invoquemos á Dios con todo nuestro afecto como á padre y como autor único de la salud. Hay tambien otra diferencia que nace en la realidad por la desigual dignidad de ambos legisladores, como expuso san Juan Evangelista cuando dijo: La ley se dió por Moisés, la gracia y la verdad se hizo por Jesucristo. Y cuanto mas digno es el legislador, tanto mas sublime y excelente es la ley dada por él. Pues, esto supuesto, es fácil de conocer cuánta sea la

¹ Exod. xx. — ² Rom. viii.

solemnidad de este día, y con cuánta devoción y alegría debamos celebrarla nosotros. Porque si los judíos de todas las naciones que hay debajo del cielo concurrían antiguamente á Jerusalem para dar todos en comun gracias al Señor por el beneficio de la ley promulgada, ¿qué es razón hagamos nosotros que en este mismo día recibimos por la ley el Evangelio, por la letra el espíritu, por las sombras la verdad, por la ministración de la condenación el ministerio de justicia, por el espíritu de temor la adopción de hijos de Dios; finalmente por la ley de Moisés, recibimos la gracia de Cristo? Pues cuanto es mayor el beneficio, tanto mas digna debe ser la solemnidad, mas ardiente la caridad y mas devota la acción de gracias. Dicho esto sobre la dignidad de la solemnidad, comencemos ahora á explicar su historia y el misterio de ella, en cuanto nos sea posible, con la divina gracia.

Primera parte: Historia de la venida del Espíritu Santo.

4. Nuestro Salvador, habiendo de partir para su Padre, viendo consternados de tristeza á los discípulos por su ausencia, los consoló con muchas y gravísimas razones. Porque es cosa familiar al Señor consolar y mitigar de muchos modos el pesar tomado por causa suya. Y entre los varios lenitivos de este dolor fue el principal y máximo que por él les enviaria luego otro preceptor y consolador que los instruyese en la dirección de sus ministerios, los consolase en sus adversidades, los confirmase en sus dudas, los armase de virtud celestial en los combates, les recordase todos los documentos en que anteriormente los habia instruido, que los condujese en toda verdad, hablase por boca de ellos delante de los reyes y príncipes, y diese de él clarísimo testimonio, y el cual finalmente permaneciese con ellos perpétuamente para no apartarse de su compañía. Pues confiados con estas tan magníficas promesas no solo aliviaban su pesar, sino que también estimulaban su ánimo para la expectación de este Espíritu paracleto. Todas estas cosas pasaron antes de la pasión. Y despues de su resurrección renovó otra vez todos estos prometimientos, y los confirmó. Yo, les dice, enviaré el prometido del Padre á vosotros, y vosotros sentaos en la ciudad hasta que os revisitais de virtud de lo alto ¹. Y en otro lugar ²: Juan, dice, bautizó en agua, y vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo, al cabo de no muchos días. Y tercera vez ³: Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros: y seréis mis testigos, etc.

¹ Luc. xxiv. — ² Marc. i. — ³ Act. i.

5. Pues erigidos y suspensos los ánimos de los discípulos con esta tan grande esperanza, inmediatamente que el Señor se elevó al cielo y se quitó de su vista, todos se colocaron de un acuerdo é intento en el cenáculo del monte Sion; y allí (como refiere san Lucas) perseveraban en oraciones y ruegos día y noche con María madre de Jesús y las demás santas mujeres, pidiendo al Señor y Dios Padre esta magnificéntísima promesa de Cristo Señor nuestro. Porque el cargo y oficio propio de la oración es pedir con clamores continuos este Espíritu, y el premio es alcanzar lo que así pidieres. Con este ejemplo, hermanos, podréis ocurrir al error de muchos que suelen decir: Ya tiene Dios decretada la suerte final que me ha de caber: de ningún modo puede anular lo que él tiene decretado. Quiero, pues, condescender á mi genio, y seguir una vida voluptuosa, porque nada es capaz de mudar ni desquiciar los decretos divinos. Pues si tú filosofas de este modo, de la misma manera pudieron filosofar los Apóstoles diciendo: Todos los oráculos de los Profetas predijeron la venida del Espíritu Santo; y al maestro celestial Cristo Señor nuestro antes de su pasión, y despues de su resurrección, ninguna cosa le era tan frecuente como esta promesa. Pues como la verdad de Dios no pueda decaer de modo alguno, ciertamente que sobre nosotros bajará el Espíritu Santo, aunque todos estos días nos echemos á dormir y los gastemos en ocio. Mas los discípulos no filosofaron así; sino que, segun pedía la dignidad de una tan grande promesa, juntos todos en comunidad de día y de noche instaban con ruegos continuos sobre la promesa del Señor. Esto á la verdad indica claramente el verbo *perseverar*, de que usó el escritor de la Historia sagrada. Porque sabian que cuando Dios, moderador de todas las cosas, decreta que suceda algo en los negocios humanos, difine juntamente tambien los caminos y medios por donde se pueda perfeccionar y consumir. Decretó que en los días novísimos enviaria desde el cielo sobre nosotros el Espíritu Santo; mas esto lo decretó por los ruegos de los Apóstoles, y principalmente por los méritos é intercesión de Cristo, como él mismo lo dice ¹: Yo rogaré al Padre, y os dará otro Paracleto. Ambas cosas estableció juntamente, ya que nos habia de dar este don, y ya la manera de que nos lo habia de dar. Porque aunque la razón principal de este beneficio habian sido los méritos y oración de Cristo; sin embargo esto que hacian los Apóstoles, aunque cosa corta, quiso que interviniera tambien juntamente con los méritos de Cristo. Porque esto

¹ Joan. xiv.

pide el orden de la Providencia divina, que aunque él en el negocio de nuestra salud obre lo principal y lo sumo; sin embargo quiere que hagamos nosotros aquello que segun nuestras fuerzas podamos, aunque sea cosa corta y desigual á sus grandes beneficios. De otra suerte con sus beneficios nos daría ocasion grande de pereza y negligencia. Pues mientras que esta sagrada asamblea ó comunidad en estos diez dias despues de la ascension del Señor perseveraba en oracion é instaba con ruegos por el don prometido por Dios; al cabo y fin del dia décimo, instando á los judíos la fiesta sagrada de Pentecostes, «hízose repentinamente del cielo sonido como de un viento que soplabá con ímpetu; y llenó toda la casa donde estaban sentados; y les aparecieron repartidas unas lenguas como de fuego; y se asentó sobre cada uno de ellos. Y todos se llenaron del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas, segun les daba que hablasen el Espíritu Santo.» Porque se llenaron de tal resplandor de claridad, de tal ardor de su mente, de tal suavidad y admiracion, y se ilustraron en el conocimiento de los misterios divinos de modo que no se pudieren contener en predicar en todas lenguas la grandeza de la bondad divina. Pues ¿qué otra cosa harían aquellos que habian recibido tanta plenitud y luz del divino Espíritu, cuanta no habian conseguido antes algunos de los Patriarcas ni de los Profetas? Porque este fuego celestial que ardia en sus corazones, ¿cómo era posible que contuviera estas llamas? Porque si el agua, que es grave por su naturaleza, y se hunde á lo bajo por su ímpetu natural, luego que aplicada al fuego coge mucho calor, como olvidada de su naturaleza sube á lo alto y no se contiene en los límites de la olla, sino que sale fuera; ¿qué hay que extrañar que los pechos de los Apóstoles, luego que se ardieron con este fuego celestial, prorumpiesen en estas voces de alabanza y confesion? Á la verdad que cada uno podia tomar con razon aquellas palabras de Elías ¹: Hé aquí mi vientre, como mosto sin respiradero, que rompe las tinajas nuevas.

6. Y por tanto no es de extrañar que algunos de aquellos que habian concurrido á estas voces, quedando los demás atónitos por la grandeza de este suceso, y por la variedad de lenguas, dijesen burlándose: Estos están llenos de vino. Pero san Pedro, saliendo al medio, comenzó á probar la grandeza del misterio con las profecias y testimonios de los Profetas. Esto es, que Dios, que en los tiempos pasados habia concedido con escasez su espíritu á algunos va-

¹ Job, xxxii.

rones escogidos, ahora, aplacado ya por los méritos y sangre de su unigénito Hijo, como pródigo de sus riquezas, abrió los tesoros de todas las gracias, y derramó estos tan grandes favores sobre toda carne; es decir, sobre todo linaje de hombres, segun que estaba prenunciado por boca de Joel ¹: Y sucederá, dice el Señor, en los últimos dias derramaré de mi espíritu sobre toda carne. Porque no solo en los términos de la Judea se habian de contener estos tan grandes bienes, sino que se habian de derramar abundantemente sobre toda carne; esto es, sobre todas las orillas y términos de las naciones extrañas. Esto mismo expuso el Apóstol mas abajo cuando dijo: Porque para vosotros es la repromision, y para vuestros hijos, y para todos los que están léjos. Es decir, para aquellos que retirados del culto y religion del Dios verdadero están dedicados al servicio y obsequio de los demonios. Los que serán inspirados de este celestial Espíritu, y enriquecidos con los bienes de la divina gracia, producirán frutos alegrísimos de piedad y justicia. Pues esta tan grande abundancia de gracia divina, dicese que hoy se derramó sobre toda carne; porque aunque la percibieron solos ciento veinte y cinco hombres, sin embargo estos recibieron la facultad de darla á los demás.

Segunda parte: Objeto de la venida del Espíritu Santo, y deberes que nos impone.

7. Hasta aquí la historia de este suceso, que casi con palabras sencillas expuso el evangelista san Lucas; la cual, sin embargo, está llena de casi tantos misterios como voces. Porque en ella no hay voz ociosa, nada hay que vauque de misterio y de razon. Porque que el Espíritu Santo haya sido enviado del cielo, que despues de la ascension de Cristo á los cielos viniese sobre nosotros, que quisiese venir en el dia de Pentecostes, y aparecer en especie de viento vehemente, y de fuego, y en varias lenguas, ¿quién creará que esto carece de misterios, sino aquel que esté ignorante de todas las cosas? Pero porque para explicar todas estas cosas no puede bastar un solo sermón, en el presente trataré aquello que entre todo es como la cabeza y lo principal; á saber, á qué especialmente bajó desde el cielo el Espíritu Santo. Á esta cuestion se pueden dar tantas respuestas, cuantos son los beneficios que en solo este se nos hicieron: y estos son máximos é innumerables. Sin embargo, la

¹ Joel, ii.

causa principal de esta venida fue para reformar la naturaleza del hombre decaída, é incitar poderosamente á la justicia nuestros ánimos, que estaban apartados de ella y de la piedad. Y para que mejor entendais esto, procuraré explicarlo lisa y llanamente (como se dice). Se ha de saber, pues, que dos cosas nos son principalmente necesarias para que podamos andar por el camino de la salud y justicia: estas son el conocimiento de lo que debemos hacer, y la propension de la voluntad para hacerlo: es decir, que sepamos de qué modo se debe practicar la justicia, y después con qué ánimo debemos practicarla. Porque muchos saben de qué modo se debe vivir, los cuales, sin embargo, enredados de sus pasiones, rehusan y huyen con vehemencia aquel mismo método de vida que aprueban. Y de estas dos cosas la primera es mucho mas fácil. Porque instruidos parte por la luz de la naturaleza, y parte por la doctrina de la ley, conocemos de algun modo qué debemos seguir y qué debemos huir. Porque ¿quién hay que ignore que se deben detestar el perjurio, la mentira, el hurto, el homicidio y el adulterio? Y por el contrario, que deben seguirse la castidad, la humildad, la caridad, y finalmente todas las virtudes? Pues ¿qué falta á los hombres para la piedad y justicia? Falta una cierta y firme voluntad de hacer lo que saben. Porque ¿cuán muchos son los que sabiendo que la virtud y bondad son muy apetecibles, sin embargo vencidos de sus pasiones las dejan? A estos principalmente parece conviene aquello del poeta: *Vide meliora proboque, deteriora sequor*. Veo lo mejor y lo apruebo, y sigo lo peor. Pues en esta miseria cayó el hombre por el pecado comun de la naturaleza. De donde necesariamente se siguió que cojease en el camino de Dios, porque conociendo de algun modo lo que debía hacer, sin embargo por su afecto y voluntad estaba muy lejos de hacerlo. ¡Oh y cuán muchos hay que viven en este miserable estado, los cuales teniendo noticia de la vida eterna, y sabiendo que para ella es necesaria la obediencia de los mandamientos divinos, con todo se horrorizan de ella, y la tienen cogida de fastidio; y por el contrario, apetecen con sed cuanto es dañoso á su salud! Y así proponiéndoles Dios como manjares saludables de su ánimo la vida honesta, la caridad fraternal, la templanza, el perdon de las injurias, la mansedumbre, la humildad y desprecio de los deleites; ellos, por el contrario, rehusando de todas estas cosas, siguen con un anhelo ardentísimo la liviandad, la destemplanza, la soberbia, el fasto, las riquezas terrenas y los deleites. Pues todos estos saben y conocen el camino y el mé-

todo de buena vida; pero les falta el propósito y voluntad firme de cumplirlo, sin lo cual aquel conocimiento no ayuda mucho, y aun alguna vez sirve para mayor colmo de la condenacion, respecto que ante el Juez supremo hace inexcusable su causa. Pues á esta enfermedad, como se dijo al principio, no alcanzaba ni socorria la ley que antiguamente les dió Dios; la cual les daba el conocimiento de la voluntad divina y del pecado, mas no les daba el aborrecimiento del mismo, ni el amor de la ley divina; y por esto no daba la salud á los hombres. Pues en este estado verdaderamente miserable vivia el mundo antes de la venida de nuestro Salvador y Señor. Pues qué, ¿acaso, Señor, estarán perpétuamente en esta tan grave enfermedad los hombres que criaste á tu imagen, y quisiste fueran participantes de tu felicidad? Si á ningun animalillo faltan, Señor, los beneficios de tu providencia, si atiendes á los viles gusanillos y demás reptiles, de modo que les ministras larga y magníficamente todo cuanto es necesario para la consecucion de sus bienes, ¿cómo podrá ser que desampares al hombre, por quien criaste todas las cosas? ¿Cómo quedará destituido de aquellos bienes con que pueda esforzarse y aspirar al fin por que lo criaste? Esto no es de tu providencia, la cual con mayor cuidado conserva y modera las cosas mayores.

8. Pues á esta tan grande necesidad proveyó la bondad divina de modo, que apenas podrá haber ó acontecer al hombre cosa mas feliz y deseable. Porque habiendo podido fortalecer de muchos modos nuestra debilidad, y socorrer nuestra pobreza, escogió principalmente este método de sanar nuestra naturaleza, que el mismo Criador nuestro se hiciese nuestro médico y nuestro maestro, el cual cumplirá todas las cosas. Esto á la verdad insinúan las palabras primeras de la leccion evangélica, en que dice el Salvador: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos á él, y harémos mansion en él. Preguntó, ¿qué cosa mas sublime que esta dignidad? ¿qué cosa mas apetecible para la naturaleza humana? Pensad, hermanos carísimos, dice san Gregorio, cuán grande sea esta dignidad, tener en el hospicio de su corazon el adviento del Señor. Porque así como habiendo podido la divina bondad redimir de muchas maneras al género humano, sin embargo escogió aquella que fue mas oportuna y cómoda, ya para sanar nuestra miseria, y ya para amplificar la gloria de Dios; y esta fue el encomendar esta obra á su unigénito Hijo: así al pre-

sente habiendo podido proveer á nuestra pobreza y flaqueza de otras muchas maneras, destinó esta sola, que era la eficazísima y excelentísima entre todas, y que trajera al hombre no solo mayor salud, sino tambien mayor dignidad. Pues para esto fue enviado el Espíritu Santo, para que supliera con abundancia lo que faltaba á la ley vieja, porque sanara la enfermedad de la naturaleza caída, para que encendiera con su fuego la voluntad del hombre resfriada, le excitara estando entorpecido, levantara á la que se hallaba caída, y la inflamara en el estudio y práctica de la ley divina. De esto sucedió que los que mas plenamente fueron inspirados de este Espíritu divino, buscaron despues con mayor ardor y porfía los bienes celestiales é invisibles, que habian buscado antes los bienes terrenos y visibles. Y que así habia de suceder, mucho antes lo habia profetizado el profeta Baruc por estas palabras¹: Porque así como fue vuestro sentido para apartaros y errar de Dios, así convirtiéndose diez veces tanto mas, lo buscaréis. Grandes á la verdad, y muy grandes son las maravillas que se predicán en las santas Escrituras de la virtud y oficio de este divino Espíritu: sin embargo este vaticinio parece que en poquísimas palabras las comprendió todas. Porque si alguno meditare en su ánimo con alguna mayor atención con cuánto ardor y afán los hombres del siglo han buscado los bienes mundanos, esto es, las riquezas, los honores, los deleites, el poder, los reinos y los imperios; si trae á su memoria los Anibales, los Césares, los Alejandros y demás potentados del mundo, y considera qué trabajos y peligros han pasado por la ambicion de mandar; pensará que es bastante, y aun sobrado, el que uno busque con tanto afán y porfía los bienes celestiales, con quanto ellos buscaron los terrenos. Pues mucho mayor deseo y ardor me promete á mí este santo Profeta, cuando dice, convirtiéndose diez veces, tanto mas buscaréis á Dios. Porque es tan grande la fuerza y el poder de este celestial Espíritu, y el pecho que ocupa, lo ilumina alguna vez, lo fortalece, lo instruye y lo enciende en el amor de las cosas celestiales, de modo que excede en mucho, en el deseo y amor de las cosas celestiales, á todos los amadores del mundo, á todos los ambiciosos, avarientos, voluptuosos y demás que están embriagados con el amor de las cosas terrenas. Porque ¿qué ardor de avariento y ambicioso es comparable con el ardor de un Pablo? ¿qué afán con su afán? y ¿qué trabajos con sus trabajos? Y yo os puedo traer no solo á un san Pablo, sino tambien á los Lorenzos;

¹ Baruch, iv.

á los Vicentes, y al ejército innumerable de Mártires, que agitados del mismo espíritu, apetejian con mayor deseo el tormento de muerte por la fe de Jesucristo, que otros la vida y gloria del mundo. ¿Por ventura no lo muestra esto claramente un san Ignacio, que se ardia en tanto fuego del martirio, que condenado á las fieras las llamaba de esta manera: Ó felices bestias, las que á mí se me preparan, cuándo vendrán? cuándo las sacarán? cuándo podrán comer mis carnes? Estas las deseo yo mas feroces, no suceda como con otros hicieron, que teman llegar á mi cuerpo. Lo que es mas, si se retardaren en embestir, yo me violentaré, yo me meteré en medio de ellas. ¿Qué cosa mas excelsa que este ánimo? ¿Qué cosa mas admirable? ¿De dónde este tan grande valor, sino de este Espíritu vehemente, que en este dia llenó los pechos apostólicos? Porque por esta causa vino en especie de un viento vehemente, para que la misma especie, que se presentaba á los sentidos, indicara su virtud oculta, y el ímpetu con que nos excita al amor de la piedad y justicia. Porque es propio del aire vehemente y conmovido hacer ímpetu grande en aquello que encuentra. Así vemos con qué ímpetu y velocidad se mueven las naves en el mar, cuando comienza á soplar un aire vehemente, y faltándoles este se quedan inmóviles en medio del mar. Pues con un ímpetu semejante, el Espíritu Santo por una invisible, aunque poderosa, fuerza, incita é impele la voluntad perezosa del hombre, tibia y desidiosa para la piedad y virtud por vicio de la naturaleza corrompida. Esto lo explicó el Señor con un símil oportuno, cuando dijo¹: El Espíritu, donde quiere, sopla: y oyes su voz; pero no sabes de dónde venga, ó á dónde vaya; así es todo el que ha nacido del Espíritu. Esto es, al viento, aunque no lo veamos, entendemos su fuerza y su eficacia cuando percibimos el ruido y movimiento de los árboles excitado del viento, y alguna vez vemos tambien árboles grandes, y muy arraigados, que los arranca y troncha con su ímpetu. Esto á la verdad es lo que dice: pero no sabes de dónde venga; ni á dónde vaya; con cuya figura de locucion denotó la naturaleza del aire, remota del sentido de la vista, aunque se sienta clarísimamente su movimiento y su impulso. Pues con este símil quiso dar á entender el Señor la poderosa virtud del Espíritu divino, aunque oculta é invisible, cuando dijo: Así es todo aquel que nació del Espíritu. Y ¿quién es el que nació del Espíritu? Dame uno que segun la condicion del nacimiento primero haya servido y condescendido algun

¹ Joan. iii.

tiempo á los apetitos de la carne; y que ahora habiendo percibido la gracia del divino Espíritu, reengendrado en una nueva criatura, se esfuerce por servir no á la carne, sino al Espíritu; no á su inclinacion y propia voluntad, sino á la voluntad divina; no al mundo, sino á Dios. Este, renacido así á beneficio de la vocacion divina, siente en la realidad su ánimo mudado interiormente; siente que se enardece mucho en el estudio de la Religion, y en el amor de las cosas celestiales; siente que ahora ama lo que antes habia aborrecido, que aborrece lo que antes habia amado, que desea lo que antes le fastidiaba, y que le fastidia lo que antes apetecia con ansia; que se deleita en las cosas que le eran molestas, y que se le hacen pesadas y tristes las que antes le deleitaban. Y esto lo sabemos por las voces diarias y ejemplos de aquellos que por un singular don de Dios se convierten de todo corazón del amor del mundo al amor de Dios. Porque el uno dice, que él anteriormente gastaba su vida en el juego de náipes, ú otras diversiones semejantes; y ahora despues que gustó una gota de la dulzura espiritual, aborrece todo género de juego mas que la muerte: el otro, que dia y noche estaba desvelado por amontonar su caudal y riquezas, ahora dice que se abrasa en amor de la pobreza; y el que antes tenia costumbre de rapiñar lo ajeno, ahora por amor á la piedad expende y da lo suyo.

9. El otro, que le parecia que no podia vivir sin el comercio impuro de la carne, ahora confiesa que ha muchos años que no ha manchado con torpeza alguna el candor de la pureza, no solo de obra, pero ni aun con una palabra ó pensamiento deshonesto. Otro que antiguamente estaba dado todo al ejercicio de la caza, ó de mantener caballos de regalo, de modo que ninguna otra cosa pensaba ni meditaba, luego que comenzó á mirar con su razon los atrios del cielo, nausea á estas cosas como viles y bajísimas. Otro que estaba dado incesantemente á lectura de novelas y libros fabulosos, que con mentiras insolentes fingen horrendas batallas y sangrientos desafios, luego que gustada la dulzura del Espíritu divino se arrepintió, se avergüenza mucho de que haya podido deleitarse en tales niñerías y desvarios. Encontrarás tambien no pocas doncellas que toda su felicidad la ponian en engalanarse y en arrastrarse de todas las modas de vestidos, y estas mismas, luego que percibieron las luces de este Espíritu divino, detestan todo este adorno como un poco de estiércol y como unos paños asquerosos. Habrá otras tan locas en el amor de sus maridos é hijos, que si les sucede la

mas leve enfermedad ó dolencia, apenas se las puede poner en juicio y razon, y estas despues que gustaron la suavidad del amor divino, moderaron el amor de las otras criaturas aun las mas allegadas, de modo que llevan siempre un ánimo pronto y dispuesto á todo cuanto quiera disponer la Providencia divina en orden á ellas y sus cosas. Habrá tambien otros que digan que todo esto que se ha referido particularmente les ha sucedido á ellos todo; los cuales convencidos con este argumento, se ven precisados á clamar con el Profeta: Esta mudanza es de la diestra del Excelso. Pues todos luego que por experiencia supieron y entendieron, mostrándosela el Espíritu divino, la amenidad de los bienes celestiales, reputan en nada y desprecian, en comparacion de la dignidad y resplandor de estos, todos los otros bienes. De aquí es que dice san Gregorio: Los Santos cuando arden ya en los eternos deseos, creen un peso insupportable el oir solo las cosas del mundo. Porque reputan por cosa muy insolente é intolerable todo aquello que no suena á lo que interiormente aman. Y con estas mudanzas del hombre interior, el Espíritu Santo, que nos pone en esta disposicion, da tambien testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios: no porque esto alguno lo pueda saber de cierto en esta vida, sino porque de ello tiene alguna vez conjeturas vehementes. Luego cualquiera que de esta ó de otras maneras semejantes está mudado de conformidad que apenas se conoce á sí mismo, y se admira de que ya él no es el que antes, este ciertamente (como antes inquiríamos) ha nacido del Espíritu Santo, cuando, depuesta la antigüedad del nacimiento primero, se trasladó á una nueva criatura.

10. Y para que alguno no estime menos de lo que es razon esta tan grande mudanza de ánimo, sepa de sentencia de san Bernardo, que es un don mas alto y divino este que el de obrar milagros. Porque este en la vida que escribió san Malaquías, varon santísimo, despues de haber hecho mencion de una mujer que resucitó por las oraciones de este Santo, refiere luego otra que estaba tan dominada de la ira y del furor, que se hacia intolerable á sus hermanos y á sus hijos, y á todos los demás. Y así doloridos los hijos, tanto por su madre quanto por ellos, la traen á presencia de Malaquías, exponiendo con llanto una queja ó causa digna de llorarse. Y el santo varon, compadeciéndose del peligro de la madre y de la incomodidad de los hijos, la llama aparte y la pregunta celoso si alguna vez habia confesado sus pecados. Respondió que nunca. Pues confésate,

la dice: obedeció, é imponiéndola la penitencia por sus culpas, y rogando por ella para que el Señor omnipotente la conceda el espíritu de mansedumbre, la manda en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo que no se enoje en adelante. Y se notó después tanta mansedumbre, que era patente á todos que no habia sido otra cosa que una admirable mudanza de la diestra del Excelso. Dicese que vive aun, y que es de tanta paciencia y mansedumbre, que la que á todos solia exasperar, ahora no se puede inquietar con ningunos daños, con ningunas injurias ni aflicciones. Si á mí me es permitido, segun el Apóstol, dice san Bernardo, abundar en mi sentido, tómelo cada uno como quiera; yo soy de sentir que esto se debe preferir al milagro de la resucitada arriba dicha, porque allí revivió el hombre exterior, y aquí revivió solo el hombre interior. Hasta aquí san Bernardo. A la verdad que bastantemente, como juzgo, hermanos, se puede entender la virtud y dignidad de esta admirable mudanza. Pero para que esto se vea mas claro, porque no es extraño que entendamos menos lo que antiguamente Nicodemus, maestro en Israel, ignoraba: os propondré otro ejemplar clarísimo de esta mudanza. Mirad al apóstol san Pedro en la pasion del Señor¹, que tiembla á la voz de una desalmada mozueta, negando y mas negando al Señor; y á poco despues, estando el mismo Señor presente, á cuyo obsequio acababa de ofrecer su vida, jura y perjura, detesta y anatematiza; esto es, se echa á sí mismo grandes maldiciones, diciendo que no conocia á aquel hombre. ¿Qué cosa mas flaca que este ánimo? ¿qué cosa mas apocada? Pero miremos ahora á este mismo hombre á pocos dias despues que recibió este celestial Espíritu. Este, despues de haber predicado en altas voces la gloria del Crucificado á presencia de todos, llevado á juicio y consistorio de los judíos, al que habia concurrido Anás, príncipe de los sacerdotes, y Juan Alejandro y todos los demás que eran del linaje sacerdotal, preguntado por ellos, en virtud de cuyo nombre hubiese sanado á cierto cojo, respondió estas animosas palabras de una fe inviolable²: Príncipes del pueblo y vosotros ancianos, escuchad: Puesto que hoy se nos pide razon del beneficio de este hombre enfermo, por quien este ha sido sanado, sea notorio á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis, y á quien Dios resucitó de entre los muertos; en él está sano este delante de vosotros. Esta es la piedra que, reprobada de vosotros, los archi-

¹ Matth. xxvi. — ² Act. iv.

tectos, ha sido puesta en la cabeza del ángulo, y no hay salud en otro alguno. Porque no hay otro nombre debajo del cielo dado á los hombres, en que nos sea necesario ser salvos. Pregunto, ¿qué cosa mas valerosa que esta respuesta? ¿qué mas constante? ¿qué mas maravillosa? Porque ¿qué circunstancia omitió perteneciente ó al conocimiento de Cristo, ó á la declaracion de su gloria, ó para condenacion y acusacion de la perfidia ó crueldad de los pontífices y fariseos? ¿Quién te mudó así, ó feliz pescador? ¿de dónde te ha venido á tí tanto valor, una tan nueva fortaleza y tan invencible constancia? ¿quién á este pecho mujeril y tan apocado, que pocos dias antes tembló y se espantó á la voz de una flaca mujercilla, lo armó de modo que hollases y pisases con una fortaleza insuperable todo el senado y asamblea de los judíos? ¿quién á vista de este ejemplar no conocerá fácilmente la virtud y poder de este celestial Espíritu? no la admirará? no la reverenciará? no la adorará? no se esforzará, para decirlo así, con todos sus deseos por aspirar á la participacion de esta divinidad? Y lo que os he dicho de un solo Pedro, lo mismo os hubiera podido decir de todos los discípulos, los cuales, sin embargo, todos se escandalizaron en la pasion del Señor. Porque todos dejándole huyeron, de modo que aun un jóven que estaba cubierto con una sábana, estando para ser cogido por los impíos, dejando la sábana escapó de ellos, y á costa de la pérdida del pudor y de la vergüenza buscó su salud por esta torpe huida. Todas estas cosas quiso el Espíritu Santo que las notaran con cuidado los Evangelistas, para que de esta manera tanto los discípulos del Señor como todos nosotros entendiéramos que es lo que les dió el Espíritu Santo. Una cosa semejante suelen hacer los tesoreros reales, los cuales antes de comenzar á ejercer sus oficios procuran hacer presente á los reyes los bienes de sus patrimonios, para que pueda constar claramente en cuánto se hicieron mas ricos por la administracion de su oficio. Pues así, vista la anterior flaqueza de los discípulos, muestra con bastante claridad que es lo que recibieron del Espíritu Santo.

41. Mas dirá alguno acaso, está esto bien. Pero este don tan esclarecido del Espíritu Santo se concedió tan solamente á los Apóstoles, los cuales recibieron las primicias del Espíritu divino. Confieso en la realidad que así fue. Mas ¿á quién aparta el Señor de la participacion de este Espíritu? ¿á quién excluye de la comunicacion de su gracia? Y por mejor decir, ¿á quién no llama á ella de muchos

modos? Id; dice, por todo el mundo¹, predicad el Evangelio á toda criatura. Y ¿qué otra cosa es el Evangelio sino la gracia del Espíritu Santo ofrecida de balde? Y otra vez el Señor dice por san Juan²: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Y esto lo decía del Espíritu Santo, que habian de recibir creyendo en él. ¡Oh voz de oro! ¡oh voz llenísima de piedad y misericordia, digna de que siempre estuviera resonando en los oídos de nuestro corazón, para que nos erigiera en deseos y esperanzas de este don celestial! Y ¿qué denota aquel convite del Profeta³: Todos los sedientos venid á las aguas, y los que no teneis plata daos prisa, comprad y comed? Venid, comprad sin plata y sin cambio alguno vino y leche; esto es, el vino del amor y la leche de la suavidad celestial. Vino los que ya os habeis puesto mas robustos, y leche todos los que como parvulillos aun en Cristo mamais los pechos. Y ¿de qué modo concuerdan estas dos cosas, venid y comprad, diciendo inmediatamente: sin plata y sin cambio alguno? Porque ¿quién compra que no sea ó por dinero ó cambio de alguna otra cosa? ¿Acaso es esto lo que dice la Esposa en los Cantares⁴: Si diere el hombre toda su hacienda por el amor, la despreciará como cosa que es nada? Porque es tanta la dignidad y grandeza de este don celestial, que, gastados todos los bienes por él, y pasados todos los trabajos del mundo por él, se dice que son nada absolutamente. De aquí es aquella voz⁵: Porque todo el oro en comparacion suya es una pequeñuela arena, y como todo se reputará la plata á vista de ella. Y ¿qué será si este don se compra y tambien se da graciosamente? Porque así como alguna vez sucede que uno es el que siembra y otro el que siega, así no es extraño que en este negocio uno sea el que compre y otro el que reciba graciosamente. Porque verdaderamente Cristo Señor nuestro nos compró este don tan grande con el precio de su sangre, y nosotros por él lo recibimos graciosamente del Padre. Esto á la verdad es lo que insinuó el Apóstol cuando dijo⁶: que nosotros habíamos sido justificados graciosamente por la redencion que hay en Cristo Jesús. Luego graciosamente hemos sido justificados, pero á costa de mucho precio hemos sido comprados; á saber, por la redencion que hay en Cristo Jesús.

12. Pero recogiendo ya las velas, para que no parezca que hemos oido inútilmente el sermón, os he de mostrar brevemente qué

¹ Marc. xvi. — ² Joan. vii. — ³ Isai. lv. — ⁴ Cant. viii. — ⁵ Sap. vii. — ⁶ Rom. vii.

débamnos llevar á nuestras casas de lo dicho hasta aquí. Pues lo primero es, que demos gracias inmortales á este Espíritu divino, que en este día bajó sobre los pechos de los Apóstoles. Porque á la verdad nosotros no somos excluidos de la comunicacion de esta gracia, respecto que por nosotros se derramó sobre los Apóstoles aquel don excelentísimo. Porque habiendo decretado Dios edificar el templo de su Iglesia de piedras vivas, debió criar artífices que pusiesen sus manos á esta obra: y nosotros somos aquella fábrica y templo, por el cual se buscaron arquitectos. Esto á la verdad insinuó claramente el Apóstol, cuando escribió á los corintios¹: Todas las cosas son vuestras, séase Pablo, séase Cefas, séase el mundo, séase la vida, séase la muerte, séanse las cosas presentes, ó séanse las futuras, todas son vuestras, esto es, instituidas para vuestra salud. Y así como un padre noble regala mucho al maestro de su hijo, para que le enseñe con mayor cuidado, y honra en esto no solo al preceptor sino tambien al hijo; así el Señor cuando en este día llenó de su Espíritu á los Apóstoles, y les obligó mas así con este tan grande beneficio, á nosotros tambien nos hizo deudores del mismo favor, pues por nuestra salud se derramó sobre ellos tan á manos llenas. Porque omitiendo ahora que este mismo Espíritu (como se dijo al principio) ha de permanecer perpétuamente entre nosotros, para con su invisible dirección, magisterio é inspiración conducirnos á la bienaventuranza é inmortal vida. En este mundo debeis á la verdad contemplar dos mundos: uno natural y otro sobrenatural; uno cuyo fin es el ser de la naturaleza, y otro cuyo fin es el ser de gracia, esto es, el ser sobrenatural y divino. Porque así como Dios, autor de la naturaleza y primer motor y causa de ella, está presente y asiste á todas las cosas naturales con su perpétua providencia, é incesantemente las dirige con su concurso general á sus respectivos fines; así el mismo Señor, que es el autor de la gracia y felicidad, se porta del mismo modo en el mundo sobrenatural, esto es, en la Iglesia, insinuándose por un oculto é invisible ilapso en las mentes de los pios, y dirigiéndolos y conduciéndolos por su virtud soberana al fin sobrenatural por medio de las obras de piedad y justicia.

13. Lo segundo, es consiguiente tambien que con igual amor y afecto demos gracias á nuestro Salvador, por cuyos méritos y ruegos se derramó sobre nosotros este tan esclarecido don. Lo tercero, se colige de lo dicho, que están totalmente engañados, y yerran aquellos que tienen el camino de la virtud como inaccesible y áspe-

¹ I Cor. iii.

ro. Porque estos, así como nunca han experimentado la virtud del Espíritu Santo, así tampoco la conocen. Confieso que sin su auxilio es el camino de la virtud aun mucho mas difícil de lo que piensan; pero aspirando el Espíritu Santo, es tan fácil y suave, que con razon dijo el Profeta ¹: Deleitádome he en el camino de tus testimonios, como en todas las riquezas. Y siendo esto así, con razon se hace reprehensible la pereza y desidia de muchos. Porque ¿qué mayor flojedad que, por cosas de nada, perder un don tan grande, adquirirlo á costa de tanto precio y trabajo? Porque es tanto el don, y tanto su precio, que la grandeza de uno y otro parece que compiten entre sí. Porque si atiendes al precio, ¿qué cosa mayor? si miras al don, ¿qué cosa mas divina? Y esto no obstante, yo ciego y loco repudio el uno y el otro por no tolerar un corto trabajo. Porque ¿qué otra cosa me pide el Señor, que el que tenga sed, para que beba? pida para que reciba? busque para que encuentre? y que abra mi boca para que él la llene? Con muchísima verdad la Verdad misma dice ²: Todo el que pide recibe: y el que busca encuentra: y al que llama se le abre. De los santos Apóstoles se dijo arriba, que diez dias despues de la ascension del Señor estaban perseverando en oraciones con María madre de Jesús y las santas mujeres. Yo me ofrezco fiador por Dios de que tú has de recibir (aunque no con igual plenitud) el mismo Espíritu, si arrepentido de corazon de la vida pasada perseveras con vigilancia en la oracion: si con los Apóstoles pides con instancia, buscas y llamas. De esto tienes prendas ciertas, como es aquella promesa del Salvador ³: Si vosotros, dice, siendo malos, sabéis dar dones buenos á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará espíritu bueno á los que se le pidan? Tienes tambien el testimonio del apóstol Santiago, que dice ⁴: Si alguno tiene necesidad de sabiduría, la que tiene el primer lugar entre los dones del Espíritu Santo, pídale á Dios, que la da á todos con abundancia. Pero dices: ¿de qué manera pediré? Á esto responde el mismo Apóstol: y pida no dudando en la fe. Porque entre las otras condiciones de la oracion la fe es principalmente necesaria, si queremos alcanzar lo que pedimos.

14. Pero porque os he hecho mencion de la fe, intentaré rebatir un error pernicioso de muchos con el argumento de la solemnidad del dia. Porque hay muchos, parte herejes y parte tambien fieles, que perseverando en sus maldades, se lisonjean con sola la fe, pensando que con ella sola pueden ganarse la salvacion, y en ella colo-

¹ Psalm. cxviii. — ² Luc. xi. — ³ Matth. vii. — ⁴ Jacob. i.

can la suma de toda la piedad cristiana. Esta persuasion en la realidad introducida en el mundo por arte de Satanás, es increíble de decirse cuánta mortandad de almas haya causado. Este error á la verdad (sin decir otra cosa al presente) la institucion sola de este dia de fiesta lo puede convencer y rebatir. Porque es constante que á esto se destinaron todos los conatos de Cristo, á esto miraban sus oraciones, á esto sus trabajos, á esto su encarnacion, pasion, muerte, vida, resurreccion y ascension á los cielos; á saber, para que el Espíritu Santo se nos enviara desde el cielo. Y el Espíritu Santo, si atiendes y consideras su naturaleza y esencia, es el amor con que se estrechan y abrazan entre sí con amor infinito el Padre y el Hijo. Porque así como el Hijo es el Verbo que procede del entendimiento del Padre, así el Espíritu Santo es el amor que mana de la voluntad de ambos, esto es, del Padre y del Hijo. Pues con este argumento entended, hermanos, que la caridad á la verdad es el fin de toda la religion cristiana, respecto que el Espíritu Santo, que es la caridad ó amor del Padre y del Hijo, fue el fin de todos los trabajos de Cristo: para que aquel que es esencialmente amor, inflamara nuestras voluntades en el amor de las cosas celestiales, y al modo que con un inefable nudo y lazo de amor junta al Padre y al Hijo, así uniera entre sí á todos los fieles con el vínculo ó lazo de la caridad. Y donde reina una caridad semejante, allí no tienen lugar, ni el odio, ni la envidia, ni la injuria, ni la rapiña, ni el oprobio, ni la murmuracion, ni la susurracion, ni el escándalo, ni el amor deshonesto, sino que en vez de esto dominan allí la misericordia, la benignidad, la liberalidad, la afabilidad, la mansedumbre y la suavidad. Pues estos son los oficios de una verdadera caridad, y estos mismos son los indicios por los cuales puede cualquiera hacer conjetura de si está presente en él el Espíritu Santo. Por tanto, practiquemos siempre la caridad, antepongamos á todas las cosas la caridad, pidamos á Dios con ruegos continuos el fuego de la caridad, la cual define el Apóstol, que es la suma de la filosofia cristiana, y el vínculo de la perfeccion. Es en la realidad necesaria y muy recomendable la fe, sin la cual no puede estar la caridad; pero sin embargo aquella es como el fundamento ó cimiento de la obra, y esta la consumacion de toda ella. Y es tanta la dignidad de ella, que como dice el mismo Apóstol, faltando la fe y la esperanza, sola la caridad persevera en la patria celestial. Esta se digne concedernos hoy misericordiosamente el Espíritu Santo, el cual con el Padre y el Hijo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Repleti sunt omnes Spiritu Sancto. (Act. II, 4).

Todos fueron llenos del Espíritu Santo.

1. El misterio de hoy día se verificó por la vez primera en los Apóstoles..., pero permanecerá en la Iglesia hasta el fin de los siglos... Jesucristo lo mereció para aquellos y para nosotros... Es de fe que por medio de los Sacramentos podemos recibir todos los días el Espíritu Santo..., con los mismos efectos de conversión y santificación... ¡Desgraciados de nosotros si contristamos el Espíritu Santo y ponemos óbice á sus gracias!... *Invocacion*: Espíritu divino...

2. El mundo en el estado de culpa no puede recibir el Espíritu Santo: *Quem mundus non potest accipere, quia nec videt eum, nec scit eum.* Es obligación de los predicadores darlo á conocer, dice el Crisóstomo. Esto es lo que yo intento... No basta para salvarse saber que el Espíritu Santo es la tercera persona de la santísima Trinidad..., es necesario saber lo que es respecto de nosotros..., lo que debemos hacer para recibirle... El Espíritu Santo es para nosotros un Espíritu de verdad, un Espíritu de santidad, y un Espíritu de fortaleza... Como Espíritu de verdad, nos ilumina; como Espíritu de santidad, nos purifica; como Espíritu de fortaleza, nos anima. Estos tres efectos van á ser el objeto de vuestra atención.

Primera parte: El Espíritu Santo es para nosotros Espíritu de verdad, y como tal nos ilumina.

3. Enseñar sin excepción toda verdad, enseñarla sin distinción á toda clase de personas, y de todos modos, es cosa que solo Dios puede hacer... *Docebit vos omnem veritatem.* Este es el carácter que parece haberse manifestado mas sensiblemente en este día solemne...

4. Solo el Espíritu de Dios, dice san Agustín, es capaz de en-

señar y persuadir toda verdad... El espíritu del hombre, dice el Crisóstomo, enseña y persuade al hombre lo que satisface al amor propio, lo que... Pero lo que hace guerra á nuestras pasiones, y lo que..., solo el Espíritu de Dios puede enseñarlo y persuadirlo... Los hombres buscan discípulos dóciles, y que tengan disposiciones para... El Espíritu de Dios no necesita de esta elección. Ya sean tardos, ya incrédulos, ya..., de todos sabe hacer sujetos capaces... *Erunt omnes docibiles Dei.*

5. Es obra propia del hombre enseñar la verdad de un modo ceñido y limitado, es decir... Los filósofos del paganismo así imprimían... Pero enseñar en un instante las verdades mas profundas..., es propio de Dios... Esto se verificó á la letra en los Apóstoles..., lo que yo tengo por uno de los mayores milagros...

6. ¿No fue, en efecto, un asombro ver á los Apóstoles, tan ignorantes antes y llenos de errores, tan consumados en la ciencia del reino de Dios luego de recibido el Espíritu Santo?... Por mas cuidado que tuvo Jesucristo, durante tres años, en darles una perfecta instruccion, aun ignoraban... Pero luego que recibieron el Espíritu Santo...

7. Aun digo mas: los Apóstoles eran unos hombres llenos de defectos, insensatos y tardos en creer, interesados, etc. Así nos los pinta el Evangelio. Estos son, dice el Crisóstomo, los sujetos que el Espíritu Santo escoge para hacer de ellos sus discípulos... De estos incrédulos hace defensores de la fe, y de estos ignorantes hace doctores de todas las naciones...

8. ¿Hasta qué punto llegó á persuadirlos? Hasta hacerlos resolver á morir por la confesion de las verdades... Si Platon, dice el Crisóstomo, hubiese tenido la presuncion de exigir de sus discípulos...

9. Ni penseis que esto se ha verificado una sola vez... San Lucas nos asegura que este misterio se renovaba todos los días en el principio de la Iglesia... Y esto es lo que sucede y se verifica aun hoy día, bien que de un modo mas sencillo...

10. El Espíritu de verdad renovó la faz de la tierra; el espíritu y príncipe de las tinieblas la ha pervertido con errores y mentiras... Todo el universo está en el día lleno del espíritu del mundo..., y como es un espíritu de impostura, hipocresía y error, nada hay en el mundo que no sea aparente y falso. Falsos son sus placeres... El mundo es una escena en que todo pasa en figura, segun el Apóstol... No es solo en los palacios de los grandes donde

reina ese espíritu mundano ; tambien se extiende á los estados particulares del pueblo, y en los estados mas santos, hasta en la Iglesia, hasta en el Clero... Palabras de san Bernardo sobre el particular... Y si tanto puede aquel espíritu en los que están separados del mundo, ¿qué no deben temer los que?...

11. Volvamos á nuestro asunto. Si hemos de juzgar por los efectos, decidme : ¿ha sido el Espíritu de verdad para nosotros?... Los Apóstoles en el instante que recibieron el Espíritu Santo, estuvieron dispuestos... ¿Estamos nosotros prontos tambien?... ¡Ah! no hagamos al Espíritu de gracia el agravio de querer justificarnos á costa de la misma gracia... Preservadnos, ó Espíritu divino,... Enseñadnos lo que enseñásteis...

Segunda parte : El Espíritu Santo es para nosotros Espíritu de santidad, y como tal nos purifica.

12. El Espíritu de Dios no solo es llamado Santo, sino Santificador. No en vano dijo el Salvador... El efecto propio del Bautismo es purificar y santificar... Reconozcamos por una parte su excelencia, y por otra sus obligaciones...

13. ¿Qué es ser bautizado en el Espíritu Santo, sino adquirir, recibiéndole, una pureza celestial y divina?... El primer bautismo que recibieron los Apóstoles fue de agua, el segundo de fuego... Aquel no los había preservado de ser ambiciosos, interesados, envidiosos..., pero apenas reciben el Espíritu Santo, vienen á ser no solamente santos, sino de una santidad consumada... No fueren ya, dice el Crisóstomo...

14. La perfeccion de este bautismo de fuego llegó en los Apóstoles hasta purificar sus corazones de una cierta inclinacion demasiadamente humana que aun conservaban á Jesucristo, inclinacion que era un obstáculo á la venida del Espíritu Santo : *Si enim non abiero, etc.* ¿Por qué? Respuesta de san Agustin... Tal fue la excelencia de este bautismo en los Apóstoles. De ahí debemos inferir hasta qué grado debe el Espíritu Santo ser para nosotros un espíritu de pureza y santidad.

15. Visto esto, ¿nos admiraríamos de estas palabras del Génesis : *Non permanebit Spiritus meus in homine... quia caro est?*... Lo que es de admirar es que algunos se lisonjeen de conservar, sin perder á Dios, ciertas inclinaciones... Lo que ha producido estas inclinaciones ¿no es en realidad la concupiscencia de la carne?... Yo bien

sé que las disfrazais con el nombre de amistades honestas, por el Espíritu de santidad... Ó Espíritu divino, yo confieso que...

16. Estas son las que yo llamo respecto de nosotros, obligaciones del bautismo interior del Espíritu Santo. ¿Y qué debemos hacer para cumplirlas? Cortar todo lo que hay de humano en nuestros pensamientos, acciones, etc. *De cætero, fratres..., quæcumque pudica, quæcumque sancta, etc...* *Si Spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis...* *Manifesta sunt autem opera carnis, quæ sunt...* ¿No es verdad que todavía sois carnales? *Nonne carnales estis?* No aspireis, pues, mientras lo fuéreis, á recibir el Espíritu Santo.

17. El oráculo : *Non permanebit, etc.*, no se opone á este otro : *Effundam de Spiritu meo super omnem carnem.* No permanecerá en nosotros mientras seamos carnales, pero se derramará sobre nosotros para que dejemos de serlo... Para esto, Señor, es necesario todo el poder de vuestra gracia... Enviadnos, pues, vuestro Espíritu... Enviadnos este Espíritu santificador...

Tercera parte : El Espíritu Santo es para nosotros Espíritu de fortaleza, y como tal nos anima.

18. La fe nos representa el Espíritu Santo estéril en sí mismo, pero fuera de sí es activo, fecundo, lleno de eficacia y virtud... Por él somos reengendrados... Por él nos reconciliamos... Por él la caridad es derramada... El Espíritu Santo animó á los Apóstoles á hablar en el instante y declararse, á emprenderlo todo, á padecerlo todo. Esto manifiesta que es un Espíritu de fortaleza.

19. Apenas los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, *cæperunt loqui.* ¿Por quién se declaran? Por Jesucristo... Salen del cenáculo... Entran en las sinagogas... En vano se les pretende hacer pasar por insensatos, ó tomados del vino... San Pedro les reconviene... ¿Quién se explica de este modo? ¿Son unos hombres llenos de celo? No, sino el celo mismo, que es el Espíritu Santo, dice el Crisóstomo. — *Ille me clarificabit,* dijo el Salvador. *Non enim vos estis qui loquimini, sed...*

20. El Espíritu Santo anima á los Apóstoles á emprender cosas superiores á las fuerzas humanas... Sin otras armas que la fuerza del Espíritu de Dios, mudan y transforman el mundo... Todo se les rinde... La ley nueva pasa por su ministerio mas allá de los mares... No es esto decir que no tuvieron que sufrir muchas persecuciones, y... Sufrir, padecer y morir eran las delicias de su cora-

zon... Tales son las divinas operaciones del Espíritu Santo, no solo en ellos, sino en todas las almas justas. Por ahí podremos conocer si es este Espíritu el que nos anima...

21. Es un error creer que se ha recibido el Espíritu Santo, y callar cuando es necesario hablar; estar indiferente cuando es necesario obrar; no querer exponerse á nada cuando es necesario sacrificarse. Error grosero sería también... Sería finalmente error grosero... No, no nos ceguemos hasta el extremo... Hagamos, según nos conviene, ... No nos contentemos con hablar, trabajemos por Dios... No nos entibiemos por los obstáculos... En esto tendremos que experimentar contradicciones..., pero...

22. *Adhuc loquente Petro... cecidit*, etc. ; Que no pueda yo alcanzar para vosotros y para mí el mismo milagro!... Haced, Señor,... Bendecid mi palabra... Derramad... Y Vos, Espíritu de mi Dios,...

SERMON III

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Repleti sunt omnes Spiritu Sancto. (Act. II, 4).

Todos fueron llenos del Espíritu Santo.

1. Este es el gran misterio que por la primera vez se verificó en los Apóstoles, y que se verificará en nosotros, si estamos dispuestos como ellos para recibir este don celestial del Espíritu de Dios: pues Jesucristo con su muerte le mereció para nosotros como para los Apóstoles: le pidió á su Padre para nosotros cuando le pidió para los Apóstoles; y la solemnidad que celebramos, no es, como las demás festividades del año, una simple conmemoracion, sino el misterio mismo de la venida del Espíritu Santo. Misterio que subsiste siempre, y que permanecerá en la Iglesia de Dios hasta el fin de los siglos, mientras hubiere en ella fieles en estado de participar de él, y que le obliguen á repetirle en sus corazones. De nosotros depende, cristianos, ser de este número, pues es cierto, y aun de fe, que por los Sacramentos de la ley de gracia podemos recibir todos los dias el Espíritu Santo, y que en virtud de las promesas del Salvador, el mismo Espíritu que descendió visiblemente sobre los discípulos juntos en Jerusalem, desciende aun verdaderamente sobre nosotros; no con el mismo esplendor, ni con los mismos prodigios, pero sí con los mismos efectos de conversion y santificacion, cuando halla nuestras almas bien preparadas, y cuando tenemos cuidado de disponernos para recibirlo. Muy útil será, amados oyentes míos, para vosotros y para mí, comprender bien cuál es este Espíritu que el Hijo de Dios nos ha prometido, y cuya mision inefable debe obrar en nosotros lo que obró en los Apóstoles. Desgraciados de nosotros, si por nuestra infidelidad ponemos á ello algun obstáculo; desgraciados de nosotros (usando de la expresion de san Pablo) si contristamos al Espíritu Santo, y si descuidamos de las disposiciones que debemos tener para participar de sus gracias. Espíritu divino, origen fecundo de donde procede toda gracia ex-

celente y todo don perfecto, derramad sobre mí un rayo de aquella luz con que los discípulos de Jesucristo fueron penetrados cuando descansásteis sobre ellos. Dadme una de aquellas lenguas de fuego que aparecieron sobre sus cabezas, cuando ilustrados interiormente, animados y fortalecidos, empezaron á hablar. En la obligacion en que me hallo de anunciar á mis oyentes verdades de salvacion, necesito de vuestro socorro y ayuda, y os lo pido por la intercesion de *María: Ave María.*

2. El mundo, segun el infeliz estado á que le ha reducido la culpa, no puede recibir el Espíritu Santo. Esta es la señal mas terrible y funesta que Jesucristo nos dió de la reprobacion del mundo: y quando pronunció contra él esta sentencia, no dió mas razon de ello, sino que el mundo en el exceso de su ceguedad no sabe lo que es el Espíritu de Dios: *Spiritum veritatis, quem mundus non potest accipere, quia non videt eum, nec scit eum*¹. Por eso es de la obligacion de los predicadores del Evangelio, inferia san Juan Crisóstomo, dar á conócer al mundo este divino Espíritu; y esto es lo que intento en este discurso, en que tengo que exponeros el misterio mas alto de nuestra Religion, y el de mayor edificacion y mas grande interés. Quando san Pablo llegó á Éfeso preguntó á los discípulos que encontró allí, si habian recibido el Espíritu Santo, despues que habian recibido la fe: *Si Spiritum Sanctum accepistis, credentes?* Sorprendidos con esta pregunta le respondieron ingenuamente, que ni aun habian oido decir que hubiese tal Espíritu Santo: *Sed neque si Spiritus Sanctus est, audivimus*². ¿Cuántos cristianos, ó por mejor decir, cuántos mundanos, con deshonor de la religion que profesan, viven hoy en la misma ignorancia, y puede ser que en una ignorancia mas culpable? Porque no basta para salvarse, saber que el Espíritu Santo es la tercera persona de la santísima Trinidad; que es consustancial al Padre y al Hijo; y que procede eternamente del uno y del otro: pues estos son puntos de creencia que nos enseñan lo que el Espíritu Santo es en sí mismo; y demás de esto es necesario saber lo que es respecto de nosotros, lo que debe producir en nosotros, para qué se nos ha enviado, lo que debemos hacer para recibirle, y por dónde debemos juzgar si le hemos recibido. ¿Cuántos cristianos tibios hay, que ocupados únicamente con el mundo, no han tenido nunca cuidado de instruirse en este punto? Y cuántos, mas reprehensibles que los discípulos de Éfeso, pudieran hacer hoy esta confesion vergonzosa: *Sed neque si Spiri-*

¹ Joan. xiv, 17. — ² Act. xix, 2. — ³ Ibid.

tus Sanctus est, audivimus? ¿Cómo hemos de haber recibido el Espíritu Santo, si aun no sabemos lo que es el Espíritu Santo? Pero sea como fuere, ved, hermanos míos, la idea que vengo á daros de él, tomada del misterio que celebramos. Aquel Espíritu, de quien los Apóstoles recibieron las primicias, y la plenitud fue para ellos, es á proporcion para nosotros un Espíritu de verdad, un Espíritu de santidad, y un Espíritu de fortaleza. Atended á estos tres pensamientos. Es un Espíritu de verdad; porque llenándonos de sus luces, nos enseña toda verdad: esta será la primera parte. Es un Espíritu de santidad; porque uniéndose á nosotros, destruye en nosotros todo lo que encuentra, no solo impuro y carnal, sino aun lo imperfecto y terreno, opuesto á la verdadera santidad: esta será la segunda parte. Finalmente, es un Espíritu de fortaleza; porque nos hace capaces de obrarlo todo, y tolerarlo todo por Dios, infundiéndonos una virtud sobrenatural y un valor superior á toda dificultad: esta será la conclusion. Estas cualidades del Espíritu Santo nos fueron representadas sensiblemente en aquel fuego misterioso, en cuya figura descendió sobre los Apóstoles; porque el fuego, que es el mas noble de todos los elementos, tiene la virtud de iluminar, de purificar y de animar. Estas son justamente las tres propiedades del Espíritu de Dios respecto de nosotros. Como Espíritu de verdad, nos ilumina; como Espíritu de santidad, nos purifica; y como Espíritu de fortaleza, nos anima. Como Espíritu de verdad, nos desengaña de nuestros errores; como Espíritu de santidad, nos desprende de nuestras inclinaciones y costumbres perniciosas; y como Espíritu de fortaleza, nos hace triunfar de nuestras flaquezas: como Espíritu de verdad, eleva y perfecciona nuestros espíritus; como Espíritu de santidad, reforma y muda nuestros corazones; y como Espíritu de fortaleza, mueve todas nuestras potencias con el fervor que excita en nosotros quando quiere que obremos por la gloria é intereses de Dios. Estos tres efectos de su santa presencia nos descubre Dios en este gran dia, y van á ser el objeto de vuestra atencion.

Primera parte: El Espíritu Santo es para nosotros Espíritu de verdad, y como tal nos ilumina.

3. Enseñar la verdad es cosa que puede convenir al hombre, porque no excede á su capacidad; pero enseñar sin excepcion toda verdad, enseñarla sin distincion á toda clase de personas, y poder-

la enseñar de todos modos, es cosa que solo puede hacerla Dios, y cualquier otro espíritu que el de Dios es absolutamente incapaz de ello. Por esto es ese el carácter mas esencial y mas divino que Jesucristo atribuyó en el Evangelio al Espíritu Santo: *Cum autem venerit ille... docebit vos omnem veritatem*: y este es el carácter ó señal que me parece á primera vista haberse manifestado mas sensiblemente en este dia solemne, en que el Espíritu de verdad bajó sobre los Apóstoles y sobre todos los discípulos juntos. Ved la prueba de ello.

4. Solo el Espíritu de Dios, dice san Agustin examinando con atención estas palabras, *omnem veritatem*, es capaz de enseñar y persuadir toda verdad; porque hay algunas que la carne y sangre no pueden revelarnos, hay algunas que chocan y se resisten á la razon humana, hay otras de las que la naturaleza se asombra; hay tambien otras verdades que humillan, que estrechan y mortifican; pero por esto mismo son verdades útiles y necesarias. En una palabra; hay verdades que el hombre, segun la expresion del Evangelio, no puede sufrir, y mucho menos gustar de ellas, ni amarlas. Pues si llegare á estar sincera y eficazmente persuadido de ellas, esto no puede ser sino efecto de un espíritu superior que obra en él, y le eleva sobre sí mismo: y no hay otro sino el Espíritu de Dios que tenga este poder. El espíritu del hombre, dice san Juan Crisóstomo, enseña y persuade al hombre lo que satisface al amor propio, lo que lisonjea á la vanidad, lo que excita la curiosidad, y lo que favorece á la codicia. Esto es de su inspeccion; pero lo que hace guerra á nuestras pasiones, y lo que directamente se opone á las inclinaciones del hombre, no pudiendo proceder del hombre, y experimentándolo en nosotros, es preciso que sea el Espíritu de Dios el que nos lo enseñe y el que nos lo persuada. Es tambien una señal segura é infalible del Espíritu de Dios, el enseñar la verdad á toda clase de personas; y la razon es evidente: porque se encuentran en el mundo personas tan mal dispuestas, ya sea para comprender la verdad, ya para sujetarse á ella y creerla, aun cuando la comprenden, que solo el Dios de la verdad es quien puede hacerlos capaces de ello. En efecto, entregad en prueba de ello al doctor mas consumado, y al hombre mas hábil de la tierra algunos espíritus groseros y de pocos alcances para que los instruya; con todas sus luces, no los iluminará ni instruirá. Poned á su cuidado ciertos espíritus obstinados y preocupados para que los per-

¹ Joan. xvi, 13.

suada; con todas sus demostraciones, no llegará á conseguir el persuadirlos. Pero cuando el Espíritu de Dios se hace dueño de ellos, ni la preocupacion de estos, ni la estupidez de aquellos sirven de obstáculo á las impresiones poderosas de la verdad; y es porque este Espíritu, que soberanamente y por excelencia es Espíritu de verdad, comunicándose á nosotros, vence, ó por mejor decir, destruye en nosotros todos estos obstáculos: porque uno de los efectos de su presencia es corregir todos los defectos de nuestros espíritus, pues habiéndolos él mismo formado todos, sabe darles el temperamento que quiere. Por eso, de groseros é incapaces, los vuelve, cuando quiere obrar en ellos, espirituales é inteligentes; y de rebeldes á la verdad, los hace dóciles y humildes para obedecerla. Los demás maestros buscan discípulos dóciles, y que tengan disposiciones para entender las verdades que se proponen enseñarles: pero el Espíritu de Dios no necesita de esta eleccion; á toda clase de discípulos, ya sean indóciles, ya tardos, ya incrédulos, ya tercos ó preocupados, puede enseñar, dice san Juan Crisóstomo: porque sabe hacer de todos otros tantos sujetos capaces de ser instruidos, y esta es la maravilla que los Profetas nos manifestaron clara y distintamente: *Est scriptum in Prophetis: Et erunt omnes docibiles Dei*.

5. En fin, es obra propia del hombre enseñar la verdad de un modo ceñido y limitado; quiero decir, enseñarla á fuerza de lecciones y de preceptos, y grabarla en los espíritus hasta un cierto punto de persuasion y convencimiento. Los filósofos del paganismo así imprimian poco á poco en el espíritu de sus oyentes las verdades humanas que les enseñaban, gastando en ello largos discursos y muchas palabras. Pero enseñar en un instante las verdades mas profundas y mas incomprendibles de la Religion; enseñarlas sin que cueste estudio ni trabajo, y enseñarlas y persuadirlas hasta determinar á los hombres á morir y sacrificarse por ellas, es enseñarlas de un modo propio de Dios, y de una manera que justifica perfectamente la eficacia y operacion del Espíritu de Dios. Esto fue, amados oyentes míos, lo que se verificó á la letra en la persona de los Apóstoles, y lo que yo tengo por uno de los mayores milagros que jamás se vieron en el mundo. Como un milagro, digo, y el que mas ha contribuido al establecimiento de nuestra fe, y cuya memoria por este motivo debemos siempre tener presente.

6. Porque decidme: ¿no fue un asombro ver á los Apóstoles en

¹ Joan. vi, 45.

el instante que recibieron el Espíritu Santo, tan penetrados de las luces de Dios, y tan consumados en la ciencia del reino de Dios, como hasta entonces habían sido ignorantes y llenos de errores? ¿No fue una mudanza de la mano del Todopoderoso verlos en Jerusalem predicar las verdades que no solamente no habían creído, sino que las habían contradicho? Mientras no tuvieron otro maestro sino á Jesucristo (¡oh misterio digno de adorarse é imposible de penetrar!); vosotros sabéis que Jesucristo, aun siendo Dios, no había sido bastante para hacerles entender esta doctrina celestial que había venido á establecer en el mundo. Por mas cuidado que tuvo en darles una perfecta inteligencia, despues de tres años de instruccion, aun ignoraban, y estaba escondido para ellos todo lo que miraba á su divina Persona; su humildad les chocaba, su cruz era para ellos un escándalo, nada comprendían de sus promesas: en lugar de la verdadera redencion que debían esperar de él, se figuraban otra quimérica, esto es, una redencion temporal, cuya vana esperanza los engañaba; y cuando este Hombre-Dios les hablaba de la necesidad de los trabajos, de las ventajas de la pobreza, de la felicidad de las persecuciones, y de la obligacion de perdonar las injurias hasta llegar á amar á sus enemigos, eran estas cosas, dice la Escritura, otros tantos enigmas que ellos no comprendían: *Et ipsi nihil horum intellexerunt, et erat verbum istud absconditum ab eis*¹. ¿Por qué sucedía así? Porque aun no habían recibido el Espíritu de Dios, y porque todas estas verdades eran de aquellas que solo el Espíritu de Dios puede enseñar. Pero luego que recibieron el Espíritu Santo, estas verdades, que tan increíbles les habían parecido, se les aclaran y manifiestan. Comprenden el secreto de ellas, descubren los principios, y ven claramente sus consecuencias. Renunciarse á sí mismos, y llevar su cruz, no es ya en su idea una locura, pues en esto hacen consistir toda su ciencia. Amar á sus enemigos, y perdonar las injurias mas atroces, no es ya en su estimacion, ni flaqueza, ni bajeza, antes por esto miden la grandeza y fuerza del espíritu cristiano: no tienen ya por verdaderos bienes las riquezas de la tierra, pues se forman una bienaventuranza en ser pobres, y carecer de todo: no miran ya la persecucion como un mal, pues rebosan de alegría por haber sido dignos de ella. No hago en esto mas que referir lo que leemos en el libro de los Hechos apostólicos. Ved las santas y admirables lecciones que dió á los Apóstoles este divino Maestro, y de las que los hizo capa-

¹ Luc. xviii, 34.

ces, cuando descendió sobre ellos. Y cuando digo que el Espíritu Santo los hizo capaces de todo esto; intento, amados oyentes míos, hacer que vosotros saqueis conmigo la consecuencia, de que este es un Espíritu que enseña toda verdad. Porque ¿qué no podrá enseñar y persuadir, aquel que enseña y persuade el desprendimiento de sí mismo, y el olvido y odio de sí mismo?

7. Pero aun digo mas: ¿Qué hombres pensais vosotros que eran los Apóstoles antes que el Espíritu Santo viniese á enseñarles estas verdades? ¡Ah, cristianos, qué maravilla! Eran unos hombres llenos de defectos; eran unos hombres, segun la expresion de Jesucristo, insensatos y tardos en creer: *Stulti, et tardi corde ad credendum*¹. Eran unos hombres carnales, y que no querían juzgar de las cosas de Dios sino por los sentidos: *Nisi videro, non credam*². Eran unos hombres interesados, que no reconocían por verdad sino lo que era conforme á sus deseos; y eran unos hombres que el mismo Salvador tenía dificultad en tolerar, y á los que indignado había dicho: *O generatio incredula, quamdiu vos patiar*³? Así nos los pinta el Evangelio, y esta era, despues de la resurreccion del Hijo de Dios, la disposicion en que se hallaban todavía; pues Jesucristo cuando se apartó de ellos, y se subió al cielo, les reprendió su incredulidad, y la dureza de sus corazones. ¿Son estos, acaso, sujetos capaces de aprovechar en la escuela del Espíritu Santo, y de ser á ella admitidos? Sí, responde san Juan Crisóstomo; estos son los sujetos que el Espíritu Santo escoge para hacer de ellos sus discípulos. Si ellos estuvieran mejor dispuestos, no le serían tan á propósito. Si fueran mas espirituales, y mas arreglados á razon, no sacaría de su conversion toda la gloria que de ella quiere sacar: era menester que fuesen de este carácter, para manifestar lo que es y lo que puede. Jesucristo acaba de dejarlos, rependiéndoles el deplorable estado en que los dejaba; y ved justamente la situacion que buscaba el Espíritu de la verdad para hacer brillar su poder. De estos incrédulos hace defensores de la fe, y de estos ignorantes hace doctores de todas las naciones: para que no haya persona alguna sobre la tierra que no pueda aspirar á la cualidad de discípulo del Espíritu Santo, y de quien el Espíritu Santo no pueda ser maestro; porque si lo fue de los Apóstoles, ¿de quién no lo será?

8. Vosotros me preguntaréis: ¿hasta qué punto llegó á persuadirlos? Y respondo, que hasta hacerlos resolver á morir por la confesion de las verdades que les enseña, y hasta prepararlos al mar-

¹ Luc. xxiv, 25. — ² Joan. xx, 25. — ³ Marc. ix, 18.

tirio inspirádoles fervorosos deseos de él; y para esto aquellos discípulos de la verdad recibieron la plenitud del Espíritu. En materia, pues, de persuasión, aun el Espíritu mismo de Dios no puede llegar á mas. Si Platon, dice san Juan Crisóstomo, hubiera tenido la presuncion de exigir de sus discípulos este testimonio de la creencia que tenían en él, y hubiera querido que sostuviesen su doctrina hasta derramar su sangre, bien léjos de seguirle le hubieran mirado con desprecio; porque no los persuadia sino segun lo que puede un hombre; y con efecto, la persuasion sola del hombre no llega con mucho á este extremo. Saead, pues, esta consecuencia, y discurrid de este modo: El Espíritu Santo, cuando revelá á los discípulos del Salvador las verdades evangélicas, les revelá al mismo tiempo, que la fe de estas verdades será para ellos una obligacion al martirio; que el creer y sostener estas verdades les costará el ser maltratados, oprimidos y sacrificados como unas victimas; y con esta condicion se las persuade: señal visible é indisputable de que este es el Espíritu de Dios.

9. En cuanto á lo demás, no penseis, cristianos, que todo esto no se ha verificado sino una vez, ó que no se ha cumplido sino en las personas de aquellos primeros discípulos. Porque san Lucas nos asegura en términos expresos, que el milagro de que hablo se repetia y renovaba todos los dias en el principio de la Iglesia; que el Espíritu Santo bajaba sobre los fieles, unas veces cuando se les conferia el santo Bautismo, otras cuando se les imponian las manos, y otras cuando se les anunciaba la palabra de salvacion; y que por este medio se veia aumentar de dia en dia el número de los creyentes; esto es, el número de aquellos que estaban persuadidos del mismo modo que lo estaban los Apóstoles: *Augebatur creditum in Domino multitudo*¹. Lo que entonces sucedia, y se verificaba con estas señales tan visibles que nos refiere san Lucas, es, no obstante la perversidad del siglo, lo mismo que sucede y aun se verifica en el dia, aunque de un modo mas sencillo; esto es lo que nosotros mismos hemos visto mas de una vez, y lo que hemós admirado, cuando algunos espíritus libertinos y obstinados en su libertinaje, y cuando los mundanos impíos é incrédulos, que vivian en medio de nosotros, movidos de este Espíritu de verdad han renunciado á su impiedad, se han sujetado al yugo de la Religion, y han empezado á conocer á Dios y á darle gloria; pues así ha llegado el mundo á ser cristiano; así de las tinieblas de la infidelidad

¹ Act. v, 14.

se ha convertido á la luz pura de la fe, y así es como el Espíritu de Dios, segun la expresion del mismo Señor, ha llenado todo el universo: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum*¹.

10. Pero ¿qué ha hecho el demonio, aquel príncipe de las tinieblas, enemigo de las obras de Dios, y envidioso de su gloria? Para combatir y destruir este milagro se ha esforzado, y aun ha hallado medio de pervertir el universo con un espíritu contrario del todo al Espíritu de la verdad; quiero decir, con el espíritu del mundo, que comunicándose y derramándose por todas partes, ha desfigurado toda la faz de la tierra que el Espíritu de Dios habia renovado santa y dichosamente. Me explicaré; y veréis, amados oyentes míos, el desórden de nuestro siglo, que no podemos llorar como se debe. Todo el universo está en el dia lleno del espíritu del mundo; y se puede decir que este es como el espíritu dominante, que todo lo dirige y gobierna. En efecto, al espíritu del mundo se consulta y se atiende en los negocios; él es el que reina en las conversaciones; él es el que forma los enlaces, las amistades y la sociedad, y él es el que arregla los usos y costumbres. Se juzga segun el espíritu del mundo, se habla, se obra, y se gobiernan segun él; y aun (¿lo diré?) se quisiera tambien servir á Dios, segun el espíritu del mundo; y como es un espíritu de mentira, de error, de impostura y de hipocresía, de consiguiente, como la experiencia misma nos lo da á conocer bastante, nada hay en el mundo que no sea falso y aparente. Falsos son los placeres, falsos los honores, falsas las alegrías, falsas las prosperidades, falsas las promesas, y falsas las alabanzas. Esto es por lo que corresponde á los bienes exteriores. Falsas son tambien las virtudes, falsa la prudencia, falsa la moderacion, falsa la justicia, falsa la generosidad, y falsa la integridad. Ved lo que corresponde á los bienes del espíritu. Pero lo mas indigno es, que tambien son falsas las conversiones, falsas las devociones, falsas las humildades, falsas las penitencias, falso el celo por Dios, y falsas las caridades para con el prójimo. Ved lo que pertenece á la salvacion. De este principio nace tambien que los hombres del mundo, llenos de este espíritu, parece que no tienen otro estudio que el de imponer á los demás, y engañarse á sí mismos; ocultar lo que son, y aparentar lo que no son. De aquí nace tambien que, segun el Apóstol, el mundo es una escena en que todo pasa en figura, en que nada hay sólido ni real, en que la lisonja está en reputacion, la sinceridad es odiosa,

¹ Sap. 1, 7.

y la pasión, sostenida de la astucia y artificio, habla atrevidamente, y la verdad sencilla y modesta está cautiva y obligada al silencio. Pernicioso espíritu, que al paso que se apodera y ampara del mundo, hace que en él se oscurezcan y eclipsen las mas vivas luces; no solo de la cristiandad y religion, sino tambien las de la recta razon. No obstante, repito, que el espíritu del mundo es el que se insinúa é introduce por todas partes; no se contentan con tenerle para sí, sino que le comunican, y trabajan en fomentarle. Un padre se le inspira á sus hijos, les da lecciones y reglas de ello, los cria y adelanta segun este espíritu; y dirigiéndolos y gobernándolos segun él, se condena con ellos por seguir este espíritu. No es solo en los palacios de los grandes donde este espíritu del mundo ejerce un soberano imperio; tambien le tiene en los estados particulares del pueblo, y le tiene aun en los estados mas santos, hasta en la Iglesia, y hasta en el Clero. Porque yo veo por la experiencia, dice san Bernardo, y lo veo con el mayor dolor, que toda la actividad y todo el celo de los ministros de la Iglesia consiste en hacer valer sus derechos y privilegios, en envanecerse con su dignidad, en gozar de sus rentas, y en abusar de ellas. Así hablaba aquel Santo en su tiempo. Se sabe muy bien, añadia, que no es el Espíritu de Dios, sino el espíritu del mundo el que les inspira este celo ambicioso é interesado. Ved, pues, el espíritu del mundo colocado hasta en el santuario. Vosotros me diréis que aun los religiosos no están exentos de él; y que no obstante la profesion que hacen de renunciar al mundo, no dejan, por lo comun, de conservar el espíritu de él. Es verdad; y esto me hace temer cuando entro en cuentas conmigo mismo: pero si debo yo temblar por esto, ¿qué seguridad puede haber para vosotros? Y si este desgraciado espíritu del mundo es capaz de cegar á un hombre separado de él, ¿qué no deben temer los que por razon de su estado se hallan expuestos á todos los riesgos y tentaciones del mundo?

11. Pero seade esto lo que fuere, cristianos, volvamos á nuestro asunto; y por el milagro que el Espíritu Santo obró en los Apóstoles, reconozcamos lo que somos nosotros delante de Dios. Si hemos de juzgar por los efectos, decidme: Este Espíritu de verdad, cuyas maravillas y prodigios acabo de hacerlos ver, ¿ha sido hasta el presente para nosotros un Espíritu de verdad? Y si no lo ha sido, ¿á qué debemos atribuirlo sino á la dureza y corrupcion de nuestros corazones? Aunque como cristianos profesamos ser discípulos de este Espíritu de verdad, ¿nos ha persuadido realmente las ver-

dades de la religion cristiana? ¿Nos ha hecho que gustemos de ellas? ¿Nos ha puesto en una disposicion sincera y eficaz de practicarla? Nosotros, es verdad que adoramos especulativamente estas verdades; pero ¿conformamos á ellas nuestra conducta y proceder? Nosotros puede ser que hablemos de ellas elocuentemente; pero ¿nuestras costumbres corresponden á nuestras palabras? Nosotros damos á los demás lecciones de ellas; pero ¿estamos nosotros bien convencidos de ellas? ¿Creemos con una fe bastante viva que para ser cristianos es necesario, no solamente llevar su cruz, sino hacerse de ella un motivo de gloria? ¿que es necesario para seguir á Jesucristo renunciar interiormente no solo cuanto hay en el mundo, sino tambien á sí mismo? ¿que es necesario para ser suyo, no solamente no lisonjear su carne, sino crucificarla? ¿que es necesario para hallar gracia delante de Dios, no solamente olvidar las injurias recibidas, sino volver bien por mal? ¿Creemos sin dudar todos estos puntos de la moral evangélica, y podemos darnos testimonio á nosotros mismos de que tan sólidamente los creemos con el corazon, como los confesamos con la boca? Los Apóstoles, en el instante que recibieron el Espíritu Santo, estuvieron dispuestos y prontos á morir por estas verdades; ¿estamos nosotros prontos tambien, no digo á morir, sino á hacer que mueran nuestros deseos desarreglados y nuestras pasiones? Siguiendo esta regla y este principio, hay motivo para creer que el Espíritu de verdad nos ha desengañado de mil errores que causan todos los desórdenes del mundo; nos ha desimpresionado de muchas máximas falsas que nos pervierten; nos ha abierto los ojos sobre ciertos puntos de los que hacemos conciencia, que son otros tantos principios de condenacion: pero si nada de esto hay en nosotros, ¿qué pruebas tenemos de que le hemos recibido? Y si no lo hemos recibido, ¿á quién debemos quejarnos, repito, sino á nosotros mismos? Puede ser que para excusar la ceguedad culpable en que vivimos, nos atrevamos á decir que las luces del Espíritu Santo son las que nos faltan; y que le atribuyamos la iniquidad de nuestros errores: pero como es Espíritu de verdad, ha sabido muy bien quitarnos este vano pretexto, y convencernos, con las reconveniones que tan frecuentemente nos hace en la Escritura, de que nuestros errores proceden únicamente de las resistencias que hacemos á sus luces; y que si estamos siempre ciegos, es porque siempre incircuncisos de corazon, siempre indóciles y obstinados, no queremos oírle, y porque despreciando sus inspiraciones no seguimos mas guía que la del

espíritu seductor del mundo que nos corrompe y nos pierde: *Dura cervice, et incircumcisis cordibus... vos semper Spiritui Sancto resistitis*¹. Cuando quisiéramos hacer responsable de nuestra ceguedad al mismo Espíritu Santo por la denegación y escasez que suponemos de sus luces, como Espíritu de verdad nos hace convenir, á pesar nuestro, en que la causa de nuestra ceguedad está en que no podemos sufrir la verdad que nos reprende, y en que abusamos por soberbia y orgullo de la que nos lisonjea: *Dura cervice, et incircumcisis cordibus... vos semper Spiritui Sancto resistitis*. ¡Ah! amados oyentes míos, no hagamos al Espíritu de gracia el agravio de querer justificarnos á costa de la misma gracia. Preservadnos, ó Espíritu divino, de este desórden, y haced para esto que conozcamos vuestros caminos. Enseñadnos lo que enseñásteis á los Apóstoles. Haced que empecemos á ser verdaderamente vuestros discípulos, y sed para nosotros, no solamente un Espíritu de verdad, sino un Espíritu de santidad, que es la segunda parte.

Segunda parte: El Espíritu Santo es para nosotros Espíritu de santidad, y como tal nos purifica.

12. Como Dios es absoluta y excelentemente santo, porque es santo por sí mismo; así tambien el Espíritu de Dios por una propiedad personal es llamado en la Escritura no solamente Espíritu Santo, sino Espíritu santificador; esto es, origen y principio de la santidad en todas las personas á quienes se comunica. No en vano el Salvador del mundo, estando ya próximo á subir al cielo, y hablando del Espíritu Santo que habia de enviar al mundo, usó de una expresion muy misteriosa en la apariencia, diciendo á sus discípulos que este divino Espíritu seria para ellos un segundo Bautismo; y que en verificándose su promesa, que seria muy en breve, serian bautizados en el Espíritu Santo: *Vos autem baptizabimini Spiritu Sancto non post multos hos dies*². El efecto propio del Bautismo es purificar y santificar; y habiendo bajado el Espíritu Santo, particularmente para purificar los corazones de los hombres, por mas misteriosa que parezca aquella expresion, no deja de ser muy natural en la intencion de Jesucristo. Pero la dificultad está ahora en penetrar bien el sentido de ella; y pues este bautismo del Espíritu Santo fue prometido generalmente á todos los fieles, es menester ahora que vosotros y yo reconozcamos por una parte la excelen-

¹ Act. vii, 51. — ² Act. i, 5.

cia de él, y por otra sus obligaciones. Dos puntos son de instruccion, y de tanta consecuencia como veréis: os ruego que no los olvidéis jamás.

13. El Espíritu Santo bajando sobre los Apóstoles fue como un bautismo solemne, cuya impresion saludable sintió y experimentó cada uno de ellos; y esto fue lo que obligó á decir á Tertuliano, que aquellos bienaventurados discípulos fueron entonces como inundados del Espíritu de Dios: *Spiritu Dei inundatos*. Expresion enfática y oscura; pero en sustancia se reduce literalmente á la promesa del Salvador: *Vos autem baptizabimini Spiritu Sancto*; porque segun el uso de los primeros siglos de la cristiandad, se bautizaba por inmersion, que era una especie de inundacion. ¿Y qué es ser bautizados en el Espíritu Santo, sino adquirir, recibéndole, una pureza celestial y divina? Yo sé, cristianos, que los Apóstoles desde su vocacion al apostolado habian sido bautizados por Jesucristo; y sé tambien que en virtud de este primer Bautismo eran ya puros delante de Dios, segun el testimonio del mismo Jesucristo: *Et vos mundi estis*¹. Pero tambien es cierto que aquel primer Bautismo conferido á los Apóstoles habia sido Bautismo de agua; y el segundo, cuyo carácter les imprimió el Espíritu Santo con su inefable mision y con su inmediata presencia, fue de un modo muy particular bautismo de fuego. Diferencia que el santo Precursor habia anunciado, hablando á los judíos del Mesías, cuando les dijo: *Ipsse vos baptizabit in Spiritu Sancto, et igni*². Él es el que os bautizará en el Espíritu Santo, y en fuego. Diferencia que se verificó tambien plenamente, cuando el Espíritu Santo en figura de lenguas de fuego bajó y descansó sobre cada uno de los discípulos: *Et apparuerunt illis dispartite lingue tanquam ignis, seditque supra singulos eorum*³. ¿Por qué, pues, fue este símbolo de fuego? Para manifestar, dice san Juan Crisóstomo, que así como el fuego tiene una virtud mas activa, mas penetrante y mas purificativa que el agua, así tambien por la venida del Espíritu Santo debian los corazones de los hombres ser purificados de un modo mucho mas perfecto que lo habian sido por el Bautismo de Jesucristo. En efecto, después del Bautismo de Jesucristo, aunque los Apóstoles estaban santificados y reengendrados por aquel Sacramento, no dejaban de ser imperfectos. Segun la relacion que de ello nos hace el Evangelio, aunque estaban bautizados por Jesucristo, eran todavia ambiciosos, envidiosos é interesados; entre ellos se advertian todavia disensio-

¹ Joan. xiii, 10. — ² Matth. iii, 11. — ³ Act. ii, 3.

nes, y caian en flaquezas de las que esta gracia del Bautismo del Hijo de Dios, aunque santificante, no los habia enteramente preservado. Pero apenas reciben el Espíritu Santo, cuando se transforman, y vienen á ser unos hombres del todo espirituales, desprendidos de sí mismos, superiores á todo interés: no solamente santos, sino de una santidad consumada; llenos de Dios, y vacíos de sí mismos; y en una palabra, hombres perfectos é irreprehensibles. Ellos no fueron ya, dice san Juan Crisóstomo, aquel oro tosco é informe, tal como la tierra le produce, sino es oro puro, y purificado como el que ha pasado por el fuego: *igne examinatum, probatum terræ, purgatum septuplum*¹. El fuego por donde pasaron, añade san Pablo, es nuestro mismo Dios: no nuestro Dios irritado, y haciendo brillar, como otras veces, el fuego de su ira sobre los pecadores; sino el Espíritu Santo, derramando con profusion sus dones y gracias, y consumiendo con el fuego de su amor todo lo impuro y terreno que hay en sus escogidos: *Deus enim nos ter ignis consumens est*².

14. ¿Quereis, cristianos, saber hasta qué grado de perfeccion y pureza llega este bautismo de fuego? no os escandaliceis de lo que voy á decir, que es una de las verdades mas constantes de nuestra fe. Quizá creeréis que este bautismo se enderezó solo á quitar en los Apóstoles algunas reliquias de sus primeras inclinaciones, ya para con el mundo, ya para consigo mismos: pero os engaíais; oíd una cosa mucho mas importante que voy á declararos. La perfeccion de este bautismo de fuego llegó hasta purificar sus corazones de un cierto género de inclinacion que habian tenido, y aun conservaban á Jesucristo. Sí, amados oyentes; esta inclinacion, demasiadamente humana al Salvador del mundo, era en los Apóstoles un obstáculo á la venida del Espíritu Santo; y si Jesucristo para romper esta inclinacion no se hubiera separado de ellos, nunca se les hubiera dado el Espíritu Santo: *Si enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos*³. Pues ¿qué incompatibilidad habia entre el uno y el otro? ¿Y por qué los Apóstoles no podían recibir el Espíritu Santo mientras estaban unidos á su divino Maestro? Escuchad la respuesta de san Agustin, y sacad vosotros las consecuencias de ello. Porque los Apóstoles, dice aquel santo Doctor, estando unidos á Jesucristo no le miraban como debian con ojos bastantemente puros; pues con el amor que le tenian, le consideraban mucho segun la humanidad y segun la carne. Es verdad que aquella hu-

¹ Psalm. xi, 7. — ² Hebr. xii, 29. — ³ Joan. xvi, 7.

manidad era santa, y aquella carne estaba consagrada por la union íntima con el Verbo; pero como lo grosero de sus espíritus no hacia un justo discernimiento de este misterio, y estándose unidos á Jesucristo no se elevaban bastantemente sobre el hombre, aunque aquel era un Hombre-Dios, el Espíritu de Dios, cuya santidad excede infinitamente todas las ideas que de ella tenemos, no podia en este estado de imperfeccion honrarlos con su presencia. Era necesario, prosigue san Agustin, que los Apóstoles perdiesen de vista á Jesús para ser llenos del Espíritu Santo, y era necesario que el Espíritu Santo (si se me permite explicar de este modo), tomando á su cuenta los intereses de Jesucristo contra el mismo Jesucristo, arrancase del corazon de los Apóstoles los sentimientos demasiadamente naturales que tenian para con este Dios-Hombre. Ved, amados oyentes míos, cuál fue en los Apóstoles la excelencia de este bautismo de fuego; y de aquí debemos inferir cuáles son las obligaciones de él respecto de nosotros; quiero decir, hasta qué grado debe el Espíritu Santo ser para nosotros un espíritu de pureza y santidad.

15. Siendo esto así, ¿por qué nos hemos de admirar, si Dios desde el principio del mundo aseguró con un juramento tan solemne y expreso, que nunca permaneceria su Espíritu en el hombre, mientras estuviese sujeto á la carne? *Non permanebit Spiritus meus in homine... quia caro est*¹. ¿Y es de admirar que despues de aquel sumo horror que concibió Dios por la corrupcion de los hombres, hasta arrepentirse de haber criado al primero, apartare de él su espíritu, y le hiciese experimentar los efectos de su justicia en aquel diluvio universal, que fue como la expiacion auténtica de los desórdenes de la carne? No, cristianos, nada de esto debe sorprendernos, supuesto el principio que acabo de establecer; ni Dios, segun las leyes comunes de su sabiduría, podía portarse de otro modo. Lo que me admira es, que aun se lisonjeen algunos, sin perder á Dios, de conservar en el mundo ciertas inclinaciones y enlaces, que son manantiales inagotables de todas las desgracias, de todos los extravíos, de todas las preocupaciones, de todos los excesos, y de todas las intrepideces y arrojoes de los hombres. Inclinaciones y enlaces que se mantienen y conservan con pretexto de que son inocentes, y que por estar autorizados por el uso del mundo no son incompatibles por el Espíritu de santidad. Así pensais, mundanos, y puede ser que esta sea la ilusion mas peligrosa con

¹ Genes. vi, 3.

que os deslumbráis. Pero por mas que queráis engañaros, y buscar excusas, el Espíritu de Dios, cuya penetracion descubre y penetra todos vuestros artificios, ó no permanecerá en vosotros, ó destruirá en vosotros todas las inclinaciones reprobables que os unen y ligan á las criaturas, aunque vuestro amor propio procure justificaros. Si fuéreis sinceros, y quisiérais, en lugar de crear al espíritu del mundo, que es espíritu de seducción y de error, conformaros con el Espíritu de santidad, del que como cristianos debeis ser templos vivos por las consideraciones que él os inspiraria, y por los remordimientos que excitaria en vuestros corazones, os haria reconocer la imposibilidad absoluta de hacer compatible en tiempo alguno al que es la pureza y santidad misma, con todo género de inclinaciones y enlaces, principalmente con aquellas que la diversidad del sexo, añadida á la viveza de la edad y del temperamento, ha hecho en todos tiempos tan peligrosas y perniciosas. Como Espíritu de santidad os convenceria de que estas inclinaciones no son ni pueden ser inocentes para vosotros: pues á pesar de vosotros mismos experimentais muy bien que ablandan y enternecen vuestro corazon; que no podeis negar que le dividen, y que teneis mucha experiencia de que causan en él desarreglos. Tambien sabeis por experiencia que estas inclinaciones os apartan, y os hacen que mireis con disgusto vuestras obligaciones legítimas; que desde el instante que son inclinaciones del corazon conocidas por tales, aun el mundo mismo no os perdona, y os exponen á su censura; que dan motivo á la murmuracion, y sirven de asunto para la burla y la sátira; que á lo menos es la materia mas próxima de la culpa, y yo finalmente añadido, que estas inclinaciones y enlaces del corazon no son por lo comun mas que un disfraz y una astucia de la sensualidad. Esto es lo que el Espíritu Santo os haria ver y os haria escuchar, si vosotros le atendiérais, y si fuérais mas dóciles en seguir sus interiores movimientos. Pero que le escuchéis ó no, Dios independientemente de vosotros ha pronunciado la sentencia de que apartaria y retiraria su Espíritu del hombre que vive segun la carne. El principio de estas inclinaciones y enlaces, y lo que las ha producido, decidme, ¿no es en realidad la concupiscencia de la carne? Yo sé que vosotros les dais unos nombres especiosos, y que para aquietar todos los remordimientos les dais sin escrúpulo la cualidad de amistades honestas; pero el Espíritu de santidad, reclamando en lo interior de vuestras conciencias contra esa honestidad pretendida, os dice que estas son amistades reprobadas por

Dios, que insensiblemente conducen desde una honestidad aparente á lo impuro y culpable. ¿Es posible que los Apóstoles no pudiesen recibir el Espíritu Santo mientras tenian para con Jesucristo una inclinacion algo humana, y quereis vosotros estar dispuestos á recibirle, dejando que en vuestros corazones se formen pasiones vivas y vehementes por criaturas mortales; concibiendo por ellas sentimientos de ternura y afecto, cuya consecuencia infalible es no tener sino sequedades para con Dios; manteniendo y conservando con ellas amistades y union, cuyo trato familiar pervertiria á un ángel si tuviera sentidos; y empeñándoos por respeto de ellas en negocios y proyectos que en deshonor vuestro os ocupan la mayor parte de vuestra vida? No es este el modo de disponerse (debe inferir hoy toda alma verdadera y sólidamente cristiana), no; Espíritu divino, yo confieso que nada de esto puede subsistir con Vos, y que seria una monstruosa contradiccion el querer juntar estas cosas con la pureza de las costumbres y con la pureza de corazon. Cuando todo esto no llegase á impedir, con una grave ofensa vuestra, el que Vos reinárais en mí, y una inclinacion semejante no rompiese el lazo de la gracia habitual que me une á Vos, el respeto solo de vuestra persona adorable, la idea sola, ó Espíritu de mi Dios, que me da la fe de vuestra delicadeza sobre la preferencia infinita que se os debe, y sobre el amor sin division que como Dios exigís, y el solo temor de ofenderos y causaros celos, porque Vos sois el Dios celoso, deberia hacerme renunciar y desprender de todo objeto criado; pues aunque fuese un ojo seria necesario arrancármelo, si me fuera motivo de escándalo, ó impedimento á vuestras gracias mas íntimas y á la participacion de vuestros favores mas singulares.

16. Ved, pues, amados oyentes míos, lo que yo llamo, respecto de nosotros, obligaciones del bautismo interior del Espíritu Santo. ¿Y qué debemos hacer para cumplir y desempeñar estas obligaciones importantes, ó á qué debe reducirse en la práctica este bautismo misterioso? Vedlo aquí. Para corresponder al designio de Dios, nuestro cuidado continuo debe ser corregir y cortar todo lo que hay de humano en nuestros pensamientos, en nuestros deseos, en nuestras palabras y en nuestras acciones; porque, como decia san Pablo, despues de haber recibido el Espíritu de Dios, nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros deseos y nuestros pensamientos no deben tener otro fin, otro objeto ni regla, sino lo que es bueno, lo que es laudable, lo que es santo, y lo que es

ejemplar y edificativo: *De cetero, fratres, quaecumque pudica, quaecumque sancta, quaecumque bonae famae*¹. Y nuestro cuidado continuo debe ser mortificar con el espíritu las obras de la carne: *Si Spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis*². Por obras de la carne no entendia solamente el Apóstol aquellos vicios groseros y aquellos monstruos del pecado que nos prohíbe aun nombrar; sino que entendia muchas otras cosas que á ello conducen, y que por la fragilidad de nuestro corazon sirven de disposicion para ello, cuales son las ocasiones que se buscan, los discursos licenciosos, las libertades imprudentes, las miradas inmodestas, las curiosidades, las lecciones, las conversaciones y diversiones poco cristianas, los excesos de la intemperancia, y la vida blanda y sensual. En las obras de la carne comprendia, hijas del siglo, el despejo y ademanes mundanos y afectados, tan contrarios al pudor y modestia de vuestro sexo, la desnudez artificiosa, y algunas veces tan vergonzosa y escandalosa, que de ella se avergüenza el cielo; el lujo que inspira el orgullo, la compostura y adorno de la vanidad, la idolatría de vuestras personas, y el deseo desenfrenado de agradar, en que el espíritu corrompido del mundo no repara, ni forma escrúpulo, pero del que sin duda el Espíritu Santo, si le habeis recibido en esta festividad, os hará ver el peligro y aun la culpa. Sin hablar de la impudicia ó deshonestidad, san Pablo entendia por obras de la carne todo lo que en general es incompatible con la santidad del Espíritu de Dios, y principalmente lo que es incompatible con la caridad, como son los odios, las disensiones, los litigios, las enemistades, los rencores, las aversiones, las envidias, las iras y las venganzas: *Manifesta sunt autem opera carnis, quae sunt... inimicitiae, irae, dissensiones, aemulationes*³. Porque si no habeis, hermanos míos (añadia, y yo puedo añadir tambien), si no habeis renunciado y detestado todos estos desórdenes, si aun os queda una hiel amarga contra el prójimo, si no os habeis reconciliado sinceramente con aquel enemigo, si no habeis apagado en vuestros corazones todos los impulsos de venganza, y si no estais reunidos todos con una caridad sincera y cordial, por mas opinion que se tenga de vosotros, ó aunque de vosotros mismos tengais la mejor, decidme, ¿no es verdad que todavía sois carnales? *Nonne carnales estis*⁴? Y mientras fuéreis carnales, no pretendais ni aspireis á recibir el Espíritu Santo.

17. Pero, cristianos, yo me engaño; vosotros podeis y debeis

¹ Philip. iv, 8. — ² Rom. viii, 13. — ³ Galat. v, 19, 20. — ⁴ I Cor. iii, 3.

aspirar á ello, pues por mas pecadores que seais, Dios os lo ha prometido, y el juramento que ha hecho de que su Espíritu jamás permanecerá en el hombre mientras este sea esclavo de la carne, no se opone á la verdad del otro oráculo, por el cual se ha obligado á derramar su Espíritu sobre toda carne: *Effundam de Spiritu meo super omnem carnem*¹; y esto es lo que debe consolar á las almas débiles é imperfectas. El Espíritu de Dios no permanecerá en nosotros mientras seamos carnales: pero se derramará sobre nosotros para que dejemos de serlo; y este es el milagro que debemos pedirle. Grande milagro será, y mayor que el de la creacion del mundo; ó mas bien, milagro que en el orden de la gracia es una especie de creacion mas milagrosa que la creacion del mundo: pero para esto es necesario, Señor, todo el poder de vuestra gracia. Cuando criásteis el mundo, trabajásteis sobre la nada, y aquella nada no os resistia, ni se os oponia; pero ahora, en la nada del pecado, que aun siendo nada, se opone á Vos, y se rebela contra Vos. Enviadnos, pues, vuestro Espíritu segun toda su plenitud, y criad por él, Señor, en nosotros corazones puros, castos, y sujetos á vuestra ley: *Cor mundum crea in me Deus*². Enviadnos este Espíritu santificador, y renovando por él nuestros corazones, renovaréis toda la faz de la tierra: *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terrae*³. ¡Qué fortaleza, ó Dios mio, y qué celo por vuestra gloria no nos inspirará! Esto es lo que vamos á ver en la última parte.

Tercera parte: El Espíritu Santo es para nosotros Espíritu de fortaleza, y como tal nos anima.

18. El propio carácter del Espíritu Santo, y que le distingue esencialmente como á Espíritu Santo, es poseer en sí el ser divino, sin poderlo comunicar á ninguna otra persona divina: el ser producido por el Padre y por el Hijo, y no poder ser principio de otra produccion semejante; y en una palabra, el que, aun siendo Dios, sea estéril en la santísima Trinidad; porque es el término de la Trinidad misma. Esterilidad, dicen los teólogos, que en lugar de ser defectuosa, manifiesta y supone en él la plenitud de toda perfeccion. Pero así como la fe nos representa al Espíritu Santo estéril en sí mismo, y respecto de las otras dos Personas de quien procede, así nos le hace concebir activo, fecundo y lleno de eficacia y vir-

¹ Act. ii, 17. — ² Psalm. l, 12. — ³ Psalm. ciii, 30.

tud fuera de sí mismo, y en los sujetos á quienes comunica sus dones. Porque segun la Escritura, el Espíritu Santo es en nosotros el principio inmediato y sustancial de todas las operaciones de la gracia. Por el Espíritu Santo somos reengendrados en el Bautismo: *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto*¹. Por el Espíritu Santo nos reconciliamos con Dios en la Penitencia: *Accipite Spiritum Sanctum; quorum remiseritis peccata, remittuntur eis*². Por el Espíritu Santo oramos y pedimos; ó por mejor decir, él es el que en nosotros ora y pide con gemidos inefables: *Ipse enim Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus*³. Por el Espíritu Santo es por quien la caridad es derramada en nuestros corazones; y como segun la cualidad del Espíritu Santo es él en sí mismo la caridad subsistente, por quien el Padre y el Hijo se aman con un amor recíproco y eterno, así dicen los Padres que él es en lo interior de nuestras almas la caridad radical con que amamos á Dios, y de donde proceden todos aquellos santos deseos que formamos respecto de Dios: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*⁴. Si alguna vez se nos ha revelado sensiblemente esta propiedad del Espíritu de Dios, es en el glorioso misterio de este día, en el cual vemos hombres, hablo de los Apóstoles, antes débiles, cobardes y tímidos, abrasados de repente por la virtud de este Espíritu divino con un celo ardiente, con un celo (no dejéis de atender á esto) que los hace hablar en el instante y declararse; con un celo que los determina á emprenderlo todo, y con un celo que los hace capaces de padecerlo todo por el nombre de Jesucristo. Estas tres disposiciones obró en ellos el Espíritu Santo con su presencia, y ellas manifiestan muy bien que es soberanamente y por excelencia el Espíritu de fortaleza, ó por mejor decir, la fortaleza misma. Os pido que atendais un poco, que prontamente acabo.

19. Apenas los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo cuando empezaron á hablar y á manifestarse: *Repleti sunt Spiritu Sancto, et ceperunt loqui*⁵. Este fue el primer efecto de su celo. Pero ¿por quién se declararon, y por quién hablaron? Por Jesucristo, de quien desde entonces se consideraron embajadores destinados á manifestarle, y como testigos fieles. Avergonzados de no haberse atrevido hasta entonces á dar de él el testimonio que debían, confusos de no haber tenido valor para defender su causa y sostener sus intereses,

¹ Joan. iii, 5. — ² Ibid. xx, 22, 23. — ³ Rom. viii, 26. — ⁴ Ibid. v, 5. — ⁵ Act. ii, 4.

indignados contra sí mismos de haberle deshonrado con una desercion y una fuga vergonzosa, y resueltos á reparar este escándalo con el fervor de su confesion y á costa de su vida, ¿qué hacen? Animados del nuevo Espíritu que acababa de bajar sobre ellos, y fortalecidos, salen del cenáculo donde se habian escondido, se manifiestan en las plazas públicas, entran en las sinagogas, se presentan en los tribunales, y sin atender respetos humanos, protestan y aseguran que aquel hombre crucificado, y puesto por la injusticia de Pilatos en el número de los delincuentes, es el Mesías; que aquel Jesús de Nazaret es el ungido del Señor, y que Dios ha tenido cuidado de glorificarle con prodigios que exceden toda la virtud y fuerza de un hombre; que aquel justo entregado á la muerte es el Autor soberano de la vida, y que lo ha manifestado bien resucitándose á sí mismo; que ellos son testigos oculares y fidedignos de ello, y que no pueden resistir mas á la fuerza del Espíritu Santo, que se ha hecho dueño de sus corazones, y habla por su boca. En vano procuran hacerles callar, pues responden: Dios es el que nos manda publicar lo que hemos oído y visto, y es justo obedecer á Dios antes que á los hombres. En vano se les quiere pasar por insensatos, y por hombres tomados del vino; pues los reconviene san Pedro que si es embriaguez que se verifiquen los oráculos de los Profetas, pueden pensar de ellos cuanto quieran; pero que sepan á lo menos lo que el profeta Joel tiene profetizado, que Dios en los últimos tiempos derramará su Espíritu sobre toda carne; y esto es lo que en nosotros se verifica actualmente confesando á Jesucristo: y bien léjos de avergonzarnos de esta embriaguez, hacemos de ella una gloria. ¿Quién se explica y se declara de este modo, cristianos? ¿Son unos hombres llenos de celo? No, dice san Juan Crisóstomo, sino el celo mismo; y este es el Espíritu Santo, que se sirve de los hombres para hacer conocer á Jesucristo, para justificar su santidad, para establecer la fe de su divinidad, para confirmar sus milagros, para autorizar su doctrina, y para fundar su Iglesia y la Religion que ha traído al mundo. Este Espíritu, decia el Salvador, me glorificará con su venida: *Ille me clarificabit*¹. Y no sois vosotros, añadía á sus discípulos, los que hablaréis por mí, pues vuestro testimonio, aunque cierto, no tendrá toda la fuerza que se necesita; y así el Espíritu de vuestro Padre será el que hable en vosotros y por vosotros: *Non enim vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis*².

¹ Joan. xvi, 14. — ² Matth. x, 20.

20. No solamente hace el Espíritu Santo hablar á los Apóstoles; sino que con un milagro, el mayor que se ha visto, los hace emprender y ejecutar cosas tan superiores á las fuerzas humanas, que estamos obligados á exclamar: *Digitus Dei est hic*¹. El dedo de Dios es el que obra aquí. Escuchadme, y lo veréis. Estos eran unos pobres pescadores, sin talento, sin nombre, y unos hombres tenidos por el desecho y lo mas despreciable del mundo: *Tanquam purgamenta hujus mundi*²; pero poseidos de este Espíritu divino se proponen mudar y reformar el mundo. ¿Y por qué medios piensan conseguir un designio semejante? ¿Qué tesoros poseen? ¿Por qué consejos se gobiernan y obran? ¿De qué armas se valen? No tienen ellos, ó Dios mio, otras armas sino la fuerza de vuestro Espíritu con la que triunfan de todo. Y no es, cristianos, el triunfo que consiguen por la evidencia de los misterios que anuncian, pues antes son misterios incomprensibles; ni por la blandura y relajacion de la moral que predicán, pues es una moral que se opondrá, y combate todos los sentidos; ni por los artificios y encantos de una elocuencia estudiada, pues jamás han hecho otro estudio que el de su profesion. No obstante, todo se les rinde, ó por mejor decir, á la ley que publican, y ya sean sábios, ya ignorantes, ya sean pueblos cultos, ya naciones bárbaras, ya sean príncipes ó ya vasallos, ya sean grandes ó pequeños. Esta ley nueva pasa por su ministerio mas allá de los mares, penetra los lugares mas inaccesibles, se establece en las provincias, en los reinos y en los imperios; y ninguno de aquellos famosos conquistadores que la historia profana ha celebrado tanto, cuyos heróicos hechos tanto ha ensalzado, y cuyos nombres ha querido eternizar con magníficos elogios; ninguno con todo su poder, ni con sus preparativos, ni con sus mas fuertes ejércitos, ninguno ha podido, digo, extender sus conquistas, no solamente mas que ellos, pero ni aun tanto. No es esto decir que no hayan los Apóstoles tenido que sufrir muchas persecuciones y muchas contradicciones: pero ayudados de la gracia, y de la fortaleza del Espíritu Santo, resistieron á todo, y toleraron cuanto habia que padecer. Ellos despreciaban los tormentos y la muerte, se gloriaban con sus prisiones y cadenas; abrazaban sus cruces; sufrir, padecer y morir por Jesucristo eran las delicias de su corazón. Detengámonos aquí, y no entremos á examinar por menor este asunto, que seria muy dilatado. Estas son, amados oyentes míos, las excelentes y divinas operaciones del Espíritu de Dios, no sola-

¹ Exod. viii, 19. — ² 1 Cor. iv, 13.

mente en los primeros discípulos del Salvador, sino en todas las almas justas; y ved por donde podemos llegar á conocer si es este Espíritu el que nos anima, y si nos ha comunicado aquella fortaleza de que los Apóstoles se hallaron revestidos de repente.

21. Para reducir todo esto á la práctica es necesario haceros ver, que seria un error grosero creer que se ha recibido el Espíritu de Dios, y no atreverse á declarar por Dios; callar, cuando es necesario hablar; estar indiferente y sin accion, cuando es necesario obrar; y no querer exponerse á nada, cuando es necesario sacrificarse. Error grosero seria tambien creer haber recibido el Espíritu de Dios, y nada hacer por Dios, ser tibios en su servicio, no tener celo alguno por sus intereses, ni emprender cosa alguna por la gloria de Dios. Seria, finalmente, error grosero creer haber recibido el Espíritu de Dios, y no resolverse jamás á padecer nada por Dios; hallarlo todo difícil, y aun imposible, cuando hay que hacer algo por Dios, y no querer mortificarse, vencerse, ni violentarse por Dios. No, cristianos; no nos ceguemos hasta el extremo de llegar á creer esto, pues el Espíritu Santo es esencialmente fervor y amor, y el amor, dice san Gregorio Papa, obra cosas grandes en donde quiera que se halla; y si nada obra, es porque no hay tal amor: *Magna operatur amor ubi est; si magna non operatur, amor non est*. Hagamos, pues, segun nos conviene, lo que hicieron los Apóstoles. Si hemos recibido el don de Dios, y el Espíritu Santo como ellos, empecemos á hablar y á obrar como ellos: y cuando la Providencia lo disponga, estemos prontos á padecer como ellos. Como verdaderos discípulos del Salvador, confesemos altamente su nombre llenos de su Espíritu; no nos avergoncemos de su Evangelio; démosle en el mundo testimonios dignos de nuestra fe; declarémonos por él en las ocasiones que se presenten; no seamos cobardes, ni queramos complacer á los hombres cuando se trata la causa de Dios; no demos á la impiedad la gloria de que nos haga tímidos y mudos; antes confundámosla con una santa, aunque modesta, libertad, y aunque nos tengan por imprudentes, muchos otros discursos mas injuriosos se hicieron contra los Apóstoles, sin que su celo por eso se entibiase. No nos contentemos con hablar; trabajemos por Dios con ánimo y con resolucion; intereseémonos en todo lo que mira á su culto, á su Religion, á su ley y á su Iglesia. Segun la extension de nuestras facultades, y á proporcion de nuestros talentos y capacidad, formemos á gloria suya designios y empresas. No nos entibiemos por los obstáculos que para

ello habrá que vencer, pues el Espíritu de Dios nos dará fuerzas para vencer al mundo. En esto tendremos que experimentar contradicciones, que presentar combates, y puede ser que nos cueste persecuciones; pero ¿qué? Todo ello será para nosotros, como para los Apóstoles, un consuelo y un mérito. ¿En qué se conocerá que hemos recibido el Espíritu Santo, sino en la fortaleza que mostraremos en este género de pruebas?

22. *Adhuc loquente Petro... cecidit Spiritus Sanctus super omnes qui audiebant verbum*¹. Aun no había acabado de hablar san Pedro, dice san Lucas, bajó el Espíritu Santo sobre todos cuantos le escuchaban. ¡Que no pueda yo, amados oyentes míos, alcanzar para vosotros y para mí el mismo milagro! Haced, Señor, que lo que digo no sea solo un simple deseo. Bendecid mi palabra, ó por mejor decir, á la vuestra. Derramad sobre todo este auditorio la plenitud de vuestro Espíritu. Y Vos, Espíritu de mi Dios, principio de todas las gracias, y Autor de toda santidad, venid á ilustrarnos y á fortalecernos...

¹ Act. x, 44.

ASUNTOS

PARA LA FIESTA DE PENTECOSTES.

I. *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.* (Act. II). El divino Paráclito fue un espíritu de santidad, que llenando de sí mismo á los Apóstoles, les hizo adquirir aquella pureza de costumbres que el espíritu del mundo había alterado. ¿Ha producido el Espíritu Santo igual efecto en nuestro interior? *Probate spiritus si ex Deo sunt.* Serémos llenos del Espíritu de Dios, si somos cual fueron los Apóstoles: serémos llenos del espíritu del mundo, si imitamos á los mundanos. En seguida se demostrará: 1.º cómo el Espíritu de Dios triunfa en los Apóstoles del espíritu del mundo; 2.º cómo el espíritu del mundo triunfa en los cristianos del mismo Espíritu de Dios.

II. En este día los Apóstoles se convirtieron en predicadores y doctores de la ley cristiana. Mas para predicar esta ley era menester practicarla y defenderla. Hasta el día de Pentecostes, los Apóstoles solo la habían practicado y defendido imperfectamente; pero desde entonces mostróse en ellos el doble efecto del espíritu de fortaleza de que fueron llenos, convirtiéndose en fieles observadores

y defensores celosos de la ley cristiana. — Observáronla fielmente á pesar de todas las aversiones de la naturaleza; lo cual debe animarnos á nosotros á practicarla con fidelidad. — Defendieronla con celo á despecho de todas las contradicciones del mundo; lo cual debe enseñarnos á defenderla generosamente con arreglo á nuestro estado.

III. La descension del Espíritu Santo á la tierra fue un nuevo beneficio, ó mejor, el complemento de todas las gracias de Dios. El Padre eterno, al formar el hombre, dióle la razon para conocer, el apetito para amar, y la libertad para obrar: el Hijo de Dios, reformando este mismo hombre, le dió la fe por guia de la razon, la caridad por moderadora del apetito, y la gracia por apoyo de la libertad; mas el Espíritu Santo, para acabar de perfeccionar la obra, añade: 1.º la inteligencia á la fe; 2.º el celo á la caridad; 3.º la fuerza á la gracia. — Para probar que el Espíritu Santo añade, al alma en que entra, la inteligencia á la fe, basta observar lo que eran los Apóstoles antes de la venida del propio Espíritu, y lo que fueron despues. No obstante la instruccion que por espacio de tres años habían recibido de Jesucristo, eran aun tan ignorantes, que poco ó nada entendian, así de las cosas tocantes al dogma, como de las que pertenecian á la moral: mas despues de la venida del Espíritu Santo, no solo abren los ojos al conocimiento de todas las verdades que habían aprendido, y las ven bajo su verdadero aspecto, sino que al mismo tiempo se persuaden de ellas y adquieren la aptitud necesaria para persuadirlas á los demás. — El que ama verdaderamente á Dios no desea sino que todo el mundo ame á Dios, y que Dios ame á todo el mundo. Verdad es que Pedro amaba á su Maestro, y que tambien le amaban los demás Apóstoles, pero ¿cuál era el celo del uno y de los otros? Parece que luego despues de la resurreccion de Jesucristo debieran haberlo hecho conocer y amar de todas las gentes; y sin embargo permanecieron ocultos hasta que, habiendo bajado el Espíritu Santo, y habiendo añadido el celo á la caridad de que estaban poseidos, salieron del cenáculo y fueron á difundir por toda la tierra el conocimiento del verdadero Dios, y á derramar aquel celeste fuego que se les había comunicado. — Para sostén de la libertad, debilitada por el pecado, el Redentor nos dió la gracia, que fortifica en nosotros el imperio de la razon contra la rebeldía de los apetitos y de la concupiscencia; y el Espíritu Santo vino á comunicarnos la fortaleza, que nos pone en un estado todavía mas favorable. Este efecto se prueba tambien con el

ello habrá que vencer, pues el Espíritu de Dios nos dará fuerzas para vencer al mundo. En esto tendremos que experimentar contradicciones, que presentar combates, y puede ser que nos cueste persecuciones; pero ¿qué? Todo ello será para nosotros, como para los Apóstoles, un consuelo y un mérito. ¿En qué se conocerá que hemos recibido el Espíritu Santo, sino en la fortaleza que mostraremos en este género de pruebas?

22. *Adhuc loquente Petro... cecidit Spiritus Sanctus super omnes qui audiebant verbum*¹. Aun no había acabado de hablar san Pedro, dice san Lucas, bajó el Espíritu Santo sobre todos cuantos le escuchaban. ¡Que no pueda yo, amados oyentes míos, alcanzar para vosotros y para mí el mismo milagro! Haced, Señor, que lo que digo no sea solo un simple deseo. Bendecid mi palabra, ó por mejor decir, á la vuestra. Derramad sobre todo este auditorio la plenitud de vuestro Espíritu. Y Vos, Espíritu de mi Dios, principio de todas las gracias, y Autor de toda santidad, venid á ilustrarnos y á fortalecernos...

¹ Act. x, 44.

ASUNTOS

PARA LA FIESTA DE PENTECOSTES.

I. *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.* (Act. II). El divino Paráclito fue un espíritu de santidad, que llenando de sí mismo á los Apóstoles, les hizo adquirir aquella pureza de costumbres que el espíritu del mundo había alterado. ¿Ha producido el Espíritu Santo igual efecto en nuestro interior? *Probate spiritus si ex Deo sunt.* Serémos llenos del Espíritu de Dios, si somos cual fueron los Apóstoles: serémos llenos del espíritu del mundo, si imitamos á los mundanos. En seguida se demostrará: 1.º cómo el Espíritu de Dios triunfa en los Apóstoles del espíritu del mundo; 2.º cómo el espíritu del mundo triunfa en los cristianos del mismo Espíritu de Dios.

II. En este día los Apóstoles se convirtieron en predicadores y doctores de la ley cristiana. Mas para predicar esta ley era menester practicarla y defenderla. Hasta el día de Pentecostes, los Apóstoles solo la habían practicado y defendido imperfectamente; pero desde entonces mostróse en ellos el doble efecto del espíritu de fortaleza de que fueron llenos, convirtiéndose en fieles observadores

y defensores celosos de la ley cristiana. — Observáronla fielmente á pesar de todas las aversiones de la naturaleza; lo cual debe animarnos á nosotros á practicarla con fidelidad. — Defendieronla con celo á despecho de todas las contradicciones del mundo; lo cual debe enseñarnos á defenderla generosamente con arreglo á nuestro estado.

III. La descension del Espíritu Santo á la tierra fue un nuevo beneficio, ó mejor, el complemento de todas las gracias de Dios. El Padre eterno, al formar el hombre, dióle la razon para conocer, el apetito para amar, y la libertad para obrar: el Hijo de Dios, reformando este mismo hombre, le dió la fe por guia de la razon, la caridad por moderadora del apetito, y la gracia por apoyo de la libertad; mas el Espíritu Santo, para acabar de perfeccionar la obra, añade: 1.º la inteligencia á la fe; 2.º el celo á la caridad; 3.º la fuerza á la gracia. — Para probar que el Espíritu Santo añade, al alma en que entra, la inteligencia á la fe, basta observar lo que eran los Apóstoles antes de la venida del propio Espíritu, y lo que fueron despues. No obstante la instruccion que por espacio de tres años habían recibido de Jesucristo, eran aun tan ignorantes, que poco ó nada entendian, así de las cosas tocantes al dogma, como de las que pertenecian á la moral: mas despues de la venida del Espíritu Santo, no solo abren los ojos al conocimiento de todas las verdades que habían aprendido, y las ven bajo su verdadero aspecto, sino que al mismo tiempo se persuaden de ellas y adquieren la aptitud necesaria para persuadirlas á los demás. — El que ama verdaderamente á Dios no desea sino que todo el mundo ame á Dios, y que Dios ame á todo el mundo. Verdad es que Pedro amaba á su Maestro, y que tambien le amaban los demás Apóstoles, pero ¿cuál era el celo del uno y de los otros? Parece que luego despues de la resurreccion de Jesucristo debieran haberlo hecho conocer y amar de todas las gentes; y sin embargo permanecieron ocultos hasta que, habiendo bajado el Espíritu Santo, y habiendo añadido el celo á la caridad de que estaban poseidos, salieron del cenáculo y fueron á difundir por toda la tierra el conocimiento del verdadero Dios, y á derramar aquel celeste fuego que se les había comunicado. — Para sostén de la libertad, debilitada por el pecado, el Redentor nos dió la gracia, que fortifica en nosotros el imperio de la razon contra la rebeldía de los apetitos y de la concupiscencia; y el Espíritu Santo vino á comunicarnos la fortaleza, que nos pone en un estado todavía mas favorable. Este efecto se prueba tambien con el

ejemplo de los Apóstoles, en los cuales no se vió nunca suceder un valor tan grande á una tan grande debilidad, un desprecio tan noble de la muerte á una tan vergonzosa debilidad, un deseo tan sincero y ardiente de padecer á un tan grande aborrecimiento de toda cruz, como despues que fueron llenos del Espírиту Santo, el cual pareció haberlos no solo reformado, sino transformado en otros hombres.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Accipietis virtutem supervenientis Spiritus Sancti in vos. (*Act. II*).

Spiritus robustorum. (*Isai. XXV*).

Spiritus adjuvat infirmitatem nostram. (*Rom. VIII*).

Spiritus Dei ferebatur super aquas. (*Genes. I*).

Spiritus ejus ornavit cœlos. (*Job. XXVI*).

Verbo Domini cœli firmati sunt: et Spiritu oris ejus omnis virtus eorum. (*Psal. XXXII*).

Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terræ. (*Psal. CIII*).

Spiritus Domini replevit orbem terrarum. (*Sap. I; Isai. VI*).

Spiritus Domini ductor ejus (Israel) fuit; sic adduxisti populum tuum, ut faceres tibi nomen gloriæ. (*Isai. LXIII*).

Paraclitus autem Spiritus Sanctus, quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia. (*Joan. XIV*).

Cum autem tradent vos, nolite cogitare quomodo, aut quid loquamini: dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini. Non enim vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis. (*Matth. X; Marc. XIII; Act. II*).

Effundam enim aquas super sitientem, et fluentia super aridam: effundam Spiritum meum super semen tuum, et benedictionem meam super stirpem tuam. (*Isai. XLIV*).

Et dabo eis cor unum, et Spiritum novum tribuam in visceribus eorum. (*Ezech. XI*).

Et non abscondam ultra faciem meam ab eis, eo quod effuderim Spiritum meum super omnem domum Israel. (*Ibid. XXXIX*).

Effundam Spiritum meum super omnem carnem, et prophetabunt filii vestri, et filia vestra. (*Joel, II*).

Et ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in æternum, Spiritum veritatis, quem mundus non potest accipere. (*Joan. XIV*).

Cum autem venerit Paraclitus, quem ego mittam vobis à Patre, Spiritum veritatis, qui à Patre procedit, ille testimonium perhibebit de me. (*Joan. XV*).

Sed ego veritatem dico vobis: expedit vobis, ut ego vadam; si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos: si autem abiero, mittam eum ad vos. (*Ibid. XVI*).

Sensum autem tuum quis sciet, nisi tu dederis sapientiam, et miseris Spiritum Sanctum tuum de altissimis? (*Sap. IX*).

Requiescet super eum Spiritus Domini, spiritus sapientiæ et intellectus, spiritus consilii et fortitudinis, spiritus sapientiæ et pietatis, et replebit eum spiritus timoris Domini. (*Isai. XI*).

Intromittam Spiritum meum in vos, et vivetis. (*Ezech. XXXVII*).

Repletus sum fortitudine Spiritus Domini, iudicio, et virtute, ut annuntiem Jacob scelus suum. (*Mich. III*).

Effundam, super domum David, et super habitatores Jerusalem, spiritum gratiæ et precum. (*Zach. XII*).

Spiritus meus erit in medio vestrum, nolite timere. (*Aggæi, I*).

Spiritus ubi vult spirat. (*Joan. III*).

Quicumque Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. (*Rom. VIII*).

Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. (*Ibid.*).

Ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus. (*Ibid.*).

Nos non spiritum hujus mundi accepimus, sed Spiritum qui à Deo est, ut sciamus quæ à Deo donata sunt nobis. (*I Cor. XII*).

Factus est primus homo in animam viventem, novissimus Adam in spiritum vivificantem. (*Ibid. XV*).

Quoniam estis filii, misit Deus spiritum Filii sui in corda vestra clamantem, Abba, Pater. (*Galat. IV*).

Salvos nos fecit per lavacrum regenerationis, et renovationis Spiritus Sancti, quem effudit in nos abunde per Jesum Christum salvatorem nostrum. (*Tit. III*).

Factus est repente de cœlo sonus, tamquam advenientis spiritus vehementis, et replevit totam domum, ubi erant sedentes, et apparuerunt illis dispersitæ linguæ tamquam ignis. (*Act. II*).

Spiritu Sancto inspirati, locuti sunt sancti Dei homines. (*II Petri, I*).

In hoc cognoscimus, quoniam in eo manemus, et ipse in nobis, quoniam de spiritu suo dedit nobis. (*I Joan. III*).

Nescitis, quia templum Dei estis vos, et Spiritus Dei habitat in vobis? (*I Cor. III*).

Signati estis Spiritu promissionis Sancto, qui pignus est hæreditatis nostræ. (*Ephes. 1*).

Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis. (*Rom. v*).

Qui habet aures, audiat quid Spiritus dicat Ecclesiis. (*Apoc. ii*).

Figuras de la sagrada Escritura.

El Pentecostes de los hebreos fue una figura del nuestro. Aquel recordaba el día en que el Señor dió al pueblo israelita su ley en el monte Sinai; este es la conmemoracion del día en que el Espíritu Santo bajó en forma de paloma á grabar, no en tablas de piedra, sino en los corazones contritos, la ley de gracia.

Esta festividad completa la ley de Cristo, porque en este día se cumplen las figuras del Antiguo Testamento. La ley de Moisés cede el lugar al Evangelio, la Sinagoga á la Iglesia, la antigua á la nueva alianza, los siervos á los hijos, los hebreos á los cristianos. (*Ezech. ii*).

Cumpliéronse tambien en este día las magnificas promesas que Dios habia hecho por boca de los Profetas, sobre todo por boca de Jeremías, en el cap. xxxi, y como dice el Apóstol: *Lex spiritus vite liberavit me à lege peccati et mortis*.

Las aguas sobre las cuales al principio del mundo *Spiritus Domini ferebatur* (*Genes. 1*), figuran el corazon del hombre agitado por las pasiones.

Otra figura del Espíritu Santo, cuyas llamas purifican las manchas de los pecados, fue aquel fuego sagrado que los hebreos habian encerrado en un sótano, y que al reedificarse el templo, en tiempo de Nehemías, inflamóse prodigiosamente.

Sentencias de los santos Padres.

Quod est anima corpori hominis, hoc est Spiritus Sanctus corpori Christi, quod est Ecclesia: hoc agit Spiritus Sanctus in tota Ecclesia, quod agit anima in omnibus membris unius corporis. (*S. Aug. serm. II in fer. 2 Pent.*).

Sicut ignis venit Spiritus Sanctus, scenum consumpturus, aurum cocturus et purgaturus. (*Idem, in Psalm. xviii*).

Quia charitas diffusa est in cordibus nostris, ideo est consequens, ut quia Spiritus Deus est, ne diligere possimus Deum, nisi per Spiritum Sanctum amamus Deum de Deo. (*Idem*).

Nullum est isto Dei dono excellentius: dantur et alia per Spiritum Sanctum munera, sed sine charitate nihil possunt. (*Idem*).

Missus est Spiritus, ut quæ Salvator inchoaverat, Spiritus Sancti virtus consumeret, et quod iste acquisivit, ille custodiat; quod ille redemit, iste sanctificet. (*Idem, tract. CVIII in Joan.*).

Numquid modo non datur Spiritus Sanctus? qui hoc putat, non est dignus accipere; datur et modo. (*Idem serm. II Pent.*).

Quia Spiritus Sanctus sic ab æterno procedebat, ut posset donari, jam donum erat, antequam esset, cui donaretur. (*Idem, lib. I de Trinit. c. 15*).

Hominem Christus Dominus portavit ad cælum, et Deum misit ad terras. (*Idem, serm. CLXXXV de Temp.*).

Habitare in corpore animam probant vitales actus corporis; habitare in anima Spiritum Sanctum probat vita spiritualis. (*S. Greg. in Mor.*).

In terra datur Spiritus, ut diligatur proximus; à cælo datur Spiritus, ut diligatur Deus: sicut ergo una est charitas, et duo præcepta, ita unus Spiritus, et duo dona. (*Idem, hom. XXVI in Evang.*).

In linguis igneis apparuit Spiritus, quia omnes, quos repleverit, ardentés pariter et loquentes facit. (*Idem, hom. XXX in Evang.*).

Pensate quanta sit dignitas habere in cordis hospitio adventum Dei. (*Idem, ibid.*).

O qualis artifex est Spiritus! nulla ad discendum agit mora id omne, quod voluerit, mox enim ut tetigerit mentem docet, solumque tetigisse, docuisse est. (*Ibid.*).

Idcirco Spiritus Sanctus in igne et columba nobis monstratus est, quia videlicet quos implet, et columbæ simplicitate mansuetos, et igne zeli ardentés exhibet. (*Idem, in Moral.*).

Donum Sancti Spiritus pignus dicitur, quia per hoc nostra anima ad interioris spei certitudinem roboratur. (*Ibid. lib. XVI*).

Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia. (*S. Ambr. in c. I Luc.*).

Nulla in discendo mora est, ubi Spiritus Sanctus doctor est. (*V. Beda, hom. IX in Luc.*).

O quam velox est sermo sapientiæ! et ubi Deus magister est, cito discitur quod docetur. (*S. Leo, serm. de Pent.*).

Dies Pestecostes, dies propitiationis, dies remissionis, dies est indulgentiæ. (*S. Joan. Chrys. de Pent.*).

Spiritus Sanctus copula unionis nostræ cum Christo. (*Idem, homil. II de Pent.*).

Extinguit Spiritum vita impura. (*Id. hom. XXI in I Thes.*).

Qui accipiunt Spiritum Sanctum, amores cœlestium terrena contemnunt. (*Idem, de anima et ejus orig.*).

Non est sæcularis animæ habere Spiritum; multo opus est studio, ut eum apud nos retinere possimus. (*Idem, hom. XXXIV in ep. ad Hebr.*).

Sicut non habet corpus unde vivat, nisi de Spiritu, sic affectus hominis, qui amor dicitur, non vivit, hoc est, non amat Deum, nisi de Spiritu Sancto. (*S. Bern. de vita solit.*).

Cognoscam Spiritus Sancti præsentiam mutatione cordis mei, cum è terreno illud cœleste factum video, è carneo spiritale. (*Idem, in Cant.*).

Spiritus Paracletus dat pignus salutis, robur vitæ, scientiæ lumen. (*Idem, serm. II de Pent.*).

Vicarius Christi Spiritus Sanctus. (*S. Aug.*).

Qui prius timebant et formidabant, post Spiritus Sancti acceptionem in media pericula prosilierunt. (*S. Chrys. hom. LXXIV in Joan.*).

Qui prius ancillæ voce requisitus timuit, post adventum Spiritus Sancti vires principum cæsus contempsit. (*Ibid.*).

Hæc est administratio Spiritus Sancti: Scripturæ revelantur, intellectus reformatur, disciplina dirigitur. (*Tertul.*).

Quomodo diligimus, ut Spiritum accipiamus; quem nisi habemus, diligere non valemus. (*S. Aug. in quest.*).

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. (Joan. XIII, 1).

Habiendo amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

1. Poder que en bien y en mal ejercen las pasiones en el corazón del hombre. Cuando este ve cercano el fin de su existencia, el amor y la ternura parecen redoblar sus fuerzas. Entonces suspira, llora, solloza, abraza y besa con efusión... ¿Qué mucho, pues, que el Señor en los últimos momentos de su vida mortal...? Verdad es que toda su vida fue una serie de actos de amor hacia nosotros..., pero en la última cena...; Caridad infinita de un Dios...!

2. El amor, cuando es igualmente puro en su principio y en su fin, constituye una pasión laudable... David es ensalzado en las Escrituras, no solo por su valor, sino por la sensibilidad y ternura de su amante corazón... Su amor á Jonatás... Amar al que ama, es laudable, sí, pero fácil; amar á quien nos aborrece, es el verdadero triunfo del corazón... David en la cueva de Engaddi... Conducta del mismo con Absalon...

3. Entremos ahora en el cenáculo..., y entremos también en aquel corazón tan angustiado como tierno... La dificultad de ganar para el cielo un mundo rebelde, aumenta en él el deseo de la victoria... ¿Qué hace, qué dice el Salvador? Este mundo me desprecia... Si le desagrada mi forma humana, cambiaré de aspecto..., me convertiré en comida y bebida suya. Luego toma el pan... En seguida toma el vino... Sacrilegio de Judas, blasfemias heréticas de..., tenéis que luchar con el amor de un Dios... El amor de Jesucristo cobra mayor intensidad á medida que... Señaló el más augusto de sus favores con el más estupendo de sus prodigios... Los que obró Dios en el desierto á favor de Israel hicieron exclamar á Moisés: *Non est alia natio*, etc. Mas con mayor razón podemos nosotros... Efecto fue de su amor á su pueblo...; pero mayor prueba nos da á nosotros... Los beneficios de Dios á su pueblo tendían á... Los que

Extinguit Spiritum vita impura. (*Id. hom. XXI in I Thes.*).

Qui accipiunt Spiritum Sanctum, amores cœlestium terrena contemnunt. (*Idem, de anima et ejus orig.*).

Non est sæcularis animæ habere Spiritum; multo opus est studio, ut eum apud nos retinere possimus. (*Idem, hom. XXXIV in ep. ad Hebr.*).

Sicut non habet corpus unde vivat, nisi de Spiritu, sic affectus hominis, qui amor dicitur, non vivit, hoc est, non amat Deum, nisi de Spiritu Sancto. (*S. Bern. de vita solit.*).

Cognoscam Spiritus Sancti præsentiam mutatione cordis mei, cum è terreno illud cœleste factum video, è carneo spiritale. (*Idem, in Cant.*).

Spiritus Paracletus dat pignus salutis, robur vitæ, scientiæ lumen. (*Idem, serm. II de Pent.*).

Vicarius Christi Spiritus Sanctus. (*S. Aug.*).

Qui prius timebant et formidabant, post Spiritus Sancti acceptionem in media pericula prosilierunt. (*S. Chrys. hom. LXXIV in Joan.*).

Qui prius ancillæ voce requisitus timuit, post adventum Spiritus Sancti vires principum cæsus contempsit. (*Ibid.*).

Hæc est administratio Spiritus Sancti: Scripturæ revelantur, intellectus reformatur, disciplina dirigitur. (*Tertul.*).

Quomodo diligimus, ut Spiritum accipiamus; quem nisi habeamus, diligere non valemus. (*S. Aug. in quest.*).

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. (Joan. XIII, 1).

Habiendo amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

1. Poder que en bien y en mal ejercen las pasiones en el corazón del hombre. Cuando este ve cercano el fin de su existencia, el amor y la ternura parecen redoblar sus fuerzas. Entonces suspira, llora, solloza, abraza y besa con efusión... ¿Qué mucho, pues, que el Señor en los últimos momentos de su vida mortal...? Verdad es que toda su vida fue una serie de actos de amor hacia nosotros..., pero en la última cena...; Caridad infinita de un Dios...!

2. El amor, cuando es igualmente puro en su principio y en su fin, constituye una pasión laudable... David es ensalzado en las Escrituras, no solo por su valor, sino por la sensibilidad y ternura de su amante corazón... Su amor á Jonatás... Amar al que ama, es laudable, sí, pero fácil; amar á quien nos aborrece, es el verdadero triunfo del corazón... David en la cueva de Engaddi... Conducta del mismo con Absalon...

3. Entremos ahora en el cenáculo..., y entremos también en aquel corazón tan angustiado como tierno... La dificultad de ganar para el cielo un mundo rebelde, aumenta en él el deseo de la victoria... ¿Qué hace, qué dice el Salvador? Este mundo me desprecia... Si le desagrada mi forma humana, cambiaré de aspecto..., me convertiré en comida y bebida suya. Luego toma el pan... En seguida toma el vino... Sacrilegio de Judas, blasfemias heréticas de..., tenéis que luchar con el amor de un Dios... El amor de Jesucristo cobra mayor intensidad á medida que... Señaló el más augusto de sus favores con el más estupendo de sus prodigios... Los que obró Dios en el desierto á favor de Israel hicieron exclamar á Moisés: *Non est alia natio*, etc. Mas con mayor razón podemos nosotros... Efecto fue de su amor á su pueblo...; pero mayor prueba nos da á nosotros... Los beneficios de Dios á su pueblo tendían á... Los que

nos hace á nosotros tienden... *Patres vestri manducaverunt manna... et mortui sunt; hic est panis*, etc. Ó fieles devotos, que... decidme: ¿en qué ocasion? ¿Cuándo vuestro corazon? ¿Cuándo brotaron...? ¿Cuándo, en fin, os sentisteis...? Comed, bebed, dijo... *Hæc quotiescumque feceritis*, etc. Yo bien conozco..., pero tambien vosotros debéis comprender... *Venite ad me omnes qui laboratis*, etc. La vida toda de Jesús fue una cadena de humillaciones..., mas en la Eucaristía se humilla hasta quedar reducido... *Venite ad me*, etc. Y no solo nos invita..., sino que él mismo viene á nosotros cuando... En todo nos manifiesta que lo que busca en nosotros no es nuestra grandeza, sino nuestro amor... Los amigos..., los parientes..., los médicos... Solo Jesucristo, movido de su amor... Tended la vista por todo el mundo, y doquiera veréis el amor de Dios... *Delicie mee esse cum filiis hominum*... Adorable Salvador, al despediros..., dijisteis: *Consummatum est*; pero permitidme que limite el sentido de estas palabras. En el Gólgota concluyeron..., es verdad; consumóse la..., es cierto; la ira del Padre eterno..., no hay duda, pero..., donde la mortalidad de vuestra vida tuvo fin, allí tuvo principio la eternidad de vuestro amor.

4. *Consummatum est*: pero no todo se acabó en el Gólgota... *Consummatum est*: mas no todo quedó consumado... *Consummatum est*: pero no todo quedó terminado... Si esto, oyentes, no es amor, ¿qué será? Y si lo es, ¿de qué manera correspondemos...? ¡Ah! cuán triste se presenta la idea de la ingratitude del hombre...!

3. Si el hombre tuviera siempre presente el amor de Dios, tendría que violentarse mas para ser ingrato que para ser agradecido. Pero la fatal indolencia... ¿Qué mucho, pues...? ¿Qué mucho que...? De ahí es que separado el corazon del hombre del único objeto de su amor..., se agita y revuelve... Mas no consiste en esto toda la gravedad del mal, sino que... Ved sino esa multitud de hombres... Pero se engañan... Remontémonos á aquellos felices tiempos...; entremos en aquellos lóbregos subterráneos... Los cristianos vivian siempre absortos en el amor de Dios, y deseosos del martirio... Veanse venerables ancianos, delicadas doncellas, tiernos niños... Los feroces verdugos... Dábase, por último, el golpe fatal... ¡Qué diferencia entre ellos y nosotros! Ellos salian del convite eucarístico llenos de...; nosotros salimos tan débiles que... Ellos... Nosotros... ¿Cómo es esto?... ¿Acaso el Dios de los antiguos...? ¡Ah! no; nosotros somos los que... Él descendió á nuestra alma para santificarla..., á nuestro cuerpo para consagrarlo... Respetemos en nos-

otros, no á nosotros mismos, sino... Ó hermanos míos, vosotros que no podeis contemplar sin lágrimas...; vosotros que besais... Vuestra gratitud y adoracion son justas y...; pero sabed que el pecho de cada uno de vosotros pasa á ser Belen, Calvario, cruz, etc., desde que el Señor sacramentado se digna descender á él... El no respetar este su santuario vivo seria... Mas ¿dónde estoy? ¿á quién hablo? ¿No estoy en...? ¿No estoy hablando...? Seguid constantes en vuestro fervor... Sea el amor de Dios... Sed agradecidos á Dios...

SERMON I

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*Cum dilexisset suos, qui erant in mundo,
in finem dilexit eos. (Joan. xiii, 1).*

Habiendo amado á los suyos, que estaban
en el mundo, los amó hasta el fin.

1. Las grandes pasiones tienen la natural propiedad de dilatar los afectos del corazón humano de manera, que no bastando éste á contenerlos, comunica una parte de ellos á la mente, en la cual determinan entonces aquel estado de plenitud y exaltación que designamos con el nombre de entusiasmo. Por esto vemos muchas veces que la pasión aumenta el vigor de los entendimientos menos perspicaces y los eleva de tal modo sobre su natural condición, que cuando tiene por móvil un noble objeto, convierte á los hombres mas vulgares en modelos de las mas grandes virtudes; y al contrario, cuando la mueve algun mal instinto, hace que el entendimiento mas claro y la voluntad mejor inclinada se extravien y perviertan hasta el punto de excitar el asombro y el horror del género humano. Tal es el poder que las pasiones en general ejercen sobre nosotros durante el curso de nuestra vida: pero las que tienen por incentivo el amor y la ternura, parece que adquieren mucha mayor fuerza en el corazón del hombre cuando este ve cercano el fin de su existencia. Entonces, sintiendo toda la intensidad de su afecto, y viendo cuán poco tiempo le queda para desahogarlo, da libre rienda á todas las manifestaciones del alma: suspira, llora, solloza; abraza y besa con efusión los objetos de su cariño, y hasta sus postreros instantes no cesa de hacerles las mas dulces amonestaciones, para que, ya que no pueda vivir con ellos por las obras, viva á lo menos en ellos por la memoria de sus consejos. ¿Qué mucho, pues, que esa tierna inclinación que Dios puso en nuestro corazón como una sombra y una imagen de su propia excelencia, nos la manifestase él mismo con

la superioridad que tiene el Criador sobre la criatura en los últimos momentos de su vida mortal? Verdad es que Jesucristo redujo su vida á una no interrumpida serie de actos de amor: por amor descendió del cielo á la tierra; por amor nació de una pobre vírgen; por amor nos dió sus consejos y sus preceptos; por amor sanó enfermos y resucitó muertos; mas todas estas demostraciones de caridad son muy poca cosa en comparación de lo que hizo por amor nuestro en su última cena. Mucho nos dió, en verdad, durante su vida, pero, al fin, no nos dió mas que sus obras: en la última cena, empero, queriendo poner el colmo á sus favores y gracias, por un rasgo sublime de omnipotencia y amor, dióse él mismo á nosotros: *Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos.* ¡Caridad infinita de un Dios, el que de tí habla no necesita el auxilio de la elocuencia, si el que le escucha no carece de sensibilidad! Por esto, oyentes míos, confiado en la delicadeza y ternura de vuestros sentimientos, entro desde luego y sin recelo en la exposición de mi asunto: *Ave María.*

2. El amor, pasión la mas vehemente del alma humana, no es mas que una inclinación suave de nuestro corazón hácia un objeto determinado, que nos mueve á unirnos con él y á desearle el mayor bien posible. Este amor, cuando es igualmente puro en su principio y en su fin, constituye siempre una pasión laudable: porque habiendo Dios criado al hombre para vivir en sociedad, y siendo necesario para la existencia y conservación de la armonía social el concurso de este afecto mútuo que estrecha y fortalece los dulces lazos del consorcio humano; el corazón que ama con tal amor, no hace mas que obedecer á la voluntad de Dios, que le impone este sagrado deber á fin de que coopere por sí propio á la mayor belleza y perfección de que es susceptible la naturaleza humana. Por esto, si las sagradas Escrituras ensalzan á David por el valor de su brazo, por la firmeza de su espíritu y por la prudencia de sus consejos, no menos alabanzas le tributan por la sensibilidad y ternura de su amante corazón; y por esto tambien, si le admiramos nosotros cuando en el valle del Terebinto, saliendo con impavidez al encuentro del soberbio y temible Filisteo, derribale á sus piés y le despoja de sus armas, no menos digno le juzgamos de admiración y encomio al mostrarse poseído de tan tierna afición para con su amado Jonatás, y al vestirle sus propias armas para preservarle de los peligros de las batallas. Sin embargo, oyentes míos, amar al que ama, hacer bien al que agradece es una cosa laudable, sí, pero harto fácil, por el aliciente que ofrece á todo corazón noble. La

conformidad de afectos, la simpatía de carácter, las ajenas demostraciones de gratitud, naturalmente nos halagau y nos hacen amar casi á pesar nuestro. Pero amar al que nos aborrece, colmar de beneficios al que los desprecia y los convierte quizás en nuestro daño, esto es lo grande y lo admirable, este es el verdadero triunfo del amor, para cuya consecucion es necesario participar, mas que de la humana sensibilidad, de la pura inteligencia suprema. De aquí es que si el buen David mereció que las Escrituras le elogiasen diciendo que tenia un corazon hecho á semejanza del corazon de Dios: *Quiescivit Dominus sibi virum iuxta cor suum* (I Reg. xiii 14); nunca pareció tan digno de semejante alabanza, como cuando en la cueva de Engaddi, el mismo Saul, su enemigo, le dijo que era un hombre que volvía bien por mal: *Tu tribuisti mihi bona: ego autem reddidi tibi mala*; ó cuando procuró vencer á fuerza de beneficios al rebelde Absalon, y muerto este, se mostró tan sumamente pesaroso de no poder devolverle la vida, aun á costa de la suya propia: *Fili mi Absalon fili mi, quis mihi tribuat, ut ego moriar pro te?*

3. Entremos ahora, entremos, hermanos míos, en aquel augusto cenáculo, donde Jesucristo, perseguido de los hombres, y enteramente absorbido por la idea de su próxima acerbísima pasión, se dispone á comer por última vez con sus discípulos; pero entremos tambien en aquel corazon tan angustiado como tierno y bondadoso, y de lo que el Salvador del mundo piensa y medita en favor de los hombres inferirémos cuál sea el amor que les profesa. Los insultos y afrentas con que en breve serán correspondidos sus actos de clemencia y bondad; los suplicios y tormentos que han de ser la bárbara recompensa de sus beneficios y milagros; la muerte afrentosa con que la perfidia de los hombres le separará del mundo, se le presentan á la imaginacion bajo el aspecto mas cruel é ignominioso. La dificultad de ganar para el cielo un mundo rebelde y obstinado aviva en él el deseo de alcanzar la victoria. Á las provocaciones de sus enemigos opone el recuerdo de que es un campeón de paz: *princeps pacis*; y á la maldad de los que maquinan su muerte opone la consideracion de que ha venido al mundo á fundar un reino tan duradero como los siglos: *et regni ejus non erit finis*. Mientras que su mente se halla absorbida en estas dos contrarias ideas, la del odio que le profesan los hombres, y la del amor que él les profesa, ¿qué hace, qué dice el Salvador? Este mundo desleal, dice, me desprecia y aborrece; conozco su injusticia, mas á pesar de esto le amo; veo su ingratitud, mas, sin embargo, no puedo despegarme

de él: si le desagrada mi forma humana, mudaré de aspecto, pero no cambiaré de morada: si no me quiere por consejero y maestro, me convertiré en comida y bebida suya. Luego toma el pan, lo parte, y lo transforma en su santísima humanidad; diciendo: Este es mi cuerpo: *Hoc est corpus meum*; en seguida toma el vino, y lo convierte en su sangre preciosa, diciendo: Esta es mi sangre: *Hic est sanguis meus*. Funesta idea del sacrilegio de Judas, blasfemias heréticas de Simon y de Menandro, de Lutero y de Zuinglio, dolorosas imágenes de nuestras profanaciones, de nuestros desprecios y sacrilegios, ¿por qué así asediais y atormentais á ese ternísimo corazon? Si pensais con esto demorar ó impedir la realizacion de su obra piadosísima, del mayor portentó de caridad, muy errados andais; pues teneis que luchar con el amor de un Dios. La idea de la perfidia ó de la ingratitud bien podría entibiar el corazon del mas tierno padre; el presentimiento de la infidelidad y de la mala correspondencia podría muy bien menoscabar el afecto del mejor amigo; pero el amor de Jesucristo no es finito; el amor de Jesucristo no es llama, sino incendio, el cual cobra mayor intensidad cuantos mas esfuerzos se hacen para apagarlo. En efecto, nada era capaz de contrarestar la bondad de un Dios que, para ser consuelo y alivio de pocos, se expuso á ser ludibrio y víctima de muchos; que para ser vida y alimento de los que le aman no limitó sus beneficios á lugares ni á tiempos determinados, y que para obtener el asentimiento de nuestra razon señaló el mas augusto de sus favores con el mas patente y estupendo de los prodigios. Vosotros, oyentes míos, sabéis tan bien como yo cuántos favores y prodigios obró Dios durante la antigua ley en beneficio de su pueblo. El maná que vino á remediar la esterilidad del desierto; las fuentes que brotaron repentinamente de los áridos peñascos; la columna de fuego que alumbraba y guiaba á los israelitas en su camino; la serpiente de bronce que curaba las enfermedades; el mar, que abriéndose para dar paso al fugitivo pueblo de Dios, volvió á cerrarse sobre la cabeza de sus perseguidores; el arca admirable del testamento, que doquiera que era transportada llevaba consigo la victoria; prodigios fueron estos, que llenando de santo orgullo al gran caudillo Moisés, movieron á provocar á los dioses de todas las demás naciones á ponerse en parangon con la afabilidad y el amor del Dios de Israel: *Non est alia natio tam grandis, que habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest nobis*. Mas si los hebreos podian creerse superiores á las otras naciones por el amor benéfico de su Dios, con

mayor razon podemos nosotros por igual motivo creernos superiores á ellos. Efecto fue, en verdad, del amor de Dios para con su pueblo la columna luminosa que sirvió á este de faro y de guía en su huida de Egipto; pero mayor prueba de amor es la que nos ha dado á nosotros Jesucristo, descendiendo á nuestras almas, iluminando nuestro entendimiento y nuestro corazon, y guiándonos por el camino de la salvacion con la luz de su santísima divinidad. Efecto fue del amor de Dios para con su pueblo la portentosa serpiente de bronce, á cuya vista recobran la salud las numerosas huestes israelitas; pero mayor es la prueba de amor que nosotros tenemos en la carne immaculada de Jesucristo, por cuyo medio nuestras almas se recobran de otros mayores males y enfermedades. Efecto fue del benéfico amor de Dios para con su pueblo la separacion de las aguas del mar, que despues de haber dado franco paso á los fugitivos israelitas, sepultó en sus profundos abismos á Faraon con todo su ejército; pero mayor prueba de benéfico amor tenemos nosotros en el Señor sacramentado que, arrependidos de nuestras culpas, nos acoge en su seno, y sumerge y sepulta en el mar de su misericordia infinita el pecado, perseguidor y enemigo nuestro. Efecto fue, por último, del benéfico amor de Dios para con su pueblo el maná que cada dia hacia llover del cielo para alimentarle en medio de la esterilidad del desierto; pero mayor prueba de amor es la que Dios nos da, teniéndonos preparada cada día, á todas horas y en todo lugar la mesa sagrada del altar, donde nos alimenta con su misma santísima carne. Entre los israelitas, los beneficios de Dios tendian á conducirles á un destino feliz, sí, pero terrenal; entre nosotros tienden á conducirnos á un destino espiritual y eterno: allí Dios gratificaba á su pueblo con cosas extrañas á él mismo; aquí con cosas tan suyas propias como su santísimo cuerpo y su sangre preciosísima: allí lo alimentó con un maná que si bien sustentó su vida, no le libró de la muerte; aquí lo alimenta con un pan bajado del cielo, por cuya virtud el que lo come dignamente recibe la vida perdurable: *Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt: hic est panis de caelo descendens, ut si quis ex eo manducet, non moriatur.* Ó fieles devotos, que con humilde y contrito corazon os acercais muchas veces á esa sagrada mesa de los Ángeles, decidme, os ruego, si entre los admirables efectos que habeis experimentado en vosotros mismos habeis sentido alguna vez el del amor entrañable de Jesús sacramentado para con el hombre. ¿En qué ocasion el pecado seductor se os mostró mas desnudo de sus falsos atracti-

vos y visteis mas claramente su natural fealdad, que cuando la luz de este Dios convertido en alimento vuestro os iluminó el entendimiento? ¿Cuándo vuestro corazon se despojó mas gustoso de todo mundano afecto, que al sentirse inflamado en la suave caridad de este mismo Dios? ¿Cuándo brotaron de vuestro entendimiento pensamientos mas saludables, antes desconocidos para vosotros, de vuestro corazon resoluciones mas generosas, que antes tenais por impasibles, cuándo, en fin, os sentisteis mas orgullosos de ser cristianos, que al bajar sobre vuestras almas ese maná celestial? Y para obtener esta tan saludable confortacion, este tan firme apoyo, ¿habeis necesitado grandes súplicas, habeis necesitado mediadores y abogados? ¡Ah! no; pues para participar de los tesoros de su inmenso afecto Dios no quiere otros mediadores que sus propias invitaciones: comed, bebed, dijo en su última cena; y cuantas veces esto hiciéreis, lo consideraré como una prueba de la grata memoria que conservais de mi amor: *Hæc quotiescumque feceritis in mei memoriam facietis.* Yo bien conozco el débil barro de que os he formado, sé á qué difícil lucha estais expuestos, y veo las consecuencias de vuestras victorias y derrotas; pero tambien vosotros debeis comprender que si yo me resigno á estar oculto bajo este pobre velo, á estar encerrado en este humilde altar, expuesto á las ofensas de la irreverencia y á los ultrajes del sacrilegio, es única y exclusivamente por auxiliarnos y salvaros: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Y ¿qué diré, hermanos carísimos, qué diré al considerar que nuestro Salvador y Dios, merced á la transustanciacion eucarística, está siempre real y corporalmente cerca de nosotros, no solo para sustentar nuestras almas, sino tambien para recibir nuestros afectos y oir nuestras súplicas, y que para alentar nuestra confianza eligió una forma que le humilla y en cierto modo le anonada? Humillóse Jesucristo muchas veces, durante su vida mortal, y aun puede decirse que su vida toda no fue mas que una continua série de humillaciones: la choza en que dió su primer vagido, el taller de José donde trabajó durante su infancia, los tribunales, el pretorio y el Gólgota donde padeció cruelmente y murió como un criminal, son otros tantos testigos de las profundas humillaciones que sufrió por amor nuestro: pero, al fin, entonces su humillacion lo redujo tan solo á la condicion de hombre; mas aquí en la Eucaristía lo reduce á una condicion inferior á la naturaleza humana, pues nos lo presenta bajo la forma del pan mismo que preparamos con nuestras propias manos, que constituye nues-

tro cotidiano alimento, y está á disposicion del mas infeliz de los hombres. Empero, si con esto se fortalece nuestra confianza, su amor triunfa en esta humillacion. Él no quiere conservar aquí sino aquella parte de su grandeza que le baste para emplear en favor nuestro su infinita beneficencia; y anonadándose en las formas, y humillándose en el lenguaje hasta rogarnos que aceptemos sus gracias, aspira tan solo á manifestarnos todo su amor: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Y no solo nos brinda á que nos le acerquemos, sino que, cual si no pudiera resistir á los estímulos de su amor, cuantas veces necesitamos de su presencia y algun grave motivo nos impide acudir á los altares, él mismo se digna acercarse á nosotros. En efecto, cuando alguno de nosotros, postrado en el lecho del dolor, se halla en peligro de muerte, este buen Dios abandona presuroso el terreno asilo de su presencia para trasladarse solícito á la morada del menesteroso. Que tenga este su morada en suntuoso palacio ó en humilde cabaña; que yazga en régio lecho ó sobre un monton de paja; que su enfermedad sea ó no repugnante, á todo se muestra indiferente menos á nuestro bien; y en todo nos manifiesta que lo que busca en nosotros no es nuestra grandeza, sino nuestro amor. Al ver la gravedad é inminencia del peligro, los amigos, conmovidos ó asustados, abandonan al doliente amigo; los parientes le abrazan y lloran desconsolados; la ciencia permanece muda ante la impotencia de sus recursos y esfuerzos: solo él, solo Jesucristo, movido de su amor, acude al lado del triste, y haciendo para con él las veces de médico, consolador y amigo, calma sus dolores, enjuga sus lágrimas, y recibe los últimos suspiros de su agonía. Tended la vista por todo el mundo, contemplad al hombre en sus diversas condiciones de edad, estado y fortuna, y doquiera veréis el amor de Dios abrasándolo todo y derramándose por todas partes como la luz del sol. Si acude alguno á sus altares para recibirlo, se ofrece á él; si alguno enferma, acude en su auxilio; si está enfermo del alma, lo sana; si es rico en virtudes, lo fortalece; si es opulento, lo acepta; si es pobre, no lo rehusa: consagrado totalmente al bien de todos, alégrese de hallar un alma digna de sus beneficios y un corazon digno de su amor: *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* Adorable Salvador del mundo, que en los postreros momentos de vuestra vida, despidiéndoos de vuestra amada Madre, y juntamente de todo el género humano, dijisteis que todo estaba acabado: *Consummatum est;* ¡ah! permitidme que limite el sentido de vuestras adorables pa-

labras. En el Gólgota concluyeron vuestras penas, es verdad; consumóse la horrenda obra de la iniquidad humana, es cierto; la ira del Padre eterno dejó de amenazar nuestras cabezas, no hay duda; mas aunque con esto quedaron cumplidos los deberes de nuestra mision, no así los deberes de nuestro afecto; y donde la mortalidad de vuestra vida tuvo fin, allí tuvo principio la eternidad de vuestro amor.

4. No contento de haber cargado con todo el peso de los humanos pecados, cargásteis tambien con la pena que estos merecian, de suerte que, despedazado vuestro sagrado cuerpo en la cruel flagelacion, apenas pudisteis ofrecer al patibulo un pequeño resto de vida arrebatado, por decirlo así, á la barbarie humana. *Consummatum est:* pero no todo se acabó en el Gólgota, pues que por un exceso de amor quisisteis renovar todos los dias vuestra vida, para ofrecerla en los altares de paz en expiacion de los nuevos pecados de los hombres. Generoso hasta lo sumo, no os contentásteis con sacrificar lo que hubiera bastado para la grande obra de la humana redencion, sino que, teniendo una vida pasible, la entregásteis toda á los tormentos, y teniendo sangre que derramar, la vertísteis toda hasta la última gota. *Consummatum est:* mas no todo quedó consumado en el Gólgota, pues por un prodigio de amor quisisteis que esa carne y esa sangre, que un dia fueron sacrificadas por la redencion de los hombres, se inmolasen cada dia convertidas en alimento nuestro. Reducido en el árbol de la cruz al extremo de no quedaros libre mas que la palabra; despues de haber ofrecido al Padre la vida por vuestros amigos, agotásteis los tesoros de vuestra misericordia, rogándole por vuestros mismos enemigos. *Consummatum est:* pero no todo quedó terminado en el Gólgota, pues vemos que, por un prodigio de amor, constituyéndoos en protector de los que os aman y en mediador de los que os ofenden, repetís diariamente aquella súplica. Si esto, oyentes míos, no es amor, ¿qué será? Y si es amor, ¿de qué manera correspondemos á él? ¡Ah! hermanos carísimos, cuán triste y desconsoladora se presenta á mi espíritu la idea de la ingratitud del hombre para con Dios. En verdad, para mostrarse indiferente ó ingrato á tales pruebas de afecto, es preciso haber renunciado á la razon ó á la fe.

5. Si el hombre tuviera siempre fija en la memoria la idea del amor de su Dios, tendria que violentarse mas para ser ingrato que para ser agradecido. Pero la fatal indolencia, que conduce al cristiano á mirar con frialdad los demás efectos del amor divino, hace

que sus ojos sean insensibles á la pura luz de este, que eclipsa enteramente el resplandor y la grandeza de todos los otros. ¿Qué mucho, pues, que Jesucristo, á pesar de sus tiernas y generosas sollicitaciones, se vea continuamente menospreciado y repudiado de tantos que solo el nombre conservan de fieles cristianos? ¿Qué mucho, que, no obstante los tesoros de gracia que acumuló en este Sacramento, sea tan poco el efecto que este produce entre los fieles que lo reciben? ¿Qué mucho que, sin embargo de las tremendas amenazas con que procura alejar del altar de pureza los labios y los corazones impuros, se acerquen á veces á la mesa del casto Cordero los inmundos lobos? De aquí es que el corazón del hombre, separado del verdadero y único objeto de su amor; desprovisto de aquellas gracias que con abundancia pudiera obtener de él, y abandonado á su propia debilidad; se agita y revuelve en un mar de desordenadas pasiones, y el vicio domina sin obstáculo en su abominable y espantosa conducta moral. Mas aun no consiste en esto toda la gravedad del mal, sino que, mientras el cristiano ingrato al amor de su Dios, quebranta la ley, con el mismo golpe hiere gravemente á la fe. Prueba de esto son esa multitud de hombres en los cuales la corrupcion se ha comunicado del corazón al entendimiento, y que habiéndose echado en brazos de la incredulidad para ahogar los remordimientos de su conciencia, están espionando á todas horas nuestra conducta en busca de pretextos con que cohonestar sus errores y escándalos; y viendo la tibieza é indiferencia de muchos fieles, y el poco fruto que reportan del pan eucarístico, hacen burla del augusto misterio y niegan su verdad. Empero se engañan, se engañan grandemente, infiriendo tal consecuencia de la tibieza de algunos de nosotros. Para venir en conocimiento de la pureza de una fuente, hay que acudir, no al turbio y fétido estanque, sino al primitivo manantial. Remontémonos á aquellos remotos y felices tiempos en que el amor de Dios para con el hombre era fielmente correspondido por este; entremos, entremos en aquellos subterráneos albergues de la Religion; contemplemos las adoraciones, las lágrimas, los suspiros y adoraciones con que aquellos campeones de la fe, macerados con las vigalias y los ayunos, se acercaban á la mesa celestial, y despues de habernos refrigerado en compañía de ellos con el pan de los Ángeles, salgamos de aquellas santas tinieblas á la luz del dia. Grande hubiera sido la vergüenza de aquellos fervorosos cristianos, si la lengua, santificada por el cuerpo inmaculado de Jesucristo, hubiese hablado de otra cosa mas que de sus bene-

ficios; si su corazón, consagrado por la presencia viva de Jesucristo, hubiese abrigado algun afecto que á él no fuera consagrado; si sus miembros, nutridos con la carne de Jesucristo, se hubieran ocupado en cosa alguna fuera de su santo servicio y de su imitacion. De manera que, consagrando á Dios todas las facultades de su alma, la memoria, por el recuerdo de sus gracias, el entendimiento, por la contemplacion de su bondad, y la voluntad, por la constante aspiracion á su amor; no tenian de humano mas que los cuerpos, si humanos pueden llamarse unos cuerpos que ocupados constantemente en la oracion, en la penitencia, en la asistencia de los enfermos y en el socorro de los pobres, vivian siempre con el deseo y la esperanza de padecer el martirio: deseo y esperanza, que, con frecuencia, no tardaban en realizarse. Veíanse no solo ancianos venerables, sino tambien delicadas doncellas y tiernos niños, que en la firmeza con que arrostraban las amenazas de los tiranos, mostraban cuál era el alimento con que se sustentaban; y en cuyo sereno semblante pintábase tan solo la afliccion y la congoja cuando las amenazas tenian por objeto no la destruccion de sus cuerpos sino el ultraje de su fe. Los feroces verdugos, al ver la flaqueza de aquellos miembros, no sabian dónde hallar resistencia á sus golpes y al peso de las cadenas; pero ellos, es decir, los tiernos infantes, las vírgenes endebles y los trémulos ancianos, hallaban resistencia para todo en la grandeza de su espíritu. En medio del inhumano rigor de los suplicios, hubiérais visto palidecer mas pronto al verdugo que al campeón de la fe, y cansarse mas pronto aquel de atormentar, que este de padecer. Dábase por último el golpe fatal; fatal para otros, mas no para el santo mártir, que lo recibia con júbilo, cual generoso libertador, que rompiendo las ataduras de su espíritu, le permitia ir á reunirse con Dios, objeto único y constante de su amor y de sus aspiraciones. ¡Qué diferencia, hermanos míos, entre aquellos antiguos cristianos y nosotros! Ellos salian del convite eucarístico llenos de fortaleza, y dispuestos á resistir magnánimos á los tiranos y á la muerte; al paso que nosotros salimos tan débiles, que sucumbimos al menor peligro ó seduccion: salian ellos del celestial convite manifestando en todas sus obras la indeleble santificacion de sus corazones; y nosotros salimos lánguidos y con el corazón fluctuando siempre entre la frialdad y el pecado. ¿Cómo es esto, hermanos míos? ¿Acaso el Dios de los antiguos cristianos era diverso del nuestro? ¿ó será que con el transcurso del tiempo se haya debilitado el poder de su gracia? ¡Ah! no; Dios es el mismo, igual es la

gracia; nosotros somos los que nos hemos mudado. Para nosotros es la mengua, si nuestra conducta moral no corresponde á la grandeza de los beneficios y del amor de Dios. Nuestra alma no es ya una alma contaminada por el pecado del primer padre, toda vez que ese nuevo Padre dulcísimo ha descendido hasta nosotros para santificarla con su presencia: nuestro cuerpo no es ya un vil puñado de barro, sino un vivo tabernáculo de Jesucristo, pues que él mismo descendió á este cuerpo para consagrarlo con su propia carne. Respetemos, pues, en nosotros, no á nosotros mismos, sino una cosa santificada por Dios, y sea este el elocuente testimonio de nuestra gratitud. O hermanos míos carísimos, vosotros que no podeis contemplar sin lágrimas aquella choza que tuvo la grande honra de albergar bajo su pobre techo al Verbo encarnado; vosotros que besais aquel humilde pesebre que tocaron sus infantiles miembros, y mirais con enternecimiento aquellas paredes que oyeron sus primeros vagidos; vosotros que contemplais llenos de tierno y religioso entusiasmo la dolorosa imágen de aquel Calvario donde Jesucristo con sus padecimientos y su muerte nos mostró el amor inmenso que nos profesaba; vosotros que al ver los instrumentos que traspasaron sus sagrados miembros, sentís que el corazon se os parte de dolor, y procurais pagar con vuestras lágrimas la sangre preciosa que por vosotros derramó; vosotros, en fin, que entre suspiros y sollozos adorais las reliquias de aquella cruz teñida con la sangre del Salvador, que fue el altar donde se consumó la obra de nuestra redención, y que la llamais la mas dichosa de todas las plantas por haber tocado los santísimos miembros de Jesucristo; vuestra gratitud y vuestras adoraciones son justas y dignas de un verdadero cristiano; pero sabed que el pecho de cada uno de nosotros pasa á ser Belen y Calvario, cruz, sepulcro y cielo juntamente, desde la primera vez que Jesucristo sacramentado se digna descender á él; y por tanto, el no respetar con una santa conducta este santuario vivo de Dios sería no tan solo un pecado, sino un sacrilegio; el acrecentar con un método de vida indigno de nosotros la temeridad de los incrédulos sería hacernos reos de sus blasfemias: ellos herirían, sí, pero nosotros afilaríamos su espada... Mas ¿dónde estoy? ¿á quién hablo? ¿No estoy en este santo templo, donde con solemne pompa se celebran los cultos que en estos dias se consagran á la veneracion del Sacramento eucarístico? ¿No estoy hablando en presencia de unos cristianos celosísimos de la honra de la Eucaristía, y que en este dia quieren dar público testimonio de su vene-

racion á tan augusto Sacramento? Así que, oyentes míos, no sois vosotros dignos de censura sino de alabanza por vuestra conducta. Seguid constantes en vuestro fervor, ya que no podeis hallar ningún objeto mas grande, ni mas noble, ni mas digno de vuestra cristiana devocion. Sea el amor de Dios el esencial é indeleble distintivo de vuestro carácter, y las bendiciones de Dios serán la indefectible recompensa de vuestro amor: sed agradecidos á Dios; sed santos, y seréis dichosos: *Scimus quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum iis, qui secundum propositum vocati sunt sancti.* Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus. (Joan. IV).

Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida.

1. Entre los misterios de la fe católica, aunque todos creibles por igual razón, hay algunos mas difíciles de entenderse, entre los cuales parece deben computarse las obras de gracia... Coloquio entre el Señor y Nicodemus acerca la regeneracion del hombre por el Espíritu Santo...

2. Digo esto porque hoy os he de predicar de las virtudes y efectos admirables de la Eucaristía... No se nos manda entender, sino creer... No se nos dará solamente materia de fe, sino tambien de caridad... Lo que es para los infieles ocasion de mayor perfidia, debe ser para nosotros estímulo de mayor amor á Dios... Así quemamos en el fuego de la caridad lo que no podemos tragar con la inteligencia. Contemplemos ahora los misterios y virtudes de nuestro cordero pascual...

3. Despues de haber el Señor saciado cinco mil hombres con cinco panes, reprendió á las turbas porque, no obstante este milagro, no habian recibido la fe. Al replicar las turbas que Moisés con el maná habia hecho un milagro mayor, disertó largamente sobre la incomparable excelencia del pan celestial que el eterno Padre dió á los hombres al darles su Unigénito...

4. *Mi carne*, dijo el Salvador, *verdaderamente es comida, y mi sangre*, etc. Todos los seres vivientes necesitan de comida para sustentar su vida. Los corporales se alimentan de manjares corporales, y los espirituales... El hombre necesita de ambos por ser... Dios mismo es comida para los Ángeles y para nuestras almas.

5. Quien crió en la tierra y en el mar tantos alimentos para nuestros cuerpos, debió proveer un alimento conveniente á la dignidad de nuestras almas. Este alimento, que no es otro que el mis-

mo Dios, contiene toda la virtud y suavidad de... Por esto fue figurado por el maná..., que contenia en sí solo la suavidad de todos los sabores.

6. Este pan no es comida metafóricamente, sino verdadera y realmente, no de los cuerpos, sino de las almas... Decision del concilio Florentino...

Primera parte: La Eucaristía obra en las almas de los justos todos los efectos del alimento material en los cuerpos.

7. La comida corporal sustenta la vida del cuerpo; este pan espiritual conserva el alma en la vida de la justicia... Aquella da fuerzas y vigor al cuerpo; este da fuerzas y robustez á los que dignamente lo reciben... Por esto se llama viático... Pan subcinericio de Elías... Muchos creen haber satisfecho á la dignidad de este Sacramento con... mas nuestra devocion y piedad no debe limitarse á esto, sino que...

8. La comida corporal aumenta los cuerpos; la Eucaristía aumenta la gracia, y hace crecer las almas en la vida espiritual. Lo que dicen acerca de esto Tertuliano y santo Tomás... Aquella reintegra y restaura el cuerpo fatigado...; esta hace lo propio en las almas de los justos... El calor pernicioso de la concupiscencia desgasta las fuerzas de nuestro espíritu; la Eucaristía las restablece y enfervoriza la devocion resfriada. Por esto, dice santo Tomás, debe frecuentarse este Sacramento...

9. El alimento corporal trae poco á poco al cuerpo de quien lo come al temperamento de su naturaleza; esta propiedad conviene con mucha mayor razón á la Eucaristía. *Nec tu me mutabis in te, sicut cibum carnis tuæ*, dijo Dios á san Agustin, *sed tu mutaberis in me*. Este Sacramento poco á poco nos hace divinos, dice santo Tomás. Esto es lo que el Salvador principalmente enseña en...

Segunda parte: La Eucaristía es medicina de nuestras almas.

10. Ciertas comidas corporales, á mas de alimenticias, son tambien medicinales. Esta virtud la tiene de un modo especial la Eucaristía. Este pan sustancial aprovecha, dice san Cipriano, para... Es principalmente medicamento de una enfermedad perniciosa..., del *fomes peccati*... Palabras de san Bernardo... Ejemplo que, aunque sacado de la fábula, puede... Arca del Testamento...

11. La virtud de este Sacramento es tambien maravillosa para sanar las llagas que hace en nuestras almas la lascivia... *Fruventum electorum et vinum germinans virgines*. Ejemplo de un jóven que...

Tercera parte: ¿Qué le daremos nosotros al Señor por tantos beneficios?

12. Dios dispone todas las cosas con suavidad y sabiduría... Cuatro cosas conspiraron á la perdicion y muerte del mundo... Otras cuatro destinó el Señor para la restauracion del mundo... Del fruto del árbol vedado dijo Dios á Adán: *In quocumque die comederis ex eo, morte morieris*. Del pan eucarístico ha dicho: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in eternum*.

13. ¿Qué es razon hagamos nosotros por haberse dignado el Señor visitarnos así, alimentarnos así... ¿Qué gracias podrá darle la flaqueza humana?...

14. Sabiendo Jesús que nosotros no podíamos..., él mismo dió las gracias á su eterno Padre... Este nos adoptó por hijos, y su Unigénito nos convidó á sentarnos á su mesa... Encargo que hizo David á Salomon de convidar siempre á su mesa á los hijos de Berce-lai Galaadita... Así como á los hijos de Berce-lai se les hizo esta gracia... así el Padre eterno por los méritos... Ni en el siglo presente ni en el venidero podremos dar las gracias debidas á dádiva tan grande; sin embargo... Démosle ahora tantas cuantas puedan concebir nuestros ánimos.

15. Jamás debemos consentir en apartarnos de la participacion de tan grandes beneficios. Esto seria ofender gravemente su ánimo desatendiendo sus favores... Los judíos hubieran derramado su sangre, pero nosotros repudiáramos el fruto de ella...

16. Ni vale la excusa de los que... El Centurion es alabado porque por temor y reverencia no permitió que..., pero tambien lo es Zaqueo que alegremente hospedó á Jesús en su casa... Es mejor acercarse á él por amor, dice santo Tomás, que abstenerse de él por miedo y reverencia... Tampoco es admisible la excusa de los que dicen que les basta cumplir con el precepto de la comunión anual. Aunque esto baste para no hacernos reos de..., con todo es mucho de doler que...

17. No exhortamos á la frecuente comunión sin hacer presente el deber de hacerla con pureza de alma y cuerpo... Palabras de san Atanasio sobre el particular... Nuestra boca debe estar limpia, para que por donde entra Dios en nosotros, jamás entre el demonio. Pídoos, pues, hermanos míos, que... Así sucederá que nosotros...

SERMON II

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus. (Joan. IV).

MI CARNE VERDADERAMENTE ES COMIDA, Y MI SANGRE VERDADERAMENTE ES BEBIDA.

1. Entre aquellos misterios, hermanos carísimos, que nos propone para creer la fe católica, aunque todos por igual razon sean creíbles, porque todos se afianzan en la misma primera verdad que revela, con todo, algunos hay mas difíciles de entenderse, entre los cuales parece se deben computar las obras de gracia: á saber, aquellas con las que el hombre se eleva por la gracia sobre la naturaleza, se renueva, y deponiendo la antigüedad de la vida vieja ó pasada, pasa á una nueva criatura. De aquí sucedió, que habiendo el Señor hablado sobre esto con Nicodemus, él, sin embargo de que era maestro en Israel, una y dos veces le pregunta aquellas cosas que no alcanzaba su inteligencia. Por esto diciéndole el Señor que era necesario que el hombre naciera de nuevo para hacerse digno del reino de los cielos¹: él, atónito por el nombre de nacimiento, ¿cómo es posible, dice, que un hombre anciano renazca de nuevo? ¿puede por ventura entrarse otra vez en el vientre de su madre y renacer? Y respondiéndole el Señor que esto en la realidad se podrá hacer por la virtud del Espíritu Santo, que animaba al hombre en vida nueva y espiritual; él nada menos animado que antes, pregunta: ¿Cómo puede esto suceder? Á quien le dijo el Señor: ¿Tú eres maestro en Israel, é ignoras esto? En verdad te digo, etc. Si os dije cosas terrenas y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere cosas celestiales? ¿Cuándo, pregunto, Señor, enseñaste cosas terrenas, tú, que siempre exhortaste á los hombres al amor de las cosas celestiales, y desprecio de las terrenas? Ciertamente que

¹ Joan. III.

nunca. Pero sin embargo, aquí llama cosas terrenas las máximas de filosofía moral, que son una no despreciable porción de la ley divina; las cuales no obstante llamó terrenas, porque puede alcanzarlas la luz de la razón natural. Es, pues, el sentido: cuando yo os anunciaba preceptos de suyo fáciles y conformes á la razón humana, no me creáis; y aun lo que es mas, declamando yo contra la avaricia y codicia de las riquezas, los fariseos, que eran muy avaros, se burlaban de mi doctrina; ¿cómo, pues, si os dijere cosas celestiales, á saber, cosas que exceden la facultad de la inteligencia humana, me creeréis? Y tales eran las que enseñaba el Señor á Nicodemo acerca de la regeneración del hombre por la infusión del Espíritu Santo.

2. Son, pues, estos misterios casi increíbles para los no experimentados, y difíciles de entender. Por esto en el Apocalipsis dice el Señor ¹: Al que venza le daré el maná escondido, y nombre nuevo, que nadie lo sabe, sino el que lo recibe. Y es cosa clara que por el nombre nuevo se significa el ser nuevo y la vida nueva. Lo cual en la realidad, qué cosa sea, esto es, de cuánta dignidad, pureza y felicidad, nadie lo entendió, sino el que lo recibe. ¿Para qué viene esto? Esto es porque hoy os he de predicar de las virtudes y efectos admirables de la Eucaristía, con los cuales los hombres píos se animan á una nueva vida, y con esta comida divina se hacen en cierto modo divinos. Por lo cual debemos orar á aquel mismo que se contiene en este Sacramento, que nos muestre delante la luz, para que podamos entender y hablar alguna cosa digna de este tan grande misterio. Y si acaso entendiéremos menos las cosas que se dirán, esto no obstante, debemos contentarnos con la fe. Porque no se nos manda entender, sino creer. Porque de esta manera habremos tenido materia de ejercitar la fe, la cual entonces principalmente se dice que tiene mérito, cuando la razón humana no alcanza ni tiene algun experimento. Y no solo encontraremos aquí materia de fe, sino tambien de caridad. Esto en la realidad denotó el Señor antiguamente en la ley ², cuando mandó que de las carnes del cordero pascual nada se guardara para otro día. Si alguna cosa, dice, sobrare, la quemaréis en el fuego. ¿Quién creerá que es sin misterio este precepto del Señor? No permita Dios que creamos que aquella infinita sabiduría mandó alguna cosa ociosa ó supérflua. Pues ¿qué quiso insinuar aquí? Ciertamente como en el misterio del cordero pascual, sacrificado por nosotros en la cruz, hubiese

¹ Apoc. II. — ² Exod. XII.

alguna cosa que excedía á la perspicacia de la humana inteligencia, esto nos debe ser mayor incentivo del amor divino: cuando consideramos que fue tanta la magnificencia y caridad de la bondad divina para con el linaje humano, que por nuestra salud hizo unas tales obras que exceden toda la inteligencia de la capacidad humana; y que no fue cosa de menor admiración que las creyesen los hombres, que el que el mismo Dios las hiciese. Porque así sucede que lo que es para los infieles ocasión de mayor perfidia, cuando no creen que pudo hacerse lo que ellos no alcanzan ó entienden, sea estímulo á nosotros de mayor amor á Dios, cuando contemplamos esta tan grande magnificencia de la largueza divina, que obró tales cosas por los hombres, que los hombres mismos no pueden alcanzar con el entendimiento. Pues de esta manera quemamos en el fuego de la caridad lo que no podemos tragar ó devorar con la inteligencia. Pues para que en este día oigamos de esta manera las virtudes y misterios del cordero pascual, imploremos humildemente el auxilio celestial por la intercesión de la sagrada Virgen: *Ave María*.

3. La lección del santo Evangelio de este día está tan llena de misterios, que de ningún modo se puede explicar dignamente en un solo sermón, ni manifestar los misterios que se ocultan en ella. Pero antes que entremos en la lección del Evangelio, se debe explicar lo que la antecede, para que veamos la consecuencia de misterios que guarda. Despues de aquel tan célebre milagro con que el Señor sació con cinco panes cinco mil hombres, volviendo á él poco despues las turbas, las reprendió con severidad, porque habiendo visto este milagro tan grande, no habian recibido la fe. Y pidiéndole ellos otro mas excelente milagro para creer en él, y diciéndole que Moisés les habia dejado un prodigio mayor, cuando en lo antiguo alimentó á los padres antiguos por espacio de cuarenta años; el Señor con esta ocasión propuso las preciosas margaritas de esta doctrina, no tanto para ellos quanto para nosotros que creemos en él. Y así en una larga oración disertó cuánto mas excelente era el pan que dió el Padre celestial á los hombres cuando envió al mundo su Hijo, por el cual ellos vivieran una vida no corporal, caduca y expuesta á muchas miserias, sino una vida espiritual, divina, y por último inmortal. Y habiendo perorado dignamente estas y otras muchas cosas sobre la dignidad de este pan, prosigue este mismo asunto en la lección del santo Evangelio de este día, diciendo:

4. *Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida.* Y para inteligencia de esta sentencia se debe saber, que de las cosas criadas unas hay que tan solamente tienen ser y no viven; como los elementos, los metales y las piedras; y otras, que juntamente son y viven; como las plantas, los brutos, los Ángeles. También es común á todos los vivientes tener también comida, con la cual puedan sustentar la vida. De donde unas cosas se alimentan de la tierra, otras del agua, otras del aire, y otras en la realidad tienen alimento más sublime. De aquí viene lo que san Rafael dijo á Tobías¹: Parecía en la realidad que comía y bebía, mas yo uso de un alimento y de una comida y bebida invisible, que no pueden ver los hombres. Porque esta diferencia hay entre los vivientes, que los corporales se alimentan con manjares corporales, y los espirituales con alimento espiritual. Y como entre todos los vivientes solo el hombre sea compuesto juntamente de cuerpo y espíritu, es consiguiente que necesite de dos alimentos; de los cuales, con el uno pueda sustentar la vida del cuerpo, y con el otro la vida del espíritu. Y aquel, á la verdad, es común á los brutos, cuya naturaleza participa, y este á las sustancias espirituales, por razón de que su alma también es sustancia espiritual. De aquí sucede que tiene alimento común con aquellos cuya condición y naturaleza participa. Porque, como dice san Agustín², no de un manjar viven los hombres, y de otro los Ángeles. Porque una misma comida es para ambos, pero de modo diferente; porque aquellos, viendo á cara descubierta y gozando de Dios, se sacian y viven vida bienaventurada: nosotros, contemplando y amando su inmensa hermosura y bondad, vivimos vida espiritual, que es por la caridad. Porque la vida espiritual consiste en el amor de Dios. Porque el que ama, vive; y el que no ama, no vive; diciendo san Juan: El que no ama permanece en la muerte. De aquí viene aquel dicho: Pierde lo que vive, quien no ama á Dios. Luego consta de esto que queda dicho, que Dios mismo es comida para los Ángeles y para nuestras almas, con la cual aquellos viven vida bienaventurada, y nosotros vida espiritual.

5. Luego conteniéndose y estando verdaderamente el mismo Dios en este Sacramento, que es el máximo de todos, rectamente dice el Señor en la sagrada lección de este día: *Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida.* Ciertamente que la Providencia divina debía destinar una tal comida que fue-

¹ Tob. xii. — ² S. Aug. in Psalm. xxx.

ra conveniente á la dignidad de nuestras almas. Porque teniendo ella mayor cuidado de las cosas máximas que de las mínimas, y nuestra alma aventaje en muchas partes á nuestro cuerpo, quien crió en la tierra y en el mar tantos géneros de alimentos para sustentar los cuerpos, tantos granos, tantas frutas de árboles, tantas especies de aves, de peces y cuadrúpedos, tantas variedades de especias y salsas, ciertamente que debió proveer un alimento mucho más excelente que estos, es decir, conveniente á la dignidad de nuestras almas; el cual no es otro, como antes dijimos, que el mismo Dios, que se contiene en este Sacramento. Ni extrañéis que habiéndose criado tantos géneros de manjares para nutrir los cuerpos, se haya provisto de esta sola comida á nuestras almas; porque este en sí solo contiene la virtud y suavidad de todos los manjares espirituales. La naturaleza, á la verdad, multiplica las cosas que son imperfectas, para que todas juntas obren lo que cada una de ellas de ningún modo puede. Mas las cosas perfectas son singulares. De aquí es que en el mundo no hay más que un sol, el cual luce perfectamente, y muchas estrellas, porque su luz es imperfecta y poca. Pues porque en este manjar está contenido el que todo lo contiene, debió ser ciertamente uno; porque él solo es como todas las cosas y sobre todas las cosas. Y por esto oportunamente se figura por aquel maná que se dió á los padres, el cual contenía en sí la suavidad de todos los sabores.

6. Pues porque este pan es la verdadera comida de las almas, por tanto se hallan en él perfectamente todos los frutos y utilidades de los manjares. Porque no es comida metafóricamente, sino verdadera y propiamente; mas no de los cuerpos, sino de las almas. Por tanto en el concilio Florentino se definió que este manjar celestial obraba en las almas de los justos todos aquellos efectos que obran los manjares corporales en los cuerpos. Y porque en esta breve definición se comprenden y contienen muchas cosas, yo las explicaré cada una de por sí en el presente sermón, mayormente habiendo querido el Señor significar esto mismo en la sagrada lección de este día.

Primera parte: La Eucaristía obra en las almas de los justos todos los efectos del alimento material en los cuerpos.

7. Pues lo primero al modo que la comida corporal sustenta la vida del cuerpo para que no desfallezca y se acabe por la muerte

consumido el humor vital; así este espiritual manjar conserva el alma en la vida de la justicia, no sea que cayendo en pecado mortal caiga de esta vida espiritual. También la comida corporal da fuerzas y vigor al cuerpo. Así lo experimentan los que caminan á pié, que comiendo y bebiendo recobran las fuerzas perdidas con el trabajo del camino. Pues esto principalmente conviene á este manjar celestial que da fuerzas y robustez espiritual á los que dignamente lo reciben, para que por el camino arduo de la virtud anden con un ánimo constante y fuerte. Por causa de esto se llama también con el nombre de viático, porque da vigor y fortaleza á los caminantes. En figura de esto leemos que Elías¹ habiendo comido aquel pan subcinericio que le presentó el Ángel, el cual era imagen de este manjar espiritual, caminó cuarenta dias por su virtud y fortaleza sin otra vianda ó víveres hasta que llegó al monte de Dios Oreb. Pues caminando también nosotros, hermanos, al monte de la patria celestial, de la cual era aquel figura, y este camino sea largo, arduo, y esté impedido con muchos tropiezos, considere cualquiera de nosotros que le dice el Ángel que despertó á Elías, levántate, come, porque te resta un camino largo. Este camino, á la verdad, ¿quién podrá andarle sin este viático celestial? Esta voz, hermanos, se debe inculcar en vuestros oídos mayormente en esta solemnidad. Porque muchos piensan que han satisfecho á la dignidad de este Sacramento con llevarlo y acompañarlo con cuanta solemnidad y pompa pueden por las calles públicas; este obsequio en la realidad le es debido con sumo y merecido derecho; pero no lo es menos que lo veneren aquellos, que con cuanta devoción y reverencia pueden lo reciben dentro de su corazón. Porque este es su uso principal para el que fue instituido por el Autor de nuestra salud. Es ciertamente cosa piadosa y santa llevar por las calles públicas este pan celestial, para que todos lo adoren; mas nuestra devoción y piedad de ningún modo debe parar en esto, sino que debe pasar adelante y aspirar á su uso, y recibirlo devotamente dentro del hospicio de nuestro corazón. Mas nosotros, exencionándonos del trabajo y rehusando purgar el domicilio de nuestra alma, ejecutamos aquello con mucha diligencia, y esto otro lo omiten gran parte de los fieles.

8. Tiene también este pan celestial otra virtud, en la cual conviene mucho con el alimento corporal. Porque este no solo vegeta y alimenta los cuerpos, sino que los aumenta también: por esto los

¹ III Reg. xix.

cuerpos de los parvulillos crecen con el alimento diario, y llegan á la justa estatura del cuerpo; y esta comida, siempre que se recibe, aumenta la gracia y las demás virtudes y dones del Espíritu Santo, por las cuales aprovechando las almas de los pios, de virtud en virtud crecen en la vida espiritual, y de párvulos que necesitan de leche, crecen en varones perfectos. De aquí es que dice santo Tomás que ningún Sacramento hay mas saludable que este, porque por él se aumentan las virtudes, y el alma se engorda con la abundancia de todos los espirituales carismas. Por esto Tertuliano dice: Con la boca recibes el cuerpo del Señor, y en el interior se engorda el alma con Dios. Además la comida corporal reintegra y restaura el cuerpo fatigado, desfallecido y cansado con el trabajo y la enfermedad, lo cual hace en la realidad en las almas de los justos esta comida espiritual. Porque su efecto propio es la refección espiritual, esto es, la restauración ó refuerzo de la debilidad del espíritu. Porque el calor pernicioso de nuestra innata concupiscencia continuamente desgasta los bienes espirituales, respecto que con su inclinación y propensión nos retrae de los bienes espirituales, y lleva á los carnales como propios y familiares de ella. Contra esta enfermedad de la naturaleza caída instituyó el Señor esta celestial comida; el cual, cuando nos alimenta con la suavidad de las cosas celestiales, nos convierte desde las delicias carnales al amor de las cosas espirituales. Por esta causa dice santo Tomás que este Sacramento se debe tomar con mas frecuencia, para que con su uso frecuente renovemos el fervor lánguido del ánimo y la devoción. Porque entre las otras miserias de la vida humana es la primera y aun la máxima que teniendo fija en nuestras entrañas la concupiscencia, la devoción y fervor de la caridad están pegadas á nosotros con un tan delgado hilo, para decirlo así, que á la menor dificultad se rompen, ó ciertamente enflaquecen y se debilitan, si no repites y frecuentas aquellas causas de las cuales nacen y provienen estos afectos de verdadera piedad. Porque al modo que si apartas de la lumbre el agua hirviendo se vuelve inmediatamente á su frialdad natural, porque esta le es natural y aquella le proviene de causa extraña; así la concupiscencia, que ha nacido con nosotros, permanece también con nosotros en esta vida, y la devoción y fervor de la caridad dimana de otra parte en la realidad: esto es, del don sobrenatural de Dios, de la virtud de los Sacramentos, y de la devota meditación y consideración de las cosas espirituales. De aquí sucede, que si quitas estos fomentos de la devoción, la misma de-

vocion ó se entibia ó decae en un todo, quedando siempre fija en nuestra entraña la concupiscencia que frecuentemente nos solicita á lo malo. Pues como la causa principal de este fervor y devocion sea este divino Sacramento, es consiguiente que debe frecuentarse piadosa y religiosamente, para que por su virtud se repare y enervorice la devocion resfriada.

9. Á todo esto se debe añadir tambien la cosa en que este divino misterio representa especialmente la naturaleza del alimento corporal. Porque es cosa propia del alimento corporal traer poco á poco al cuerpo de quien lo come al temperamento de su naturaleza. Así vemos que la comida de peces, porque se crián en agua, es fria y húmeda, porque el alimento de estos animalillos es el agua, que por naturaleza es fria y húmeda. De aquí es que los médicos, sabiendo que los galápagos son provechosísimos para la tisis y que á algunos enfermos les causan horror estos animales, nutren y engordan los pollos de gallina con los galápagos, los cuales criados con este alimento tienen contra esta enfermedad la misma virtud que los galápagos. Esta propiedad del manjar corporal conviene con mucha mayor razon que á otra cualquiera comida á este pan de Ángeles. Porque las demás comidas se convierten en la sustancia y naturaleza del que come; mas este celestial alimento de ningun modo pasa á la naturaleza del que con él se alimenta, sino que á este le transforma en sí. De aquí el Señor dijo á san Agustín: Comida soy de grandes, crece y me comerás. Ni tú me mudarás en tí, como la comida de tu carne, sino que tú te mudarás en mí. De la cual mutacion se colige en la realidad el principal efecto de este venerable Sacramento, el cual es, como dice santo Tomás, hacer poco á poco divinos, esto es, puros, santos, inocentes é inmaculados á aquellos que lo frecuentan con ánimos devotos y humildes. Y esto es lo que el Salvador principalmente enseña en la sagrada leccion de este día, cuando dice: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él.* Y qué sea lo que resulta de esta mansion, él mismo lo explica con un símil altísimo cuando inmediatamente pone: *Así como me envió el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, así el que me come, él vivirá por mí.* Es como si dijera: Así como mi vida es la misma que la del Padre, porque el Padre está en mí; así la vida de aquel, en quien yo permaneciere, será semejante á la mia: es decir, representará la imágen y pureza de mi inocencia, justicia y santidad. Y esta tan grande mutacion del hombre por la cual se atribuye al hombre virtuoso, como antes dijimos,

aquel nuevo nombre del Apocalipsis, ¿quién es capaz de entenderla, sino aquel que alcanzó por don de Dios? Por esta causa os amonesté, hermanos, al principio del sermón, que estos dones de la divina gracia, por los cuales el hombre pasa á nueva criatura, así como son oscuros á los inexpertos, así se han de percibir con sola la fe.

Segunda parte: La Eucaristía es medicina de nuestras almas.

10. Hay además entre las comidas algunas tan saludables, que se computan y tienen no solo por alimentos, sino tambien por medicamentos. Y esta virtud es en la realidad tan propia de esta comida celestial, que tiene el nombre no menos de alimento que de medicamento. De aquí es que san Cipriano dice¹: Este pan sustancial aprovecha para toda la vida y salud del hombre; á un mismo tiempo es medicamento y holocausto para sanar las enfermedades y purgar las iniquidades. Es tambien medicamento de una enfermedad perniciosa que inficionó la naturaleza de todo el género humano, y la cual es el seminario de todos los males del cuerpo y del alma. Y era decente que el Señor, criador y moderador del género humano, que para la curacion de las enfermedades corporales crió tantas yerbas saludables, tantos géneros de polvos y tantas especies de medicamentos, de ningun modo desamparara la parte nobilísima del mundo, es decir, nuestra alma, que está expuesta á muchas mas enfermedades, y mucho mas graves. Pero, sin embargo, su principal enfermedad y el origen de todas las otras es aquella que los teólogos por su mucha virtud de dañar llaman con varios nombres. Porque unos la llaman concupiscencia ó codicia, otros enfermedad ó dolencia de la naturaleza, otros fomes del pecado, otros vicio de la naturaleza, otros tirano, y otros llaman agujon de la carne. Y el Apóstol unas veces la llama ley de los miembros, otras cuerpo del pecado, y otras tambien pecado: no porque en la realidad sea pecado, sino porque incita é instiga á todos los pecados. De esta enfermedad, deseando el Apóstol librarse, decia²: ¡Qué hombre tan miserable soy yo! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? Pues tambien para este mal pernicioso de la naturaleza instituyó el Médico celestial el remedio eficaz de este Sacramento; con cuya virtud reforzada y embriagada nuestra mente, repele á poco trabajo cualesquiera bienes carnales, como incentivos que son

¹ S. Cypr. in serm. de Cœn. Dom. — ² Rom. vii.

y fomentos de todos los males. Esto claramente atestigua san Bernardo por estas palabras: Con el fervor de espíritu se extingue el fervor de otros deseos, y la delectacion espiritual de la uncion excluye la pestilente dulzura de los vicios. Y que esto se consiga por una singular virtud de este Sacramento, el mismo san Bernardo lo atestigua por estas palabras: Si alguno de vosotros, hermanos, no siente ahora con tanta frecuencia los movimientos tan fuertes de la ira, de la lujuria, de la envidia ó de los otros semejantes vicios, dé las gracias al cuerpo y sangre del Señor, porque la virtud del Sacramento obra en él. Esto san Bernardo. Y así los ímpetus ó turbaciones que suceden en la parte inferior de nuestra alma, con esta celestial comida se adormecen de modo y se mitigan, que en el tiempo que ocupa nuestra alma el ardor de la devocion, apenas nos da molestia alguna, ni nos impiden ó hacen mala obra con sus continuos clamores ó ladridos. Dadme licencia, hermanos, para que os ponga á la vista una imágen de esto en un ejemplo fabuloso. Porque aunque con los ejemplos de fábulas nada podamos probar, sin embargo, como dice Eusebio Emiseno¹, podemos con ellos explicar las cosas mas oscuras. Cuentan, pues, las fábulas de los poetas, que Eneas, habiendo bajado á los infiernos á visitar su padre Anquises, le dió la Sibila cierto pan confeccionado para que se lo echara al can cerbero de tres cabezas (el cual impedía la entrada en aquel lugar) para mitigar y adormecer con él su rabia y furor. Porque de este modo tendria franca la entrada y la salida en los infiernos. Este ejemplo, aunque fabuloso, esto no obstante expresa la enfermedad de nuestra naturaleza y su remedio. Porque dentro de nuestro pecho se oculta este can cerbero, que es la concupiscencia, de quien nace el amor triplicado de la honra, de riquezas y deleites; el cual está tan hambriento de estas cosas, que de arriba abajo todo lo vuelve y trastorna para conseguirlas. Y el remedio de este mal tan grande es este pan consagrado por la virtud de Dios y ministerio de los sacerdotes, el cual recibido piadosa, religiosa y frecuentemente, apaga y temple de un modo maravilloso la rabia y furor de este can de tres cabezas. Pero de las fábulas pasando á una cosa seria, esto mismo nos representa tambien el arca del testamento², que era imágen de este Sacramento, la cual luego que tocó las corrientes del Jordan se pararon sus aguas, y detuvieron el natural curso é ímpetu con que se inclinaban á lo bajo. De cuyo milagro pasmándose mucho el real Profeta exclama³: ¿Qué tienes,

¹ Euseb. in hom. de Paschate. — ² Josue, v. — ³ Psalm. cxiii.

mar, que huiste? ¿y tú, Jordan, que te volviste atrás? Á saber, á la presencia del Señor se detuvieron las aguas, y por la presencia de su virtud quedaron comprimidas. Pues si de esto se admira tanto el Profeta, ¿cuánto mas maravilloso es que los varios y multiplicados movimientos y apetitos de nuestra carne, que por vicio de la naturaleza caída nos inclinan á cosas bajas y terrenas, se compriman y refrenen y queden como inmobiles, ó traídos del espíritu se levanten á cosas superiores y altas? á la verdad que no es cosa menos admirable esta que el que paren las aguas del Jordan, y retrocedan hácia atrás, ó se detengan amontonadas. Mas esta mutacion se dice que fue por la presencia del Señor, esto es, porque la virtud y presencia de este Sacramento obra estas maravillas.

11. Pero como entre los otros desenfrenados movimientos del ánimo sea vehemente el ardor de la lascivia, porque los teólogos confiesan que esta es la herida gravísima de la naturaleza, aprovecha tambien maravillosamente la virtud de este Sacramento para sanar esta llaga. Esto indican, y no con oscuridad, aquellas palabras del Profeta¹: Porque ¿qué es el bien de él ó lo hermoso de él sino trigo de escogidos y vino que brota y produce vírgenes? Y ¿qué otra cosa es el trigo de los escogidos, sino este pan de Angeles? y ¿qué es el vino sino la sangre de Cristo que se contiene bajo la especie de vino? Porque el otro vino no engendra ni produce vírgenes, antes bien combate contra la virginidad, atestiguándolo el Apóstol que dice²: No querais embriagaros con el vino; en él está la lujuria. Y este vino celestial está tan distante de esto, que produce vírgenes; porque por su virtud extenúa el ardor de la lascivia, y engendra el amor de la honestidad y pudor. De donde siendo vehementemente tentado del espíritu de la lujuria cierto jóven, y no atreviéndose por esto á recibir la sagrada Eucaristía, le mandó el confesor que confesando sus pecados antes, se acercase á este divino misterio con cuanta humildad y devocion le fuese posible. Y luego que hizo esto se adormeció de modo aquel ardor de la concupiscencia, que desde aquel tiempo no dejó ni rastro suyo; porque no pudo estar ante la presencia del Cordero immaculado el espíritu inmundo de la lujuria.

Tercera parte: ¿Qué le daremos nosotros al Señor por tantos beneficios?

12. Esto quede dicho sobre las virtudes é institucion de este divino Sacramento, en el cual resplandece maravillosamente el orden

¹ Zach. ix. — ² Ephes. v.

y sabiduría de la Providencia divina. Porque como está disponga todas las cosas con suavidad y sabiduría, por aquel camino por el que entró la muerte en el mundo, por el mismo cuidó volver la vida al mundo. Porque cuatro cosas conspiraron á la perdicion y muerte del mundo: á saber, el hombre inobediente, la mujer soberbia, el árbol vedado y la comida prohibida por el Señor. Pues otras cuatro destinó el Señor para la restauracion del mundo. Porque contra el hombre inobediente opuso otro que estuvo obediente hasta la muerte. Contra la mujer soberbia, otra mujer que se abatió con una humildad profundísima. Contra el árbol prohibido del paraíso, el leño vital de la cruz del Señor. Y contra aquella comida mortífera, este Sacramento del cuerpo del Señor, que da la vida. Pues así como todos los males que trajo el primer hombre quitó el segundo, y lo que introdujo Eva expelió María, y los que produjo el árbol de la muerte los desterró el árbol de la vida; así todos los males que aquella mortífera comida introdujo en la tierra, este pan vivífico los ahuyentó y desterró del mundo. De aquella comida se dijo ¹: En cualquiera dia que comas de ella, morirás con la muerte, esto es, ciertamente; y, por el contrario, de este en el presente Evangelio dice el Señor: *Si alguno comiere este pan, vivirá eternamente*. Aquel, pues, es pan de muerte; este es pan de vida. Y así, finalmente, se cumplió aquello que dice el Eclesiástico ²: Todas las cosas dobles, uno contra uno, y no hizo que faltase alguna cosa. Porque así la divina Providencia cura contrarios con contrarios, no solo en las obras de naturaleza, sino tambien de gracia, y para que no fenezcan las cosas sábiamente dispuestas por él, la fuerza ó vigor de las unas, ó las templa ó repele con la virtud de las otras.

13. Pues habiéndonos hecho el Señor tantos beneficios por la virtud de este divino Sacramento, ¿qué es razon hagamos nosotros, sino darle gracias inmortales por este don tan grande? que lo alabemos perpétuamente, que amemos con toda la mente y con todas las fuerzas á aquel que se dignó visitarnos así, alimentarnos así, fortalecernos, deleitarnos, reforzarnos, iluminarnos, hacerse una cosa con nosotros, habitar en nuestras almas, honrarnos con la majestad de su presencia, y hacernos participantes de sus trabajos y méritos? Pues ¿qué gracias podrá darle la flaqueza humana por estos tan grandes dones?

14. Y porque el Dador y Señor de este don grande sabia que

¹ Genes. II. — ² Eccli. XLII.

nosotros no podíamos corresponder con igual gratitud de ánimo á este tan grande beneficio; el mismo que nos hizo el beneficio dió las gracias por nosotros. Porque inmediatamente que instituyó este Sacramento, levantando los ojos al cielo, dió gracias al eterno Padre porque por su beneplácito y consejo quiso que se instituyese este don tan grande para remedio de la debilidad humana. Porque así como el Padre eterno por los méritos de su Unigénito nos adoptó en hijos suyos, diciendo por san Juan ¹, ved cuál caridad nos dió Dios, que nos nombremos y seamos hijos suyos: así por los mismos nos confirió este sumo beneficio, de que nos sentemos á su mesa y nos saciemos del pan de Ángeles. Porque el mismo Unigénito que á cara descubierta sacia á los Ángeles en la patria, con la misma cubierta con velos nos refuerza en la vida. Y esto de cuánta dignidad y gloria sea, se podrá indicar con este ejemplo. Entre las últimas palabras y mandatos que propuso David á su hijo Salomon, fue uno, que siempre convidara á su mesa á los hijos de Berce-lai Galaadita. Porque así dijo á su hijo ²: Pero á los hijos de Berce-lai volverás gracia, porque me salieron al encuentro cuando huia de la presencia de Absalon tu hermano. Es decir, en el tiempo en que casi todo el pueblo de Israel, abandonándome á mí, seguia á Absalon, este me fue amigo fiel, y me ofreció unos víveres copiosos para mí y para el ejército. Y no olvidado de este beneficio, hasta aquí correspondí agradecido á sus hijos; y no contento con esta correspondencia mia, te recomiendo tambien, ó hijo, que coman contigo á la mesa. Yo no sé qué deba admirar antes en esta parte, si la fidelidad de Berce-lai, que fue fiel á David en aquel tiempo en que todos le dejaron, aunque no ignorase el grande riesgo que amenazaba á sí y á sus hijos si vencía la parte contraria; ó el ánimo grato de David á este beneficio, que no contento con haber correspondido con gracias todos los dias de su vida á los hijos de Berce-lai, estando ya para morir, cuando los hombres aun apenas se acuerdan de sí, mandó que les hiciera su hijo Salomon esta tan grande honra de convidarlos á su mesa. Cuya mesa en la realidad era tan magnífica y espléndida, que entre las otras cosas que admiraba la reina Sabá, de modo que ya le faltaba el espíritu, se mencionan tambien las comidas de su mesa, los jefes ó coperos, y los vestidos de los que la servian. Y ¿por cuán feliz reputarian estos convidados en aquel tiempo la fidelidad de su padre, por la cual se veian tan honrados; pues á la verdad, por una vez que se la guardó, les

¹ Joan. III. — ² III Reg. II.

trajo tan grande y tan continuada gloria? Con este ejemplo se podrá entender, hermanos, advirtiendo esto al paso, cuán felices reputarán todos los justos en el cielo las lágrimas y trabajos de su vida pasada, por los cuales, asociados á los coros angélicos, disfrutarán sin fin aquellos suavísimos manjares en la mesa del verdadero Salomon. Qué cosa sea esto, no se puede explicar con palabras, ni comprender con el pensamiento. Pero vamos al intento: así como á los hijos de Bercei se les hizo esta gracia tan grande por la fidelidad de su padre, así el Padre eterno por los méritos de Cristo, á quien Isafas llama Padre del siglo futuro, se nos ha hecho este tan grande honor, de que en este destierro nos sentemos á la mesa del Dios omnipotente, y comamos nosotros también de aquel mismo pan que comió él, esto es, de su Hijo; para que por medio de él nos nutramos al presente en la vida espiritual, y de él mismo nos saciemos despues en la gloria celestial. Mas aunque ni en el siglo presente ni en el venidero podamos dar las gracias debidas á dádiva tan grande; sin embargo en el siglo futuro harémos esto de muy diferente manera, cuando veamos que por el mérito de esta comida vital hemos conseguido la vida eterna. Porque, como enseña el Salvador en la presente leccion, en esto se diferencia esta comida de aquella que se dió á los Padres en el desierto, en que esta da la vida mortal, y aquella la vida eterna. Porque así dice: *Este es pan que bajó del cielo. No así como comieron vuestros padres el maná y murieron. El que come este pan vivirá eternamente.* Pues cuando por beneficio de este pan disfrutemos la vida eterna, entonces al fin daremos las debidas gracias por él al Dador benignísimo. Ahora démosle tantas cuantas más puedan concebir nuestros ánimos.

15. También de lo dicho hasta aquí se sigue: que ya que Cristo Señor nuestro por los méritos de su preciosa sangre y pasión nos mereció estas tan grandes riquezas de gracias y dones celestiales, como se contienen en este venerable Sacramento, de ningun modo consintamos el apartarnos de la participacion de este tan grande beneficio, y no ofendamos su ánimo gravemente desatendiendo sus favores. Porque mas suele sentir el mercenario ó jornalero, y mas le atormenta el que le defrauden su jornal justo, que el trabajo de su obra. Por esto está escrito¹: El que derrama sangre y el que defrauda al jornalero su estipendio, son hermanos, esto es, son reos de un mismo delito. Y á nuestro Salvador no le horroriza el nombre de mercenario, el cual dice² que vino á servirnos, y á quien

¹ Eccli. xxxiv. — ² Matth. xx.

el Apóstol llama Ministro de los Santos¹. Pues el estipendio de este, ó bien ministro, ó bien mercenario, es nuestra salud y vida, la cual nos mereció por su muerte: porque este galardón le prometió el Padre celestial, cuando dijo por el Profeta²: Á causa de lo que trabajó su alma, verá y se saciará. Y si pusiere su alma, es decir, su vida por el pecado, verá una semilla larga, etc.³. Pues entonces defraudamos á este mercenario de su debido jornal, cuando por pereza y negligencia nuestra no queremos usar de los socorros de la vida espiritual y eterna que nos dejó en este Sacramento. Y cuando esto hacemos, hermanos, nos hacemos del número de aquellos que derramaron cruelmente su sangre: ellos á la verdad derramaron su sangre, y nosotros repudiamos el fruto de ella. Y no crea alguno que con el deseo de este pan celestial ha percibido todo su fruto. Porque en los demás oficios de las virtudes, cuando es eficaz la voluntad y está pronta á la obra, queda la misma razon de mérito para con aquel que ve y mira la buena voluntad: sin embargo, en la participacion de los Sacramentos, nunca la propension misma de la buena voluntad sin obra vale tanto, cuanto la obra misma junta á la voluntad. Los Sacramentos á la verdad por virtud suya, esto es, *ex opere operato*, como dicen, dan la gracia á los que los reciben dignamente: de cuyo fruto quedan aquellos privados, sin percibirlos de modo alguno, aunque no se defrauden del fruto de su devocion.

16. Ni tampoco otros se deben excusar con título de honor y reverencia; aunque con razon se debe alabar este temor. Porque si es alabado el Centurion⁴, el cual por temor y reverencia no permitió que entrara en su casa el Señor, se alaba por el contrario á Zaqueo⁵, que alegremente lo hospedó en su casa. Así, pues, son alabados aquellos que por un temor religioso no se atreven á acercarse á esta mesa, y también son alabados aquellos que se llegan estimulados del afecto de temor y devocion. Y aunque ambos merezcan alabanza, sin embargo, porque segun santo Tomás se aventaja el amor al temor; es mejor acercarse á él por amor, que abstenerse de él por miedo y reverencia. Ni tampoco es admisible la excusa de aquellos, que suelen decir que les basta cumplir con lo que la Iglesia les manda, la cual solo manda que una vez nos lleguemos en el año á esta mesa. Porque aunque esto baste para no hacernos reos del precepto; con todo es mucho de doler, que los hombres por puro antojo suyo se quieran privar de este tan grande

¹ Hebr. viii. — ² Isai. lxxx. — ³ Ibid. — ⁴ Matth. viii. — ⁵ Luc. xix.

beneficio, y de tantos bienes de gracias divinas, adquiridas por el trabajo de Cristo. Y cuáles sean estos bienes, el Apóstol lo insinuó en aquella magnífica oracion, cuando dijo ¹: Y á mí el mínimo entre los Apóstoles se dió esta gracia de evangelizar en las gentes las muy inescrutables riquezas de Cristo, etc. Y el mismo en otra parte ²: Á quienes quiso Dios hacernos conocidas las riquezas de este Sacramento en las gentes, que es Cristo Jesús. Y consta que todos los fieles, cuantas veces se llegan dignamente á este Sacramento, se hacen participantes de estas riquezas. Luego cualquiera que dice que le basta comulgar una vez al año, es lo mismo que si dijera: no quiero hacerme participante de tantas riquezas como se nos dan en este Sacramento, sino una vez al año. Pues ¿acaso no es digno de que se llore sobre quien así parece que atestigua?

17. Pero no exhortamos á los fieles al mas frecuente uso de este Sacramento, de modo que no les avisemos su deber, es decir, la pureza de corazon y cuerpo con que deben llegarse á él. Porque es necesario acordarse que está escrito ³: Á tu casa es decente y debida la santificación, Señor, en la longitud de dias: y la justicia y el juicio la preparacion de su silla ⁴. Pues con estos bienes de justicia se debe adornar la casa y silla del Señor, y de ella se deben lavar y quitar todas las manchas de los vicios, para disponerle un habitáculo digno. De aquí es que dice san Atanasio: Si alguno está contaminado y súcio, como de lodo, con la gula ó consentimiento de pensamientos torpes; si alguno está indispuerto, como de vértigos, con el odio y memoria de las injurias; si alguno está perturbado con la envidia ó con la ira; si alguno está vencido de la soberbia ó arrogancia: este no se atreva á acercarse á estos divinos y puros misterios, antes de lavarse por la penitencia, y antes de purgarse por sí mismo de toda suciedad de la carne y el espíritu. Hasta aquí san Atanasio. Y porque este divino Sacramento entra por nuestra boca á nuestra alma, se debe tener principalmente cuidado de la boca, para que tenga una entrada pura, por donde á nosotros baja la vida: es decir, que nuestra boca esté pura y limpia de toda torpe palabra, murmuracion, mentira, perjurio, baldon y maldicion con que la criatura de Dios ofrecemos al demonio: para que por la misma entrada que entra á nosotros Dios, jamás entre el demonio. Pues pídoos, hermanos, que el culto exterior que hoy damos todos á este divino Sacramento, procuremos dárselo tambien espiritualmente. Porque todas las calles por donde se

¹ Ephes. III. — ² Colos. I. — ³ Psalm. XCII. — ⁴ Ibid. LXXXVIII.

lleva en procesion el cuerpo del Señor, se han barrido, las paredes se han colgado con tapices, el suelo se ha adornado con flores olorosas y verdes yerbas, y se ha puesto cuanto adorno se ha podido. Pues como por nuestra boca, como ahora os dije, entre el mismo Señor en nuestro corazon, debemos purgarla de todo vicio, y adornar con todo género de colgaduras, no solo el corazon, en el que el mismo Señor se escoge la morada, sino tambien el camino por donde se le franquea la entrada al corazon. Porque así sucederá, que nosotros, que preparamos digno habitáculo á Dios en nuestra alma, merezcamos al fin que nos reciba él mismo en los eternos tabernáculos, en los cuales lo veremos, no bajo los velos de estos accidentes, sino en la especie misma de su hermosura inmensa, lo amaremos, lo alabaremos y lo celebraremos con himnos y cánticos perpétuos en los siglos de los siglos. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

David et omnis domus Israel ducebant arcam testamenti Domini in jubilo et in clangore buccinae. (II Reg. vi, 15).

David y toda la casa de Israel llevaban el arca del testamento del Señor con mucho gozo, algazara y alegría, al son de clarines y trompetas.

1. Arca del testamento llevada en triunfo por todo el pueblo de Israel... Fue figura del arca de la nueva alianza (del santísimo Sacramento) llevada en triunfo entre los cristianos... El triunfo de Jesús en la Eucaristía es el mas glorioso...; el mas justo y mas legítimamente debido...; el mas capaz de excitar el fervor...

Primer punto: Triunfo muy glorioso por su esplendor y por su solemnidad.

2. La entrada del Señor, por la Comunión, en un alma, sobre todo en un alma arrepentida, es un verdadero triunfo..., y cuanto mas le costó asegurar esta conquista, tanto mas se gloria de ella... Ojalá, adorable Señor...

3. Solo Dios y el alma son testigos de este triunfo, por ser del todo interior. Jesucristo necesitaba un triunfo público..., saliendo de las finieblas en que está encerrado en sus tabernáculos... *Egre-dimini, filie Sion, venite et videte*, no al rey Salomon con su diadema, sino al Dios del universo coronado de resplandor y gloria.

4. Esto es lo que la Iglesia ordena y lo que ejecuta segun lo tiene ordenado. De todas partes...

5. Los sacerdotes asisten al santuario como los Ángeles en el cielo asisten al rededor del... Las calles están sembradas de flores... Se da la señal... Sale Dios triunfante de su templo...

6. Camina rodeado de sus ministros... Va debajo de páblio...

Ofrécele incienso... ¡Qué cánticos de alabanzas! ¡Qué adoraciones!... *In sole posuit tabernaculum suum... Exultavit ut gigas ad...*

7. ¡Cuán diferente es este camino del que anduvo en Jerusalem la víspera de su pasión!... Allí fue entregado...; aquí se ve... Allí perseguido...; aquí reverenciado y adorado... Allí enviado á Herodes...; aquí... todos publican igualmente sus grandezas.

8. Verdad es que entre los judíos tuvo su día de triunfo, pero fue un triunfo particular, ceñido á sola la capital de Judea. En nuestro Sacramento, Señor, es vuestro triunfo perpétuo y universal. De Oriente á Occidente... Mantengamos esta solemnidad, cristianos...; y pues el mundo es tan curioso de..., tengamos á lo menos...

Segundo punto: Triunfo el mas justo y mas legítimamente debido segun las miras é intenciones de la Iglesia en su institucion.

9. Cuatro cosas se propone la Iglesia en esta ceremonia: 1.^a reconocer el excelente don... 2.^a derramar las bendiciones... 3.^a confundir la incredulidad... 4.^a despertar la fe de los fieles... ¿Hay cosa mas razonable que estas intenciones...?

10. 1.^a Reconocer el excelente don, etc. Este don es el cuerpo y la sangre de un Dios, don tanto mas estimable, cuanto... Deber es del reconocimiento publicar... Por esto la Iglesia... Como si nos dijera: *Venite et videte... Venite exultemus Domino... Quia ipse est Dominus Deus noster, nos autem...*

11. 2.^a Derramar las bendiciones, etc. Es verdad que ausente ó presente puede Jesús obrar maravillas; pero su presencia, especialmente en una ceremonia como esta, le empeña á abrir sus tesoros, y á hacerlos correr con menos reserva... Los judíos se atropellaban unos á otros por ponerse junto á él *quia virtus de illo exibat*, etc. No espera su Majestad que nosotros vayamos á él, él se viene á nosotros, se...

12. 3.^a Confundir la incredulidad, etc. Era preciso oponer el magnífico aparato de esta fiesta á los clamores y contumacia de los herejes... No intenta la Iglesia confundirlos por confundirlos, sino empeñarlos á que vuelvan en sí... *Non ut confundam vos... sed ut filios meos charissimos moneo*... Movidos algunos de ellos de este triunfo de Jesucristo, se han convertido diciendo como san Pablo: *Domine, quid me vis facere?*... Estos son los golpes de la gracia...

13. 4.^a Despertar la fe de, etc. Con el tiempo la caridad se refria, la fe se disminuye y se hace enfermiza... De ahí provienen tan-

tas irreverencias..., aquella tibieza... ¿Hay cosa mas eficaz para excitar y fortificar esta fe...? Este recíproco ejemplo que se dan los unos á los otros, este... Concluyamos, pues, y digamos...

Tercer punto: Triunfo el mas capaz de excitar el fervor de los fieles, y avivar los afectos de su piedad.

14. Esta solemnidad debe inspirar á los fieles veneracion, devocion, y consuelo.

15. Veneracion. En todas partes Jesucristo es igualmente Dios, y en todas merece, por consiguiente, nuestros respetos..., pero en algunas circunstancias estamos mas eficazmente movidos... Cuando vemos, en efecto, ... Cuando..., todo esto ayuda...

16. Entonces se imprimen en el espíritu aquellas altas ideas... Adóreos, Señor, toda la tierra... ¿Es posible que no baje aquí todo el cielo...? ¿Qué son las adoraciones de un hombre como yo? Á lo menos, Dios mio, ... Así discurren y hablan los fieles cuando el espíritu de religion...; pero si es un espíritu de curiosidad y de diversion..., no es de admirar que hagan entonces... De aquí aquel tumulto y gritería...

17. Devocion. De aquella veneracion nacen algunos afectos de devocion... El corazon enmudece, se inflama... Es la gracia interior la que produce estos sentimientos, pero el culto exterior no contribuye poco á formarlos... Yo no sé qué uncion y gracia se introduce en el alma, y de esta resalta al cuerpo... *Cor meum et caro mea...*

18. Consuelo. Alegría de la Magdalena al ver á su Maestro resucitado... Tal es el consuelo de un alma que... Le sigue, no como... Ha llorado las humillaciones... Se ha lamentado de los ultrajes..., pero al ver como los repara la Iglesia, el consuelo que recibe... Cada paso que da en pos de su amado...

19. Aprovechémonos, hermanos míos, de este Sacramento para vivir... En la última hora él será nuestro gran remedio no para..., sino para librarnos de...; para suavizar el dolor de...; para servirnos de viático en..., y llevarnos...

SERMON III

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

David et omnis domus Israel ducebant arcam testamenti Domini in jubilo et in clangore buccinae. (II Reg. vi, 15).

David y toda la casa de Israel llevaban el arca del testamento del Señor con mucho gozo, algazara y alegría; al son de clarines y trompetas.

1. Jamás tuvo el santo Rey de Israel, y el numeroso pueblo que le acompañaba, tan sincero gozo y alegría, ni manifestaron mayor celo por la gloria del Señor, que cuando con el mas pomposo aparato y públicas aclamaciones llevaron el arca del testamento, y la colocaron en la capital del imperio. Fue esto para esta arca, despues de haber echado por tierra al fídolo de Dagon, despues de haber derrotado la armada de los filisteos, y despues de haber llenado de bendiciones del cielo al piadoso Obededon y toda su familia, fue, vuelvo á decir, como un triunfo para esta arca victoriosa. Todo Israel le celebró, resonaba el aire en cánticos de alegría, y nada omitió David de cuanto podia contribuir á esta célebre solemnidad. Bella figura, amados oyentes míos, de lo que pasa en estos santos dias con el Sacramento de Jesucristo. ¿Qué es este adorable y venerable Sacramento? No es otra cosa, segun el dictámen de los santos Padres é intérpretes, que el arca del Nuevo Testamento. ¿Y cómo quiere la Iglesia que sea adorado y honrado este Sacramento en esta octava que ha instituido para esto? Llévelo públicamente y en procesion; todo el pueblo fiel se junta al rededor de la custodia donde es conducido; el concurso es universal; y esto es lo que yo llamo su triunfo. Ved en tres palabras la division de este discurso. El triunfo de Jesucristo en la Eucaristía es el mas glorioso por su esplendor y su solemnidad; primer punto. El mas justo y mas legítimamente debido segun las intenciones de la Iglesia, y se-

gun los motivos que la han empeñado á instituirle; segundo punto. Y el mas capaz de excitar el fervor de los fieles, y despertar los afectos de su piedad; tercer punto. Creo ser muy importante este asunto, y que merece una instruccion particular, y tanto mas, cuanto es esta una materia que quizá jamás se os habrá explicado con bastante claridad, y de la que será bueno tengais un conocimiento mas claro.

Primer punto: Triunfo muy glorioso por su esplendor y por su solemnidad.

2. Es muy verdadera la reflexion de los maestros de la vida cristiana y espiritual, cuando miran y nos hacen mirar como triunfo la entrada de Jesucristo por la Comunión en un alma, y principalmente en un alma arrepentida. Libre esta alma, dicen ellos, de las prisiones del pecado, de quien estaba esclava y tiranizada, se hace para su Redentor como una tierra conquistada; y así toma posesion de ella, establece en ella su imperio, y la asegura. No hay inclinacion viciosa que no reprima, ni pasion á que no ponga freno; todo es reglado por su voluntad, todo obedece á su ley, y todo sigue los movimientos de su gracia; y cuanto mayores han sido los esfuerzos que le ha costado asegurar esta conquista, tanto mas se gloria de ella; de suerte, que los mismos esfuerzos que ha hecho, y los combates que ha dado, sirven para realzar el precio de su victoria: Ojalá, adorable Señor mio, reineis de tal manera en nosotros y sobre nosotros, que siempre vivamos bajo de una tan dichosa dominacion.

3. No obstante, cristianos, este triunfo es del todo interior, y nada se ve de él exteriormente. Solo Dios y el alma son testigos de él. Y así necesitaba Jesucristo un triunfo mas público y manifiesto, y que á lo menos una vez en el año hubiese un dia en que saliese en público, y se dejase ver de todo el mundo cristiano. *St. Señor, levantaos, os digo, y el arca que habeis santificado*¹, que es vuestro sagrado cuerpo. Salid de las tinieblas en que estais encerrado en vuestros tabernáculos, y mostraos en público. Otras veces, Señor, os seguian cuatro ó cinco mil hombres, y os llenaban de bendiciones: y esto que haciais en vuestra vida mortal y pasible, os conviene mejor hacerlo en la vida bienaventurada é inmortal de que gozais. Y vosotras, *hijas de Sion, salid al encuentro al Esposo celestial*²: nacion amada entre todas las naciones, católicos celosos, juntaos y

¹ Psalm. cxxxix, 8. ² Cant. ii, 13.

venid todos á tener parte en esta solemne y devota pompa. Venid á ver, *no al rey Salomon con su diadema*¹, sino al Rey de los reyes, al Dios del universo coronado de resplandor y gloria.

4. Esto es lo que ordena la Iglesia, y lo que ejecuta segun lo tiene ordenado. De todas partes vienen al lugar señalado para la procesion, se disponen, se ordenan, y se forma un numeroso concurso, ó por mejor decir, una corte numerosa de todos los estados, de todas clases, desde el mas pequeño y mas pobre hasta el mas poderoso y mas grande, hasta el príncipe, y hasta el monarca; y á vista de la majestad y divinidad que se presenta, desaparece toda dignidad, y todos se empeñan en distinguirse solo por su respeto y vasallaje.

5. *Yo he visto al Señor*, decia el profeta Isaías, *sentado sobre un trono elevado. Los Serafines estaban al rededor del trono, y se cubrian con sus alas; y repetian sin cesar, clamando á coros: Santo, santo, santo el Señor, el Dios de los ejércitos; toda la tierra está llena de su majestad*². Así como los Ángeles asisten en el cielo al rededor del trono, y delante de la majestad del Altísimo, así asisten los sacerdotes al santuario, dispuestos á ejercitar sus funciones. Las calles se ven sembradas de flores, las casas, las ventanas y los balcones colgados y entapizados; algunos altares de trecho en trecho en la carrera para recibir al Señor, y servirle en alguna manera de descanso. En fin, se hace señal, sale Dios triunfante de su templo, y comienza á mostrarse al pueblo.

6. Camina rodeado de sus ministros como gran Sacerdote y Pontífice soberano. Va debajo de pálio como Rey de cielo y tierra. Ofrece incienso, y lo recibe como Hijo de Dios, y como Dios; y aun el mismo ruido de las armas le hace conocer, y le honra como á vencedor del mundo: ¡Cuántas voces resuenan para celebrar su nombre y ensalzarle! ¡Qué cánticos de alabanzas! ¡qué armoniosos conciertos! ¡qué bendiciones! ¡qué adoraciones! Todos se humillan, y todos se postran. Me parece que podria aplicar bien aquellas bellas y misteriosas palabras del Profeta: *Ha establecido su tabernáculo en el sol, y se muestra con la misma gracia que un esposo cuando sale de su gabinete de bodas. Ha salido como un gigante á correr su camino, y por donde pasa derrama fuego y rayos de luz*³.

7. ¡Ah! cristianos, ¿qué digo? ¡Y qué estado tan opuesto á este, y qué mira tan contraria viene á herir mi espíritu! ¡Qué para-

¹ Cant. ii, 10. ² Isai. vi, 1. ³ Psalm. xviii, 6.

lelo! ¡Cuán diferente es este camino del que anduvo en Jerusalem la víspera de su pasión! Allí fue entregado en manos de los impíos, y llevado violentamente de tribunal en tribunal como reo; y aquí se ve en las manos de los ministros de Dios vivo, que le llevan con la mayor reverencia de altar en altar, y le ponen en ellos como al Santo por excelencia y principio de toda santidad. Allí perseguido de un populacho atrevido, abandonado á los indignos tratamientos de una insolente y brutal soldadesca, fue expuesto á las mas atroces injurias, á los improperios, á las blasfemias, y á todo cuanto inspira el odio y un precipitado furor; aquí reverenciado y adorado, buscado con alegría, invocado con una confianza cristiana, no oye otra cosa que votos, humildes acciones de gracias y fervorosas súplicas. Allí enviado á Herodes compareció ante toda su corte, y fue menospreciado, burlado y tratado de loco. Enviado de allí vergonzosamente, compareció segunda vez delante de Pilatos y todo su consejo, y fue acusado, juzgado y condenado. Aquí, así en las cortes mas ricas y soberbias, como en las campiñas y arrabales; así en las órdenes mas elevadas por la superioridad y autoridad, como en las mas bajas y humildes condiciones, en todas y por todas partes cumplen todos con la obligacion que les impone la religion, y publican igualmente sus grandezas.

8. Verdad es, que algun dia los judíos mismos le diéron los honores de triunfo, le reconocieron por Hijo de David, le aclamaron Rey de Israel, le recibieron gozosos con ramos de olivas y palmas en sus manos, se desnudaron de sus vestiduras, y las tendieron bajo de sus piés. ¡Qué inspiracion esta tan repentina, y qué imprevisto movimiento de que se dejaron llevar! No es esto lo que yo examino: porque este fue un triunfo particular, y ceñido á sola la capital de Judea; fue un triunfo pasajero, á que se siguió bien presto toda la confusion y toda la infamia de la cruz. En vuestro Sacramento, Señor, es vuestro triunfo perpétuo y universal. De Oriente á Occidente, en todas las naciones ilustradas de la fe, ¿no está en uso esta santa solemnidad? ¿No se renueva en cada un año, y subsiste y persevera despues de su institucion? Mantengámosla, cristianos oyentes míos, en quanto podamos de nuestra parte, y reprendamos nuestra indiferencia y extremada delicadeza con que nos excusamos de asistir á ella: y pues el mundo es tan curioso de vanos espectáculos, y concurre con tanto gusto á las ceremonias mundanas, que aspira á tener lugar y ser distinguido en ellas; tengamos

á lo menos por lo que mira á esto la misma asistencia y el mismo ardor; pues entre todos los motivos que nos empeñan á ello, nos debe ser bastante razon el buen ejemplo y la edificacion.

Segundo punto: Triunfo el mas justo y mas legítimamente debido segun las miras é intenciones de la Iglesia en su institucion.

9. ¿Qué se propone la Iglesia, y qué pretende en esta ceremonia? Lo 1.º reconocer el excelente don que nos ha hecho Jesucristo de su cuerpo y de su preciosa sangre. Lo 2.º derramar las bendiciones celestiales y gracias que Jesucristo lleva consigo, y santificar especialmente todos los lugares por donde pasa, y honra con su presencia. Lo 3.º confundir la incredulidad de los herejes, enemigos del Sacramento de Jesucristo; y hacer que renazcan en sus almas, como ha sucedido muchas veces, algunas reflexiones que los muevan, que les abran los ojos, y que en fin les descubra la verdad. Lo 4.º despertar la fe de los fieles, muchas veces adormecida, y por esto mismo ó dudosa, ó menos viva y menos oficiosa. No quiero pasar de aquí, y pregunto: ¿hay cosa mas razonable que estas intenciones de la Iglesia, ni mas conforme al espíritu de Dios? Expongámoslas por su órden, y atended.

10. 1.ª Reconocer el excelente don que nos ha hecho Jesucristo de su cuerpo y de su preciosa sangre. No hay duda que este es el don mas excelente, pues es el cuerpo y la sangre de un Dios: tanto mas estimable, quanto es enteramente gratuito, y que nada hemos podido hacer nosotros para merecerle. Y así es parte de reconocimiento publicar el bien recibido, y manifestar la alta idea que se tiene de él, y emplearle á gloria del bienhechor. Por esto la Iglesia, deudora á Jesucristo de un Sacramento que contiene todas las riquezas de la misericordia, y en donde reside corporalmente la plenitud de la misma divinidad, no quiere que este tesoro esté escondido. Sensible al amor y á la infinita liberalidad del divino Esposo, que la ha hecho esta gracia, quiere honrarle por ella; y para esto, léjos de huir de él, le presenta en las plazas públicas, y le pone á la vista de todos los pueblos; como si nos dijera aquellas palabras del real Profeta: *Venid y ved lo mucho que el Señor ha hecho por mí*¹. Y no por mí sola, añade, sino por cada uno de vosotros en particular. De donde infiere con el mismo Profeta: *Vamos, alegrémonos en el Señor, y hagamos resonar por todas partes cánticos*

¹ Psalm. LXV, 16.

de alegría; humillémonos delante de nuestro Dios, y adorémosle; porque él es el gran Dios, y nosotros somos su pueblo y las ovejas de su rebaño¹.

11. 2.^a Derramar las bendiciones celestiales y las gracias que Jesucristo lleva consigo. En sus entradas distribuyen los príncipes con mas abundancia sus dones: porque conviene á la majestad y grandeza real, que los pueblos conozcan su presencia por los beneficios, y se perpetúe la memoria de estos dias solemnes, no solo por la pompa y magnificencia que se deja ver en ellos, sino por las liberalidades y gracias que conceden. Yo sé bien que para obrar maravillas y ejercer su virtud todopoderosa no es absolutamente necesaria la presencia de Jesucristo, pues lo que hacia otras veces lo puede hacer tambien ahora. Ausente y presente veia el interior de los corazones, ganaba las almas, lanzaba los demonios, daba salud á los enfermos, y resucitaba los muertos; y cuando dijo al Centurion que le pedia la salud de su criado: *Yo iré á vuestra casa y le sanaré*²; aquel hombre lleno de fe le dió una respuesta tan verdadera como humilde: *Señor, yo no soy digno de que entreis en mi casa*³, ni teneis necesidad de ir á ella: *pronunciad una sola palabra*⁴, que eso basta, y mi criado quedará sano. Todo esto, cristianos, es incontestable; pero por otra parte puedo añadir, que esta presencia de Jesucristo, especialmente en una ceremonia consagrada toda á su Majestad, le empeña particularmente á comunicarse, á abrir todos sus tesoros, y á hacerlos correr con menos reserva. Bajando el Señor del monte, á donde se habia retirado para orar, se detuvo en el valle, á donde vino á buscarle una gran multitud de personas de toda la Judea, plebeyos, escribas, fariseos y doctores; y se atropellaban unos á otros por ponerse junto á él. ¿Y por qué? Porque, como nota el Evangelista, *salía de él una virtud milagrosa que sanaba á todos*⁵. Esta virtud es siempre la misma, pues el manantial es inagotable, y en las santas visitas del Señor es donde se derrama con una nueva efusion por cuantas partes va. Y para esto no espera su Majestad que nosotros le busquemos, él se viene á nosotros, se manifiesta en medio de nosotros, nos alarga sus brazos, y nos dice sin cesar: *Sacad y tomad con alegría de las fuentes de vuestro Salvador*⁶.

12. 3.^a Confundir la incredulidad de los herejes. Ellos han declarado tanto contra el santísimo Sacramento del altar, se han esforzado tanto en disminuir su creencia, y han blasfemado tanto de este adorable misterio, que despues de haber empleado la Iglesia para

¹ Psalm. xciv, 1, 6, 7. — ² Math. viii, 7. — ³ Ibid. 8. — ⁴ Ibid. — ⁵ Luc. vi, 19. — ⁶ Isai. xlii, 3.

convencerlos los mas sólidos raciocinios, ha creido que debia oponer á sus clamores y contumacia el magnífico aparato de esta fiesta. Este es un testimonio que se presenta á los ojos, y de los ojos se comunica al espíritu, y puede hacer impresion sobre sus corazones: porque el intento de la Iglesia no es precisamente confundirlos por confundirlos, sino empeñarlos á que vuelvan en sí y salgan de las preocupaciones de que se han dejado dominar. Y me parece que les dice poco mas ó menos como una madre siempre apasionada y tierna, lo que escribia san Pablo á los corintios: *Yo no pretendo confundiros, sino advertiros como á hijos muy amados*¹, porque lo sois en virtud de vuestro Bautismo. Si este concurso, si esta multitud de adoradores y esta pompa os causa confusion, yo me alegro no de vuestra confusion, sino del buen efecto que puede tener, contribuyendo á vuestra penitencia y conversion². Tales son, digo, los deseos de la Iglesia, y ha visto muchas veces cumplidas sus esperanzas. De este triunfo de Jesucristo que ellos han visto, de este espectáculo tan religioso, se han movido algunos espíritus indóciles y rebeldes, deshaciendo el encanto que los cegaba y los detenía. Pues heridos de esta luz, no con un resplandor que les diese en los ojos como á san Pablo, sino interiormente y en lo profundo de su alma, han respondido como él á la voz que los llamaba: *Señor, ¿qué queréis que yo haga*³? Yo me dedico todo á Vos: la victoria ha sido tan completa como repentina; y así se han declarado, se han juntado á la multitud, y sin dilacion alguna se han puesto de parte de la comitiva de este Dios vencedor. Estos son los golpes de la gracia, y los milagros de que nosotros no podemos inferir otra cosa; sino que siempre están en la mano y poder de Dios, cuyo brazo no es menos poderoso ahora que en todos tiempos. No nos empeñemos en penetrar este secreto de la predestinacion; contentémonos con adorar y esperar.

13. 4.^a Despertar y confirmar la fe de los fieles. Á la verdad son fieles y creen; pero como la caridad se resfria con el tiempo, así tambien se disminuye la fe y se hace enfermiza. Aunque no se ha apagado del todo, y subsiste todavia en sustancia, pero no tiene aquel grado de firmeza y actividad que hace obrar y conduce á la práctica. Y así, para no salir de mi asunto, como muchos no tienen por lo que mira al Sacramento de Jesucristo sino una fe débil y vaga, de aquí provienen tantas irreverencias como se cometen delante de los altares, y aquella tibieza con que asisten al sacrificio y llegan á la santa comunión. ¿Hay cosa alguna mas eficaz que la

¹ I Cor. iv, 8. — ² II Cor. vii, 9. — ³ Act. ix, 6.

celebridad de estos santos dias para excitar y fortificar esta fe tibia y cuási adormecida? ¿Qué es esta augusta ceremonia á que se juntan todos los fieles? Es una nueva profesion de la fe que hace la Iglesia, profesion auténtica y pública, profesion comun, y por lo mismo mas eficaz. Este recíproco ejemplo que se dan los unos á los otros, este consentimiento universal y esta unanimidad nos convence eficazmente, y desde luego quita todas las dificultades y resuelve todas las dudas. Y así ven y creen, no contra la palabra del Hijo de Dios, que nos dice: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*¹, sino en el sentido de que lo que ven dispone á creer con una fe mas viva y mas firme aquello que no se ve. Concluyamos, pues, y digamos, que por muy poderosas razones ha ordenado la Iglesia este triunfo con que honra á Jesucristo, que en esto ha tenido unas intenciones muy razonables, y que cuanto mas rectas, sábias, prudentes y santas son sus intenciones, tanto mas debemos conformarnos con ellas y promoverlas.

Tercer punto: Triunfo el mas capaz de excitar el fervor de los fieles, y avivar los afectos de su piedad.

14. Tres son los principales que debe inspirar á los fieles esta solemnidad: veneracion, devocion y consuelo.

15. 1.º Veneracion. En todas partes donde se halla presente la sagrada persona de Jesucristo merece igualmente nuestros respetos, porque en todas partes es igualmente Dios, y hablando en rigor, tan digno es de nuestro culto en un lugar y en un tiempo como en otro: pero por otra parte es preciso convenir, que en algunas circunstancias estamos mas eficazmente movidos, y que piden mayor atencion y mas respetuoso silencio. Cuando vemos un aparato pomposo y magnífico, á todo el pueblo humillado y postrado; cuando vemos los afectos y santas aceleraciones que se da una multitud para manifestar su celo y protestar su vasallaje y culto; cuando no se oye sino aclamaciones, elogios y cánticos de piedad, todo esto ayuda á recoger el alma, é inclina á volver sobre sí mismo, á humillarse y confundirse.

16. En efecto, entonces se imprimen en el espíritu con mas fuerza y eficacia aquellas altas ideas que se han concebido del Sacramento que honra y celebra la Iglesia, de la presencia real de un Hombre-Dios en el Sacramento, de toda la majestad de Dios en

¹ Joan. xx, 29.

cerrada en este Sacramento, de todo el poder de Dios puesto en obra en este Sacramento, de todos los tesoros de la gracia reunidos en este Sacramento, de este Sacramento incomprendible, inefable, y compendio de todas las maravillas del Señor. Pues ocupados de todo esto, y admirados á vista de ello, querrian en alguna manera confundirse y anonadarse. Adóreos, Señor, toda la tierra, claman entonces: ¿es posible que no baje aquí todo el cielo á juntarse con la tierra para ensalzar vuestro santo nombre y vuestro misterio adorable? Porque ¿qué son las adoraciones de un hombre como yo? Á lo menos, Dios mio, Vos veis mi deseo, y lo recibiréis con agrado; supliréis mi flaqueza, y atenderéis no tanto á lo que hago, cuanto á lo que quisiera hacer. Así discurren y hablan, cuando el espíritu de religion los conduce á esta ceremonia; pero si es un espíritu de curiosidad y de diversion, como el que los lleva á los teatros y á los espectáculos profanos, no es de admirar que hagan entonces de tan augusta solemnidad pasatiempo inútil, en que no se busca sino el recrear los ojos y el ver y ser vistos. De aquí nace aquel tumulto y gritería, aquella confusion, aquellas idas y venidas, y aquellas inmodestias con que se turba esta solemnidad sin reparo ni reflexion. Vuelven á uno y á otro lado la vista, y miran hácia todas partes, sin ponerla quizá una sola vez en Jesucristo. Y mientras sus ministros oran en alta voz para que todos los asistentes se unan á ellos á lo menos con el espíritu y el corazon, se entretienen en bagatelas; pues hablan y hacen algunas veces cosas tan indecentes, y se portan con tanta libertad y tan poca circunspeccion, como si estuvieran en un paseo ó en el divertimento mas mundano.

17. 2.º Devocion. De este afecto de respeto y veneracion que inspira la ceremonia de este dia nacen algunos afectos de devocion, prontos é improvisos, vivos y fervorosos: pues de un golpe enmudece el corazon, se inflama y se enciende todo. El mas tierno amor, el reconocimiento mas afectuoso, y la mas íntima confianza; todo lo remueve, y algunas veces le transporta como fuera de sí mismo. Es la gracia interior la que produce estos sentimientos; pero no obstante un cierto exterior de religion que se advierte por todas partes, no contribuye poco á formarlos. Porque yo hablo de una devocion sensible, quiero decir, de una devocion sensible que rebosa hasta en los sentidos, despues que los mismos sentidos han concurrido á excitarla. Yo no sé qué uncion y gracia se introduce en el alma, y del alma resalta de alguna manera al cuerpo, segun aquella

expresion del Profeta rey: *Mi corazon y mis carnes se han alegrado en Dios vivo* ¹.

18. 3.º Consuelo. ¿De qué alegría se vió sorprendida la Magdalena cuando vió á su amado Maestro resucitado? Corre á él, se arroja á sus piés, y sin tardar un momento va segun el órden que recibió á llevar á los Apóstoles una noticia tan dichosa. Tal es el consuelo de que se halla penetrada un alma que ama á Jesucristo, y que le ve en el esplendor de su gloria. Le sigue, no como una esclava atada á su carroza, sino como su esposa, que con una fidelidad inviolable toma partido en todos los sucesos de su Esposo: quiero decir, en sus humillaciones y en su elevacion; en sus humillaciones que ella ha llorado, y en su elevacion que no le puede felicitar como quisiera, ni puede felicitarse á sí misma. Há llorado amargamente las humillaciones de su Salvador siempre que las ha traído á la memoria: se ha lamentado de tantos ultrajes como le han hecho, pero al ver como los repara la Iglesia, el consuelo que recibe es tanto mas dulce, cuanto fueron mas abundantes sus lágrimas, y mas amargos sus gemidos y sollozos. Cada paso que da en seguimiento de su amado, es una reparacion de la falta de modestia y respeto que puede haber tenido en la veneracion de este Sacramento del Señor, y del porte menos digno de la presencia de su Dios. Y así se reprende la mas ligera distraccion, una sola ojeada, y una palabra sola, pues para ella no hay cosa que no sea reprehensible en tratando de esta materia.

19. Aprovechémonos, hermanos míos, de este Sacramento para vivir una vida cristiana y del todo pura, porque este es el fruto que debemos sacar de este Sacramento augusto, y él nos mantendrá hasta el aliento postrero. En aquella última hora él será nuestro gran remedio, no precisamente para alargar en la tierra y en este valle de lágrimas unos dias sujetos á tantas alteraciones y miserias, sino para librarnos de las asechanzas del enemigo, que aumenta entonces sus esfuerzos; para suavizar el dolor de una separacion tan contraria á los sentidos y á la naturaleza; y en fin, para servirnos de viático en una jornada tan larga, y llevarnos á una vida bienaventurada y eterna. Así sea.

¹ Psalm. LXXXIII, 2.

ASUNTOS

PARA LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

I. Supuesto que en Jesucristo pueden considerarse dos cuerpos, el uno natural, que es la carne, á la que se unió hipostáticamente su divina persona, y el otro místico, que es la Iglesia, con la cual se unió él mismo estrechamente, como dice el Apóstol; es fácil demostrar que el primer objeto que la Iglesia se propuso al consagrar el presente día á la memoria del cuerpo adorable del Señor, fue suministrar á sus hijos un medio seguro de honrar aquel sagrado cuerpo y á ella misma, de manera que puede decirse que con la presente solemnidad se hace conmemoracion del cuerpo de Jesucristo, y de la Iglesia del mismo Jesucristo: 1.º porque el Salvador del mundo no podia honrar mejor su carne que formando con ella el augusto sacramento de la Eucaristía; 2.º porque el mismo Redentor no podia dispensar á su Iglesia mayor honra que la que le dispensó dejándole su carne en el Sacramento eucarístico. — Era muy justo que Jesucristo honrase su carne, y esto por dos razones: 1.ª por haberle sido unida en el misterio de la Encarnacion con un vínculo estrechísimo; 2.ª para resarcirla de las humillaciones á que estuvo sujeta, y para reparar los oprobios que sufrió dentro y fuera de Jerusalem. — Jesucristo, dejando á la Iglesia su carne sacramentada, 1.º la honra con su presencia real; 2.º la honra con su familiaridad, permaneciendo en medio de ella y de sus ministros; 3.º la honra con aquella perfectísima union en virtud de la cual tanto ella como sus hijos están estrechamente unidos con él: *In me manet, et ego in illo*.

II. *Quid retribuam Domino, pro omnibus, que retribuit mihi?* (Psalm. cxv). Así como, por un sentimiento natural de gratitud, el que recibe un beneficio procura conservarlo en la memoria, y busca con empeño ocasiones en que corresponderlo, y cuando no puede hallarlas, procura á lo menos mostrar su agradecimiento al bienhechor; así tambien los fieles cristianos, que tan inmensos beneficios tienen recibidos de Dios, en este dia de feliz recordacion deben, 1.º traer á la memoria el principio, las circunstancias y el fin con que el amor de un Dios humanado instituyó con su cuerpo el augusto Sacramento del altar, al que la Iglesia consagra la presente solemnidad; 2.º ya que no pueden corresponder dignamente

expresion del Profeta rey: *Mi corazon y mis carnes se han alegrado en Dios vivo* ¹.

18. 3.º Consuelo. ¿De qué alegría se vió sorprendida la Magdalena cuando vió á su amado Maestro resucitado? Corre á él, se arroja á sus piés, y sin tardar un momento va segun el órden que recibió á llevar á los Apóstoles una noticia tan dichosa. Tal es el consuelo de que se halla penetrada un alma que ama á Jesucristo, y que le ve en el esplendor de su gloria. Le sigue, no como una esclava atada á su carroza, sino como su esposa, que con una fidelidad inviolable toma partido en todos los sucesos de su Esposo: quiero decir, en sus humillaciones y en su elevacion; en sus humillaciones que ella ha llorado, y en su elevacion que no le puede felicitar como quisiera, ni puede felicitarse á sí misma. Há llorado amargamente las humillaciones de su Salvador siempre que las ha traído á la memoria: se ha lamentado de tantos ultrajes como le han hecho, pero al ver como los repara la Iglesia, el consuelo que recibe es tanto mas dulce, cuanto fueron mas abundantes sus lágrimas, y mas amargos sus gemidos y sollozos. Cada paso que da en seguimiento de su amado, es una reparacion de la falta de modestia y respeto que puede haber tenido en la veneracion de este Sacramento del Señor, y del porte menos digno de la presencia de su Dios. Y así se reprende la mas ligera distraccion, una sola ojeada, y una palabra sola, pues para ella no hay cosa que no sea reprehensible en tratando de esta materia.

19. Aprovechémonos, hermanos míos, de este Sacramento para vivir una vida cristiana y del todo pura, porque este es el fruto que debemos sacar de este Sacramento augusto, y él nos mantendrá hasta el aliento postrero. En aquella última hora él será nuestro gran remedio, no precisamente para alargar en la tierra y en este valle de lágrimas unos dias sujetos á tantas alteraciones y miserias, sino para librarnos de las asechanzas del enemigo, que aumenta entonces sus esfuerzos; para suavizar el dolor de una separacion tan contraria á los sentidos y á la naturaleza; y en fin, para servirnos de viático en una jornada tan larga, y llevarnos á una vida bienaventurada y eterna. Así sea.

¹ Psalm. LXXXIII, 2.

ASUNTOS

PARA LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

I. Supuesto que en Jesucristo pueden considerarse dos cuerpos, el uno natural, que es la carne, á la que se unió hipostáticamente su divina persona, y el otro místico, que es la Iglesia, con la cual se unió él mismo estrechamente, como dice el Apóstol; es fácil demostrar que el primer objeto que la Iglesia se propuso al consagrar el presente día á la memoria del cuerpo adorable del Señor, fue suministrar á sus hijos un medio seguro de honrar aquel sagrado cuerpo y á ella misma, de manera que puede decirse que con la presente solemnidad se hace conmemoracion del cuerpo de Jesucristo, y de la Iglesia del mismo Jesucristo: 1.º porque el Salvador del mundo no podia honrar mejor su carne que formando con ella el augusto sacramento de la Eucaristía; 2.º porque el mismo Redentor no podia dispensar á su Iglesia mayor honra que la que le dispensó dejándole su carne en el Sacramento eucarístico. — Era muy justo que Jesucristo honrase su carne, y esto por dos razones: 1.ª por haberle sido unida en el misterio de la Encarnacion con un vínculo estrechísimo; 2.ª para resarcirla de las humillaciones á que estuvo sujeta, y para reparar los oprobios que sufrió dentro y fuera de Jerusalem. — Jesucristo, dejando á la Iglesia su carne sacramentada, 1.º la honra con su presencia real; 2.º la honra con su familiaridad, permaneciendo en medio de ella y de sus ministros; 3.º la honra con aquella perfectísima union en virtud de la cual tanto ella como sus hijos están estrechamente unidos con él: *In me manet, et ego in illo*.

II. *Quid retribuam Domino, pro omnibus, que retribuit mihi?* (Psalm. cxv). Así como, por un sentimiento natural de gratitud, el que recibe un beneficio procura conservarlo en la memoria, y busca con empeño ocasiones en que corresponderlo, y cuando no puede hallarlas, procura á lo menos mostrar su agradecimiento al bienhechor; así tambien los fieles cristianos, que tan inmensos beneficios tienen recibidos de Dios, en este dia de feliz recordacion deben, 1.º traer á la memoria el principio, las circunstancias y el fin con que el amor de un Dios humanado instituyó con su cuerpo el augusto Sacramento del altar, al que la Iglesia consagra la presente solemnidad; 2.º ya que no pueden corresponder dignamente

al inapreciable beneficio que con este Sacramento les concedió la bondad de un Dios reparador, deben mostrar su gratitud con sentimientos de fe, de caridad y de religion.

III. Muchos Padres consideran el arca de la antigua alianza cual figura de la Iglesia de Cristo, y muchísimos otros ven tambien en ella la imagen del augusto Sacramento del altar. Así como el pueblo del Antiguo Testamento veneraba con sumo acatamiento el arca, por contener los mas sacrosantos objetos de su Religion, así tambien el pueblo del Testamento Nuevo adora profundamente aquel augusto misterio que encierra el manantial perenne de todas las gracias; y así como en otro tiempo la Iglesia simbólica se regocijaba cuando el arca era llevada en triunfo por las calles de Jerusalem, y gemia y lloraba amargamente cuando caia en poder del infiel pueblo filisteo, y era por él profanada; del mismo modo, 1.º la Iglesia de Cristo se regocija en este dia en que se expone en los altares y se lleva triunfante por calles y plazas el arca de salud, el cuerpo adorable del Salvador, y 2.º á semejanza de aquella gime y llora la Iglesia de Cristo al ver el espíritu de irreligion, irreverencia é incredulidad con que los fieles en las calles y en los templos miran este Sacramento, y al considerar que sus ingratos hijos colocan tal vez esta arca de salud al lado del ídolo de Dagon, que llevan dentro de sus corazones.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Laudabunt Dominum, qui requirunt eum. (*Psal. XXI*).

Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel, Salvator. (*Isai. XLV*).

Nulla natio tam grandis, quæ habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest nobis. (*Deut. IV*).

Regi sæculorum immortalis, invisibilis, soli Deo honor et gloria. (*I Tim. I*).

Afferte Domino gloriam et honorem: tollite hostias, et adorare Dominum in atrio sancto ejus. (*Psal. XXVI*).

Quia in ipso habitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter. (*Colos. II*).

Christus super omnia Deus benedictus in sæcula. (*Rom. IX*).

Vos autem estis corpus Christi, et membra de membro. (*I Cor. c. XII*).

Attollite portas, principes, vestras, et elevamini portæ æternales, et introibit Rex gloriæ. (*Psal. XXXII*).

Medius vestrum stetit, quem vos nescitis. (*Joan. VIII*).

Ecce tabernaculum Dei cum hominibus. (*Apoc. XXI*).

Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? (*Psal. CXV*).

Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum. (*Psal. LXXXIII*).

Exaltare, Domine, in virtute tua; cantabimus, et psallemus virtutes tuas. (*Psal. XX*).

Introite in conspectu ejus, in exultatione. (*Psal. XCIX*).

In sanctitate, et justitia coram ipso, omnibus diebus nostris. (*Luc. I*).

Hæc est dies, quam fecit Dominus: exultemus, et lætemur in ea. (*Psal. CXVII*).

Figuras de la sagrada Escritura.

El júbilo con que la Iglesia y los fieles de todo el orbe cristiano celebran la presente festividad, está claramente figurado en la augusta ceremonia con que por orden de David, entre los perfumes del incienso, la melodía de los sagrados cánticos y las bendiciones de todo el pueblo, precedida de los sucesores de Aaron y seguida del hijo mismo de Isai y de toda la posteridad de Abraham, tan numerosa como las estrellas, el arca de la antigua alianza fue llevada en triunfo por las calles de Jerusalem.

Oza, que al ir á poner su mano sacrilega sobre el arca vacilante, muere repentinamente en castigo de su osadía, es un terrible ejemplo para los libertinos que miran este dia, consagrado á la memoria del cuerpo del Señor, como ocasion propicia para cometer los mayores excesos.

David, que, depuesta la corona, y confundido entre la multitud, edifica al pueblo con sus patentes demostraciones de religion y piedad, es un ejemplo poderoso para alentar la piedad y la religion de los buenos.

Jesucristo, que llevando consigo á la cima del monte Tabor á algunos de sus amados discípulos, para fortificar su débil fe, avivar su caridad y probarles que la divinidad estaba unida á su cuerpo, les pone de manifiesto parte de aquella gloria inmensa con que resplandece en el cielo, es en opinion de los ascéticos una figura de la Iglesia, que como madre piadosa y próspera, para persuadir á sus hijos que en aquella hostia que adoran en los altares, y en aquel

pan, sustento espiritual de las almas, está real y sustancialmente Jesucristo, Dios y hombre verdadero, con extraordinaria pompa les manifiesta una parte de aquellos profundos homenajes que, á imitacion de los escogidos en el cielo, deben tributar al Salvador del mundo como á su esposo y bienhechor.

David, que inspirado de Dios, mientras discurre consigo mismo cuáles de los hijos de Jacob son dignos de subir al monte del Señor, y de permanecer en el lugar santo, dice que son aquellos tan sólo que tienen las manos y el corazón puros; parece que nos diga cuáles son los fieles á quienes la Iglesia debe llamar hoy para que participen de su alegría, y uniendo sus voces á la suya, exclamen: *Attollite portas, principes, vestras, et elevamini porte aeternales, et introibit Rex gloriae.*

Sentencias de los santos Padres.

Nemo carnem illam manducat, nisi prius adoraverit: inventum est quomodo adoraretur corpus Domini; non inventum quomodo non credendo, et amando adoraretur. (S. Aug. lib. XXI de Civit.).

Quid est altare, nisi sedes corporis et sanguinis Jesuchristi? (Opusculus Milevit. contra Parmen.).

Corpus Christi aliter pius, aliter incredulus sapit. (S. Joan. Chrys. hom. VII in I Cor.).

Quomodo non exultet anima, quæ se sentit dignam præsentia Dei? (S. Laur. Just.).

Corporis Christi gloria inimicorum impugnatione crevit. (S. Joan. Chrys. in epist. ad Hebr.).

Indevotus est vacuus adorator. (Idem, hom. CIII).

Intoleranda impudentia est, ut ubi Majestas offertur abscondita, vermiculus infletur, et intumescat. (S. Bern. serm. CXX).

Excedit, multumque supereminet humani eloquii facultatem divini hujus operis magnitudo. (S. Ambr. hom. IX).

Corporis Christi enigma sacratissimum potius, ne humano iudicio subjicias, summa veneratione suscipe. (S. Cyrill. ad Regin.).

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Dabo vobis cor novum. (Ezech. xxxvi, 26).

Os daré un corazón nuevo.

1. Los obstáculos de toda especie que se suscitaron contra esta festividad no fueron bastantes para impedir ni su ereccion, ni su propagacion en los dos hemisferios... Muchísimos son los obispos que la han recomendado... Muchos los Soberanos Pontífices que la han enriquecido con tesoros de indulgencias... No trataremos, pues, de defenderla... Vuestra piedad no pide disputas, sino tiernos afectos... Esto supuesto..., digo que esta devocion es la mas propia para unirnos á Jesús por los vínculos del amor (primera parte). Esta devocion es la mas adecuada para estrechar y mantener esta misma union (segunda parte).

Primera parte.

2. Revelacion que tuvo de Jesucristo María Margarita de Alacoque sobre la institucion de esta festividad... Tal es el verdadero origen de esta devocion... No se nos presenta el corazón de Jesús como parte de su cuerpo muerto, sino animado de una vida de amor... Tambien se nos presenta afligido de nuestra indiferencia é ingratitude... ¿Y no son estos los medios...? ¿Será posible que ese amor...? ¿Será posible que al ver...?

3. Promesa misericordiosa que Dios hizo despues del diluvio... *Vide, vide arcum, et benedic eum qui fecit illum...* ¿Acaso no procede Jesús con nosotros de un modo semejante? ¿por qué, pues...? Yo pondré una señal, dice el Salvador, ... Esta señal es mi propio corazón que, como la zarza de Moisés, arde siempre sin consumirse jamás... ¡Ah! ¿podréis contemplarlo...? Considerad que es... Es aquel corazón que... Permanece con nosotros..., se nos comunica..., se transforma casi... Ó humanidad, ya no debes temer... Jesús nos

pan, sustento espiritual de las almas, está real y sustancialmente Jesucristo, Dios y hombre verdadero, con extraordinaria pompa les manifiesta una parte de aquellos profundos homenajes que, á imitacion de los escogidos en el cielo, deben tributar al Salvador del mundo como á su esposo y bienhechor.

David, que inspirado de Dios, mientras discurre consigo mismo cuáles de los hijos de Jacob son dignos de subir al monte del Señor, y de permanecer en el lugar santo, dice que son aquellos tan sólo que tienen las manos y el corazón puros; parece que nos diga cuáles son los fieles á quienes la Iglesia debe llamar hoy para que participen de su alegría, y uniendo sus voces á la suya, exclamen: *Attollite portas, principes, vestras, et elevamini porte aeternales, et introibit Rex gloriae.*

Sentencias de los santos Padres.

Nemo carnem illam manducat, nisi prius adoraverit: inventum est quomodo adoraretur corpus Domini; non inventum quomodo non credendo, et amando adoraretur. (S. Aug. lib. XXI de Civit.).

Quid est altare, nisi sedes corporis et sanguinis Jesuchristi? (Opusculus Milevit. contra Parmen.).

Corpus Christi aliter pius, aliter incredulus sapit. (S. Joan. Chrys. hom. VII in I Cor.).

Quomodo non exultet anima, quæ se sentit dignam præsentia Dei? (S. Laur. Just.).

Corporis Christi gloria inimicorum impugnatione crevit. (S. Joan. Chrys. in epist. ad Hebr.).

Indevotus est vacuus adorator. (Idem, hom. CIII).

Intoleranda impudentia est, ut ubi Majestas offertur abscondita, vermiculus infletur, et intumescat. (S. Bern. serm. CXX).

Excedit, multumque supereminet humani eloquii facultatem divini hujus operis magnitudo. (S. Ambr. hom. IX).

Corporis Christi enigma sacratissimum potius, ne humano iudicio subjicias, summa veneratione suscipe. (S. Cyrill. ad Regin.).

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Dabo vobis cor novum. (Ezech. xxxvi, 26).

Os daré un corazón nuevo.

1. Los obstáculos de toda especie que se suscitaron contra esta festividad no fueron bastantes para impedir ni su erección, ni su propagación en los dos hemisferios... Muchísimos son los obispos que la han recomendado... Muchos los Soberanos Pontífices que la han enriquecido con tesoros de indulgencias... No trataremos, pues, de defenderla... Vuestra piedad no pide disputas, sino tiernos afectos... Esto supuesto..., digo que esta devoción es la más propia para unirnos á Jesús por los vínculos del amor (primera parte). Esta devoción es la más adecuada para estrechar y mantener esta misma unión (segunda parte).

Primera parte.

2. Revelación que tuvo de Jesucristo María Margarita de Alacoque sobre la institución de esta festividad... Tal es el verdadero origen de esta devoción... No se nos presenta el corazón de Jesús como parte de su cuerpo muerto, sino animado de una vida de amor... También se nos presenta afligido de nuestra indiferencia é ingratitude... ¿Y no son estos los medios...? ¿Será posible que ese amor...? ¿Será posible que al ver...?

3. Promesa misericordiosa que Dios hizo después del diluvio... *Vide, vide arcum, et benedic eum qui fecit illum...* ¿Acaso no procede Jesús con nosotros de un modo semejante? ¿por qué, pues...? Yo pondré una señal, dice el Salvador, ... Esta señal es mi propio corazón que, como la zarza de Moisés, arde siempre sin consumirse jamás... ¡Ah! ¿podréis contemplarlo...? Considerad que es... Es aquel corazón que... Permanece con nosotros..., se nos comunica..., se transforma casi... Ó humanidad, ya no debes temer... Jesús nos

dió su corazón..., nos lo ha dado todo, ¿y qué es lo que obtiene en recompensa? Tibieza, indiferencia, injurias... ¿Qué hará, pues, Jesús...? ¡Ah! cambie en indignación su amor!... Mas no opina así el Salvador. Antes que castigarlos, dijo, ... No podrán resistir... La compasión triunfará, por fin, ... En cuanto á vosotros, oyentes, no dudo... ¡Oh devoción, que nos inspiras...! ¡Oh corazón de Jesús! al ver..., y al contemplar... Siento ya, Jesús mío, ... *Charitas Christi urget nos.* — Esta devoción es la mas adecuada, etc., objeto de la

Segunda parte.

4. En prueba de que Jesús á mas de unirnos con él quiere que subsista esta unión, dijo á la virgen de Alacoque : « Yo te prometo que mi corazón se complacerá en derramar... » Bien lo experimentó ella misma... Experimentólo Claudio la Colombière... Experimentáronlo comunidades enteras, en especial las de la Orden de la Visitación... Experimentáronlo, por fin, personas... *De plenitudine ejus nos omnes accepimus*... El corazón de Jesús es *vita ostium*, dice san Agustín..., *fons aquæ salientis in vitam æternam*, dice san Juan Evangelista. Una lanza homicida la abrió, y una voluntad clementísima quiso que permaneciera abierta. Venid, pues, ... *Haurietis aquas*, etc. ¡ Con qué alegría sacaréis...! Convertidos en otros hombres..., diréis : Alabad al Señor... Feliz el que, guiado por esta devoción, ... *Quam bonum et quam jucundum habitare in corde hoc!* decía san Bernardo... ¿ Qué mas puedo yo desear?... *Inveni cor regis fratris et amici*... Nunca jamás lo abandonaré... Mundo, infierno, vanos serán... En cualquier estado que me halle..., siempre tendré en el corazón de Jesús... En él me refugiaré... *Hæc requies mea*, etc.

SERMON I

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Dabo vobis cor novum. (Ezech. xxxvi, 26).

Os daré un corazón nuevo.

1. Á pesar de la tenaz oposición que la fuerza ó el saber humano suscitaron en un principio contra la tierna y afectuosa devoción del santísimo Corazón de Jesús, vémosla hoy con júbilo florecer admirablemente por todo el orbe católico. Unos trataron de ridiculizarla presentándola cual parto extraño de una imaginación mujeril; otros, entre los cuales contábanse hombres instruidos y considerados, acusábanla de error, y los mas prudentes y cautos la tenían por sospechosa, ó vana, ó enteramente inútil. Looz y gloria, pues, á la mujer fuerte, á la virtuosísima Margarita de Alacoque, á quien Dios escogió para cimentar sólidamente tal devoción y pagarla maravillosamente por toda la cristiandad. Con efecto, en mucho menos de un siglo, despues de haber desvanecido las dudas y superado los obstáculos que se le oponian, vémosla pasar de Francia, donde nació y se desarrolló felizmente, á las comarcas de Italia; de aquí propagarse rápidamente á España, Germania, Bohemia y Lituania; luego, partiendo de Europa y atravesando la inmensidad de los mares, la vemos derramarse por las mas remotas regiones del Canadá y de la China, y establecerse en ellas gloriosamente sobre las ruinas de la idolatría. Sí, oyentes míos, sobre trescientas eran ya en tiempo de José de Gallifet, segun escribia este fiel narrador de las glorias de esta devoción, sobre trescientas eran las piadosas asociaciones instituidas para la práctica de ella, muchas las ciudades y provincias que se habian obligado á celebrar su fiesta, muchísimos los obispos que la habian recomendado con honrosos decretos. Á todos estos timbres hay que añadir los breves de muchos Sumos Pontífices, quienes, además de confirmarla, la

ilustraron y enriquecieron con tesoros de indulgencias. Ahora, pues, que esta devocion está en pacífica posesion de sus gloriosas conquistas, ¿de qué serviría salir á su defensa y rechazar los ataques de unos enemigos que ya no existen? Vuestra piedad, hermanos carísimos, no pide disputas sutiles, sino tiernos afectos que enciendan y aviven en vuestros corazones el amor á esa devocion. Esto supuesto, preescindiendo de toda otra consideracion, voy á proponeros sencillamente dos ideas que demuestran la excelencia y utilidad de una devocion por cuyo medio se realiza la renovacion de nuestros corazones, que el Señor nos tiene prometida por boca de Ezequiel: *Dabo vobis cor novum*. Digo, pues, que esta devocion es la mas propia para unirnos á Jesucristo por los vínculos del amor (primera parte). Esta devocion es la mas adecuada para estrechar y mantener esta misma union (segunda parte). ¿Y qué mayor excelencia puede darse, supuesto que en esta union está cifrada nuestra perfeccion? ¿ni qué mayor utilidad, toda vez que en la intimidad y subsistencia de la propia union se halla cimentada nuestra felicidad? Este es, oyentes míos, el tema que voy á explanar en el presente discurso. Prestadme, os ruego, benévola atencion: *Ave María*.

Primera parte.

2. María Margarita de Alacoque, religiosa de la Visitacion, residente en Parai, ciudad de Borgoña, vírgen dotada de grandes virtudes y gracias celestiales, hallábase un día de la Octava de Corpus orando con el mayor recogimiento delante del santísimo Sacramento expuesto en aquellos días á la pública veneracion, cuando el divino Esposo, que gustaba de conversar á menudo familiarmente con ella, fortaleciendo con una luz superior sus débiles ojos, le hizo ver su corazon atravesado por una profunda herida y despidiendo llamas de ardiente caridad, y le dijo: Contempla mi corazon; mira cuál arde y se consume de amor por los hombres: y sin embargo, en pago de este grande amor tan solo recibo de ellos ingraticudes y pecados, sobre todo en aquel Sacramento donde mas lo he prodigado. ¡Ay de mí! qué cruel angustia padece por ello mi corazon! Mas si tú, hija mía, tienes compasion de mí, y quieres dar algun alivio á mis aflicciones, pídotte que consagres el primer viernes siguiente á la octava de mi cuerpo, á honrar mi contristado corazon; y si procuras que otros te acompañen en esta piadosa

obra, desde ahora te prometo derramar sobre tí mis mas preciosas gracias. Tal es, oyentes míos, el verdadero origen de la devocion al sagrado Corazon de Jesús. Sin embargo conviene advertir que esta devocion no nos ofrece el corazon de Jesucristo como una parte preciosísima de su difunto cuerpo, segregada de los otros miembros y separada del alma, sino que nos lo presenta divinizado por su union con la persona del Verbo, vivo, y animado de aquella vida, que, segun la expresion del Angélico, es vida toda del corazon, vida de amor. En segundo lugar nos lo presenta piadosamente afligido de ver que los hombres, léjos de mostrarse agradecidos á su amor, lo pagan con frialdad é indiferencia, y hasta con injurias y ultrajes. ¿Y no son estos, hermanos carísimos, los medios mas eficaces que semejante devocion puede ofrecernos para unirnos estrecha y amorosamente con Jesucristo? ¿Será posible que ese amor ardentísimo, que, segun la expresion del Profeta, ha derritado su corazon cual blanda cera, no encienda en nosotros fervientes afectos de gratitud? ¿Será posible que al ver la pena acerbísima que ese amante corazon padece por causa de la ingraticud de una gran parte de los hombres, no procuremos aliviarla en cuanto podamos con nuestro reconocimiento?

3. Compadecido Dios del mundo despues del diluvio, y volviendo á él sus misericordiosos ojos, determina y promete que por muchas que sean las iniquidades de los hombres, no volverá á exterminarlos con otro diluvio universal; y en prenda de la promesa que hace á Noé y sus descendientes, pone en las nubes del cielo el arco de paz y alianza. Mira, ó tierra, este arco propicio, contempla en él la señal visible de la bondad de Dios, y deja, si puedes, de tributarle bendiciones y acciones de gracias: *Vide, vide arcum, et benedic eum, qui fecit illum*. (Ezech. XLIII, 12). Decidme, pues, oyentes míos, ¿acaso Jesucristo no procede con nosotros de una manera semejante? Mucho nos ha amado, mucho nos ama; ¡ah! ¿por qué no correspondemos nosotros á su amor? ¿Por qué los miles de objetos hermosos que nos rodean, al paso que tanto llaman nuestra atencion hácia sí, dejan impresa en nuestra mente tan débil idea del amor de Jesucristo? Nuestro Salvador nos dice: Opondré sentido á sentido, y entre las nubes de las cosas creadas, haré brillar á los ojos de los hombres una señal tan resplandeciente, que les embelesará juntamente la vista y el espíritu. Esta señal es mi propio corazon, que abriga dentro de sí una llama inextinguible, y por un prodigio mas admirable que el de la zarza de Moisés, arde

siempre sin consumirse jamás. ¡Ah! ¿podréis contemplarlo, hermanos míos, sin que mil dulces recuerdos acudan á vuestra memoria y embarguen vuestro espíritu? Considerad que este corazón es una parte nobilísima de aquella humanidad de que el Hijo unigénito del Padre se revistió para salvarnos; es aquel corazón que tanta y tan pura alegría experimentó, é infundió tanto valor al cuerpo para recorrer con heroica firmeza la ardua y fatigosísima senda de la redención; es aquel corazón que padeció tantas ansias y congojas por el vivísimo deseo de lavar nuestras culpas en un lavacro... ¡ay de mí! vosotros, azotes, vosotras, espinas, vosotros, clavos, le formásteis este doloroso lavacro, rompiéndole las venas, por las cuales salió á torrentes su preciosa sangre. ¿Podría yo, empero, enumerar los recuerdos todos que suscita la vista de este corazón, corazón que ha dado movimiento y aliento y término á una vida consagrada entera y exclusivamente á nuestro amor? Mas no, no ha dado término á esta vida divina, pues revive inmortal á la diestra del Padre, y sigue ocupándola en beneficio nuestro, no solo en el cielo, donde Jesús es nuestro medianero, propiciación y salud nuestra, sino también aquí en la tierra, donde con admirable consejo de ingeniosa omnipotencia supo hallar medio de permanecer con nosotros, digo poco, de comunicarse íntimamente con nosotros, diré mas, de transformarse casi en nosotros por una inefable sacramental union de su cuerpo con nuestro cuerpo, de su alma con nuestra alma, de su divinidad con nuestra humanidad. ¡Oh humanidad, no debes ya temer tu ruina, pues que sin necio orgullo puedes aspirar á los honores de la divinidad! Mas ahora que este Hombre-Dios nos lo ha dado todo consigo mismo, ¿se verá, por fin, recompensado su corazón? Responded, hermanos míos. Agotados están los inmensos tesoros de su liberalidad, sin que por esto se hayan visto ni con mucho satisfechas las aspiraciones de su amor. Jesucristo nos lo ha dado todo para obligarnos á amarle: estas son sus miras, á esto se encaminan sus deseos, y casi diré los esfuerzos de su incansable munificencia: ¿y qué es lo que obtiene en recompensa? Tibieza, indiferencia, desvío, y ¡ay de mí! horror causa el pensarlo, injurias, desacatos é iniquidades sin fin. ¿Qué hará, pues, Jesús para vencer la obstinada dureza de estos corazones incircuncisos? ¡Ah! cambie, al fin, el amor ofendido en una justa indignación, y los misericordiosos designios en anatemas de maldición! Así opinaba el apóstol san Pablo, y así lo aconseja la recta razón: mas no así opina Jesucristo, que solo consulta los

impulsos de su corazón. Antes que castigarlos, dijo, prefiero atraerme por otros medios. Les haré ver cuánto me contrista y aflige su ingratitud; les mostraré mi corazón rodeado de espinas y chorreando sangre por las profundas heridas que ellos le han causado. ¡Ah! no podrán resistir, no, á tan lastimoso espectáculo: la compasión triunfará, al fin, de su insensibilidad. En cuanto á vosotros, oyentes míos, no me cabe duda que os habeis ya rendido á tantas manifestaciones de amor; pues así me lo aseguran los tiernos sentimientos que veo pintados en vuestros semblantes. ¡Oh devoción, que nos inspiras sentimientos y afectos tales, que ablandan é inflaman los corazones mas duros y tibios! ¡Oh corazón de Jesús! al ver el amoroso fuego que te abrasa, ¿cómo no arderé yo en amor por tí? y al contemplar tus heridas y tu sangre, ¿cómo no he de arrepentirme de mi pasada ingratitud? Siento ya, Jesús mío, la suave violencia de aquella caridad, que, como al Apóstol, me inclina y mueve y casi me obliga á unir en amor mi corazón con el vuestro: *Charitas Christi urget nos.* (II Cor. v, 14): Union estable y firmísima, que, segun dije al principio, es astro de los saludables efectos de esta devoción, como os lo demostraré brevemente en la

Segunda parte.

4. Si, conforme acabais de ver, Jesucristo, con los estímulos de esa devoción no aspira mas que á unirnos con él por los vínculos de la caridad; fácilmente comprenderéis con cuánto empeño ha de procurar la subsistencia de esta union. Bien claramente lo manifestó él mismo á la inclita virgen Margarita de Alacoque. Yo te prometo, la dijo, que mi corazón se complacerá en derramar abundantemente mis gracias sobre aquellos que lo honren y veneren. Bien lo experimentó ella misma primero que otro alguno, creciendo maravillosamente, por medio de esta devoción, en amor y en heroicas virtudes. Experimentólo Claudio la Colombière, hombre, como escribe el erudito obispo Languet, de claro entendimiento, de extensos y variados conocimientos y de consumada virtud, confesor de Margarita, y de quien ella se valió, por mandato del mismo Jesucristo, para propagar la nueva devoción; experimentáronlo comunidades enteras y sobre todo la Orden respetabilísima de la Visitación de María, y lo experimentaron, por último, personas de todas clases y estados, que por este medio obtuvieron tesoros de gracia, de perfección y de salud, segun aquel dogma apostólico:

De plenitudine ejus nos omnes accepimus. Solo de la plenitud de Jesucristo puede provenirnos la gracia; mas si quereis llegar hasta la fuente de ella, introducidos en el abierto costado del Redentor y penetrad en su corazon. Ved aquí, dice san Agustin, *vita ostium*, la puerta feliz de la vida; ved aquí *unde Sacramenta manaverunt*, de donde emanaron los Sacramentos para nuestra santificacion; ved aquí, añado yo con el apóstol san Juan, *fons aquæ salientis in vitam æternam*, una fuente de agua vivificante y eterna. No es esta, no, una fuente cerrada y sellada: una lanza homicida la abrió, y una voluntad clementísima quiso que permaneciera abierta. Venid, pues, hermanos míos, acercaos á esta fuente: *Haurietis aquas in gaudio.* (Joan. XII, 3). ¡Con qué alegría de vuestra alma sacaréis de ese inagotable manantial abundantes aguas de expiacion, de sabiduría, de suavidad, de consuelo, de fortaleza, de proteccion y de gloria! Convertidos en otros hombres totalmente distintos de los que antes érais, os maravillareis de vosotros mismos, *et dicentes in illa die: Confitemini Domino... notas facite populis adinventiones ejus.* Alabad al Señor Dios nuestro, os diréis unos á otros, transportados de júbilo: merced á él, hemos encontrado el secreto tesoro de todas las virtudes y de todas las gracias: sabedlo, ó pueblos, y aprovechaos de este conocimiento. ¡Feliz el que, guiado por esta devocion, cual otra santa paloma vaya á albergarse por entre los agujeros de las piedras en la mística concavidad del corazon de Jesús! ¡Oh! cuán bueno y cuán agradable es habitar en este corazon: *Quam bonum, et quam jucundum habitare in corde hoc!* decia san Bernardo abad, y lo repetirán todos cuantos hagan con él la experiencia. ¿Qué mas puedo yo desear? Este corazon es el corazon de un rey magnífico que nada en las riquezas, de un hermano ternísimo que se consume de amor, de un amigo fiel, que nunca falta á la amistad: *Inveni cor regis, fratris, et amici.* He lo encontrado, sí, y nunca jamás lo abandonaré. Mundo, infierno, vanos serán cuantos esfuerzos hagais para separarme de él. En cualquier estado que me halle, pobre, enfermo, desamparado ó afligido, tendré siempre en el corazon de Jesús un asilo seguro, tranquilo y consolador. En él me refugiaré, en él descansaré, en él acabaré en paz los dias de mi vida: *Hæc requies mea: hic habitabo.* Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Venite ad me, omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. (Matth. XI).

Venid á mi todos los que trabajais y estais cansados, y yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí á ser humildes y mansos de corazon, y hallareis el descanso para vuestras almas.

1. Qué empresa tan imposible he tomado á mi cargo...? Siendo polvo y ceniza ¿me lisonjearé...? ¿Cómo me he de atrever...? Temo profanar... Yo no me avergüenzo de confesar... Perdonadme si en vez de sondear la profundidad de ese divino corazon, os hago ver el interés propio...
2. Cuando os pintamos las venganzas de un Dios airado..., se estremece el pecador mas intrépido, y apenas espera el justo... Cuando os recordamos el espectáculo de un Dios moribundo..., vuestros sentimientos huyen con mas velocidad que nuestras palabras...
3. Hoy voy á conducirlos por el camino de vuestro propio bien. ¿No es verdad que abrigais...? Pues, venid á mí, os diré con Jesucristo, todos los que... Tomad mi yugo..., y hallareis la felicidad... Descubierto está el asunto de mi discurso.
4. *Invocacion*: Estoy en vuestra presencia, soberano Señor,...
5. Si pudiésemos disponer á nuestro arbitrio de nuestro corazon, el mejor uso, dice san Agustin, que podríamos hacer de él sería entregarle enteramente á Dios... Convengo en que esta tierra...; en que la felicidad verdadera...; en que... Males á que estamos sujetos... Solo en el amor y correspondencia á ese divino corazon podemos encontrar...
6. El hombre que ama con sinceridad y hace depositario de su corazon á Jesús..., conoce y confiesa... ¿Qué le faltará, pues, en la prosperidad y en la desgracia?... Cuando llegue á verse próximo

De plenitudine ejus nos omnes accepimus. Solo de la plenitud de Jesucristo puede provenirnos la gracia; mas si quereis llegar hasta la fuente de ella, introducidos en el abierto costado del Redentor y penetrad en su corazón. Ved aquí, dice san Agustín, *vita ostium*, la puerta feliz de la vida; ved aquí *unde Sacramenta manaverunt*, de donde emanaron los Sacramentos para nuestra santificación; ved aquí, añadido yo con el apóstol san Juan, *fons aquæ salientis in vitam æternam*, una fuente de agua vivificante y eterna. No es esta, no, una fuente cerrada y sellada: una lanza homicida la abrió, y una voluntad clementísima quiso que permaneciera abierta. Venid, pues, hermanos míos, acercaos á esta fuente: *Haurietis aquas in gaudio.* (Joan. XII, 3). ¡Con qué alegría de vuestra alma sacaréis de ese inagotable manantial abundantes aguas de expiación, de sabiduría, de suavidad, de consuelo, de fortaleza, de protección y de gloria! Convertidos en otros hombres totalmente distintos de los que antes érais, os maravillaréis de vosotros mismos, *et dicentes in illa die: Confitemini Domino... notas facite populis adinventiones ejus.* Alabad al Señor Dios nuestro, os diréis unos á otros, transportados de júbilo: merced á él, hemos encontrado el secreto tesoro de todas las virtudes y de todas las gracias: sabedlo, ó pueblos, y aprovechaos de este conocimiento. ¡Feliz el que, guiado por esta devoción, cual otra santa paloma vaya á albergarse por entre los agujeros de las piedras en la mística concavidad del corazón de Jesús! ¡Oh! cuán bueno y cuán agradable es habitar en este corazón: *Quam bonum, et quam jucundum habitare in corde hoc!* decia san Bernardo abad, y lo repetirán todos cuantos hagan con él la experiencia. ¿Qué mas puedo yo desear? Este corazón es el corazón de un rey magnífico que nada en las riquezas, de un hermano ternísimo que se consume de amor, de un amigo fiel, que nunca falta á la amistad: *Inveni cor regis, fratris, et amici.* He lo encontrado, sí, y nunca jamás lo abandonaré. Mundo, infierno, vanos serán cuantos esfuerzos hagáis para separarme de él. En cualquier estado que me halle, pobre, enfermo, desamparado ó afligido, tendré siempre en el corazón de Jesús un asilo seguro, tranquilo y consolador. En él me refugiaré, en él descansaré, en él acabaré en paz los días de mi vida: *Hæc requies mea: hic habitabo.* Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Venite ad me, omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. (Matth. XI).

Venid á mi todos los que trabajáis y estais cansados, y yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí á ser humildes y mansos de corazón, y hallaréis el descanso para vuestras almas.

1. Qué empresa tan imposible he tomado á mi cargo...? Siendo polvo y ceniza ¿me lisonjearé...? ¿Cómo me he de atrever...? Temo profanar... Yo no me avergüenzo de confesar... Perdonadme si en vez de sondear la profundidad de ese divino corazón, os hago ver el interés propio...

2. Cuando os pintamos las venganzas de un Dios airado..., se estremece el pecador mas intrépido, y apenas espera el justo... Cuando os recordamos el espectáculo de un Dios moribundo..., vuestros sentimientos huyen con mas velocidad que nuestras palabras...

3. Hoy voy á conducirlos por el camino de vuestro propio bien. ¿No es verdad que abrigáis...? Pues, venid á mí, os diré con Jesucristo, todos los que... Tomad mi yugo..., y hallaréis la felicidad... Descubierto está el asunto de mi discurso.

4. *Invocacion*: Estoy en vuestra presencia, soberano Señor,...

5. Si pudiésemos disponer á nuestro arbitrio de nuestro corazón, el mejor uso, dice san Agustín, que podríamos hacer de él sería entregarle enteramente á Dios... Convengo en que esta tierra...; en que la felicidad verdadera...; en que... Males á que estamos sujetos... Solo en el amor y correspondencia á ese divino corazón podemos encontrar...

6. El hombre que ama con sinceridad y hace depositario de su corazón á Jesús..., conoce y confiesa... ¿Qué le faltará, pues, en la prosperidad y en la desgracia?... Cuando llegue á verse próximo

á concluir su carrera... dirá con el Apóstol: *Cupio dissolvi*, etc...
¿Qué mas puede desear para...

7. Esta es la doctrina que inculcaba con mas energía el Apóstol... El cristiano que ama de veras á su Dios..., será celoso..., hallará gusto en..., perdonará á..., será manso y pacífico..., será amparo de pobres..., será hombre de retiro... Todo lo hallará en el amor á su Dios, y en este amor la felicidad: *Et invenietis requiem*, etc.

8. Debilidad é inconstancia del corazon humano... ¿En dónde hallará el apoyo y la guia...? ¿Acaso en el bullicio..., del mundo? Pero para... ¿En la amistad? ¡Ay!... Desengañaos... *Irrequietum est cor nostrum*, dice san Agustin, *donec*, etc. Todos, el pobre y el rico, el súbdito y el monarca, etc. *Prior dilexit nos*. — *Venite ad me omnes*. — *Fili, præbe mihi cor tuum*. Una palabra, una lágrima, un..., no es menester mas para que este Dios...

9. En el sepulcro fenecen los gustos y deleites del mundo, pero en él empiezan las prosperidades..., y el triunfo del amor divino... Una eternidad dichosa: *Invenietis requiem*, etc.

10. No os alucineis creyendo que su yugo... *In libertatem vocati estis*. — *Ama, et fac quod vis*, dice san Agustin... *Iusto non est lex posita*. Nada, pues, puede dar...

11. El mundo coloca la felicidad en la satisfaccion de las pasiones: pues yo no quiero que vivais sin ellas... Amad á ese divino corazon, y las saciaréis todas... Amor, interés y deseo de gloria, hé aquí las principales pasiones... ¿Quereis amar? Buscad un objeto... Solo Dios es el objeto mas noble... Todos los demás ¿qué variaciones no sufren?... ¿Cómo podréis libertaros de la tiranía de la muerte?... Elegid, pues, un objeto que no puede morir...

12. ¿Quereis satisfacer vuestro interés y vuestra vanidad? Pues no os entregueis... Entregad vuestro corazon á Jesús, y... ¿Quién podrá daros mas que un Todopoderoso...? Todo es suyo... Ninguna cosa de cuantas son capaces de felicidad puede ser feliz sino por él... Vosotros, espíritus celestiales, es verdad que lo contemplais..., pero nunca entrará dentro de vosotros... Nosotros no solo lo contemplamos, sino que nos unimos á él en la sagrada mesa... Indagad, hermanos mios, si en el mundo ó fuera de él hay un objeto..., si hay bienes semejantes á estos bienes...

13. El ejemplo y palabras de los que, alucinados como vosotros, se dejaron arrastrar..., os persuadirán mejor que yo. Ved y contemplad á un David..., á un san Pablo..., á una Magdalena...

14. Oid á la Samaritana... Á un san Agustin... Veréis reyes á

quienes... Veréis pecadores... Veréis vírgenes... Veréis enfermos y moribundos... *Et invenietis requiem*, etc. Considerad, por el contrario, á un Tiberio, á un Neron... Considerémonos á nosotros mismos y confesemos...

15. De ahí debemos inferir que para aprender á ser feliz no hay otra escuela que la del sagrado corazon de Jesús.

16. No pretendo decir con esto... Bueno es unirse los fieles... Lo que Jesucristo nos manda es: *Venite ad me omnes*... *Tollite jugum meum super vos*... *Discite à me quia mitis sum et humilis corde*. Esto lo podemos hacer todos... ¡Qué mal os quereis cuando...! ¿Es posible que...? ¡Infelices sois ciertamente...! Desengañaos ya... Venid á él todos... Jesús mismo nos llama... Hagámosle la entrega de nuestro corazon...

SERMON II

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Venite ad me, omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. (Matth. xi).

Venid á mi todos los que trabajáis y estais cansados, y yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí á ser humildes y mansos de corazon, y hallaréis el descanso para vuestras almas.

1. ¿Qué intento tan temerario, qué empresa tan imposible he tomado á mi cargo al ocupar en este día la cátedra de la verdad? ¡Señor! ¿Esperaré por ventura correr el velo que os oculta á nuestra vista? Siendo polvo y ceniza, peregrino y desconocido hasta de mí mismo, ¿me lisonjearé de conoceros y de dar á conocer á vuestro corazon? ¡Corazon abrasado de Jesús! ¡Amor puro y santo! ¡Caridad celestial! Yo me confundo y anonado al contemplarte. ¿Cómo me he de atrever yo á manifestar los arcanos de tus ocultos caminos? Temo profanar tu gloria, y conozco que solo un apóstol que sabía amar, solo un discípulo que era amado, solo un espíritu bañado de tus luces podrá ponderar algun tanto lo que sois y lo que obráis en las almas que se entregan del todo á vuestra direccion, y se abrasan en vuestros celestiales incendios. Yo no me avergüenzo de confesar, que despues de tanto tiempo aun no conozco á Jesús, á este Dios escondido. Someto mi entendimiento á las verdades eternas que me revela la fe, pero mi tibio y débil corazon no arde en aquel amor divino que comunica su inteligencia. Perdonadme, hermanos míos, si no lleno vuestros deseos, y si para formar el elogio de ese divino corazon tomo un camino nuevo, pero útil, y en vez de entrar á sondear su profundidad, las dulzuras y finezas, los excesos de su amor, os hago ver el interés propio que á vosotros mismos os resulta de amarle. Si logro que vuestros corazones se enciendan en

el amor de Jesús, nada mas deseo ni nada mas necesitais para vuestra dicha.

2. Cuando á este fin intentamos los ministros del Evangelio pintaros las venganzas de un Dios airado; cuando os le representamos con el cáliz de su furor en la mano, cáliz que beberán los réprobos hasta las heces sin poderle agotar jamás, á vista de este espectáculo se estremece el pecador mas intrépido, y apenas espera y se tiene por seguro el justo. Pero ¡ay! que este Dios cuyo temor infundimos no logramos que le améis. Un Dios niño, la tierra bañada con sus lágrimas y despues con su sangre: ¡monte sacrosanto del Calvario, cruz adorable donde fue sacrificada víctima tan grande, quejas, últimos suspiros, silencio de un Dios moribundo...! Cuando recordamos en el santuario este melancólico y augusto espectáculo se mueven á lástima las columnas del templo, y el hombre solo da á entender que nos oye; pero su corazon no se mueve, y muchas veces no nos escucha; ó acaso se da por entendido y despierta un instante, pero inmediatamente se ensordece y se vuelve á dormir. ¡Conmocion pasajera! ¡débil y superficial sentimiento! Semejante al que causó un suceso fabuloso que se recita en un teatro, donde fenece con la relacion que le excita, de modo que vuestros sentimientos huyen con mas velocidad que nuestras palabras, y Dios está, por explicarme así, presente todavía á vuestros ojos, y ya se ha ausentado de vuestro corazon.

3. Hoy voy á conducir os por el camino de vuestro propio bien. ¿No es verdad que abrigais dentro de vosotros mismos una inclinacion á todo lo bueno? ¿No lo es que involuntariamente apetecéis vuestra felicidad? ¿No lo es tambien que trabajáis y os afanais por encontrarla? Pues venid, os diré lo mismo que Jesucristo en las palabras del Evangelio que he elegido por tema: Venid á mí todos los que trabajáis y estais cansados, que yo os refrigeraré. Tomad mi yugo sobre vosotros, aprended de mí, imitad á mi manso y humilde corazon, y aquí hallaréis la felicidad y el descanso para vuestras almas. *Et invenietis requiem animabus vestris.* Tengo descubierto el asunto de mi discurso.

4. Estoy en vuestra presencia, soberano Señor, ante quien tiemblan y enmudecen los Ángeles; y ¿qué podré yo hablar, miserable pecador, sin los auxilios de vuestras luces? Auxilios que solo me atreveré á pedir por la intercesion del sagrado corazon de María santísima. Por el amor y los merecimientos de esta divina Señora dispensadnos vuestra gracia: *Ave María.*

5. El mejor empleo que podemos hacer de nuestro corazon es entregarle enteramente á Dios... Digo, pues, con el Padre san Agustín, que si pudiésemos disponer á nuestro arbitrio de nuestro corazon, el mejor uso que podríamos hacer de él era entregarle enteramente á Dios, no solo para ser perfectos y santos, sino tambien para ser felices y vivir con tranquilidad en esta vida. Convengo en que esta tierra que habitamos es un lugar de destierro y mas feraz de sinsabores que de placeres; en que la felicidad verdadera y permanente está reservada para la patria celestial; en que la felicidad perfecta, como enseña mi angélico doctor santo Tomás, excluye todo mal y sacia todo deseo, y que la vida presente está sujeta á innumerables males que no podemos evitar: á la ignorancia por parte del entendimiento, á los afectos desordenados por parte de la voluntad, y á infinitas penalidades por parte del cuerpo. Que el deseo del bien no podemos saciarle en esta vida, en la que nada hay estable ni permanente, y todo está sujeto á la corrupcion y la muerte: pero es preciso convenir en que si hay ó puede haber alguna felicidad aunque imperfecta en esta vida, como admite el mismo santo Doctor; si el hombre es capaz de gozar en esta vida las primicias de la paz y del contento interior, las hallará ciertamente, no en las riquezas, en los honores, en la fama, en la potestad, en los deleites, sino en el amor y correspondencia á ese divino corazon de Jesús.

6. El hombre que ama con sinceridad y hace depositario de su corazon á Jesús, su Señor y su Dios, conoce y confiesa su poder, su bondad, su providencia, su justicia y todas sus infinitas perfecciones y atributos. ¿Qué le faltará, pues, para vivir en la dulce calma que caracteriza al corazon del justo? ¿Qué podrá perturbar su alegría y su reposo? ¿Qué males le pueden alligir? ¿Qué bienes no puede esperar? Al verse bajo la proteccion poderosa de un Dios justo se gloriará en el Señor, en la prosperidad y en la desgracia: si sus enemigos se levantan contra él, no temerá, porque está firmemente persuadido de que está de su parte el Señor. Si desaparecen sus bienes, no por eso desaparecerá la tranquilidad de su corazon, porque cree que el Padre celestial apacienta á los animales y las aves que ni siembran ni recogen, y viste y adorna majestuosamente á las flores del campo. Cuando llegue á verse próximo á concluir su carrera y exhalar el último suspiro, crecerá su gozo y consolacion contemplándose mas inmediato á gozar el complemento de sus ansias y deseos, y dirá como el Apóstol: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*. Al hombre que ama á su Dios ni le abaten las desgracias, ni le en-

soberbecen las honras, ni los enemigos le arredran, ni los aplausos, ni los insultos y desprecios, ni la vida ni la muerte arrancan de su corazon el sosiego y la quietud en que rebosa; ¿qué mas puede desear para ser feliz en esta vida?

7. Esta es la doctrina que inculcaba con mas energía el Apóstol á los primeros fieles: No os fatiguis, hermanos míos, les decia, no os fatiguis en buscar sendas y caminos para llegar á ser perfectos; sea todo vuestro estudio y cuidado el echar hondas raíces en el amor de Dios, y aquí lo encontraréis todo. *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. El cristiano que ama de veras á su Dios no carecerá de ninguno género de virtudes. Será celoso para ofrecer á Dios el holocausto de su corazon, porque es imposible amarle y no entregársele todo: hallará gusto en los rigores de la penitencia, porque es imposible amar á un Dios crucificado, sin amar su cruz: perdonará á sus mas injustos perseguidores, porque en los enemigos que le aborrecen no verá sino la mano vengadora, aunque de padre piadoso, de un Dios á quien ama: será manso y pacífico, porque nuestros antojos y desabrimientos proceden del amor propio á quien reprime y destruye el amor de Dios: será amparo de pobres, porque no tendrá corazon para ver correr las lágrimas de aquellos por quienes Jesucristo derramó su sangre: será hombre de retiro y oracion fervorosa, porque cuando se ama á Dios se le habla con gusto, y se le oye con deleite. *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. En una palabra; para tener todas las demás virtudes solamente le faltará la ocasion de practicarlas, y si no las tiene, procurará tener este mérito por medio del deseo y de la voluntad. Todo lo hallará en el amor á su Dios. Luego en este amor se encuentra la felicidad de esta vida. *Et inveniatis requiem animabus vestris*.

8. Una caña frágil que está para caer y postrarse en tierra; una hoja que se deja arrebatarse de todo viento es la imagen del corazon del hombre considerado en sí mismo. ¿En dónde hallará el apoyo y la guia que le sostenga y conduzca á la quietud y el descanso? ¿Acaso en el bullicio, en el estrépito y en los desahogos y las diversiones del mundo? Pero para un gusto momentáneo ¿cuántos dias hay tristes y desasosegados? ¿Deleites vanos que solo llegan á la superficie del alma, y que por vivos y activos que sean no penetran hasta sus profundos senos! ¿Los penetrará acaso el halagüeño gusto de la amistad? ¿Ay amados míos! Quiera la Providencia preservar milagrosamente vuestro corazon de tantas falsas y aparentes amistades que son la burla del alma y el velo de la traicion; de

tantas amistades interesadas que se terminan en la fortuna sin llegar hasta la persona. Desengañaos, os diré con san Agustín; por mas escollos que evite vuestro corazón no se verá libre de tempestades, ni dejarán de oprimirle pesadumbres y desabrimientos hasta que descansa en el amor de su Dios: *Irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te*. Si, solo este amor divino puede dar la paz á vuestras almas, porque en él solo hallaréis la dulzura de la mas grata y sincera correspondencia. *Diligentes me diligo*. El pobre y el rico, el súbdito y el monarca, el grande y el pequeño, el sábio y el ignorante, el hombre mas defectoso y el de mayores prendas, hombres de todos caractéres, de todos estados, de todas condiciones, á tí, hermano mio, quienquiera que seas, á tí te ama Dios con toda la efusion de su corazón; aun no le conocias, y él te amaba: *Prior dilexit nos*. No pensabas en él, y él te escogió para sí: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos*. Aunque es tu Criador no quiere ser ni llamarse tu dueño, sino tu amigo: *Jam non dicam vos servos, dixi vos amicos*; y ansioso por mostrarte el amor mas fino, te brinda generosamente con todos sus tesoros: *Omnia mea tua sunt*. No, no temas aspirar á la conquista del corazón de tu Dios: tuyo es si le quieres, y todo él está á tu disposición; él mismo se anticipa á tus deseos, él te llama, te convida: *Venite ad me omnes*; él te pide tu corazón para obligarte á que le pidas el suyo: *Fili, prabe mihi cor tuum*. Su amor es inmutable y constante; jamás se apartará de tí si tú no te resuelves temerariamente á apartarte de él, y ¡oh bondad infinita de tan amante corazón! aun despues de haberle ofendido, injuriado y perdido su amistad puedes fácilmente recobrarla: *Si impius egerit penitentiam, omnium iniquitatum ejus quas operatus est non recordabor*. Una palabra, una lágrima, un suspiro que salga de un corazón verdaderamente contrito, no es menester mas para que este Dios amorosísimo nos admita otra vez á su gracia, olvidándose de la traicion que le hicimos y del ultraje con que tratamos á su amor.

9. El sepulcro, tan funesto para los amigos del mundo, ¿qué es de lo que á tí te privará? Ó por mejor decir, ¿qué es lo que no te dará? En él fenecen los gustos y deleites de las felicidades humanas, pero en él empiezan las prosperidades, el reino, el triunfo del amor divino. Dios estará con nosotros y nosotros con él por toda una eternidad. *Invenietis requiem animabus vestris*.

10. Si en sentir del Padre san Bernardo, el desenfreno de las pasiones reduce al hombre á una servidumbre vergonzosa; no así

el amor del Señor. No os alucineis creyendo que su yugo es áspero é insoportable y su carga es pesada, no, no creais que no es dable amar á Dios sin estar sujetos á una rigurosa esclavitud; al contrario, en su amor hallaréis la verdadera libertad y la mas suave independencia. El Apóstol os la ofrece, ella os espera y os convida: *In libertatem vocati estis*. Amad á Dios, añade san Agustín, y al momento pondrá en vuestras manos su cetro y sus derechos. *Ama, et fac quod vis*. Amad á vuestro Dios y obrad luego segun las leyes de vuestro antojo y de vuestro gusto, porque entonces ya no querréis sino lo que Dios quiere, ni apeteceréis sino lo que Dios apetece, ni desearéis sino lo que Dios desea, y aunque no hubiera ley de Dios que os mandara, solamente por agradarle y complacerle cumpliríais toda su voluntad. *Justo non est lex posita*. Nada, pues, puede dar el descanso y felicidad á nuestras almas sino el amor á Dios.

11. Voy á manifestaros lo que á primera vista os parecerá una paradoja. El mundo busca toda su felicidad en la satisfaccion de las pasiones: pues yo no quiero que vivais sin ellas, quiero que las deis la mas completa y debida satisfaccion, y en el amor á Jesús las satisfaceréis todas. Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; ó lo que es lo mismo, amor, interés y deseo de gloria son las pasiones del hombre de donde se derivan todas las demás. Amad á ese divino corazón, os repito, y las saciaréis todas. ¿Deseais emplear á vuestro corazón en amar? Pues buscad un objeto á quien podais entregaros con una total confianza y completa satisfaccion, sin sustos y sin sobresaltos; un objeto que sea digno de vuestro afecto, y abandonaos entonces al júbilo y al gozo interior en que se verá anegada vuestra alma. Y qué, ¿vuestro corazón espera, pide, busca todavía este objeto? Con qué ¿no conoceréis, ni querréis conocer todavía á vuestro Dios? Solo él es el objeto mas noble, el mas excelente: su grandeza, su majestad, sus perfecciones, le hacen amable en sí mismo y por sí mismo. Todos los demás objetos ¿qué variaciones no sufren? Mudanzas de fortuna que los levanta y abate sin motivo; mudanzas que el tiempo introduce por el orden incontrastable de la naturaleza; mudanzas de la voluntad que á pesar de las promesas y de los mas firmes y sólidos juramentos es mas voluble que una hoja de árbol expuesta á los vientos. Si no podeis vosotros fijar vuestra misma voluntad y ser señores de ella como quisiérais, ¿qué esperanza podeis tener de asegurar la voluntad ajena? Supongamos, á pesar de todo, que sois dueños de ella, ¿cómo podréis libertaros de la tiranía de la muerte?

¿De la muerte que cuando tengais al objeto de vuestro amor mas estrechamente apretado entre los brazos de vuestra alma, entonces hará alarde de arrancároslo con violencia, llevándoos con él la mitad de vuestro corazon? Entonces os desengañaréis de que el objeto que reputábais por sólido y firme se disipó como el humo, y huyó como la sombra dejándoos un deseo verdadero que os atormente, os aflija y os haga morir. Pues si esto es así, elegid un objeto que no puede morir; un objeto que ni se pueda mudar; un objeto tan hermoso que nunca fastidie; un objeto de cuya correspondencia podais tener una completa y total certidumbre y seguridad, y todo lo hallaréis amando á ese divino corazon.

12. ¿Ansiais por satisfacer vuestro interés y vuestra vanidad? Pues no os entreguéis á unos bienes caducos y perecederos, no os contentéis con el humo de unos incienso corruptibles que hoy tenéis y mañana os faltarán; no mendiguéis vilmente los intereses y las honras; entregad vuestro corazon á Jesús, y vuestra ambicion y soberbia quedarán mas que sobradamente satisfechas y contentas. ¿Quién podrá daros mas que un Todopoderoso, y un Todopoderoso ciego de amor por vosotros, si es lícito explicar así lo inmenso de sus cariños? Todo es suyo, de todo puede disponer á su arbitrio; los límites de su poder es su voluntad; la masa de donde extrae las criaturas, la nada; su imperio todo lo que existe; el cielo y los astros, dice la Escritura, son el lecho donde reposa; la tierra y los mares, la base de su trono; las alas de los vientos y las impetuosas olas, el apoyo y descanso de sus piés; las luces del sol y de las estrellas, un destello amortiguado de su resplandor; las prosperidades y la decadencia de las monarquías, una risa de su providencia; lo pasado, lo presente y lo futuro, un instante indivisible que registra con una simple mirada: él es el autor de todo, él no depende de nadie, él solo es feliz porque nada puede aumentar ó acelerar su felicidad, y porque ninguna cosa de cuantas son capaces de felicidad puede ser feliz sino por él. Él solo es justo, santo, perfecto, libre... No intentemos engolfarnos mas en la profundidad de este piélago inmenso de gloria, de majestad, de santidad, de grandeza, de perfecciones... Vosotros, espíritus celestiales, os compadeceis de los inútiles esfuerzos con que probamos á pintarle: bien sabemos que no alcanzamos mas que á brujulearle y que vosotros le veis. Sin embargo, ¿me atreveré á pronunciarlo? En medio de la diferencia de vuestro estado y el nuestro, con infinito exceso quedais inferiores á nosotros; porque es verdad que le veis y que pasaréis

toda la eternidad en considerarle y contemplarle, pero nunca entrará dentro de vosotros, nunca será vuestra comida, vuestra bebida y vuestro alimento; nunca podréis, como nosotros, unirnos, estrecharnos y hacernos una misma cosa con él. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet, et ego in illo.* Nosotros no solo podemos contemplarle, sino que uniéndonos á el en la sagrada mesa nos hacemos tan fuertes, tan ricos, tan poderosos, una misma cosa con él. *In me manet, et ego in illo.* Indagad, hermanos míos, indagad si hay en el mundo ó fuera de él objeto alguno que pueda llenar mas cumplidamente la medida de vuestro corazon. Si hay bienes semejantes á estos bienes, si hay honras que se parezcan á estas honras, y si fuera de aquí hallaréis una vida y una felicidad eterna: *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.*

13. Dejaré de hablar para daros lugar á oír á los que, alucinados como vosotros, se dejaron arrastrar por algun tiempo de los encantos del mundo y despues se volvieron á Dios: y su ejemplo y sus palabras os persuadirán mejor que yo, que en el amor de Dios encontraron, no una felicidad imaginaria, una felicidad equívoca y falaz, una felicidad transitoria y sembrada de sinsabores y disgustos, sino la felicidad verdadera, permanente, inalterable, ajena de todo remordimiento, la paz y el descanso de sus almas, que no pudieron hallar entre los placeres del mundo. Un David se aflige y entristece en medio de los deleites y riquezas, y repite mil veces que solo es feliz el que entrega su corazon al Señor. Un Pablo, despues que gusta las dulzuras del amor de Dios, no acierta sino á aborrecer y denunciar las del mundo: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* Preguntad á la Magdalena qué se han hecho sus amadores, dónde fueron á parar sus adornos y sus galas, cuándo vuelve á sus antiguas amistades y diversiones, y os dirá con su ejemplo que ya no acierta á otra cosa que á amar mucho á Jesús y buscarle hasta en el sepulcro.

14. Oid á la Samaritana suspirar con mas ansia por las dulzuras de la virtud y la gracia que por los deleites del vicio. *Domine, da mihi hanc aquam.* Á un san Agustín confesar que su corazon estuvo inquieto, aun en medio de los encantos mas halagüeños del placer y del desenfreno, hasta que descansó en el amor de su Dios. Veréis reyes á quienes el amor y celo por la honra y gloria de su Dios llenó mas su corazon que la magnificencia y aparato de sus tronos. Veréis pecadores convertidos en mártires saltando de alegría en medio de los mas acerbos tormentos, porque en el amor á su Dios

hallan todo su placer. Veréis vírgenes en la primavera de sus años huir y detestar los deleites que las solicitan, por entregar todo su corazón al Esposo divino de sus almas. Veréis enfermos y moribundos que esperan con una santa resignación el término de sus días, porque en el amor al Señor hallan todos los socorros de sus almas: *Et invenietis requiem animabus vestris*. Considerad, por el contrario, á un Tiberio, á un Neron, á un Judas, á un Diocleciano, á un Arrio, á un Calvino, á quienes ni los tronos, ni el poder, ni los aplausos y obsequios calmaban los temores é inquietudes producidos por sus horrendos crímenes que á todas partes los acompañan y sobresaltan. Considerémonos á nosotros mismos, y confesemos ingenuamente qué es lo que pasa en nuestra alma cuando nos entregamos al vicio. El horror, la vergüenza, el miedo de los suplicios que á todas horas nos atormenta, el peligro de la muerte que á todas horas nos asusta, la memoria del juicio que en todas partes nos perturba, ¿qué estado puede darse más infeliz y desgraciado? Y más infeliz y terrible aun, si el pecador nada siente y ha conseguido ser sordo á sus interiores remordimientos; porque entonces no deja traslucir esperanza alguna de salud.

15. Dirémos, pues, que si hay felicidad en esta vida, solamente se encuentra en el amor del Señor; que ni el mundo, ni los deleites, ni las riquezas, ni los aplausos pueden aquietar nuestro corazón, y que para aprender á ser feliz no hay otra escuela que la del sagrado corazón de Jesús.

16. No pretendo decir con esto, que sea preciso ser individuo de alguna esclavitud ó corporación destinada á dar un culto especial al corazón de Jesús. Bueno es unirse los fieles con un objeto tan piadoso y cultivar una devoción tan útil y que tantos beneficios reporta, y tan enriquecida está de los bienes del tesoro de la Iglesia; pero no es necesario, ni yo exijo tanto de todos. Lo que Jesucristo nos manda es: Que vengamos á él todos: *Venite ad me omnes*. Que cumplamos su ley santa: *Tollite jugum meum super vos*. Que sigamos su ejemplo y seamos humildes y mansos de corazón: *Discite à me, quia mitis sum et humilis corde*. Esto lo podemos hacer todos en todos los estados y todas las condiciones. Pues ¿qué delirio enemigo de nuestra paz nos agita cuando le robamos á Dios nuestro corazón y le sometemos á la servidumbre vergonzosa del mundo? Hombres engañados, ¡qué mal os quereis cuando inclináis vuestro corazón á las cosas de la tierra! ¿Es posible que habeis de sujetar ese corazón tan tierno, tan compasivo, tan fácil, tan pronto de recibir las im-

presiones del temor, de la inquietud; ese corazón tan digno de ser amado, que sabe amar con tanta fineza, que con tanta dificultad se desprende de lo que ama; es posible, digo, que le habeis de sujetar al yugo pesado del mundo, de ese mundo extravagante y antojadizo, de ese mundo altanero y soberbio, de ese mundo inconstante y mudable, de ese mundo ingrato y desleal? ¡Infelices sois ciertamente si le amais, y más todavía si sois amados! Desengañaos ya, que no gozará vuestro corazón de tranquilidad y reposo hasta que descansen en el amor de aquel Dios invariable y eterno. Venid á él todos, y en él hallaréis el descanso de vuestras almas. Jesús mismo nos llama, nos convida, nos aguarda; acerquémonos á él y hagámosle la entrega de nuestro corazón, postrémonos en su presencia y suspiremos porque todos alaben, bendigan y glorifiquen al santísimo corazón de Jesús, que todos le amen para ser felices en esta vida y después en la eterna. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Improperium expectavit cor meum et miseriam, et sustinui qui simul contristaretur et non fuit, qui consolaretur et non inveni.
(Psalm. LXVIII, 21).

Mi corazón esperó el improperio y la miseria, y esperé que alguno se contristara conmigo y no le hubo, y quien me consolara y no le hallé.

1. Durante diez siglos la paz de la Iglesia no fue perturbada, y nada anunciaba que debiese serlo su fe en el Sacramento del altar...
2. Todos los demás dogmas habian sido combatidos por los tiranos, los herejes y los filósofos; pero el Sacramento del altar... En el siglo X, y con mas furor en el XV una turba de herejes...
3. Algunos falsos místicos... los Jansenistas secundaron los conatos... Los verdaderos y fieles cristianos lloraban... Contemplaban... Consideraban... Les parecía oír al mismo Jesús diciendo: *Improperium expectavit cor meum*, etc., y en vista de estas quejas amorosas... San Francisco de Sales... sor Margarita María Alacoque...
4. Durante un siglo entero esta devocion tuvo tan grandes protectores como detractores y enemigos... Á pesar de los esfuerzos y obstáculos... La Iglesia no sólo aprobó esta devocion y destinó un día..., sino que franqueó sus tesoros... Hoy nos reunimos á honrar..., á ese divino corazón..., y en elogio suyo y aprovechamiento nuestro voy á manifestar el objeto de dicha devocion y su utilidad.
5. El objeto principal de este culto no es otro que la persona de Jesucristo, segun que consta de su divinidad y humanidad... Todo y de todos modos es adorable y adorado Jesús. Él mismo nos da á conocer á su persona por su corazón: *Improperium expectavit cor meum*, etc.
6. No es el corazón físico de Jesús el término último al cual se dirige nuestra devocion, sino el mismo corazón como lugar ó asiento donde...

7. No solo deploramos aquí las injurias que los herejes y apóstatas..., sino tambien las de los cristianos de puro nombre que como Judas... Contemplamos tambien la indiferencia y tibieza de tantos otros fieles, que...

8. *Ignem veni mittere in terram*, etc., dice Jesús. ¿Qué desagrado deberá, pues, percibir...? Aunque no sea ya capaz de dolor..., es intolerable en nosotros... *Adimpleo ea que desunt passionum Christi in carne mea*. Lo mismo hemos de hacer nosotros, y por cierto que mal suplimos en nuestro corazón...

9. El objeto, pues, de esta devocion no es solamente adorar..., sino condolernos de las injurias que todo Jesucristo recibe...

10. ¿Habrà algun cristiano que tenga por inútil y supérfluo...? ¿No será del agrado de Jesús...? ¿No deberán unirse á este objeto todos los cristianos...?

11. *Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit, qui*, etc., dice David en boca del Salvador. No hay dolor igual para un corazón noble y sensible que ver hechos insensibles é indolentes á... Exclamaciones de la Escritura contra los ingratos... Por lo tanto, dice san Bernardo, acerquémonos al corazón...

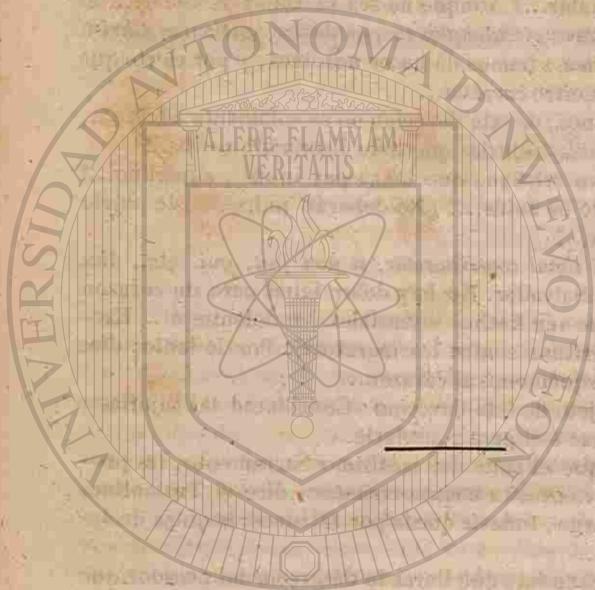
12. Tal es el objeto de esta devocion: Considerad las injurias y desacatos... Llegarse á él para consolarle...

13. Verdad es que el culto del santísimo Sacramento, las procesiones solemnes... *Decuit victricem veritatem*, dice el Tridentino, *hunc de...* Sin embargo, todavía queda por satisfacer la queja de Jesús: *Improperium...*

14. En todo pecado hay que llorar la desgracia del pecador que lo comete, y el agravio y desprecio de Dios contra quien se comete... Esto indicó Jesús al decir: *Nolite flere super me...* Llórese enhorabuena, dice san Agustín, la muerte y pasion de..., pero llórense principalmente las culpas... Los discípulos, la Magdalena, etc., se dolian carnalmente de..., y Jesús queria que su tristeza... En esto procuran acompañar á Jesús los que honran su corazón.

15. ¿Necesitaré ya detenerme á manifestar la utilidad de esta devocion tan...? Os diré con el venerable Granada... Os diré que el que considere y sienta... Os diré con san Pedro Damiano..., y con san Bernardo... Os diré que el hielo mortal... Os diré que el corazón de Jesús... Os diré que acercándonos al divino corazón de Jesús, oírémolos que nos trata como á la Magdalena, á la Samaritana, á Pedro, etc.

16. Frecuentad esta devoción...; doleos con Jesús...; acercaos á él, y el fuego del amor divino en que arde no podrá menos de ablandar la dureza de vuestros corazones; empezarán estos...; gustarán las dulzuras...; suspirarán, en fin, por unirse para siempre con el amado de su alma en...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON III

SOBRE LA FESTIVIDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Improprium expectavit cor meum et miseriam, et sustinui qui simul contristaretur et non fuit, qui consolaretur et non inveni.
(Psalm. LXVIII, 21).

Mi corazón esperó el impropio y la miseria, y esperé que alguno se contristara conmigo y no le hubo, y quien me consolara y no le hallé.

1. Diez siglos contaba de existencia la religion de Jesucristo sin que hubiese sido perturbada la paz con que creía y de la que gozaba su Iglesia acerca de la fe del Sacramento del altar. Las Escrituras sagradas, la tradicion apostólica, la confesion uniforme de todos los santos Padres y la fe extendida y defendida por todos los fieles, no dejaban lugar á temer algun error contra este inefable misterio del amor inmenso de nuestro Salvador Jesús.

2. Aunque los tiranos con sus tormentos, los herejes con su malignidad y los filósofos con sus sofismas habian probado á destruir la firmeza de todos los demás dogmas de nuestra Religion, el Sacramento del altar tomado por los fieles habia sido el misterio de fe con que habian sostenido la de los otros misterios y verdades cristianas. En el siglo X y con mas furor en el XV apareció un torrente de herejes empeñados en destruir la fe del único sacrificio y el mayor Sacramento de nuestra Religion.

3. Á este impío designio dirigian tambien sus ocultos conatos algunos falsos místicos que pretendian que debia contemplarse solamente la espiritualidad de Dios, excluyendo de nuestra meditacion la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Todos los errores que tendian á borrar la fe y destruir la adoracion del Sacramento adorable de la Eucaristía, y el empeño tambien con que procuraban los llamados Jansenistas apartar á las almas de la frecuente comunion, con el pretexto de que la recibiesen con mas temor y mas prepara-

cion, atrajeron sobre el Sacramento de nuestros altares un diluvio de profanaciones, sacrilegios y abominaciones que no es posible referir. Los cristianos verdaderos y fieles lloraban llenos de dolor, así el desvío, la tibieza y frialdad de los mismos cristianos, como las blasfemias y sacrílegos insultos de los herejes. Contemplaban la imponderable ingratitud de los unos, y el ciego furor de los otros contra el misterio que era la obra del amor y la sabiduría omnipotente de un Dios-Hombre. Consideraban el íntimo dolor que, hablando según el modo humano, sentiría el corazón ó el alma de Jesucristo al verse tan mal correspondido de aquellos mismos á quienes había sentado á su mesa para alimentarlos con su cuerpo y con su sangre, y estas consideraciones causaban en aquellas almas un dolor semejante. Les parecía oír al mismo Jesús lo que antes había dicho de él el real Profeta: «Mi corazón esperó el improperio y «la miseria, y esperé que alguno se contristara conmigo y no le «hubo, y quien me consolara y no le hallé;» y en vista de estas quejas amorosas de nuestro Salvador comenzó á despertarse en las almas sensibles y piadosas la contemplación de las injurias é ingratitudes que llovían sobre el amante corazón de Jesús. Estos santos y nobles sentimientos los extendían é inflamaban los discípulos y discípulas de san Francisco de Sales, fundándose no solo en revelaciones privadas y en lo que el Señor se dignaba manifestar á su sierva sor Margarita María Alacoque, religiosa de la Visitación del monasterio de Paroy, en el ducado de Borgoña, á quien destinó el Señor para dar á conocer al mundo la devoción al corazón sagrado de Jesús, sino también en la doctrina segura y la piedad sólida del santo Obispo, su maestro y fundador.

4. Jamás ha habido en la Iglesia alguna verdadera devoción que haya sido tan resistida y tan probada como esta. Tuvo tan grandes protectores, como detractores y enemigos por el espacio de un siglo entero. Y ¿cómo no habían de oponerse á que se uniesen los fieles á consolar á Jesús de los improperios que sufría en el Sacramento del altar los que querían borrar la fe de este Sacramento y los que no querían que se contemplase jamás la humanidad de Jesucristo y su pasión, ni los ultrajes que recibió en la cruz y que recibe en la hostia pacífica del misterio de su cuerpo y de su sangre? El Señor lo dispuso, y así ha sucedido. Á pesar de los esfuerzos y obstáculos de todo género; á pesar de la crítica maligna de enemigos poderosos, creció el celo de los amantes de Jesús por honrar á su corazón y desagraviarle, dándole mayor culto que agra-

vios pudiera acumular la impiedad contra las finezas de su amor en el Sacramento. La Iglesia, en fin, aprobó solemnemente esta devoción, y destinó un día para honrar con oficio y misa propia al sagrado corazón de Jesús, y ha dado no solo su aprobación á las muchas confraternidades y esclavitudes que por toda la cristiandad se han erigido bajo el título del sagrado corazón de Jesús, sino que ha franqueado en beneficio suyo sus tesoros, concediendo innumerables indulgencias y gracias. Hoy nos reunimos á honrar y ofrecer nuestros cultos y nuestros consuelos á ese divino corazón, nos gloriamos de estar asociados en su nombre y de pertenecerle, somos sus devotos, y en elogio de este mismo corazón y aprovechamiento nuestro voy á manifestaros el objeto de la devoción del sagrado corazón de Jesús y su utilidad.

Inflamad mi corazón en el incendio divino en que arde el vuestro, dulce Jesús, para que yo logre que todos os amen y sean vuestros verdaderos devotos. Dadnos vuestra gracia por la intercesión de vuestra Madre: *Ave María*.

5. No tiene por qué embarazarse el cristiano cuando se trata del objeto de la devoción al corazón sagrado de Jesús. El cristiano sencillo y enemigo de rodeos sabe y dice con seguridad que el objeto á que se ordena el culto que se da al corazón de Jesús, es el mismo Jesús según su divinidad y humanidad, y según que mira y juzga su alma ó su corazón las injurias que hacen los hombres inícuos á la mayor obra de su amor. Así, dice mi angélico doctor santo Tomás, son adorables con culto de latría todas y cada una de las partes de la santa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, sea el pié, la mano, la cabeza, el costado. El objeto principal de este culto no es otro que la persona de Jesucristo según que consta de su divinidad y humanidad. El que besa ó adora los piés de Jesucristo crucificado ¿á qué otro objeto dirige su devoción sino al mismo Jesús? ¿Á qué otro objeto tiende el que besa sus rodillas ó alguna de sus llagas? Si jamás se ha entendido entre los cristianos que hubiese otro objeto en la adoración del pié, la mano ó cualquiera otra parte de Jesucristo, que el mismo Jesucristo, que se significa bien en cualquiera de dichas partes, ¿no se entenderá lo mismo y se significará lo mismo con su corazón? ¿Á qué perderse en preguntas ociosas de si es el corazón separado ó unido, si es el corazón físico ó simbólico? Todo y de todos modos es adorable y en todo es adorado Jesucristo. Él mismo nos da á conocer á su persona por su corazón. Mi corazón esperó el improperio y la miseria, nos dice en boca del Profeta

rey; y si esperó su corazón esperó su alma, su divinidad, toda su persona.

6. Confesemos sinceramente que el término último á que se ordena la devoción al corazón de Jesús y sus ejercicios no es puramente el corazón físico de Jesús, aunque adorable con culto de la tría como la persona de Jesucristo, sino como lugar ó asiento donde creemos racionalmente que pasan los mas finos sentimientos de amor y de la ingratitud, con que no solamente los infieles y herejes, sino tambien los cristianos respondemos á los beneficios infinitos que Jesucristo nos hace en el Sacramento del altar.

7. No solamente contemplamos aquí las injurias atroces que los herejes y apóstatas de nuestra Religion han hecho y hacen cada día al Sacramento de la carne y la sangre de Jesucristo, sino que juntamos á estas las que añaden los cristianos de puro nombre, y que sumergidos en sus malas costumbres, en sus ocasiones próximas, en sus usuras, tratos ilícitos y demás vicios se llegan al altar y le reciben sacrilegamente como Judas. Contemplamos tambien la indiferencia y tibieza de tantos otros fieles, que aunque no se lleguen á recibir este Sacramento en pecado, llegan obligados del precepto, frios, con poca fe y sin aquel fervor y santas disposiciones que pide un beneficio tan grande.

8. Jesucristo, que vino á poner fuego á la tierra y que nada desea tanto como el que se enciendan en este fuego del amor divino las voluntades y los corazones de todos, ¿qué desagrado tan indecible deberá percibir al ver con su admirable y penetrante ciencia la insensibilidad de unos, la tibieza de otros, el menosprecio de estos, el odio infernal de aquellos contra el Sacramento de su cuerpo, en que dejó este fuego sagrado, poderoso y eficaz para encenderlo todo? Si el Señor fuera susceptible de alguna pasión, de dolor ó de pena, sería mayor esta que todas las penas del infierno, por ver menospreciado de esta suerte todo su amor por nosotros, y todos sus esfuerzos que su infinito poder y sabiduría puso en este misterio para santificarnos y hacernos infinitamente dichosos. Pero aunque nuestro divino Salvador no sea ya capaz de dolor, ni pasible por su divinidad é inmortalidad, es intolerable en nosotros el querer ser insensibles por nuestra malicia. Si, como nos dice el Apóstol, debemos suplir en nosotros las pasiones que faltaban cumplir á Jesucristo en su cuerpo y en su alma, conoceremos que mal suplimos en nuestro corazón las pasiones que ya no puede Jesucristo padecer en el suyo ni en su cuerpo, y que por esta falta venimos á hacernos un objeto

cási tan desagradable para Jesucristo como los mismos que le aborrecen y ultrajan. Como estas pasiones se sienten de ordinario en el corazón, porque allí hierve la sangre con el celo, ya de la honra propia, ó de la de nuestros amigos, nos aproximamos por esto al corazón, y le tomamos por señal, por empresa y por la parte mas herida y sensible de estas pasiones.

9. No es, pues, el objeto de la devoción al sagrado corazón de Jesús adorar solamente la carne del corazón ni de todo Jesús, sino principalmente condolerse de las injurias que todo Jesucristo recibe en el Sacramento del altar, y que deben hacer, á nuestro modo de sentir, una herida insondable y causar un dolor inmenso en su santísimo corazón.

10. ¿Y habrá algun cristiano que conozca á Jesucristo, y le ame algun tanto, que tenga por inútil y supérfluo tan importante y admirable objeto? ¿Y no será del agrado de Jesucristo sentir sus ultrajes en un tiempo en que resfriada en tanto grado la caridad y piedad no se halla en los cristianos sino la frialdad, el endurecimiento, la indolencia de sus pecados y de los de todo el mundo, y la insensibilidad á las voces de Dios, de la Religion y de la razon? ¿en un tiempo en que tanto se han multiplicado los enemigos de Jesús y de su venerable Sacramento? Pues á oír las quejas y sentimientos de Jesús y condolerse con él, es á lo que se reúnen los adoradores del corazón de Jesús. ¿No deberán unirse á este objeto todos los cristianos y lavar con sus lágrimas no solamente los pecados propios, sino los de tantos pecadores sacrilegos que manchan el tabernáculo de Dios y derriban su santuario?

11. El real Profeta despues de hacernos una relacion del estado de desolacion, abatimiento y tristeza de Jesucristo y de su alliccion y dolor, nos pinta la pasmosa ingratitud de los hombres y aun de sus escogidos, y por eso nos dice en el salmo LXXVIII en boca de Jesucristo: Mi corazón esperó el improperio y la miseria, y aguardé que alguno se contristara conmigo y no le hallé, y quien me consolara y no le hubo. Esta es la hiel mas amarga que he comido, y el vinagre mas acerbo que pude gustar en mi sed. Y á la verdad, no hay dolor igual para un corazón noble y sensible que ver hechos insensibles é indolentes á aquellos por quienes padece. Volví la consideracion hácia otro lado, decia el Eclesiastés, y ví que entre las calumnias graves y máximas que suceden debajo del sol, no habia otra mayor que no aparecer algun consolador á las lágrimas y la opresion de los inocentes; y por tanto tuve por mas dichosos á los

mueertos que á los vivos, y mas que á unos y á otros á aquellos que nunca nacieron. Entre los delitos que cometieron contra José sus hermanos el que se pondera mas es, el haberse sentado á comer sobre la boca de la cisterna donde le acababan de echar sin compadecerse de él. No hay pena que no se endulce cuando hay quien consuele, dice san Juan Crisóstomo. Por esto no hubo trabajo que abatiese mas el corazon de Jesucristo que esta indolencia de los hombres, y por eso los amenaza con penas crueles. Su mesa, sigue hablando el divino corazon en el salmo propuesto, será para ellos un lazo de escándalo, su morada quedará desierta, y no habrá quien habite en sus tabernáculos. Sus ojos serán oscurecidos para que no vean; serán borrados de la tierra de los vivientes, y sus nombres no se escribirán con los de los justos. Estas y otras execraciones terribles pronuncia el corazon de Jesús contra los indolentes que no consideran su improprio y su miseria, y no le consuelan ni se compadecen de él. Y si el mismo Jesucristo pronunció en su Evangelio sentencia de fuego eterno sobre los que no ejercieren las obras de misericordia, visitar al enfermo, dar de comer al hambriento, consolar al triste y demás; ¿qué suplicio será bastante para el hombre duro é insensible que no consuela en su tribulacion al corazon de su Criador y Salvador? Por lo tanto, dice san Bernardo, acerquémonos al corazon de Jesús, porque si los que se alejan de él serán escritos en la tierra, los que nos acercaremos tendremos nuestros nombres escritos en los cielos.

12. No es otro el objeto de la devocion al sagrado corazon de Jesús: Considerar las injurias y desacatos que sufre en el Sacramento de su amor: llegarse á él para consolarle con esta compasion, y no ser envueltos en la maldicion de aquellos que se alejan de él y que por lo mismo son borrados de la tierra de los vivientes.

13. Dirán los enemigos de esta devocion, que para esto se da culto y se han establecido las fiestas y las cofradías en honor del santísimo Sacramento: que estas no tienen otro objeto que desagraviar públicamente á Jesucristo de los ultrajes de su pasion y de los que tolera de los herejes y pecadores, y que por lo menos es supérfluo el culto del santísimo corazon de Jesús. Verdad es que el culto del santísimo Sacramento, las procesiones solemnes en que con tanto aparato y ostentacion es llevado por medio de las plazas y calles de las ciudades y pueblos, son un triunfo soléme que le ha determinado la Religion en despique del oprobio con que le trataron y le tratan sus enemigos: *Decuit victricem veritatem, hunc de-*

mandatio triumphum agere, dice el santo concilio de Trento. Sin embargo, digo, que despues de todo esto se verifica la necesidad y utilidad de la devocion al santísimo corazon de Jesús, y que todavía está por satisfacer aquella queja de Jesús: *Improprium expectavit cor meum*.

14. Mi corazon esperó verse cubierto de improprio y miseria, y busqué alguno que se contristase juntamente conmigo y no le hubo, ó que alguno me consolase y no le hallé. Para inteligencia de este asunto debemos tener presente que en todos los pecados podemos considerar y llorar dos cosas distintas: una, la desgracia de los pecadores que los cometen; otra, el agravio y desprecio de Dios contra quien se cometen. El mismo Jesucristo en su pasion nos hizo advertir esta diferencia, cuando volviéndose á las mujeres piadosas que lloraban al verle las dijo: Hijas de Jerusalem, no querais llorar sobre mí, sino sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Llórese enhorabuena la muerte y pasion del Hijo del Hombre, dice san Agustin; pero llórense principalmente las culpas por que el Hijo del Hombre llora y padece esa muerte. Ambas cosas son dignas de lágrimas; y si los dolores de la pasion, la muerte y los ultrajes que recibe en el augusto misterio de la cena los compadecen y desagravian los que veneran y honran con sus cultos al augusto Sacramento, lo que se proponen considerar y llorar los que honran y adoran al corazon de Jesús, es aquello propio por lo que se contrista y aflige el mismo divino corazon. Esto es, la infelicidad de los pecadores, en quienes por su propia malicia se pierde el fruto de la muerte y pasion de Jesús. Esto es lo que contristaba al corazon de Jesús, y en lo que no halló quien se contristara con él. Los discípulos, la Magdalena y demás almas piadosas lloraban y se dolian carnalmente de la pérdida de una vida mortal, y Jesús queria que su tristeza y dolor mirase á aquellos ciegos que quitaban la vida al Médico que venia á sanarlos. En esto procuran acompañar á Jesús los que honran á su santísimo corazon, en dolerse con él de los extravíos y la pérdida de los hombres.

15. Ahora bien, hermanos míos, ¿necesitaré ya detenerme á manifestar la utilidad de esta devocion tan conforme á los sentimientos de Jesucristo y tan del agrado de Dios? Os diré con el venerable P. Fr. Luis de Granada, fundado en el capítulo ix de Ezequiel y el vii del Apocalipsi, que el llorar los pecados públicos del reino y todos los que se cometen en la Iglesia es una señal de predestinacion. Os diré que el que considere y sienta los ultrajes, in-

jurias y desaires que hacen al corazón de Jesús los pecados ajenos, no podrá menos de sentir el dolor de sus pecados propios: que cuando sintamos que nuestro celo se mueve contra los profanadores del Señor y el Sacramento de sus altares, si mirando las profanaciones y culpas ajenas nos halláremos comprendidos en el motín y rebelion contra Jesús; que tal vez hemos levantado las señales de guerra, ó que vamos siguiendo voluntariamente las banderas de sus enemigos, no podremos tardar en arrepentirnos y decir como Job acusándonos á nosotros mismos: *Peccavi, quid faciam tibi, ó custos hominum?* Os diré con san Pedro Damiano: Que en el corazón de Jesús hallamos las medicinas mas específicas para todas nuestras dolencias: que en él se hallan todos los tesoros como dice san Bernardo. Os diré que el hielo mortal que congela los corazones de los pecadores, la sequedad que no admite uncion alguna, la rigidez que no cede á la compuncion, y la insensibilidad que no los deja dolerse ni de sus males ni de los ajenos, todo desaparece acercándose al ardiente corazón de Jesús; no hay quien se esconda de su calor; sus eloquios son de fuego, y el cristiano que se aplica á oírlos dirá como la esposa de los Cantares: *Mi alma se ha derretido desde que el esposo le habló.* Os diré que el corazón de Jesús es como una cera derretida, y no puede acercársele corazón alguno por duro que sea que no se derrita y se inflame con su divino fuego. Os diré que acercándonos al divino corazón de Jesús oírémos y hallarémos que nos trata con la dulzura que recibió y habló á la Magdalena; con la bondad que trató á la mujer hallada en adulterio; con la afabilidad que habló á la Samaritana, á la Cananea, á Pedro, al Centurion y al mismo Judas, porque su corazón todo es mansedumbre, bondad y misericordia.

16. Frecuentad esta devocion, honrad y venerad al santísimo corazón de Jesús, y en sus tesoros no tardaréis en enriquecer vuestras almas; doleos con él de los improperios y miserias de los hombres, empezando por las vuestras; acercaos á él, y el fuego del amor divino en que arde no podrá menos de ablandar la dureza de vuestros corazones, de romper y derretir el hielo en que están sumidos; empezarán á encenderse y abrasarse en el amor santo y puro de Dios y de los hombres; gustarán las dulzuras de la virtud, y suspirarán por unirse para siempre con el amado de su alma en la mansion eterna y feliz de la gloria. Amen.

ASUNTOS

SOBRE EL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

I. *Cor suum dabit in consummationem operum.* (Eccli. xxxviii, v. 31). Enumeradas las obras que Dios ha hecho en beneficio del hombre, ya en la creacion del mundo, ya en la formacion de Adan, ya en la promulgacion de la ley sobre el monte Sínai, ya en la manifestacion de su gloria sobre el Tabor; por una figura de transicion se pasa á tratar del corazón de Jesús, y despues de hacer el oportuno elogio de él, se establece con la Iglesia que en este corazón, *præcipua charitatis ejus in nos beneficia recolimus*, y se considera en el mismo, 1.º un prodigio de amor, que hizo que se sacrificara enteramente por la redencion del hombre; 2.º un prodigio de amor, que hizo que se entregara todo á la santificacion del propio hombre. — Se sacarán las pruebas del primer punto, del amor que Dios nos mostró desde la caída de Adan, prometiéndonos un libertador; luego se pasa á probarlo en este mismo, hasta la mayor evidencia, por su humillacion y su sacrificio; y se infiere especialmente de tres reflexiones: un Dios á quien nosotros ofendimos aparece con el carácter de ofensor para satisfacer á la justicia divina: á este fin elige entre todas las penas las mas crueles y sensibles: aunque bastaba para nuestra redencion la menor de sus humillaciones, quiso sin embargo hacerla mas copiosa sometiéndose á los mayores tormentos. — Las pruebas del segundo punto se sacan especialmente del amor que Jesucristo nos mostró en la institucion del santísimo Sacramento.

II. *Egredimini, et videte regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die lætitiæ cordis ejus.* (Cant. iii, 11). La Iglesia, despues de haber celebrado en la octava del *Corpus Domini* los dias de sus castas bodas con las almas por medio del misterio eucarístico: *In die desponsationis illius*; nos convida hoy á celebrar la alegría de su corazón: *In die lætitiæ cordis ejus*. Entonces se celebró la solemne fiesta de su divino cuerpo, recordando el gran don que nos hizo en la Eucaristía; ahora se venera su divino corazón para reparar los agravios que su amor recibe principalmente en aquel mismo don; y para inclinar los ánimos á esta devocion, se demuestra, 1.º su racionalidad; 2.º su utilidad. Se prueba su racionalidad manifestando que este amorosí-

jurias y desaires que hacen al corazón de Jesús los pecados ajenos, no podrá menos de sentir el dolor de sus pecados propios: que cuando sintamos que nuestro celo se mueve contra los profanadores del Señor y el Sacramento de sus altares, si mirando las profanaciones y culpas ajenas nos halláremos comprendidos en el motín y rebelion contra Jesús; que tal vez hemos levantado las señales de guerra, ó que vamos siguiendo voluntariamente las banderas de sus enemigos, no podremos tardar en arrepentirnos y decir como Job acusándonos á nosotros mismos: *Peccavi, quid faciam tibi, ó custos hominum?* Os diré con san Pedro Damiano: Que en el corazón de Jesús hallamos las medicinas mas específicas para todas nuestras dolencias: que en él se hallan todos los tesoros como dice san Bernardo. Os diré que el hielo mortal que congela los corazones de los pecadores, la sequedad que no admite uncion alguna, la rigidez que no cede á la compuncion, y la insensibilidad que no los deja dolerse ni de sus males ni de los ajenos, todo desaparece acercándose al ardiente corazón de Jesús; no hay quien se esconda de su calor; sus eloquios son de fuego, y el cristiano que se aplica á oírlos dirá como la esposa de los Cantares: *Mi alma se ha derretido desde que el esposo le habló.* Os diré que el corazón de Jesús es como una cera derretida, y no puede acercársele corazón alguno por duro que sea que no se derrita y se inflame con su divino fuego. Os diré que acercándonos al divino corazón de Jesús oírémos y hallarémos que nos trata con la dulzura que recibió y habló á la Magdalena; con la bondad que trató á la mujer hallada en adulterio; con la afabilidad que habló á la Samaritana, á la Cananea, á Pedro, al Centurion y al mismo Judas, porque su corazón todo es mansedumbre, bondad y misericordia.

16. Frecuentad esta devocion, honrad y venerad al santísimo corazón de Jesús, y en sus tesoros no tardaréis en enriquecer vuestras almas; doleos con él de los improperios y miserias de los hombres, empezando por las vuestras; acercaos á él, y el fuego del amor divino en que arde no podrá menos de ablandar la dureza de vuestros corazones, de romper y derretir el hielo en que están sumidos; empezarán á encenderse y abrasarse en el amor santo y puro de Dios y de los hombres; gustarán las dulzuras de la virtud, y suspirarán por unirse para siempre con el amado de su alma en la mansion eterna y feliz de la gloria. Amen.

ASUNTOS

SOBRE EL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

I. *Cor suum dabit in consummationem operum.* (Eccli. xxxviii, v. 31). Enumeradas las obras que Dios ha hecho en beneficio del hombre, ya en la creacion del mundo, ya en la formacion de Adan, ya en la promulgacion de la ley sobre el monte Sínai, ya en la manifestacion de su gloria sobre el Tabor; por una figura de transicion se pasa á tratar del corazón de Jesús, y despues de hacer el oportuno elogio de él, se establece con la Iglesia que en este corazón, *præcipua charitatis ejus in nos beneficia recolimus*, y se considera en el mismo, 1.º un prodigio de amor, que hizo que se sacrificara enteramente por la redencion del hombre; 2.º un prodigio de amor, que hizo que se entregara todo á la santificacion del propio hombre. — Se sacarán las pruebas del primer punto, del amor que Dios nos mostró desde la caída de Adan, prometiéndonos un libertador; luego se pasa á probarlo en este mismo, hasta la mayor evidencia, por su humillacion y su sacrificio; y se infiere especialmente de tres reflexiones: un Dios á quien nosotros ofendimos aparece con el carácter de ofensor para satisfacer á la justicia divina: á este fin elige entre todas las penas las mas crueles y sensibles: aunque bastaba para nuestra redencion la menor de sus humillaciones, quiso sin embargo hacerla mas copiosa sometiéndose á los mayores tormentos. — Las pruebas del segundo punto se sacan especialmente del amor que Jesucristo nos mostró en la institucion del santísimo Sacramento.

II. *Egredimini, et videte regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die lætitiæ cordis ejus.* (Cant. iii, 11). La Iglesia, despues de haber celebrado en la octava del *Corpus Domini* los dias de sus castas bodas con las almas por medio del misterio eucarístico: *In die desponsationis illius*; nos convida hoy á celebrar la alegría de su corazón: *In die lætitiæ cordis ejus*. Entonces se celebró la solemne fiesta de su divino cuerpo, recordando el gran don que nos hizo en la Eucaristía; ahora se venera su divino corazón para reparar los agravios que su amor recibe principalmente en aquel mismo don; y para inclinar los ánimos á esta devocion, se demuestra, 1.º su racionalidad; 2.º su utilidad. Se prueba su racionalidad manifestando que este amorosí-

simo corazón se nos hace más atractivo y amable, por lo mismo que su amor es tan mal correspondido. — Se prueba su utilidad demostrando à fortiori cuán liberal ha de ser su beneficencia para con los que por tal razón lo adoran.

III. *Cor suum dedit*, etc. (Eccli. xxxviii). Tómase por tema, 1.º la grandeza, y 2.º la singularidad del amor del sagrado corazón de Jesús. — Se demuestra que Jesucristo nos amó, impuros y deformes como éramos, y nos hermoseó tomando sobre sí nuestras impurezas y deformidades; y luego se añade que su amor para con nosotros llegó hasta lo sumo al satisfacer con el precio de su sangre la deuda inseparable de tales deformidades é impurezas. — Se prueba la singularidad del amor de Jesucristo para con nosotros, por el hecho de habernos amado, á pesar de la prevision que tenía de nuestra ingratitud; por haber considerado esta misma ingratitud como un nuevo motivo de amor; por haber tomado ocasión de las heridas mismas que nuestras iniquidades habían causado en su seno, para instituir en beneficio nuestro saludables Sacramentos, y por haber convertido su propio corazón en sacramento de amor, que lo inflama y lo consume incesantemente. — ¿Qué corazón habrá tan duro, insensible y perverso, que no se derrita de dulcísimo amor, y no se consuma en holocausto de caridad para con el santísimo corazón de aquel Jesús que nos le dió para que en cambio le diéramos el nuestro? *Dabo eis cor ut sciant me... quia revertentur ad me in toto corde suo.* (Jerem. xxiv, 7).

Sentencias de la sagrada Escritura.

Et factus est in corde meo quasi ignis exstans, claususque in ossibus meis: et defeci, ferre non sustinens. (Jerem. xx, 29).

Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? (Luc. xii, 49).

Ipse enim Pater amat vos, quia vos me amastis. (Joan. xvi).

Quos præcivit, et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui. (Rom. viii, 29).

Præbe, fili mi, cor tuum mihi. (Prov. xxii, 26).

Traham eos in vinculis charitatis. (Osee, xi, 4).

Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus. (Psalm. lxxv, 7).

Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum. (Psalm. lxxiii, 5).

Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum. (Psalm. lxxii, 11).

Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis. (Rom. v, 5).

Cum dilexisset suos..., in finem dilexit eos. (Joan. xiii).

Tristis est anima mea usque ad mortem. (Marc. xiv).

Cæpit pavere, tædere et mæstus esse. (Ibid et Matth. xxvi).

Sponsus sanguinum tu mihi es. (Exod. iv, 25).

Sto ad ostium, et pulso. (Apoc. iii).

Aperi mihi, soror mea, sponsa. (Cant. v).

Dilectus meus candidus, et rubicundus. (Ibid.).

Qui non diligit, manet in morte. (I Joan. iii).

In omnibus divites facti estis in Christo, ita ut nihil vobis desit in ulla gratia. (I Cor. i).

Quoniam tu, Domine, suaviter et mititer, et multæ misericordiæ omnibus invocantibus te. (Psalm. lxxxv).

Si quis aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cœnabo cum illo. (Apoc. iii).

Ego diligentes me diligo, et qui mane vigilant ad me, invenient me. (Prov. viii, 17).

Sed quia dilexit vos Dominus, et custodivit juramentum, quod juravit patribus vestris: eduxitque vos in manu forti, et redemit de domo servitutis, de manu Pharaonis. (Deut. vii, 8).

Et in charitate perpetua dilexi te: ideo attraxi te miserans tui. (Jerem. xxxi, 3).

Ego sum pastor bonus. Bonus pastor animam suam dat pro ovis suis. (Joan. x, 11; Isai. xl, 11).

Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. Manete in dilectione mea. (Joan. xv, 9).

Ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis. (Ephes. v, 1).

Ama itaque Dominum Deum tuum, et observa præcepta ejus. (Deut. xi, 1).

In omni virtute tua dilige eum, qui te fecit. (Eccli. vii, 32).

Scimus autem, quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum iis, qui secundum propositum vocati sunt sancti. (Rom. viii, 28).

Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos. (I Joan. iv, 19).

Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema, maranatha. (I Cor. xvi, 22).

Qui autem diligunt te, sicut sol in ortu suo splendit, ita rutilent. (*Judic. v, 31*).

Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio. (*Cantic. VIII, 6*).

Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam. (*Ibid. 7*).

Deus charitas est: et qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo. (*I Joan. IV, 16*).

Dominus autem dirigat corda nostra in charitate Dei, et patientia Christi. (*II Thes. III, 5*).

Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, vulnerasti cor meum. (*Cant. IV*).

Pone me ut signaculum super cor tuum..., quia fortis est, ut mors, dilectio. (*Ibid. VIII*).

Vulneratus est propter iniquitates nostras... et livore ejus sanati sumus. (*Isai. LIH, 5*).

Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis, et aqua. (*Joan. XIX, 34*).

Quid est homo, quia magnificas eum? aut quid apponis erga eum cor tuum. (*Job, VII*).

Factus est in corde meo quasi ignis exæstiuans, claususque in ossibus meis. (*Jerem. XX*).

Factum est cor meum tamquam cera liquescens in medio ventris mei. (*Psal. XXI*).

Confirmatum est cor ejus, non commovebitur. (*Psal. CXI*).

Ego dormio, et cor meum vigilat. (*Eccli. XXXVIII*).

Beatus homo, qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei. (*Prov. VIII*).

Dabo eis cor, ut sciant me... revertentur ad me in toto corde suo. (*Jerem. XXIIV, 7*).

Figuras de la sagrada Escritura.

Dispuso Dios que ardiera en un altar delante del tabernáculo un fuego perpétuo: *Ignis autem in altari semper ardebit... Ignis est iste perpetuus, qui numquam deficiet in altari*. Ved aquí como Gregorio el Magno aplica esta figura á nuestro asunto: *Altare Dei est cor nostrum, in quo jubetur ignis semper ardere, quia necesse est ex illo ad Dominum charitatis flammam indesinenter ascendere*. (*Lib. XXV Mor. c. 7*).

David, con el vencimiento y muerte de Goliath, al paso que se captó la estimacion de Jonatás, se concitó el odio y la enemistad de Saul. Este es el símbolo del amor de Jesús, tan mal correspondido por la ingratitud de los hombres. Con efecto, David si bien halló un amigo en el hijo, tuvo en el padre un enemigo tan acérrimo, que le obligó á esconderse en el campo junto á la piedra de Ezel. De una manera semejante, Jesús, que por salvar al género humano se dejó traspasar el corazon, y consignó una memoria perenne de este gran sacrificio en el santísimo Sacramento del altar, vese en este principalmente perseguido por los ingratos hombres: *David absconditus in agro est Christus celatus*. (*Angelom. apud Corn. à Lap. hic*).

Léense en el Cantar de los Cantares las instancias que el esposo hace á su amada para que se refugie en las hendiduras de la piedra: *Veni columba mea in foraminibus petrae, et in caverna maceriae*. (*c. II*). En la paloma, ó en la tórtola reconocen los expositores á la santa Iglesia, y en la concavidad de la piedra el corazon lacrado de Jesús: *Turtur ipsa est casta et gemebunda Ecclesia... Nidus turturis pectus est dilecti sui, in quo per lateris aperturam subintrans secunda nidificat*. (*S. Thom. à Vill. conc. II de Asc. Dom.*). La zarza ardiente que vió Moisés en el monte Horeb puede considerarse como una imágen del sagrado corazon de Jesús, que se pinta con una corona de espinas, circundado de luminosos rayos, y despidiendo llamas.

El peñasco del desierto, del cual, al contacto de la milagrosa vara de Moisés, brotaron copiosísimas aguas, es, segun el Apóstol, una figura de Jesucristo: *Petra autem erat Christus*. Un intérprete compara felizmente aquella piedra con el corazon de Jesús, el cual en vez de corresponder á la ingratitud de los hombres con rayos de indignacion (así como la piedra despide chispas de fuego cuando se la golpea), corresponde siempre con copiosísimas aguas de gracia y misericordia.

La vigilancia, el interés y el esmero que mostró Jacob en la custodia de los ganados de Laban, pueden ser comparados con la providencia, la solicitud y el celo del corazon de Jesús en procurar nuestro bien; de aquel Jesús que *nos proprio sanguine pascit* (*S. Joan. Chrys. hom. 6 ad pop.*): rasgo finísimo, que, como dice el mismo Padre, no tiene ejemplo en otro pastor alguno: *Quis pastor oves proprio pascit cruore?* (*Ibid.*).

Sentencias de los santos Padres.

Præ nimio amore sibi aperuit latus, ubi tibi tribuat cor suum. (*S. Laur. Just. de div. am. c. 1*).

Rupti sunt fontes abyssi magnæ, id est penetralia cordis Jesu, ut diluvium amoris inundaret. (*S. Bernardin. Senen. de lat. Chr.*).

Voluisti cor tuum lancea aperiri, ut in ipso legeremus, quomodo amasti nos. (*S. Andr. Avell. soliloq. IX*).

Jam in corde tuo video amorem tuum ardentem, vehementem, ex ipsis visceribus prodeuntem: agnosco dignitatem animæ meæ, quam tanto pretio redemisti;... cognosco me redemptum pretio magno. (*Id. ibid.*).

Accedamus ad cor ejus, cor altum, cor secretum..., cor diligens. (*B. Simon de Cassia, lib. XIII de Pass. Dom.*).

Aperto latere, cognoscamus dilectionem cordis usque ad mortem, et ad illum ineffabilem amorem ingrediamur, quo ille processit ad nos. (*Id. ibid.*).

O quibus ardoribus hodie flagrat! ô quanto spiritus igne sacer-rima illa ara (cor Jesu) succenditur! (*S. Thom. à Vill. conc. V de Nat. D.*).

Sed et latus quoque, et sanctissima cordis intima furoris lancea vulneraverunt; quod jamdudum amoris lancea fuerat vulneratum. (*S. Bern. de Pass. D. t. 3*).

Ut undique inundaret amoris diluvium, ruptæ sunt abyssi magnæ, scilicet penetralia cordis Jesu. (*S. Bernardin. Senen. serm. LI in fer. 6 Parasc.*).

Est apertum Christi latus haud procul à corde, ut nobis accessum, aditumque ad cor suum patefaceret. (*V. Joan. Thaulerus de Pass. Chr. c. 53*).

Ipsam nobis cor suum, tamquam secretissimum cubiculum suum reseravit, ut nos in illud, ceu electam sponsam suam introducat. (*Id. ibid.*).

Aspice ostium in arcæ latere, per quod ingrediuntur creaturæ omnes quæ à diluvio servantur. (*S. Aug. apud V. Thaul.*).

Ad hoc perforatum est latus suum, ut nobis pateat introitus; ad hoc vulneratum est cor suum, ut in illo... habitare possimus,... ut per vulnus visibile, vulnus amoris invisibile videamus. (*S. Bern. serm. II de Pass. c. 3*).

Pro nimio tui amoris fervore voluit lancea suum latus aperiri, ut

demonstraret, quod tibi tradidit cor suum. (*S. Bonav. lib. stim. amor. div.*).

Quid est diligere ex toto corde? id est ut cor tuum non sit inclinatum ad ullius rei dilectionem amplius, quam ad Dei, nec delecteris in aliqua specie mundi amplius, quam in Deo. (*S. Joan. Chrys. hom. XLII in Matth.*).

Nativitas, vita, mors, et passio Christi evidèntia sunt testimonia divinæ erga nos dilectionis. (*S. Aug. in Psalm. cxviii*).

Vide clementiam Domini Salvatoris; nec indignatione commotus, nec scelere offensus, nec injuria violatus Judæam deserit; quin etiam immemor injuriæ, memor clementiæ, nunc docendo, nunc liberando, nunc sanando infidæ plebis corda demulcet. (*S. Ambr. lib. IV in c. iv Luc.*).

Dilexisti me, Domine, plusquam te, quia mori voluisti pro me. (*Id. lib. soliloq. c. 13*).

Grandi quidem dignatione primo homini spiraculum vitæ de suo pius formator infudit: sed nunc pene majori charitate pro eodem homine, non jam sua dedit, sed seipsum impendit ac tradidit. (*S. Eus. Emiss. hom. VI de Pasch.*).

Quid amore violentius? triumphat de Deo amor. (*S. Bern. serm. de Pass.*).

Charitatem vere nimiam, quæ omnem mensuram excedit, modum transcendit, ac supereminet universis. (*Id. in ep. ad Ephes. II*).

Cum adhuc inimici essemus, per mortem tuam et tibi reconciliati sumus, et Patri: quænam alia videtur esse, vel fuisse, vel fore huic similis charitate? (*Id. lib. de dilig. Deo*).

O amor interminabilis, ô charitas inestimabilis, ô dilectio inscrutabilis! (*Id. serm. III in cæn. Dom.*).

O bone Jesu, quam nimium diligendus es, et ineffabiliter totis desideriis appetendus, quia in tantum dilexisti nos, ut desideranter cuperes pro nobis crucem subire, et mortem! (*S. Bonav. lib. pom. cruc. c. 77*).

O amoris vehementia, ô inextinguibilis charitatis incendium, quantum in Christo prævaluit, quantave pro hominis redemptione sustinuit! (*S. Laur. Just. serm. de Pass.*).

Salvum me fecit, non alia causa, non alia ratione, non alio merito meo, vel servitio, sed quoniam voluit me, quia dilexit me. (*S. Thom. à Vill. serm. Dom. II Adv.*).

Dilexisti me, Domine, supra modum, dilexisti sine modo; et qui

omnia in numero, pondere, et mensura fecisti, in diligendo me modum, pondus, atque mensuram excessisti. (*Id. ibid.*).

O inenarrabilem charitatis ardorem! Deus immensus, omnipotens, infinitus, aternus, ille qui sapientia summe beatus et felix est, in sinu Patris inenarrabilibus gaudiis, et deliciis fruens, suæ creaturæ amore succensus, ad ima pauper, inops descendens, in stabulo inter animalia nasci, in patibulo inter sceleratos mori dignatus est, ne paradisi deliciis homo, quem creaverat, privaretur. (*Id. serm. de Dom. I Adv.*).

Ad quid diligit Deus, nisi ut ametur? (*S. Bern.*).

Quæ major causa est adventus Domini, nisi ut ostenderet Deus dilectionem suam in nobis, commendans eam vehementer, et ipsum Deum si prius amore pigebat, nunc cognito ejus amore, redamare non pigeat. (*S. Aug. de catech. rud. c. 4.*).

Dulcissime et amantissime Jesu, infunde, obsecro, multitudinem charitatis tuæ pectori meo, ut te solum in corde habeam, scribe digito tuo in pectore meo dulcem tui memoriam nulla unquam oblivione delendam. (*Id. lib. II soliloq. c. 35.*).

Qui creavit te, ipse redemit te, ne amorem tuum divideres, partem Creatori, et partem tribuens Redemptori. (*S. Ansel. lib. cur Deus homo?*).

Clamant alapæ, sputa, clavi, lancea, irrisiones et verbera, ut ipse toto corde totiusque visceribus diligatur, qui pro dilectione nostra talia ac tanta pati dignatus est. (*S. Laur. Just. in fasc. div. am.*).

Diligi debes, Domine, ex toto corde, ratione creationis, et re-creationis; quia enim hominem fecisti, debet seipsum amori tuo: et quia redemisti, debet se amori tuo. (*Idiota, lib. I contempl. c. 12.*).

Quis illud cor tam vulneratum non diligit? quis tam amantem non redamet? (*S. Bern.*).

Vita cordis amor est. (*S. Thom. opusc.*).

Ideo latus suum aperuit, ut spiritus cordis quasi patenti et libero meatu aspires. Ibi latebis... ibi deliciis afflues. (*Guerr. ad serm. IV Dom. Palm.*).

Intus est latitudo immensa, deliciæ inestimabiles, et odoramenta, per quæ interiores animæ sensus reparantur, et pacatissima quies. (*S. Laur. Just. de cast. connub. c. 8.*).

Quanta putas animam frui dulcedine, quæ per illa foramina conjungitur cordi Christi? Certe exprimere nescio, sed experire... Ecce aperta est janua Paradisi. (*S. Bonav. stim. div. am. c. 1.*).

Quid semel venimus ad cor dulcissimum Jesu, et bonum est nos hic esse, ut sciamus nos facile avelli ab eo. (*S. Bern. tract. de Pass. c. 3.*).

Amplius lava me ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me, ut in corde tuo omnibus diebus vitæ meæ merear habitare. (*Id. ibid.*).

Ad hanc arcam Testamenti (*cor Jesu*) adorabo. (*Id. ibid.*).

(*Cor Jesu*) immensum pelagus clementiæ. (*S. Joan. Chrysost. in Psalm. De profundis.*).

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Hoc facite in meam commemorationem.
(Luc. XIX, 22).

Haced esto en memoria mía.

1. La Eucaristía no es solamente un Sacramento... Es también un sacrificio por el cual... Sacramento para nuestro mérito; sacrificio para honor suyo. Sacramento que nos da la vida espiritual; sacrificio que da á Dios un honor infinito y...
2. Este sacrificio lo ofreció Jesús una vez á su Padre, pero nos mandó ofrecerlo... : *Hoc facite*, etc. Estas palabras perpetúan este sacrificio en la Iglesia, y...

Punto primero: Naturaleza de la excelencia de la misa.

3. Voy á hablaros del acto de religion que llamamos *misa*... *Misa, liturgia, sacrificio* son tres nombres de una misma significacion. Examinemos su naturaleza y excelencia.
4. El culto supremo del sacrificio de la misa no puede ofrecerse sino á Dios... Aunque se celebren misas en memoria de los Santos, no podemos decir : *Apóstoles, Mártires del Señor, yo os ofrezco este sacrificio*, dice san Agustin.
5. Palabras de san Cirilo... San Mateo, san Marcos y san Lucas declaran esta misma verdad. Palabras de san Paulino... Temblad, sacerdotes de Jesucristo,...
6. El concilio de Trento llama á este sacrificio : *Opus Dei*. Es obra de Dios en su principio, medio y fin... Se compone de una sola víctima que se perpetúa sobre nuestros altares; que...
7. Esta la oblation universal y pura de que habla Dios por Malaquías : *In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda*... Sí, este sacrificio es el de la misa... Es aquella oblation pura y santa por sí misma..., que contiene aquel Cordero sin mancha que quita los pecados del mundo.

8. San Justino... San Ireneo...
9. Jesucristo, al morir, debía dejar sobre la tierra un sacrificio digno de él, que fuese como un centro de religion en donde...
10. Todos los pueblos tuvieron siempre sus sacrificios y oblationes, ¿y los cristianos, colmados de tantas gracias y beneficios..., carecerian de sacrificio, cuando tantas naciones salvajes...?
11. Jesucristo se puso en estado de víctima no solo por la gloria de su Padre, sino también por nuestra utilidad... Es nuestro mediador é intercesor..., nuestro embajador... Allí plantado en medio de la Iglesia como el árbol de la vida en medio del paraíso...
12. ¿Qué hallais en esta doctrina que no os edifique?... ¿Os asustais de la misa...? ¿Quién diria que pudiese haber entre los cristianos...? ¿Hubieran creído nuestros padres tan llenos de religion...? Se temen los dias de fiesta... En lugar de santificarlos... ¡Ah! yo no tengo mas que gemir...
13. Vuelvo á mi asunto. La iglesia que no tiene sacrificio *non est ecclesia Dei*, dice san Jerónimo. Acaso diréis : ¿Á qué multiplicar las hostias? ¿Para qué el acto de muerte con que quedó consumada nuestra redencion?... Confesémoslo; una misma es la oblation, una misma la víctima...
14. La muerte natural de Jesús debía ser seguida de su muerte mística... La pasion amontonó el tesoro, la misa lo distribuye... Ved aquí en dos palabras lo que es la misa... ¿Hay en esta doctrina alguna cosa que repugne...?
15. ¿No leemos en las Escrituras que Jesús es sacerdote?... *Erat enim sacerdos Dei altissimi*... ¿No reconocéis en esto la figura de Jesucristo...?
16. Oid sobre este punto la doctrina de san Pablo á los hebreos... *Translato sacrificio, necesse est ut legis translatio fiat*.
17. Como la religion de Jesucristo sustituyó..., así también el sacrificio...
18. La misa es este sacrificio de la religion nueva... ¿Dónde, sino en la misa, hallaréis este sacrificio de Jesucristo segun el orden de Melquisedec?... No lo busqueis, ni..., ni...
19. Es necesaria la fe para estas verdades... Palabras de san Pablo... *Grandis sermo*...
20. No hubiera el Apóstol empleado palabras tan enfáticas, si no hubiese hablado mas que de una figura vacía...

Punto segundo: Disposiciones con que debemos asistir al santo sacrificio de la misa.

21. Dios no puede recibir dentro de sí ningún acrecentamiento de bien ó de gloria de parte de sus criaturas, sino solamente una gloria exterior... Por otra parte: *Quid dignum offeram Domino?* dice un profeta. *Curvabo genu...*

22. La Iglesia nos enseña que en el sacrificio de la misa *opus nostre redemptionis exercetur*, y nos manda asistir á él. En los tiempos de la primitiva Iglesia todos los fieles, sin necesidad de precepto, acudían á la *fracción del pan*. ¡Pluguiera á Dios que...!

23. Aquel fervor, sin embargo, no duró mucho tiempo... Relajóse poco á poco la disciplina... San Crisóstomo se quejaba ya..., y reprendía el descuido... Creció la corrupción..., y fue precisa una ley... Ved aquí cuál ha sido la disciplina...

24. Sean cuales fueren los fieles, deben asistir á misa con modestia, con temor y con atención... El cuerpo y el alma deben tener parte en la adoración que... Palabras de san Agustín... ¿Dónde debemos mostrar que somos siervos de Dios sino en su casa? ¿Dónde...? Por otra parte, estamos obligados á edificar el comun de los fieles...

25. Sin embargo ¿cuántas profanaciones é irreverencias...? Éntrase en la iglesia con... Búscase la misa mas ligera... Aguárdase también á aquellas misas...

26. Todo cristiano debe estar presente á la misa como si lo estuviera al sacrificio de la cruz, con atención y admiración del misterio... Así estuvieron aquellas almas santas... Tales son aun en el día de hoy...

27. Con todo eso, la mayor parte del tiempo, se viene al sacrificio sin...

28. Acaso me diréis que la misa se dice en una lengua que no se entiende. Pero ¿no se os explica de viva voz...? ¿No se han publicado traducciones...?

29. La Iglesia debe tener un lenguaje universal..., y así como no hay mas que una fe, tampoco debe haber mas que una lengua comun... La Iglesia ha creído necesario conservar esta lengua para...

30. Si la misa se dijese en lengua vulgar, estaria sujeta á mudanzas... Un sacerdote de una nación no podría... Como quiera que sea, el fin de los oficios eclesiásticos...

31. Humillaos durante la misa...; meditad...; pedid...; reflexionad..., pero sobre todo asistid á ella con respeto y con temor.

32. Así están los espíritus celestiales delante del Señor... Le alaban..., le adoran..., tiemblan... ¿Estarémos nosotros...?

33. Yo no sé qué vituperar mas, ó la demasiada confianza de los antiguos católicos, ó el demasiado temor de los nuevos. Aquellos...

34. Por el contrario, los nuevos vienen..., no con aquel temor que inspira la divinidad de este sacrificio, sino con...

35. Pero la Iglesia ha considerado que la misa es un sacrificio propiciatorio...; que la vista de esta sangre derramada... La Iglesia os convida..., os llama..., os manda asistir...

36. Venid, pues, á su sacrificio, no como extraños, sino como hijos, para reconocer...; para merecer...; para dar gracias... *Sacrificate sacrificium justitie, et sperate in Domino*. No os desanimeis... Asistid humildemente á la misa, y decid á Dios: *Respice in faciem Christi tui*... No mireis nuestras ofensas...

SERMON I

SOBRE

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Hoc facite in meam commemorationem.
(Luc. XIX, 22).

Haced esto en memoria mia.

1. La sagrada Eucaristía no es solamente un Sacramento en que Jesucristo derrama sobre nosotros una infinidad de bienes y gracias, y en la cual por un efecto de su infinita caridad para con los hombres ha recogido la memoria de sus milagros y de sus beneficios. ¡Grande liberalidad que nos hace felices de su parte, pues que nosotros lo recibimos todo de su plenitud! pero ¡grande confusión nuestra! pues que en la impotencia en que nos hallamos de reconocer tantos beneficios cargados del peso de sus misericordias, somos deudores perpétuos y aun ingratos necesariamente. Pero gracias á Jesucristo, que para consolarnos, la misma Eucaristía es un sacrificio, por el cual le honramos muy dignamente, ofreciéndole su propio Verbo, que es su alabanza eterna, y le damos todo el honor que él se puede dar á sí mismo. En efecto, Jesucristo se da á nosotros, y se pone en nuestras manos en el sacrificio de la misa, para ser él mismo el fruto y recompensa de sus propios beneficios. Él se hace una igualdad del don y del reconocimiento. Nosotros hemos recibido un Dios por la encarnacion, y le volvemos un Dios por la Eucaristía. De la mesa en que nos ha franqueado su cuerpo para alimento de nuestras almas, hace un altar en que se ofrece este mismo cuerpo en sacrificio. Sacramento para nuestro mérito; sacrificio para honor suyo. Sacramento que nos da la vida espiritual; sacrificio que da á Dios un honor infinito y una alabanza eterna.

2. Ved aquí, pues, este sacrificio compuesto del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que él mismo ha ofrecido una vez á su Padre por la redencion de los hombres, pero que nos ha mandado

ofrecer todos los dias en propiciacion por nuestros pecados, y para renovar la memoria de su pasion y de sus misericordias: *Hoc facite in meam commemorationem*. Palabras que perpetúan este sacrificio en la Iglesia, y que me dan ocasion de explicaros la naturaleza de la excelencia de la misa, y las disposiciones con que se debe asistir á ella; materia importante, digna de vuestra atencion, y que pide que recurramos al Espíritu de Dios por la intercesion de la Virgen: *Ave María*.

Punto primero: Naturaleza de la excelencia de la misa.

3. Tenemos ánimo, muy amados hermanos míos, de hablaros de este acto de religion, que nos une sin cesar á Jesucristo crucificado, de ese augusto y único sacrificio del Cristianismo, en que el Hijo de Dios, víctima pura y preciosa, despues de haberse ofrecido una vez para rescatar nuestros pecados sobre la cruz, nos sirve el día de hoy de hostia propiciatoria para la expiacion de las faltas que cometemos contra la divina Majestad; en una palabra, de ese misterio de amor y de fe, que todavía no conoceis sino por entre las nubes de preocupaciones, y que os proponemos bajo el nombre de *misa*. (No os asustéis de esta palabra. Que sea tomada del hebreo, que sea latina en su origen, que sea anunciada ó no en las Escrituras, las palabras de trinidad, de consustancialidad, como tambien la de *misa*, no dejan de ser inspiradas por Dios, aunque no sean reveladas en las sagradas Letras. Son unos términos de religion, y unas señales de verdad que la Iglesia ha consagrado en sus concilios; las cuales por su antigüedad, y por la conexion que tienen con la fe, han venido á ser, no solamente venerables, sino tambien necesarias para la explicacion de los misterios, aunque en efecto no sean esenciales á su creencia. Pero dejemos la denominacion, y vengamos á la naturaleza, y á la excelencia de la *misa*, *liturgia*, ó *sacrificio*, que son tres nombres de una misma significacion).

4. La misa, pues, es un sacrificio, esto es, un culto supremo, una inmolacion real, un reconocimiento público del soberano dominio de Dios, y una protestacion sincera, por medio de algunas ceremonias visibles, de la íntima y necesaria dependencia de nuestro ser á un ser superior, que no puede ser sino Dios solo. Porque, hermanos míos, no creáis que damos nosotros á los Ángeles, á los Mártires, á los Santos, ni aun á la misma Madre de Dios, superior en dignidad á todos los Ángeles, y en mérito á todos los Santos;

no creais, digo, que les damos un honor que Dios se ha reservado como un donativo, y una señal soberana de la adoracion que le es debida; y aunque se celebren misas en memoria de los Santos para obtener de ellos el socorro de sus intercesiones, ¿se les ha hecho jamás semejante homenaje, ni les hemos dicho nunca: *Apóstoles, Mártires del Señor, yo os ofrezco este sacrificio?* Estas son palabras de san Agustín.

5. La misa es un sacrificio instituido por Jesucristo, el cual, dice san Cirilo, teniendo un sacerdocio inmutable, consagrado con una unción eterna antes de todos los siglos, estableciendo la ley nueva, estableció este sacrificio de su cuerpo y de su sangre; monumento precioso de su infinita caridad para con los hombres. San Mateo, san Marcos y san Lucas declaran también esta verdad, que no le es permitido á un cristiano poner en duda este dogma de su religion y de su fe. En aquella fatal noche en que había de ser entregado, se ofreció á su Padre bajo las especies de pan y vino, siendo á un tiempo, dice san Paulino, el sacerdote de su víctima, y la víctima de su sacerdocio; ordenando despues á sus Apóstoles, y á los sacerdotes que debían representarlos, que hiciesen lo mismo hasta la consumacion de los siglos. Temblad, sacerdotes de Jesucristo, ministros de sus voluntades, partícipes de su sacerdocio, sacrificadores de su cuerpo y de su sangre; temblad, si como le representais en la autoridad de su ministerio, no le representais en su santidad por vuestras obras y por vuestras palabras. Como quiera que sea, el Señor mismo se pone en vuestras manos, y os hace los depositarios de sus misericordias y los dispensadores de su sacrificio.

6. Hay, pues, en la Iglesia un sacrificio divino que el concilio de Trento llama por excelencia la obra de Dios, *opus Dei*: divino en su principio, siendo Dios solo por su poder capaz de convertir el pan y el vino en cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo: divino en su medio, haciéndose Dios hombre para ser una víctima capaz de apaciguar la soberana Majestad ofendida: divino en su fin, pudiendo Dios solo ser el objeto de estos homenajes infinitos y de esta divina oblacion: divino en su duracion, así como lo había predicho Daniel: no se compone de muchas víctimas, como en otro tiempo, sino de una sola que se perpetúa sobre nuestros altares; que se multiplica sin dividirse; que es sacrificada sin morir, y comida sin ser consumida, puesto que es el cuerpo inmortal é impasible de Jesucristo.

7. Esta es aquella oblacion magnífica, universal y pura, que lleva la gloria de Dios de Oriente á Occidente. El mismo Dios es quien habla por su profeta Malaquías; escuchadle con docilidad y con respeto: Mi nombre es grande y venerable, dice, entre las naciones, desde el un extremo del mundo al otro: *Ab ortu solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus*¹. Yo veo por todas partes los altares cargados de sacrificios en honor mio: *In omni loco sacrificatur*; ofréceseme todos los dias una oblacion, una víctima pura y sin mancha, *et offertur nomini meo oblatio munda*. Pues ¿qué hostia es esta de que el Señor mismo se honra, que le lleva sus atenciones y sus complacencias; que es tan recomendable á sus ojos por su inocencia y por su pureza? ¿Son acaso animales, cuya sangre impura y grosera no puede serle tan agradable? ¿Son nuestras obras en que la malicia reina ordinariamente, en que la carne y la sangre tienen tanta parte, y en que la codicia se mezcla casi siempre por secretas vanidades ó imperceptibles intereses? ¿Son por ventura nuestras oraciones, á quienes el disgusto, la disipacion, la impaciencia y el amor propio acompañan muy de ordinario? No por cierto. Este grande sacrificio es el de la misa, que se ofrece en todas las regiones de la tierra por la propiciacion y por la satisfaccion de nuestros pecados. Aquella oblacion pura y santa por sí misma, á quien ni la dignidad del que la ofrece, ni la irreverencia del que asiste á ella, pueden quitar la menor parte de su santidad, que contiene la fuente de la pureza, el origen de la santificacion, al Hijo de Dios, aquel Cordero sin mancha que quita los pecados del mundo.

8. San Justino mártir, apologista de los cristianos en los primeros siglos, se sirve de este texto para probar el sacrificio incruento del pan y del vino eucarístico. San Ireneo, instruido en las doctrinas apostólicas, á quien todos los que quieren conocer la antigua verdad y la tradicion de la Iglesia deben oír como un testigo irreprochable de la fe y de la disciplina de los primeros tiempos, y cuyo martirio autoriza su doctrina, no halla mejor prueba de la institucion y de la excelencia de este sacrificio, que la tradicion de los Apóstoles y la prediccion de este Profeta.

9. Ved aquí, pues, la misa establecida. Jesucristo, que se había revestido de carne mortal para glorificar á su Padre y para redimir á los hombres con su sangre, queriendo extender su reino sobre la tierra, debía dejar en ella al morir un sacrificio digno de

¹ Malach. i, 11.

él, que fuese como un centro de religion en donde se recogiese toda la gloria de Dios y toda la fe de los fieles; en donde se derramasen sus misericordias, y nosotros le hiciésemos acciones de gracias; en donde los frutos de la redencion se distribuyesen por toda la Iglesia, y en donde los hombres pudiesen hallar la remision de los pecados, el don de la penitencia y la prenda de la salvacion eterna.

10. Cási no ha habido pueblo tan poco instruido en las cosas divinas que no haya erigido altares á alguna divinidad, y haya mostrado por alguna especie de oblation el homenaje que debia á esta potestad soberana. ¿Pudiérais vosotros creer que los cristianos, á quienes la nueva alianza establecida por la sangre de Jesucristo ha elevado á una tan grande excelencia de religion y de dignidad, no supiesen honrar á Dios? Colmados de tantas gracias y beneficios, y por consiguiente obligados á tantos oficios de reconocimiento y de piedad, ¿habian de carecer de sacrificios, cuando tantas naciones salvajes, por una inclinacion de la naturaleza, aunque corrompida, han ofrecido á unos dioses fingidos ó fabulosos unos sacrificios algunas veces crueles y otras veces ridículos, que denotando su brutalidad ó su ignorancia, daban á entender una especie de devocion?

11. No permita Dios que Jesucristo nos haya rehusado los medios de honrar la soberanía de su Padre y de reconocer su redencion. El mismo se puso en un estado de víctima en que se halla toda su dignidad, y en que la perfecta adoracion se practique hasta la consumacion de los siglos; lo que hizo no solamente por la gloria de este misterio, sino tambien por nuestra propia utilidad. Sobre estos altares ejerce estas funciones de mediador y de intercesor; ahí pide y obtiene los socorros necesarios para nuestra eterna salvacion; en ellos se contiene bajo de esas especies sacramentales entre Dios y nosotros, para mantener y negociar, digámoslo así, mas de cerca la reconciliacion y la paz que ya nos procuró por el mérito de su muerte, llevando al cielo las oraciones de los hombres, trayendo á los hombres las bendiciones del cielo, y como un divino y caritativo embajador, representando nuestras necesidades á su Padre, y anunciándonos sus misericordias: allí plantado en medio de la Iglesia, como el árbol de la vida en medio del paraíso terrenal, renueva el vigor de la piedad de los cristianos, remedia todos nuestros males, vela sobre todas nuestras necesidades, y está de asiento para unirse sacramentalmente á nosotros, y para que nosotros nos unamos espiritualmente á él, á fin de que la memoria

de su pasion permanezca siempre delante de nosotros; de suerte que en la celebracion que se hace todos los dias de la misa, así los cristianos que asisten á ella, como los sacerdotes que la celebran, tengan sin cesar delante de sus ojos á Jesucristo paciente, para que puedan imitarle llevando sobre sus cuerpos la mortificacion de Jesucristo, y en sus corazones el reconocimiento de la excesiva caridad que tuvo por ellos.

12. ¿Qué hallais vosotros, hermanos míos, en esta doctrina que no os edifique? Este misterio, que es para todos los buenos cristianos de tan grande consuelo, ¿se os hace á vosotros pesado? ¿Habeis resuelto romper todo comercio con Jesucristo, con quien ya cási no teneis parte, puesto que no la teneis en su cuerpo y en su sangre, ni en tantas gracias como tan liberalmente distribuye en nuestras iglesias? ¿Os asusta la misa, que es la imágen y la memoria de su pasion? ¿Y vosotros os escandalizais de sus humillaciones y de sus sufrimientos? ¿Quién lo dijera, hermanos míos, que pudiese haber entre los cristianos unas gentes instruidas en la creencia de la Iglesia, cuyas cabezas tenian el órden de sacerdotes y de sacrificadores entre nosotros, que hubiesen emprendido abolir el sacrificio, y por una extraña presuncion, en lugar de lo que Jesucristo nos dijo al instituirle, *haced esto*, se hubiesen atrevido á decir, *no lo hagais*? Nuestros padres, tan llenos de religion y de celo, ¿hubieran creído posible lo que nosotros tocamos? Se temen los dias de fiesta y de domingo como dias de mal agüero, porque el órden y la decencia quieren que se asista á los sagrados misterios. Resérvanse para estos dias su ociosidad, sus negocios, sus enfermedades, sus viajes; en lugar de santificarlos por la oracion y los ejercicios de devocion y de caridad, se emplean en trabajar contra las órdenes del Señor, en correr las ferias, los mercados y las aldeas. Se cree haber ganado mucho en haber defraudado las leyes de la Iglesia con pretextos, que se preven y que se estudian toda la semana, y se hace gala de haber eludido los convites de un amigo y haber trampeado, digámoslo así, una misa á la vigilancia de un ceadador. Yo no tengo mas que gemir delante de Dios y decirle á ese hombre incrédulo y á esa mujer obstinada: *¡Oh si tú conocieses el don de Dios!*

13. Vuelvo, pues, á mi asunto y digo con san Jerónimo, que toda religion debe tener un sacrificio, y toda iglesia que no tiene ni sacerdote ni sacrificio no es iglesia de Dios, *non est ecclesia Dei*. Acaso me diréis vosotros: Jesucristo es mi sacerdote, la efusion de su

sangre es mi sacrificio, y mi único sacrificio; esto me basta. ¿Para qué es multiplicar las hostias? ¿Para qué se ha de reiterar este acto de muerte que ha consumado nuestra redencion? Confesémoslo, hermanos míos; el santo Concilio nos enseña que es una misma oblacion la de la cruz y la del altar. La víctima es la misma, aunque diferente en el modo de ofrecerla. La cruz que ponemos sobre el altar es lo mismo que el altar. Contiene la misma víctima, sirven al mismo sacrificio, cumpliéndose sobre la cruz, y continúa sobre el altar.

14. El sacrificio no podia ser ya sangriento, estaba el Salvador glorioso é inmortal. Su muerte natural no debia durar sino algun momento; pero debia ser seguida de su muerte mística, renovada cada dia por la destruccion de las especies. Esa sangre se habia deramado en precio suficiente y superabundante de la redencion; pero era necesario que se aplicase. La pasion amontona, digámoslo así, el tesoro, y la misa lo distribuye. Jesucristo sobre la cruz muere por todos los hombres en general; sobre el altar está en estado de muerte por mí y por vosotros en particular, como si muriese por nosotros solos: nosotros levantamos esta sangre, cuya voz se deja oír mejor que la de la sangre de Abel. Nosotros elevamos el Cordero inmolado para presentarle al Señor tal como san Juan nos lo describe, puesto de pié y en estado de suplicante ante el trono de esta Majestad divina. Ved aquí en dos palabras lo que es la misa; presentar al Padre eterno el cuerpo y la sangre de su Hijo bajo de símbolos separados y destinados á anunciar su muerte; todo lo demás, oraciones, bendiciones, ceremonias, todo esto no es mas que el aparato ó la série venerable del sacrificio. ¿Y hay en esta doctrina y en estas religiosas prácticas alguna cosa que repugne á las reglas de la piedad ó á la fe de las Escrituras?

15. ¿No leemos nosotros en estas Escrituras que Jesucristo es sacerdote, y sacerdote segun el órden de Melquisedec, rey de paz, rey de justicia, el mas calificado en religion y en piedad de todos los que hubo en el tiempo de la ley natural, que vino antes de Abrahan para bendecirle y presentarle el pan y el vino, porque era el sacerdote y el sacrificador del Altísimo¹: *Erat enim sacerdos Dei altissimi?* ¿No reconocéis en esto la figura de Jesucristo, la consagracion del pan y del vino en la institucion que hizo de la misa, y en la semejanza de su sacerdocio la de su sacrificio?

16. Oid sobre este punto la doctrina de san Pablo en su carta

¹ Genes. xiv, 18.

á los hebreos. Jesucristo, gran pontífice y soberano sacrificador, vino en la plenitud de los tiempos á tomar de mano de su Padre un cuerpo, que fue el fondo y la materia de su sacrificio, que cumplió en fin sobre la cruz para la redencion del mundo; sacrificio verdadero, oblacion de la víctima, aceptacion voluntaria de Jesucristo, destinacion del Padre eterno, oficio de un sacerdocio superior al de Aaron. Con esto suprimió la ceremonia de la ley, y trasladó el Antiguo Testamento al Nuevo, mudó el sacerdocio levítico, traspasó el derecho de sacrificatura á otro órden de sacerdocio que el de Aaron, siendo él mismo sacerdote eterno segun el órden de Melquisedec, mas noble en la santidad de su accion y en la duracion de su ministerio: *Translato sacrificio, necesse est ut legis translatio fiat*¹.

17. Y como la religion de Jesucristo sustituyó á la de Moisés, el sacerdocio y el sacrificio de Melquisedec sustituyen al de Aaron.

18. La misa, pues, es este sacrificio de la religion nueva, hecho segun el órden de Melquisedec. Las grandes cualidades de este Pontífice, que el Apóstol refiere gustoso, son una figura fiel de Jesucristo; el pan y el vino, que son la materia de su oblacion, son sus pruebas. Es un sacrificio verdadero, acto de una religion pública establecida por Jesucristo, observada por su Iglesia para honrar á Dios por la mas augusta víctima que hubo jamás, para protestar nuestra dependencia á su soberanía en una profunda humildad. Mutacion de la víctima, pues por la consagracion el pan y el vino se convierten en cuerpo y sangre de Jesucristo; especie de destruccion, por una separacion mística del cuerpo y de la sangre, y por una representacion misteriosa del sangriento sacrificio del Calvario. Oblacion santa en todo lo que ella es; de parte de la víctima es Jesucristo, de parte del sacrificador es Jesucristo, de parte de las funciones y de la accion de su sacerdocio él es quien lo ejerce sobre sí mismo. ¿Dónde hallaréis vosotros sino en la misa este sacerdocio, este sacrificio de Jesucristo segun el órden de Melquisedec? No lo busqueis, ni en su nacimiento, cuando se ofrece secreta é interiormente á su Padre, ni en su cruz, en donde hubo efusion de sangre, y por consiguiente para la cena se reservó instituir esta especie de sacrificio.

19. Todas estas son verdades puras, hermanos míos; pero es necesario sumision, es necesario fe para ellas. Cuando san Pablo llega á este punto de religion y de misterio, se contiene, se comprime en su asunto, y despues de haber dicho á los hebreos recién

¹ Hebr. vii, 12.

convertidos que Jesucristo fue declarado, por autoridad del mismo Dios, pontífice segun el órden de Melchisedec: *Appellatus à Deo pontifex secundum ordinem Melchisedech*; se detiene y se contenta con decir: *De quo nobis grandis sermo, et interpretabilis ad dicendum*¹. Nosotros tenfamos grandes cosas que deciros de este pontífice; pero son superiores á la comprension de vuestros entendimientos todavia carnales, y de vuestra fe todavia débil y tierna: *grandis sermo*. No teme hablarles del sacrificio de la cruz, y les enseña que Jesucristo se ofreció verdaderamente á Dios por nuestros pecados, y nos redimió, no con sangre de animales, sino con la suya propia: que esta sangre derramada es de un valor y de una eficacia infinita: que no habia necesidad de que Jesucristo se presentase otra vez á la puerta del santuario, ni derramase otra vez su sangre; y que por un solo sacrificio habia consumado la redencion de todos los hombres. Pero si se trata de explicar el sacrificio místico de nuestros altares, y las semejanzas del sacerdocio de Jesucristo con el de Melchisedec, ni aun se atreve á hablarles de la figura del pan y del vino, por no verse obligado á revelarles unos secretos de que no eran capaces: *grandis sermo*. No se atreve á confiarles este misterio. Jesucristo está encubierto bajo el velo de las especies sacramentales, la verdad está oculta bajo las nubes del Sacramento: *grandis sermo*.

20. En el mismo embarazo me hallo hoy dia, que este grande Apóstol, respecto de una parte de mi auditorio; todavia no son verdaderamente fieles; pero son cristianos, tienen en la mano las santas Escrituras, la palabra de Dios se les ha explicado, y yo no tengo que hacerles ver, sino que san Pablo no hubiera tenido tanta precaucion, ni hubiera empleado palabras tan enfáticas, si no hubiese pretendido hablarles de otra cosa que de una figura vacfa, y de una simple representacion del cuerpo y de la sangre del Hijo de Dios, ó de una participacion de este cuerpo, que se hiciese solamente en imaginacion y en pensamiento. Ved aquí, hermanos míos, lo que tenia que deciros del sacrificio de la misa. Veamos ahora cómo debeis asistir á él.

Punto segundo: Disposiciones con que debemos asistir al santo sacrificio de la misa.

21. Aunque la grandeza de Dios sea inmensa, eterna, infinita, y merezca ser honrada á proporcion de su dignidad y de su esen-

¹ Hebr. v, 10, 11.

cia: *Laudate eum secundum multitudinem magnitudinis ejus*¹; alabadle segun la muchedumbre de su grandeza, que dice el Profeta rey por esta majestuosa expresion; con todo eso, reconocemos nuestra impotencia. Como Dios es inmutable en sí mismo, y no puede ni crecer, ni disminuir en su ser, no puede recibir dentro de sí ningun acrecentamiento de bien ó de gloria de parte de sus criaturas, sino solamente una gloria exterior que le resulta del mayor conocimiento, ó de la mayor estimacion que hacen de su soberana bondad. Por otra parte, ¿dónde hallarémos nosotros un hombre digno de Dios, ni qué señal de honor ó de respeto le darémos? *Quid dignum offeram Domino*, dice un profeta, que pueda convenir á esta Majestad suprema? Redúcese á la adoracion: *Curvabo genu*²; doblaré la rodilla, me humillaré, me abatiré y me anonadaré delante de él.

22. Esto es, hermanos míos, lo que debemos hacer á ejemplo de Jesucristo, que se anonada delante de su Padre en el santo sacrificio de la misa. La Iglesia nos enseña que la obra de nuestra redencion³ se practica en él, y se renueva, y nos manda asistir á él. En aquellos dichosos tiempos de la pureza y del fervor del Cristianismo, la Iglesia no tuvo necesidad de mandar á sus hijos oír misa. Los Apóstoles introdujeron esta santa y religiosa costumbre; habíala seguido todas las nuevas iglesias; todos los fieles acudian al lugar donde se hacia la fraccion del pan (así llamaban á los santos misterios, para ocultar á los profanos lo que no merecian conocer). Ninguna ley les imponia esta obligacion; pero la ley pura de la caridad, que el Espíritu Santo acababa de grabar en sus corazones, y cuyas impresiones estaban recientes, eran mas eficaces para ellos que todas las órdenes que les pudieran haber dado. ¡Plugiera á Dios que una libre piedad y una obediencia voluntaria hubiese excusado todas estas reglas y todos estos preceptos que la necesidad ha hecho establecer en el Cristianismo!

23. Pero es necesario confesar, hermanos míos, que este fervor no duró mucho tiempo: las persecuciones que parecian deberle apagar, no hicieron sino acalararle mas; y la tranquilidad de la Iglesia que debia acalararle, no hizo sino apagarle. Relajóse poco á poco la disciplina; la paz introdujo la libertad; deslizóse, digámoslo así, en el Cristianismo un espíritu de ociosidad y de molcie; el celo del servicio divino y de las oraciones públicas se llegó á en-

¹ Psalm. cl, 2. — ² Mich. vi, 6. — ³ Opus nostræ redemptionis exercetur. (*Ecclesia*).

tibiari. Habiéndose hecho cristianos los emperadores, arrastraron consigo, por el peso de su autoridad y de su ejemplo, un tropel de pueblo y de cortesanos que acrecentaron el número, pero que no aumentaron la alegría de la Iglesia. Esta oleada de malos cristianos nuevamente venidos se llevó tras de sí á los que se hallaban ya débiles; llegó á ser ya su porte menos regular, y ellos menos continuos en los ejercicios de la Religión. San Crisóstomo en su tiempo se quejaba ya, y reprendía á sus diocesanos el descuido de hallarse en las asambleas en que se celebraban los tremendos misterios. Creció la corrupcion con el tiempo; y fue preciso que la Iglesia hiciese una ley, y usase de la autoridad que Dios le ha dado sobre sus hijos, mandándoles oír misa los domingos y las fiestas; al principio misas mayores y solemnes; despues (á causa de la dureza de su corazon), rezadas y privadas; primeramente únicas, despues por una sábia condescendencia multiplicadas en las parroquias, segun la necesidad de las iglesias, y tambien segun la comodidad de los pueblos. Ved aquí, hermanos míos, cuál ha sido la disciplina, muchas veces diferente en las necesidades, siempre igual en el órden, y siempre la misma en la doctrina, en las disposiciones que ha pedido á los fieles que asisten al santo sacrificio de la misa.

24. Cualquiera oficio y cualquiera funcion que los cristianos ejerzan en órden á la misa, sea de *asistentes*, sea de *oferentes*, deben estar en la Iglesia con modestia, con temor y con atencion. Como nosotros estamos compuestos de cuerpo y de espíritu, y Dios es autor de uno y otro, es necesario que ambos tengan parte en la adoracion que le debemos. Sobre este fundamento arregla la Iglesia nuestro culto: de suerte, que no sea tan interior, que no se extienda hácia afuera; porque así como es necesario que la religion de nuestro espíritu esté acompañada de la compostura religiosa de nuestros cuerpos, tambien es necesario que los homenajes y las adoraciones de nuestro cuerpo estén animadas de los homenajes interiores y de las adoraciones secretas de nuestro espíritu; y á la manera que el sacrificio visible que se ofrece, es la señal del sacrificio invisible, así tambien, dice san Agustin, esta modestia y compostura exterior del cuerpo debe ser señal de nuestra reverencia y de nuestra devocion interior. Allí vamos á confesar á Jesucristo delante de los hombres, para que nos reconozca delante de su Padre celestial. ¿Dónde debemos mostrar principalmente que somos sus siervos, sino en su casa? ¿Dónde debemos dar señales de aquel res-

petuoso terror con que se debe estar delante de la majestad de Dios, sino en su templo? Allí toda nuestra ocupacion debe ser adorar á Dios y cumplir para con su soberana grandeza con todas las obligaciones de religion de que somos deudores. Por otra parte, nosotros estamos obligados á edificar el comun de los fieles; y si en todo tiempo y en todo lugar les debemos dar motivos de ejemplo y de caridad, principalmente es en la Iglesia, durante la celebracion de los santos misterios, en donde segun el precepto de Jesucristo debemos excitarlos á glorificar al Padre celestial.

25. Y no obstante esto, hermanos míos, ¿cuántas profanaciones é irreverencias se cometen todos los dias al tiempo de este santo sacrificio? Vase á él sin reflexion, aunque Dios nos manda temblar al poner el pié sobre el umbral de esas puertas augustas que encierran la religion y sus misterios. Éntrase en la iglesia con la cabeza llena de inútiles negocios ó de locas pasiones y de diversiones frívolas con que se alimenta todos los dias. Búscase la misa mas ligera como sintiendo este solo cuarto de hora que se le da á Jesucristo cada semana. Aguárdase tambien á aquellas misas que se dicen tarde, para estar en ellas mas libres con gentes de igual indevocion y de semejante pereza. Déjasele hacer todo al sacerdote, ó por mejor decir á Jesucristo, como si no tuviesen parte alguna en su sacrificio, y léjos de tener algun sentimiento de devocion se les quita tambien á los que la tienen, por las distracciones que se les causa. No obstante, ello es preciso tener atencion.

26. Siendo el sacrificio del altar una continuacion del sacrificio de la cruz, cuyo espíritu, cuyo mérito, y cuyo fruto se derrama sobre las almas fieles que dignamente asisten á él, un cristiano debe estar presente á la misa como si estuviese presente á la pasion de Jesucristo, con atencion y admiracion del misterio y de todas sus circunstancias. Así estuvieron aquellas almas santas que estaban al pié de la cruz con sentimientos de amor, de dolor y de reconocimiento de un tan triste pero tan religioso espectáculo: padecian las mismas penas juntamente con el Salvador; se sacrificaban con él, recogian su espíritu y sus palabras; y veian con respeto correr su sangre, el precio de su salvacion y de la salvacion de todo el mundo. Tales son aun en el dia de hoy, por lo que toca á la misa, aquellas almas que tocadas del ardiente deseo de unirse á Jesucristo, ó por el celo de su fe, ó por la comunión de su sacrificio, corren tras el olor de sus perfumes eucarísticos; se acercan á él para ser ellas mismas hostias vivas de Jesucristo; van á destruir al pié

de sus altares todas las imperfecciones que pueden desagradarle, sacrificándole hasta las últimas ruinas de sus pasiones y hasta las menores inclinaciones de su amor propio, adorándole en espíritu y en verdad, y observando hasta las menores circunstancias de su sacrificio.

27. Con todo eso, se viene á él la mayor parte del tiempo como á una accion pasajera, adonde se asiste por hábito ó por azar, sin religion y sin oracion, desnudos de todo espíritu de piedad y de inteligencia, y por consiguiente de toda consolacion.

28. Pero acaso me diréis vosotros: ¿qué consolacion se puede tener en la celebracion de los santos misterios, en una lengua que no se entiende; ni cómo podemos nosotros, siendo unos ignorantes, responder *Amen* á vuestra accion de gracias, segun los términos de san Pablo? ¿Se trata hoy dia como en la primitiva Iglesia del don de lenguas de que abusaban algunos, y que el Apóstol intenta corregir? ¿Y no se os explica de viva voz nuestras ceremonias y nuestros misterios? Las traducciones de la misa ¿no se han publicado? ¿No sube al púlpito el doctrinero durante la misa á que asistís? ¿Se os quiere engañar ó privaros del conocimiento de las cosas santas? Pero sabed de una vez las intenciones de la Iglesia.

29. No ha querido Dios que sus Escrituras, que son inmutables y venerables, se mudasen como lenguas que se corrompen y se renuevan. Nuestros padres han guardado con cuidado estas antiguas fórmulas de nuestras obligaciones para que nuestros usos fuesen uniformes, para que la Iglesia universal llevase un lenguaje universal, y para que así como no habia sino una fe, así tampoco hubiese sino una lengua comun por la cual pudiesen comunicarse juntas muchas naciones. Han querido que se sirviese de una lengua antigua para denotar la antigüedad de la creencia, para que los fieles pudiesen asegurarse que creian lo que siempre han creído, puesto que se habla como casi siempre se ha hablado en el reino de Jesucristo. La Iglesia ha creído que era necesario conservar esta lengua autorizada entre todas para conservar la dignidad y la majestad de las cosas sagradas; para mantener esta señal de union en toda la familia de Jesucristo; para guardarse de aquellas profanas novedades de voces ó de palabras que tan cuidadosamente manda evitar san Pablo; para poner, en fin, á cubierto la Religion de la vicisitud de las dominaciones y de las variaciones de las lenguas, y dejar el culto y el servicio divino en aquel lenguaje en que los Apóstoles y los hombres apostólicos le han consagrado, no sea que se corrompa por quererlo reformar.

30. Juzgado vosotros mismos, hermanos míos, y veréis que si la misa se dijese en lengua vulgar, estaria sujeta á mudanzas, á pique de ser depravada y corrompida; perderia de su veneracion; se quitaria la comunicacion de las iglesias, necesaria para la unidad de su fe, cuyo vínculo es este lenguaje. Un sacerdote de una nacion no podria celebrar en la otra. Como quiera que sea, el fin de los officios eclesiásticos no es de instruir ó de enseñar á los que los dicen y á los que los oyen; están dispuestos precisamente para alabar las grandezas de Dios, para pedirle y para darle acciones de gracias. Dios, que sondea los corazones, ¿no os entiende bien y no basta que vosotros entreis de corazon en el espíritu de la Iglesia y de sus oraciones públicas?

31. Humillaos durante la misa ante la majestad de Dios; medita los misterios de la pasion que se os representan; pedidle que os dé su fe, ó que os la aumente. Reflexionad sobre sus gracias y sobre sus beneficios, y excitad vuestro reconocimiento; ofrecédselo á Jesucristo por prendas de vuestras buenas voluntades, de vuestra fe y de vuestro amor, si aun no podéis entrar en la participacion secreta y espiritual del sacrificio; pero sobre todo asistid á él con respeto y con temor.

32. De este modo nos manda Dios que estemos á la vista del santuario. Así lo están los espíritus celestiales delante del Señor, á quien alaban los Ángeles, adoran los Arcángeles y las Dominaciones, y ante quien tiemblan las Potestades. Notad estos grados y ved que á medida de lo que están mas elevados en dignidad, son mas respetuosos; y nosotros, viles y miserables criaturas, ¿estaremos sentados delante de él, errantes y orgullosos, sin circunspeccion y sin respeto?

33. Pero ¡ay de mí, hermanos míos! que casi no sé qué deba vituperar mas, ó la demasiada confianza de los antiguos católicos, ó el demasiado temor de los nuevos. Nosotros vemos entrar á los antiguos con la cabeza levantada en la iglesia, que miran como su herencia y como la casa de su padre; orgullosos de su religion, y familiares (digámoslo así) con los misterios, procurar los puestos mas honoríficos en las grandes solemnidades; forzar, por decirlo así, las rejas para entrar en el santuario; recostarse hasta sobre el altar y confundirse con los sacerdotes, á quienes turban algunas veces por una indiscreta temeridad en las funciones de su ministerio. ¿Cómo unas ceremonias tan venerables, y unos misterios que los mayores Santos han llamado terribles, pueden inspirar una confian-

za tan poco respetuosa? Tiemblan de terror las Potestades del cielo en presencia del Dios-Hombre que se sacrifica sobre nuestros altares; ¿y nosotros nos acercamos á él sin temor?

34. Por el contrario, los nuevos vienen á ella con repugnancia; no con aquel temor que inspira la dignidad de este sacrificio, sino con la que inspira su preocupacion; miran á este acto de religion menos por la fe que por las prevenciones de su nacimiento. ¿Por qué no nos dejais, dicen ellos? Miran como un gran trabajo lo que hace la mayor dicha de los verdaderos fieles; y piden como una gracia lo que siempre ha sido el mas severo castigo y la mayor pena de la Iglesia. Confieso, hermanos míos (y lo digo con dolor), que segun las antiguas reglas seréis excluidos de ella como indignos de asistir á los sagrados misterios. Echábanse en otro tiempo, no solamente los catecúmenos, sino tambien los pecadores, para castigarlos, echándolos fuera, y para excitarles deseos de ser admitidos á los misterios por la vergüenza que tenían de verse privados.

35. Pero la Iglesia ha considerado que la misa es un sacrificio propiciatorio, instituido propiamente por los pecadores; que la vista de esta sangre derramada por ellos podrá excitarlos; que los grandes pecadores tienen necesidad de grandes intercesiones; que las lágrimas de los verdaderos fieles, juntas con la preciosa sangre de Jesucristo, ayudadas de su espíritu y fortificadas con el mérito de su pasion, hacen algunas veces violencia al mismo Dios, digámoslo así, y le arrancan sus misericordias. La Iglesia os convida á él por gracia. Ella os llama á un misterio en que principalmente se ejerce la fe, y en que principalmente podeis esperar el obtenerla. Os manda asistir á él para que no os abandonéis á la irreligion, por no dejaros al arbitrio de vuestros propios deseos, para acostumaros á su culto, para abriros los tesoros de los cuales es depositaria, para revelaros sus secretos, y para haceros testigos de la pureza de su sacrificio.

36. Venid, pues, á él, no como extraños, sino como hijos, para reconocer la soberanía de Dios sobre sus criaturas; para merecer su misericordia y satisfacer á su justicia; para dar gracias á su bondad infinita de todos sus beneficios; para pedirle por medio de la oracion todos los auxilios de que podeis tener necesidad. Sacrificadle un sacrificio de justicia, y esperad en él¹. *Sacrificate sacrificium justitie, et sperate in Domino*. Esperad que Dios os dará la gracia de conocerle. No os desaniméis; el gusto de las santas verdades

¹ Psalm. iv, 6.

vendrá á vosotros, y vosotros sentiréis las consolaciones del Espíritu de Dios; asistid humildemente á la misa, y decid á Dios¹: *Respice in faciem Christi tui*. Poned los ojos, ó Padre de misericordia, no en nosotros, sino en Jesucristo vuestro Hijo. No mireis nuestras ofensas; ved aquí vuestro Hijo que se ofrece por nosotros y quiere ser nuestro fiador. Poned los ojos, no en nosotros que estamos todos cubiertos de lepra, sino en vuestro Hijo, que es el Santo de los Santos y vuestro Hijo querido, para que por su gracia y bajo de sus auspicios podamos ser introducidos en vuestra gloria. En el nombre del Padre, etc. Amen.

¹ Psalm. lxxxiii, 10.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Recordati sunt vero discipuli ejus, quia scriptum est: Zelus domus tua comedit me. (Joan. II).

Los discípulos se acordaron de lo que estaba escrito: El celo de vuestra casa me consume.

1. Nuestras iglesias han sucedido al templo de Jerusalem, del cual echó el Salvador á los profanadores... Lo que mas distingue á los templos, observa san Agustin, es el sacrificio... Los ejercicios de religion, las oraciones, etc., que se practican en ellos, pueden practicarse en todas partes; solo el sacrificio de la misa puede ser ofrecido á Dios en sus altares... De este sacrificio voy á hablaros... Si con respecto á este punto logro reformatos, habré puesto coto á los escándalos... Vos, Señor, sois buen testigo de esto...

2. Nada hay mas digno de nuestra atencion y respeto, que el santo sacrificio de la Misa... Para hacérselo ver lo consideraremos con relacion á su objeto, y con relacion á su asunto... Su objeto es honrar á Dios; su asunto es ofrecerle nada menos que un Dios... De ahí las dos proposiciones sobre las cuales versarán las dos partes de este discurso.

Primera parte: El sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, porque se ofrece al mismo Dios.

3. ¿Qué es asistir al sacrificio del Dios vivo? Es estar presente al mas augusto y santo ejercicio... Debemos asistir á él como testigos, como ministros y como víctimas... Examinemos cada uno de estos artículos.

4. Asistir á la misa es asistir al sacrificio mas augusto y santo de la Religion... Lo que decia un sábio cardenal de nuestro siglo... Y ¿cómo puede ser que la corrupcion del libertinaje nos haga proceder...? No es esto ultrajar á Dios, y ultrajarle en...

5. Cuando asisto al sacrificio, ¿cuál debe ser mi único objeto?

Honar á Dios. ¿Qué deberá, pues, pensarse de un cristiano que le deshona en aquello mismo que debia servir para honrarle y glorificarle?... ¿En qué consiste el honor que debemos rendir á Dios? Consiste, dice santo Tomás, en una protesta... En esto, dice san Agustin, se ve claramente... No sucede lo mismo con los Ángeles, dice el Crisóstomo,... Por otra parte, ¿qué desórden que hombres que llevan...? ¿Qué seria de nuestra Religion si se tolerasen semejantes abusos?... Asistir al sacrificio es venir... Pero, procediendo como procedéis... Y vosotras, mujeres cristianas, ¿no estais demostrándonos...? Ampliemos todavía mas este pensamiento: no solamente el sacrificio es... Pero... ¿cuántas veces no damos motivo á los paganos...? Estos podrian decirnos: ¿Quién de nosotros es mas criminal: el que es religioso como nosotros en su error, ó el que como vosotros es profanador, profesando la verdad? Esta idea es de san Agustin...

6. Mas no nos detengamos aquí. Para acabar de confundirnos... Asistimos al sacrificio como *testigos*... En esta inteligencia la Iglesia os permite... Honor que no hace... Honor de que excluye... ¡Ah! hermanos míos, exclama san Juan patriarca de Jerusalem... ¿No os ha dicho el sacerdote: *Sursum corda*, y no habeis respondido: *Habemus ad Dominum*? Pues en este momento estais mas ocupados... ¿Es esto tomar parte en un sacrificio...?

7. Asistimos como *ministros*. *Regale sacerdotium*, dice san Pedro,... El sacerdote celebrante no es un particular, es el representante de todo el pueblo... No es esto decir que todos los fieles sean sacerdotes... si todos, pues, participan del sacrificio como ministros, no exageraré si digo...

8. ¿Quién creyera..., que un cristiano..., quisiese convertir el templo en un lugar de...? Con dolor hablo así, echándoos... Lo que os digo lo han explicado ya repetidas veces los santos Padres... San Jerónimo y san Juan Crisóstomo no hablaban con mas dulzura que yo, cuando...

9. Asistimos como *víctimas*. Dice san Agustin: Jesucristo y la Iglesia forman un solo cuerpo; es, pues, imposible que el uno sea inmolado sin el otro: *Cum... tam ipsa per ipsum quam ipse per ipsam debet offerri*. Digamos, pues, con santo Tomás apóstol: *Eamus et nos, et moriamur cum eo*. ¿Cómo debe aparecer un cristiano que...? Como víctima espiritual: *Spirituales hostias*... Pero si imitais el crimen de los sucesores de Aarón..., siempre seréis una víctima, pero víctima de maldicion, dice san Juan Crisóstomo,...

10. ¿No es admirable, como nota el sábio Pico de Mirandola, que...? ¿Por qué esta diferencia?... Porque el enemigo de nuestra salvacion... Á pesar de todos nuestros desórdenes, la Religion es y será siempre santa, pues... Es mas que humana, pues á pesar de la irreligion...

Segunda parte: El sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, por ser el mismo Dios la víctima ofrecida en él.

11. Los templos, dice san Juan Crisóstomo, son el mas augusto ornamento y, á la vez, el mas visible oprobio de nuestra Religion... Así hablaba aquel santo Obispo... Aun euando viviésemos, dice Guillermo de París,... El Salvador echó en cara á los judíos todos sus vicios, pero jamás les acusó de impiedad... ¿Qué hubieran pensado, qué hubieran hecho si... Y nosotros ¿qué debemos hacer ahora? Hé aquí tres consideraciones...

12. 1.^a: Cuando asisto al sacrificio que celebra la Iglesia, asisto al sacrificio de un Dios... No es esta una suposicion, es un punto de fe... Por consiguiente, si con mis respetos y adoraciones no ensalzo..., si contemplándole sobre el altar..., si... ¿no seré digno de sus mas rigurosas venganzas...?

13. 2.^a: Jesús se inmola, dicen los santos Padres, para enseñarnos lo que... Para esto, añade santo Tomás, era preciso... Hé aquí lo que Dios exige de nosotros, y lo que... ¿Quereis saber lo que hago aquí? nos dice: *Ego honorifico Patrem*, honro, glorifico, doy satisfaccion... *Et vos inhonorastis me*... Mientras yo en su presencia..., vosotros... Pero, ¿quereis, cristianos, honrarle como debéis? Id como Jesucristo... Id á entregaros... Así os lo enseña ese Dios...

14. 3.^a: ¿Qué mas hace Jesucristo en este sacrificio? No se contenta con decir: *Ego honorifico Patrem*, sino que, hablando de nosotros, dice: *Ego pro eis sanctifico me ipsum*, esto es, segun san Jerónimo, me sacrifico por ellos. Palabras, añade el mismo, que... *Ego pro eis*, etc. Sí, Padre mio, aquí estoy...

15. ¡Ah! dice san Bernardo, mi causa era desesperada... Cuantas veces, prosigue este santo Doctor,... ¿Seré tan insensato que mezcle risas profanas á sus lágrimas: *Adhucne ludam et deludam lacrymas ejus?*... *Pro te mensa mysteriis extructa est*, dice san Juan de Jerusalem. *Pro te Agnus immolatur. Pro te angitur sacerdos*. Ved ahora qué sentimientos deben ocuparos... ¿No deben ser los de un pe-

cador contrito y reconocido?... Decid como David: *Quid retribuam Domino?*... *Calicem salutaris accipiam*... *Laudans invocabo Dominum*... Tal debe ser nuestra cotidiana ocupacion delante del altar.

16. Procuremos descubrir el origen de vuestros desórdenes. Ó creéis lo que la fe nos dice sobre este misterio, ó no lo creéis. Si lo creéis, sois en cierto modo mas criminales que los judíos... *Si enim cognovissent, numquam*, etc... Si no lo creéis, ¿por qué asistís á él? ¡Ah! cristianos, nos obligais á dudar de vuestra fe, á desear... ¿Qué digo? No, no es este mi deseo; otro es el fruto que... Juntos iremos á la santa montaña... Irémos á postrarnos... Irémos á ofrecerle... Irémos á reparar nuestros escándalos... Irémos á lavarnos, á purificarnos con la sangre...

SERMON II

SOBRE

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Recordati sunt vero discipuli ejus, quia scriptum est: Zelus domus tua comedit me. (Joan. II).

Los discípulos se acordaron de lo que estaba escrito: El celo de vuestra casa me consume.

1. Puesto que se trataba de la casa de Dios, no hay que asombrarse, cristianos, de que el Salvador del mundo, enviado para sostener los intereses y vengar el honor de su Padre, manifestase tanto celo contra aquellos profanadores que echó del templo de Jerusalen con el látigo en la mano, y cuyas mesas y mercaderías arrojó indignado al suelo. Nuestras iglesias han sucedido á aquel primer templo; pero con ventajas tanto mayores, cuanto que en ellas se ofrece un sacrificio mucho mas precioso y augusto. Porque lo que mas particularmente distingue á los templos, segun observa san Agustin, lo que los consagra y les da un carácter propio de santidad, es el sacrificio. La majestad divina de que están llenos, los ejercicios de religion que se practican en ellos, las oraciones de los fieles que bajo sus bóvedas se reúnen, las alabanzas de Dios que allí se cantan, y las gracias que se dispensan, los santifican y dan ese carácter sagrado, que á un tiempo nos humilla y asombra. Dios, sin embargo, se encuentra en todas partes; en todas partes dispensa sus gracias, y puede ser rogado, bendecido, servido y adorado en todas partes. No hay mas que el sacrificio, quiero decir, el sacrificio de la ley de gracia, que no sea permitido ofrecerle en todas partes, que solo pueda serle ofrecido en sus altares. De este sacrificio, que no es otro que el santo sacrificio de la misa, voy á hablaros hoy, cristianos. Quiero enseñaros con qué espíritu y con qué sentimientos debéis asistir á él. Quiero, en lo que me sea posible,

corregir tantas irreverencias y tantos abusos como ante él se cometen. Este asunto es particular, mas no por esto debe de encender menos el celo de los ministros de Jesucristo. No se trata solamente aquí de la casa de Dios, sino de lo mas venerable y grande que se encierra en ella. Si con respecto á este punto logro reformatos, habré puesto coto á los escándalos que vemos en nuestros templos, porque el sacrificio de la misa es el que mas comunmente se ofrece á Dios en ellos. Vos, Señor, sois buen testigo de esto, nosotros tambien lo somos; y por poco sensibles que seamos á vuestra gloria, nada hay que debamos atacar con mas fuerza, ni combatir con mas ardor. Para esto necesito de vuestra gracia, y os la pido por intercesion de la Virgen María: *Ave María*.

2. No perdamos tiempo, cristianos; y para entrar desde luego en el asunto de que voy á tratar, digo que no hay nada mas digno de nuestra atencion y respeto que el excelente y santísimo sacrificio de la misa. Para convenceros emplearé dos razones, las cuales dividirán en dos partes este discurso. Yo considero á este santo sacrificio de dos maneras, y con dos distintas relaciones, á saber: con relacion á su objeto, y con relacion á su asunto. ¿Cuál es su objeto? Dios. Y ¿cuál es, al propio tiempo, su asunto? Dios mismo. Me explicaré, amados oyentes míos. ¿Qué nos proponemos en este sacrificio? Honrar á Dios; luego su objeto es Dios. Pero para mejor honrar á Dios con este sacrificio, ¿qué le ofrecemos? Le ofrecemos al Hombre-Dios. Ved aquí como Dios es su asunto y su objeto. De donde deduzco dos proposiciones que os ruego mediteis bien, y que deben inspiraros un santo terror, cuantas veces asistais á los divinos misterios. Será la primera parte de mi discurso, que el sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, porque está ofrecido al mismo Dios. Será la segunda, que el sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, porque lo que en él ofrecemos á Dios, no es nada menos que Dios mismo. Una y otra os instruirán acerca de una de las mas importantes materias de la fe, que es este sacrificio; y dándoos justa idea de la grandeza de Dios, despertarán en vuestra alma los sentimientos de la Religion.

Primera parte: El sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, porque se ofrece al mismo Dios.

3. Cuando asistimos á los divinos misterios, y al sacrificio propio de nuestra Religion, ¿qué es lo que hacemos, cristianos? No

le consideremos todavía según la relación particular que tiene con la persona del Salvador del mundo; fijémonos en la cualidad general del sacrificio. ¿Qué es este sacrificio, y qué entendemos nosotros por estas palabras, asistir al sacrificio del Dios vivo? ¡Ah! cristianos, quizás no lo hayáis comprendido nunca, y sin embargo él es uno de vuestros más esenciales deberes. Asistir al sacrificio es estar presente al más augusto y santo ejercicio de la religión que profesamos; ejercicio cuyo objeto principal es honrar la majestad de Dios; ejercicio que en el fondo y en la esencia consiste particularmente en humillar á la criatura en presencia de Dios; ejercicio por el cual únicamente puede rendirse exterior y auténticamente á Dios el mayor homenaje de adoración suprema. Hé aquí lo que es asistir al sacrificio del Dios vivo, como testigos, como ministros y como víctimas. Como testigos, para autorizar el sacrificio con nuestra presencia; como ministros, para ofrecerle á la par del sacerdote; como víctimas, para inmolarlos nosotros mismos espiritualmente con la primera víctima, que es Jesucristo. Si no cumplimos este deber con todo el respeto, con toda la piedad que exige, es indudable que el principio de la fe está alterado ó corrompido en nuestros corazones. Examinemos cada uno de estos artículos, y no perdamos una sola de tan sólidas instrucciones.

4. Sí, cristianos, asistir al sacrificio del verdadero Dios, es asistir al ejercicio más santo y augusto de la Religión. Así en las antiguas ceremonias el sacrificio era llamado ejercicio por excelencia; y así le llamamos todavía hoy, porque siguiendo la observación de un sabio cardenal de nuestro siglo, aquellas palabras del sagrado cánón, *Infra actionem*, no significan otra cosa que *Infra sacrificium*; como si la Iglesia hubiese querido advertirnos que, en efecto, la más grande acción de nuestra vida es el sacrificio, y hé aquí lo que en todos tiempos ha dado á los pueblos tan alta idea de él y de todo lo que le pertenece. Hé aquí lo que ha hecho tan venerable la majestad de los templos, la santidad de los altares, la dignidad de los sacerdotes: sentimiento tan universal, que puede muy bien ser colocado en la categoría de aquellos, por los cuales, según Tertuliano, parece que nuestra alma es naturalmente cristiana. Pero de este principio, ¿qué consecuencias no podría yo sacar contra vosotros? Y ¿cómo puede ser que en un ejercicio, por el cual parece que la naturaleza nos ha hecho casi cristianos, la corrupción del libertinaje nos haga diariamente proceder como paganos y como hombres sin razón? Porque al fin, amados oyentes míos, estais obli-

gados á reconocer que lo más divino, consecuente y respetable que hay para vosotros, es el sacrificio del Dios á quien servís; y á pesar de ser así, no teméis asistir á él como pudiérais al ejercicio menos serio, y que más impunemente pudiese ser despreciado: venís á presenciarlo con la imaginación puesta en otras cosas, bien distantes de él, por cierto, con pensamientos profanos, con ojos distraídos; y permanecéis viéndolo con frialdad, con disgusto, y adoptando á cada instante posturas indecentes. Si un hombre tratase un negocio temporal con tan poca reflexión, se le despreciaría, y vosotros no poneis en éste la menor atención; no tenéis ni modestia ni recogimiento; asistís á él por costumbre, por ceremonia; ni vuestro espíritu, ni vuestro corazón toman parte en él: ¿no es esto ultrajar á Dios, y ultrajarle en la acción y en el momento en que especialmente debéis honrarle?

5. He dicho en la acción en que especialmente debéis honrarle, y la razón está clara. Porque, ¿qué es el sacrificio, y cuál es su fin? El sacrificio, dicen los teólogos, es un acto de religión, cuyo carácter propio es honrar el ser de Dios. Pero qué, ¿todas nuestras acciones santas y virtuosas no llevan el mismo fin? Es cierto, cristianos, pero la manera no es la misma. Dios es el fin general y principal de todas nuestras acciones, y esto es lo que tienen de común unas con otras: pero cada acción piadosa tiene además un fin particular que la distingue de las otras, y del que depende su perfección. El fin particular é inmediato que distingue al sacrificio es honrar á Dios. En todos los demás deberes, puede casi decirse que el hombre obra más bien por sí y por sus intereses, que por el interés de Dios. Porque si yo rezo, es por atraerme la gracia de Dios; si hago penitencia, es por librarme de su justicia; si practico buenas obras, es por aumentar mis merecimientos; si participo del divino Sacramento, es por santificarme uniéndome á Dios. Pero cuando asisto al sacrificio, ¿cuál es mi objeto? Honrar á Dios: este es el único que me propongo, y el que debe ser el término de mi intención, si esta está conforme con la naturaleza de mi acción. ¿A juzgar por esto, ¿qué deberá pensarse de un cristiano que hace servir para deshonorar á Dios aquello mismo que debía servir para honrarle y glorificarle? ¿Qué ha hecho Dios instituyendo el sacrificio? Ha dicho al hombre: Este es el homenaje que espero y exijo de tí. Tú no sabías aun reconocer la soberanía de mi dominio, y yo quiero enseñártelo. Para esto te prescribo este deber, que tú cumplirás asistiendo al sacrificio de mis altares. Luego, si así es, profanar tan

grande sacrificio con inmodestias y escándalos; asistir á él como se asiste á un pasatiempo, á un espectáculo, á una reunion mundana; salir de él sin llevar en el alma ningun sentimiento, ningun recuerdo de Dios: ¡ah! hermanos míos, todo esto, como dice san Jerónimo, es sin duda la realizacion de aquella especie de abominacion que el profeta Daniel habia previsto con horror, y que debia aparecer en el santo lugar. Aun va mas léjos; aun lleva mas adelante su indignidad. En efecto, si el fin particular del sacrificio es honrar á Dios, ¿en qué consiste ese honor que rëndimos ó debemos rendir á Dios? Consiste, responde santo Tomás, en una protesta que hago á Dios de mi dependencia, en una confesion respetuosa de mi miseria y bajeza, en un ejercicio, por decirlo así, de confusion y humillacion completa; y si soy pecador, en una confesion humilde y sincera de mi pecado, porque todo esto debe entrar en el sacrificio por parte del hombre; y hé aquí la razon por que el sacerdote hace pedazos la hostia, y la consume, para manifestar que el hombre no es nada en el órden de la naturaleza y de la gracia. En lo cual, dice san Agustín, se ve claramente la extraordinaria diferencia que hay de la oracion al sacrificio. Porque la oracion, elevando nuestras almas á Dios, nos eleva sobre nosotros mismos; al paso que el sacrificio nos humilla todavía mas, confundiéndonos en presencia de Dios. Con el sacrificio, si me es permitido hablar así, honro á Dios á expensas de lo que soy; y en la oracion Dios me honra en cierto modo á expensas de lo que es, por medio del trato y de las relaciones que quiere entablar conmigo. Como quiera que sea, mi sacrificio es inseparable de mi humildad; y como yo no puedo humillarme en presencia de Dios de mejor modo que ofreciéndole el sacrificio, de la misma manera no puedo tener parte en él mas que humillándome en presencia de Dios. No sucede lo mismo con los Ángeles, añade san Juan Crisóstomo; los Ángeles pueden estar presentes al sacrificio y humillarse: pero la humildad de los Ángeles, por profunda que sea, no es tan esencial para el sacrificio como la de los hombres. ¿Por qué? Porque el sacrificio que ofrece la Iglesia, siendo como es sacrificio de los hombres, y no de los Ángeles, no necesita para ser completo de la humildad de los Ángeles, sino de la humildad de los hombres. Por otra parte, cristianos, ¡qué desórden que hombres que llevan sobre la frente el sello de la fe, vengan al sacrificio del verdadero Dios, no solo sin la humildad religiosa del cristiano, sino con todo el orgullo del libertinaje y la impiedad! Cuando apenas

han hincado la rodilla, pónense á hablar, hacen lo que les parece sin miramientos ni respeto, y oyen con desprecio las prudentes advertencias y caritativas amonestaciones de los ministros del Señor. Desprecio, hermanos míos, que ni debe enfriar el ardor de nuestro celo, ni cerrar nuestra boca con tímido silencio, cuando el deber de nuestro ministerio nos obliga á tomar la palabra desde el púlpito. Porque, ¿qué seria de nuestra Religion si se tolerasen semejantes abusos? ¡Ah! cristianos; asistir al sacrificio, es venir á protestar delante de Dios que dependemos de él, que lo esperamos todo de él, que no adoramos mas que á él, que estamos dispuestos á humillarnos por él. Pero ¿pensais, amados oyentes míos, decirle todo esto, procediendo como procedeis; insultando, pues ya es forzoso decirlo, al altar y á los sagrados misterios que en él se celebran; tomándoos libertades que, una vez que se trata del honor de Dios, no vacilaré en llamar insolencias; sosteniéndolas hasta dentro del santuario con una audacia y un orgullo que nada es capaz de confundir? Y vosotras, mujeres cristianas, ¿no estais demostrándonos lo mismo, al dejaros ver en nuestros templos con todas las señales de vuestra vanidad? No trato precisamente de hacer la oposicion á vuestras modas y trajes; pero aquí no puedo disimular lo que ofende á la Majestad divina, lo que perjudica al respeto que le es debido. Cuando venís á la casa de Dios, ¿es acaso necesario que os acompañe todo el fausto del mundo? ¿Es necesario, pregunto, que se os distinga por vuestro lujo y vuestros afeites; que afecteis pertenecer á un alto rango, y que os hagais servir como si ocupárais el palacio de un príncipe? ¿Es esta la humildad tan esencial para el sacrificio? Si la piedad, una piedad sólida quiero decir, os condujese al templo de Dios, ¿no le diríais: ¡Ah! Señor, yo soy hartamente vana y orgullosa en el mundo, pero al menos delante de Vos seré humilde y modesta, y ya que el sacrificio es el tributo de humildad que debo ofreceros, no asistiré mas á él con este lujo que reprobais? El mundo no lo hace así, mas yo no debo guiarme por el mundo; censurarán mi conducta, pero á mí me basta con que Vos la aprobeis. Tertuliano, hablando á mujeres cristianas como vosotras, y aun mas cristianas que vosotras, decia así: ¿Por qué esas galas que os envaneecen? Habeis renunciado á las pompas del siglo; ya no estais en las fiestas de los paganos, ¿por qué, pues, adornaros con los despojos del mundo, y traerlos al sacrificio de vuestro Dios? ¡Oh profanacion! exclamaba, y bien puedo yo exclamar con él lo mismo: ¡Es posible que las mujeres, haciendo os-

tentacion de trajes magníficos y brillantes, asistan á un sacrificio, cuyo objeto y fin principal es la humillacion de la criatura en presencia de su Criador! ¡Es posible que se presenten ante su Dios, tan adornadas segun las palabras del Rey profeta, y aun mas que los altares mismos! *Circumornate ut similitudo templi.* (Psalm. cXLIII). ¿En qué emplean, pues, su tiempo? En estudiarse, en contemplarse, en admirarse, en recibir un vano incienso, en atraerse sacrilegas adoraciones, como si quisiesen elevarse á la altura del mismo Dios. Ampliemos todavía mas este pensamiento: no solamente digo que el sacrificio es una protesta que el hombre hace delante de Dios de la dependencia de su ser; añadido que es una protesta pública y solemne por la cual el hombre llama á todas las criaturas en testimonio de su sumision y religion, como si dijese: Cielos y tierra, Ángeles y hombres, vedme aquí delante de vosotros, pronto á declarar que hay un Dios que adoro, un Dios soberano, á quien todas las glorias pertenecen; y yo vengo ahora á reconocer su absoluta dominacion, y á someterme á ella. No hay otra ceremonia, cristianos, en que el hombre pueda hablar de esta manera. Cualquier otro ejercicio de religion que se practique, no significa lo que este; el sacrificio es solamente la confesion jurídica de lo que el hombre debe á Dios. Pero por un trastorno deplorable, ¿cuántas veces no damos motivo á los paganos é infieles á dirigirnos, en medio del mas santo de los misterios, la misma pregunta, ó mas bien la misma acusacion que David temia tanto oír de boca de los enemigos del Señor: *Ne forte dicant in gentibus, ubi est Deus eorum?* (Psalm. LXXVIII). Porque bien pueden decirnos los idólatras: ¿Dónde está vuestro Dios? Con esta ceremonia exterior quereis darnos idea del culto interior que le rendís; y precisamente de ella sacamos nosotros la prueba mas palpable de vuestra irreligion. Entrad en nuestros templos, y, sin tratar de instruirnos, instruís con nuestro ejemplo. Decís que vuestro Dios es el verdadero Dios; pero vosotros sois falsos adoradores. Decís que nosotros adoramos falsas divinidades; pero al menos justo será que confeseis que las adoramos sincera y verdaderamente. Supuestos los principios y dogmas de vuestra fe, ¿quién de nosotros será mas criminal: el que es religioso como nosotros en su error, ó el que como vosotros es profanador, profesando la verdad? He tomado esta idea de san Agustin, que la comunicaba toda la fuerza de su elocuencia y de su celo.

6. Pero no nos defengamos aquí, cristianos: para acabar de confundirnos veamos en calidad de qué y con qué carácter asisti-

mos al divino sacrificio. Los Doctores dicen que como testigos, como ministros, como víctimas. Como testigos: sí, hermanos míos, vosotros sois testigos de lo mas misterioso y secreto que pasa entre Dios y los hombres. En esta inteligencia, la Iglesia os permite tomar parte en su sacrificio, y aun os obliga á que la tomeis con particular precepto. Honor que no hace indiferentemente á toda especie de personas, puesto que el castigo mas severo que ejerce en sus hijos rebeldes es, negarles entrada y prohibirles con sus censuras que tomen parte en él. Honor de que excluye aun á los catecúmenos, aunque ya estén iniciados en los misterios de la fe, por la razon de no haber recibido todavía el Bautismo. Solo admite á él á los fieles, cuya religion le es conocida, y cuya piedad quiere recompensar. Pero, al mismo tiempo, los obliga á merecer esta distincion por medio de un respeto digno de Dios. Cuando Dios en la Escritura toma por testigos de una verdad á los seres insensibles, los cielos se estremecen: *Obstupescite, cæli* (Jerem. II): y la tierra retiembla en sus cimientos: *Commota est, et contremuit terra.* (II Regum, XXII). Y vosotros, amados oyentes míos, testigos vivos del terrible sacrificio que se celebra en nuestros altares, ¿qué haréis? ¡Ah! hermanos míos, exclama san Juan patriarca de Jerusalem, ¿no habeis oido al sacerdote que os manda de parte de Dios que esteis atentos? ¿No os ha advertido que eleveis vuestro espíritu al cielo: *Sursum corda*; y no habeis respondido que ya le teneis puesto en el Señor: *Habemus ad Dominum?* Pues en este momento estais mas ocupados que nunca de lo que pasa en la tierra; en este momento, al dejar vagar vuestras miradas de un lado á otro, no buscáis mas que objetos que satisfagan vuestra curiosidad ó diviertan vuestro ocio. ¿Para esto habeis sido llamados al templo? ¿Es así, cristianos, como debeis tomar parte en un sacrificio, del cual no solamente sois testigos, sino ministros?

7. Porque, cualquiera que sea vuestra clase, en este instante sois ministros de Dios, amados oyentes míos; y no sin causa san Pedro, demostrando la dignidad y nobleza de los cristianos, entre otros varios títulos que les convienen les atribuye el del sacerdocio: *Regale sacerdotium.* (I Petr. II). Porque todo cristiano debe ofrecer á Dios el sacrificio de su redencion. El sacerdote, celebrándolo en el santuario, no es un particular, es el representante de todo el pueblo. Porque él no dice: ofrezco, suplico, confieso, protesto; sino: protestamos, ofrecemos, confesamos, suplicamos; porque todo el pueblo, en efecto, ofrece y suplica con él. No es esto decir que to-

dos estén investidos del carácter sacerdotal, como han querido hacer ver algunos herejes, fundados en una palabra de Tertuliano mal entendida; sino que todos los fieles, sin necesidad de llevar este sagrado carácter, están, como el sacerdote encargado por Dios de ofrecer el sacrificio, asociados á él en tan importante función. Función tan santa, que algunos han creído deber decir, que un cristiano en el estado del pecado no podía, sin hacerse culpable de otro nuevo pecado, asistir al sacrificio. Acerca de este punto, yo sé bien lo que conviene pensar. Sé bien que es una doctrina errónea, y hasta escandalosa, pues ataca al precepto de la Iglesia, favorece el libertinaje, y quita al pecador uno de los medios mas poderosos que pueden serle útiles para su conversión. Porque, ¿qué puede hacer un pecador que sea mas saludable, mas edificante, mas á propósito para atraerse las gracias del cielo, que venir como el publicano al templo, y ofrecer allí, aunque indigno, el sacrificio propiciatorio, cuya principal virtud es aplacar la cólera de Dios? ¿Qué es lo que los Profetas recomendaban mas á los pecadores de su tiempo? Aplacar al Señor y á su justicia por medio de la oblation de las víctimas de la antigua ley. Y lo que entonces santificaba á los hombres ¿servirá ahora para condenarlos? Conste, pues, que esta es una opinion errónea, y que no debemos admitirla; pero desechándola, aténgome al principio en que está, mejor diré, en que parece estar fundada; del cual principio incontestable deduzco consecuencias que no deben hacernos temblar menos. Pues, si participamos del sacrificio como ministros, no exageraré si digo que tantas crímenes como allí se cometen, deben mirarse como otras tantas profanaciones; que una conversacion casi indiferente por su duracion encierra dos ofensas graves; una particular, y de omision, á aquellos santos dias en que se celebra el sacrificio; la otra comun, y de irreverencia ú omision, al tiempo y dia en que esto pueda suceder; que el que no cumple con el mandamiento de la Iglesia, el que no vela y está siempre sobre sí, el que sin hacer el menor esfuerzo para recogerse y reconcentrarse en la mas grande accion del Cristianismo, deja impune y voluntariamente distraerse su espíritu, peca, y peca mortalmente. Si yo, repito, sacase ahora todas estas consecuencias, no por ello habria traspasado los límites de lo justo, puesto que tal es la opinion de los mas sensatos y sábios teólogos.

8. ¿Quién lo diría, hermanos míos? (Permitidme que sin insistir sobre los otros, trate particularmente de este desórden, de que se lamentaba el profeta Ezequiel, y del que hacia una pintura

tan semejante á lo que está pasando todos los dias entre nosotros). ¿Quién creyera, si tantas pruebas no nos lo estuvieran demostrando, que un cristiano elegido por Dios para ofrecerle un sacrificio tan divino y digno de adoracion, quisiese convertir el templo en un lugar de placer, y del mas infame placer; que mirase el sacrificio como una ocasion favorable á su impureza; que no asistiese á él con otro objeto que el de encontrar allí al objeto de su pasion; que solo fuese á verle y ser visto de él, á rendirle homenaje, á manifestarle con criminales atenciones su cariño, á entregarse á los mas groseros deseos de un corazon corrompido? Con dolor hablo así, echándoos en cara vuestra vergüenza; pero no podria disimular sin ser prevaricador; mas vale, como dice san Cipriano, descubrir nuestras llagas para curarlas, que ocultarlas sin esperanza de remedio. Lo que os digo, repetidas veces lo han explicado ya los santos Padres. San Jerónimo y san Juan Crisóstomo no hablaban con mas dulzura que yo, cuando decian que la inocencia y la pureza corrian tanto peligro (¿no podian haber dicho mas?) en los santos lugares, como en las plazas públicas; que tan peligroso es á veces para una mujer cristiana, ó mejor dicho, para una mujer mundana, dejarse ver en el sacrificio, como en los círculos y reuniones del mundo; que en otros tiempos se consagraban las casas de los cristianos para convertirlas en templos, pero que ya los templos de Dios se habian convertido en casas de escándalo y amistades ilícitas. Estas eran sus expresiones, que vosotros podeis tomar como os plazca; pero, como quiera que las tomeis, siempre veré con dolor que se cumplan casi al pié de la letra entre nosotros, y que la calumnia que en tiempo de Tertuliano se levantó á los fieles, á saber, que las mas vergonzosas acciones tenian lugar á la sombra de los altares: *Inter aras lenocinia tractari* (Tert.); que esta reprehension, digo, que fue en los primeros siglos una impostura, sea en los nuestros una acusacion demasiado justa por desgracia.

9. Ahora bien, cristianos, ¿estais en estado de asistir al sacrificio en calidad de víctimas, de ser inmolados á la par de Jesucristo? ¿No debeis estar siempre allí con el mas profundo respeto? Oid lo que dice san Agustin: Jesucristo y la Iglesia forman un solo cuerpo; es, pues, imposible que el uno sea inmolado sin el otro. Y necesario es, puesto que el Hombre-Dios es el jefe de todos los fieles, y puesto que todos los fieles están unidos á él como miembros suyos, que al mismo tiempo que él es sacrificado por ellos, ellos lo sean igualmente con él; y que el Salvador del mundo ofrezca á

Dios en su persona á toda la Iglesia, en virtud de un acto por el cual su persona es ofrecida á Dios por la Iglesia toda. *Cum autem sit Christus Ecclesiae caput, et Ecclesia Christi corpus, tam ipsa per ipsum, quam ipse per ipsam, debet offerri.* (S. Aug.). Divina teología, de la cual se deduce que no debemos ir al sacrificio de nuestro Dios con otro sentimiento que el generoso y digno del apóstol santo Tomás: quiero decir, para morir espiritualmente con Nuestro Señor Jesucristo: *Eamus et nos, et moriamur cum eo.* (Joan. xi). Ahora bien, ¿cómo debe aparecer un cristiano cuando en su presencia se represente el soberano sacrificio del Dios y Señor á quien adora? Figuraos, hermanos míos, el estado de aquellas antiguas víctimas que para ser inmoladas al Señor colocaban los sacerdotes sobre el altar: estaban atadas, privadas del uso de sus sentidos, ardientes con el fuego del holocausto; sea este vuestro modelo. Como víctimas del sacrificio no sangriento que ofrecéis, y en el que vais á ser ofrecidos; como víctimas espirituales y racionales, sobre todo, segun las palabras de san Pedro: *Spirituales hostias* (I Petr. ii): es necesario que la Religión os ate y aplique respetuosamente al santo misterio; es necesario, digo, que os cubra los ojos, y que estos permanezcan cerrados para todos los objetos de la tierra; es necesario, en fin, que os consuma el fuego de la caridad. Pero si imitais el crimen de los sucesores de Aaron; si como ellos llevais al tabernáculo un fuego que le es extraño; si os dejais conducir allí por una viciosa costumbre; si lejos de sujetar vuestros sentidos, le dais una licencia profana; ¡ah! hermano mio, exclama san Juan Crisóstomo, siempre seréis una víctima; pero víctima de maldición, víctima, no de la misericordia, sino de la cólera y venganza de Dios.

10. ¿No es admirable, cristianos, que, como nota el sábio Pico de Mirandola, entre tantas religiones como ha habido en el mundo y que tanto tiempo han dominado en él, solo en la religión de Jesucristo hayan sido profanados los templos por sus propios súbditos? Se ha visto á los romanos violar el templo de los judíos, á los cristianos destrozar los ídolos del paganismo; pero ¿acaso, decid, se ha visto á los paganos derribar ellos mismos sus dioses, y hollar los sacrificios que les ofrecían? ¿Por qué esta diferencia? Creo haber dado ya con la razón; porque el enemigo de nuestra salvación no va á tentar á los paganos, ni á interrumpirlos en medio de sus sacrificios, porque estos son falsos, y por consiguiente el incienso que en ellos se quema va dirigido á él: mientras que para desviar-

nos del sacrificio de nuestros altares, y hacernos perder el fruto de él, emplea todas sus fuerzas, porque él es el verdadero sacrificio, el gran sacrificio tan glorioso para Dios como saludable para nosotros. Así que, por mas desórdenes, hermanos míos, á que esté expuesto el sacrificio de nuestra Religión, no desconfiemos de la religión que profesamos, y de la pureza de su culto. Á pesar de todos nuestros desórdenes, ella es y será siempre santa, porque los condena todos. Pero entremos en lo mas íntimo de nuestra alma, confundámonos, digámonos á nosotros mismos que es necesario que la religión de Jesucristo sea una religión mas que humana, puesto que siempre se sostiene á pesar de la irreligión de los cristianos, y que forzoso es que esta haya echado muy hondas raíces, para que en medio de tanta santidad haya tantos y tan obstinados impíos. En la segunda parte os explicaré como el sacrificio de la misa es soberano y doblemente respetable, por estar ofrecido á Dios, y por ser el mismo Dios la víctima ofrecida.

Segunda parte: El sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, por ser el mismo Dios la víctima ofrecida en él.

11. Dice san Juan Crisóstomo, y á mi ver con razón sobrada, que los templos en que nos reunimos para adorar á Dios son el mas augusto ornamento y el mas visible oprobio á la vez de nuestra Religión. El mas augusto ornamento, porque son diariamente santificados con el sacrificio de un Dios salvador, y el mas visible oprobio, porque este divino sacrificio, no por sí, sino por nuestro libertinaje, proporciona con frecuencia á los cristianos ocasion de deshonorar la casa de Dios. Así hablaba aquel santo Obispo, lamentándose de los escándalos que se cometían al pié de los altares, y durante el sacrificio de la ley de la gracia. Añadiré á esto las palabras de Guillerme de París, que os ruego oigais con atención; porque no son ciertamente menos sólidas é interesantes. Aun cuando viviésemos, dice este sábio varon, segun la antigua ley, y no tuviésemos otros sacrificios que los imperfectos, cuyo uso estableció Dios por medio de Moisés, su elegido; siempre seria preciso que asistiésemos á ellos con temor y recogimiento; siempre seria preciso que respetásemos aquellas carnes muertas, que venerásemos aquellos toros degollados y sangrientos, que nos prosternásemos delante de aquellos altares cargados de oblações y primicias de la tierra. Eran criaturas, es verdad; pero aquellas criaturas eran las víctimas

y los holocaustos del Dios vivo; y esto solo las elevaba á un órden superior, y consagraba. Ved sino, hermanos míos, prosigue el mismo Doctor, con cuánta reverencia no queria Dios que los judíos entrasen en el santuario para ofrecerle sacrificios y la sangre de los animales que inmolaban. Ved sino con cuánto cuidado no los preparaba; cuántos preceptos, cuántas ceremonias, cuántas prácticas, cuántas purificaciones no les prescribía. Apenas, para contener estas reglas, han bastado libros enteros de la Escritura. Pero admirad todavía mas la constancia de aquel pueblo, tan indócil y grosero por otra parte, en cumplir con este deber. En los mas inminentes peligros, en medio de los desórdenes de la guerra, en el sitio mismo de Jerusalem, nada pudo hacerles faltar á este culto exterior, ni á la solemnidad de sus piadosas fiestas y sacrificios. Esto, decia un autor en tiempo de los Apóstoles, sorprendió extraordinariamente al general del ejército romano; y aunque pagano y enemigo de la ley de Dios, no pudo menos de elogiar el celo y la religion de aquellos fieles: *Stupebat Pompejus acres virorum animos, à quibus in medio belli furore, sacrorum reverentia nihil defuit.* (Heges.). Tal era el carácter de aquella nacion. El Salvador del mundo le echó en cara todos los demás vicios; pero jamás les acusó de impiedad en los sacrificios que ofrecian á Dios. Sin embargo, cristianos, ¿qué eran sus mas solemnes sacrificios mas que sombras y figuras del sacrificio de la nueva ley? Pero esto era bastante para ellos, añade san Agustin, y yo digo que para hacerles venerar aquellas sombras y figuras era suficiente que estas fuesen figuras y sombras del gran sacrificio que los Profetas les habian anunciado. Era suficiente, sí, para llenarles de un santo temor cuantas veces asistian á la inmolacion de aquellas víctimas, que, aunque viles y abyectas, les representaban la víctima pura y preciosa, la hostia divina que debía ser inmolada por ellos y por nosotros. ¿Qué hubieran pensado, que hubieran hecho, si hubiesen visto como nosotros la verdad? Y nosotros, ¿qué debemos hacer ahora? Voy á contentarme con proponeros, mas bien en forma de meditacion que de discurso, tres consideraciones que concluiré aplicándome á mí mismo. Escuchadme.

12. Primera consideracion. Cuando asisto al sacrificio que celebra la Iglesia, asisto al sacrificio de la muerte de un Dios, ofrecido en el Calvario; consumado por Jesucristo en la cruz, y por el cual, en fin, hablando con el Apóstol, consintió el Hombre-Dios el ser destruido y aniquilado. No es esta una suposicion, es un punto

de fe. Asisto á un sacrificio cuya víctima real y verdadera es el mismo Dios, á quien sirvo y adoro. Por consecuencia, debo deducir y debéis deducir conmigo: «Si con mis respetos y adoraciones no ensalzo tanto como sería justo las humillaciones del Salvador de los hombres; si á las humillaciones de su cruz, que se renuevan hoy á mis ojos, añado aquellas que resultan de mis irreverencias y escándalos; si contemplándole sobre el altar no se rompe mi corazon como se rompieron las piedras en el momento en que espiró; si esta hostia moribunda no hace nacer en mi alma una compuncion tan viva y religiosa como lo fue el dolor del Centurion y el de los judíos que se convirtieron en su muerte; si con visibles ultrajes insulto aun su agonía como los soldados y verdugos que le crucificaron, ¡ah! no seré digno de sus mas rigurosas venganzas, y del anatema que llevan sobre su frente los impíos?»

13. Segunda consideracion. ¿Por qué este Dios de misericordia se inmola á sí mismo en el sacrificio de nuestros altares? Para enseñarnos, dicen los santos Padres, lo que no podemos aprender mas que de él, para ayudarnos á hacer lo que no podemos hacer sin él, y mas que por él; quiero decir, á honrar á Dios tanto como él merece y exige de nosotros. Para esto, añade santo Tomás, era preciso un objeto de valor infinito ofrecido de una manera tambien infinita. Este objeto de infinito valor es Jesucristo, incluido en el sagrado misterio. Este asunto, ofrecido de una manera tambien infinita, es Jesucristo víctima, Jesucristo humillado y sacrificado, segun la prediccion de Malaquías, en todos los tiempos y en todos los lugares del mundo. Hé aquí lo que Dios exige de nosotros y lo que á sus expensas ha venido á enseñarnos. Este sacrificio de su cuerpo y de su sangre es la prueba auténtica que nos ofrece, y la perpétua leccion que quiere que recibamos. Cuantas veces acudimos á presenciari su sacrificio, ¿qué es lo que nos dice este sublime Maestro? Allí, hermanos míos, su sangre divina, mas elocuente que la de Abel, parece que nos está gritando sin cesar aquellas palabras que el Salvador decia á los judíos: *Ego honorifico Patrem.* (Joan. VIII). ¿Queréis saber qué es lo que hago aquí? honro á mi Padre, glorifico á mi Padre, doy satisfaccion á su justicia, reparo las injurias que ha recibido, y restablezco sus intereses; hago triunfar su misericordia, brillar su poder, reconocer su santidad; le rindo, en fin, un homenaje igual á su grandeza. Tal es el designio que me hace descender invisiblemente al altar, tomar en manos del sacerdote un nuevo ser, sufrir en el mismo sentido una segunda muer-

te: *Ego honorifico Patrem*. Sí, cristianos, así nos habla, y por si no nos aprovechamos de su ejemplo, oíd lo que añade: *Et vos inhonorastis me*. (Ibid.). Pero vosotros no parece sino que os empeñáis en destruir con el mas criminal de los atentados todo lo que respecta al honor de mi Padre, en el sacrificio de mi humanidad, y los ultrajes que él recibe de vosotros recaen sobre mí luego. Mientras yo en su presencia oscurezcó toda mi gloria y me sepulto con toda mi grandeza, vosotros os alzais delante de él y contra él con loco orgullo. Yo le ofrezco en mi persona á un Dios humillado, sumiso y obediente; y vosotros venís á desplegar con ostentacion á sus ojos todo el fausto del mundo, todo el vano esplendor de las pompas humanas. Yo, al ofrecerle mi cuerpo, le ofrezco una carne inocente y virginal; y vosotros venís á excitar y alimentar al pié mismo de sus altares los brutales apetitos de una carne criminal é impura. Yo me afano en corresponder al fuego de su amor con un amor sagrado y emanado de su seno; y vosotros, en su templo y hasta á sus mismos piés, solo pensais en inspirar, con desnudeces inmodestas, con posturas indecentes, con ademanes libres y sin pudor, un amor sensual. Yo empleo todos los atractivos de mi gracia en santificar y atraerme á las almas; y vosotros empleais todos los artificios y encantos de vuestro libertinaje mundano en corromperlas y arrebátarmelas. ¿Es este modo de honrarle? ¿No es el mas á propósito para destruir todos mis designios, manifestándole el mas insolente desprecio? *Et vos inhonorastis me*. Pero ¿quereis, en efecto, cristianos, honrarle como debe serlo y como exige de vosotros? Id, como Jesucristo, oscuros y desconocidos, á prosternaros delante de su suprema Majestad, y haced en presencia de su grandeza humilde confesion de vuestra indignidad. Id, como Jesucristo, obedientes y sumisos á la voz de sus ministros, á ensalzar su poder con humildad perfecta, y á demostrarle una obediencia completa y sin reserva. Id, como Jesucristo, á ofrecerle el homenaje de su Hijo, sus humillaciones, su sangre, sus sufrimientos, su pasion, su muerte; en una palabra, todos sus méritos; y tratad de ponerlos mas y mas cada dia en estado de glorificarle. Id á entregaros, á inmoláros á vosotros mismos, ya que no con un sacrificio carnal y verdadero, con un total sacrificio de los deseos desarreglados de vuestro corazon. Así os lo enseña ese Dios, víctima de la gloria de un Dios soberano, y modelo vuestro: *Ego honorifico Patrem*.

14. Tercera consideracion. ¿Qué mas hace Jesucristo en el sacrificio de que os hablo? confundámonos, cristianos, y avergoncé-

monos de nuestra insensibilidad. No solo enseña á los hombres á honrar á Dios, sino que además trata de reconciliarlos con Dios. Como mediador, compadece su causa, y ofrece el precio de su redencion. No se contenta con decir que glorifica á su Padre: *Ego honorifico Patrem*; sino que además se dirige á él, y señalándole á los fieles reunidos, le dice con secreta voz: *Ego pro eis sanctifico me ipsum* (Joan. xvii); lo cual, segun explica san Jerónimo, quiere decir: me doy á mí mismo, me sacrifico por ellos. Palabras, añade el santo Doctor, que únicamente convenian á las víctimas, y de las cuales se sirvió por primera vez el Salvador de los hombres al instituir esta divina Pascua, en la que en efecto se consagraba á los pecadores; palabras que repite todos los dias, y que repetirá hasta el fin de los siglos, cuantas veces sea ofrecido en nuestros altares: *Ego pro eis sanctifico me ipsum*. Sí, Padre mio, aquí estoy para ellos; esto es, para todos los hombres en general, y en particular para mi Iglesia; y especialmente para aquellos que veis en vuestra casa y al lado de vuestro santuario, ocupados en este momento, ó debiéndolo estar al menos, en este misterio de salvacion. Recibidlos, Dios mio, en vuestra gracia; son criminales, es verdad; pero vedme en su lugar pronto á satisfaceros, y ¿qué no podrán reparar las satisfacciones infinitas de un Dios como Vos? *Ego pro eis sanctifico me ipsum*.

15. ¡Ah! hermanos míos, dice san Bernardo, reduciendo á una figura, á una imágen palpable esta importante verdad: mi causa era desesperada, estaba perdida; el soberano Juez iba á pronunciar contra mí una sentencia de muerte; pero el hijo único del príncipe lo sabe, y ¿qué hace? Compadecido, se pone en mi lugar y quiere sufrir la pena de mi pecado. Con este objeto, sale de su palacio; se despoja de todas las señales de su grandeza, gime, ruega, corre á ofrecerse á la justicia de su padre. Hermosa imágen, por cierto, cristianos, de lo que hace Jesucristo en el sacrificio de su cuerpo y sangre. ¡Cuántas veces, prosigue san Bernardo, sin estar avisado del peligro que corria, y léjos de pensar en él, me detenía distraído, veía de repente á mi Rey penitente y humillado; me acercaba, preguntábale la causa de sus penas, y venía á recordar al fin que yo era quien habia motivado sus padecimientos! ¿No vemos esto mismo todos los dias en el altar? ¿Ahora, proseguia el mismo santo Padre, osaré volver á mis primeras distracciones? ¿Qué digo? ¿osaré todavía mirar como juego y entretenimiento el sacrificio de mi Salvador? ¿Seré tan insensato que mezcle á sus gemidos

y lágrimas risas profanas y escandalosas? *Adhucne ludam et deludam lacrymas ejus?* (S. Bern.). Interesante pensamiento que san Juan de Jerusalem expresaba en términos menos figurados, pero no menos enérgicos. Examinad, decia, considerad lo que está pasando á vuestros ojos; para vosotros ha sido erigido ahí ese altar: *Pro te mensa mysteriis extracta est.* (S. Joan. Jerósol.). Por vosotros va á ser inmolado el Cordero: *Pro te Agnus immolatur.* Por vosotros es por quien se interesa y pide el sacerdote: *Pro te angitur sacerdos.* Vosotros sois los culpables, cuyo perdon solicita, y en virtud de ese sacrificio, que es el pacto y contrato que ha de mediar antes de que este perdon os sea concedido, se os concede y perdona; juzgad ahora, y ved qué sentimientos deben ocuparos en este sacrificio de expiacion. ¿No creéis que deben ser los de un pecador contrito y reconocido? De un pecador contrito, porque, por medio de la penitencia y contricion, ha de quedar asentado y ratificado el tratado de paz que se negoció entre Dios y vosotros; y así como el Apóstol realizaba en su cuerpo lo que faltaba á la pasion de Jesucristo, así nosotros debemos completar lo que falta al sacrificio de Jesucristo. De un pecador reconocido, ante el recuerdo y la consideracion de las infinitas misericordias de un Dios, que aunque tan ofendido y aunque juez, se ofrece á sí mismo para rescatarnos, en prenda de nuestra salvacion. David decia: ¿Qué daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado? *Quid retribuam Domino?* (Psalm. cxv). Tomaré el cáliz de mi Salvador, é invocaré el nombre de mi Dios: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.* (Ibid.). No es suficiente aun, proseguia aquel santo Rey; le bendeciré mil veces invocándole; y sin olvidar jamás los favores de que me ha colmado, estaré ofreciéndole sin cesar el justo tributo de mi amor, y el sacrificio de mis alabanzas: *Laudans, invocabo Dominum.* (Psalm. xvii). Tal debe ser nuestra cotidiana ocupacion delante del altar.

16. Pero tal vez, amados oyentes míos, no esteis aun bien persuadidos de la verdad y grandeza de este divino misterio; tal vez una secreta infidelidad sea causa de tantos desórdenes como ante él se cometen: procuremos descubrir el origen. Cuando se os dice que este sacrificio es la renovacion de la muerte de vuestro Dios, y la consumacion de la grande obra de vuestra salvacion, acaso os cueste trabajo el comprenderlo. Sin abrigar pretensiones de convenceros, voy, sin embargo, á añadir algunas palabras dirigidas á este objeto. Ó creéis lo que la fe nos enseña acerca del sacrificio propio de nuestra Religion, ó no lo creéis; como quiera que sea, no teneis

disculpa; porque si creéis que es un sacrificio ofrecido al verdadero Dios, y en el que él mismo se ofrece, sois en cierto modo mas criminales que los judíos, mas criminales que tantos herejes cuyas sacrilegas profanaciones os causan horror sin duda. Es verdad que los judíos, como dice san Pablo, han crucificado al Señor de la gloria; pero tambien lo es que ellos no le conocian, y que si le hubieran conocido, no hubieran puesto en él sus manos parricidas: *Si enim cognovissent, nunquam Dominum glorie crucifixissent.* (I Cor. ii). Es verdad que los herejes han destruido sus templos, manchado sus altares, hecho pedazos sus tabernáculos, y hollado con sus piés la majestad divina; pero en esto eran consecuentes con los errores de su religion. Mas vosotros, contradiciendo á vuestras creencias, siendo á la vez fieles é infieles, fieles por religion y conveniencia, infieles en las costumbres y en la práctica, profanais lo mismo que adorais. Si la fe os falta, si no quereis creer que Jesucristo esté presente en lo que nosotros llamamos *su sacrificio*, ¿por qué asistís á él? ¿Por qué no os quitais la máscara, en vez de mirar como un deber el celebrar con nosotros nuestras fiestas, y el obedecer á una ley, que segun vuestras falsas ideas no es un mandamiento ni una obligacion para vosotros? ¡Ah! cristianos, ¿á qué extremo nos reducis? nos obligais á dudar de vuestra fe, á desear que os aparteis de la comunion de los fieles, que os desterreis de nuestras reuniones, y que no tomeis parte alguna en nuestras ceremonias. ¿Qué digo? no, hermanos míos, no es este mi deseo; otro es el fruto que espero alcanzar de este discurso. Juntos iremos á la santa montaña á hacer sacrificios al Señor; desde hoy, el Señor será únicamente quien nos guie y conduzca. Irems á postrarnos delante de él, á conversar con él, á unirnos á él. Irems á ofrecerle nuestros homenajes, y él los agradecerá; á ofrecerle nuestros votos, y él los escuchará; á pedirle su gracia, y él la derramará con abundancia sobre nosotros. Irems á reparar nuestros escándalos pasados, á santificar á la Iglesia, á santificarnos á nosotros mismos. Irems á lavarlos, á purificarnos con la sangre de aquella divina hostia, que ha de ser el premio de la bienaventurada eternidad que os deseo, etc.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE EL AMOR DE DIOS.

Hoc autem dixit de spiritu quem accepturi erant credentes in eum. (Joan. vii).

Esto dijo del espíritu que debían recibir por la fe.

1. *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum.* Este Espíritu de luz, lo es también de amor; y siempre que sepamos amar á Dios, poseerémos... Pero ¿no es extraño que... sometidos á una ley ignoremos tal vez su primero y principal precepto? Por eso vengo á daros un conocimiento exacto de ella. Se trata... *Invocacion*: Secundad, pues, ó Espíritu de caridad...

2. Suavizar los preceptos divinos á favor de la corrupción, es una máxima perniciosa; entenderlos en un sentido demasiado rígido, es un extremo que debemos evitar... Hace ya mas de catorce siglos que Tertuliano..., y hace también mas de catorce siglos que... Es preciso guardar un justo medio...

3. Nada sentaré que no sea universalmente admitido..., que no sea de fe. Esto supuesto, entro en mi asunto... El amor que debemos á Dios ha de tener tres caractéres: relativamente á Dios, debe ser de preferencia; con respecto á su ley, debe ser tal en toda su extension; relativamente al Cristianismo, debe ser de perfeccion...

Primera parte: El amor que debemos á Dios, debe ser de preferencia.

4. *Diliges... ex toto corde tuo, et ex tota mente tua.* ¿Á qué nos obliga este *Diliges*? Nos obliga, dice santo Tomás, á... No nos manda amar con amor sensible..., ni tampoco... Nos manda amar á Dios con preferencia á todo lo que no sea él... No es esta una preferencia de pura especulacion..., sino en las acciones y en la práctica, de suerte que estemos dispuestos con sinceridad á perderlo todo antes que...

5. En esto, dice san Juan Crisóstomo, no solo no nos pide Dios nada de mas, sino que... Quiere que le amemos á proporcion de lo

que es, y de un modo que le distinga de lo que no es... No amar á Dios como Dios es ultrajarle, y léjos...

6. Para comprender con mas exactitud esta verdad consultemos á san Pablo, oigamos á san Agustin... *Quis nos separabit à charitate Christi?*... decia aquel. Pero entremos como él en los detalles: Si yo tuviera...

7. *Respondet cor vestrum, fratres,* dice san Agustin: *Ergo si diceret Deus, faciem meam non videbitis, an gauderetis istis bonis? Si gauderes, nondum capisti esse amator Christi.* Tal es la consecuencia que...

8. Hagamos una suposicion mas natural aun: Imaginaos la cosa que mas amais en el mundo... Supongamos también el ultraje mas cruel... Ahora bien, ¿amais á Dios lo suficiente para creer que...

9. Pero es muy difícil encontrarse en trances semejantes. Dificil ó no, dice san Bernardo, esta es la balanza... Amor de preferencia, esto es lo que condenará á tantas almas... Amor de preferencia, esto es lo que condenará á muchos padres..., á tantas mujeres..., á tantos amigos...

Segunda parte: El amor que debemos á Dios, debe ser de extension ó plenitud en el cumplimiento de su ley.

10. Todos los deberes del hombre están reunidos en el amor de Dios: *Plenitudo legis est dilectio*, dice el Apóstol. El que ama á Dios está sincera y eficazmente preparado á observar todos los demás mandamientos. Bien puede, pues, decir san Agustin: *Dilige, et fac quod vis.*

11. La caridad no sufre particion. La caridad es, como la fe, indivisible; y así como negar un artículo de fe equivale á negarlos todos, infringir un precepto es infringirlos todos: *Qui peccat in uno factus est omnium reus*... La caridad puede ser mayor ó menor en intensidad, pero no en extension...

12. Relativamente al amor divino todos los mandamientos son inseparables... Exposicion que hace san Agustin de las dos siguientes sentencias del Salvador: *Si praecepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea... Si diligitis me, mandata mea servate*... Supongamos, pues, un hombre tal cual la imperfeccion de nuestro siglo...

13. No quiere esto decir que la transgresion de un precepto sea tan criminal como la de todos... San Agustin..., san Jerónimo...,

san Bernardo... El pensar, pues, que, puesto que la caridad no se divide, es igual perderla por mucho que por poco, seguir ciegamente todas sus pasiones, que satisfacer una sola, es discurrir como un impío y un mercenario...

14. Cuantos mas mandamientos quebrantes, dice san Agustin, mas enemigo tuyo haces á Dios, mas difícil... Por lo demás, hay mucha ilusion en los hombres acerca el precepto de amar á Dios. Es muy fácil decir: Yo amo á Dios; pero en la práctica... Amar á Dios, es prohibir todo lo que prohibe la ley y hacer todo lo que manda... es... es...

Tercera parte: El amor que debemos á Dios, relativamente al Cristianismo, debe ser de perfeccion.

15. El amor que el hombre en sus diferentes estados debe á Dios, tiene, como nota san Bernardo, diferentes grados... De ahí dos consecuencias: 1.^a El precepto de amar á Dios impone al hombre en la nueva mas grandes obligaciones que en la antigua. 2.^a El acto de dicho amor debe ser en nosotros mucho mas heroico que... La prueba está en que... ¡Qué tropel de reflexiones acude á mi imaginacion! Creer que la ley de Jesucristo... No, no dice Tertuliano: *Libertas in Christo non fecit innocentiae injuriam. Operum juga rejecta sunt, non disciplinarum; et quae in Veteri Testamento, etc.*

16. ¿Cómo se ha expresado el Salvador sobre este punto? ¿Cuántas veces no nos ha dicho...? ¿Cuántos privilegios...? El solo precepto: *Diligite inimicos vestros*, ¿no es...? ¿En cuántos asuntos...?

17. Bien sé que..., pero esta idea ha sido combatida por los Padres. Porque, como observa san Jerónimo, si el Salvador...

18. Hé aquí lo que Tertuliano llamaba: *Pondus baptismi*... No se sigue de aquí que este sacramento deba dilatarse hasta el momento de la muerte... *Tollite jugum meum super vos*, dice Jesús. Hay personas, decís, que no sienten su peso... ¡Ah! dice san Agustin,...

19. Luego el amor de Dios debe ser mucho mas generoso y fuerte en un cristiano..., á causa de las obligaciones del bautismo. Digo obligaciones y no votos, porque... Por lo demás, sean obligaciones, sean votos... Es imposible, en la ley de gracia, formar el acto de amor de Dios, sin querer cumplir...

20. Aun digo mas con Guillermo de París: Á fin de que el acto de amor de Dios... Dios no me manda sufrir el martirio, pero me

manda que esté dispuesto á sufrirlo... Por eso Tertuliano llama á nuestra fe: *Fidem martyrii debitricem*.

21. La caridad os impone igualmente esta deuda. Decidme sino, cuando en las persecuciones... Pero el mandamiento de amar á Dios ¿se extendia á tanto? Sí... Se considera como un deber entre los hombres el estar pronto á morir por otros hombres..., ¿por qué, pues, asombrarse de que Dios...?

22. ¿Estaríamos nosotros prontos á dar á Dios ese testimonio de amor?... Disimuladme que no responda á esta pregunta... Lo que yo sé es, que si tenemos el verdadero amor de Dios..., y que si nos falta... Creen algunos que es peligroso hacer..., y yo sostengo que es sumamente útil...

23. Estas suposiciones, se dice, pueden conducir á la desesperacion... Pero ¿á quién? Á los que confian en sus propias fuerzas, no á los que confian en las de la gracia... ¡Ah! ahora concibo yo de dónde viene la omnipotencia de la caridad divina. Cuando se me decia...; cuando se me citaba..., aunque yo creyese estas verdades... Pero al presente ¡oh Dios mio!... Pero si lo dicho es cierto, ¿quién es el que ama á Dios?... Pidámosle con el Apóstol la ciencia suprema de su amor... Digámosle con san Agustin: *Sero te amavi*... Reconozco con dolor que durante mi vida... Pero ahora que lo sé, quiero... Quiero, digo, amaros... Hacedlo así, hermanos míos, y viviréis: *Hoc fac et vives*...

SERMON

SOBRE EL AMOR DE DIOS.

*Hoc autem dixit de spiritu quem accip-
turi erant credentes in eum. (Joan. vii).*

Esto dijo del espíritu que debían recibir
por la fe.

1. No era solo sobre los Apóstoles sobre quienes debía descender el Espíritu divino, sino también sobre los fieles; y así como una misma fe debía unirnos á todos en el seno de una misma Iglesia, así también un mismo Espíritu debía animarnos á todos y colmarnos de los dones de su gracia. Espíritu de verdad enviado de Dios, según el testimonio del Salvador del mundo, para enseñarnos todas las cosas; pero de todas las que nos ha enseñado, nos bastará con aprender bien una sola, á las cuales se refieren las demás, y que san Pablo ha querido demostrarnos en estas sublimes palabras: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum* (Rom. v): la caridad de Dios ha sido infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Porque este Espíritu de luz es también un Espíritu de amor; y siempre que sepamos amar á Dios, poseeremos en su amor toda la ciencia de la salvación, y desde esta vida empezaremos á gozar de todo lo que ha de constituir nuestra ocupación y nuestra dicha en la eternidad. Pero ¿no es extraño, cristianos, que habiendo sido criados únicamente para amar á Dios, hayamos tal vez ignorado hasta ahora en qué consiste este amor, y que sometidos á una ley, no conozcamos aun su primero y principal precepto? Sí, por eso conviene daros un conocimiento exacto de ella; y hé aquí lo que me propongo hacer en este discurso. Se trata, amados oyentes míos, del más esencial de nuestros deberes; tanto, que lo que el Sábio ha dicho del temor de Dios, á saber, que este temor era propiamente el hombre y todo él, puedo decirlo yo también, y con más razón todavía, del amor de Dios. *Hoc est enim omnis homo.* (Eccles. xii). Secundad, pues, ó Espíritu de caridad, mi celo, y poned hoy en mis labios palabras de fuego; de ese fuego celeste del que sois fuente inagotable, de ese fue-

go sagrado que inflama á los bienaventurados en la morada de la gloria, y que anima á los santos en la tierra. Tal es la gracia que os pido por la intercesión de María, saludándola para ello con las palabras del Ángel: *Ave Maria.*

2. El suavizar los preceptos de la ley de Dios, dándoles interpretaciones favorables á la corrupción de la naturaleza, es una máxima, cristianos, muy perniciosa en sus consecuencias; pero el traspasar estos mismos preceptos, el entenderlos en un sentido demasiado rígido, y que exceda de los términos de la verdad, es un extremo que debemos evitar con igual cuidado. El decir: esto no es pecado, cuando lo es efectivamente, es un error peligroso para la salvación; pero el decir: esto es pecado, cuando no lo es, es otro error tal vez todavía más peligroso. No es ahora solo cuando los hombres se han rebelado contra los que, por principios demasiado despreocupados, han querido salvar á todo el mundo; pero tampoco es de ahora el haber condenado á los que, por la indiscreta severidad de sus máximas, han expuesto á todo el mundo á caer en la desesperación. Hace ya más de catorce siglos que Tertuliano reprendía á los católicos la relajación de su moral, y también hace ya más de catorce siglos que se censuró á Tertuliano su excesivo rigor, que le condujo por fin á la herejía. Es preciso guardar un justo medio, y cuando se trata de la reprobación ó justificación del alma, no se debe ser ni muy complaciente ni muy severo, sino justo, según las reglas de la fe.

3. Ahora bien, cristianos, os digo esto, porque debiendo tratar en este discurso de una de las verdades fundamentales de la Religión, sería de temer que no estuviérais prevenidos, ó bien que yo exagerase vuestras obligaciones, ó las disminuyera. Estos son dos extremos que conviene evitar, y para ello no sentaré nada que no esté universalmente admitido, que no sea evidente, y al mismo tiempo de fe. No preferiré la opinión de aquel á las ideas de este, sino que seguiré el parecer de todos los doctores. No aceptaré lo más probable, ni rechazaré aquello que es menos seguro; no me contentaré solo con decirlo que es cierto; sino que os diré lo que el Evangelio os obliga á creer. Esto supuesto, entro en mi asunto y le propongo en tres palabras. El amor de Dios, á que estamos obligados, debe tener tres caracteres: uno relativo á Dios, otro con respecto á su ley, y otro, en fin, perteneciente al Cristianismo, y al cual estamos obligados por la vocación de Dios. Relativamente á Dios, este amor debe ser de preferencia; con respecto á la ley de

Dios, debe ser un amor en toda su extension; y por lo que toca al Cristianismo, debe ser un amor de perfeccion. Un amor de preferencia: hé aquí, por decirlo así, su fundamento, y el asunto de mi primera parte. Amor en toda su extension: aquí teneis mi segunda parte. Finalmente, amor de perfeccion: este es su apogeo, y la tercera y última parte de mi discurso. Voy á explicarme con mas claridad; os ruego, pues, que me presteis un poco de atencion.

Primera parte: El amor que debemos á Dios, debe ser de preferencia.

4. No sin razon explicaba el mismo Jesucristo el precepto del amor de Dios, y reducía toda su sustancia á estas dos palabras: *Diliges ex toto corde tuo, et ex omni mente tua* (Luc. x), amarás á tu Dios con toda tu alma y tu corazon; puesto que, segun nota san Agustin, la primera sirve para determinar la obligacion del segundo, y el culto del entendimiento debe ser aquí la justa medida del culto del corazon. En efecto, ¿á qué nos obliga indispensablemente esta santa y adorable ley, *Diliges?* procurad comprender bien toda su fuerza. Nos obliga, responde el angélico doctor santo Tomás, á profesar á Dios un amor singular, un amor distinguido, un amor que no pueda convenir sino á un Dios; esto es, en virtud del cual preferamos á Dios á todas las demás criaturas. Y hé aquí el tributo esencial, con el cual quiere Dios que rindamos homenaje á la soberanía de su ser: *Diliges Dominum*. No nos manda absolutamente que le amemos con un amor tierno y sensible; esta sensibilidad no está en nuestra mano el tenerla siempre; ni mucho menos con un amor forzado, porque no seria honroso para él que se le amase de esta suerte; ni tampoco con un amor ferviente hasta cierto punto, porque este grado de fervor no se conoce, ni por condescendencia con nuestra debilidad ha querido Dios prescribirnosle; sino que exige de nosotros, so pena de la eterna reprobacion, que le amemos como Dios, y con preferencia á todo lo que no sea él mismo. Notad, cristianos, este término de preferencia. No es una preferencia falsa y de pura especulacion, que solo nos haga conocer que Dios es superior á todos los seres criados; porque no se necesita para esto tener esa caridad sobrenatural de que hablo, puesto que los demonios mismos que aborrecen á Dios le guardan sin embargo, á pesar de su odio, un sentimiento de estimacion. No es así, repito, esa preferencia, sino una preferencia en las acciones y en la práctica; de suerte, que estemos dispuestos, y lo estemos con

sinceridad, á perderlo todo antes que consentir en perder un momento la gracia de Dios. Disposicion tan necesaria, que entre todas las cosas que podemos desear ó poseer, no haya una sola que poseamos ni deseemos con peligro de incurrir en la desgracia de Dios; quiero decir, que si el acto de amor que formamos en nuestro corazon, cuando protestamos á Dios que le amamos, no tiene bastante virtud para obligarnos á romper todos los lazos que pueden separarnos del mismo Dios, debemos pronunciar un anatema contra nosotros mismos, debemos condenarnos como prevaricadores de la ley de Dios, y de aquí deducir que no cumplimos el mandamiento del amor de Dios, ni estamos en estado de gracia con Dios, ni por consiguiente en camino de salvacion: ¿y por qué? porque no amamos á Dios con la condicion esencial de amarle con preferencia á todas las cosas.

5. En esto, dice san Juan Crisóstomo, no solo no nos pide Dios nada de mas; sino que, considerándolo bien, no depende de él el pedirnos menos. Porque notad, hermanos míos, añade aquel santo Doctor, que Dios quiere que le sirvamos, que le honremos, y le amemos á proporcion de lo que es, y de una manera que le distinga de lo que no es: y yo pregunto, ¿hay nada mas razonable? Si un rey quiere ser servido como tal; ¿por qué no se le ha de amar á Dios como se debe? Ahora bien, Dios no puede ser amado como tal, si no se le ama con preferencia á todas las criaturas: porque no es Dios sino porque es superior á todas ellas; y suponiendo que una criatura poseyese, lo cual es imposible, atributos para ser amada tanto como Dios, dejaría de ser lo que era, y se convertiría en Dios. Porque, así como, si yo amara á una criatura con ese amor de preferencia que es propiamente el soberano amor, no la amaría como á tal criatura, sino como á un Dios; así tambien, si yo amase á Dios con otro amor que el preferente, no le amaría como Dios. Y no amar á Dios como Dios es ultrajarle; y léjos de observar su ley, se comete un crimen que, en sentir de los teólogos, y atendiendo á la intencion de los pecadores, llega hasta la destruccion de la Divinidad.

6. Hé ahí, amados oyentes míos, lo que Dios mismo nos ha revelado en cien pasajes de la Escritura, y hé ahí en suma el deber capital del hombre: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*. Pero expliquemos esta verdad: y para comprenderla con mas exactitud, consultemos á san Pablo, oigamos á san Agustin, y despues de saber lo que dicen el Apóstol de las naciones y el Doctor

de la Iglesia, veamos si podemos acreditar que amamos á Dios. Solo un alma tan llena de fe como la de san Pablo podria hacer á todas las criaturas un reto tan general y tan lleno de confianza, como el del santo Apóstol cuando decia: *Quis nos separabit à charitate Christi?* (Rom. VIII): ¿y quién nos apartará del amor de Jesucristo? ¿será la afliccion, el peligro, la persecucion, el hambre, la desnudez, el hierro, la violencia? ¿será la injusticia ó la mas bárbara crueldad? No, respondia; porque yo estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni la grandeza, ni el abatimiento, ni la miseria, ni las riquezas, ni los reinos, ni el poder, ni ninguna otra cosa podrá separarnos jamás del amor que nos une á nuestro Dios. Así hablaba aquel hombre apostólico. ¿Qué pensais de esto, cristianos? ¿No os parece que le arrebatava un exceso de celo; y por el mismo interés de su gloria, no se os figura que las palabras que he citado encierran toda la perfeccion de la caridad divina? Pues no era así. Él no ha explicado mas que la obligacion comun de amar á Dios. Haciendo este reto y respondiendo á él no hablaba como apóstol, sino como simple cristiano. Decia mucho, pero no decia nada que en rigor no sepan todos los hombres; y el que no pueda decir otro tanto, no participará de la herencia del reino de Dios y de Jesucristo: *Non habet hereditatem in regno Dei et Christi.* (Ephes. c. v). Porque es justamente como si cada uno de nosotros se dijese á sí propio (¡y ojalá que á ejemplo de este gran Santo quisiéramos decirnoslo frecuentemente!): de todo lo que miro en el universo y que podria ser objeto de mi ambicion y de mi concupiscencia, ¿habria alguna cosa capaz de seducirme, si se tratase de dar á Dios una prueba de mi amor y de la fidelidad que le debo? *Quis nos separabit à charitate Christi?* (Rom. VIII). Pero entremos en los detalles como san Pablo. Si yo tuviera que sufrir una violenta persecucion, y pudiese sustraerme á ella por medio de una venganza, permitida por el mundo, pero condenada por Dios, ¿lo verificaria á este precio? *An persecutio?* Si perdiese mi fortuna, y me viesse en el último extremo de la miseria, y dependiese únicamente de mí el salir de ella, traspasando los límites de la justicia y de la conciencia, ¿me atreveria á dar este paso? *An angustia?* Si para conseguir ó conservar el favor del príncipe mas poderoso de la tierra no tuviese que hacer otra cosa que acceder á una complacencia criminal, ¿accederia en efecto, faltando á mis deberes? *An principatus?* Si con violar una vez sola la ley cristiana alcanzase honores que de otro modo me seria imposible, ¿me deslumbraria el deseo de me-

drar y de elevarme? *An altitudo?* Si solo por medio de la iniquidad pudiera en alguna ocasion salvar mi vida, ¿sucumbiria al temor de la muerte? *An periculum?* ¡Ah, hermanos míos! sabed que si el amor que os figurais tener á Dios no es de tal naturaleza que os haga superiores á todas estas cosas, por ardiente y afectuoso que por otra parte pudiera parecer, ese no es el amor que Dios exige; y no olvideis que vivís en un error, si contando con semejante amor creéis haber cumplido con Dios. No solo no amais á este con la sublime caridad de las almas perfectas, sino que ni aun le amais segun las prescripciones precisas de la ley; ¿por qué? porque este falso amor no concede á Dios en nuestro corazon el lugar que le corresponde; esto es, un sitio preferente á otras mil cosas que deben ocupar en él un puesto muy inferior. Porque, figuraos que poseeis tambien el amor de que blasonais: aun así, haceis mas caso de vuestra vida, de vuestros bienes, de vuestro crédito, de vuestro reposo, que de la herencia de Dios, ó por mejor decir, que de Dios mismo: de lo que se sigue que este amor no es el amor de preferencia que Dios espera de vosotros y que la ley os manda: *Diliges ex toto corde tuo, et ex omni mente tua.*

7. Así lo ha comprendido san Pablo, y por sutil que sea la razon humana, nunca podrá oponer nada á la evidencia de este principio; pero, despues del Apóstol, oigamos á san Agustin. En el comentario del salmo xxx dirigiéndose á los fieles este santo Doctor, é instruyéndoles acerca de la misma materia de que yo trato, hace esta proposicion: *Respóndame vuestro corazon, dice, hermanos míos: Respondeat cor vestrum, fratres.* (S. Aug.). Porque á vuestro corazon es á quien hoy interrogo, no atreviéndome á fiar del testimonio de vuestra boca, sabiendo bien que, por lo que hace al amor de Dios, solo el corazon tiene derecho á hablar. Hable, pues, vuestro corazon. *Respondeat cor vestrum.* Si ahora os hiciese Dios la proposicion mas ventajosa en apariencia, y la mas capaz de satisfacer todos vuestros deseos; si os prometiese dejaros en la tierra en la mayor riqueza, colmados de honores, y en estado de gozar todos los placeres del mundo, y os dijese: Os hago dueños de todo esto; seréis ricos, poderosos, de modo que nada podrá inquietaros ni alligiros; y lo que es mas, estaréis exentos de la muerte, y esta felicidad humana durará eternamente; pero tampoco me veréis nunca, jamás entraréis en el reino de gloria que he preparado á mis escogidos; yo os pregunto, continúa san Agustin, si Dios os hablase de esta suerte, ¿os contentaríais con semejante destino, y quer-

riais aceptar ese ofrecimiento? *Ergo si diceret Deus, faciem meam non videbitis, an gauderetis istis bonis?* (S. Aug.). Si os alegráseis de lo dicho, seria una señal infalible de que aun no habeis empezado á amar á Dios: *Si gauderes, nondum cepisti esse amator Christi.* (Id.). Tal es la consecuencia que saca ese Padre. ¿Y de dónde? Del principio fundamental que enseña que el amor de Dios debe ser un amor de preferencia, y que no podeis tenerlo, consintiendo en ser privados de Dios por gozar los bienes temporales.

8. Hagamos una suposición mas natural aun y mas oportuna. Imaginaos la cosa que mas amais en el mundo; vuestro honor, por ejemplo, que os lo han quitado, ó por medio de una atroz calumnia, ó por una afrenta que llega hasta el ultraje. Supongamos tambien el ultraje mas cruel que os podais figurar; hé ahí perdidos vuestra estimacion y vuestro crédito en el mundo, y vosotros en una situacion, en la que semejante mancilla es menos soportable que la muerte misma. Sin embargo, no os queda mas que un recurso para borrarla, y este recurso, este medio, es criminal; se os propone, y si no lo aceptais, os veis despreciados. Ahora bien: ¿amais á Dios lo suficiente para creer que le haríais entonces un sacrificio de vuestro resentimiento? No me respondeis que en el caso propuesto Dios os inspiraria medios particulares, pues no se trata de los auxilios que Dios os proporcionaria, sino de la fidelidad con que usais los que os da. No se trata del acto de amor que formaríais, sino del que haríais ahora; y yo deseo saber si es tal esa naturaleza, que pudiera reprimir todos los movimientos de venganza que excitaria en vuestro corazon la injuria que hubiérais recibido. Porque, si es así, teneis motivos de esperar y de estar contentos de vosotros mismos; pero si no es así, deberéis temblar, porque no os hallais en el orden de la caridad vivificante que obra la salvacion, y cuya indisputable ley os obliga á amar á Dios mas que á vuestra honra.

9. Pero es muy difícil que un hombre del mundo se encuentre en trances semejantes. Difícil ó no, observa san Bernardo, hé ahí la balanza donde es necesario ser pesado; hé ahí la regla que Dios observará para juzgaros. Amor de preferencia, esto es lo que condenará á tantas almas mundanas como, por haberse unido á frágiles y viles criaturas, las han amado, adorado hasta el extremo de olvidar la esencial obligacion que les imponia la caridad debida al Criador. No hablemos tampoco de ciertas pasiones vergonzosas. Amor de preferencia es lo que condenará á muchos padres y ma-

dres que, por haber idolatrado á sus hijos, merecerán que Dios les diga, como al gran sacerdote Helí: *Magis honorasti filios tuos quam me* (I Reg. 11); porque habeis hecho mas caso de vuestros hijos que de mí, yo os reprobaré. Amor de preferencia es lo que condenará á tantas mujeres cristianas como, por haber faltado al deber de su estado, han preferido á Dios al que no debian amar sino por Dios. Amor de preferencia es lo que condenará á tantos amigos como, habiéndose formado de la amistad una religion, y por un afecto desmedido habiendo tomado parte en todas las intrigas y empresas de sus amigos, se habrán convertido, á costa de Dios, en fautores de sus injusticias y de sus violencias. Amor de preferencia, deber primero del hombre hácia Dios. Amor de plenitud, segundo deber del hombre hácia la ley de Dios, y que es el objeto de la

Segunda parte: El amor que debemos á Dios, debe ser de extension ó plenitud en el cumplimiento de su ley.

10. Es propio de Dios encerrar en la unidad de su ser la multitud de todos los seres; y es propio de la caridad divina reducir á la caridad de un solo precepto todos los preceptos que, aunque diferentes é infinitos en número, están comprendidos en la ley de Dios: *Dilige, et fac quod vis* (S. Aug.): Amad, y haced lo que os plazca, decia san Agustin. Parece, segun estas palabras, que el amor de Dios sea una abolicion general de todos los demás deberes del hombre; pero este santo Doctor no debe haberlo concebido así, sino, por el contrario, ha querido manifestarnos que todos los demás deberes del hombre, estando reunidos, como lo están, en el amor de Dios, se puede dar seguramente al hombre una plena libertad de hacer lo que guste, siempre que ame á Dios; porque amando á Dios, quiere necesariamente todo lo que debe querer, y no puede querer nada de lo que no debe. Tal es, amados oyentes míos, el misterio de la gran palabra del Apóstol: *Plenitudo ergo legis est dilectio.* (Rom. xii). La caridad es la plenitud de la ley. Palabra que os importa mucho entender bien, porque de ella se sigue que para producir el acto de amor, que es el objeto del primer mandamiento, ó del mandamiento por excelencia: *Diliges Dominum* (Deut. vi), es preciso estar preparado, ó por mejor decir, determinado con una voluntad absoluta, sincera y eficaz, á observar sin reserva y sin excepcion todos los demás mandamientos, y persuadirse de que es tan imposible amar á Dios y carecer de esta dispo-

sicion del alma, como amarle y no amarle al mismo tiempo. Y digo todos los mandamientos sin excepcion, porque no sucede con la caridad como con las virtudes morales y naturales; de modo que pudiérais decir cuando cumplís un precepto: Mi caridad principia; si cumplís muchos: Mi caridad crece; y si los cumplís todos: Mi caridad está en su plenitud.

11. No, cristianos, no es eso. La esencia de la caridad no sufre particion, está unida á la observancia de toda la ley; y así como, dice santo Tomás, si yo dudase de un solo artículo de la Religion que profeso, por grande que fuera mi humildad de espíritu en cuanto á lo demás, seria cierto, no obstante, que no tendria el menor grado de fe, porque la sustancia de la fe es indivisible; así tambien es cierto que aunque tuviese respecto de los demás mandamientos la sumision de voluntad que la ley exige, si me faltase uno solo, desde entonces ya no poseeria ni el menor grado de amor de Dios. Hay una caridad grande, continúa santo Tomás; y por comparacion á esta, puede decirse que hay una caridad pequeña; pero la caridad que yo concibo como la menor, si es una verdadera caridad, se extiende lo mismo que la mas grande á todas las obligaciones presentes y futuras posibles; y cuando san Pablo amaba á Dios con aquel amor ferviente y extático que tan bien sabia expresar, no hacia mas realmente que el último de los justos que ama á Dios mas débilmente, siempre que este le ame verdaderamente. Por eso llama el Apóstol á este amor plenitud de la ley: *Plenitudo legis* (Rom. xiii); porque todos los mandamientos de la ley de Dios entran, por decirlo así, en la caridad como otras tantas partes que la componen, y se confunden en ella como otras tantas líneas que fuera de su centro están separadas, pero que en su centro se unen sin confundirse.

12. Efectivamente: entre todos los preceptos particulares, considerados fuera de este centro del amor divino, no hay ni conexion, ni dependencia natural. Puede observarse el uno sin cumplir el otro: el que prohíbe el hurto, no prohíbe el perjurio ni el adulterio; el que manda la limosna, no manda ni la oracion ni la penitencia; pero relativamente al amor de Dios, todo lo dicho es inseparable. ¿Por qué? Porque este amor, en virtud de lo que contiene y de lo que llamamos su plenitud, es una prohibicion general de todo lo que repugna al orden, y un mandamiento universal de todo lo que es conforme á la razon; de suerte que en el lenguaje de la teología, decir interiormente á Dios que le amo, es hacer un

voto de obedecer todos sus mandatos, es como si especificase cada cosa detalladamente, y desarrollando mi corazon, explicase con solo este acto todo lo que Dios sabe que le debo, y quiero pagarle; sobre lo cual san Agustin hace una reflexion muy juiciosa, examinando estas palabras del Salvador del mundo: *Si praecepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea.* (Joan. xv): Si guardais mis mandamientos, estaréis en el ejercicio y como en la posesion de mi amor; y las compara con este otro pasaje del Evangelio: *Si diligitis me, mandata mea servate.* (Id. xiv): Si me amais, obsevad mis mandamientos; despues de lo cual discurre de esta suerte: Por una parte, Jesucristo nos asegura que si le amamos obedecemos su ley, y por otra nos declara, que si obedecemos su ley le amarémos. Ahora bien, ¿se cumple la ley por la caridad, ó se practica la caridad cumpliendo la ley? ¿Amamos á Dios porque hacemos lo que nos manda, ó hacemos lo que nos manda porque le amamos? ¡Ah, hermanos míos! continúa este incomparable Doctor, es indudable que lo uno y lo otro se verifica juntamente segun el pensamiento y el oráculo del Hijo de Dios; porque el que ama á Dios de buena fe, ha cumplido ya todos los preceptos en la disposicion de su corazon, y cuando llega á cumplirlos en la ejecucion, no hace mas que ratificar y confirmar con sus obras lo que ya ha ejecutado con sus sentimientos y en lo interior del alma. De lo que se sigue que hay contradiccion en formar el acto de amor de Dios, y no tener una voluntad absoluta de observar todos los mandamientos de Dios: *Plenitudo legis, dilectio.* (Rom. xii). Supongamos, pues, un hombre tal cual la imperfeccion de nuestro siglo nos los hace ver todos los dias; quiero decir, un hombre de una fidelidad limitada, y en que la obediencia que presta á Dios, usando de reserva, cumpla, si os place, toda la ley, excepto un solo punto; no es ni blasfemo, ni impío, ni trapacero, ni usurpador, ni colérico, ni vengativo; es religioso hácia Dios, equitativo con el prójimo; pero es débil respecto á una pasion que le domina, y que, no por ser la única que le esclaviza, forma menos el escándalo de su vida: ó bien para considerarle bajo otro punto de vista, es casto, moderado en sus placeres, enemigo del libertinaje; es tambien celoso de la disciplina y de la pureza de costumbres; pero á pesar de estas circunstancias no es capaz de olvidar una injuria; á pesar de este orden no puede refrenar su lengua, y con su maledicencia desacredita impunemente al prójimo. Digo, pues, que semejante hombre no tiene mas caridad, hablo de la caridad divina y sobrenatural de que depende la salvacion, que

un publicano y que un infiel; y Dios, cuyo discernimiento, aunque severo, es infalible, no le condena menos que si violase toda la ley: ¿por qué? porque omitiendo un punto de la ley, carece ya de lo que es esencial á la caridad, á saber: de una voluntad enérgica de cumplir la ley en toda su extension.

13. Y hé ahí explicado el sentido de estas palabras de Santiago, que en otro tiempo parecian tan oscuras á los Padres de la Iglesia, y sobre las cuales el mismo san Agustin creyó deber consultar á san Jerónimo: *Qui peccat in uno, factus est omnium reus* (Jacob. II): El que peca contra un solo precepto, es tan culpable como si pecase contra todos. ¿Qué, pregunta san Agustin, es porque la transgresion de un solo precepto se considera tan criminal como la transgresion de todos los preceptos? ¿Es porque no hay mas desorden en violarlos todos que en violiar uno solo? ¿Es porque lo uno y lo otro es igual para Dios, y porque Dios no se cree ni mas ni menos ofendido por esto? En este sentido, respondia san Jerónimo, la proposicion seria un error, y un error funesto en sus consecuencias; pero en el sentido del Apóstol contiene un dogma incontestable de nuestra fe, á saber, que el que infringe en un solo punto la ley de Dios, se priva lo mismo de la gracia, pierde tan irremisiblemente la caridad, no tiene, en fin, mas parte en la herencia de la gloria, ni es menos objeto de la reprobacion, que si la hubiese violado en todas sus partes. Y en esto, continuaba san Bernardo meditando dicha verdad, yo no tengo ninguna razon para quejarme, como si la ley de vuestro amor ¡oh Dios mio! fuese un yugo demasiado pesado: porque, al contrario, ¿hay nada mas equitativo que esta ley? y si yo la condenase ¿no me condenaria á mí mismo, puesto que, no siendo mas que un hombre mortal, pretendo, sin embargo, tener derecho á exigir de mis amigos la misma fidelidad? Si uno de ellos me ha engañado en un negocio importante, si se ha declarado en contra mia, si me deshona, si me ultraja, aunque en lo demás no tenga queja de él, ya desde entonces no le considero como amigo, y concluyo que no cumple conmigo el deber de la caridad comun que los hombres se deben los unos á los otros. Pero él no me ha ofendido mas que en solo un punto: no importa; me basta para comprender que no me ama, porque si me amase sincera y firmemente, me lo manifestaria en todo, y no me faltaria en nada. Así es, ¡Dios mio! como yo lo concibo: y si juzgo de esta manera mi propia causa, ¿por qué he de juzgar de otra suerte cuando se trata de los intereses de mi Criador y de mi Soberano? ¿Por qué cuando infrinjo al-

guno de vuestros mandamientos á costa de vuestra honra, por irrepreensible que yo sea en todo lo demás, extrañaré que me borreis del libro de la vida, como prevaricador de la ley de amor que me habeis impuesto? El pensar, cristianos, que no hay respetos que guardar cuando se peca una vez, y que, puesto que la caridad no se divide, es igual perderla por mucho que por poco, ser completamente libertino que serlo á medias, seguir ciegamente todas sus pasiones que satisfacer una sola, excederse en todo que moderarse en el crimen, es discurrir como un impío y un mercenario: como impío, porque siguiendo la máxima de todo ó nada, se pretende justificar los excesos y el libertinaje; como mercenario, porque no atendiendo mas que al interés propio en el desorden de las costumbres, se cuida poco de que el interés de Dios sufra mas ó menos.

14. Pero te engañas, hermano mio, dice san Agustin, porque aunque sean indivisibles la caridad y el amor de Dios, siempre es cierto que cuantos mas mandamientos quebrantes, mas enemigo tuyo haces á Dios, mas difícil te será volver á su gracia, mas se aumentará el tesoro de cólera de que habla san Pablo, mas serán los castigos que debes esperar en la eternidad desgraciada; si te queda algun principio de religion, es mas que suficiente para obligarte á que no te precipites en el pecado mismo. Por lo demás, convengamos tambien, amados oyentes míos, en que hay mucha ilusion en la conducta de los hombres acerca de este gran precepto: *Diliges Dominum Deum tuum*. (Luc. X): Amaréis al Señor vuestro Dios. Nada mas fácil que decir: Yo amo á Dios; pero en la práctica nada mas raro que este amor. ¿Por qué? Porque nos engañamos, y no distinguimos el verdadero y el falso amor de Dios. No solo engañamos á los demás con nuestra hipocresía, sino que nos engañamos á nosotros mismos por una voluntaria ceguedad. Se levanta en nuestra alma el mas leve sentimiento de amor á Dios, y ya creemos que todo está hecho, y que poseemos la plenitud de este divino amor. Lo que muchas veces es solo efecto natural, nos figuramos que es movimiento de la gracia; lo que no es mas que movimiento de la gracia, lo consideramos como un efecto de nuestra fidelidad; confundimos la inspiracion que nos impele á amar con el amor mismo; y lo que Dios hace en nosotros independientemente de nosotros, nosotros nos lo atribuimos, como si fuese todo lo que quiere Dios que hagamos por él. Esto es un abuso, cristianos, y desgraciados de nosotros si caemos ó permanecemos en tan groseros errores. Amar á Dios, es prohibir todo lo que prohíbe la ley y hacer todo lo que

manda; es renunciar uno á sí mismo, es hacer una guerra sin tregua á sus pasiones, es humillar uno su espíritu, mortificar su carne, mortificarla, como dice san Pablo, con sus vicios y concupiscencias; es resistir á las pasiones del mundo, al torrente de la costumbre, á la seducción del mal ejemplo; en una palabra, es querer agradar en todo á Dios, y querer no disgustarle en nada. Amándole de esta suerte, con un amor de preferencia, con la plenitud del amor, solo nos resta amarle con un amor de perfeccion relativamente al Cristianismo, como voy á explicar en la

Tercera parte: El amor que debemos á Dios, relativamente al Cristianismo, debe ser de perfeccion.

15. Aunque Dios sea siempre el mismo, y sus perfecciones, que son innumerables, le hagan siempre igualmente amable, es, sin embargo, cierto, como ha notado san Bernardo, que segun los diversos estados en que puede encontrarse el hombre, el amor que este debe á Dios tiene diferentes grados; y que á proporcion de los beneficios que ha recibido, las medidas de longitud, latitud y profundidad, que san Pablo da á la caridad, deben ser mas ó menos extensas. De este principio, que la razon misma acredita, deduzco yo dos consecuencias: Primera, que en el Cristianismo el precepto del amor de Dios impone al hombre obligaciones mucho mas grandes que en la antigua ley; segunda, que el acto de amor de Dios debe, pues, ser en nosotros mucho mas heróico que debia serlo en un judío ó en un gentil antes de publicarse la ley de gracia. Hé aquí la prueba. Desde el momento en que soy cristiano, es necesario que ame á Dios como cristiano; y amar á Dios como cristiano, es mucho mas que amarle puramente como hombre. ¿Por qué? Porque amándole, nos obligamos á obedecer, no solo la ley eterna y divina, que nos es comun á todos, sino tambien la ley particular, cuyo autor es Jesucristo; lo cual equivale á añadir á la caridad una mera obligacion que no tenia en su origen, y que en el transcurso de los siglos ha llegado á ser el colmo de su perfeccion. Yo os declaro, hermanos míos, decia san Pablo, que el que se circuncida echa sobre sus hombros el fardo de la ley de Moisés: *Testificor autem omni homini circumcidenti se, quoniam debitor est universæ legis faciendæ.* (Galat. v). Y yo os digo, cristianos, de conformidad con las palabras del Apóstol, que al mismo tiempo que os habeis unido á Jesucristo por medio del Bautismo, os habeis echado un nuevo yugo,

mas santo aun que el de la ley de Moisés; un yugo que debeis llevar hasta la muerte; un yugo al cual va unida indispensablemente vuestra salvacion; un yugo sin el cual Dios no quiere ni puede ya ser amado de vosotros. ¡Oh, amados oyentes míos! ¡Qué tropel de reflexiones acude á mi imaginacion! Creer que la ley de Jesucristo es una ley de dulzura, una ley de gracia, una ley de libertad, una ley de amor, es creer lo que el mismo Espíritu Santo nos ha revelado, y lo que todas las Escrituras nos dicen; pero figurarse que esta ley es dulce porque nos prescribe deberes menos rigurosos y menos contrarios á los sentidos y á la naturaleza; figurarse que su libertad consiste en el desenfreno, y que por ser una ley de gracia y de amor no ha de ser tambien una ley de abnegacion y de trabajo, es, no solo desconocerla, sino destruirla. No, no, hermanos míos, dice Tertuliano explicando su pensamiento sobre esta materia, la libertad, que Jesucristo nos ha traído del cielo, no favorece de ninguna manera la licencia de las costumbres. Si el Hombre-Dios ha suprimido los sacrificios y las ceremonias de la ley escrita, en cambio nos ha dado reglas de vida mucho mas propias para santificarnos; y lo que condenaba en el Antiguo Testamento el precepto de la divina caridad, es doblemente criminal desde que el Dios de la caridad vino en persona á enseñarnos su doctrina y ofrecernos sus ejemplos: *Libertas in Christo* (¡admirables palabras!), *libertas in Christo non fecit innocentie injuriam. Operum juga rejecta sunt, non disciplinarum: et quæ in veteri Testamento erant interdicta, etiam emulatio præcepto apud nos prohibentur.* (Tert.).

16. Nada mas cierto, cristianos, porque, ¿cómo este Salvador adorable se ha expresado sobre este punto en el Evangelio? ¿Cuántas veces no nos ha dicho que para abrazar la Religion teníamos que renunciar al mundo y á nosotros mismos, aun mas absolutamente que lo pedia Moisés? ¿Cuántas interpretaciones mucho mas estrechas y mas severas no ha hecho de los principales artículos de la ley de Dios? ¿Cuántos privilegios, aun legítimos, no ha abolido? Si nos ha libertado de observancias legales, ¿cuántas otras no nos ha ordenado? El solo precepto de amar á nuestros enemigos, ¿no es una perfeccion mas sublime que todo lo que enseñaban y practicaban los fariseos? ¿Hasta qué punto no ha elevado, por decirlo así, ciertas obligaciones del derecho natural? ¿En cuántos asuntos no ha usado de su soberano poder, para hacernos nuevas prohibiciones? Á vuestros padres se les decia que podian ejecutar tal ó cual cosa, así hablaba Jesucristo á los judíos, y yo os digo que semejantes co-

sas, permitidas entonces, se os prohíben para siempre á vosotros.

17. Bien sé que algunos intérpretes han dicho que el Hijo de Dios hablaba de esa suerte, no por encarecer la ley ni añadirla nada, sino solamente para rectificar las falsas interpretaciones de los escribas y doctores de la Sinagoga, pero tambien sé que esta idea ha sido combatida por la mayor parte de los Padres. Porque, como observa san Jerónimo, si el Salvador del mundo no hubiese querido mas que refutar la doctrina de los fariseos, sin establecer nuevos preceptos, ¿á qué decir: Y yo os mando que hagais bien á vuestros enemigos, que rogueis por los mismos que os persiguen, que ameis á los mismos que os calumnian? ¿En dónde estaba este mandamiento? ¿En qué libro de la ley se hallaba escrito? ¿No se ve todo lo contrario, no se ve que el derecho de aborrecer á los que nos aborrecen no parece allí autorizado? Es, pues, evidente que Jesucristo queria encarecer la ley de Moisés, cuando decia: *Ego autem dico vobis* (Joan. xv): que su idea era prescribirnos leyes que le fuesen propias: *Hoc est preceptum meum*; que lo que llamamos *Decálogo* tiene para nosotros alguna cosa mas perfecta que para los judíos; y, como consecuencia necesaria, que amar á Dios en el Cristianismo debe costar mas que antes de la predicacion del Evangelio.

18. Hé ahí, amados oyentes míos, lo que Tertuliano llamaba en su estilo ordinario el peso del Bautismo, *pondus Baptismi*; y hé ahí la causa de que apoyase un sentimiento que no por no haber sido enteramente conforme al espíritu de la Iglesia, deja de suministrar-nos materia para una excelente reflexion, que os ruego hagais conmigo. Él hablaba de los catecúmenos, que iluminados por la gracia, y ardiendo en vivos deseos de incorporarse á la Iglesia de Jesucristo, pedian con empeño que se les bautizase; lo cual se diferia algunas veces con la idea de adquirir pruebas mas ciertas de su fe. Este retraso les causaba una pena extremada; y Tertuliano, al contrario, sorprendido de su dolor y de los grandes deseos que manifestaban, les decia que si hubieran comprendido bien lo que era el Bautismo, mas bien lo hubieran temido que deseado: *Si pondus intelligent Baptismi, ejus consecrationem magis timerent quam dilationem*. (Tert.). He dicho, cristianos, que este sentimiento no era conforme al espíritu de la Iglesia, porque favorecia un desórden, ya demasiado comun, que consistia en dilatar hasta el momento de la muerte el Bautismo, á fin de vivir con mas libertad y desenfreno, desórden que la Iglesia no toleró nunca. ¿Por qué? Porque creia que siendo el Bautismo el primer vínculo que nos une á Jesucristo, y el primer Sa-

cramento que nos hace miembros de su cuerpo místico, era un crimen el privarse de tal beneficio por el solo temor de las obligaciones que lleva consigo. En este como en otros puntos se equivocaba, pues, Tertuliano ofuscado por su propio juicio: pero cuando sostenia que el Bautismo era una obligacion penosa y difícil, ¿no hablaba con razon? Jesucristo mismo, ¿no nos ha dicho y no nos ha propuesto su ley como un yugo? *Tollite jugum meum super vos*. (Matth. xi). Pero hay, decís, personas en el Cristianismo que no sienten el peso de este yugo. ¡Ah, hermanos míos! responde san Agustin, puede ser, y así es, en efecto; pero no confundamos las cosas. No sentís el yugo del Bautismo porque Dios os concede fuerzas para llevarlo, ó porque lo arrojaís cometiendo una vil infidelidad. Si la uncion de la gracia es la causa que os impide sentirle, yo bendigo á Dios por ello, y envidio vuestro estado, léjos de queréroslo hacer sospechoso; pero si no sentís este yugo porque lo llevais á medias; si no lo sentís porque sabeis acomodarlo á vuestras inclinaciones, y creéis poder acomodarlo á las dulzuras de la vida; si no lo sentís, porque lo reducís á una austeridad superficial y aparente, y no lo tomáis sino cuando os place, temblad y confundíos. Porque el yugo que creáis haber sacudido os abrumará un dia, y los deberes que habeis descuidado serán, en el juicio de Dios, causa de vuestra condenacion.

19. Dedúcese de lo expuesto que el amor de Dios debe ser mucho mas generoso y mas fuerte en un cristiano, pues que debe tener una virtud proporcionada á las santas y rigurosas obligaciones que el Bautismo nos impone. Decimos obligaciones, cristianos, y no pura y propiamente votos, porque un voto, dice santo Tomás, es, en su verdadera significacion, una cosa de mi libre eleccion, una cosa que Dios no me manda y que yo me mando á mí mismo, sin la cual podria salvarme y conseguir mi fin. Y no sucede así con las obligaciones del Bautismo. Como el Bautismo desde Jesucristo acá es la única via de salvacion, las obligaciones que trae consigo son de absoluta necesidad para nosotros; y cuando me someto á ellas, por mucha que sea mi obediencia á Dios, no le hago el sacrificio plenamente voluntario que el voto significa. Así discurren los teólogos no para privar á una alma fiel del consuelo de creerse ligada á Dios con votos, siempre que convenga en que estos son puramente votos, cuya disposicion no le ha dejado Dios; siempre que reconozca que además de estos votos de necesidad hay otros de consejo, con los cuales se honra Dios especialmente, y que llevan al hombre á una perfeccion

mas eminente aun, como los votos de la religion y del sacerdocio; en fin, siempre que sin pensar en ello no favorezca el error de los últimos heresiarcas, que, para dorar en el mundo su apostasia, principiaron, bajo el pretexto de reforma, á exaltar los votos del Bautismo para desacreditar el de la continencia que habian abandonado vergonzosamente. Por lo demás, sean obligaciones ó votos del Bautismo, siempre resulta que ellos nos hacen mucho mas difícil la práctica de este primer mandamiento, *Diliges*; pues es imposible, en la ley de gracia, formar el acto de amor de Dios, sin querer cumplir de buena fe todo lo que se contiene en la profesion del Cristianismo.

20. Aun digo mas, y concluyo con un pensamiento de Guillermo de París, digno del celo de este grande Obispo, y que es el siguiente: Á fin de que el acto de amor de Dios tenga el carácter de perfeccion que Dios exige para la salvacion, no basta que se extienda absolutamente á todos los preceptos, ya naturales, ya positivos, de la ley cristiana; sino que debe tambien, bajo condicion, abrazar todos los consejos; bajo condicion, he dicho, y os ruego que noteis esa palabra si os place; de manera, que si necesitase, para demostrar á Dios mi amor, practicar lo que hay en los consejos evangélicos de mas rigoroso, de mas humillante, de mas opuesto á la naturaleza y al amor propio; en virtud de este solo acto «yo amo á Dios,» yo estaria dispuesto á emprender y á sufrirlo todo. No penseis que esta disposicion, aunque condicional, es quimérica, nada hay mas real; ¿por qué? porque como no hay ni un consejo evangélico que no pueda llegar á ser, y que en mil circunstancias no sea un mandamiento para mí, es necesario que el amor de Dios me ponga al menos habitualmente en la disposicion en que deberia estar, y me inspire la fuerza que deberia tener si me encontrara en aquellas circunstancias. Así yo no estoy obligado, porque amo á Dios, á abandonar el mundo, ni á retirarme; pero tengo obligacion de estar preparado á lo uno y á lo otro, porque mi debilidad podria ser tal, que el mundo seria evidentemente un escollo á mi inocencia, del cual solo me libertaria el retiro. Renunciar á mis bienes no es, segun la doctrina de Jesucristo, mas que un simple consejo; pero estar pronto á renunciar á ellos es un precepto rigoroso, porque la experiencia podria convencerme de que no puedo retenerlos sin amarlos, ni amarlos sin perderme. Dios no me manda sufrir el martirio, pero me manda que esté dispuesto á sufrirlo, porque podria presentarse una ocasion en que el martirio fuese una prueba indispensable de mi fe; por eso Tertuliano, hablando de la fe de los cristianos, decia con ra-

zon que la fe nos hace responsables y deudores á Dios de nosotros mismos, hasta obligarnos á sufrir por él el martirio cuando en él va su gloria: *Fidem martyrii debitorum*. (Tert.).

21. La caridad os impone igualmente esta deuda. Decidme, pues, cristianos: cuando en las persecuciones los Mártires se dejaban inmolar como víctimas, cuando se dejaban quemar por el fuego, cuando se les ponía sobre las ruedas y los potros, y por el amor de Dios sostenian con valor invencible todo el rigor de los tormentos, ¿hacian una obra de supererogacion, y podian dispensarse de hacerla? No, esto era necesario segun la ley de la caridad, y si no hubieran tenido tanto valor y resolucion, Dios les hubiera condenado. El Evangelio lo afirma; y hé ahí por qué se excomulgaba á todo el que no resistia hasta la efusion de sangre. Léjos de tener en cuenta su debilidad, se les declaraba apóstatas, y se les consideraba como miembros indignos de Jesucristo. Los mártires que triunfaban de la crueldad de los verdugos eran solamente alabados por haber cumplido con su deber, y nada mas que con su deber. Si el miedo les hubiese hecho sucumbir, en vez de las bendiciones de la Iglesia, esta solo hubiera tenido para ellos rayos y anatemas. Pero el mandamiento de amar á Dios ¿se extendia á tanto? Sí, amados oyentes míos; y si esto nos admira, es porque todavía no hemos principiado á conocer á Dios, ni á medir la perfeccion de su amor por la severidad de las leyes del mundo. Porque tal es la fidelidad de que se precian los hombres cuando se trata de su príncipe y de su patria. Se considera como un deber entre los hombres el estar pronto á morir por otros hombres; y no solo se considera como un deber, sino que se hace este deber punto de honor. Todos los dias vemos sábios del mundo sacrificar por lo dicho su sosiego, su salud, su vida; y como muchas veces solo se proponen miras humanas, son mártires del mundo; ¿por qué, pues, asombrarse de que Dios pida al menos otro tanto de los que le aman, y de que la caridad tenga mártires como tiene los suyos el mundo?

22. Ahora bien, amados oyentes míos, si se tratase de dar á Dios ese testimonio de nuestro amor, ¿estaríamos prontos? Si en este momento fuese necesario ó renunciar á él ó morir, ¿encontraria aun mártires entre nosotros? Disimuladme, cristianos, que no responda á esta pregunta que me expondria tal vez á presumir excesivamente de vuestra constancia, ó á desconfiar demasiado de vuestra bajeza. Lo que yo sé, y lo que la teología me enseña, es, hermanos míos, que si tenemos este amor, que es el gran manda-

miento de la ley, sin mas preparacion de espíritu y de corazon, nos hallamos en estado de ser mártires de nuestro Dios; y que si nos falta tambien alguna cosa para ser los mártires de nuestro Dios, por mucho que por otra parte sintamos por él, no tenemos aun el amor que tan expresamente nos ha ordenado en la ley. Creen algunos que es peligroso hacer semejantes suposiciones, y yo sostengo que estas suposiciones así hechas son sumamente útiles; ¿para qué? primeramente, para darnos una alta idea de la excelencia y grandeza del Dios á quien servimos; en segundo lugar, para inspirarnos, cuando se trata de obedecerle, sentimientos nobles y generosos; y por último, para humillarnos y confundirnos, cuando faltamos á ciertos deberes fáciles y comunes, puesto que la caridad nos impone tan grandes obligaciones.

23. Pero estas suposiciones vivamente concebidas pueden conducir á la desesperacion. Sí, cristianos, pueden conducir á la desesperacion; pero ¿á quién? Á los que confían en sus propias fuerzas, y no á los que se apoyan en las fuerzas de la gracia; pues, al contrario, nada hay que reanime nuestra esperanza como la grandeza y la dificultad de este mandamiento. Porque me basta saber que Dios me obliga á esto, y que esto excede infinitamente á todo lo que yo puedo por mí mismo, para convencerme de que Dios, que es fiel, me prestará infaliblemente socorros proporcionados á lo que me ordena. Y hé ahí lo que sostiene la esperanza cristiana, al paso que menores preceptos, por su aparente facilidad, son causa muchas veces de la presuncion. ¡Ah, hermanos míos! ahora concibo yo de dónde viene la eficacia, ó por mejor decir, la omnipotencia de la caridad divina. Cuando se me decia que en otro tiempo bastaba un acto de amor de Dios para borrar todos los pecados; cuando se me citaba el ejemplo de la Magdalena, que por este solo acto interior habia expiado todos los desórdenes de su vida; cuando se me citaban los Padres de la Iglesia que convienen en que este acto, si es sincero, tiene tanta virtud para justificar á un pecador como el Bautismo y el martirio; aunque yo creyese estas verdades, porque la fe las autoriza, apenas podia comprenderlas, porque no penetraba en el fondo de ellas. Pero al presente, ¡oh Dios mio! al presente ya no me sorprende; porque es muy justo que puesto que nuestro amor á Vos es una disposicion al martirio, tenga tanto poder como el martirio; y que, puesto que abraza todas las promesas y todas las obligaciones del martirio, posea la misma propiedad de santificar y de purificar que el Bautismo. Pero si lo dicho es cierto, cris-

tianos, y necesario para producir un acto de amor de Dios, ¿quién es el que ama á Dios? Este es un misterio de predestinacion cuyo exámen no nos corresponde. Dios tiene sus predestinados, y él los conoce; no nos cuidemos de saber si son muchos ó pocos, pero tratemos de hacer cuanto esté de nuestra parte para tener cabida entre esa milicia santa. El Apóstol se prosternaba todos los dias ante el Padre de las misericordias para pedirle la ciencia suprema de su amor; hagamos la misma súplica, y pidámosle esta ciencia, que es la primera de todas las ciencias. Digámosle con san Agustin: *Sero te amavi*. (S. Aug.). ¡Ah, Señor! os he amado demasiado tarde, lo digo para mi confusion, y reconozco con dolor que durante mi vida tal vez no he ejecutado ni un solo acto de vuestro amor. Ni ¿cómo lo habria ejecutado, ¡oh, Dios mio! si ni aun sabia en qué consiste y qué es lo que contiene? Pero ahora que lo sé quiero, en fin, amaros de todo corazon y con todas las fuerzas de mi alma. Quiero, digo, amaros como mereceis y como quereis, con un amor de preferencia, con un amor de plenitud, con un amor de perfeccion. Haced lo que os digo, amados oyentes míos, y viviréis: *Hoc fac et vives*. (Luc. x). Despues de haber amado á Dios en el tiempo, le amaréis y le poseeréis en la eterna bienaventuranza que os deseo, etc.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE

LA CONSAGRACION DE UNA IGLESIA.

Domum tuam decet sanctitudo, Domine, in longitudinem dierum. (Psalm. xcii, 5).

Vos, Señor, quereis, y es muy justo, que la santidad reine en vuestra casa por la duración de los tiempos.

1. En fin, el Señor por la gloria de su nombre y..., acaba de santificar su tabernáculo. Estos muros sagrados...
2. Palabras de san Bernardo... Para vosotros se abren estas puertas... Esas cruces... Ese incienso... Esas misteriosas aspersiones... Este es el lugar de vuestro reposo interior... Aquí es donde llorais vuestros pecados...
3. El objeto esencial de esta fiesta es vuestra propia consagración... Hay un templo de Dios que habita el Espíritu Santo... y este templo lo sois vosotros... De esta iglesia exterior y material, de esta iglesia viva y animada voy á hablaros.
4. *Invocacion*: Espíritu Santo, fuente de gracia y de pureza, imprimid...
5. En la dedicación de un templo hay que considerar dos cosas: la *ceremonia* y el *misterio*. Esta mezcla y union de figura y de verdad..., es el estado y el carácter del Cristianismo. La religion de la Sinagoga no era...
6. La religion del cielo no es sino revelacion y verdad sin sombra ni figura... Pero la religion de la Iglesia está compuesta de estos dos estados... La ley nos enseña que es necesario purificar..., y la conciencia nos advierte que...

Primera parte: Santidad que adquiere esta iglesia por su consagración exterior.

7. Dios debe tener en el mundo lugares consagrados á su culto, como nosotros debemos tener tiempos determinados para cumplir...

8. Estos lugares ó templos deben ser santos...
9. Nada impuro debe entrar en su santuario... Así la Iglesia pertenece á Dios por necesidad y por decencia...
10. Los templos deben estar santificados, porque encierran en sí una hostia pura y sin mancha. En ellos se ofrece... En ellos se expone... ¿Qué pureza, pues, no se requiere...? Si el tabernáculo donde descansaba el arca..., ¿qué será de...?
11. Pero qué, diréis, ¿estas paredes, estas piedras... han de ser santas? Sí, decia san Bernardo... ¿Y por qué no he yo de llamar santas...?
12. De ahí debe nacer aquel santo terror y profundo respeto... *Quam terribilis est locus iste!* exclamó Jacob... y nosotros estamos en la iglesia con tan poco respeto como si...
13. Éntrase en ella sin humildad... Aféctanse distinciones... Llévase á ella un corazon...
14. ¿Qué diré de aquellas impiedades que se cometen en ella...? ¿De aquellos discursos profanos...? ¿De aquellos aires y meneos inquietos...? ¿Qué diré de aquellas afectaciones de ver y ser vistos...? Vense unos cristianos... Vense pecadores... Así es como los medios de salud pasan á ser instrumentos de...
15. Pero gracias al Señor en esta parroquia la vigilancia del pastor y la docilidad del rebaño... Mas en cualquiera parte que sucedan tales desórdenes, á vosotros os toca, sacerdotes,... Tambien te toca á tí, ó cristiano, dice san Agustin...
16. Volvamos á la dignidad... de nuestras iglesias. Siendo santas, son para nosotros venerables..., y así como no hay precepto que..., tampoco hay en el Cristianismo uso mas...
17. La iglesia es un lugar de oracion... Los primitivos cristianos veian en sus cuevas y catacumbas su templo y á la vez su sepulcro... Nosotros estamos unidos y congregados en Dios... Palabras de san Cipriano...
18. *Domus mea domus orationis vocabitur*, dice el Señor. Pero especialmente es casa de oracion comun, donde... En los oficios públicos de religion se santifica una parroquia entera...
19. Si sois justos... Si sois pecadores... Si estais en una medianía... Si sois frágiles... Si sois pobres...
20. Para este fin se ora en comun, y se consagran templos á Dios. Pero ¿se apresuran los fieles...? ¿Qué frívolas excusas no se buscan...? Lo largo de la oracion cansa... Muchos se avergonzarían si...

21. ¿Qué diré de los oratorios y capillas domésticas erigidas en lugares poco decentes, donde... Antiguamente no se buscaban así las comodidades en la devoción... Se hubiera creído faltar al respeto debido á los templos...

22. En estos lugares escogidos es donde el Espíritu Santo... En este dichoso desierto... En esta tierra de promisión... Gozaos, hermanos, ... Vuestra alegría es santa y justa...

Segunda parte: Santidad que vosotros debéis adquirir por una consagración interior.

23. Lo que se hace exteriormente en la dedicación de los templos y consagración de los altares debe cumplirse interiormente, dice san Agustín, en los fieles...

24. *Et ipsi tamquam lapides vivi superædificamini, domus spiritualis*, etc., dice el Apóstol, para enseñarnos...

25. *Domus orationum nostrarum ista; domus autem Dei nos ipsi*, dice san Agustín. Nosotros somos aquellas piedras vivas... Nuestro edificio se va elevando...

26. Debemos entrar en los templos con pureza de intención, con pureza de costumbres, y con pureza de afecto.

27. *Con pureza de intención*. Palabras de san Bernardo... *Vere Dominus est in loco isto* para nuestra santificación... Dios está en las iglesias como Padre...

28. Cierto que no podemos decir con el Profeta: *Nemo est qui veniat ad solemnitatem*, pero sondeemos el fin con que... La mayor parte vienen... ¿Cuántos hay que vienen...? ¿Y cuántos también que...? ¿No es esto abusar de las cosas santas?

29. Todo cuanto se ve en la iglesia nos convida á nuestra santificación. Estas sagradas fuentes... Estos altares...

30. *Con pureza de costumbres*. Nada nos obliga mas á purificarnos que el honor de asistir al sacrificio de Jesús y participar de él...

31. ¿Cuál debe ser, pues, la pureza de vida...? Examinad vuestra conciencia todas las veces que... ¿Creeis vosotros...? ¿Pensáis vosotros...?

32. Es un error creer que no debe uno juzgarse á sí mismo sino cuando se dispone á comulgar. Hácense por entonces... Pero cuando se asiste á la iglesia para oír misa, ó...

33. La Iglesia quiere que asistamos con espíritu de humillación

y penitencia... Pretende que ya que no podemos ser víctimas..., seamos á lo menos...

34. *Con pureza de afecto*. En el templo de Salomón habia dos altares, uno exterior, otro interior; aquel representa nuestro cuerpo, este nuestro corazón... Si sobre aquel ofrecemos obras de mortificación y penitencia, y sobre este todo género de santos pensamientos, celebraremos dignamente..., y asistiremos como debemos á...

35. Si quereis ser templos de Dios renovad vuestro espíritu y vuestro corazón... Palabras de san Agustín...

36. Traed á vuestra antigua y pobre Iglesia. ¿Qué pena no tenéis...? ¿Con qué ojos...? ¿Cuántas veces...? Bendijo Dios vuestros designios... ¿Qué resta, pues, sino...

37. La gloria de esta Iglesia no consiste en la unión y estructura de las piedras. No digais: Nosotros tenemos una bella iglesia. Antes bien decid: Nosotros tenemos buenos deseos..., asistiremos con mas fervor..., nos aprovecharemos de todas las gracias y bendiciones...

SERMON

SOBRE

LA CONSAGRACION DE UNA IGLESIA.

Domum tuam decet sanctitudo, Domine, in longitudinem dierum. (Psalm. xcii, 3).

Vos, Señor, quereis, y es muy justo, que la santidad reine en vuestra casa por la duración de los tiempos.

1. En fin, hermanos míos, el Señor por la gloria de su nombre y por la salud de vuestras almas, mediante la operacion visible de sus ministros y la invisible efusion de su Espíritu acaba de santificar su tabernáculo. Estos muros sagrados que su providencia ha tenido el cuidado de levantar sobre el fondo de la caridad cristiana, hoy día los consagra su misericordia á su religion y á vuestros usos; en el ámbito de esta iglesia que llena de su majestad, desde lo alto de esos altares que ha elegido para su santa morada, os convida á que vengais á rendirle en su presencia los homenajes que le son debidos, y á recibir las gracias que os tiene preparadas.

2. Las otras festividades que celebráis os son comunes con el resto de los demás fieles (decía san Bernardo en otra semejante ocasion), pero esta de hoy os debe interesar tanto mas, cuanto ella os es mas propia. Para vosotros es para quienes se abren estas puertas que la Escritura llama *las puertas del cielo*¹. Esas cruces que veis pintadas sobre esas paredes, aguardan que las graveis en vuestros corazones. Ese incienso que habeis visto humear y subir hácia el cielo en olor de suavidad, es el símbolo de vuestras oraciones. Sobre vosotros es sobre quienes deben correr esas unciones espirituales y santas que consuelan en las tribulaciones, y endulzan las amarguras de la penitencia. Esas misteriosas aspersiones son las lágrimas que vosotros derramais, y como aquella porcion de sangre de Jesucristo que os será distribuida en este santuario. Este es el lugar de vuestro reposo interior, la casa de vuestra oracion, el altar de

¹ Domus Dei, et porta caeli. (*Genes. xxviii, 17*).

vuestros sacrificios, y el refugio de vuestra inocencia. Aquí es donde os recibe su misericordia, donde su Evangelio os instruye, donde os mueven sus inspiraciones, y donde os guia y corrige su disciplina. Aquí es donde llorais vuestros pecados, donde derramais vuestro corazon, donde cantais sus alabanzas, donde recibís sus bendiciones, y donde participais de sus misterios.

3. Todo vuestro culto se halla como recogido en la extension de este templo, cuya consagracion venís á honrar; pero el objeto esencial de la fiesta que celebráis hoy día, es vuestra propia consagracion, porque hay un templo de Dios que habita el Espíritu Santo, en cuyo interior es santificado Jesucristo, donde se le da continuamente al Señor un culto santo y espiritual, ofreciéndole sobre el altar de un corazon abrasado del amor divino un sacrificio de humildad y de accion de gracias: un templo donde debe reinar la pureza, y donde no puede entrar ninguna cosa profana; y este templo, dice el Apóstol¹, lo sois vosotros. De esta iglesia, pues, exterior y material, de esta iglesia viva y animada, es de la que os he de hablar en este presente día.

4. Espíritu Santo, fuente de gracia y de pureza, imprimid en el alma de mis oyentes el respeto que deben tener á estos santos lugares, y el que se deben tener á sí mismos. Derramad sobre ellos esas bendiciones que habeis echado sobre esta iglesia; así como habeis excitado su caridad para la construccion de este edificio, excitad tambien su fervor para practicar las verdades evangélicas que se les predicán en él. Vos acabais de santificar para ellos este nuevo templo, destruid tambien en ellos el hombre viejo, y dadles un corazon nuevo para que se santifiquen ellos mismos por la impresion de vuestro amor y por la eficacia de vuestra palabra; esto es lo que pedimos por la intercesion de la Virgen, á quien dirémos con el Ángel: *Ave María*.

5. Dos cosas hay que considerar en la dedicacion de un templo cristiano: la *ceremonia* y el *misterio*. Esta mezcla y union de figura y de verdad, de cuerpo y de espíritu, de obediencia y de fe, de observancia y de inteligencia, es el estado y el carácter del Cristianismo. La religion de la Sinagoga no era sino señal y figura, dice el Apóstol². Eran aquellos unos hombres carnales, á quienes Dios habia cargado de una pesada ley de ceremonias, como dice san Agustín, que guardaban á la letra, y cuyo espíritu no llegaban á pene-

¹ Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos. (*I Cor. iii, 17*).

² Omnia in figura contingebant illis. (*I Cor. x, 11*).

trar; las cuales no siendo sino *justicias de la carne*¹, como se explica san Pablo, no podían purificar sus conciencias, y no eran santas propiamente, sino porque eran las imágenes de las verdades que habian de cumplirse algun día.

6. La religion del cielo no es sino revelacion y verdad, sin sombra ni figura. Corriéronse ya todos los velos, y manifestándose Dios á sus escogidos como es en sí, no en representacion y como enigma, sino manifestamente y cara á cara, los transforma en sí mismos, llenándolos de su verdad y de su amor. Pero la religion de la Iglesia y del Cristianismo está compuesta de estos dos estados. Nosotros estamos en la tierra por la enfermedad de nuestros cuerpos mortales, y tenemos necesidad de las señales y figuras de la ley antigua; pero estamos en Dios, y tenemos á Dios por la firmeza de nuestra fe, y debemos conocer las verdades de la nueva. Pasamos por las cosas sensibles, pero es para caminar á las espirituales y eternas; nuestro culto está en nuestras manos, sobre nuestros labios y en nuestros ojos, pero su origen y principio está en nuestros corazones; nosotros alimentamos nuestra piedad con las ceremonias exteriores que la Iglesia ha instituido, pero la fundamos y establecemos sobre las virtudes interiores que el Espíritu de Dios forma en nuestras almas. Así como hay en nosotros un hombre exterior que se postra, que ofrece y que ora, así tambien hay un hombre interior que ama, que adora y que da accion de gracias. La ley nos enseña que es necesario purificar todo lo que ha de servir á Dios en sus sacrificios; y la conciencia nos advierte que nuestro principal cuidado debe ser el purificarnos y sacrificarnos á nosotros mismos; lo cual me da motivo para hacerlos ver en este discurso: Lo primero, *la santidad que adquiere esta iglesia por su consagracion exterior*. Lo segundo, *la santidad que vosotros debeis adquirir por una consagracion interior*.

Ved aquí todo el asunto de este breve rato.

Primera parte: Santidad que adquiere esta iglesia por su consagracion exterior.

7. Es propio de la grandeza y de la majestad de Dios tener lugares consagrados á su nombre, donde derrama las gracias sobre los hombres, y donde los hombres le dan sus homenajes de religion; y así como hay tiempos señalados por su providencia para el

¹ *Justitiis carnis.* (Hebr. ix, 10).

cumplimiento de sus misterios, hay tambien lugares elegidos para hacer la distribucion y el uso de ellos; y allí es donde se debe practicar el culto divino. *Guárdate*, decia la ley¹, *de ofrecer indiferentemente tus holocaustos en todas partes, sino solamente en aquellos lugares que el Señor tu Dios hubiere elegido para sus ministerios*. ¿Y no vemos nosotros en la Escritura reyes apreciables por su virtud y piedad, reprendidos por Dios por no haber destruido los lugares excelsos², esto es, por haber dejado con una tolerancia criminal sacrificar las víctimas en lugares no consagrados, donde, aunque las ofreciesen quizá al verdadero Dios, no se las ofrecian en el lugar que él habia señalado y elegido? y si esto no era idolatría, á lo menos era una especie de profanacion y una falta de obediencia. Porque *aunque el mundo y toda su extension sea del Señor*³; *aunque él llene y oculte el cielo y la tierra*⁴; *aunque su sabiduría alcance del uno al otro extremo del universo*⁵; aunque sea muy justo que nuestra alma le bendiga en todas partes, porque todo está bajo su proteccion y su dominio; y aunque no haya tampoco lugar donde no vele su providencia, donde su poder no obre, á donde no puedan bajar sus gracias, y desde donde no puedan subir nuestras oraciones; con todo eso, es muy cierto que hay lugares destinados particularmente para la adoracion, para la oracion, para el sacrificio y para los Sacramentos; y que así como Dios tiene vasos de eleccion; á los cuales como que los ha marcado con su sello para el uso y servicio de su Iglesia; tiene tambien casas de eleccion⁶, *donde pone su nombre, y donde establece su habitacion y morada*.

8. Estos templos, pues, deben ser santos. Es necesario tambien que haya proporcion entre lo que sirve al culto de Dios y Dios mismo.

9. Ninguna cosa profana, nada impuro debe entrar en su santuario: el espíritu del sacerdocio y de los ministerios vivos es una santidad de costumbres y de accion, que los une con Dios y los separa de toda corrupcion del siglo; y el estado de las iglesias materiales y de los ministerios inanimados es una santidad de consagracion y de uso por la cual llegan á ser propios de la Religion, y no pueden ser empleados en el servicio del siglo y en las necesida-

¹ *Cave, ne holocausta tua offeras in omni loco, quem videris: sed in eo, quem elegerit Dominus.* (Deut. xii, 13, 14).

² *Verumtamen excelsa non abstulit.* (III Reg. xxii, 44).

³ *Psalm. xxiii, 2.* — ⁴ *Jerem. xxiii, 24.* — ⁵ *Sap. viii, 1.*

⁶ *Ut ponat nomen suum ibi, et habitet in eo.* (Deut. xii, 5).

des de los hombres. De este modo es como la Iglesia pertenece á Dios por necesidad y por decencia, y así como el Señor de la casa es santo¹, es necesario tambien, que la casa del Señor sea santa.

10. Además de esto digo, que los templos de los cristianos deben estar santificados, porque encierran en sí una hostia pura y sin mancha; en ellos se ofrece Jesucristo por nosotros, y nos ofrece consigo á su Padre, siendo á un mismo tiempo sacerdote y víctima, sacrificio y sacrificador todo junto. En ellos se expone á la vista y á la adoracion de los pueblos, y donde, despues de haber sido el precio y rescate de nuestra redencion, llega á ser el espectáculo de nuestra fe y el objeto de nuestro amor y de nuestro reconocimiento. En ellos se da á nosotros como un alimento celestial, que hace crecer nuestros buenos deseos, y fortalece nuestras almas contra las tentaciones y las adversidades de la vida. ¿Qué pureza, pues, no se requiere en todo cuanto le toca, en todo cuanto le conserva, y en todo cuanto le contiene? Si el tabernáculo donde descansaba el arca y los vasos del ministerio tuvieron necesidad de ser purificados por las consagraciones del testamento, como dice san Pablo²; si estas imágenes de las cosas celestiales debian ser tan puras, ¿qué será de las celestiales mismas? Si la sangre de los animales sacrificados á Dios no debia caer sino sobre una tierra santa y bendita, ¿la sangre del Cordero sin mancha, que nos ha amado y nos ha lavado nuestros pecados, ha de ser ofrecida en lugares diferentes ó profanos? Aquellas hostias serviles y groseras eran tan respetadas, ¿esta hostia libertadora y divina no lo ha de ser de nosotros? Si en la ley antigua se hubiera castigado al que hubiese sacrificado fuera de los lugares sagrados, ¿qué precaucion de honor y pureza no se debe llevar y tener en los lugares donde se sacrifica á Jesucristo, que es el fin de todos los sacrificios?

11. Digamos, pues, que las iglesias de Jesucristo deben ser santas. Pero qué, diréis vosotros, ¿estas paredes, estas piedras, este cuerpo de fábrica, obra de las manos y de la industria de los hombres, han de ser santas? Sí, señores, decia san Bernardo, ¿y por qué no he de llamar yo santas aquellas piedras que la caridad y la Religion han unido con tanto celo? que la mano de los Pontífices han bendecido con ceremonias tan venerables y tan edificativas? donde resuenan siempre cánticos de alabanzas de Dios y la leccion

¹ Templum Domini sanctum est. (I Cor. III, 17).

² Necesse est ergo exemplaria celestium his mundari: ipsa autem caelestia melioribus hostiis quam istis. (Hebr. IX, 23).

de sus Escrituras? donde se guardan las preciosas reliquias de sus Mártires, y donde se experimenta la proteccion de sus Apóstoles? donde los Angeles velan sin cesar en la guarda del tabernáculo? donde se junta el pueblo cristiano? donde se reune la devocion de las almas fieles? y donde Jesucristo mismo reside sobre sus altares?

12. De esta consideracion debe nacer aquel santo terror y aquel profundo respeto de que nosotros debemos estar tocados al entrar en nuestras iglesias. Tú temblabas, patriarca bendito de Dios, y lleno de la fe de las verdades que nosotros vemos ya cumplidas, en medio de un campo en que te se apareció Dios en sueños una sola vez, tú exclamaste, diciendo: ¡Oh qué lugar tan santo y tan terrible es este¹! ¿Y nosotros, á quienes han sido revelados los misterios, y que vemos presente á nuestro Dios y como establecido entre nosotros hasta la consumacion de los siglos; nosotros estamos en la iglesia, donde él habita y donde se sacrifica por nosotros, con tan poco respeto, como si estuviésemos en un campo?

13. Éntrase en ella sin humildad y sin circunspeccion: concúrese á las festividades, mas por el espectáculo que por la religion. En lugar de servir de instruccion y hacerla una ocupacion de piedad, se la considera como un juego y una diversion de todo cuanto se ve. Por cargado que uno vaya de sus pecados, se pisa y atropella con insolencia el umbral de estas sagradas puertas, según la expresion del Profeta². Aféctanse distinciones de honor y de calidad en estos lugares, donde se debe anonadar y confundir toda gloria humana: introdúcense entre el tropel de la gente, para ser testigo de las ceremonias, mas que para ser participanté de las gracias celestiales: fuérganse hasta las santas barandillas del presbiterio, no por un anhelo de devocion, sino por una indiscrecion y un ímpetu de curiosidad. Llévase á ella un corazon mundano, y aun cuando se habla con Dios por medio de unas frias y vanas oraciones, se divierte uno consigo mismo, y trata de sus vanidades. En fin, fórmasse una especie de escrúpulo de no venir á la iglesia, y no se hace de venir á ella arrastrando consigo sus delitos, sin compuncion y sin arrepentimiento de ellos.

14. ¿Y qué diré yo de aquellas impiedades que se cometen en ella todos los dias á vista del mismo Jesucristo, que por invisible que esté no es menos adorable? ¿De aquellos discursos profanos

¹ Quam terribilis est locus iste! (Genes. XXVIII, 17).

² Qui arroganter ingreditur super limen. (Sophon. I, 9).

que alterando el santo y venerable silencio de los sagrados misterios, despues de haber perturbado por un importuno murmullo la piedad de los fieles, llegan tambien hasta el santuario á interrumpir la atencion de los ministros que sirven al altar, y la del sacerdote que sacrifica en él? de aquellos aires y meneos inquietos, y de aquellas posturas indecentes, que escandalizan á los buenos, y son (segun la expresion de Jesucristo) la desolacion de los lugares santos, donde los Angeles asisten con temblor y con temor? ¿Qué diré yo de aquellas mismas afectaciones de ver y ser vistos, que hacen en la casa del Señor como un tráfico y un comercio de miradas impuras, de pensamientos pecaminosos? Vense (si es que se pueden ver sin indignacion) unos cristianos (no sé si me atreva á darles este nombre) que hincando una rodilla ó ambas, aunque de mala gana, cuando se expone Jesucristo á la adoracion de los fieles, parece que le quieren disputar el homenaje que le es debido, y resistirse contra su conciencia y contra aquel poco sentimiento de religion que les resta; vense personas mundanas, mas adoradas que los altares á que se llegan, ostentar sin vergüenza y sin respeto un lujo y unos adornos indecentes á la vista del mismo Jesucristo, pobre y humillado en el sacramento de la Eucaristía. Vense pecadores, que dejando ir libremente á su corazon y sus ojos, van á divertir, y acaso acaso á volver á encender sus pasiones en aquellos mismos lugares en que se deberia sofocarlas y apagarlas, y á cometer nuevos pecados delante de aquellos tribunales donde se debian confesar de ellos y llorarlos. Sucede, pues, que los medios de nuestra salud llegan á ser los instrumentos de nuestra perdicion; que la iglesia, que es el lugar de nuestra satisfaccion, llega á ser el teatro de nuestros desórdenes; que nuestras oraciones se convierten en pecado; que el sacrificio mismo de Jesucristo, que es una fuente de gracias, llega á ser un motivo de condenacion, y que acaso ninguna cosa nos hará mas reos y culpables en su juicio, que haber entrado en su templo y haber asistido en él á sus misterios.

15. Pero gracias á Jesucristo, que hablo en una parroquia bien arreglada, donde el pueblo está instruido de sus obligaciones, donde la vigilancia del pastor y la docilidad del rebaño hacen que reine el orden y la disciplina, y donde no se sabe ni sufrir ni cometer tales desórdenes. Mas en cualquier parte que sucedan, á vosotros os toca, sacerdotes del Señor, si es que os mueve el celo de su casa, el contener estos desórdenes y profanaciones por medio de caritativas, pero no obstante sérias y severas reprensiones. Así

tambien te toca, cristiano, quienquiera que seas, dice san Agustin, el corregir y amonestar á tu hermano: si tu humildad te contiene, tu fe y tu religion te autorizan; así como por el honor del príncipe y de la patria, todo hombre es soldado, por el honor de Dios y de la Iglesia, todo cristiano es sacerdote, y está obligado, ó á corregir lo que le hace llorar, ó á lo menos á llorar lo que no puede corregir.

16. Pero volvamos á la dignidad y al mérito de nuestras iglesias. Ellas son santas, y deben ser para nosotros muy venerables, porque son como el centro de la unidad y de la comunión de las oraciones cristianas; y así como no hay precepto que se nos haya recomendado mas, ni que nos sea mas necesario que el de la caridad para con Dios y para con nuestros hermanos; tampoco hay en el Cristianismo uso mas antiguo ni mas autorizado que los concursos y la convocacion de los fieles en las casas de oracion; porque reconociendo su flaqueza y la subordinacion ó dependencia general que tenian de Dios, se excitaban á servirle y amarle por una santa emulacion¹; y porque teniendo por otra parte necesidad de las mismas gracias, y dirigiéndose á un mismo Padre, se unian en un mismo espíritu, y se ayudaban los unos á los otros en sus deseos y en sus peticiones.

17. Por esto los Apóstoles *estaban en un mismo lugar*² aguardando el Espíritu Santo, juntos todos en la unidad, y unidos en el fervor y en la perseverancia de la oracion; este es el motivo por que la Iglesia en las mayores persecuciones formaba un cuerpo y una sociedad (digámoslo así) de adoracion y de invocacion en aquellas cuevas y retiros subterráneos, á donde iban á avivar su fe y su valor para el martirio, y donde veian su templo y su sepulcro á un mismo tiempo; y esta es la práctica de la religion cristiana, porque es un culto de caridad. Nosotros estamos unidos y congregados en Dios, y por esta union de corazon y por esta comunión de oraciones es por donde *Jesucristo nos purifica á todos con su sangre*³, y siendo Jesucristo el maestro y doctor de la paz y de la unidad, dice san Cipriano, nos ha enseñado á orar juntos. *La verdadera oracion cristiana es la pública y comun. Nosotros oramos, no por*

¹ Ut et vos societatem habeatis nobiscum, et societas nostra sit cum Patre. (1 Joan. 1, 3).

² Erant omnes pariter in eodem loco. (Act. II, 1).

³ Et sanguis Jesu Christi Filii ejus emundat nos ab omni peccato. (1 Joan. I, 7).

un solo hombre, sino por todo el pueblo; porque entre nosotros todo el pueblo, mediante la union de la paz, no es sino un solo hombre¹.

18. Pues, hermanos, la iglesia es la casa de esta oracion². El Profeta lo habia ya dicho, y el mismo Jesucristo lo confirmó; pero especialmente es casa de oracion comun, donde se juntan los siervos de un mismo Dios, que teniendo una misma fe, una misma esperanza, un mismo temor, una misma alegría y un mismo espíritu, tienen tambien una misma voz y un mismo gemido, para orar á su comun Señor y á su comun Padre. En los oficios públicos de religion se santifica una parroquia entera; se reúne y junta para exponer las necesidades espirituales de cada uno en particular y de todos en comun; se juntan y se encomiendan los unos á los otros para obtener la gracia; cada uno pide para sí, é intercede por el otro; los dones celestiales que se distribuyen separadamente, con todo eso pertenecen á todos; los que han recibido, no se ensoberbecen, si no se comunican á sus hermanos; y los que no han recibido, no se abaten, si no participan de la felicidad de los otros.

19. En estas juntas y asambleas es donde se amontonan riquezas espirituales. Si sois justos, tendréis el mérito de la caridad pidiendo por los pecadores, y el de la humildad mezclándoos con ellos. Si sois pecadores, uniendo vuestras oraciones á las de los santos, la misericordia que se negaría á vuestra indignidad será concedida á su inocencia. Si estais en una medianía de virtud, gozais, por el derecho de caridad, de los frutos y de las ventajas de aquellos cuya justicia no podeis seguir. Si sois frágiles y estais acosados de las tentaciones, vosotros caeríais quizá; pero la virtud de los otros os sostendrá, y vuestra alma será guardada, unida con las demás como en el haccito de varas vitas³, como le decia á David aquella mujer inspirada de Dios. Si sois pobres en los bienes de la gracia ó de la fortuna, la abundancia de los ricos os proveerá en vuestras necesidades.

20. Para este fin se ora en comun, se erigen parroquias, y se consagran templos á Dios. Pero con todo esto ¿se apresuran los fieles y anhelan por asistir á las misas y demás oficios de la parroquia, aunque tan absoluta y expresamente lo hayan mandado los Concilios? ¿Qué frívolas excusas no se buscan para dispensarse de

¹ Publica est nobis, et communis oratio: Non pro uno, sed pro toto populo oramus, quia totus populus unum sumus. (Cyprianus).

² Domus mea domus orationis vocabitur. (Marc. xi, 17).

³ Et erit anima tua custodita, quasi in fasciculo viventium. (I Reg. xxv, 29).

ello? Lo largo de la oracion cansa, la instruccion molesta, las horas nos parecen incómodas, y el tropel de gentes nos importuna mucho. Créese que estas son devociones del populacho, y que es necesario dejar para las buenas gentes estas costumbres antiguas. Muchos se avergonzarian si los viesen en una procesion, aunque por otra parte ignoren los principios y primeros elementos de su religion. Vase tan presto á una iglesia como á otra, segun su capricho, contentándose con decir algunas oraciones, rezadas distraidamente, y con una misa, dicha acaso á la ligera, y oida sin atencion.

21. ¿Y qué diré yo de aquellos oratorios y capillas domésticas erigidas ordinariamente en lugares poco decentes y honrosos, donde, contra las órdenes de los cánones y de las leyes eclesiásticas, se sujeta al mismo Jesucristo á sus comodidades y á sus horas; donde se apura la paciencia de un sacerdote, á quien hacen aguardar al pié del altar sin discrecion, y donde se le hace, en fin, ofrecer el santo sacrificio, sin mas causa que halagar la delicadeza ó satisfacer el humor de una mujer poltrona y soberbia? En los siglos mas ilustrados ó mas felices no se buscaban así las comodidades en su devocion. El cuerpo de Jesucristo, que él mismo nos ha dejado para estrecharnos con él y entre nosotros mismos por la union de oraciones y de la divina oblacion, no se acostumbraba dar á los particulares y en oculto. Las misas y las instrucciones pastorales eran disciplinas indispensables, y se hubiera creído faltar al respeto que se debia á los templos sagrados, celebrar los santos misterios fuera de sus recintos.

22. En estos lugares escogidos es donde el Espíritu Santo, que inspira cómo quiere y dónde quiere, ha colocado el depósito y el tesoro de las bendiciones espirituales. En este dichoso desierto es donde debe caer sobre vosotros el maná de las consolaciones celestiales. En esta tierra de promision es donde debeis establecer vuestras esperanzas y vuestra paz en el discurso de esta presente vida. Gozaos, hermanos, de la gracia que Dios os ha hecho consagrando este templo donde recibirá vuestros votos y donde oirá vuestras oraciones. Vuestra alegría es santa y justa; pero por justa y santa que sea, seria vana, si como esta iglesia es consagrada á Dios por vosotros, vosotros no trabajáseis en consagraros interiormente á Dios en esta iglesia.

Segunda parte: Santidad que vosotros debéis adquirir por una consagración interior.

23. Así como la fe debe ser la regla universal de los cristianos de modo que con ella, en las señales visibles, que son los Sacramentos, penetren los misterios y las verdades invisibles; así también es cierto que en la dedicación de los templos y en la consagración de los altares, su principal objeto debe ser hacerse ellos á sí mismos templos y altares de Dios vivo, y¹ que lo que se hace exteriormente en aquellos por las purificaciones de la ley de Jesucristo, se cumpla interiormente en estos por las operaciones de la gracia. Porque aunque estos edificios sean santos y agradables á Dios, no obstante, nuestros cuerpos y nuestros corazones le son infinitamente mas preciosos, porque los primeros son obras de las manos de los hombres, pero los segundos son obras del Criador.

24. Vosotros sois piedras vivas, dice el Apóstol², una casa espiritual y un sacerdocio santo para ofrecer á Dios sacrificios espirituales que le sean agradables por Jesucristo, para enseñarnos, que nosotros tenemos como un cuerpo de religion dentro de nosotros; que somos á un tiempo el templo y los adoradores, los sacerdotes y las víctimas; que hay en nosotros una morada y habitacion secreta de Dios, un culto de espíritu y de verdad, y un sacrificio de los sentimientos de nuestro corazon y de las potencias de nuestra alma, cuando estamos unidos á Jesucristo, autor del verdadero sacrificio, de la verdadera adoracion y de la verdadera justicia.

25. Y así, hermanos míos, la casa de nuestra oracion es la iglesia, y la casa de Dios somos nosotros mismos³. Nosotros somos aquellas piedras vivas formadas por la fe, labradas por medio de las instrucciones, aseguradas por la esperanza, unidas, enlazadas por la caridad, y fundadas sobre Jesucristo, que es la piedra angular, reprobada por los hombres, pero escogida por Dios. Nuestro edificio se va elevando insensiblemente durante el curso de nuestra vida mortal, por la práctica de las virtudes, por la santidad de los pen-

¹ D. Aug. serm. CCLV de Temp.

² Et ipsi tanquam lapides vivi superædificamini, domus spiritualis, sacerdotium sanctum, offerre spirituales hostias, acceptabiles Deo per Jesum Christum. (1 Petr. II, 5).

³ Domus orationum nostrarum ista: domus autem Dei, nos ipsi. (Aug. serm. XVI).

samientos, por la eficacia de las oraciones, por el uso de los Sacramentos. Jesucristo, pontífice de los bienes futuros, como dice el Apóstol, le consagra invisiblemente, le lava y le purifica por el agua del Bautismo y por las lágrimas de la Penitencia. Graba en él su santa ley por medio de la predicacion de su palabra, imprime en él su cruz por la meditacion de su paciencia, y derrama en él sus unciones por medio de los socorros de su gracia. Enciende en él un fuego sagrado por la infusion de su amor, lo ilumina por el conocimiento y la inspiracion de sus verdades, lo sostiene por su poder y por sus bendiciones hasta que, en fin, acaba de dedicarlo y consagrarlo en la eternidad de su gloria.

26. Pero como es en los templos materiales donde se forma y se consagra ordinariamente este templo interior y espiritual, es necesario no entrar en ellos sino para adquirir la santidad con pureza de intencion, con pureza de costumbres, y con pureza de afecto. Tres reflexiones que os suplico hagais conmigo.

27. Digo con pureza de intencion en solo el fin de nuestra eterna salud; porque, como dice san Bernardo, las iglesias son establecidas para nuestros cuerpos, nuestros cuerpos son hechos para nuestras almas, y nuestras almas para el Espíritu Santo que habita en ellas. Es necesario, pues, pararse en lo que este Espíritu nos pide y obra en nosotros, que es nuestra santificacion¹. Este es el motivo por que Dios reside en estos santos lugares, añade el mismo Padre, y por que los hombres se juntan en él en su nombre; porque él lo contiene todo, lo dispone todo y lo llena todo, y obra diferentemente segun las diferentes disposiciones de los lugares donde obra. Está en los malos, disimulándolos y aguardándolos á penitencia; en los buenos, produciendo ó conservando en ellos la justicia; en los bienaventurados, alimentándolos con su vista y con su amor; en los condenados, castigando en ellos la obstinacion y la malicia. Está en el cielo como un Esposo; y ¡dichosa el alma que allí fuese introducida! Está en el infierno como Juez; y la Escritura nos enseña que es cosa tremenda caer en las manos de Dios vivo. Está en las iglesias como Padre, y Padre de misericordias, santificando á los justos, y llamando á los pecadores á su salvacion.

28. Ya parece que cada uno quiere corresponder á sus intenciones. Gracias á Jesucristo que las iglesias no están desiertas, ni tenemos tampoco motivo para quejarnos con el Profeta² que nadie

¹ Vere Dominus est in loco isto. (Genes. XXVIII, 16).

² Thren. I, 4.

viene á la solemnidad; pero sondeemos un poco con qué ánimo viene cada uno á ellas. La mayor parte para hacerle á Dios algunas súplicas y oraciones interesadas, para obtener riquezas, para librarse de los peligros, para pedir por la salud de sus parientes y por el establecimiento de su casa, ó por alcanzar un empleo que se pretende y solicita con ansia. Llévanse hasta sobre el altar sus deseos y pasiones; y por una ceguedad deplorable, muchas veces se viene á pedir á Dios lo que no se atreveria uno á pedir al mundo. Quiérese que él conceda lo que ha prohibido desear. Quiérese hacer á su misericordia cómplice de los malos designios, y se le hacen votos cuyo mayor castigo seria que fuesen oídos. Y ¿cuántos hay que vienen á ellas por bien parecer, por conservar un poco su reputacion, por establecerse una falsa paz, por acomodarse al uso y á la costumbre, y por no ofender por medio de una singularidad escandalosa al gran mundo, que, por desordenado que sea, todavía se precia de alguna regularidad, y quiere que á lo menos se tengan algunas apariencias de religion? ¿Cuántos hay tambien que no conocen sino un culto exterior y enteramente humano; que glorifican á Dios con los labios, pero que su corazon está muy distante de él; que abandonando su espíritu á voluntarias distracciones, hablan sin pensar en lo que hablan, oran sin saber lo que oran, y quieren que Dios les oiga, cuando ellos no se oyen á sí mismos, dice san Cipriano? ¿Cuántas personas hay que se forman un arte de devocion; que se dan á todos los ejercicios de piedad que pueden atraerles la gloria y la estimacion; que se honran de todo lo que hacen, de los métodos de oracion que siguen, de las iglesias que frecuentan y de la reputacion de los directores que han elegido; que siempre están en los lugares mas públicos de la iglesia, y que no se acercan á Dios sino para ser vistas de los hombres? ¿Cuántas hay que vienen á la iglesia por fuerza, á quienes las fiestas solemnes se les hacen muy molestas, y miran como á un pesado yugo á la necesidad y precision de oír un sermón ó una misa mayor? ¿Y no es esto abusar de las cosas santas?

29. Nosotros no debemos entrar en el templo de Dios sino para hacernos santos delante de él. Porque parece que todo cuanto se ve en él, nos convida á esta santificacion; estas sagradas fuentes nos traen á la memoria el origen de nuestra fe y de nuestra regeneracion espiritual, y nos hacen acordar de la gracia y de las obligaciones de nuestro bautismo. Estos altares nos enseñan que tenemos un corazon donde Jesucristo quiere reposar, y donde nosotros

podemos ofrecer otros tantos sacrificios como pasiones tenemos que nos rodean. Estos tribunales de la penitencia ¿no nos convidan á gemir con la vista de nuestros pecados, y á sumergir y anegar á estos egipcios en el mar Rojo, quiero decir, en la sangre de Jesucristo? Este púlpito ¿no nos predica por sí mismo que somos nuevas criaturas engendradas de la palabra de la verdad? Esa divina y adorable Eucaristía ¿no nos obliga á venir y á presentarnos, no solamente con una grande pureza de intencion, sino tambien con una grande pureza de costumbres?

30. Ninguna cosa hace á la Iglesia ni mas santa ni mas venerable que el sacrificio de Jesucristo que en ella se ofrece, y nada nos obliga mas á purificarnos que el honor que recibimos en asistir á él y en participar de él. Porque así como es verdad que el Hijo de Dios no ha podido hacer á su Padre un homenaje mas perfecto que ofrecerse una vez en sacrificio sobre la cruz, y con él el cuerpo de su Iglesia y cada uno de sus escogidos en particular; así como es verdad que se ofrece aun todos los dias en los santos altares por manos de los sacerdotes, que la Iglesia por una misma accion le ofrece tambien todos los dias, y con él se ofrece ella misma y todos sus hijos, y que los fieles con su asistencia á este adorable misterio, cooperan á esta accion tan divina y del todo santa, y juntan la obligacion que hacen de sí mismos á la de Jesucristo y de toda la Iglesia; así tambien es verdad que no hay en toda la Religion accion mas santa y mas digna de Dios, que le sea mas agradable, que sea mas poderosa, y que deba atraer mas gracias, que la de asistir digna y santamente al santo sacrificio, segun el espíritu de Jesucristo y de la Iglesia.

31. ¿Cuál, pues, debe ser la pureza de vida de un cristiano, que ejerciendo todos los dias el sacerdocio espiritual é interior de que habla san Pedro en el ofrecimiento que hace de Jesucristo, y sirviéndose él mismo de víctima espiritual y viviente en la oblation que Jesucristo hace de él, no deberia haber hecho jamás accion que no correspondiese á la dignidad del sacrificador y á la santidad de la ofrenda? Examinad, pues, vuestra conciencia todas las veces que os presentais en la iglesia á los sagrados misterios. ¿Creéis vosotros que ese deseo que teneis de presentaros en público, que esas preferencias que incesantemente os dais á vosotros mismos, que ese aire altivo y soberbio con que tratáis á los pobres y á los desgraciados, pueden entrar en unidad de sacrificio con Jesucristo humillado? ¿Pensais vosotros que ese resentimiento ó ese

odio inveterado que conservais en vuestro corazon puede entrar en la oblation de Jesucristo, que pidió por sus enemigos, y que tanto os ha recomendado el reconciliaros con los vuestros antes de acercaros á sus altares á llevar á ellos vuestras ofrendas? ¿Pensais vosotros que querrá él ofrecer á su Padre un cuerpo manchado de impurezas, juntamente con una carne virginal y nacida de una Madre virgen? ¿En qué parte de su sacrificio, que por todas ellas no es sino caridad y misericordia para con nosotros, podrá entrar vuestra dureza para con los miserables que imploran vuestra asistencia?

32. Créese regularmente (y esto es un error esparcido en el Cristianismo) que no está mandado el juzgarse uno á sí mismo, ni el probarse, sino cuando se dispone á comulgar. Hácense por entonces en sí mismo algunos esfuerzos sobre su espíritu; despiértase un poco de su letargo, conviéndose en que es necesaria alguna pureza, éntrase en la iglesia con un aire mas humillado; pero cuando se asiste á ella todos los dias, todo se permite y se dispensa; de nada se abstiene ni refrena, no obstante que la Iglesia antigua nos enseña, que no menos disposicion se necesita cási para asistir al santo sacrificio de la misa que para recibir el cuerpo y sangre de Jesucristo; que no era esta accion de ofrecer con el sacerdote el cuerpo del Salvador menos que la de recibirle de la mano del sacerdote; que era necesario temblar de respeto antes de la comunión espiritual, como antes de la sacramental; y que así como los catecúmenos no merecian aun ser admitidos á estos santos misterios, así tampoco los que habian perdido la gracia de su bautismo no merecian ser recibidos á ellos.

33. Yo bien sé que la Iglesia les permite y aun los obliga á asistir á ellos; pero quiere que asistan con espíritu de humillacion y penitencia. Desea ella que la presencia de Jesucristo despierte su fe, y que cargándose esta santa hostia de sus pecados, los consume y los borre. Pretende que, ya que ellos no puedan ser víctimas de caridad, sean á lo menos víctimas de contricion y de dolor, que estén presentes como reos, por quienes pide la gracia y perdón, y como miembros muertos, á quienes ella procura resucitar, atrayendo sobre ellos por medio de sus oraciones algun aliento de espíritu de vida, cuya plenitud está en Jesucristo, que se ofrece á Dios en hostia de propiciacion por sus pecados.

34. Y así es necesario, no solo una pureza de costumbres, sino tambien una pureza de corazon y de afecto. Observa san Agus-

tin, que así como habia dos altares en el templo de Salomon, el altar exterior, donde se degollaban las víctimas, y el altar interior, donde se quemaba el incienso; así tambien hay en nosotros dos altares, es á saber, nuestro cuerpo y nuestro corazon; que nosotros debemos ofrecer sobre el uno, por medio de la mortificacion y de la penitencia, toda suerte de buenas obras, y que desde el otro debemos enviar hácia el cielo olorosos perfumes de todo género de santos pensamientos; y que entonces celebraremos con alegría la fiesta de la consagracion del altar santo, cuando nuestros cuerpos y nuestros corazones fueren puros delante de la Majestad divina; cuando el fuego del altar, que es su espíritu, hubiere consumido todo lo que la carne y sangre puede producir en nosotros, opuesto á la pureza que nos pide, y á la santidad de este templo vivo y espiritual, que nos ha prometido formar en el fondo de nuestros corazones. De esta manera debemos asistir á este tremendo sacrificio, cuando en las ceremonias con que ella consagra el altar pide á Dios que este altar sea siempre honrado con un culto divino y espiritual; que aquellos que se acercan á él, lleguen á ser hostias de Jesucristo, que se esfuercen en destruir todo lo que puede desagradar á Dios en sus almas; y que el orgullo y la ira sean sacrificados en él.

35. Es necesario purificarse de todos los afectos, de todas las inclinaciones, y de todos los apegos que pueden manchar nuestro corazon². El amor de cualquiera cosa fuera de Dios, afea el alma; este ya es un desórden, ya es una mancha. Si quereis ser templos de Dios, renovad vuestro espíritu y vuestro corazon. Vosotros érais del hombre viejo, dice san Agustin³, aun no me habiais edificado casa; vosotros estábais como sepultados en vuestras ruinas: salid, pues, de ese antiguo edificio, adornaos de las virtudes.

36. Traed á vuestra memoria, hermanos míos, vuestra antigua y pobre iglesia. ¿Qué pena no tenais en ver cási borradas las reliquias de la piedad de vuestros padres? ¿Con qué ojos de compasion no mirábais esos altares que el tiempo habia cási destruido, y á quienes cubria un indecente polvo? ¿Cuántas veces habiais dicho á Jesucristo en los ímpetus de una santa impaciencia: Señor,

¹ Sit ergo in hoc altari innocentiae cultus: immoletur superbia; iracundia juguletur.

² Sordes animae, amor qualiscumque rei praeter Deum.

³ Veteres eratis, domum mihi nondum faciebatis, in vestra ruina jacebatis: eruamini ergo á vestrae ruinae potestate. (Serm. CCLVI).

cuándo reedificaréis este templo? ¿Cuántas veces, reprendiéndoo la limpieza y aseo de vuestras casas á vista de esas ruinas, habeis dicho entre vosotros: *El arca del Señor está en el campo y en las tiendas, y yo he de estar alojado con delicadeza y soberbia*¹? La menor indecencia os ofendía. Bendijo Dios vuestros designios: la obra se levantó, ya está acabada, ya la veis consagrada. ¿Qué resta, pues, sino que os consagreis vosotros mismos en ella? Verdad es que Dios no mide su culto por la grandeza y magnificencia de estos templos materiales, sino por la pureza de corazón de los que oran en él. La misma pobreza, decía san Jerónimo, no mide á una iglesia de Jesucristo pobre y humilde. Sus riquezas están en la eficacia de sus Sacramentos y en las misericordias de Dios, y no en los adornos, ni en lo dorado de ellos.

37. No digais, pues, como aquel Apóstol á Jesucristo: *Maestro, mirad qué piedras y qué edificios*². Media él por aquellas magnificencias exteriores, por aquellos suntuosos edificios, toda la gloria del templo de Dios; pero Nuestro Señor le respondió: *¿Ves esas grandes fábricas? De tal manera serán arruinadas, que no quedará en ellas piedra sobre piedra*³. El tiempo que todo lo destruye, arruinará los mas sólidos edificios; estas piedras experimentarán la misma suerte; estas grandes fábricas despues de haber sido por largo tiempo augustas, no serán luego venerables, sino por sus ruinas. La gloria de esta iglesia no consiste en la union y en la estructura de las piedras⁴. No digais: Nosotros tenemos una bella iglesia; antes bien decid: Nosotros tenemos buenos deseos, nosotros renovamos nuestro celo, asistirémos con mas fervor á los oficios divinos, no perderémos siquiera una gracia de las que Dios derramará en ella, nos aprovecharémos de todas sus bendiciones, hasta que podamos recibir las que Dios nos prepara en la celestial Jerusalem, donde reinarémos con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amen.

¹ II Reg. xi, 11.

² Magister, aspice quales lapides, et quales structura. (Marc. xiii, 1).

³ Vides has magnas ædificationes? non relinquatur lapis super lapidem, qui non destruat. (Ibid. 2).

⁴ Nolite confidere in verbis mendacii dicentes: Templum Domini, templum Domini est. (Jerem. vii, 4).

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LOS ESQUELETOS Y SERMONES CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

	PÁG.
Esqueleto del Sermon I sobre la santa Cruz	5
Sermon	7
Esqueleto del Sermon II sobre la santa Cruz	13
Sermon	15
Esqueleto del Sermon III sobre la santa Cruz	26
Sermon	29
Asuntos para la santa Cruz	45
Esqueleto del Sermon I sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	54
Sermon	56
Esqueleto del Sermon II sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	66
Sermon	69
Esqueleto del Sermon III sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	88
Sermon	92
Asuntos sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	115
Esqueleto del Sermon I sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	122
Sermon	124
Esqueleto del Sermon II sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	134
Sermon	137
Esqueleto del Sermon III sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	154
Sermon	158
Asuntos sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	177
Esqueleto del Sermon I sobre la fiesta de Pentecostes	184
Sermon	187
Esqueleto del Sermon II sobre la fiesta de Pentecostes	197
Sermon	200
Esqueleto del Sermon III sobre la fiesta de Pentecostes	220
Sermon	225
Asuntos para la fiesta de Pentecostes	248
Esqueleto del Sermon I sobre la festividad del santísimo Sacramento	255
Sermon	258

cuándo reedificaréis este templo? ¿Cuántas veces, reprendiéndoo la limpieza y aseo de vuestras casas á vista de esas ruinas, habeis dicho entre vosotros: *El arca del Señor está en el campo y en las tiendas, y yo he de estar alojado con delicadeza y soberbia*¹? La menor indecencia os ofendia. Bendijo Dios vuestros designios: la obra se levantó, ya está acabada, ya la veis consagrada. ¿Qué resta, pues, sino que os consagreis vosotros mismos en ella? Verdad es que Dios no mide su culto por la grandeza y magnificencia de estos templos materiales, sino por la pureza de corazon de los que oran en él. La misma pobreza, decia san Jerónimo, no mide á una iglesia de Jesucristo pobre y humilde. Sus riquezas están en la eficacia de sus Sacramentos y en las misericordias de Dios, y no en los adornos, ni en lo dorado de ellos.

37. No digais, pues, como aquel Apóstol á Jesucristo: *Maestro, mirad qué piedras y qué edificios*². Media él por aquellas magnificencias exteriores, por aquellos suntuosos edificios, toda la gloria del templo de Dios; pero Nuestro Señor le respondió: *¿Ves esas grandes fábricas? De tal manera serán arruinadas, que no quedará en ellas piedra sobre piedra*³. El tiempo que todo lo destruye, arruinará los mas sólidos edificios; estas piedras experimentarán la misma suerte; estas grandes fábricas despues de haber sido por largo tiempo augustas, no serán luego venerables, sino por sus ruinas. La gloria de esta iglesia no consiste en la union y en la estructura de las piedras⁴. No digais: Nosotros tenemos una bella iglesia; antes bien decid: Nosotros tenemos buenos deseos, nosotros renovamos nuestro celo, asistirémos con mas fervor á los oficios divinos, no perderémos siquiera una gracia de las que Dios derramará en ella, nos aprovecharémos de todas sus bendiciones, hasta que podamos recibir las que Dios nos prepara en la celestial Jerusalem, donde reinarémos con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amen.

¹ II Reg. xi, 11.

² Magister, aspice quales lapides, et quales structura. (Marc. xiii, 1).

³ Vides has magnas ædificationes? non relinquatur lapis super lapidem, qui non destruat. (Ibid. 2).

⁴ Nolite confidere in verbis mendacii dicentes: Templum Domini, templum Domini est. (Jerem. vii, 4).

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LOS ESQUELETOS Y SERMONES CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

	PÁG.
Esqueleto del Sermon I sobre la santa Cruz	5
Sermon	7
Esqueleto del Sermon II sobre la santa Cruz	13
Sermon	15
Esqueleto del Sermon III sobre la santa Cruz	26
Sermon	29
Asuntos para la santa Cruz	45
Esqueleto del Sermon I sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	54
Sermon	56
Esqueleto del Sermon II sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	66
Sermon	69
Esqueleto del Sermon III sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	88
Sermon	92
Asuntos sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	115
Esqueleto del Sermon I sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	122
Sermon	124
Esqueleto del Sermon II sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	134
Sermon	137
Esqueleto del Sermon III sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	154
Sermon	158
Asuntos sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	177
Esqueleto del Sermon I sobre la fiesta de Pentecostes	184
Sermon	187
Esqueleto del Sermon II sobre la fiesta de Pentecostes	197
Sermon	200
Esqueleto del Sermon III sobre la fiesta de Pentecostes	220
Sermon	225
Asuntos para la fiesta de Pentecostes	248
Esqueleto del Sermon I sobre la festividad del santísimo Sacramento	255
Sermon	258

Esqueleto del Sermon II sobre la festividad del santísimo Sacramento..	270
Sermon..	273
Esqueleto del Sermon III sobre la festividad del santísimo Sacramento.	290
Sermon..	292
Asuntos para la festividad del santísimo Sacramento.	303
Esqueleto del Sermon I sobre la festividad del sagrado Corazon de Jesús..	307
Sermon..	309
Esqueleto del Sermon II sobre la festividad del sagrado Corazon de Jesús..	315
Sermon..	318
Esqueleto del Sermon III sobre la festividad del sagrado Corazon de Jesús..	328
Sermon..	331
Asuntos sobre el sagrado Corazon de Jesús..	339
Esqueleto del Sermon I sobre el santo sacrificio de la misa.	348
Sermon..	352
Esqueleto del Sermon II sobre el santo sacrificio de la misa.	368
Sermon..	372
Esqueleto del Sermon sobre el amor de Dios.	390
Sermon..	394
Esqueleto del Sermon sobre la consagracion de una iglesia..	414
Sermon..	418

FIN DEL ÍNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



